HARD CORE NOVEL
KIZUATO
傷跡
LA CRIATURA QUE VINO DEL INFIERNO
Romy Villamil

CRÓNICAS DEL IMPERIO

KIZUATO

LIBRO 1
LA CRIATURA QUE VINO DEL INFIERNO

“Esclavo mío, las condiciones en que os acepto como esclavo y os soporto a mi lado son las siguientes:

· Renuncia absoluta a vuestro yo

· No tenéis otra voluntad que no sea la mía.

· Me serán permitidas las mayores crueldades y si llego a mutilaros será necesario soportarlo sin queja.

· Fuera de mí no tenéis nada. Soy todo para vos, vuestra vida, felicidad, futuro, desgracia, tormento y alegría

· Si se produjera el hecho de que no pudieras soportar mi dominio y que vuestras cadenas sean demasiado pesadas, deberéis mataros: nunca os devolveré la libertad”

Leopold de Sacher – Masoch.

KIZUATO © 2006-2021 Romy Villamil / Kotoko Studio.
Todos los derechos reservados.

PRESENTACIÓN

Lo que vas a leer es un universo concebido y creado entre 2006 y 2012.

Nació como un ejercicio de desestres. En aquel momento, trabajaba haciendo una revista sobre música tropical y sonidos callejeros. Un rubro totalmente ajeno a mí. Por ello, para evitar la saturación y la tensión, comencé a escribir esta historia a través de Messenger con la colaboración de una amiga que tenía por ese medio. Cada una aportó un tópico para sus pilares principales. Yo dije “que sea de samuráis”; ella dijo “que sea yaoi”. Con esa premisa, comenzamos a escribir una historia a manera de rol turnado en la que ella tomaba a un personaje y yo al otro. Ella ideó a Ryusuke, yo, a Morio.

Sin embargo, con el tiempo, lo que había comenzado como simples escritos eróticos para entretenernos, comenzó a tomar matices más oscuros y complejos. No sabía de qué modo lo hacía, pero todos los días sabía cómo iba a seguir y lo que iba a pasar. Era como si algo o alguien me susurrara al oído mientras dormía lo que iba a suceder. Muy pronto, dejó de ser un típico rol para convertirse en una historia larga, compleja, y con todo un universo en su haber.

Durante los seis años que se desarrolló su hechura, diversas personas se unieron a participar en este proyecto y dejar un poquito de sí para enriquecerlo: mi amada pareja, Jorge Hernández, quien me prestó al General Yasakani, a sus Invencibles y al terrible Kinjo (personajes que habían sido creados para un juego de rol, cuya historia nunca pudo concluir), Diana Barragán, que vistió a Senryo de multicolor y estilo; Valentina Souza, que desarrolló al desafortunado Hideki; Jessica Nájera, quien dotó a Kurono de esa potente inocencia y Abigail Mata, que fue con quien comencé el proyecto; sin embargo, ella, con el tiempo, comenzó a espaciar sus participaciones y a dejar el proyecto, ya que su proyección sobre Ryu era muy distinta a la que yo quería para el personaje.

Para 2010, ella ya estaba totalmente desapegada. Fue cuando decidí romper con el personaje que ella había creado. Acorté su nombre (de “Ryusuke” a “Ryu”), cambié su apellido y le di un carácter más apegado a su tortuoso pasado.

“Kizuato” ha sido un proyecto que nos ha dejado grandes alegrías y momentos, pero también momentos difíciles, desacuerdos creativos,

peleas personales incluso. Toda esa visceralidad está plasmada en los personajes; seres que fueron empapados de la esencia de personas reales, quienes los vivieron y nutrieron de sus propias vivencias y carácter. Muchas de las anécdotas que leerás en esta historia son reales, alteradas obviamente para empatar en el entorno y época de la historia. Muchas de las reacciones en ciertos momentos también lo son. Teníamos grandes momentos y resultaba incluso curioso que, cuando nos reuníamos a platicar lo escrito, lo hacíamos con la misma emoción que un fandom cuando se sienta a platicar el último capítulo de la serie que está siguiendo.

No es una historia rosa, debo admitirlo. No es "bonita" o feliz. Y tampoco es un "Boys Love" específicamente. Es una historia donde el horror y la intriga se mezclan con batallas épicas, gore, torturas y una pizca de amor que ayuda a que el mundo no se vuelva loco. Como seguidora de la obra de R.E Howard y Kurosawa, quise plasmar en ella ese mundo oscuro, torvo y violento de Howard y esa elegancia, distinción, intriga y altos códigos de honor del jidaimono legendario de Akira Kurosawa.

Espero de todo corazón estar a la altura de tan grandes historias y que cuando lo leas, te emociones como en su momento lo hicimos. La dedico con todo cariño a Jorge, por aguantar tantas y tantas cosas a lo largo de su hechura, a toda la gente que en algún momento apoyó a escribir estas aventuras, a Abril Piluso, por creer en el proyecto y ayudarme a su revisión y corrección de estilos y al Señor Arnulfo Flores, que, aunque ya no está con nosotros de forma física, siempre lo está de modo espiritual y nos enseñó a crecer y creer en lo que hacemos. De todo corazón, gracias a todos.

Adelante, pasa, sumérgete en este mundo y recuerda que las cicatrices no sólo son físicas. También hay marcas en el alma que es difícil borrar, porque eso significa "Kizuato": cicatrices.

Romy Villamil

12 de abril de 2021

CAPÍTULO 1

LA CRIATURA QUE VINO DEL INFIERNO

De entre todos los clanes del vasto Imperio Heian, se hablaba de los Leones como los más bravos y aguerridos de todos. Esta familia de férreo temple vivía al Oeste del Imperio bajo un código de ética, honor y equidad que las demás familias tendían a ver como "barbarismo". Sus guerreros siempre fueron los más deseosos de entrar en combate; sus avanzadas arrasaban como el fuego y siempre estaban dispuestos a aventurarse en alguna nueva campaña bélica, si es que era requerida.

De entre todos ellos, sobresalía uno, joven y ardiente, cuyo nombre resonaba en las campañas bélicas desde hacía algunos años:

Asakura Morio, "El León de Fuego".

Sobrino del daimyo del clan y con escasa edad, el mocoso ya llevaba consigo varias batallas ganadas en las Sombrías Tierras del norte del Imperio, donde horribles demonios de pesadilla brotaban sin parar, en una constante y repelida invasión que los *heianos* intentaban detener como quien trata de frenar una fuga de agua. Tras su última gesta, Morio volvía a casa, acompañado de su fiel regimiento, premiado cual héroe por el mismísimo Shogún del Imperio, cuando una sutil decisión le hizo cambiar de opinión, y en lugar de volver a la ciudad capital de su clan, resolvió llevar sus pasos hacia su *alma mater*: la Academia de Esgrima Asahina. La mejor del Imperio. Una institución respetada y con altas loas, de las cuales se graduaban valiosos samuráis y héroes de gesta.

Ni la misma escuela esperaba el fogoso retorno del héroe de guerra, quien hizo entrada por el portón a total galope, gritando y haciendo un fabuloso revuelo que hizo detenerse a todos los estudiantes, quienes temblaban tensos y con un aire de preocupación.

El belicoso fanfarrón descendió de su caballo, apeándolo e instando a sus hombres a hacer lo mismo.

- ¡HÁGANSE A UN LADO, PERROS! ¡El Capitán Asakura Morio y sus Leones de Hierro vuelven victoriosos de las Tierras Sombrías!

Una portentosa voz le hizo detener su alarde. Era el General Nomura, un militar retirado y respetable que dirigía la Institución desde hacía algunos meses.

- ¿Asakura Morio? ¿Y tú qué demonios haces aquí? ¿No se supone que estabas en las Tierras Sombrías?

- ¡No, sensei! ¡El mismísimo General Yasakani nos otorgó un descanso por pelear a su lado! ¡Imagínese! ¡Debió verlo, fue impactante! ¡Había demonios por doquier, pero él dirigió la batalla a través de los campos baldíos y ahí…!

Morio detuvo su animoso relato al ver que todos los estudiantes le miraban en silencio, tragando saliva, detrás del general y sin saber si decir algo o no.

- Bueno, pero… ¿soy yo o todo el mundo está tremendamente asustado?

- Vaya, por fin te das cuenta. No es para menos, hijo. Si hubieras estado aquí, quizás estarías igual de asustado.

- ¿Yo? ¡Qué va! ¡Vengo de enfrentar terribles demonios en una tierra inhóspita! ¿Qué podría asustarme?

- Jm, fanfarroneas como siempre. ¡No te creas tan infalible! ¡Lo que tenemos en los basamentos no se parece en nada a lo que hayas enfrentado!

- Ay, por favor, ¿qué puede ser, que no sea derrotable? ¡Quiero saberlo todo con detalles!

- Vaya necio eres. Pon atención, que te diré lo que vi:

“Llegó en la última noche del verano.

Caía una tormenta tan feroz que temíamos una inundación. Hacía años que no sucedía algo como eso; muchos estudiantes, incluso, creían que tal fenómeno no fuera natural. Y en su torre, el único que se enfrentaba a tal diluvio era el vigía de la Academia. Pobre, en ese clima, solo y en medio de los truenos, quién sabe qué cosas sobrenaturales imaginaba.

El problema fue que no era su imaginación. Sí había algo en el bosque. Un eco lejano, un rumor de antiguas eras que se manifestó en forma de canto ritual, una canción de extraña alabanza que enfrentaba los truenos y el ruido del aguacero. El vigilante, aterrado, creía estar alucinando, hasta que las voces, cada vez más atronadoras, se detuvieron en la puerta.

Al asomarse pudo verlos. Era un nutrido grupo de monjes. O eso parecían. Unos extraños y encapuchados religiosos que parecían hechos de negra brea y paja, macilentos, cantando en medio de esa lluvia, llevando con ellos un cofre de horrible aspecto y un sarcófago donde venía una tétrica y horrible ofrenda a Asahina.

Al descender las escaleras para verlos y echarlos de aquí, el vigilante se

encontró con que ya no estaban. Habían desaparecido sin dejar rastro, sin hacer ruido; evaporados, cual si nunca hubieran estado ahí. Sólo el terrible sarcófago aguardaba de pie, mudo, abandonado, con las cadenas que lo sujetaban sueltas, como ofreciéndose a él. A sus pies, un cofre largo de laqueada madera parecía ofrecer las respuestas. El cofre me fue llevado, pero no pude abrirlo. Estaba sellado y con indicación de que sólo una persona de este clan puede abrirlo. Extrañado y picado en la curiosidad por el estado de terror puro en que el vigilante estaba imbuido, me dirigía hacia la entrada con él, cuando ambos oímos un terrible alarido proveniente del exterior. Corrimos hacia la entrada, donde se suponía estaba el sarcófago; mas, al llegar ahí, hallamos el objeto abierto, cual capullo de flor. Sus paredes estaban cubiertas de púas afiladas de metal. La lluvia lavaba la sangre de la criatura que venía dentro de él. Un ser cuyo aspecto aún nos atormenta en pesadillas. Lo que vimos no era humano… lo que sea que haya venido dentro de esa caja es infernal, es… es algo que no quiero siquiera recordar".

Morio se quedó perplejo, con los ojos abiertos, esperando oír algo más, pero Nomura no pronunció palabra alguna. Parecía trabado, en shock, sin atinar a continuar su relato.

- ¿Y QUÉ ERA?

Interrumpió Morio después de un largo silencio.
El general, que no hallaba cómo continuar, tragó saliva, incómodo por el morboso y casi divertido interés del joven capitán ante su relato.

- ¿QUÉ ERA? ¡No me deje así, en ascuas! ¿Qué era? ¿Un demonio? ¿Una criatura de las sombras? ¿Qué pasó después, *sensei*?
- ¡No creo que desees saberlo, Morio! ¡Era una persona… o eso parecía! ¡El sarcófago se había abierto y de él, brotó un ser de ojos brillantes, un cadáver despellejado y calcinado, que con dementes alaridos se arrojó sobre nosotros dispuesto a matarnos! ¡Tuvieron que apoyarnos varios estudiantes y soldados acuartelados! ¡Fueron necesarios muchos de nosotros para contener a esa bestia rabiosa y sangrante, a la cual encerramos en los calabozos de la Academia!
- ¡Ajá, interesante! ¡Entonces la criatura sigue ahí abajo!
  — ¿Pero es que no pones atención? ¡Era algo demoníaco, un ser con fuerza sobrehumana que casi nos mata!
- … pero sigue ahí abajo…

Ante la necedad de su pupilo, el general no tuvo más remedio que rendirse. Y es que así era siempre con el joven capitán del clan León. Con escasos 20 años, Morio ya era un héroe de guerra del clan. Aguerrido, belicoso, fanfarrón y pendenciero, siempre parecía a la vanguardia en buscar guerra y lucha. No en balde le habían apodado "El León de Fuego". Su larga cabellera roja parecía una llama mortífera en los campos de batalla. Eso, aunado a su carácter volátil, hacían que los demás samuráis tanto de su clan como de los vecinos, le tuvieran una suerte de respeto, miedo y respetuosa distancia.

- Sí… sigue ahí abajo.
- ¡Usted no se preocupe, *sensei*! ¡Déjemelo unos minutos y se lo devuelvo suavecito como seda de vestido imperial!
- ¿Pero estás loco? ¡Te estoy diciendo que entre 20 apenas y lo contuvimos!
- Ah, la culpa es suya. Si ya sabe cómo soy, ¿para qué me cuenta estas cosas? Si me puede indicar dónde está, por favor…
- ¡No voy a hacer semejante tontería! ¡Si algo te pasa, nuestro señor Shido—sama me despellejará vivo!
- ¡Nah, no lo hace! ¡Yo le diré que no pasa nada!
- ¡ESO SI SOBREVIVES!
- Oiga, oiga, ¿qué no me ve aquí, entero y saludable? ¡Pasé casi un año en la Frontera Norte conteniendo a los demonios de la Muralla de las Tierras Sombrías! ¡Y mire: ni un rasguño! ¡Soy de hierro, sí señor! Además, y en tono de confianza, le diré que luché al lado de… adivine quién…
- ¡No te voy a llevar a los calabozos!
- … ¡Exacto! ¡Del General Yasakani! ¡El mismísimo Shogún en persona, *sensei*, de ese tamaño!

Estresado y resignado, el General Nomura terminó por ponerse de pie y suspirar largamente.

- Venga ya. Me voy a arrepentir de esto, pero no vas a parar hasta cumplirlo. De pie. Te llevaré a donde encerramos a la criatura.
- ¿No me va a felicitar por haber luchado junto a mi ídolo de toda la vida…?

Asahina era la Academia más prestigiosa del lado Oeste del Imperio. De ella egresaban los mejores samuráis del Clan León. Fieros guerreros que no temían a la muerte y servían leales a su señor, el gran León

Hirozawa Shido. Construida sobre terreno llano, la estructura contaba con campos de entrenamiento, dormitorios, establos, armería, y un profundo sistema de calabozos y encierros construido durante las guerras de la Era Anterior como baluarte y prisión para enemigos del Imperio. Debido a ello, las celdas estaban reforzadas y excavadas profundamente, amén de separadas por un laberinto de pasillos en desuso desde hacía ya 400 años. Por ende, no había mejor lugar para encerrar a la criatura. No había prisioneros que mantener ahí abajo.

El descenso hacia ese laberinto comenzaba por una amplia puerta de madera tallada, reforzada y ahora tapiada y sellada con todo lo que los alumnos hallaron a mano. La pesada tranca de roble debía ser levantada entre varios para poder abrir la lóbrega entrada. Desde la escalera, Nomura intentó disuadir al terco joven.

- ¿Estás seguro de que quieres entrar?
- ¿Cuánto tiempo lleva ahí?
- Cinco días. Y contando.
- Bah, si venía medio muerto ya debe haber sucumbido. Sin agua ni alimento…
- ¿No escuchas? ¡Te dije que venía medio muerto y, aun así, casi acaba con todo un regimiento!
- No era un regimiento, eran estudiantes, *sensei*. No olvide destacar eso. Esos chicos aún no estaban fogueados en el campo de batalla. Déjemelo y se lo devuelvo hecho un amasijo de carne… eso si regreso con algo.
- No sé quién está más loco, si tú por intentar bajar ahí o yo por permitirlo.
- ¡Tranquilo, no será difícil! ¡Volveré antes de que caiga la noche! Muy bien, muchachos, ¡abran la puerta!

A la orden del capitán, los soldados levantaron las pesadas trabes de madera y hierro, para después, abrir la puerta al oscuro descenso.

- ¿En qué celda está?
- No hay celda para él, se le arrojó *ipso facto* a la prisión. Alcanzó a jalar a un guardia consigo. No pudimos hacer nada por él.
- Oh, pues. Guardia muerto también. No pienso traer sus pedazos. Sólo volveré con la cabeza de la criatura. Dudo que pase, pero si por la noche no he vuelto, notifique a la capital.
- Torpe e insensato. Que los Dioses te cuiden, Asakura Morio.

Con una sonrisa bravucona y armado de una lámpara y su espada, el arrogante capitán miró hacia abajo para después internarse en la

oscuridad de esos estrechos pasillos de la inhabitada prisión, no sin antes susurrar con tono burlón:

- Bueno, criaturita, voy por ti.

La prisión era un extraño mundo de pasillos interminables, celdas abandonadas, aromas a encierro y olvido y una imperturbable oscuridad de más de un siglo oprimiendo esas paredes. La pequeña luz de la lámpara se visualizaba como una luciérnaga en aquella vastedad de negrura que parecía no tener fin. En silencio, el joven capitán comenzó a buscar a través de los corredores. De vez en cuando se oía algún gotear de agua subterránea, pero nada más. No había ratas, y si había insectos, no era posible verlos. Previsor, Morio intentó marcar sus vueltas a la derecha para no perderse en aquellos pisos que descendían. El primer nivel parecía limpio. Nada sino silencio respondía a su paso. Silencio, olvido… y un lejano susurrar.

Aquello sonaba como un llanto.

Sin amilanarse, el pelirrojo comenzó a seguir el rastro de aquel lejano lloriqueo que parecía cambiar de lugar conforme se dirigía a él. Ora sonaba a su lejana izquierda, ora detrás de él. El llanto comenzó a brotar de dos lados distintos. Morio apretó sus dientes. Aquello era un juego de la criatura… si es que seguía viva. No iba a dejarse abatir. Levantó la voz, que resonó con ecos por el eterno pasillo repleto de puertas, cadenas, polvo y vacío.

— ¡NO LOGRAS ASUSTARME! ¡SAL DE DONDE ESTÉS!

Nada respondió a su bravata. Molesto y nervioso, el capitán continuó con la búsqueda en medio de la nada, hallando sólo celdas vacías. Una escalera estrecha y frágil le dio la bienvenida al descenso al segundo nivel. Su peso hizo crujir las gastadas vigas de madera. El aroma a rancio comenzó a hacerse más intenso. Cuando descendió, la oscuridad ya era total y su luz ya no bastaba para poder ver más allá de dos pasos. Fue cuando comenzó a dudar de su petulante valor.

Detrás de él sintió claramente cómo algo pasaba veloz, rozando su espalda.

De inmediato volteó, golpeando el aire. Nada detrás suyo. El llanto volvió; esta vez, haciendo ecos por la escalera. Fue cuando vio los primeros rastros de sangre embarrados en la pared, manchas de una lucha que debió ser cruenta y desesperanzadora entre el guardia y la criatura.

Abajo, en el segundo nivel, esperaban las partes de un cuerpo hecho pedazos. Un trozo aquí, otro allá. Dedos mordidos, con la carne a medio terminar; vísceras y pulmones… un trozo de los genitales… todo el cuerpo desmembrado y medio mordisqueado trazaba un camino por el pasillo, como guiándole hacia donde la criatura había instalado su nueva madriguera.

Con el corazón ya latiendo veloz, el joven apretó su espada y linterna y siguió el rastro, cada vez menos bocón y más convencido de que su maestro había sido prudente en intentar disuadirle de bajar. Pero no iba a echarse atrás. No ahora, que estaba en medio de todo aquello. Conforme avanzaba, Morio notó que el cuerpo no había sido comido, sino mordisqueado; pero no eran las mordidas de un animal que prueba comida que no le gusta. Era algo más pensado, siniestro… eran mordidas de tortura, de un malsano juego de la criatura para con el guardia. Haciendo conjeturas en su mente, dedujo que la criatura era racional. Y que había ido cercenando al tipo pedazo a pedazo, obligándole a ver cómo se lo comía. Levantó un trozo de mano. Mordidas… de dos tipos. Una de afilados dientes casi de animal. La otra, humana. La criatura había jugado con él. Le habría perseguido por el laberinto de celdas, atrapado, mordido y despedazado. Pero lo demás levantaba interrogantes: ¿Acaso ese ser había obligado al guardia a comerse a sí mismo? ¿Dónde podría estar el resto? ¿Quedaba algo?

Llegar al centro del segundo nivel le hizo entenderlo todo.

Lo poco que quedaba del cuerpo del guardia yacía ahí. La cabeza había sido empalada por la boca y perforada con fuerza brutal. Las costillas, apiladas debajo de ésta, formaban una especie de pequeño altar. Los huesos de los fémures conformaban un túmulo que indicaba una dirección: hacia la pared cavada. Una alta pared teñida en charcos de sangre con la cual, burda y trémulamente, alguien había pintado la palabra *“Auxilio”*.

Aquello fue un golpe de desazón para el orgulloso joven, que sintió una mezcla de miedo y compasión al imaginar el suplicio de aquel desventurado, quien había pasado sus últimos días en aquel laberinto de sombras, perseguido por el ente, atrapado, torturado y sometido a crueles vejaciones. Era claro que la criatura le había dado espacios para escribir. ¿Cómo, si no, podría haberse tomado el tiempo de trazar en ese muro una súplica que llegaría tarde?

“Auxilio”.

Un llamado de terror y desesperanza en la oscuridad.

Morio ya no fanfarroneaba. Había visto muchas cosas en las Tierras Sombrías. Pero esto le había rebasado y callado la boca. Tuvo que admitir que había subestimado a la criatura. El peligro aún estaba ahí. Éste era el guardia… pero, ¿dónde estaba el objetivo?

El raciocinio lo abandonó por completo cuando notó algo en las manchas de sangre y en el pedido de ayuda escrito en la pared.

Eran espirales retorcidas. Pintadas burdamente, similares a patas de ciempiés, cientos de cuidadas espirales que se extendían por una red por la pared, atrayéndolo, llamándole. Espirales que hicieron que Morio sintiera de nuevo en su espalda unas heridas viejas. Claramente pudo sentir de nuevo cómo volvía la pesadilla que cada noche le atormentaba. Ese tormento terriblemente doloroso en que su cuerpo fue vejado y martirizado casi hasta morir. Años viendo esas espirales en sueños, años recordándolas, tratando de olvidar el horror de esa noche… ahí estaban de nuevo, en vivo y de vuelta para recordarle que jamás podría librarse de aquel horror. En medio de la crisis nerviosa, Morio sintió que algo se quebraba detrás suyo; y entonces oyó algo.

El quejido volvió. Y esta vez estaba ahí, detrás de él.

Fue cuando el bravucón decidió dar vuelta atrás, para hallarse cara a cara con el horror, que de un manotazo le hizo arrojar su lámpara al piso, apagándola. Sin luz, enteramente a oscuras, tomó su espada por instinto y sintió cómo alrededor suyo el ser lo rodeaba, lo cazaba, jugaba con él. Dos tizones de vibrante color verde aparecían fugaces de vez en cuando, burlándose de su estado. No hacía mucho, el mocoso se jactaba de volver en media hora; ahora, dudaba poder hallar la salida de ese laberinto decorado con malsanas espirales trazadas con sangre.

Su corazón latía con fuerza, aterrado. Por años había callado el motivo que le hacía detestar los sitios en total oscuridad y el contacto efusivo. Ahora, el demonio que hacía cinco años le torturara y le dejara con la espalda deshecha volvía, burlón, a terminar su trabajo. Horrorizado, aferró su espada, desenvainándola. De súbito, los feroces ojos verdes se arrojaron hacia él, letales, mordiendo su cuello. La punzada atizó su cuello y se cobró un pedazo pequeño de oreja. El dolor apenas se sintió, opacado por el miedo que Morio transformó en irracional rabia.

Aterrado, su cuerpo convirtió toda esa adrenalina en un mecanismo de ataque. Y al sentir cuerpo sólido, aferró lo que halló: enjutas carnes, poco y enmarañado cabello seboso y huesos, muchos huesos apenas cubiertos de fría piel. Con fuerza, azotó el cuerpo contra el piso. Oyó siseos, sintió patadas. La criatura estaba debajo de él, chillando por liberarse. Los tizones verdes de sus ojos parpadeaban debajo suyo. No dio tiempo a que se levantara. Con brutal fuerza, coronada por el instinto de supervivencia, el bravucón golpeó, gritando frenético. Una lluvia de feroces golpes cayó sobre la criatura, que se sentía humana y marchita debajo del vigoroso cuerpo musculoso. Morio ni siquiera pensó en ello. Sólo golpeó y golpeó, cada vez más intenso y preso de una rabia animal. Las poderosas manos se sintieron húmedas de sangre. Poco a poco, el hueso se rompió, dando paso a blanda y tibia carne; luego, los órganos internos… una masa suave de penetrante olor a sangre, luego, líquidos, una sustancia blanda y suave y al final… la dureza fría del piso. Lo había matado a golpes. Tal había sido su miedo, que no pensó y le había quitado la vida. Ahora nunca iba a saber quién o qué era y por qué había sido enviado ahí.

Aun temblando y en shock, el capitán pelirrojo buscó su lámpara y con qué encenderla para asegurarse de que había matado al demonio y, de paso, ver su forma. ¿Cómo era esa formidable abominación?

Lo que vio aceleró su corazón aún más.

No había nada.

¡Pero… estaba seguro! ¡Lo había golpeado! Miró sus manos, rojas como su cabello. Su armadura también estaba teñida en color escarlata. La sensación de terror, adrenalina y caer en un vacío se triplicó. ¡Debía ser una burla… o una ilusión! ¡Lo había matado!

Sin embargo, detrás suyo volvió a escuchar algo.
El mismo llanto que había percibido en los niveles superiores.

Sonaba entre desconsolado y destruido. Un lamento que no era de drama. Apagado, desesperanzado. Un sollozo de total desconsuelo. Apuntó la luz hacia donde provenía ese doloroso sonido. Por fin pudo ver a la criatura.

No era un demonio. No era una formidable cosa de horror infernal como imaginaba, ni un cadáver andante, carcomido y putrefacto. Era… una figura famélica, ingente, deshecha por los golpes que le había propinado. Tenía rota la clavícula, varias costillas, cúbito y

radio... Su boca escupía sangre. Era pálido, casi blanco. En efecto, agonizaba, con muchos huesos rotos y sangrando profusamente. Cubrió sus ojos al sentir la luz y se encogió como un animalito moribundo. Poderoso, Morio se acercó. Sólo entonces lo vio a detalle. No sólo tenía las recientes y brutales marcas de la golpiza que le había dado. Venía encadenado y los gruesos grilletes en sus pies y manos se habían encarnado ya, haciendo costra, infección y hasta hongos. La piel alrededor de éstos había ennegrecido y supuraba. Había visto prisioneros condenados a muerte sufrir esas encarnaciones, por lo que supo que no eran algo reciente. Y aquello no era todo. Las rodillas estaban peladas, despellejadas, se arrastraban casi sobre el hueso a flor de tierra. El resto del cuerpo parecía un lienzo donde algún insano artista había dibujado con paciente finura las mismas espirales que atormentaban a Morio. Ya fuera con azotes, quemaduras o cortes, las cicatrices ascendían por la espalda del ser y terminaban en el cuello, donde se arremolinaban en una nueva necrosis que se había unido al pesado grillete que llevaba en él. Cansado y agonizante, el ser levantó un poco la mirada. Era casi ciego. Los ojos estaban cubiertos por cataratas grises. La boca tenía llagas e infecciones. Y aun así, muy debajo de todo ese horror, el rostro de un muchachito de finas facciones se desdibujaba y perdía. La mirada de desesperanza en la criatura fue tan honda que Morio bajó la lámpara y enfundó la espada, sintiéndose miserable. ¿Quién era ese ser y qué clase de crimen había cometido para ser tratado de ese modo? El ente se veía rendido, resignado, como si aquella batalla perdida hubiera sido su última esperanza de vivir y ahora se entregase al matadero para ser el festín final del sadismo de su verdugo. ¡Pero lo había visto! ¡Era ágil, poderoso y letal! ¿Qué había pasado, que ahora era un despojo agonizante que incitaba a la compasión? Morio supuso que vendría drogado y ahora que había pasado el efecto, todo el dolor y la culpa volvían a su cuerpo, como una resaca atroz y mortal. El Capitán podía ser violento, pero tenía un código de ética y honor. Aquello era una rendición total, la criatura ya no podía luchar y se entregaba a su merced.

Entonces hizo algo que jamás imaginó.
Tomó al ente en brazos y lo recibió en ellos, levantándole sin problema. El ser tembló al sentir el contacto, pero el furioso pelirrojo susurró a su oído.

— No. Ya no más. Se acabó. Ya nadie va a golpearte.

Aquellas simples palabras calaron hondo en la criatura, quien terminó perdiendo el sentido al oírlas, agotado y agonizante.

CAPÍTULO 2
YO TE CUIDARÉ

Morio no lo sacó de las celdas de inmediato. Sabía que el general estaría esperándolo afuera, por lo cual llevó a la criatura a un nivel más arriba, donde pudo amortajarle y envolverle con viejas y raídas telas que halló en las primeras celdas, para salir con él y hacerlo pasar por un cadáver.

Después de ese día, el capitán se aisló por completo. Llevó al ente a una celda privada, menos lóbrega, pero con poca luz, donde pudo revisarlo a fondo y tratar de sanar sus heridas. Era sorprendente. Tan débil, tan enjuto… y sin embargo su cuerpo mostraba signos de tortura que hubieran acabado con la vida de hombres poderosos y resistentes. Había sobrevivido a la golpiza del samurái, una tunda diseñada para matar. ¡Él había oído crujir los huesos y sentido la

carne, estaba seguro de haberlo traspasado! ¿Cómo es que seguía vivo, en eterna agonía?

Cuando el ser despertó, halló una nueva oscuridad. Una menos densa a la que estaba acostumbrado. Débil, palpó el piso a su alrededor. Había una estera de paja tejida. No podía moverse mucho. Todo dolía demasiado. Pero ya estaba acostumbrado. Conocía ese periodo. Era un tiempo de sanación para evitarle la dulce salida de la muerte. Sin duda, el amo muy pronto volvería con nuevos instrumentos de tortura, con esa maldita voz de miel que sibilaba deseo malsano y dependencia y con alguna nueva idea para destrozarle más y más. Pero ya no había nada más que romperle. Por fin le habían quebrado de modo certero y definitivo. Estaba vacío. Y ya nada había por quitarle.

Oyó entrar al amo. Es decir, al nuevo amo. Al hombre que su padre le prometió como una nueva experiencia de total agonía infinita. Resignado, se dejó caer yerto sobre la estera. Para su sorpresa, no hubo voz de miel ni unas pinzas arrancando la carne, sino un toque burdo, tosco, pero carente de sadismo. Sus ojos, nublados por las cataratas, distinguieron una silueta fuerte y maciza, musculosa. Abrieron su boca. Y le dieron a beber algo tibio, con un sabor que había olvidado y que volvió a su mente. Té verde con miel.

Con cuidado, la brusca mano levantaba su cabeza para ayudarle a beber el líquido. El hombre, a quien su vista dañada aún no distinguía, le habló de modo seco, pero con una amabilidad que había olvidado.

- Con cuidado. Bebe despacio. Te hará bien. Descansa. Si entiendes, parpadea. Una vez para “sí” y dos veces para “no”. ¿Entendiste?

  Un parpadeo débil hizo que Morio sonriera. Era una criatura racional.

- Me entiendes. Eso es bueno. Quiero saber quién eres y por qué te hicieron todo esto, saber por qué fuiste enviado aquí, pero entiendo que ahora no puedas hablar. ¿Sabes dónde estás?

  Dos parpadeos.

- Esto es Asahina, la mejor academia militar del Clan León, al oeste del Imperio. ¿Tú eres un león?

Mientras decía esto, Morio comenzó a pasar por los dañados y débiles brazos un poco de agua y licor para desinfectar las heridas, que se

veían imposibles de sanar. El ente parpadeó dos veces antes de arquearse levemente por el dolor. Un dolor que hubiera hecho gritar a cualquiera, pero a que a él, tan acostumbrado, apenas y lograba causarle una molestia.

- Perdona. Tengo que hacerlo. Tus heridas están muy infectadas y voy a tener que estarlas tallando hasta que podamos quitarte los grilletes. No eres un león. ¿De dónde vienes entonces? ¿Del Clan Lobo? ¿De los Oso? No creo. No tienes la corpulencia de un Oso. ¿De los misteriosos Libélula, quizás?

  Un parpadeo ante esa última palabra lo sacó de dudas.

- Un Libélula. Sorprendente. Esos cabrones llevan años sin salir de su montaña. No entiendo por qué un Libélula sería enviado con nosotros, aquí, a Asahina. Y en calidad de esclavo. ¿Cometiste algún crimen? ¿Eres un criminal?

  El ente negó.

  — ¿Un traidor?

Otra negación. Y otra más. Morio preguntó entre 15 y 20 opciones que se le ocurrían para merecer ese castigo. Todas fueron negadas. No era un criminal, ni un intrigante, ni un violador, ni un asesino, tampoco era un conjurador demoníaco. Nada tenía sentido. ¿Por qué torturar de ese modo tan brutal a un inocente?

Y entonces lo entendió.

Claro, por lo mismo…

- Espera… he oído narraciones sórdidas en los campamentos… sobre los esclavos de carne. Historias sobre personas raptadas para un grupo de nobles o sectarios que son privadas de su libertad, cegadas e inutilizadas y convertidas en meros objetos de placer para quien pague por ellos. Suelen buscar niños, mujeres bonitas o jovencitos andróginos y los toman como objetos, disponibles para ser vejados, rotos y destrozados en toda su integridad, violados y torturados una y otra vez hasta que simplemente… se cansan de ellos…

  No hubo necesidad de parpadear. El gesto del muchacho lo dijo todo. Esa había sido su vida.

  — Madre Amaterasu… ¡Eres un esclavo de carne! ¡Una verdadera muñeca sexual construida para el más abyecto placer

carnal! —Dijo con un tono entre indignado y asombrado—. Tengo muchas preguntas por hacerte, pero en este momento dudo que puedas hablar. Volveré. Y poco a poco me dirás quién eres y por qué te trajeron aquí.

Morio se fue, dejando al esclavo en soledad y dolorosa agonía. Los siguientes días fueron totalmente confusos para el Capitán, pues el esclavo no sanaba, pero tampoco empeoraba. Cada herida que curaba se abría con nueva velocidad. Aquello desafiaba toda lógica. Una persona común habría muerto hacía mucho tiempo. La sola tortura bastaría para ello. No obstante, el esclavo había sobrevivido y soportado ser metido en aquel cajón de clavos que le perforó el cuerpo durante el viaje al Clan León, había perseguido al guardia encerrado con él y encima, resistido la brutal golpiza de Morio. Sin embargo, ni empeoraba ni mejoraba. Parecía en un eterno bucle de agonía.

Y tampoco probaba bocado. Sus ojos grises no miraban a nada en específico. Parecía vacío, muerto por dentro. Por más que el capitán intentaba darle de comer, el pedazo de carne se quedaba inerte. Por fin, desesperado, un día le jaló del poco cabello y le abrió la boca.

- ¡HE DICHO QUE TRAGUES, CARAJO! ¡ABRE LA MALDITA BOCA!

Aquella fue la clave. La palabra mágica que le hizo comer. Impulsado por un reflejo condicionado, el joven comenzó a comer mecánicamente, llenándose la boca con puñados de arroz, meciéndose como en un trance, condicionado a obedecer. No era ya una persona, era un vil guiñapo sin voluntad. Y aquello conmocionó a Morio en una mezcolanza de sentimientos. Por un lado, lo llenó de indignación ser testigo de cómo alguien había sido capaz de tomar a ese muchacho y destruirlo física y mentalmente a nivel tal que olvidase incluso la necesidad de comer por su decisión propia; pero por otro, su estómago brincaba con un nerviosismo naciente al pensar que ese ser no tenía a nadie, que muy seguramente era un perverso regalo para algún noble y que, al no reclamarlo, pasaba a ser enteramente suyo. Su propia muñeca humana capaz de soportar cualquier tipo de dolor sin queja, sin miedo… y sin morir. Saliendo de sus oscuros pensamientos, Morio detuvo al esclavo con rudeza, quitándole el plato, tomándolo del cabello y azotándolo con crueldad hacia la pared.

- ¡ASÍ NO, IDIOTA! ¿Acaso no sabes comer? ¡COME ADECUADAMENTE! ¿Quién te enseñó tan malos modales? ¡CONTESTA!

En ese momento, y tras días de no proferir palabra, el ser habló. Su voz era débil, temerosa, dulce.

- Pi… do… perdón… Amo Nagoya...
- ¡POR LOS DIOSES! ¡HABLAS! Pensé que te habían cortado la lengua por practicidad. Aunque he visto tus heridas. Has llegado a tener cosida la boca. Pero espera un momento… ¿dijiste Nagoya? ¡CONTESTA, ES UNA ORDEN!
- Nagoya… sama. Me… enviaron… a Nagoya—sama.
- ¡Pues te tengo noticias! ¡El maestro Nagoya está muerto!
- ¿Muer… to? ¿Cómo…?
- Fue enviado a Las Jaulas en las Tierras Sombrías cuando descubrieron el cuerpo de una alumna de la Academia de Esgrima, a quien había torturado y asesinado. No sé si esto sea bueno o malo para ti.

Mudo y asustado, el esclavo no dijo nada. No sabía qué procedía ahora. No sabía si lo devolverían a su clan o si se quedaría ahí. No podía ser su decisión. Él tenía negado decidir. El corpulento capitán, con el cuerpo temblando por una mezcla de adrenalina y morbo, se puso encima del esclavo y apretó su lastimado rostro, quedando muy cerca de su lastimado e ingente rostro.

- Ese nombre es una mancha en nuestro Clan. El maldito bastardo era un sádico que amaba destrozar a los alumnos. ¿Quién te envió a él? ¿Por qué? Habla ya y quizás tenga un poco de piedad por ti.

Aquello iluminó los ojos casi ciegos del infeliz, que pensó en la tan anhelada muerte.

- S—si hablo… ¿me matará?
- Depende de lo que digas. Habla. Quiero saber quién eres y por qué te han enviado a este sitio. Obedece mi orden. Dime todo lo que recuerdes.

  Con los ojos acuosos y la expresión rota, el joven comenzó su relato:

“Soy del Clan Libélula. No... no recuerdo si tengo nombre. Lo más antiguo que recuerdo… es un palacio gris lleno de sombras. Recuerdo a mi padre. Es el daimyo del clan. Siempre viví en la torre del Palacio, encerrado en ella. Mi padre, cuando iba a verme, decía que era un horror, que me odiaba. Nunca me quiso. Por eso me dejó al cuidado de alguien más.

Norima Ryohei.

Era un santo, un monje joven... de la orden de los Mantis… Norima siempre me cuidó y me crió. Me enseñó a leer y a escribir. Artes, ciencias exactas, humanas y ocultas, magia, diplomacia y religiones… de algún modo estoy consciente de que sé todo eso… pero lo he olvidado. Norima mismo me hizo olvidarlo. Él fue un padre para mí durante mi infancia. Me quiso, me cuidó… fue mi única compañía en esa soledad. Lo amaba…

Hasta que enloqueció.

Cuando cumplí los doce años, él y su maestro fueron requeridos por el Emperador en la capital, Nara. Nunca me dijeron cuál era la misión. Era secreta. Norima me prometió volver pronto. Pero cuando lo hizo, ya no era el mismo. Su maestro había muerto y todo él… había cambiado. Su mirada ya no era amable… se veía torcido, demente… recuerdo que cuando llegó me miró de un modo que nunca había sentido. Una mirada horrible, incómoda. El principio de todos los males. Y me dijo que, a partir de ese momento, todo había cambiado; que iba a comenzar conmigo lo que llamó "sesiones de adiestramiento".

Ese fue el principio.

Ya… ya no recuerdo el orden de las cosas, de cómo sucedieron. Creo que lo primero que hizo fue despojarme de la ropa y encerrarme en un calabozo lleno de alimañas. Arañas, ciempiés, criaturas venenosas… me mordieron, me caminaron por el cuerpo…. Recuerdo el horror… grité, le supliqué que me sacara… pero no lo hizo. Le oí disfrutar mis gritos… y de ahí… to—todo. Todo vino en picada. Todo fue un castigo. Dejó de enseñarme. Se dedicó a… entrenar conmigo…. Premios y castigos, según él. Pero nunca había premios. Siempre acababa golpeado. Siempre. Mi amor por él se volvió miedo. Llegué a preferir que me dejara encerrado con las arañas a que me sacara y me hiciera preguntas que siempre fallaba. Me dijo "torpe", "incapaz", "estúpido".
Yo tenía miedo de hacer lo que fuera. Siempre terminaba en golpizas que me dejaban agonizando. No cuidaba las heridas… pero éstas sanaban. Y eso lo satisfacía mucho. Le encantaba verme sanar… me curaba tan rápido… que eso lo excitó y comenzó a experimentar más cosas… me quemó con aceite, con agua… con fuego, con metales… luego me cortó, me abrió la piel… probaba con agujas, con tizones ardientes… probó a despellejarme, a cortarme, a cegarme… Cada día inventaba y creaba nuevos métodos para satisfacer su curiosidad, para ver cuándo me rompía, hasta dónde soportaba.

Dejé de vivir en la torre. No sé cuándo… pero acabé en una celda de torturas, donde él se daba vuelo experimentando. Siempre hallaba un martirio nuevo con el cual destrozarme… y eso le excitaba mucho. Se venía en mi boca, en mi cuerpo, satisfecho. Fue cuando supe que no iba a terminar nunca… y entendí que ese era su modo de amarme. Él siempre lo decía al torturarme. "Te amo, precioso mío", "eres mío, mi puta". Y … y lo creí… yo… lo entendí. Me amaba. Ése era su modo de amarme. Quizás el del error era yo por malentenderlo… Por eso… lo acepté, le tomé gusto. Y obedecí con amor. Quizás ese era nuestro camino y modo de amarnos... ¡Que me quebrara! ¡Yo era suyo y ese era mi destino! Comencé a disfrutarlo… fue cuando me convertí en su guiñapo y esclavo de carne."

Para ese momento, el famélico joven sonreía y temblaba recordando, convencido de sus palabras.

"Pe—pero… pero no era verdad. Y lo supe hace poco… cuando le conocí. Era pequeñito, delicado como una muñeca de porcelana, con vocecita tierna y una inocencia que me despertó sentimientos distintos…
Se llamaba Aoi. Era un niño, hijo de uno de los nobles del clan. O eso me dijo. Tenía hambre… y una noche en que salió de su cama en busca de comida, oyó mis gritos… y atraído por ellos…. Dio con el sitio donde Norima me amaba y… vio todo…
Tan pequeño… tan puro… sintió miedo y dolor por mí…. Cuando Norima se iba, después de cada sesión de torturas, me llevaba agua y comida. ¡Me limpió… me alimentó... me abrazó, me dijo que yo era el príncipe! Nadie había hecho eso por mí… ¡jamás! Aoi me curó… me… me cuidó… y me dijo que mi padre me había ocultado para que nunca subiera al trono… todo eso era nuevo para mí. Y lo quise… lo quise tanto… él me mostró lo que era un poco de amor… que no era un esclavo… que yo valía la pena… ¡incluso que quizás su padre y los nobles podrían liberarme para que yo subiera al trono!

Pero mi ilusión de libertad se rompió cuando Norima lo descubrió.

De nada sirvieron mis súplicas. Le pedí que me castigara, que lo dejara en paz. Pero no lo hizo. Tomó al niño y lo subió al potro de torturas. Fue cuando tomó los tizones y quemó mis ojos con ellos. Oí los gritos de mi niño mientras estaba encadenado. Oí la voz de satisfacción de Norima; escuché toda la agónica tortura que le propinó y adiviné lo que le hizo. Lo violó… lo abrió en canal y lo desmembró. Y cuando todo acabó, olí comida… un guisado como hacía años no percibía.

Norima lo cocinó para mí. Me hizo comerlo.

Eso fue lo último que soporté.

Me enviaron aquí por eso.

Cuando mi padre lo supo, le quitó a Norima mi custodia, me metió en esa caja de tortura y me consignó aquí. Lo último que le oí decir fue que 'Nagoya sí me metería en cintura y me destrozaría como Norima no había podido hacerlo'.

Y aquí estoy."

Morio se quedó en silencio, observando a la pobre criatura famélica y ciega, temblando tras contar su historia. Y pese a todo, sospechó. Había detalles en el relato del joven que no cuadraban; algo ocultaba. Pero no estaba mintiendo. Su solo aspecto era prueba suficiente de lo que decía. Aún asomaban sus orejas mutiladas, la piel cetrina estaba llena de surcos y cicatrices. Y su estado de desnutrición era más que evidente. Tras largos minutos de análisis y silencio, Morio lo recostó.

- ¿Va… va a matarme? —preguntó con cierta esperanza en la voz.
- No. No puedo hacerlo.
- Pero… ¡Lo prometió!
- Dije que te mataría dependiendo de lo que dijeras. Saber que eres el Príncipe de un clan cambia las cosas. Hacer eso podría meter a mi clan en problemas con el tuyo. Tu padre podría reclamarnos.
- No, no, no… ¡Por favor! ¡Usted lo prometió! ¡Por favor, máteme! ¡No hay nada por qué vivir!
- Lo siento. Pero esto me rebasa. Tendré que informar al *Daimyo* de tu existencia y que él te devuelva a tu clan. No puedo conservarte bajo estas circunstancias.
- ¡ENTONCES ME OFREZCO A USTED POR VOLUNTAD! ¡HÁGAME LO QUE QUIERA, MÁTEME! ¡Ya vio cuánto puedo resistir! Por favor… me prometieron un nuevo infierno… puedo vivirlo con usted, ¡pero no soportaría volver ahí… tenga piedad!

Aquello era tentador. La idea de un esclavo de carne para él sonaba tan atrayente. Podía usarlo para costal de golpes y él lo soportaría. Incluso confesó tener ya cierto gusto por el dolor… ¿por qué no…? El esclavo se irguió ante él. Su voz comenzó a cambiar el tono. La súplica se convirtió en un seductor susurro, un murmullo de voces detrás suyo. En sus enjutas carnes, debajo de los brazaletes encarnados, las cicatrices con forma de esas aterradoras espirales comenzaron a

moverse de modo insano. Los ojos nublados parecían moverse debajo de las blancas telas carnosas que le impedían ver. Morio se quedó congelado cuando el esclavo ofreció sus brazos a él, cuando rodeó su cuello con ellos y cuando su voz, ahora meliflua y seductora, le susurró al oído: *"tómeme… y sea el dueño de mi poder"*, para después, con esa lengua seca y blanquecina, bajar por su cuello para lamerlo y hallar sus labios, que besó con intenso deseo.

La reacción del capitán fue inmediata. Mil recuerdos se arremolinaron en su mente. No hacía mucho que una mujer de sinuoso aspecto y voz igual de viperina le había hablado en similar tono al oído, susurrándole placeres prohibidos, incitándolo a degradarse al participar en ellos. Pensar en ella se unió al asco de ver a ese remedo de cadáver encima suyo intentando seducirlo y por reflejo, mordió la lengua del ente, arrancando un trozo de ella. Acto seguido, lo alejó de sí, gritando horrorizado, golpeándolo seca y certeramente de un modo que privó del sentido al muchacho. Aún preso del furor del asco, tomó por el cabello al ser y le azotó contra la pared. El cuello se fracturó. Claramente oyó el seco tronar de las vértebras. Sin detenerse, y con los brazos convertidos en mazos de puro músculo, volvió a fracturar las costillas que había roto. Sus pies pisotearon los genitales. Morio gritaba, asqueado, removido en una fibra muy íntima y oculta que aún no lograba superar. Odiaba el contacto físico desde hacía 5 años y más si venía de un hombre. No lo soportaba. Y volcó en él toda su rabia, su asco, la impotencia de haber sido vejado y de nunca haber podido defenderse. Conforme golpeaba, el cuerpo volvía a convertirse en una masa blanca, gelatinosa e ingente. La criatura parecía sonreír malsana, grotesca y abandonada, sin cordura, en espera de la tan anhelada muerte. Y Morio también sonreía, en un estado de rabia perfecta, frenético, poseído por la adrenalina de la violencia. Sus ojos lucían inyectados en sangre, mirando cómo la criatura se reducía más y más…. *"¡Eso! ¡Querías morir, muere entonces, muere de una vez, engendro del averno!"*, pensaba malsanamente feliz y bastante excitado. En cierto modo, comprendió al tal Norima. ¡Era tan divertido y satisfactorio verle sufrir sin defenderse…!

Fue cuando el vientre del príncipe se hinchó como un pez globo, alcanzando dimensiones grotescas, como si dentro de él creciera algo cada segundo. Esa visión le hizo despertar del estupor. ¡Lo estaba matando! La boca del ser derramaba sangre coagulada, negra. El esclavo se convulsionaba, agonizando.

Fue cuando supo que había cometido un error al dejarse llevar. Estaba matando a un Príncipe.

Y si quería impedirlo tendría que buscar ayuda.

Afuera el sol brillaba tibio y apagado entre los escuetos jardines zen de la zona de meditación de la Academia. En completo silencio, un joven de 20 años, de pesado cabello negro, dulce aspecto jovial y ropas de monje, meditaba sentado en postura de Loto sobre un nenúfar en uno de los estanques de la Academia Asahina. Con habilidosa delicadeza, sus manos formaban figuras de agua, creadas a partir de su sola concentración. Las burbujas de agua flotaban suspendidas a su alrededor, mágica y celestialmente. Su serena expresión parecía inmutable. Todo en él parecía destilar paz y armonía irrompible. Nada podía sacarlo de la concentración.

Nada, excepto un león rojo que brotó de entre los jardines como un grotesco *oni*, enteramente bañado en sangre y bramando como loco. Era Morio, que por fin salía de su misterioso encierro de varias semanas.

- ¡TANEHIRO! ¡VEN ACÁ, MALDITO BRUJO, QUE TE NECESITO! ¡VEN RÁPIDO, QUE SE ESTÁ MURIENDO!

Al verlo, Tanehiro se sorprendió tanto, que las burbujas de agua cayeron sobre él estrepitosamente, empapándolo.

- ¡¿Morio?! ¿Pero qué te pasó? ¡Estás bañado en sangre! ¡Llevaba días sin saber de ti! ¿Estás bien?
- ¡NO TENGO TIEMPO DE ESTUPIDECES! ¡CAMINA, CARAJO, QUE SE MUERE!
- ¿Quién se muere? No tengo idea de qué hablas…
- ¡QUE VENGAS, JODER! ¡NO TENGO TIEMPO DE EXPLICARTE!

Exasperado y sin cuidado, Morio jaló al joven monje consigo, haciéndole trastabillar ante las poderosas zancadas de sus piernas. Tanehiro apenas y podía seguirle el paso a su amigo, jadeando empapado, sorprendido y en total estado de duda. Morio le llevó por sitios de la vieja Academia que jamás había explorado. Bajaron de los pisos inferiores a la zona de castigos. Y de ahí a la mítica cárcel olvidada, donde Morio tenía encerrado al Príncipe, quien convulsionaba y escupía sangre negra.

Ver aquello fue un impresionante shock para el virtuoso monje. La criatura era un montón de carne sanguinolenta, retorciéndose

agonizante mientras algo en su vientre se inflaba y parecía querer emerger a través de la carne.

- ¡MIRA, TANEHIRO! ¡ÉL ES QUIEN ESTÁ MURIENDO!
- ¿Pero qué carajos es eso?
- ¡EL HIJO DE UN DAIMYO! ¡DEJA DE PONER ESA PUTA JETA Y AYÚDAME, QUE SE NOS MUERE!

Ante el espectáculo y la escasa información, Tanehiro poco podía hacer. Estaba ante una encrucijada de ignorancia y peligro inminente. Morio estaba desesperado por salvar a esa cosa que se retorcía vomitando en el piso. Tuvo que actuar por instinto empírico. De su cinto extrajo un frasco lleno de un líquido blanco, aperlado.

— ¡Voy! ¡Sujétalo lo más fuerte que puedas!

Morio obedeció, dominando a la criatura con su enorme corpulencia musculosa. Tanehiro se acercó con el frasco abierto.

- ¡Ábrele bien la boca!
- ¿Cuál boca, cabrón? ¡Si la tiene bien deshecha!
- ¡Oh, por Dios, sirves para dos cosas…!

Tanehiro no dudó más. Vertió el líquido sobre la boca del condenado, a cuyo contacto hizo una especie de espuma. Irguiendo su cabeza, le hizo beber todo el contenido del frasco, el cual, como un bálsamo, calmó las convulsiones y sumió al agonizante joven en una reconfortante inconsciencia. Ambos respiraron tranquilos en esa oscuridad. Pero Tanehiro sabía que aquello no había acabado.

- ¡Pfff… se calmó! ¡Ese extracto de Perla de Miya Hima funcionó!
- ¿Extracto de qué? ¿Y ahora qué hacemos?
- Esperar.
- ¿Esperar a que?
- A que reaccione.
- ¿Y cuando lo haga?
- Prepárate para lo que sea.
- ¿QUÉ?
- ¡Que saques tu espada! Y cuando reaccione… ¡MATA LO QUE SALGA!

No bien dijo eso, el cuerpo del príncipe se irguió como una marioneta. El vientre abultado se movía. Y lo que fuera que habitaba dentro de él,

se movió veloz hacia la boca. Ambos vieron brotar de ésta un enorme ciempiés de demoníaco aspecto. Grotesco, de afiladas patas y un hocico que se abría en cuatro, coronado por afilados dientes concéntricos, apilados unos sobre otros. La criatura era enorme. Y no paraba de salir del famélico cuerpo. Veloz, se arrojó hacia Morio, en busca de devorar su cabeza, pero topó con la afilada katana del samurai, que cortó de tajo con limpieza la testa de la bestia. Preso aún del furor, Morio se arrojó sobre la criatura para apretarla con furia, comprimir su viscoso cuerpo resbaloso, cubierto de sangre… y reventarla, como a un pustuloso grano. El Ciempiés explotó ante la fuerza del pelirrojo, salpicando la celda de asquerosas entrañas de apestosa consistencia. Tanehiro apenas y pudo retroceder, siendo salpicado por toda aquella inmundicia que parecía ser un conjunto de ojos, dedos, pequeñas y dantescas criaturas y bocas humanas sin cabeza, gritando asquerosos chillidos. Mientras Tanehiro pisaba los restantes, Morio se arrojó sobre el restante cuerpo de la criatura, y, como bestia rabiosa, destrozó a puño limpio a la criatura, gritando frenético *"¡MUÉRETE DE UNA VEZ, MALDITA COSA!"*.

Por fin, cuando la deshizo, sus desorbitados ojos miraron el asqueroso sitio, impregnado de inmundicia demoníaca y al cuerpo inconsciente y deshecho del muchacho, que seguramente ahora sí había muerto. Sólo entonces pudo gritar.

- Lo deshice… ¡LO DESHICE! ¿PERO QUÉ MIERDA ERA ESO? ¡VE SU MALDITO TAMAÑO! ¿Cómo es que cupo en un cuerpo tan pequeño?

  Tanehiro, aún shockeado, pero menos frenético que su amigo, respondió sorprendido.

- ¡Un *Mukade Maho*! ¡Un ciempiés de magia negra! ¡Esa cosa es uno de los hechizos de odio más crueles que existen! La criatura es implantada en la víctima siendo una larva y se le deja crecer dentro de ésta, alimentándose día a día de sus entrañas hasta que revienta y emerge desde el vientre. Por todos los dioses… ¿quién hace este tipo de cosas a alguien? ¿Y por qué?
- Tú lo has dicho. Por odio.

Aun temblando, Morio se levantó y fue hacia el exangüe cuerpo del muchacho, levantándolo en brazos y poniéndolo de nuevo en la esterilla.

- Bueno, ¿y ya me vas a decir quién es el guiñapo?
- Sujétate de donde puedas: Es el hijo de Lord Katayama de los Libélula.
- ¿QUÉ? ¡Pero Katayama no tiene…!
- ¿Hijos? ¡Sí, eso se dice! Pero este tipo sabe cosas que podrían explicar por qué no hemos sabido nada de ellos en años. Así que vamos a dejarlo descansar en paz e informemos al general Nomura de lo sucedido.
- ¿Vamos a dejarlo así, sin curaciones?
- Sí, por ahora. Total, si traía esa mierda dentro y no se murió, ¿tú crees que se muera ahora?

En cuanto el general escuchó la historia, su habitual gesto severo se transformó en coraje.

- ¿QUE ES QUIÉN? ¿Por qué nadie me había dicho nada? ¡Ese monstruo lleva aquí un mes y me vengo enterando que es hijo de un daimyo!

Morio, ya limpio de sangre y suciedad, pero con visibles marcas de lucha en el cuerpo, mostró sus antebrazos rasguñados e hinchados al General.

- ¡Yo también me enteré hoy, *sensei*! ¡Le había estado cuidando, pero hoy se puso mal! ¡Mire cómo me dejó! ¡Ese tipo llevaba consigo algo dentro! ¡Tanehiro me ayudó a quitárselo!
- Morio, ese tipo llegó casi muerto. Pediste deshacerte de él y en lugar de eso, lo retuviste en las celdas, según tú "cuidándolo" sin informar a nadie de esto. Hoy vienes diciendo que llevaba algo dentro de sí. ¿Qué está sucediendo en mi Academia?
- El Príncipe había sido atacado por un poderoso tipo de magia negra, General —terció Tanehiro— traía un fuerte hechizo que logré erradicar y expulsar.
- ¡Sigue siendo incongruente! ¡Esto es una academia de *iaido*, no un templo de exorcistas! ¿Por qué lo enviaron aquí?
- Ahí sí no tengo idea, *sensei*.
- General, cuando el Príncipe llegó… ¿no llevaba consigo alguna misiva o indicación que diera pistas sobre su identidad y estado? –Preguntó Tanehiro.
- ¡Sí, sí! ¡Venía con esta caja, pero no tengo autorización de

abrirla! ¡Sólo puede abrirla la señora Shinobu, esposa de nuestro *daimyo*!

Diciendo eso, colocó sobre la mesa la dantesca caja de laca con forma de ciempiés que hizo temblar a los dos jóvenes. La efigie en la caja era muy similar a la horrenda y nauseabunda criatura que habían sacado del cuerpo del Príncipe y que Morio había destrozado a golpes. Al verla, ambos palidecieron y retrocedieron dos pasos, sin siquiera articular un sonido.

— Bueno, pero, ¿qué pasa con ustedes? Han palidecido de súbito. Hey, ¡Niños! ¡Digan algo, me están asustando!

Morio, sobre todo, sentía un caos en su mente. Esa figura revivía los recientes momentos: la narración del príncipe esclavo, su cuerpo mutilado hasta el hartazgo, la criatura habitando dentro suyo, sus súplicas por no volver al clan Libélula…
Temblando, llevó sus manos a su rostro. El grito del general le sacó del shock.

- ¡OIGAN!
- No… no pasa nada, *sensei*. Estoy bien… pero esta caja me acaba de llenar de más dudas.
- ¿A dónde vas?
- ¡A preguntarle un par de cosas a esa criatura!

Temblando, Morio salió de la oficina del general y se recargó en una pared, sintiendo la débil luz del sol de la tarde sobre su rostro. Afuera, todo parecía ignorante de la pesadilla. Los cuidados jardines *zen* transmitían una sólida paz marcial. Sentía náuseas, miedo y una malsana curiosidad. Trató de repasar los eventos en su mente. El Príncipe era un esclavo de carne a quien su propio padre había entregado a un loco psicópata. Norima parecía ser justamente ese tipo de enfermos posesivos. Y tanta era su obsesión hacia él que debió haberle metido ese gusano con el fin de que Nagoya no pudiera con ello y lo devolviera a su verdadero amo. Aquello tenía sentido. Un muy tétrico sentido de celos dominantes. Sin embargo, el hecho del nombre de la finada esposa del *Daimyo* venía a arrojar más dudas. ¿Acaso ella estaba enterada de esto? ¿Coludida con Nagoya? ¡Ambos estaban muertos! Y luego estaban las espirales en las cicatrices. Morio había tenido el afortunado tino de, días antes, envolver los antebrazos aún encarnados al grillete con vendas, de modo que Tanehiro no había podido verlas. Y debía cuidar que nadie las viera. Esas marcas lo tenían al borde de la desesperación. Tanto necesitaba saber qué significaban y si ese Príncipe estaba coludido en los sucesos de hacía

cinco años, que había olvidado todo a su alrededor.

Apoyado en la pared, caminó a través del soleado patio en dirección hacia la celda del Príncipe. Una mirada al cielo le hizo notar algo poco usual en esa zona: un crimen de cuervos revoloteaba sobre la Academia. Eran raros de ver en esas zonas y esa época del año. A esas alturas, todo le parecía providencialmente puesto. Sin embargo, el crimen se alejó de la zona, dándole un respiro al pelirrojo, quien descendió de nuevo, sin saber si en verdad quería hacerlo. Recordó que le había roto el cuello y las costillas. Y que le había deshecho a golpes. Quizás esta vez sí estaba muerto.

Decidido, abrió la puerta de la celda, empezando a pensar en qué argumentos darían al clan Libélula por haber desnucado a su único heredero.

Nuevamente, la sorpresa le aceleró el pulso.

El Príncipe, el esclavo de carne, el despojo humano a quien había dejado muerto, estaba sentado en la esterilla, débil, jadeando… pero entero. El cuello estaba en su lugar, el cuerpo volvía a tener forma humana. Y aunque seguía famélico y demacrado, las cataratas en sus ojos habían disminuido. El joven fue capaz de ver con dificultad por primera vez a su salvador, el León de melena roja, que exclamó sin recato:

- ¡NO ME JODAS! ¡EN SERIO, NO ME JODAS! ¡ESTABAS MUERTO! ¿CÓMO SANASTE? ¡TE DEJÉ HACE MENOS DE UNA HORA! ¡MENOS DE UNA MALDITA HORA! ¿QUÉ CLASE DE DEMONIO ERES? ¡DEJA DE MIRARME COMO IMBÉCIL Y RESPONDE!

Ante el silencio del joven, Morio se abalanzó sobre él, sin pensar. Total, si le había matado dos veces, una más no la sentiría. El joven no opuso resistencia alguna. Dejó que las poderosas manos del guerrero rodearan su cuello y lanzó un suave quejido sonaba más bien como gemido de gusto. Morio volvió a sentir ese mórbido placer de lastimarle y apretó. El esclavo asintió.

— Sí… hablaré… hmmm…

La curiosidad pudo más que el morbo. Morio soltó al esclavo, que recuperó el aire y se dejó caer en la esterilla. El olor aún era nauseabundo por los restos del ciempiés.

- Ignoro por qué puedo hacerlo, pero sano demasiado rápido. De

cualquier herida y cualquier golpe. Déjame un poco unido y volveré a articularme. Sángrame y me recuperaré. Eso fascinaba a Norima. Parte de su obsesión con torturarme venía de ahí. Le gustaba tomar el tiempo de mi recuperación y documentarlo. Por eso era cada vez más sádico. Nunca llegó a amputar nada por entero. Mi padre se lo prohibió. Norima siempre se quedó con ganas de cercenar mis extremidades para dejarme totalmente inútil. Sin embargo, llegó un momento en que dejé de recuperarme y me mantenía agonizando hasta hoy.

Serio, Morio se hizo a un lado, mostrando el asqueroso desastre en la celda.

- ¿Ves eso? Es lo que queda de la cosa que traías dentro. El monje que te lo quitó dijo que era un "*Mukote Miho*".
- "*Mukade maho*" —corrigió el príncipe, mirando los restos y asimilando con dolor los hechos—. Lo hizo. Lo metió en mí… —susurró para sí mismo, confirmando con pesar hasta dónde había sido capaz de lastimarlo.
- Entonces sabes lo que es. Sí, vivía dentro tuyo. Por eso no sanabas.

El Príncipe miró aquellos repulsivos desechos, sintiendo la obsesión de Norima en cada uno de los líquidos nauseabundos que poblaban la celda. Ignoraba lo que pasaría ahora. Y entonces vio bien al bruto pelirrojo. Era muy hermoso. Amplia espalda, pecho poderoso, cuerpo cincelado como roca esculpida. Músculos de hierro y facciones hermosas y cuadradas. El largo cabello rojo similar a una melena estaba atado en una coleta despeinada. Sus antebrazos estaban rojos, arañados. Y el pantalón negro estaba húmedo y salpicado de demoniaca inmundicia. Era tan distinto a Norima. Tan fiero y apuesto. Pero su destino era incierto. Morio tomó la palabra.

- Mi general ya fue informado de tu presencia aquí. Está pensando qué hacer contigo. Si tú no deseas volver porque temes a volver a ser torturado, podemos pensar en ayudarte. En específico: YO puedo protegerte si tú me ayudas.

Esa frase representaba la respuesta a la súplica que por años había hecho al cielo: que un alma viniera y lo apartara de aquel infierno. Por tanto tiempo se había resignado a ser sólo una piltrafa maltratada que llegó el momento en que olvidó pensar, razonar y decidir. Ahora, difícilmente podía pensar en su beneficio. Sin embargo, dentro de sí había un sentimiento que le empujaba a aceptar: vengar la muerte de

Aoi, el niño que le había revelado su linaje y le había prometido la libertad. Sin embargo, el peso de la presencia de Norima era apabullante. Sabía que él no iba a quedarse de brazos cruzados ante perderlo. Siempre le recordaba su obsesivo amor por medio de castigos, privaciones y dolor. No iba a renunciar a él y menos a dejarlo a un desconocido cuya muerte ignoraba. Y ese miedo le impedía pensar claramente.

- ¿Y bien? ¿Qué dices? ¿Protección por ayuda?
- Pero… Norima. Él no va a renunciar a mí. ¿Qué pasa si viene aquí a buscarme? Él tiene ojos en todos lados. Me buscará, ¡sabe dónde estoy! ¡Él controla mi destino!
- Que venga. Aquí él no tiene voz ni voto. No significa nada. Aquí la única palabra que manda es la del señor Hirozawa Shido y tienes la suerte de que yo sea su sobrino favorito. Nadie va a tocarte si él lo indica.
- Pero entonces… ¿tendré un nuevo amo? Mi padre ordenó que se me entregara a Nagoya. Si él está muerto, ¿qué pasará conmigo?
- Es difícil saberlo. Pero abogaré por ti. Tengo todas las pruebas de los abusos que has sufrido. Fuiste enviado aquí para ser torturado por un monstruo. Uno que, doy fe, sí era capaz de haberte sumido en un dolor peor al que te habían acostumbrado.
- ¿Usted lo conoció?
- Oh, sí. Y tuve clases con él. Era brutal. Tenía una displicencia tremenda por los demás. Y un malsano gusto por la humillación. Amaba buscar errores en los alumnos para castigarlos del modo más severo posible. Muchas veces llegó a tundirme a golpes hasta dejarme la espalda morada; pero yo soy muy terco. Y siempre me levantaba, siempre lo desafiaba. No me quería por ser sobrino del *Daimyo*. Eso lo frenó muchas veces para cometer los abusos que sí ejecutó con otros alumnos de menor linaje que yo. ¿Quieres saber la historia de por qué lo matamos?

  El lastimado esclavo asintió, débil.

- Hasta hace tres meses, Nagoya dirigía esta respetable institución con un récord de severidad y dolor que asustaba a los demás clanes. Se sabía de su despotismo y crueldad, pero sus contactos y resultados le habían dado la vara muy alta ante nuestro señor. Sin embargo, la desaparición de una alumna de arquería despertó sospechas.
  La muchacha le había estado sirviendo el té desde hacía meses. Y varios alumnos decían que él la torturaba. Era hiriente con

ella, muy cruel. Le pegaba por gusto, la castigaba por todo. Aunque su trabajo fuera impecable, para él siempre tenía fallos y por ello, la metía en su habitación. Muchos rumoraban que la forzaba a tener relaciones sexuales con él.
Cuando desapareció, Nagoya aludió a que ella había sido débil y había huido. Lo creímos, por cómo la trataba. Y no la juzgamos. Todos habríamos hecho lo mismo en su lugar.
Sin embargo, uno de los conserjes halló entre las zonas de cultivo una mano cercenada. Una mano de mujer. La noticia corrió entre todos. Y buscaron hasta hallar el cuerpo de la niña. Le había amputado brazos, piernas y pechos, la había desollado y tenía un grave grado de desnutrición. Había sido alimentada de desechos humanos.
Cuando lo juzgaron, no alegó nada en su defensa. No se disculpó. Dijo que era “una práctica para su más grande misión”.

Al oír eso, El Príncipe supo que él era la misión y que la suerte de la joven era la que le hubiera esperado no bien llegara a Asahina.

- …Nadie entendió sus palabras. Y como nadie quiso defenderlo y no mostró ningún tipo de arrepentimiento, fue sentenciado a las jaulas; un castigo en las tierras del Norte donde el convicto es clavado a unas estacas y dejado a merced de los demonios que viven más allá de la Frontera. Sus últimas semanas fueron de total sufrimiento, sirviendo de alimento a los demonios día a día, pedazo a pedazo. Sin embargo, nunca le oyeron lamentarse ni rogar. Siempre estuvo feliz. Sonreía extasiado. Dicen que no quedó nada de él, pero que, en su agonía, alababa a no sé qué dioses oscuros.

El famélico joven se hizo ovillo, aterrado. Nagoya sabía de su llegada. Lo esperaba con ansias. De haber estado vivo… quién sabe cuál sería su estado actual. Miró de nuevo hacia el pelirrojo que le sonreía.

- Pero eso no pasó porque Nagoya está muerto. Si me lo preguntas, esto es una intervención divina, un modo en que las Fortunas se apiadan de ti y te dan la oportunidad de levantarte y vivir. ¿No lo entiendes? ¡Ya eres libre!

Libre.
La palabra se formó en la mente del joven. La había oído en labios de Aoi en muchas ocasiones. El niño le había prometido liberarlo, llevarlo a mirar los bosques, a sentir el calor del sol, a vivir sin miedo ni ataduras. Y ahora lo era. Sin él. Pero era libre. El pelirrojo le sonreía, sobando las marcas de la lucha. Una adoración nació en el

joven esclavo. Ese brusco samurái lo había liberado, él era su salvador, el *oni* escarlata que lo había arrancado con violencia de la oscuridad para darle una segunda oportunidad.

Y rompió a llorar amargamente.

¡Hubiera deseado tanto que Aoi estuviera! Todo se diluía en su mente. Parecía mentira que se hubiera acabado por fin. Que Norima estuviera lejos al igual que su padre. Se había acabado. El príncipe esclavo lloró sin poder detenerse. Morio le miraba sin atreverse a acercarse. ¿Qué podía hacer? Era pésimo para el contacto humano. Pero intentaba dimensionar todo ese dolor, todo ese sufrimiento causado por sanar rápido. ¿Cuándo había llorado por última vez? ¿Cuándo había perdido el deseo de vivir? La pena del joven era tan honda que incluso él, reacio y tosco, no pudo evitar tocar su hombro y ofrecerle sus brazos para rodearlo y darle un abrazo. El segundo ser que le daba un abrazo sincero. Ya no podía recordar el amor antes de Aoi.

Cayeron en la estera abrazados. Y Morio lo estrechó con fuerza, haciéndole sentir compañía, mientras miraba a la nada, sintiéndose inútil y poco empático. Para calmarle, cantó torpemente una nana que su madre solía cantarle a él y a su hermana cuando eran niños.

"Llorar es purgar la pena,
deshidratar todo el miedo que hay en ti
es sudar la angustia que te llena
es llover tristeza para poder ser feliz".

Aquel canto hizo que el joven se calmara poco a poco. Sin decir palabra, permanecieron abrazados largo rato, acompañados por los hipos de llanto del príncipe golpeado. Morio rompió el silencio después de mucho rato.

- ¿Te sientes mejor?
- Tengo miedo. ¿Qué será de mí sin un amo? Sólo sirvo para obedecer. Sin ello, no sé qué otra utilidad pueda tener.
- Te lo dije: ayúdame y te protejo.
- ¿De qué ayuda puedo serle? Mi único talento es recibir golpes y ser material de tortura. Si usted desea ser mi nuevo amo…

  Nuevamente volvió ese deseo malsano por torturarlo. La idea de tenerlo, de golpearlo a su antojo. Y él mismo sabía que no llegaría a los niveles del tal Norima.

- Pero sois un Príncipe. Yo no puedo ser su amo. Tal cosa no se

permitiría en el Orden Celestial. Si mi tío se entera, estaríamos en problemas y te querrá devolver a tu padre…

- ¡NO LO PERMITA, POR FAVOR! ¡ME OFREZCO A USTED VOLUNTARIAMENTE! —gritó desesperado.
- ¡Hey, espera! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?
— ¡SÍ! ¡Úseme, tortureme, hágame lo que desee! ¡Haré lo que sea con tal de no volver con Norima!
- ¿Cómo sabes que yo no soy igual que él?
- Usted se ha preocupado por mí. Me ha alimentado, curado. Eso lo hace diferente.
- ¡Entonces acepto! ¡Si te enviaron aquí para ser esclavo de alguien, serás mi esclavo! A partir de este momento eres mío. Tu libertad ha vuelto a caducar. Dame tu nombre. ¿cómo te llamas?

En ese momento el joven se dio cuenta que hacía años que no recordaba haber sido llamado por ningún nombre.

- N—no lo recuerdo. ¿Esclavo?
- ¡Debes tener un nombre! ¿cómo te llamaba Norima?
- “Precioso mío”, “mi puta”, “mi pedazo de carne” …
- ¡Pero no puedo llamarte así! Tu padre es Lord Katayama, ¿cierto?
- Eso dijo.
- Entonces eres Katayama. ¿Kayatama qué?
- Esclavo.
- Eso no va a funcionar. No puedes andar por ahí sin un nombre. Si tu padre es Katayama Ryunosuke, podríamos llamarte “Ryu”, un apócope del nombre de tu padre, que además significa “Dragón”. ¿qué te parece?
- Ryu… ¿me llamará así?
- Tal es mi primera decisión. Te llamaré Ryu. A partir de ahora yo te cuidaré. Bienvenido a tu nueva casa, Katayama Ryu.

CAPÍTULO 3
UNA VIEJA HERIDA

Por formalidad, Morio redactó un contrato de crueles palabras, donde indicaba a Ryu que, a partir de ese momento, le pertenecía, donde renunciaba a su yo y se entregaba a él por cordura, conciencia y voluntad y que, de decidirlo, Morio podía terminar con su vida en el momento que quisiera. Ryu colocó su huella con pulso tembloroso, pero totalmente decidido. En su estado incluso escribir se había vuelto un arte olvidado que debería practicar de nuevo.

Con el pasar de los días, la portentosa habilidad de Ryu se hizo notar. En efecto, sus heridas sanaron a impresionante velocidad. Lo que a cualquiera le hubiera costado una vida, Ryu lo sanó en días. Morio le sacó de esa celda y le llevó ahora a sus aposentos, donde colocó una estera para que pudiera dormir. A diario le proveía de comida, de ropa limpia, de poder bañarse. Ryu no recordaba el agua tibia, ni un baño relajante, ni otro alimento que no fueran desechos o sangre en un apestoso cuenco. Sin embargo, parecía bloqueado para llorar. Actuaba apocado, débil, esperando que Morio le ordenara para poder actuar. Su aspecto había mejorado notablemente. Asomaron unas facciones

muy finas, hermosas. Sus ojos eran verdes, de un tono oliváceo que simulaba el verde de los lagos del norte, coronados por largas pestañas. El cabello volvía a salir. Delgado cabello grisáceo, canoso prematuro. Los grilletes por fin pudieron ser removidos y las necrosis y encarnaciones fueron sanadas y tratadas. Morio pudo ver que los grilletes ocultaban debajo suyo unas horrendas escarificaciones con esas formas de espiral y alas de cuervo que habían comido la carne y ya no sanaban. Eran rojas, escarbadas en la carne del muchacho. Con una mezcla de fascinación y miedo, Morio se atrevió a preguntar por ellas.

- Háblame de esto. ¿Qué son estos símbolos? ¿Qué significan? ¿Por qué los llevas grabados?
- Las tengo desde que recuerdo. Me marcaron con ellas desde que nací. Mi padre dijo que eran para mantener mi voluntad apresada y que jamás pudiera rebelarme. Sé poco sobre ellas. Norima hablaba de un gran poder viviendo dentro de mí. Un poder fabuloso, destructivo, como no se ha visto en esta era. Pero me ocultó todo sobre él. Parecía embelesado con ellas, le fascinaban. Igual que a usted. ¿Por qué?
- Llámame Morio. Ese es mi nombre. Capitán Asakura Morio, del tercer regimiento de avanzada del clan León, "Los Leones de Hierro". Me apodan "El León de Fuego". Mi nombre ya posee cierta fama en las Tierras del Norte, donde he acabado con cientos de demonios.
- Capitán Morio… —susurró Ryu, esbozando una apagada sonrisa plena de admiración por primera vez en muchos años—. ¿Por qué le fascinan?
- Vale. Es justo que lo sepas. El motivo por el que te necesito y ayudo es porque tus cicatrices me recuerdan a una mujer que conocí hace unos años. Me gradué de esta Academia con trece años de edad. Y desde entonces ya tenía el ímpetu y la sangre caliente…

Limpiando las heridas de Ryu, Morio retrocedió años atrás.

"Éramos tres amigos inseparables. Tanehiro, el monje místico que hablaba con el viento, el agua y los animales; Mikisaburo, el joven bromista, jocoso y jovial y yo; un mocoso ávido de batalla y sediento de sangre. Estábamos recién egresados y el mundo era nuestro. Cambiamos las cometas de papel por la espada del samurái, deseosos de ir al campo de batalla y matar demonios. En nuestra primera semana como 'profesionales' quisimos destacar y sentirnos mayores. Y cuando se nos dio la primera franquicia,

con la idea de ser 'adultos', decidimos 'hacernos hombres' e ir a un tugurio de prostitutas para quitarnos la virginidad. Debo admitir que Tanehiro no estaba ni medio encantado con la idea, siendo un joven tan espiritual. Pero nos importó un saco de patatas su opinión y lo jalamos a regañadientes.

Como queríamos ser únicos y diferentes, tuvimos la muy maldita idea de salirnos del sector habitual del 'Mundo Flotante' de la capital y fuimos a un sector de la ciudad bastante peladilla y mal logrado, que tenía aspecto de 'barrio peligro'. Hallamos ahí una casa hermosa, muy discordante con el aspecto rastrero de la zona, iluminada por montones de farolillos color naranja en los cuales se veían figurillas como de abejas o avispas. Yo que sé. Entramos para ver qué tipo de mujeres había.

Pues resulta que sólo había una. Y nos importó una mierda que sólo fuese una. Era una cosa bárbara.

Dijo llamarse Otei.

Era… joder, era tremenda. Pechos enormes, turgentes, una jodida cintura breve y abrazable, las piernas sinuosas, carnosas, piel nívea como la Yuki Onna de las leyendas, un abundante cabello negro que parecía tener vida propia. Obvio, mucho mayor que nosotros. Yacía tendida, desnuda, en un lecho lleno de florecillas fragantes, rodeada de perfumes, montones de cachivaches que ignoraba en ese momento para qué servían, pero que ella me enseñó a usar después. Y su maldita voz era como un arrullo. Cantarina, rasposa, sexual. Para acabar pronto: incitaba a intimar con ella a la puta voz de "ya".

Y adivina qué tres imbéciles cayeron embobados por su belleza. Exacto: el uno, el dos y el tres. Tanehiro, Miki y yo quedamos estúpidos al verla. Ella nos sirvió té, nos dijo ser una experta en las artes amatorias y que estaba dispuesta a estrenar a hermosos jovencitos como nosotros. ¡No, bueno! ¡Con eso nos hizo caer redondos a sus pies!

La primera noche fue de cortesía. Las siguientes fuimos a verla con puntualidad, llevándole regalos humildes para su clase. Carajo, ¡no teníamos mucho dinero! Ella, con cortés desdén, rechazaba nuestros pobres presentes, haciéndonos competir por su 'amor'. Nos instó a ver quién ganaba. Para ello, nos hizo ir a verla cada uno a solas. Tanehiro fue el primero en escaparse para verla. Fue con ella y se entrevistó a solas para decirle que la amaba. En serio y de modo puro. Nunca supe qué pasó entre ellos ni qué le respondió ella. Pero desde esa noche, Tanehiro cambió y ahora oculta algo en su alma que no ha querido decirme.

Con Tanehiro fuera de la contienda, sólo quedamos Mikisaburo y yo. Era

mi turno. Yo sí fui más arrojado que mi noble compañero y me animé a entrar en su mundo de depravaciones sexuales. Cada noche ella me enseñaba cosas, cosas muy extrañas y sórdidas. Me enseñó sobre dominación y sumisión, sobre castigos y premios, sobre ser un amo y ser un perro. Y siempre me pedía hacer cosas que me causaban conflicto. Muchas. Actué para esa maldita perra de modos que prefiero no recordar, porque me revuelve el estómago de coraje pensar que me rebajé por ella. Pero cuando me pidió que una noche de luna llena buscara a mi hermana, tomara la sangre que brotaba de entre sus piernas y bebiera la mitad y la otra la mezclara en una copa con mi semen…
¡La golpeé! ¡Obvio la golpeé!
Y me largué de ahí, furioso, avergonzado y aterrado, oyendo su risa como un eco en la noche.

Sobra decir quién fue el ganador.
A partir de entonces, dejamos de ver a Mikisaburo.

Primero cada semana, porque se iba sin nosotros. Luego, dejó de ir al cuartel. Un día, simplemente ya no regresó.

Tanehiro y yo estábamos muy preocupados. Pedimos permiso al capitán para buscarlo un día de labores. Cuando llegamos a la casa donde ella vivía, hallamos un cascarón vacío. Nadie habitaba ese lugar. Y preguntar a las personas circundantes no sirvió de nada. Nadie recordaba haber visto un alma habitar esa casa. Ni siquiera a nosotros en la sexta noche de cada semana. La morada llevaba años deshabitada y Miki se había esfumado.

Desalentados y con miedo emprendimos el regreso.

No volvimos a saber nada de él.

Los meses pasaron. Una noche celebramos el cumpleaños de un amigo, motivo por el cual, varios de los compañeros del regimiento al que ya pertenecía oficialmente se quedaron a dormir en mi casa. Era una noche de tormenta. Yo dormía en mi habitación pasada la medianoche. Era de madrugada cuando oí un ruido.

Alguien descorrió mi puerta.

De inmediato tomé mi espada, pues sólo quien intenta dañar entra de ese modo.

No me dio tiempo de nada.

Mi espada fue a dar a un rincón de la habitación. Entre sombras, algo luchó conmigo. Sentí garras enormes, afiladas. No eran de animal. Ninguna bestia tiene esa forma aborrecible que se clavó en mi espalda y la comenzó a abrir como si fuese carne para el festín.
Contra el piso, sentí el más terrible dolor y la más enorme desesperanza.

Mis gritos eran terribles, pero la habitación parecía sellada. Nadie acudió en mi ayuda. Forcejear no me sirvió de nada. Mi entrenamiento tampoco. Literalmente, era una hojita al viento. Sentí baba viscosa sobre mi cuerpo. Jadeos y bramidos animales deleitándose con el frenesí de abrirme a su antojo. Pelo, grueso y bestial pelo. Húmedo, pringoso. Un nauseabundo aroma a mal aliento y sudor rancio me invadió. Abrieron mis piernas. Y entonces sentí un terrible dolor en las entrañas que me partió en dos. Impotente, pequeño, minimizado, convertido en nada, sentí cómo me despedazaban con una brutalidad que duró una eternidad. Nadie me oyó gritar ni llorar. Pero aquello no fue el horror final.

La criatura me destrozó a su antojo hasta dejarme con un último aliento. Estaba muriendo, Ryu. Te juro que sentí la vida abandonar mi cuerpo. Y entonces, en el cuasi último suspiro, un trueno iluminó la habitación y por eternos segundos puede ver a la criatura.

Deforme, hirsuta, de andares como de mono, pero con dos metros y medio de altura. Tenía largos brazos que casi llegaban al suelo. Una babeante panza de la cual colgaba un largo miembro que goteaba sangre. Mi sangre. Y dos caras. Una totalmente bestial y a su lado, pequeña, como un tumor, una pequeña cara humana joven agonizaba a la par que reía idiotizada, como drogada.

Y en esa cara reconocí los rasgos de mi perdido amigo Mikisaburo.

Cuando el relámpago se fue, la criatura lo hizo con él. Emitió un aullido burlón y doloroso al mismo tiempo y se arrojó desde mi balcón hacia la negra tormenta, perdiéndose esta vez para siempre."

Ahora era Ryu quien miraba al capitán de modo ido, presintiendo que él también ocultaba detalles de su narración, a pesar de no haber mentido. Había más en el relato y ambos lo sabían.

- Algo pasó después de esa noche. Crecí de golpe. Y no lo digo de modo figurativo. En verdad crecí. Mi complexión era delgada y atlética. En cuestión de meses desarrollé músculos de acero, mi cuerpo se volvió como lo ves. Era un metabolismo acelerado. Y el cabello, después de aquel baño de sangre, quedó rojo. No, no es tintura. Mi cabello es así de insanamente escarlata desde esa maldita ocasión. Y mi espalda es un amasijo de rasgaduras sin forma. Desde aquella vez me volví peor. Más agresivo, más huidizo, más hosco. No soporto la cercanía humana, ni el toque erótico. No quiero besar ni ser besado, no soporto que me toquen. He tenido malas relaciones por ello y terminé por desistir. Nadie sabe el por qué de mi comportamiento antisocial. Eres el primero al que se lo cuento. ¿Y sabes por qué?

Ryu negó, leve, con suma docilidad.

- Porque vivo aterrado. Para todos soy el León de Fuego, el capitán barbaján con alma de bestia que no teme a nada. Pero vivo lleno de miedo a que esa criatura regrese. Cada noche temo volver a verla, a sentir sus garras deshaciéndome con la facilidad que uno rompe un papel. Enciendo inciensos y velas antes de dormir, temeroso de que vuelva.
- No parecía aterrado cuando bajó por mí.
- Lo estaba. Pero lejos de dejarme llevar por el pánico, aprendí a lanzarme hacia mis miedos en una modalidad de bestia. No quiero que me vuelvan a deshacer así. Por ello ataco primero como un demente. El enemigo no puede machacarme si lo destruyo primero.
- Funcionó muy bien… —susurró Ryu mirando los estragos de las golpizas sufridas por el capitán—.
- Realmente me disculpo. No sabía lo que eras. Ver la sangre, el método… las marcas… todo me remitió a ella.
- ¿Las marcas?

Morio jaló el delicado brazo del príncipe, señalando las escarificaciones.

- Éstas. Estas malditas espirales las llevaba Otei. Tatuadas en la piel, en su poca ropa, en su espejo, en los adornos de su casa, en los farolillos que iluminaban su aposento. Toda ella estaba rodeada de estas jodidas marcas. ¿Qué son? ¿qué significan? Estas malignas espirales se llevaron a mi amigo y lo convirtieron en un engendro de pesadilla, dejando a Tanehiro con un mutis y una cicatriz en el alma y a mí convertido en un amasijo de rabia y nervios. ¡Debo saber qué le pasó a Mikisaburo, qué lastimó a Tanehiro, debo enfrentar este miedo!
- Por eso me ha salvado…
- Necesito de tu ayuda. Tú las llevas también. Estás conectado a esto de algún modo.
- Dudo poder ser de ayuda. Todo el conocimiento sobre ellas me fue negado. Norima y mi padre son quienes lo saben. No conozco el mundo. Sólo había vivido para ser un esclavo de carne. ¿Cómo podría ayudarle?
- Sanas más rápido que cualquier humano y tu resistencia al dolor es increíble. Estoy seguro de que eso no pasará desapercibido para esa maldita perra y querrá buscarte. Entonces yo la estaré esperando. ¿Qué dices?

- Que es muy arriesgado lo que se juega, Capitán. ¿Qué pasará si no funciona?
- ¡Tiene que funcionar! ¡No puedo rendirme! ¡Tengo que hacerlo! ¡Se lo debo a mis amigos, a mí mismo! ¿Y por qué no? A ti.

Al oír aquello, el esclavo sintió un profundo flechazo en el corazón. Aoi había sido dulce, pero este fiero samurái le estaba otorgando confianza y venganza; se sentía en deuda con él. Le importaba a alguien en el mundo. Cubrió su rostro con ambas manos, logrando por fin llorar de nuevo. Morio, conmovido, tomó sus manos, apretándolas con un mal intento de dulzura que raspaba los vendajes.

- ¡Vamos, no llores! ¡Hablo en serio! ¡Te debo una, después de cómo te traté!
- Qué va. Un esclavo no merece atenciones.
- Tú eres un príncipe. Quizás es tiempo de empezar a recordártelo. Ahora que estás bajo mi protección, el clan León te respalda. He pedido ya tu custodia a mi general y director de esta institución. Cuando la tenga, estarás a salvo por completo. Y olvidarás todo este dolor. Comenzaremos otra vez, desde cero.
- ¿Sin importar lo que pasó en las celdas?
- ¿Hablas del guardia?
- Sí. No recuerdo nada de él. No recuerdo haberle matado. Pero es seguro que lo hice. Lo lamento tanto, Capitán… no era dueño de mis actos.
- Yo… lo hablaré en tu defensa. No eras dueño de ti. Aunque me pregunto cómo fue que, habiendo sido mutilado, lograse garabatear esa llamada de auxilio escrita tan desesperadamente.
- No lo hizo el guardia, Capitán. La escribí yo.

Silenciosos, ambos se tomaron de las manos y dejaron pasar la tarde sin volver a mencionar el tema.

CAPÍTULO 4
LA BESTIA DOMESTICADA

Era ya el otoño cuando las nubes se arremolinaban. El regimiento había pasado casi dos meses en receso en la Academia, recuperándose de las heridas de su última batalla en las Tierras del Norte. La tropa estaba sorprendida de no saber nada en todo ese tiempo de su capitán, de quien esperaban una retahíla de bravuconería y alardes por haber luchado casi al lado de su héroe, el Shogún del Imperio, el poderoso General Yasakani, un hombre de quien se narraban portentosas historias de fuerza sobrehumana, poderes sobrenaturales y sobre sus misteriosos ojos. En lugar de eso, Morio se había ocultado y no había dado señales de vida. Tanehiro les dijo que habían recibido una muy extraña e inesperada visita en la Academia y que Morio era quien se estaba encargando del supuesto huésped, quien levantaba la curiosidad de todos. ¿Quién era y por qué había apartado tanto al capitán de sus subordinados y amigos?

La respuesta vino por fin aquella nublada tarde mientras practicaban

en los campos de entrenamiento, cuando por fin oyeron la estentórea voz de mando de su líder convocándolos.

- — ¡LEONES DE HIERRO!

  Al unísono todos exclamaron, levantando el brazo, como una sola voz.

- ¡HAI, ASAKURA BUCHOU!

Vieron emerger al pelirrojo ataviado de nuevo con su armadura escarlata, su inseparable segundo al mando Tanehiro… y con un total extraño ataviado con un abrigo de piel gris y el rostro cubierto.

El joven se veía desconcertado, fuera de sitio, miraba todo a su alrededor con cautela, tapándose los ojos de vez en vez. Parecía que la luz lo lastimaba. Un conejo en medio de los depredadores, delgado y enjuto, que parecía quebrarse con la brisa del viento. Al verlo, los Leones murmuraron. Los Leones de Hierro eran un grupo muy peculiar. El más fiero de los regimientos del clan. Sus miembros eran jóvenes, quizás demasiado. Mocosos entre los 14 y los 26 peleando como una ráfaga de fuego en las Tierras Sombrías. Grupo de pendencieros, mal hablados, dementes dispuestos a meterse a las batallas más difíciles y peligrosas, comandados por un crío igualmente loco que ellos. Jamás temían a las criaturas de en los campos de batalla del norte. Ahí masacraban sin piedad a cuanto ente se cruce en su camino.

Pero una cosa era enfrentarlos en el campo de batalla y otra muy distinta tener a uno de ellos en casa. Era muy raro, muy pálido. Y se veía extrañamente frágil. Sus ojos eran verdes, insólitos, fulgurantes. El joven se escondió detrás de Morio, claramente confundido, oyendo sus murmullos:

“Los ojos…”
“Sus ojos son verdes…”
“Brillan demasiado.”
“Y su piel es pálida como la luna”
“Nunca había visto a alguien así”
“¿Por qué se esconde?”
“No podemos confiar en él. ¿Y si es un demonio?”

La poderosa voz del joven León acalló las murmuraciones.

- ¡A CALLAR, CABRONES! ¡Éste que ven aquí es el Príncipe Katayama Ryu del Clan Libélula! ¡Ha sido enviado aquí y estará bajo nuestra custodia hasta nuevo aviso! ¿ENTENDIDO?

La propuesta no acabó de ser digerida por el grupo de bravucones, que recelaron al verlo, sobre todo porque uno de ellos se llevó la mano al pecho, sintiendo un extraño dolor en el corazón.

- HE DICHO "¿ENTENDIDO?" ¿Por qué no responden?
- A ver, a ver, señores —intervino Tanehiro, pacificador—. El Príncipe ha pasado por un proceso muy duro. Su padre le envió aquí para ser entrenado por Nagoya. Nunca ha salido a la superficie ni ha visto la luz del sol hasta hoy. Por eso es tan pálido. Les pido que tengan comprensión y paciencia.
- Y es nuestro deber mostrarle el Clan y el mundo. Sean corteses con él. ¿ENTENDIDO?
- ¡ENTENDIDO, CAPITÁN!

Oír el nombre de Nagoya estremeció a los bravucones, que recordaban perfectamente las soberbias palizas sádicas del animal. Sabían que había mucho por saber sobre ese Príncipe, pero quizás no era el momento de increpar. Con un recio saludo, el grupo volvió a sus actividades, quedando un tanto insatisfecho de ver al pálido extraño, que se había retirado un poco del grupo para mirar los campos secos y nublados de la zona de entrenamiento de la Academia. Todo era nuevo para él. Arrobado, miraba las nubes grises sobre él y sus pensamientos tomaron forma mientras recorría las campiñas, feliz, pensando "Por fin tengo un nombre". Era la primera vez que podía mirar el mundo exterior.

"Tengo un nombre."

"Tengo un nombre y una identidad."

"Soy Katayama Ryu. Y este es el mundo exterior. El mundo con el que soñaba.

Sólo podía imaginar el cielo nublado que tengo encima. Sólo podía soñar con el viento frío soplando en mi rostro. Y ahora, por fin, puedo sentirlo. Por fin puedo ver la hierba de color dorado. Para muchos este es un paisaje gris y aburrido. Para mí, es la cosa más bella que haya visto jamás. El gélido viento del norte me congela los huesos y me gusta; me parece maravilloso. Dicen que estamos en un otoño frío. Que hoy está feo y nublado, pero para mí es el día más hermoso de la creación, porque es la primera vez que lo veo.

Todo es nuevo. Miro las nubes grises y amenazadoras y sonrió extasiado. Los demás me miran con recelo, como si estuviera loco. Pero ellos no saben. Como siempre han visto este cielo y estos prados, les parecen

aburridos. ¡Pero qué milagrosos les parecerían si hubieran vivido encerrados como yo lo hice! Corro veloz a través del patio a mirar los árboles que se mecen con el viento, salto hacia ellos, quiero ver el panorama, quiero ver cómo es este mundo lleno de promesas.

Veo correr el agua en un bajo arroyuelo cristalino y me mojo en él. Está helada, fresca. Veo en el agua algunos pececillos nadando dentro. Todo es tan hermoso como narraste, Aoi. Todo es esa poesía que me llenaba de fantasías. Duele tanto que no estés conmigo, pero ¡ah! Hay alguien que me cuida. ¡Si lo conocieras! ¡Es hermoso, fuerte, rudo y poderoso! Me ha salvado de la oscuridad. Me ha curado, me ha dado un nombre. Le debo todo.

Ahora, delante de mí, tengo al árbol más grande del mundo. Es altísimo. Pareciera llegar al cielo. Debo comprobar hasta dónde llega, así que trepo. ¡Sí, debo llegar arriba, quiero verlo todo!

Ahora tengo un sueño. Sé que ellos querrán frenarme, pero ahora tengo un motivo. Y sé que podría compartirlo con el capitán. Iré a donde él vaya. Ahora que soy libre, ¡nada me va a frenar!"

Tal fue la emoción del Joven Príncipe, que no se fijó en cómo había subido a aquel alto árbol. Un grito lo sacó de su ensoñación. Era Morio, que desde abajo miraba cómo el joven se balanceaba en aquella frágil rama sin parecer importarle nada. Al salir de su estupor, Ryu se dio cuenta de dónde estaba y el vértigo hizo presa de él. Pero más que caer, lo que hizo fue arrojarse al vacío, provocando un pequeño infarto en el Capitán y su mejor amigo, quienes gritaron su nombre con total terror. Grande fue su sorpresa al ver que el joven caía con la gracia de un felino y la suavidad de una pluma. Intacto, perfecto, casi como un equilibrista.

Al tocar el piso, el mismo Ryu se miró las manos, sorprendido de las poderosas hazañas. Escalar con agilidad de felino y saltar con la gracia del mismo era algo que escapaba de su conocimiento sobre sí mismo. Morio, furioso y sin pensar, le tomó del cuello para azotarlo contra el grueso tronco del árbol, mientras Tanehiro, pasmado, comenzaba a darse cuenta de que el jovencito no era humano y que quizás los recelos de la tropa no estuvieran tan errados. Morio, con fuerza brutal, azotó al joven una y otra vez, gritando con furia.

- ¿PERO ACASO ERES IDIOTA? ¿QUÉ PIENSAS QUE ERES AL ARROJARTE ASÍ? ¡PUDISTE MATARTE! ¡CAMINA, BESTIA! Vas a necesitar un castigo…

Desde lejos, el General Nomura miró la escena sintiendo un frío en la espina dorsal. ¿Qué clase de ente había enviado el Clan Libélula y por qué? La respuesta estaba en aquella caja de laca destinada a la señora Shinobu. Nomura pensó que lo mejor era que el señor Shido en persona la abriera y leyera para descubrirlo. Por el momento, lo idóneo era apartar al extraño joven de Morio, quien parecía embelesado por él, obsesionado por mantenerlo cerca de sí.

Para Morio la solución era clara. Ryu se había evidenciado demasiado ante la tropa y el general. Eso ponía en riesgo sus maquinaciones para usarlo en busca de hallar a su amigo. No bien entraron a la habitación, el bruto joven despojó al joven de la ropa para hincarlo y poner sus manos en un cepo, donde las encadenó. Ryu no protestó ni pidió clemencia. Fascinado, miraba el instrumento que le apresaba, pensando que volvería el dolor. Ese dolor con el que Norima tanto le había lastimado. Morio, furioso y poco refinado, sólo usó la sujeción para golpear al joven brutalmente. Puñetazos secos, devastadores, que tumbaban a hombres corpulentos, hicieron mella en la fragilidad del Príncipe, que descubrió algo al ser golpeado.

Aquello era maravilloso.

El crujir de sus huesos, la sangre brotando, el contundente dolor propinado por el León no era algo temible para él. Al contrario, eran vida, eran una maravillosa ambrosía que mezclaba sensaciones. Sus quejidos, lejos de ser lastimeros, eran una especie de gemidos de placer y dolor. Morio, con las manos salpicadas de sangre, tomó al chico del rostro, mirando cómo le había dejado. Sangraba. Su ojo se había reventado y ahora estaba cerrado. Jadeando, miró tembloroso al muchacho. Y sonrió al ver la sangre en sus puños. Sonriendo, los lamió. Probar la sangre fue el detonador. Era tibia, de sabor común, pero con algo en su esencia que hizo correr la adrenalina por el cuerpo del León. Con el corazón latiendo velozmente, Morio buscó alguna otra cosa con que golpearlo, algo menos contundente. Halló uno de los fuetes que usaba para azuzar a su montura. La mostró al joven Príncipe, quien mordió sus labios, excitado más que resignado. Y colocó su cuerpo de modo que Morio pudiera darse vuelo golpeando ese cuerpo, que azotó con vileza una y otra vez hasta dejarlo reducido a una pulpa de carne sanguinolenta que no tardó en sanar.

Aquello fue el principio.

Picado por la curiosidad, Morio volvió al encierro con Ryu, saliendo sólo por alimentos o utensilios de los que no hablaba. Comenzó con golpes muy a su estilo: burdos y torpes. Pero Ryu, sapiente y conocedor, le habló de las torturas de Norima a detalle. Una a una.

La primera tortura fue sobre sus pezones. El magro pecho del joven ya estaba curado. Morio, con unas pinzas usadas para los caballos, dudaba sobre su uso. Ryu, encadenado con grilletes en pies y manos, con el ojo aún hinchado, hablaba suave, paciente.

- Las pinzas se usan sobre la carne suave, Capitán. Puede usted, por ejemplo, probarlas en mi pecho, en los pezones. Una zona considerada inútil en los varones, pero que, bien manipulada, puede dar muchísimo placer o terrible dolor a la víctima. Si los presiona y comienza a jalar, sentiré terribles dolores imposibles de parar hasta que usted lo decida. ¿Quiere probarlo?
- ¿Es posible? Siempre pensé que eran partes insensibles…
- Oh, no. En absoluto. Sensibilizarlos es cuestión de tiempo y paciencia. Los míos ya han sido entrenados. Presione en mis pezones con ellas. Fuerte, hasta que cierren. Me verá doblarme de dolor y me escuchará suplicarle. No haga caso. Cuando eso pase, tuerza las pinzas y dóbleme de dolor. Yo lo recibiré con gusto. Recuerde: soy vuestro esclavo.

Ryu hablaba suave, sibilante, con una amable voz de miel que llenaba al capitán de pensamientos mórbidos y provocaba en él una excitación casi sexual basada únicamente en el dolor. Como aprendiz, Morio obedeció, haciendo justamente lo que su esclavo pedía. Tal y como predijo, el Libélula se dobló de dolor. Su grito fue terrible. Morio se detuvo de inmediato, temiendo que se hubiese oído y alguien fuese a investigar lo que sucedía. Ryu jadeaba encadenado, confundido.

- ¿Qué… qué pasó? ¿hice algo mal?
- Tus gritos… si alguien oye, vendrán. Y no quiero problemas.
- Amordáceme entonces. Hágame callar de algún modo. Podría quemar mi lengua…
- ¡No, no! No. ¿Y si te lastimo de más?
- Oh, Capitán… ¿se preocupa por mi estado?
- E—eres un Príncipe. Yo… no tengo tanto derecho…

Aquello era música para los oídos del eterno esclavo. Morio se preocupaba por él. Le propinaba brutal dolor, pero con límites. ¿Había algo más bello que eso? Le lastimaba y le curaba. Se detenía llegado el

momento. Con cuidado, puso una mordaza de bambú en los labios del joven, que dejaban de lucir llagados para tomar una innatural turgencia, y volvió a usar las pinzas en el cuerpo del delicado muchacho.

Su cuerpo se dobló como una caña al sentir el metal mordiendo tan sensible punto. Lloraba suplicante. Sus ojos verdosos miraban al capitán, en un extraño ruego que mezclaba el “detente” con el “sigue”. Y siguió, empírico, mezclando el dolor de un lado con el placer en el otro. Sus gruesos dedos se atrevieron a rozar el izquierdo, haciendo que Ryu se sacudiera y doblara, gritando. La mordaza se llenó de saliva, que escurrió por el magro cuerpo. Era un insano placer. Morio, sonriendo maravillado, continuó cada vez más intenso, más cerca de él. Ambos jadeaban casi a milímetros. Pero el capitán no cedió al roce de pieles. Ryu enloquecía de dolor y placer. Morio apartó las pinzas para tomar una daga y con ella, con sumo cuidado, comenzar a hacer cortes en la piel del Príncipe, que levantó la mirada con un agradecimiento que rayaba en lo patético. Morio sentía que podía explotar en cualquier momento. Y sin haber tenido un solo beso o caricia. Mordiendo su labio, profundizó el corte. Ryu lanzó otro grito, haciendo que su pecho entero se mojara de saliva, que se mezcló con la sangre.

— Joder, joder, ¡Te gusta!

Ryu asintió, gritando bajo la mordaza, apretando las piernas. Era un placer excesivo. Su cuerpo estaba tenso, erecto y adolorido. Era la primera vez que realmente sentía una poderosa excitación nacida de modo libre, por deseo propio. Deseo por ese pelirrojo que le daba dolor a manos llenas. Deseo que él parecía ignorar deliberadamente. Morio cortó ese cuerpo mientras le preguntaba a Ryu cómo se sentía, si deseaba seguir, si era suficiente o resistía más. La mordaza fue retirada. El desencajado rostro del esclavo era hermoso e incitante. Pedía a gritos la profanación y la tortura. Y se la dio, hundiendo la daga en su carne. Ryu sintió el cielo y el infierno cuando el metal cortó el músculo. Morio lo dejó ahí, hundiéndolo con los ojos brillando de deseo puro. Exclamó su nombre, sintiendo por primera vez en años un placer sexual sin necesidad de tocar o ser tocado. Ryu gemía, pedía más. Maravillado, Morio sacó la daga para hundir sus dedos en la sangre y la carne y moverlos dentro de ella, jadeando igual de excitado. Sin besarse, sin contacto sexual, ambos sintieron el éxtasis llegar a sus cuerpos. Morio había dejado manchado el pantalón. Ryu, sus piernas, que quedaron blancas. Atontado, Morio miró la escena y sintió que sus oídos zumbaban. ¿Qué había hecho?

Ryu le miraba sonriendo sórdidamente.

- Amo, ¡aún puedo soportar más, en serio! ¡Necesito que me rebane pedazos de piel!
- No... No quiero que tengamos problemas por ello. E—estamos bien con esto. Hay que curarte ahora. ¿cómo te sentiste con esto?
- Puedo soportar mucho más…
- Lo sé. Pero pregunté cómo te sentiste. ¿Te gusta acaso el dolor?
- Gracias, amo… sí. Usted… es tan distinto a Norima…

Ryu quería acercarse a él, mostrarle su agradecimiento. Pero Morio, ante el intento de una caricia, retrocedió de modo inconsciente. Ryu tuvo que conformarse con sentir sus rudas manos curando su frágil cuerpo para luego dejarle descansar. Para Morio aquello había sido la más extraña experiencia sexual. Pero Ryu estaba sintiendo una poderosa obsesión por el capitán pelirrojo.

No pasó desapercibido para el regimiento que Morio se ausentaba para estar con ese extraño mocoso de ojos verdes. Y tampoco les fue indiferente ver cómo el señor Libélula miraba a su capitán, pegándose a él de un extraño modo dependiente. Morio parecía no notarlo. Ryu se volvió su mascota, su compañero, un pegoste que no se iba de su lado bajo ninguna circunstancia. Para evitar murmuraciones, Morio sacó al Príncipe a los campos de entrenamiento para enseñarle *iaido*, el uso de las armas. Pero al verlas, Ryu se negó, diciendo que no era capaz de empuñarlas. Había algo en sus palabras que denotaba que sabía su uso, pero prefería evitarlo.

- Te mandaron aquí a entrenar. Al menos deberías intentarlo.
- Preferiría no hacerlo, Capitán. Por favor.
- Algo tengo que hacer para que tu estadía aquí se justifique. Creo que sé qué podrías hacer. Te mostraré dónde se cocina lo que comemos en este sitio.

Morio llevó a Ryu a la cocina, donde se preparaban los alimentos de toda la academia. Ahí, grandes peroles de metal negros cocinaban el arroz para la enorme cantidad de alumnos. El pelirrojo llevó a su protegido a uno de esos gigantescos trastos, que para mover el arroz usaban enormes pértigas de roble, pesadas y largas.

- He aquí tu tarea: mueve el arroz para todos. De ti depende que se cueza bien. Observa cómo lo hago. Usa los brazos y hazlo a intervalos suaves. No seas muy brusco o se batirá. No seas muy

blando o se pegará. A intervalos de 5 minutos por 30 segundos de descanso hasta que percibas el aroma de cocido. Entonces, con esos trapos, lo levantas y sacas del fuego. ¿Puedes?

- Creo que sí. ¿Estará cerca de mí?
- No tanto. Debo informar al general mis progresos contigo. Hazlo y volveré con algún premio si lo haces bien. Si no… el regimiento se enfadará contigo. ¡De ti dependemos!

El pelirrojo se alejó, dejando solo al Príncipe, que se halló ante una tarea que jamás había realizado. Como pudo, subió a los soportes que le daban el tamaño para alcanzar el perol. Y comenzó a mover el arroz a su burdo entender. Era cómico verlo extender los brazos y tratar de mover la enorme cacerola. Desde lejos, los Leones miraban divertidos al que consideraban un catrín mimado realizando actos mundanos, con algunas risillas burlonas. Uno de ellos, Ranmaru, decidió cortar la distancia y se acercó al Príncipe.

- No es un ejercicio fácil. Alguna vez lo hice. Hay que ser precisos, señor.
- ¡Eso veo! ¿Quién eres?
- Hasegawa Ranmaru, señor Katayama—dono. Segundo al mando de los Leones de Hierro. El Capitán es un buen amigo mío. ¿Qué opina de la Academia? ¿Se halla a gusto?
- Apenas y puedo decirlo. Nunca había estado en un lugar como éste. De hecho… nunca había visto nada fuera del sitio donde me tenían. Todo es muy brillante. ¿Qué no estamos en el Clan León?
- En efecto. Y en el clan se ubica la Academia Asahina. La mejor escuela de *iaido* del Imperio. Todos los leones egresamos de aquí. Los entrenamientos son tremendos. ¿Usted vino a entrenar aquí?
- Algo así. Mi padre dijo que en este sitio “me disciplinaría” alguien llamado Nagoya.
- ¿Nagoya? ¡No, no! ¡Créame que ha corrido con suerte! Nagoya era un monstruo como entrenador. Un auténtico verdugo de inocentes. No había uno de nosotros que no le tuviera miedo.
- Morio-san me contó por qué lo condenaron a muerte.
- Entonces ya sabe la historia. Fue un crimen horrible. Sabíamos que Nagoya era un sádico. Pero cortarle los brazos y los pechos… fue enfermizo. Y extraño. Había mucho de ritual en lo que hizo. Para qué o para quién… es algo que no sabremos nunca. Se llevó ese secreto a la tumba.

Mientras hablaban, cada uno examinaba al otro. Ryu halló en Ranmaru a un apuesto salvaje de amables modales, cabello castaño tirando a rojizo, vello en pecho, fuerte, franco, similar a Morio, pero sin ese aire furibundo y sanguinario del Capitán. Ranmaru, por su parte, notó un cuerpo delicado, fino, muy pálido. Sus manos blancas se coronaban por largas uñas oscurecidas y los antebrazos habían sido cubiertos —casi atados— por muñequeras de cuero negro. Ranmaru le habló del Clan León, de la Ciudad Capital, enclavada en una montaña; una ciudad de calles de piedra que ascendían por la ladera hacia un palacio rojo. Conforme hablaba, la mente de Ryu intentaba vislumbrar lo que describían las palabras, pero se dio cuenta de que no podía imaginar nada. Su mente sólo podía evocar escenas de sórdido dolor. Y ese pensamiento hizo que todo perdiera interés. ¿Qué había en él que pudiera narrar, fuera de las sórdidas experiencias de dolor? Ranmaru le habló entonces de su esposa. Asayi. Hermana de Morio. Aquello devolvió la atención del Príncipe.

- ¿Una hermana?
- Así es. Una Leona fiera e inteligente. Poseedora de un físico excepcional y una inteligencia poderosa. No es por menospreciar al capitán, pero carece de la sapiencia de Asayi.
- ¿Cómo es?
- Parecida a Morio, pero en versión mujer.
- ¿Cómo es una mujer?
- ¿Cómo dice?
- Sí. ¿Cómo es una mujer? No he visto una en mi vida. Viví encerrado hasta que el Capitán Asakura me liberó.
- ¿Nunca ha visto una? ¿Y su madre entonces?
- No la conozco. Nunca la he visto. Lo único que sé de ella es que nos abandonó cuando nací, que mi padre tenía sus kimonos guardados… y que la odiaba al mismo nivel que la amaba. Eres… la quinta persona que habla conmigo en toda mi vida. Todos han sido hombres: mi padre, Norima, Aoi, el capitán Asakura… y ahora tú.
- ¿En qué clase de sitio vivía, Majestad?
- En el infierno —dijo con marcado dolor— en una pesadilla en ciclo que jamás termin… ¿es normal que el arroz burbujee así?
- ¡SE ESTÁ QUEMANDO, SÁQUELO DEL FUEGO!

Fue cómico ver al joven intentando apagar el humeante arroz, que ya burbujeaba y olía a quemado. El humo los alcanzó. Ranmaru intentó apagar el fuego mientras Ryu tomaba la enorme cacerola de metal negro por las asas y la retiraba con una fuerza discorde a su tamaño, dejando la piel de las manos en ellas. El aroma a carne quemada y el

grito de dolor hizo que todos acudieran y vieran al Príncipe Libélula dejar la palma de las manos en la olla, jadeando de dolor. Ranmaru corrió a asistirlo, sólo para ver cómo las manos de Ryu lucían rojas, escaldadas y en carne viva, visiblemente quemadas. Al llegar, Morio tomó al príncipe y le jaló consigo, furioso. La tropa vio cómo Asakura le jalaba consigo de modo violento, sin entender por qué actuaba así con un ser socialmente superior a él según el Orden Celestial. Aquella tarde todos terminaron comiendo arroz quemado, en silencio y con severas dudas sobre lo que había ocurrido y sobre qué hacían ambos cada tarde.

ANOTACIONES SOBRE EL PRÍNCIPE KATAYAMA

"Llevo dos semanas probando a Ryu. Su cuerpo es un cúmulo de misterios que debo conocer
mejor.
Soporta el dolor a niveles sobrehumanos.
Le golpeó hasta dejarle la piel sangrada y amoratada y al día siguiente está como nuevo.
No se queja cuando lo hago. Parece agradarle.
Es excelente para experimentar niveles de tortura.
Creo que ya voy entendiendo por qué tiene fascinado a ese tal Norima.
Ahora que le he visto completo, me llama la atención la forma de sus cicatrices. Son como grilletes hechos de escarificaciones. En las pantorrillas y los antebrazos. Grilletes que suben a los hombros, donde tiene una marca con el número "7". ¿Siete de qué? ¿Hay seis más como él? ¿Otei será uno de esos seis?

Y el siete se repite, esta vez, en la nuca, en un núcleo de espiral que es de donde parte la línea que crea los grilletes.

No dejo de hacer anotaciones al respecto, aunque soy malo para dibujarlo. Tendré que pensar quién puede ayudarme a plasmar esto.
Estoy fascinado con esto. Es la criatura más diabólicamente atrayente que haya visto en mi vida. Y se deja hacer lo que sea de mí.

Tiene más de un mes desde que llegó y no hay señales de vida del tal Norima. ¿Se habrá olvidado de él? No lo creo. Olvidar a este engendro es imposible.

Esta noche en particular probé a usar metal caliente en su piel. Me sorprendió el estoicismo con que resistió los balines ardientes en sus brazos y pecho. Con pinzas, presioné las esferas de metal contra su cetrina piel y él respondió con gritos ahogados por la mordaza que encendieron mi interés aún más. Usé cera caliente para sellar sus quemaduras. Eso pareció gustarle. He terminado por vendarlo antes de que me pidiera que dejara el metal incrustado en su piel. Lo creo capaz de pedirlo.

Ya duerme. Poco a poco ha recuperado el sueño. Cuando recién llegó era difícil que durmiera, debido a su costumbre de estar despierto por miedo a

que Norima llegara a torturarle a cualquier hora. Lo veo más calmado. Dormirá aproximadamente 3 horas, lo cual ya es ganancia. Dormiré yo también. Ha sido un avance satisfactorio en el experimento”.

CAPÍTULO 5:

BAJO LA PRIMERA LUNA ROJA

No bien terminó de redactar su informe sobre Ryu, Asakura se retiró a dormir, teniendo al lado al nervioso y blanco príncipe, que dormía inquieto.

Solitaria, la luna asomaba en los oscuros cielos de la fría madrugada. El pálido rostro de un dios antiguo asomando al mundo de los mortales a través de su espejo en el cielo.

Pero poco duró la blancura de la luna en el despejado cielo azul. Una negra sombra cubrió los cielos del clan, tornándolos negros y sombríos, y cambiando de color a la faz de Tsukiyomi, convirtiéndola en un ojo rojo que observaba todo desde lo alto, buscando una señal, un destello de demoníaca naturaleza que despertó con un pálpito.

Ryu se incorporó en silencio, de repente, impulsado por un agudo dolor en el vientre que le perforaba. Sus hermosos ojos brillaron innaturales, como los de un gato. Había hambre. Mucha hambre en su sentir. Necesitaba alimentarse, pero no de comida humana. Necesitaba el otro alimento que Norima le daba: carne y sangre humana, fresca, tibia, directa del cuerpo vivo, víctimas ingentes que eran devoradas totalmente conscientes. ¡Tanta hambre en su cuerpo famélico!

Y entonces olió, detectó el enorme cuerpo musculoso del capitán, que dormía en silencio. Grande, magro, abastecido de deliciosa carne fresca y abundante. Era un festín que no podía dejar pasar. Con ademanes lentos, maniáticos y lascivos, se montó sobre él para acariciar su rostro varonil y susurrar palabras en un lenguaje ininteligible, pasando sus afiladas uñas por el mentón, para después lanzar la mortal dentellada en su grueso cuello. Morio despertó de inmediato, gritando de dolor, sólo para toparse con su peor pesadilla vuelta realidad: algo estaba encima de él intentando dañarlo, justo como hacía 5 años. Las hileras de afilados dientes de la criatura atacaban la carne del capitán, quien yacía contra la cama, sujetado con fuerza sobrehumana por el demoníaco ser, que atacaba sin raciocinio.

Usando su espada, arrojó a la criatura de encima suyo con un corte. Oyó un aullido inhumano, mezcla de siseo viperino y alarido animal. Le había herido. Incorporándose, buscó a su atacante y a Ryu, creyendo que esa criatura lo habría dañado.

- ¡RYU! Mierda, Ryu, ¿DÓNDE ESTÁS?

Gritó buscando al príncipe. La criatura volvió al ataque, riendo de un modo perverso, cruel. Morio se dio cuenta entonces de que era el ente de los sótanos. Cuando la luz roja de la luna iluminó el cuerpo, pudo ver a Ryu en un estado distinto. No era él. Algo más vivía dentro suyo. Entonces comprendió contra qué había lidiado en las celdas y quién había destruido al guardia: una fuerza oscura vivía dentro de Ryu. Lo que fuera que tuviera dentro suyo había cobrado vida y ahora controlaba el cuerpo del Príncipe. Eso era el mal que vivía dentro de él. Aquel que Norima deseaba controlar a través del dolor. Los pensamientos le rondaron por la cabeza casi cayéndole como una pesa de metal, de golpe, sin tiempo de meditar cada uno. Ryu se arrojó sobre él para repetir la grotesca historia del ataque sucedido hacía cinco años. Sus garras abrieron la carne del pelirrojo sin problema, hiriéndolo. Morio le atravesó de lado a lado con la katana, sin pensarlo demasiado.

Herido y sangrando, Ryu cayó al piso, chillando. Sus ojos pasaban del verde innatural al color olivo mientras que las escarificaciones del cuerpo se hinchaban, brillando en demencial tono verdoso. Ora hablaba de modo gutural, ora volvía en sí, repitiendo *"no quiero dañarlo… no pienso dañarlo…"*. A su alrededor, la negrura parecía extenderse, formando burlones y grotescos rostros alrededor de Morio, que se debatía sobre qué hacer. Si lo mataba, cometería un severo asesinato; pero si no, corría el riesgo de ser él el muerto. La sangre de Ryu brotaba del vientre. Morio sabía que podría curarse. Intentando contenerlo, atacó sin la espada para no correr el riesgo de amputarle algo o decapitarlo, recibiendo a cambio una serie de brutales ataques de parte de la bestia, que pasaba por episodios de demencia y lucidez. Por momentos era una bestia y por otros, el dulce joven masoquista. Lanzando un grito, y sintiendo las vísceras salirse, Ryu se arrinconó, tapando la herida con una mano mientras que con la otra tapaba sus ojos, intentando controlarse, repitiendo *"no voy a dañarlo, ¡no pienso dañarlo!"*. Su propia voz respondía *"¿Y qué piensas hacer? ¿cómo podrías detenerte?"* Sangrando, se dirigió al pretil del balcón y gritando *"¡ESTO!"* se arrojó en caída libre hacia el piso, dejando a Morio sangrando, en shock y gritando su nombre. Cuando se asomó hacia donde debería haber caído, ya no había nada. Era obvio que no se había dañado, pero estaba suelto, así que salió corriendo detrás suyo como un demente, armado con su espada.

No bien había descendido al primer nivel, topó con Tanehiro, quien también había oído los aullidos y bloqueaba el paso de su amigo hacia

el exterior

- ¡JODER, TANEHIRO! ¡QUÍTATE, ES UNA EMERGENCIA!
- ¡No salgas! ¡Oí alaridos! ¡Hay algo allá afuera! ¡Y es por la luna, Morio, mírala, es roja!
- ¡PERO RYU…!
- ¿Katayama? ¿Otra vez? ¿Qué le pasó?
- ¡ALGO… ALGO SE LO LLEVÓ! ¡ME ATACÓ, MIRA! —dijo, mezclando verdad con mentira.
- Mierda… ¡Entonces iré yo, quédate aquí! ¡Esto es muy peligroso para ti!
- ¡PELIGROSOS MIS…! ¡Quítate, que está fuera y esa cosa se lo llevó! ¡No quiero que te hagas cargo, puede pasarte algo!
- ¡NO QUIERO QUE NADA TE PASE! Carajo… nada ganamos peleando aquí. Vamos por él antes de que desaparezca, ¡rápido!

En el bosque de altos pinos, Ryu corría dejando un rastro de abundante sangre, sosteniendo sus vísceras pobremente, mientras en su cabeza, su propia voz le atormentaba con hirientes frases:

”REGRESA A DONDE PERTENECES.”
“No debiste irte.”
“Vuelve a casa.”
“Este no es tu mundo. Eres un esclavo.”

Un esclavo. Oprimido.

La negrura le envolvía. Macabras risas resonaban a su alrededor. Debía volver con Norima. Pero no quería. Norima le había arrebatado la humanidad que Morio le estaba devolviendo. No iba a volver nunca. La cabeza le taladraba aunada al intenso dolor de llevar colgando las entrañas. Trastabillando, ni siquiera notó cuando el piso se acabó bajo sus pies y cayó al helado río, cuya corriente le comenzó a arrastrar. Aterrado y agonizante, sintió el frío del agua mordiendo su maltrecho cuerpo. Se hundió bajo la corriente, que comenzó a azotarlo contra las rocas. Y al no hallar piso, el agua entró en sus pulmones. Sintiendo que se ahogaba, sus pensamientos gritaron un solo nombre:

“¡MORIO!”

En el bosque, el aludido pudo oír el grito del Príncipe, llamándolo.

- ¡RYU! ¡YA VOY! ¿DÓNDE ESTÁS? ¿DÓNDE, CARAJO?

Mientras gritaba, se movía en círculos. La maleza a su alrededor parecía cerrarse a su alrededor, confundiéndolo y cambiándole el camino. Tanehiro, mucho más sensato que su amigo, detuvo al bruto capitán, mostrándole el rastro de sangre que parecía haber quemado las plantas.

- ¡Deja de andar en círculos como idiota y mira! La sangre de la bestia dejó un rastro. Quemó las plantas. Hazte a un lado, yo me encargo.

De su amplia manga, el joven monje sacó un papelito de arroz en el cual escribió un rezo votivo. Morio le vio esparcir unas semillas al viento, quien le respondió con una suave brisa, tornando el papel en color azul, el cual comenzó a flotar en el aire, lanzando un suave halo de luz del mismo color. Una especie de linterna que mostraba el rastro de Ryu. Ambos lo siguieron hasta el final del camino, al río, donde una potente cascada daba una peligrosa caída de aproximadamente 15 metros. Morio buscaba desesperado al joven, de un modo que Tanehiro jamás había visto en su amigo. Era obsesivo, demasiado insistente. Gritaba su nombre al viento sin notar que el papel apuntaba hacia abajo. Cuando por fin lo percibió, vio el cuerpo de Ryu entre las rocas, deshecho, con el cráneo partido como una nuez, los huesos rotos y las vísceras esparcidas en el piso. Tanehiro se tapó los ojos.

- Dioses… ¡Qué horrible modo de morir!
- ¡Qué muerto ni que la puta que lo parió! ¡Vamos por él, estoy seguro de que sigue vivo!

Morio descendió a pelo por las rocas, olvidando el peligro, su seguridad, todo. Tanehiro jamás le había visto actuar así, tan desesperadamente devoto de alguien. ¿Qué clase de hechizo estaba afectando a su amigo para llevarlo a actuar de tan obsesivo modo?

Una vez abajo, Morio corrió hacia Ryu, tomándole en brazos. Notó que los huesos no estaban rotos, sino que un haz de luz de mortecino color verdoso los unía cual ligamento, clavándose cual garfios en la carne, con salvadora brutalidad. Las entrañas yacían dispersas, los párpados estaban negros, amoratados. El cuerpo helado respiraba débilmente. Cuando Tanehiro terminó de descender y vio a su amigo abrazando el cuerpo del príncipe, supo que había algo en él que su amigo le había ocultado. Y ese algo implicaba magia negra. Entre los dos estabilizaron el cuerpo. Tanehiro sacó el agua de los pulmones con bastante recelo. Tapó su nariz para que Morio le diera respiración de boca a boca. Al principio se negó, pero al ver que podía perder su

venganza, tuvo que hacerlo, no sin reticencia al contacto físico. Cuando por fin el cuerpo expulsó el agua ingerida y abrió los ojos, ambos vieron cómo la luz verdosa regresaba el cuerpo a su estado normal. Sí, incluida la herida en las vísceras, que se acomodaron lenta y grotescamente dentro del cuerpo. Tanehiro miró muy severo a Morio.

- Esto no es ni medianamente normal, Morio. Quiero una explicación. ¿Quién carajos es este tipo?
- Oye, oye, ¡sé lo mismo que tú! ¡Dice ser hijo de Katayama!
- Capitán…
- ¡RYU! Dioses, ¡estás vivo! ¡Todo está bien, ya pasó! Tuviste un… un algo como… así como un episodio de… bueno, no sé qué te pasó. Tanehiro, ¿tú sabes?
- Esperaba que él nos lo dijera. ¿Katayama—san?

Al sentir la mirada recelosa del joven monje, Ryu se encogió con rechazo. Y se abrazó de Morio, posesivo, demandante, buscando protección. El Capitán no evadió el contacto físico ni rechazó el abrazo, a todas luces mezcla de lascivo y mustio; sino que lo protegió entre sus fuertes brazos.

- Nada. Estoy bien. Gracias
- Vamos, Ryu. Tanehiro sólo intenta ser amable. No desea dañarte, al contrario. ¡Desea ayudarte! ¿No es así, Tane—kun?

Algo había en Ryu que embelesaba al pelirrojo, quien le tenía fuertemente estrechado contra sí, olvidando su propia reticencia a tocar o abrazar a los demás. El demoníaco príncipe le miraba arrobado, débil, pero maravillado, con una devoción y una admiración que rayaba en el patetismo y lo estremecedor. Y nada de eso pasó desapercibido para el monje, quien se convenció de lo innatural de la situación. Conocía a Morio desde niños. Siempre había sido alguien que apreciaba a sus amigos y se entregaba con lealtad, pero no era precisamente la persona más afectiva ni dada a demostrarlo con arrumacos o caricias. Había sido más bien del tipo que dejaba claro su amor a través de acciones. Y aquello había empeorado desde la desaparición de Mikisaburo, al grado de volverlo patológico e insoportable. Ahora, en cosa de un mes, se entregaba sin reserva a abrazar a un joven desconocido. Y aquella era la segunda alarma para el monje. Morio aborrecía la homosexualidad gracias a su amanerado primo, a quien despreciaba y detestaba de modo profundo, personal e irreconciliable, llegando al grado extremista de despreciar por entero a toda persona con tal preferencia. ¡Y no parecía recordar nada de eso! Con extremo cuidado, levantó a Ryu y susurrándole palabras amables de aliento, se encaminó de nuevo a la Academia, tratando de decirle

lo bien que se veía para levantarle el ánimo.

Aquello era increíble, incómodo y hasta atemorizante. Y Tanehiro no dejaba de mirar con reprobación y seriedad al príncipe, cuyos ojos fulguraban desconfiados y posesivos cada que las miradas se encontraban. Ryu se aferraba a Morio como a una tabla de salvación, hundiendo en su espalda las largas y ennegrecidas uñas, reclamándolo, diciendo “es mío” en cada encuentro de miradas.

Era casi el alba cuando volvieron a la Academia. La terrible noche había pasado y la luna había vuelto a su aspecto natural. En ese ambiente frío, silencioso y azul, los tres entraron por la puerta a la escuela. Atravesaron el amplio patio principal vacío de gente y se dirigieron a sus dormitorios con el fin de conciliar el sueño al menos un poco. Cerca de la puerta del salón principal de la Academia, Tanehiro dejó escapar un pensamiento que llevaba horas comiéndole la cabeza.

- Lo que me sigo preguntando es qué pasó. ¿Qué fue lo que intentó llevarse al Príncipe?
- No lo sé —confesó Ryu aún en brazos de Morio—. Sólo sé que me desperté con mucha hambre. Me dolía el estómago. Intenté despertar al capitán. En ese momento, algo se abalanzó sobre mí. Una sombra negra. No recuerdo nada después. Todo fue borroso. Y muy doloroso. No sé qué me pasó.

Una tercera voz interrumpió la conversación

- …Y eso es porque tu cuidado no puede quedar a cargo de cualquiera, pequeño mío.

Al oírla, Ryu se congeló de pavor y sus uñas se enterraron aún más en la piel de Morio. Su cuerpo no pudo controlar el choque de pavor auténtico que esa voz le producía. Su desencajado rostro volteó hacia donde la meliflua y cínica voz provenía. Entonces lo vio. Y no pudo evitar orinarse del susto.

En las escaleras, acompañado del General Nomura, estaba un hombre enjuto, delgado, alto, vestido de negro, con las manos cubiertas por vendas.

Norima Ryohei estaba en la Academia León.

CAPÍTULO 6:

NORIMA

Los tres tardaron en asimilar lo que sucedía. Aquel hombre de largos dedos jugueteaba con ellos, rozándolos entre sí. Tendría 40 años aproximadamente. Su rostro era alargado, enjuto, de facciones afiladas, arrugas en las comisuras y una amplia sonrisa burlona que no disimulaba y que el General parecía no notar. Vestía de negro, con el sayal de la orden de los Monjes Mantis del Clan Libélula, pero sin llevar el Mon de dicha orden. Norima descendió la escalera en busca de recibir a Ryu; éste, al verlo, se congeló de terror, apretando las piernas y aferrándose a Morio, quien de inmediato frunció el ceño y se puso a la defensiva total. Nomura fue quien tomó la palabra.

- Asakura, Kanagawa, este es Norima Ryohei, monje Mantis y enviado del Clan Libélula. Se ha enterado de que Nagoya no puede entrenar al Príncipe por las razones que todos conocemos y ha decidido llevárselo a su tierra, para continuar sus cuidados.
- ¡NO!

Morio gritó seco, potente, definitivo. Un grito nacido de las entrañas que pasmó a ambos mayores y no pasó desapercibido para Norima, quien notó cómo Ryu se aferraba aterrado al cuerpo del mocoso león. Intentando disimular su molestia, Norima esbozó una leve sonrisa, un poco burlona.

- Capitán, me temo que no estamos en posición de negociar… Este hombre es el encargado de la salud del príncipe. —Intervino el General Nomura.
- ¡Yo no oí eso, *sensei*! ¡Este hombre es un criminal! Katayama —san me dio una versión muy distinta de lo que hace este individuo con él. ¡Usted lo vio! ¡Se dio cuenta del estado en que llegó, era un amasijo de carne torturado como el peor de los criminales! ¿Quiere saber quién le hizo eso? ¡LO TIENE A SU

LADO!

Aquella era una acusación muy severa, pero cierta. Nomura dirigió la férrea mirada al enteco sacerdote, que jugueteaba con sus largos dedos, mostrando cierto nerviosismo.

- El príncipe es… una criatura… digamos, especial, señor. Su condición es muy delicada y amerita cierto trato específico para mantenerlo en estabilidad…
- La tortura no es un método de "estabilidad", señor. Como general del Clan León realmente no puedo tomar una decisión sobre lo que es bueno para el hijo del *daimyo* de un clan vecino. Pero puedo reconocer una injusticia en cuanto la veo. Si bien no puedo interferir en la educación de Katayama, sí me veo en el deber de informar a mi señor y a la capital Imperial de esta situación, para que una autoridad pertinente tome cartas en el asunto. Se trata de tortura y abuso.
- ¡Pero yo soy quien debe encargarse del cuidado del príncipe!
- Este es el Clan León, señor. Y aquí su amo no tiene poder. Debieron pensar eso antes de enviar a su príncipe a una tierra donde su autoridad no está por encima de la mía. He enviado una carta a mi señor informando de esto. Hasta no saber una respuesta, Katayama—san sigue bajo el cuidado del capitán Asakura, pero usted puede asesorarnos sobre el mejor cuidado del príncipe…

Sus dientes se crisparon disimuladamente al escuchar eso. La resolución no le había gustado nada, pero tuvo que comprender que jugaba en terreno enemigo y recuperó su altiva y burlona actitud casi de inmediato.

- Por supuesto, nada sería mejor que ayudar a que el príncipe tenga un entrenamiento óptimo… con gusto asesoraré a estos jovencitos sobre cómo **tratar** al príncipe.

"Tratar"

Aquel tono que había usado era posesivo y tétrico. Tal énfasis en la palabra hizo que incluso Tanehiro se interpusiera entre él y Ryu. Norima mostraba claras señales de manía, poder y locura. Uno de esos locos que se sienten visionarios. Un santo. Un hombre de fe, según él.

Los tres se retiraron a intentar descansar, seguidos por la torva mirada del monje

APUNTES SOBRE RYU. SEGUNDO MES DE OTOÑO

“Es sorprendente.

Dos semanas más y su piel se ha tornado tersa. Las cicatrices se han desinflamado. El labio se ha corregido y la piel dejó de supurar. Ya no vomita sangre ni ese líquido negro. Y mucho menos alimañas grotescas. Creo que, encima de todo, Norima lo tenía perennemente envenenado, pues ha recuperado el apetito. Y ha ganado algo de peso. Ya se le notan facciones incluso. Ha dejado de parecer un cadáver para parecer humano.

Aunque el color de sus ojos sigue siendo verde. Su cabello es grisáceo, muy escaso, corto, lacio, pero ha vuelto a salir.

Las escarificaciones ahora sólo lucen como marcas rojas en su cuerpo. De la piel desollada no queda sino el mal recuerdo.

En poco tiempo ha vuelto de la muerte. Una persona común no hubiera logrado recuperarse en años de tal tortura. En el mejor de los casos, hubiera quedado lisiada y con cicatrices de por vida.

Sigo entrenando su resistencia al dolor cada noche. Me ha instado a entrar en la biblioteca a estudiar nuevos métodos de tortura.

Ahora probamos a ir más allá.

Él ha sugerido llevar alfileres perforando su piel durante los entrenamientos de día. No puedo negárselo. Parece feliz cuando le provoco dolor. Me agrada su sonrisa cuando vuelvo a abrir su piel para lamer y probar su sangre.

Muchos pensarán que estoy enloqueciendo.
Pero no es así.
Estoy descubriendo un fascinante mundo que desconocía”.

Como una manada de felinos, los leones se cerraron ante el del otro clan. Y por orden de Nomura, cada alumno de Asahina tenía como deber acompañar a Norima para “asegurarse de que su estancia fuese cómoda y disfrutable”. Norima apretaba los dientes. Sabía que tal orden no era sino un educado pretexto para impedirle acercarse al Príncipe, a quien vio recuperarse y sonreír como nunca. Furioso, miraba a Ryu preparar el arroz, practicar katas de entrenamiento al lado del Capitán, y siempre estar a su lado. En la lejanía, el joven monje de pesado cabello negro también le miraba con serenidad y un aura de luz que repelía al cetrino Libélula, cuyos oscuros pensamientos casi se podían leer.

”Mírate nada más.

Ahora resulta que crees que puedes ser feliz. Como si tuvieras ese derecho.

Pequeño, precioso Ryu, estás confundido, no estás entendiendo que tú eres

mío y que esto es un incidente temporal. Sabía que era un error traerte aquí, se lo dije a tu padre, pero él insistió en apartarte de mi lado para entregarte a Nagoya. Este es el resultado. Me pregunto, ¿qué dirá cuando sepa que el engendro está feliz, recuperado, ya no sangra y ahora corre como imbécil por los campos de la Academia León, pegado como puta a un mocoso que aún apesta a pañales?

Oh, seguro se enfadaría.

Y la culpa sería mía. Claro, según él, por deshacerme de un estorbo.

Porque eso era. Un estorbo que te daba ideas equivocadas sobre lo que eres.

Justo como este barbarán pelirrojo. Idiota. Cree que puede controlarte. No sabe lo que tiene entre las manos. Tiene consigo a la máquina perfecta del caos y en lugar de comprenderlo, juega a experimentar patéticamente contigo. ¡Y tú te dejas!

Pero este jueguito no durará mucho, de eso me encargo.

Vas a regresar a mí. Porque tú eres MÍO".

Ryu, se había habituado a su tarea: mover el perol del arroz. Era relajante, monótono y no requería del uso de armas. Desde su puesto, podía observar los campos de entrenamiento y a los leones sin molestar ni ser molestado. No ignoraba que Norima le veía de lejos y tampoco sus oscuros pensamientos. Pero trataba de pasarlos por alto y pensar en otras cosas: en la protección de Morio y Nomura; en Tanehiro, quien no cesaba de mirar hacia él con recelo y en los leones, a quienes siempre miraba llenos de unión y fraternidad. Eran un equipo. Más que eso, siempre se apoyaban entre sí. Bromeaban, se compartían momentos. Era algo que Ryu desconocía por completo y que verlo le estrujaba el corazón. Él quería ser parte, pero ellos preferían mantenerlo a raya. Morio le había dicho que eran amigos. Aquello se llamaba "amistad". Y él no la conocía. Al verlos, una especie de angustia llenaba su solitario corazón. Pero no se acercaba. Morio le había dicho que no lo hiciera. Había entre todos uno que destacaba por su aspecto. Un joven de cabello grisáceo como el suyo y extraños ojos claros, casi ambarinos. Un arquero que no dejaba de verle de lejos, con el corazón estrujado. Le dolía de sólo verlo. Y cada que sus miradas se encontraban, el corazón del soldado sentía terribles aguijonazos de dolor. Su nombre era Oshimoto Hideki, y tenía consigo una vida de padecimiento y soledad.

Hijo único de un severo padre, había vivido una infancia llena de temores solitarios. Su padre jamás dejaba de hablar de lo hermosa que era su madre, muerta al nacer él. Siempre ensalzaba el enorme amor que sentía por ella y su vehemente deseo de que ella viviera. Era

obvio que él hubiera preferido salvarla en lugar de al hijo.

La gran maldición de Hideki estaba en sus ojos. Dos hermosos discos dorados que desde pequeño le llevaron al sufrimiento. Algo tenían, que podían ver cosas del más allá. Desde niño tuvo conciencia de la existencia de espíritus y fantasmas que intentaban acercarse a él, macilentos y horrorosos. Pequeño e indefenso, aprendió a esconderse y a tenerles pavor. Tales terrores no conocían límite de hora o espacio. Siempre estaban a la vuelta de la esquina, dispuestos a acercarse a él, ya fuera para hacer contacto o intentar dañarlo. Por ello, su carácter se tornó huidizo y nervioso. Dormía poco, hablaba rápido y tartamudeando. Trataba de expresar sus ideas de modo tan veloz que las palabras se le atropellaban. Parecía una rata asustada. Entrar a Asahina para templar su carácter había funcionado un poco, pero no hizo que los terrores cesaran. Hideki tenía pavor de las zonas bajas de la Academia. Había oído los llantos de los antiguos prisioneros. Y con frecuencia veía espíritus que le llamaban a las sombras.

Ser parte de los Leones de Hierro había depositado confianza en el joven, que comenzó a aprender a susurrar al viento y a fundirse con él para ser ligero e invisible. No sabía cómo lo lograba, pero esa habilidad fascinaba a Morio, quien le colocaba como espía del grupo. Combatir en las Tierras Sombrías le había dado fuerza y valor para enfrentar los horrores cotidianos, con ello su confianza había aumentado. Ahora sabía que podían sangrar y morir. Y aquello le llenaba de calma y serenidad. Pero poco le había durado el gusto. Ryu había roto su frágil tregua de tranquilidad.

El Príncipe era otro nivel de tormento a sus ojos, que veían en él cosas perturbadoras, pero inocuas. Claramente, Hideki podía ver sombras alrededor del atormentado príncipe. Sombras similares a plumas de cuervo que estaban ahí, rodeándolo. No hacían nada, no atacaban, ni siquiera parecían tener vida propia. Pero los aguijonazos en su corazón eran una advertencia de algo nefasto que no podía explicar. Y al igual que Norima, también divagaba en pensamientos *mientras estrujaba su pecho.*

“Ahí está de nuevo.
Cada que lo veo el corazón me lastima.
Noto cómo me mira, se ha dado cuenta de mi presencia. ¿Habrá notado lo que puedo ver?

Alrededor de él veo sombras rondando, como plumas de cuervo. Y en torno a ese sacerdote de negro que le mira de lejos veo cosas peores. Hay rostros agonizantes, gritando. Sombras amenazantes que prefiero ignorar”.

Apretando su corazón, Hideki sintió una nueva punzada al ver a Norima, quien le dirigió la mirada. Pero instantes antes de que notara sus ojos dorados, un par de chispeantes ojos negros se habían interpuesto. Era Matsubara Kurono, lancero de profesión, miembro de la avanzada de los Leones y una pequeña criaturilla belicosa y de carácter volátil con el cabello impresionantemente negro, que le había dado lugar a su nombre.

- ¡Hide – chan! ¿Estás bien? ¿Otra vez te duele?
- Estoy bien, Kuro…. Gracias. No es tan grave.
- ¿Quién fue? ¿quién lo hizo? Fue ese gato gris, ¿verdad? El tal Kayatama…
- Katayama. No… en serio, estoy bien, Kuro. En serio… ¿A dónde vas?
- ¡A partirle el hocico por dañarte! ¡Oye tú! ¡SI, TÚ! ¡PRÍNCIPE DE PACOTILLA! ¡Deja en paz a Hideki!
- Kuro, no. Deja eso por la paz. No nos metas en problemas. ¿Kuro? ¡KURONO, NO!

Demasiado tarde. El pendenciero adolescente ya había ido hacia el Príncipe esclavo y le reclamaba por dañar a Hideki. Ryu evitaba las reyertas del lancero, tratando de no responder ni de caer en provocaciones. Sabía que Morio se enfadaría con él si tocaba a cualquiera de sus hombres. Y lo último que quería era caer de la gracia del Capitán. Pero a Kurono no parecía satisfacerle eso. Preso de rabia, tomó su lanza y arengó a Ryu, que se defendió por instinto. Norima miraba todo con los ojos dilatados por la mezcla de emoción, coraje y excitación. Ryu no sólo esquivaba ágil los ataques del lancero, sino que se defendía, bloqueando los ataques con un talento para el combate desconocido para él. Su cuerpo respondía casi por reflejo. Tal habilidad no hacía sino enfadar más y más al pelinegro, que, lleno de rabia, comenzó a tirar a matar. Le acorraló contra un árbol. Ryu seguía intentando no atacar a Kurono, pero las siguientes heridas de la lanza abrieron su piel. Y al hacerlo, cuando el cetrino joven pudo sentir la sangre tibia corriendo, algo se detonó en él. Sus ojos volvieron a tomar ese innatural tono de verde refulgente. Hideki notó claramente cómo esas inocuas plumas de cuervo se condensaban alrededor del Príncipe, formando una figura de alas oscuras, con chispeantes ojos rojos que instaban al príncipe, dictándole órdenes. “¡Mátalo! ¡Vamos, mátalo!”, parecían ordenarle. Las uñas de Ryu destellaron. Tiró a matar directo hacia Kurono. Hideki corrió dispuesto a evitar una tragedia, y al interponerse entre ambos, las garras de Ryu rasgaron su pecho y la lanza de Kurono dio en su

costado.

Todo se volvió un caos en ese momento.

Kurono, furioso, arremetió con doble rabia hacia Ryu, culpándolo de lo sucedido. El Príncipe siseaba acorralado, cual felino en peligro. Su defensa dejó de parecer humana. Parecía un animal protegiéndose, lanzando letales zarpazos a su atacante.

Tuvo que llegar Morio a poner el orden, corriendo furioso. Con brutal fuerza tomó al príncipe gris y jalando su escasa cabellera, azotó el cráneo del joven contra el árbol con tal fuerza que su cuello volvió a tronar. La sangre brotó por la nuca. El golpe había sido impactante, seco y brutal. Quizás mortal. Incluso Kurono se detuvo, impactado por la brutalidad de su capitán, quien gritó a su subordinado con rabia y voz de trueno:

- ¡LÁRGATE AHORA ANTES DE QUE TE TOQUE UNO IGUAL, MATSUBARA! ¡TODOS, A LO QUE ESTABAN! ¡JODER, PARECE QUE TENGO QUE ESTAR DETRÁS DE CADA UNO PARA ESTAR EN PAZ! ¡HALE, LARGO TODOS!

Se acercó a Hideki.

- ¿Estás bien, canica, digo, Hideki?
- No se preocupe, Capitán, sólo fue un arañazo… pero Katayama…
- De él me encargo después. Ven, te llevo a que te revisen. ¿qué sucedió?

Morio se alejó con Hideki, dejando a Ryu solo, desmayado en el prado. Para Norima era el momento idóneo para atacar. Cual predador, corrió sin perder tiempo hacia él. Era la oportunidad para recuperarlo. Sin disimular las ganas, el deseo y la obsesión, Norima se dirigía hacia su hermoso Príncipe, cuando una cegadora luz dorada se interpuso entre ambos, levantando a Ryu. Era Tanehiro, que con su amable gesto tomó al exangüe Príncipe para levantarlo en brazos. Su amable sonrisa repelía al Monje Oscuro, que retrocedió de inmediato al verlo, entre furioso y acobardado. Tanehiro notó eso y más dulce sonrió, sabiendo que aquello era como una herida en Norima.

- Yo me encargo de Katayama – dono, gracias.

Y sin decir más, tomó al Príncipe y se alejó, dejando al macilento monje rumiando un coraje difícil de asimilar.

Por fin estaban solos.

Tanehiro llevaba ya bastante tiempo sospechando de ese joven y ese

era el momento de averiguar por qué Morio estaba tan aferrado a tenerlo. En la enfermería, depositó al Príncipe. Miró los brazaletes de cuero que cubrían eternamente sus antebrazos. ¿Por qué? ¿Qué ocultaban? Tanehiro necesitaba saber. Ya había visto al joven recuperarse de lesiones peores. Y su corazón presentía y casi adivinaba lo que había en la piel del Príncipe, pero necesitaba corroborar, verlo con sus propios ojos. A punto de retirarle los brazaletes, Ryu recuperó el conocimiento y detuvo la mano del joven con abrupta fuerza, con reflejos innaturales. Tanehiro retrocedió, maldiciendo no haber sido más rápido. Ryu se encogió en un rincón, mirándole huraño.

- Creo que esta vez no puedes huir. Necesito hablar contigo, príncipe Katayama.
- No creo que tengamos de qué hablar.
- Oh, yo sí lo creo. Yo te vi el día que llegaste. Te estabas ahogando en veneno. Saqué de ti un *Mukade Maho*. ¿Sabes lo que es?

Ryu negó, aunque bien lo sabía.

- Magia negra. Un elemento de brujería del veneno usado en ti para mantenerte débil. Norima debió meterlo en tu cuerpo para evitar que tus heridas sanaran. Sin él, pudiste recuperarte poco a poco.
- Era eso… por eso nunca sanaba…. Así que tú lo sacaste… entonces te debo una, Kanagawa. Gracias.
- No lo agradezcas. Si deseas corresponder a esto, te pediré una sola cosa: aléjate de Morio.

Al oír eso, Ryu abrió los ojos desmesurado. No iba a alejarse de Morio. ¡Era su vida!

- Me temo que eso no voy a hacerlo. Nunca.
- DEBERÍAS hacerlo.
- ¿Eso es un consejo o una demanda?
- Tómalo como gustes. No permitiré que dañen a Morio.
- Entonces quizás deberías decírselo a él, ¿no crees?
- Ya lo hice. Y se niega. Está necio a que tú le ayudarás a recuperar a un amigo muerto hace años.
- Entonces nada puedo hacer. Yo no me iré de su lado hasta que no me lo pida. Por tanto, te pediría abstenerte de consejos ridículos.

Tanehiro era amable y dulce, pero no tenía la paciencia infinita. Menos cuando un ente a todas luces peligroso amenazaba la seguridad de su amistad. De su blanca mano brotó una luz azulada, amenazando

al altanero Príncipe.

- Ya te lo dije. Morio es mi amigo y nadie habrá de dañarle. ¡No permitiré que tu corrupta hechicería lo destruya como a Mikisaburo!
- ¡YO NO TENGO NADA QUE VER CON ESO!
- Oh, por favor, ¿me crees idiota? ¿Acaso crees que no nos hemos dado cuenta de cómo se está obsesionando contigo? ¡Sólo un demonio como tú podría hacer eso!

Aquello fue un golpe bajo para Ryu. Un demonio. No sabía si era eso, pero lo parecía. Y no era ajeno a él que Morio se estaba obsesionando con su presencia. Los experimentos de dolor, las intensas sesiones de sexo sin roces, los celos con que le tocaba, miraba y lamía… Morio cada vez iba más lejos en sus avances y poco a poco iba dejando la repulsión al roce físico.

Y Ryu estaba en una disyuntiva.

Por un lado, deseaba que siguiera, pero por el otro, sabía que Morio corría el riesgo de enloquecer como Norima.

- Yo… lo entiendo bien. Sé que soy un intruso en este sitio, probablemente nunca deje de serlo. Pero puedo decirte que acabaría con mi vida antes de hacerle daño al capitán. Lo juro. Le debo todo. Él me sacó del infierno.
- Y te creo. Tú, como tal, no lo dañarías. Pero algo llevas dentro, y lo sabes. Y ese algo es lo que quiere corromper y destruir a quien se ponga enfrente tuyo, ¿me equivoco?

Ryu bajó y desvió la mirada. Claro que no se equivocaba. Pero no quería perder a Morio. Ryu se había enamorado total y completamente de él. De su voz, de su toque rudo, de su simpleza para hablar, de su control y su mano de hierro. Pero lo que anidaba dentro suyo lo había notado ya. Y haría lo posible por destruirlo para regresar al Príncipe a las sombras.

- No quiero que lo dañe. Pero apartarme de él… es volver con Norima…
- ¿Qué sientes por Morio? He notado cómo lo miras, cómo te pegas a él. Ten cuidado, a él no le gusta la gente con esas preferencias. Gracias a su primo, tiene una severa aversión a gente como tú. Él te protege por conveniencia, pero no abuses de ello. No le demuestres lo que sientes porque perderás toda confianza que pueda tenerte. Considéralo una advertencia amistosa. Por otro lado, si deseas, puedo enseñarte a manejar un poco de lo que llevas dentro para que lo controles….

Ryu dejó de poner atención al oír la letal frase: “a él no le gusta…”. Aquellas palabras fueron el segundo golpe letal en su estima y su creencia. Por momentos, había pensado que Morio le amaba igual, que correspondía a su febril sentimiento. Pero no. Morio detestaba el roce entre varones. Eso sólo significaba que, en efecto, estaba siendo manipulado por la oscuridad.

Tanehiro siguió hablando, pero Ryu ya no escuchaba. En su corazón se abría un enorme vórtice negro de soledad y abandono. Morio no le amaba. Las primeras palabras del joven hechicero habían sido brutales. Cuando Tanehiro salió, Ryu se encogió sobre sí mismo, rompiendo a llorar con desolación y sin saber qué hacer. Seguir al lado de Morio significaría arrastrarlo a las sombras, pero alejarse de él era volver al Infierno de Norima.

En medio de dudas, el cuerpo dio de sí. Y el Príncipe terminó por caer dormido.

Un grave error que no debió cometer.

CAPÍTULO 7

¿TE GUSTA EL DOLOR?

Las sombras le dieron la bienvenida. Una vez más. Cuando sus ojos se abrieron, nada parecía haber cambiado. Humedad, frío, cadenas en su cuerpo, atando su voluntad al piso, humillado cual gusano entre polvo y olores fétidos. Volvía al calabozo. ¿Acaso todo había sido un delirio provocado por su estado febril? Quizás realmente la carne de Aoi le había hecho alucinar con que conocía a un león de cabello y carácter de fuego que le salvaba de la oscuridad y le tenía consigo, dándole amor y dolor con esmerada devoción. Todo parecía haber sido un sueño ahora que se sentía en el frío y la desolación.

Y entonces le oyó entrar. Esos pasos. Esos malditos pasos tan conocidos, temidos, amados y detestados.

Norima había vuelto.

El puro miedo le hacía temblar involuntariamente. Al verlo, al ver el sitio donde estaba, supo que no había soñado. El sitio donde estaban era ese polvoso y abandonado laberinto de sombras y olvido donde le habían arrojado cuando recién llegó a Asahina. Pero aquello era poco relevante ante la presencia de Norima, cuya sibilante voz le hizo

orinarse de miedo nuevamente, hecho que al cetrino monje pareció complacer y gustarle de insano modo.

- Por fin despiertas, hermoso mío, pequeña puta. Mi hermosa muñeca de carne… Así que mi pequeño creyó que podía irse de casa y escapar… ¡Oh, querido, querido mío, te lo dije hace mucho! No hay esperanza para ti. Es mi deber cuidar de ti y controlar a la bestia que acecha al mundo y que vive dentro tuyo. Entenderás que no es otra cosa más que mi sacro deber, ¿verdad?
- No…. tú estás loco, Ryo—otosama… lo tuyo es insano… déjame ir, por favor…
- ¡Oh, pequeño, pero si hablas como si yo fuera a dañarte! No, no, precioso, no es a ti a quien daño con saña, sino a esa cosa que vive dentro tuyo. Lo sabes, ¿verdad? Yo te amo, ¡te amo más que a nada en el mundo!

Norima era una dualidad de amor y locura. Le hablaba con un tono amoroso, obsesivo, entrecortado. Con febril actitud, se acercó a él para acariciarle con avaricia, con devoción insana. Acarició sus delgados cabellos para besar con amor esa piel pálida. Primero con besos cortos y fugaces, luego, lamiendo el rostro, pasando la lengua por sus mejillas lívidas de terror… luego, por los labios, besándolos mientras temblaba de emoción y deseo. Ryu ya no hallaba consuelo, placer ni resignación en eso como antes. Con total rechazo, mordió el labio inferior del monje, atrapándolo con los afilados dientes, presionando hasta casi perforarlo.

Aquello detonó la rabia y la excitación de Ryohei, que no estalló en ira ni gritó. Con mirada violenta y demente, analizó los elementos a mano. Y sonrió al hallar lo suficiente para una sesión que le recordase al rebelde su sitio en el Orden celestial.

Tomó la manga del ropaje que vestía Ryu y lo arrancó, para empaparlo en sake, hacerlo ovillo y ponerlo en la boca del desgraciado. Ryu sabía lo que venía. Y aunque estaba aterrado, sabía que suplicar no iba a servir de nada. Norima, con el rostro desencajado de rabia, el labio sangrando y el ojo brincando por el coraje, prendió fuego a un brasero cercano. Cuando el fuego les iluminó lo suficiente, tomó una mecha y dirigió la llama hacia los labios del príncipe.

La tela impregnada en alcohol se incendió en la boca de Ryu, quemándole y evitando que sus gritos de dolor se oyeran. Éste lo soportó, con la mirada ida, tratando de pensar en otra cosa, en ese león de melena escarlata. Pensar en él era un bálsamo, un consuelo. Imaginar que Morio lo castigaba era un escape para su mente. Norima lo notó cuando la boca de su adorado había quedado reducida a carne

reventada y llagada, una ruina escarlata. Pero no iba a detenerse. Con maestría, retiró la tela ayudado por unas pinzas metálicas previamente dejadas a calentar en el brasero, mismas que llevó al pecho del Príncipe, presionando con saña en los pezones, girándolos, quemándolos. Ryu volvió a sentir la mano de hierro del amo al que tanto temía. Y Norima miraba extasiado cómo el fuego iluminaba el ahora núbil cuerpo de aquel a quien había dejado como cadáver. Norima no reía, jamás reía. La tortura era su placer personal, su éxtasis y comunión con el ser amado.

- ¡Así que no gritas! Quieres creer que tienes dignidad. Oh, pequeño rebelde, te estás ganando un justo castigo. Creo que tendré que volver a disciplinarte. Ya habíamos hecho grandes progresos hasta que llegó ese pequeño *shota*. Tuve que corregir el error. Y entonces te enviaron aquí, donde estás aprendiendo a envalentonarte. Ese pelirrojo no va a salvarte de nada, precioso. Él no sabe nada sobre ti. Cuando sepa la clase de masoquista que eres, te rechazará y te devolverá a mi lado. Evitemos ese dolor, más vale antes que después. De todos modos, él no te ama. Lo he oído.

Mientras hablaba con voz pausada y meliflua, comenzaba ya a desollar los pectorales. Con maestría devota, separaba la piel del músculo, siguiendo la línea de su anatomía. Conocía ese cuerpo a la perfección. Sabía cómo doblarlo de dolor. Y Ryu se perdía en el miedo, el dolor y el intento de escapar mentalmente de esa brutal situación. Pero se resistía a gritar. No iba a darle el gusto.

- Querida, oh, querida muñeca… ¿por qué no gritas? ¡Tan sólo quiero eso! Tan sólo quiero que tu alma no vuelva a ver la luz del sol, que llores sangre y miedo… y que pagues, corazón. Tus gritos, hijo mío, son la purificación que necesitas. ¡Cuando suplicas estoy purgando tu maldición! ¡No eres tú quien sufre, sino él… ése que vive dentro tuyo! ¡Hago esto por tu bien! ¡Grita! ¡Grita, para que puedas purificarte! Mi esclavo… Mi perra…
- Ryu… —musitó pese al terrible dolor de quedarse sin piel en los pectorales y las llagas en los labios—. Tengo… un nombre. Me… llamo… Ryu.

Oír eso hizo que Norima casi escupiera amarilla bilis. ¡El bastardo recordaba su nombre! ¿pero cómo? Sintiendo que el corazón se le salía del pecho, Norima izó el cuerpo desollado hacia un cepo de forma piramidal. Los leones lo habían dejado ahí desde los días de la Guerra. No se había usado. Estaba sucio, polvoriento, olvidado. No importaba. Esa maldita perra no merecía preocupación alguna. Con ayuda de poleas, Norima elevó el cuerpo del infeliz príncipe a varios

metros por encima del artefacto. Y cuando lo tuvo a considerable altura… simplemente lo dejó caer.

El dolor fue brutal en la zona genital y anal del chico, quien sintió cómo el coxis se reventaba por la presión, la brutal penetración y el golpe a sus testículos. Y entonces no pudo evitar gritar con terrible dolor. Norima sintió éxtasis al oírlo. Apretó los labios y se tocó, disfrutando los gritos de Ryu, a quien izó y dejó caer varias veces, destrozándole más y más con cada caída. Pronto, aquello se volvió un ritmo brutal de embestidas que estaban matando al príncipe. Fascinado y ya erecto, Norima recordó que, durante toda su estadía en el Clan Libélula, el señor Ryunosuke le había prohibido terminantemente dos cosas: amputarle cualquier parte corporal y tener sexo anal con él. Y por devoción había obedecido. Pero ya no estaban ahí.

Ahora era libre de profanarlo a su antojo las veces que quisiera.

Presuroso, deseoso y ya en un estado de frenesí, Norima le quitó de la Silla Piramidal para arrojarle al polvoso piso. Aún encadenado y preso de todo ese dolor, Ryu apenas pudo poner resistencia. El dolor hacía que lo que vivía dentro suyo simplemente no pudiera actuar, dejándolo indefenso e inútil. Su entrada estaba deshecha, sangrante, dilatada por las brutales embestidas contra la cuna piramidal. Presuroso, Norima se retiró el sayal para buscar por fin entrar en él. Llevaba años deseándolo.

- Oh, Ryu, Ryu, recordaste tu nombre… Hermoso, hermoso como nadie… ¡tu cuerpo es perfecto, tus gritos son la cura para el mal de este mundo! ¿Y sabes qué es lo mejor? Por fin seremos uno… ¿Recuerdas, eh? ¿Recuerdas cuando eras niño cómo me provocabas mientras te bañabas? ¿Cómo te tocabas diciéndome que sentías cosquillas y que querías que yo te ayudara a sentirte bien? ¡Oh, cómo recuerdo que jugabas con eso, sabiendo que tenía prohibido tocarte, perra asquerosa! Pero es cierto, ¡no estamos en el Clan Libélula! ¡ESTA VEZ NO HAY NADIE QUE ME IMPIDA HACERTE MÍO!

Mientras hablaba entre tartamudeos y desvaríos, Norima azotaba a Ryu contra el piso, al par que lo acomodaba. Toda su resistencia se terminó cuando le acomodó debajo del brasero.

- … tu padre me lo prohibía… pero ya no… ¡ya no, ya no! ¡HOY POR FIN TU CUERPO SERÁ MÍO, SEREMOS UNO!
- ¡QUITA TUS MANOS ASQUEROSAS DEL PRÍNCIPE, HIJO DE PERRA!

Un destello de luz azul cruzó el calabozo de lado a lado, impactando

en el cuerpo de Norima, quien fue lanzado al otro extremo del sitio. Tras él, una bestia roja se arrojó sobre el monje para golpearlo con una brutalidad sin medida. Ryu apenas veía borroso lo que pasaba. Sintió que alguien lo desencadenaba y trataba de revisarlo. De modo difuso y borroso, Ryu vio a ese León pelirrojo bañar en sangre a Norima. Y sonrió. Aquello era un karma de color carmesí que tomaba justa retribución por tanto dolor sufrido. ¡Por años había soñado que alguien entrara como ahora a interrumpir la tortura y destrozar al demente monje! El cuerpo no le daba para más. Pero esa visión era suficiente para poder desvanecerse en la inconsciencia con satisfacción absoluta.

Morio, por su parte, no tenía suficiente. El haber perdido de vista a Ryu lo había puesto mal. Y no cesó en buscarlo hasta hallarle. Ahora simplemente dejaba que su rabia asesina fuese libre, impactando sus puños macizos contra el monje, que en cuestión de minutos había quedado irreconocible, con un ojo hundido, costillas rotas, la mandíbula deshecha y los dedos rotos a punta de golpes con un mazo hallado en el calabozo. Morio no era un torturador refinado. Lo suyo eran golpes contundentes. Casi a punto de matarlo, Tanehiro le detuvo.

- Eh, ya, ya. Basta, Suficiente con eso.
- ¡SUÉLTAME, AÚN NO HE TERMINADO CON ESTE HIJO DE PERRA!
- Mejor deberías ver a tu protegido, Morio. Está débil. Llévatelo. Yo… me encargo de este tipo…

Morio captó algo en el tono de voz de Tanehiro. No estaba interrumpiendo la golpiza por piedad. Algo pensaba hacer, podía notarlo. Asintiendo repetidamente con una sonrisa de sorna, se puso de pie y no contravino. Simplemente fue por Ryu y, envolviéndolo en el *haori* de Tanehiro, lo sacó de ahí en brazos.

Ya a solas, el joven monje de luz paseó alrededor de ese supuesto "hombre santo", paseándose mientras le analizaba. Justo como un enorme felino jugando con su presa antes de comérsela. La luz que irradiaba lastimaba a Norima más que los golpes de Morio. Con cierta saña, Tanehiro pisó la mano de aquel proclamado "servidor de los dioses", asqueado y enfurecido con su hipócrita actitud. Le enfermaba de coraje ver en lo que se había convertido.

- Hay cosas, Norima—san, que son imperdonables. Más, viniendo de un hombre que se supone es un estudioso y amigo de la naturaleza. Me siento ofendido, insultado y sucio. No puede llamarse "persona" a alguien que es capaz de hacer tanto daño a otro ser, sea del tipo que sea. Morio es visceral y pudo haberlo matado; pero si no lo dejé, no fue por ayudarle, créame, sino

porque voy a hacer justicia, devolviéndole un poco de lo que ha dado.

A pesar de ser pacífico, Tanehiro era un león. Y como tal, poseía afiladas garras. Se hincó al lado de Norima, haciendo un piadoso gesto que aparentaba ser una caricia. Más, al tocar la piel, las garras brotaron de sus dedos. Garras retráctiles, una curiosa característica de los miembros de ese clan. La mano de afiladas uñas se posó con crueldad en la frente del monje. Al instante, hilillos color escarlata y púrpura comenzaron a propagarse con asombrosa velocidad de la frente al rostro y de ahí a todo el cuerpo. Era como una asquerosa red de venas hinchadas que se hundieron en su cuerpo, provocando que la piel comenzara a hincharse en repugnantes pústulas, que reventaron. La piel hervía, fermentándose asquerosamente, creando bubones hinchados en el cuerpo, dejando aún más irreconocible a Ryohei, quien lanzó un terrible alarido al sentir tal nivel de dolor. Ese gesto hizo sonreír a Tanehiro.

- ¿Os gusta el dolor? Creo que sí. Vi cómo hacía sangrar a Katayama—dono. ¿Pero qué pasa? ¿Acaso es divertido darlo, mas no recibirlo? ¡Vamos, Morio le ha dado mucho dolor el día de hoy! ¡Debería disfrutarlo, como cree que los demás lo disfrutan! ¡Pero no os preocupéis, nadie os quitará vuestro amado dolor! Lo que es más, ¡os lo regalo! Lo tendréis desde hoy y hasta que yo decida, pues os he dado la peste. Conforme las heridas que hizo mi amigo sanen, la peste las reabrirá 10 veces más dolorosas que ahora, infectándolas, supurándolas, abriéndolas hasta que la agonía sea eterna. ¡No sanaréis nunca! Tal es mi regalo a un asqueroso violador y enfermo mental como vos.

Diciendo eso, dio una patadita al supurante cuerpo del monje y salió de ahí, silbando buscando el modo de amortajarlo para ponerlo preso *ipso facto*.

Cuando Ryu volvió a abrir los ojos, se halló de nuevo en convalecencia, vendado, con curaciones y ese infaltable té verde con miel a su lado. En efecto, su sanación era impresionantemente veloz. Los pectorales se habían unido de nuevo al músculo y, aunque lucían amoratados, ya no estaban en carne viva. La boca había desinflamado, mientras que la golpeada zona genital parecía nueva. La suave cama le hacía sentir alivio. Morio estaba a su lado, afilando con marcial elegancia una hermosa daga de acero puro con el mango blanco. Una obra de arte. Silencioso, aceitaba y pulía la hoja. El Príncipe no podía dejar de mirarle arrobado, admirando cada rasgo suyo, cada músculo, cada parte del cuerpo de aquel amo al que adoraba, pero que sólo le veía como un medio para llegar a un fin. Al ver que despertaba, con

solemne gesto le mostró la pulimentada hoja. Ryu se quedó anonadado. No sabía qué hacer. ¿Debía mirarla, aceptarla, decir algo? Morio le arengó con voz fuerte, imperante.

- ¡TÓMALA, CARAJO!

Ryu obedeció de inmediato, amedrentado por el grito del amo. Morio se mesó el cabello, sintiéndose idiota por haberle gritado de ese modo.

- No quise asustarte, ¡ah, joder…! Ryu, levanta el rostro. Tenemos que hablar.

Aquella frase no podía ser buena. Ryu sintió miedo ante la posibilidad de que Morio le devolviera a Norima.

- No llores. No es nada malo. El general ya fue informado de lo que te hizo ese bastardo y está furioso e indignado. Hemos apresado a Norima y lo tenemos en contención. Je, ¡te gustará ver cómo lo dejé! Es un jodido amasijo de carne purulenta. La pus fue cortesía de Tanehiro, ¡es un creativo cuando se trata de castigar a dementes como él! En unos días partiremos al Clan León a presentarte con mi tío, el León Rampante. Estará complacido de conocerte y hablar contigo. Ya se ha enterado de tu presencia y quiere conocerte. ¡Pero quita esa cara, hombre, no voy a desollarte! No ahora. Esperaremos a que te recuperes. ¿Cómo vas?
- N—no… ¿No vas a devolverme a Norima?
- ¡Ni en otra vida, menos en esta! Todo lo contrario. ¡Vine a informarte precisamente que ya no va a molestarte!
- Y entonces… ¿la daga…?
- Ah, esto. Es un *Tantô*, no una daga. Fue regalo de mi padre y mi tío el día que me gradué como samurái. Es un preciado regalo para mí y nunca me separo de ella. Quiero que la lleves para defenderte en caso que lo necesites.
- Pero… ¡no puedo aceptarla, es un regalo de tu padre!
- No te la estoy regalando. Dije “quiero que la lleves”, que no es lo mismo…

“Nunca me separo de ella”. “Quiero que la lleves”.

Aquellas palabras podían significar mucho. Trémulo, Ryu acarició el arma, con el alma en un hilo, anhelante por saber la causa de ese acto que no era un regalo, pero lo parecía.

- Y entonces… ¿esto significa?
- Que estarás a mi lado. Quiero que no te apartes de mí. Tenemos un largo camino juntos, Ryu. Tú también puedes sentirlo. ¡Algo me dice que juntos haremos cosas grandes!

Y con ello, Ryu sintió alivio y esperanza. ¡Lo quería consigo! ¡No iba a abandonarlo, no lo odiaba! Quizás sólo lo quería como un medio para llegar a un fin, pero no importaba. Estar a su lado bastaba. Ryu ya no sabía si estaba ruborizado o no, ni le importaba, sólo sabía que iría donde él; que le seguiría doquiera que fuera por amor completo y desinteresado. Le había salvado, le había dado aquel regalo que siempre soñó: interrumpir la tortura y salvarlo. Y tanto él como lo que vivía dentro suyo supieron que sus destinos estaban atados.

CAPÍTULO 8

LA PROFECÍA DEL BOSQUE DE TELARAÑAS

Cuatro días después, los leones de Hierro abandonaban ese prolongado hiatus en la Academia para volver a sus casas en la capital del Clan, la preciosa Shishiyama. Estaban emocionados de por fin regresar y descansar. Había pasado más de un año lejos. Primero en las Tierras Sombrías, luego, peleando en la Frontera Norte a lado del afamado general Yasakani y después, en un largo lapso de dos meses en la Academia Asahina, reaprendiendo sus conocimientos y esperando a que su Capitán decidiera volver.

Nomura entregó a Morio la grotesca caja que acompañó a Ryu en su llegada a Asahina.

- Cuídate mucho, hijo. Ese par de extraños Libélula realmente son una especie de fatídica señal. He dispuesto que Norima vaya apartado del grupo, en un palanquín aparte. Va atado y vendado, no puede moverse. Debe ser tratado como un criminal. Y Katayama…
- ¿Pasa algo con Katayama, sensei?
- Me preocupa. Me preocupa lo que ves en él. Morio, sea lo que sea, ten cuidado. Sé que te duele la pérdida de un amigo… pero no confundas una cosa con otra. Quizás ese muchacho no tenga nada que ver. Por favor… si puedes, dedícate sólo a entregarlo a tu tío y que él se encargue. No te comprometas a más.
- Sensei, no se preocupe. No hay nada de malo en él. Lo he corroborado. Todo lo terrible que pueda ser, fue culpa de ese maldito monje loco. Estaré bien. Y tendré cuidado. Lo prometo.
- Que los dioses estén contigo, hijo…

Morio se dirigió al aposento de Ryu, donde éste le esperaba hincado, vestido con una túnica del color de sus ojos, ofreciendo sus manos a él.

- Capitán… necesito pedirle algo…
- Ryu, partiremos en breve. ¿Por qué aún no estás terminado de vestir?
- Necesito pedirle que asegure nuestro viaje de malos incidentes. Evitemos riesgos. Por favor… rómpame las piernas.

Aquello era brutal y directo. Pero tan morboso…

- ¿Qué haga qué?
- Por favor, Capitán… rompa mis piernas. Es necesario, para evitar algo como lo sucedido a inicios del mes. No quisiera

malos incidentes en el viaje que pudieran retrasarlo. Sabe bien que sanarán rápido. Me recuperaré incluso antes de que lleguemos a su ciudad. No tenga miedo… de todos modos, el dolor que usted me propine es un regalo para mí.

- Oh, Ryu… cada que dices eso haces que todo mi ser vibre… ¿En verdad puedo hacerlo?

Morio se hincó para acariciar las piernas del joven. Por fin tocaba un cuerpo, palpaba la piel. Sopesaba cada centímetro de él, con morbo, devoción y un malsano interés erótico. Ryu asintió y se colocó manso, devoto, como un dócil sacrificio, sonriendo emocionado y temeroso del terrible dolor. "Hazlo", dijo casi suplicante ofreciendo sus piernas, donde también había escarificaciones similares a las de los antebrazos, en los tobillos. Ryu colocó sus piernas sobre un tocón de madera, cerrando los ojos, esperando el brutal golpe. Morio, mordiéndose el labio, tomó el mazo dispuesto
por el príncipe masoquista para tal efecto. Tomó vuelo…

Y el grito de dolor fue devastador, intenso.
Los huesos crujieron. Había roto sus tobillos.

Ryu yacía convaleciente, jadeando, con los ojos desmesuradamente abiertos. El dolor era brutal. Los pies estaban exangües, dislocados y muertos. Morio temía haberlo inutilizado. Cayó a su lado, preocupado.

- ¡MIERDA, RYU! ¡TE HE ARRUINADO LOS PIES! ¡Soy un idiota por hacerte caso!
- Ghhhhh… no… tema… Yo… puedo con esto. Ohhhhh… Norima… Lo ha hecho antes… siempre vuelven a sanar… Oh, Capitán… se preocupa por mí…
- Imbécil de mierda, ¡claro! —diciendo esto, acarició su rostro—. Jódete en el infierno por pensar que soy como ese hijo de perra que te maltrataba. Yo no soy como él… yo sí te…

¿Quiero? ¿Aprecio? ¿AMO? ¿La palabra era esa? No… Morio no amaba a nadie. Tenía el corazón apagado y reacio a caer en trampas de amor. Desvió la mirada, sintiendo arder sus mejillas.

- La puta que te parió, Katayama. Ya hice lo que querías. Ya lo tienes. Ahora tendré que cargarte para subirte al palanquín. Jódete por eso también.

Ryu sintió su cuerpo llenarse de calidez cuando Morio le abrazó contra su cuerpo y por vez primera, se atrevió a besar la pálida piel del engendro. Besos suaves, profundos, llenos de preocupación. Para Ryu fue un regalo sentirlo. Eso significaba que lo quería, al menos, de cierto modo. Luego, Morio vendó los pies rotos y los entablilló para su recuperación, para después terminar de vestirlo, ataviarlo y llevarlo en brazos al palanquín, bien cubierto por mantas y pieles para evitar que

los demás lo vieran.

Morio montó en Cólera —es decir… su caballo, cuyo nombre era "Cólera"—, y dispuso al grupo para guiarlo de vuelta a su hogar. Para los leones, todo parecía casi tomar su curso normal. Todo, salvo por aquellos dos sombríos palanquines donde eran llevados los nobles Libélula. El Príncipe maldito y su torturador, acusado formalmente de violación, tortura y maltrato.

Asahina los despidió y la partida comenzó su retorno, escoltada de lejos por un crimen de cuervos que revoloteaba hacia el horizonte.

Aquel otoño estaba repleto de días nublados. Cielos encapotados sin sol. Un clima perfecto para que el engendro de la Oscuridad no viera directamente a la diosa Amaterasu.

Oculto en el palanquín, llevado por bestias de carga y con los pies rotos, el Príncipe viajaba dormitando, intentando no soñar con su pasado y con Norima, a quien sentía cerca de sí, vigilando aún a través de esos vendajes y las llagas que se abrían una y otra vez. Tanehiro iba cerca de la litera, enarbolando su rosario y musitando conjuros para repeler espíritus negativos. Hideki, el de los ojos raros, sentía la ominosa presencia de Tanehiro, Ryu y Norima sobre sus hombros.

Arriba, el cielo parecía cubierto por telarañas. Las nubes grises cubrían el cielo nublado y muerto, que impedía al sol brillar y le hacía parecer un pálido disco en lo alto. Pronto, los campos comenzaron a quedarse atrás y el aire se tornó frío. Estaban subiendo a las montañas. Los altos árboles del bosque comenzaron a aparecer. Los leones intentaban ir jocosos, pero las literas impedían que tuvieran ánimo de bromear. Morio, al frente, avanzaba decidido y en silencio. Pero al llegar al paso de Shinshuu, los lugareños avisaron a la comitiva que el paso estaba negado. Un deslave la noche anterior había lapidado el camino y tardarían días en quitarlo.

Morio bajó de la montura para revisar el daño. En efecto, las rocas habían caído sobre el estrecho camino, creando un sólido muro de granito imposible de evadir. Y quitarlas llevaría días.

Pero la otra opción para llegar más rápido era temible.
El Bosque de las Almas Perdidas se izaba a su derecha, justo en el

camino más directo hacia la capital León. No le decían así en balde. Había muchas leyendas sobre aquel sitio. Se decía que quien entraba, se perdía para nunca volver a salir. También se rumoraba acerca de un demonio que habitaba encerrado en alguna parte de su linde. Unos más, hablaban de voces que se escuchaban difusas en sus troncos, gente atrapada en ellos; fantasmas que deambulaban a través de las telarañas tejidas entre los árboles, similares a cortinas de blanca seda que desde hace 300 años impedían el paso de cualquier criatura a través de él.

El león de Fuego miró hacia ese tétrico sitio, negando. Ni loco iba a meterse ahí, menos llevando consigo a un ser a todas luces influenciado por esencias demoníacas. Era preferible perder días intentando retirar las piedras a correr el riesgo. Y sus Leones lo entendieron. Aquel sitio causaba escalofríos con sólo echar un vistazo. Toda esa tarde, los leones ayudaron a intentar retirar las pesadas rocas del camino. Kondo Takao, el más grande y fuerte de ellos, incluso diseñó un mecanismo simple para jalar más rocas en menos tiempo. Sin embargo, todo fue en vano. Esa noche, mientras cenaban, un ensordecedor ruido se escuchó en la zona del deslave. Al ir a ver, la frustración hizo mella en todos: un segundo derrumbe había sepultado los esfuerzos del día y había añadido nuevos a la lista. Ahora, enormes peñascos cubrían el camino por entero.

Desde su litera, envuelto en cobijas, Ryu les oyó maldecir. Pero no podía moverse. Había sido atado, amordazado y tenía las piernas rotas. Justo en ese momento, alguien se paró fuera de su litera. Podía ver claramente su silueta. Una silueta sin forma definida, ropas ni olor, que ladeó la cabeza, divertida. Y Ryu oyó claramente un susurro sin voz específica llamándole por su nombre. Obviamente no respondió, aterrado y mudo por la impresión. Fue cuando, del lado contrario de la litera, una segunda voz le llamó. Y luego, una tercera, una cuarta, una quinta… pronto, fuera de la litera, Ryu podía percibir a más de una docena de entes rondándole, llamándole a unirse a ellos. Intentó no poner atención… y sólo provocó que aquellos susurros se convirtieran en alaridos innaturales; terribles llantos de dolor, chillando, llamándole. Los oídos comenzaron a sangrar. Tener las piernas rotas ayudó a evitar que saliera corriendo rumbo al bosque, pero no podía evitarle oír, sentir y ser lastimado por esas malditas esencias. Su cuerpo convulsionaba en temblores brutales. Sus ojos se abrieron, dilatados, incendiados en un fulgor verde esmeralda capaz de chispear en la oscuridad.

Tanehiro no dudó en ir en su ayuda. Al abrir la litera, vio al Príncipe Libélula sangrando de los oídos, con los ojos llorosos y las piernas

rotas. Impresionado por el espectáculo, tomó polvo de crisantemo, que vertió sobre su cabeza y colocó en su cuello un amuleto que ayudó a que los oídos dejaran de sangrar. Ryu temblaba, llorando, sudando frío, con las piernas deshechas y las manos atadas. Su boca sangraba. ¿Se habría mordido? Cuando Tanehiro le retiró la mordaza para revisar su estado, Ryu lanzó un alarido de dolor tal que el viento mismo de la noche parecía congelarse. Morio acudió al llamado, fiel y leal como un perro. Halló al Príncipe del Dolor retorciéndose en la litera. Lo llevó consigo al arroyuelo cercano, con cuya helada agua intentó limpiar el frío sudor de la frente del demoníaco ser. Tras él llegaron los leones y algunos aldeanos, asustados por el grito, hallando sólo a Tanehiro mirando hacia el arroyo.

- ¡Tane! —increpó Ranmaru— ¿qué sucedió?
- Katayama… otra vez. Carajo, ¿acaso no hay cosa que no lo torture?
- Dinos de una vez qué pasa, Tanehiro. No somos tontos —increpó otro de ellos, el analítico Takase, estratega del grupo —. Ya notamos los malestares en Hideki y que el capitán no lo suelta bajo ninguna circunstancia.
- En verdad quisiera descifrarlo. Tengo una muy mala corazonada, pero no tengo pruebas. Y Morio evade todas mis preguntas al respecto…
- Tiene que ver con las espirales, ¿verdad?

Todos voltearon a ver a Ozawa Yuuhi, el vigía del regimiento, el de ojos más avispados, piel morena y cuna humilde.

- Yuuhi... no sé, no me consta, pero…
- Pero estás casi seguro, como yo. Como Hideki, como Kenji.
- ¿Qué espirales, Yuuhi? —preguntó Kuro, totalmente ignorante de todo.
- Las marcas de la muerte —respondió mirando hacia la negrura, que impedía ver hacia dónde había ido su capitán—. Las marcas de un grupo de fanáticos religiosos. Se hacen llamar los *Hokke*. “La secta del Loto”.
- ¿La Secta del Loto? —repitió el pelinegro, embobado.
- Ustedes quizás no los conozcan por ser de casa noble o acomodada, pero entre los pueblerinos hay una especie de leyenda acerca un grupo de sectarios. Fanáticos religiosos que ofrendaron sus vidas a los entes de la Oscuridad. La verdad no estoy muy enterado de a qué demonios se entregan, pero sus

distintivos son dos: espirales y alas de cuervo. Suelen llevarlas en adornos o en ropa. Y se han sabido de casos. Se rumora que se roban niños huérfanos para hacerles cosas innombrables, que han asesinado a personas, casi siempre pobres…

- ¡Alas de cuervo! —terció Hideki, sorprendido—. ¡Ah, yo… yo vi alas de cuervo cerca de Ryu! ¡Tal como veo fantasmas! ¡Ustedes saben eso, que veo cosas...!
- ¿Dices que has visto alas de cuervo en Ryu? ¿Dónde? Nunca le hemos visto usarlas…
- No, no las usa… pero… —tartamudeante y desorganizado, trató de hablar—. Pero… las trae.. consigo, a su aldere—alrede —aldere.. ale… ¡alrededor! ¡Así, rodeándolo!
- ¿Como una energía?
- ¡Hai! Y justo ahora, siento que hay ojos mirándome desde el Bosque de las Almas Perdidas. Algo o alguien espera que pasemos a través de él… —Hideki miró en dirección al Bosque lleno de Telarañas—. Mucho me temo, amigos, que vamos a entrar ahí…

Con miedo, todos miraron hacia la tétrica boca de aquel Bosque, cubierto eternamente por telarañas. El frío viento de la noche calaba sus huesos. Muchos decidieron ir a descansar, rogando porque las palabras de Hideki fueran sólo palabras al viento.

Entretanto, en el arroyo, Morio acicalaba a Ryu. Le había desatado y sumergido en el agua helada. Desnudo y frágil, Ryu se entregaba, sintiendo que el terrible dolor disminuía.

- Ryu…
- Estoy… ahhh… ha bajado el dolor, Capitán. Ya no veo esas sombras. Se han ido.
- Oh, Ryu, Ryu… ¡Todo te pasa, joder! ¡Cuando no es una cosa es otra, todo te hiere, te tortura y te destroza! ¿Cómo lo soportas?

Mientras hablaba, Morio sacó el cuerpo del agua para secarlo y vendarlo de nuevo. Ryu tiritaba de frío, arrobado por la belleza furiosa del capitán León, quien le acariciaba, genuinamente preocupado y dolido por el destino aciago del Heredero Libélula. Las rudas manos del capitán lo mimaban con auténtica preocupación. Al cubrirlo de nuevo, Morio le apretó contra sí y, sin pensar, besó su frente con cariño. Ryu sintió con eso volver sus fuerzas, sintió que todo valía la pena por una sola muestra de amor como esa.

- Capitán… por usted soportaría todo este dolor y más. Si todo me ha llevado a conocerle, ha valido la pena.

- ¡Pero mírate! ¡A cada paso que das, algo te rompe, alguien te usa, te veja y destroza! ¿Acaso no hay fin a tu dolor?
- Me lo he preguntado tantas veces… y mi respuesta es usted —Ryu posó sus delicadas manos en el pecho cubierto por la armadura escarlata—. No me importa sufrir si usted está a mi lado. Capitán, yo…
- No, nada vale la pena sufrir tales dolores. Tendremos que dormir. Mañana habrá que retirar rocas para pasar. Los deslaves no han cesado…
- Y no lo harán. El Bosque me llama. Quiere que pase por él.
- ¡Ni loco entraré ahí! ¡Es seguro que algo malo acecha y nos espera ahí!
- Quizás… es el destino. Algo o alguien requiere que pasemos por ahí.
- Pues que ese alguien se joda soberanamente, porque no pasaremos por ese sitio muerto ni estando locos. ¿Sabes la cantidad de leyendas que hay sobre ese sitio maldito? ¿No? ¡Pues al carajo! ¡Esperaremos hasta que retiremos las rocas de los deslaves!

Para su desgracia, las palabras de Ryu fueron ciertas. Tres días se hicieron eternos y repetitivos para el grupo, que más tardaba en retirar un grupo de rocas que un nuevo deslave en humillar sus esfuerzos y acumular más y más obstáculos. Los leones miraban hacia el maldito Bosque, que parecía tener vida propia y sonreír diciendo "¡Cuando gusten! ¡Yo espero, con todo el tiempo del mundo!". Por fin, hartos y desesperados, se viraron las órdenes. Los Leones de Hierro iban a atreverse a entrar en el temido Bosque de las Almas Perdidas.

El sitio los recibió abiertamente. La bruma que cubría su linde se levantó como una puerta para dejarles entrar. Claramente sintieron como si dos manos hechas de vapor los recibieran en su gélido regazo. Más de uno, entre supersticioso y precavido, ocupó las efigies dentro de sus cascos como amuleto. Otros, encendieron inciensos y rezaban, aferrados a rosarios de cuentas de cristal que se opacaron cuando esa misteriosa neblina volvió a caer sobre el grupo, cegando su camino.

Todos siguieron entonces a Tanehiro, que se volvió una guía, una especie de esperanzadora luz.

Su negro cabello ondeó al viento, que le envolvió entre amenazador y precavido. Él, desafiante, le devolvió un murmullo, unas palabras que levantaron un poco de la bruma creando un camino por el cual avanzaron a través del silencioso bosque.

No había ningún tipo de animales. Ni aves, ni criaturas, ni insectos. Todo era sepulcral silencio en aquel sitio de árboles petrificados y

secos; grises troncos que simulaban cuerpos deformes tratando de salir o alcanzar una olvidada gloria divina. Sus largas ramas se extendían hacia lo alto, cubriendo al cielo, que se negaba a mirar lo que hubiera dentro de esa agreste enramada.

En silencio, el grupo de bravucones avanzó con total tranquilidad. No había peligro, nadie les atacaba. Ningún tipo de amenaza salió a su paso. Salvo el silencio, todo era una jornada tranquila que se prolongó por horas. Ninguno de ellos sabía dónde estaba la verdadera lid. Todos avanzaban en respetuoso silencio, sin darse cuenta de que en la litera se llevaba a cabo una furiosa golpiza hacia el ya apaleado Príncipe.

Nuevamente atado, nuevamente contraído, el pálido joven resistía todo tipo de sellos piadosos en su cuerpo. Marcas que quemaban y abrasaban su piel, hundiéndose hasta dejar llaga. Pero sería peor ser atrapado por las almas perdidas. A su alrededor, las almas de aquellos desconocidos condenados parecían llamarle; las gélidas manos fantasmales intentaban tocarle, jalarle con ellos a la densa bruma. A su alrededor, el círculo de pétalos de crisantemo comenzaba a arder en un fuego fatuo de azulado tono, corroyendo los sellos de protección puestos por el joven hechicero.

Y en su litera, el viejo Norima sonreía para sus adentros al saber que su precioso Ryu estaba sufriendo lo indecible. “El mundo es cruel, el mundo es malo”, le dijo alguna vez… y el pequeño no lo creyó. Atado y lleno de pus, Norima disfrutaba los ahogados gritos de su amada puta. “Que pague por sus ganas de volar”, pensaba complacido.

- Oigan, ¿qué no habíamos pasado ya por aquí?

Aquella vocecilla rompió el pesado silencio que llevaba horas envolviéndolos. Era Hidenori Toshiro. Un chiquillo de apenas catorce años a quien la guerra había vuelto hombre mucho antes de lo que él mismo hubiera deseado. Su mano señalaba un tronco marcado.

- Hace una hora se me ocurrió marcar un árbol, que puedo jurar gimió cuando mi cuchilla le cortó…. ¡y mirad, la marca está aquí!

Aquello detonó una muda histeria en el grupo. Nadie dijo nada, pero el terror se reflejó en las miradas de todos. ¡Habían dado vueltas en círculos! ¿Por cuánto tiempo, cuántas veces? Ellos eran unos bravucones como su capitán. Pero una cosa era luchar contra demonios reales, fehacientes y de carne. Otra muy distinta era enfrentar a la soledad y al silencio. Y, sin hablarlo, todos supieron que era cosa de tiempo antes de que la nada acabara enloqueciendo a cada uno de ellos y enfrentándolos entre sí hasta matarse mutuamente.

Y por estar absortos en ese miedo que calaba hasta los huesos,

ninguno notó que Morio desaparecía entre las ramas del bosque, tragado por la bruma.

"No sé si he recorrido mil parajes o el mismo paraje muchas veces.
No sé en qué momento los perdí de vista.
No sé siquiera dónde estoy.
ESTOY PERDIDO.

Los llamo una y otra vez, apresto a mi caballo para volver. Es inútil. El paraje siempre es el mismo. Recto, en línea hacia ninguna parte. Y sólo puedo pensar en Ryu. Maldita sea… Ryu. Si algo le pasa, si algo lo daña…

¿Por qué estoy tan necio en preocuparme por él? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en sus ojos verdes?

Maldita sea. ¿Por qué pienso en ti? ¿Qué me has dado, que no puedo tenerte lejos?
¿Y si algo te pasa? ¿Y si Norima causó esto? ¿Qué tal si te secuestra?
No puedo evitarlo… grito tu nombre.
Y me responde sólo el silencio.
Una vez más… y responde el viento.

Frustrado, grito tu nombre una tercera vez…. y en esta ocasión un cántico gastado, con voz de mil eras, viene a mis oídos. Está al final del eterno desfiladero. Furioso y necesitado de salir de aquí, lo sigo. Mi caballo corre veloz. Debo hallar a quien canta".

Todo era blanco. De un blanco polvoso y añejo, un sitio que olía a olvido, a siglos de encierro, olvido y aprisionamiento en aquella nada de colores blanco y gris.

Morio llegó al final del camino eterno. Un claro de bosque rodeado de secos troncos grises que apuntan de modo interminable hacia un cielo tan blanco como el piso.

En medio del claro, se alzaba un montículo de huesos secos. Cadáveres pulverizados y convertidos en fino polvo y en segmentos. Trozos de antiguas armaduras aquí y allá.

Y en la cima de los huesos, la vio.

Vieja y desdentada, la boca negra cual cueva. Ojos sin iris ni pupilas, tan negros como su boca, hilando una fina hebra blanca de hilo de araña que se perdía en la nada, ondeada por un inexistente viento, una anciana cantaba:

"¡Ay de ti, León de Fuego! ¡Ay del héroe de Ikebakuro!

¡Ay del León y su familia por el día en que decidió proteger a un demonio!

¡Pobre León de Fuego, pues la corrupción y la desdicha te siguen!

¡Un amor, un amor no correspondido será la causa de tu ruina, de la ruina del reino!"

- Ay de mí… ¡Ay de esta anciana loca, que me desafía! ¡NO TE TEMO, DEMONIO! ¡NO ME RETES!
- Oye bien, León de fuego: el amor no correspondido será quien arrastre a tu clan al pozo de la Degradación. El amor de quien ama y halla sólo el desprecio y la humillación detonará la llama que arrasará tu orgulloso clan. Puedes evitarlo. Entrégame al hombre que llevas y evitarás la caída.
- Entregarte a ese demonio… seguramente que lo haré. ¡Entregarlo a una anciana que probablemente lleva siglos muerta es una perfecta idea! Óyeme bien, bruja seca: ¡NI LOCO DEJARÍA AQUÍ A MI PRÍNCIPE, ESE SER ES MÍO!
- Mantener contigo a ese demonio hará que la fatalidad caiga sobre ti y los que amas. ¡El Caos está por renacer y tú serás parte!
- ¡Caos mis…! ¡Te acabaré, maldita bruja!
- ¡Golpea y te condenarás, León de Fuego! ¡Mi vida no vale tanto como para aferrarme a ella!

De súbito, la anciana se puso de pie. Su risilla añeja sonaba lejana, antigua. Morio se puso en guardia, sintiendo que cualquier cosa que hiciera sería en balde. De súbito, la negra boca se dislocó y se abrió, dejando brotar un nuevo crimen de cuervos. Malditos cuervos que no dejaban de aparecer esporádicamente en su vida.

El crimen se arrojó sobre el León de Fuego, atacándolo, golpeando y rasgando la piel con picos, garras y esas alas que parecían hechas de metal. Navajas de obsidiana cortando finamente. Cientos, quizás miles de ellos arrojándose sobre el pendenciero León, quien no se daba abasto en combatirlos, en intentar hacerlos caer. El olor de su propia sangre y la de su caballo llenaba el ambiente y teñía de rojo los huesos secos. Y en la cima del montículo, la vieja reía a carcajadas, resonando por el claro, el bosque y la mente del león. Sus ecos resonaban junto con los chillidos de los cuervos, que rasgaron sin piedad el cuerpo de Morio hasta dejarlo en el piso con la armadura mellada, partes de la piel ardiendo, hechos jirones, y su caballo bufando como loco. El crimen emprendió el vuelo a la nada del cielo gris, dejando el sitio en total silencio y al pelirrojo lastimado y dolorido.

"¡Ay de ti, León de Fuego! ¡Ay del héroe de Ikebakuro!

¡Ay del León y su familia por el día en que decidió proteger a un demonio!"

El aciago canto de voz vieja resonaba ahora en la litera de Ryu, llegando a sus oídos. Los ojos del Príncipe se volvieron a abrir, sintiendo agudos dolores. Poco a poco, las almas le drenaban la vida y le debilitaban brutalmente. Tanehiro había llegado en su ayuda, tratando de frenar aquellas esencias invisibles que buscaban abrirle y destrozarle. “¡No cedas, no te rindas!”, gritaba en medio del caos, intentando frenarlo, en vano. Los rezos intentaban frenar a las almas, que jalaban a Ryu, le tocaban… y finalmente, rasgaron la piel de modo contundente.

Tanehiro no pudo ver que lo provocaba. La piel de Ryu simplemente se abrió como cortada por una espada, salpicando de sangre la litera. Delante del impotente monje, algo… alguien, machacó los huesos ya rotos del Príncipe, quien emergió de la litera a gatas, aullando de terrible dolor. Los leones vieron en total shock cómo algo invisible quebraba sus articulaciones delante de todos. La piel se abrió, comenzó a jalarse en direcciones opuestas. ¡Las almas lo estaban desollando vivo! Y lo peor es que no sabían a quién atacar. No veían nada, no oían nada, no había presencias a las cuáles agredir. Literalmente, no podían hacer otra cosa que mirar cómo el Príncipe era destruido vivo, con total impotencia.

Tuvo que ser Tanehiro quien brotara de la litera con una resplandeciente luz dorada a su alrededor ardiendo como un fuego, la cual ahuyentó a las invisibles almas, que dejaron en paz el cuerpo del infeliz, quien cayó brutalmente destrozado. En ese momento todos sintieron compasión por él. Nadie en absoluto hubiera deseado estar en su lugar. Hideki corrió al lado del Príncipe. Sintiendo su corazón punzar al tenerlo por fin tan cerca, cubrió su rostro con una manta, al par que le devolvía a la ensangrentada litera.

Fue cuando todos se dieron cuenta que la litera de Norima estaba intacta. Nadie había querido llevar ese objeto. Incluso las bestias dispuestas para tal efecto habían sido reticentes. Todos miraron hacia ella, suspicaces. No sonaba nada descabellado que ese maldito brujo hubiera causado la masacre del bosque.

Un grito estentóreo los sacó de sus cavilaciones.

- ¿QUÉ TANTO ME MIRAN? ¿TENGO MONOS EN LA CARA O QUÉ? ¡VENGA, SIGAMOS EL CAMINO! ¿DÓNDE MIERDAS ESTÁ KATAYAMA?

De una potente luz blanca y rala como el bosque mismo brotó Asakura Morio, rasgado, dañado, con la armadura rota y el caballo herido, pero visiblemente en pie y deseoso de continuar el viaje. Sus más fieles allegados corrieron hacia él, recibiendo a cambio un inusual y afectuoso abrazo de aquel que eternamente rechazaba el contacto

físico. Ryu, deshecho, yacía inconsciente.

Como si fuera un contrahechizo, todo alrededor del regimiento cambió. El bosque parecía ser el mismo… y a la vez no. Era como si algo se hubiese roto a su alrededor y ahora todos sabían cómo y por dónde salir. Tanehiro subió a su caballo y dirigió a la comitiva. Morio avanzó silencioso, cubierto de blanco polvo de pies a cabeza. Seguía herido, pero no se dejó curar. “Primero salimos de este sitio de mierda”, dijo. Y nadie quiso preguntarle lo que había visto. Su semblante taciturno hizo que ninguno deseara acercarse de nuevo a él.

Salieron del bosque en poco tiempo, menos de una hora. Para cuando los albos troncos dieron paso a la vegetación real, la tarde había caído ya y la noche asomaba. Eran las últimas horas de un día gris, nebuloso y aterrador que se quedaría grabado por siempre en los corazones de cada uno de los Leones de Hierro.

Acamparon aquella noche junto a un sereno estanque, hablando poco, sospechando mucho y mirando con miedo a las literas silentes que descansaban en la hierba. La que llevaba al agonizante Príncipe y la que llevaba a su verdugo, el maldito hechicero Libélula, a quien todos culpaban tácitamente del miedo vivido en el Bosque muerto.

- ¿Y bien?
- ¿Y bien qué?
- ¿Ves algo ahora con tus ojos dotados, Hideki?
- No. La litera está técnicamente “apagada”. Parece que el Príncipe ha quedado inconsciente por fin. Creo que esta noche podremos dormir en paz. Los espíritus, o lo que sea que hayamos visto en el Bosque, se han quedado ahí.
- ¿Qué habrá visto el capi? Se veía herido y polvoso…
- Si de por sí no habla desde hace meses… con esto, menos lo hará.
- Yuuhi y tú hablaron de una secta, ¿qué es “La Secta del Loto”? —preguntó el inocente Kuro.
- Rumores —respondió Yuuhi, comiendo un tazón de verduras—. Rumores muy ciertos sobre un grupo de personas que adoran a un ente poderoso y maligno. Cuando aún vivía en mi pueblo, desaparecieron algunos niños durante una oscura noche. No volvimos a verlos, pero hallaron sus manecitas empaladas en un grotesco altar hecho con huesos y plumas de cuervo unos días después.
- Eso suena demasiado tétrico…

- Eso, sin contar lo que le pasó a Mai… y a Naru…
- ¡Baja la voz, Yuuhi, Kenji puede oírte! —le amonestó Takase.
- ¿Qué? ¿Qué les pasó a Mai y Naru? ¿Quiénes son?
- Eran. Una era la novia de Kenji, la otra, su "segundo frente". Ya sabes que Kenji es un conquistador…
- ¿Y qué les pasó?
- ¿Supiste del incidente de la condena del maestro Nagoya?
- ¿El director de Asahina? Sí, supe que lo condenaron a muerte por…
- … el asesinato de una alumna, Hirose Mai. Era de las mejores en el uso del arco, como Kenji. Nagoya le traía ganas y ojeriza desde hacía tiempo; por eso, la tomó como su "aprendiz principal", que no era otra cosa sino su sirvienta, trapo y esclava sexual.
- ¿Y nadie acudió en su ayuda?
- ¡No teníamos pruebas, sólo certeza! Además, era el director de Asahina. ¡Los alumnos no teníamos potestad alguna para acusarle!
- Sospechábamos de su terrible trato por cómo la vimos decaer día con día. Cada vez más pálida y débil, cada vez más pegada a él, más abyecta a sus órdenes. Un día, simplemente no la volvimos a ver. Nagoya nos echó un sermón sobre la cobardía, el servicio y el servilismo, diciendo que ella había huido. Todos quisimos creer que eso había pasado. —acotó Takase.
- Después salió a relucir la verdad: Nagoya la había asesinado. La cortó en pedazos. Le quitó las extremidades y los pechos. Su cuerpo tenía señas de terrible tortura. La había destruido por entero.
- Y cuando le indagaron el por qué de sus acciones, él sólo dijo…
- "Es una prueba para mi más grande misión"
- El resto ya debes conocerlo, Kuro: condenaron a Nagoya a las Jaulas en las Tierras Sombrías.
- Pero unos meses después vino lo de Naru… la novia de Kenji…
- Eso me tocó oírlo de los aldeanos. —dijo Yuuhi mirando vivamente el fuego. Naru era una joven casadera. Bonita, de hermoso porte, la elegida del corazón de nuestro mejor arquero…
- Fue hallada en la linde de los canales de riego. Igualmente mutilada. Le habían sacado los ojos y dejado sin brazos. Fue algo horrible. ¿Por qué crees que Kenji no ha vuelto a intentar seducir a ninguna chica? Piensa que es responsable de algún modo.
- Pero no tiene nada que ver con eso. Fue sólo una coincidencia…

- Él no lo ve así. Por ello no tocamos el tema bajo ninguna circunstancia. ¡Más vale que no lo hagas!
- Bueno… ¿pero eso cómo se relaciona con ese tal Katayama?
- Nuevamente, no tenemos pruebas de nada. Sólo suponemos que, de algún modo, ese tipo raro está ligado a esas historias…
- Es cierto —tartamudeó Hideki, arropado en una manta—. Otra vez hay plumas de cuervo a su alrededor… y de ese N —Norima… veo cosas horribles… grotescos rostros danzando en la negrura… siempre a su alrededor…
- ¡Woooo! ¿Incluso ahorita?
- Hai. Incluso ahorita. Pero prefiero no mirar…

Hideki se hizo ovillo en la manta y se recostó en medio de Yutaro y Takao, los más grandes y corpulentos del regimiento, que dormían a pierna suelta. El curioso pelinegro aún deseaba saber más de esas historias que narraban sus compañeros mayores, pero entendió que sería una especie de intromisión molesta, y decidió descansar, dejando la guardia al avispado Yuuhi, cuyos ojos registraban todo con análisis.

En la litera, Ryu dormía inquietamente. No era raro. Jamás dormía demasiado tiempo de corrido. Norima le había enseñado que eso era perjudicial y constantemente le despertaba con sumo dolor. Y cuando no era él, eran las pesadillas aquejándole, aunque hacía mucho ya que no soñaba.

Sin embargo, esa noche el sueño volvió.
Desde niño le había soñado.

Se veía a sí mismo en un sitio desconocido. Un bosque de altos troncos sin corteza, desgastados, viejos, bajo una noche de luna llena. Un amplio claro de bosque era el escenario de su recurrente pesadilla, donde un grupo de niños jugaba, cantando una oscura ronda infantil, susurrándola al polvoso suelo sin vegetación del bosque. Cada año de su vida, cada noche posible, se veía a sí mismo en aquel portal, hincado, encadenado y escarificado, desollado hasta la agonía. Sus marcas sangraban profusamente, tiñendo de rojo el blanco tabernáculo. Y los niños sin rostro cantaban alrededor de él, siempre ofreciéndolo a alguien, alguien desconocido, poderoso y mortal. Un ser de ojos púrpuras cuyo temible aspecto sólo podía imaginar, cubierto por una negra sombra. Cada niño hablaba a su oído. Sus rostros arrancados y sustituidos por vorágines de carne en espiral solían decirle que él era su amo, el poderoso, el ser que le robaría lo más preciado. Y Ryu siempre le tuvo miedo. Noche tras noche, año tras año de su infancia lo veía en sueños, cada vez más grande, poderoso y lleno de rabia, hasta que Norima le encerró. Desde entonces, dejó de soñar, pues las pesadillas se volvieron reales, las

crueles torturas en carne viva que le tuvieron agonizando largos doce años.

Hasta esta noche.

Una vez más, como en cada pesadilla de su infancia, Ryu se vio a sí mismo en aquel claro de bosque maldito sin salida, que ya conocía tan bien. Los niños, vestidos de túnicas escarlata, volvieron, apareciendo de entre la vetusta maleza, blandiendo cometas de papel rojo, con grotescas formas. Una vez más, los niños cantaban su tétrica ronda:

"Ahora el bosque te habla, te habla
de insectos, de aves.
¿Puedes oír lo que te dice el suelo?
Te incita a liberar a la bestia.
No creas que estás solo
Cuando creas que no hay nadie más
sentirás los ojos de alguien mirándote".

Esa macabra tonada volvía a sus oídos. Los niños, fascinados, le tocaban. ¡Había crecido tanto en estos años! ¡Era tan hermoso! Sin miramientos, le hincaron, encadenaron sus pies y manos… y volvieron a desollarle vivo.

Comenzaron con las cicatrices de los antebrazos. Y Ryu, como cada vez en esa pesadilla, no podía sino quedarse quieto, dócil, dejándose hacer mientras rogaba que esta vez tuvieran piedad. Jamás la tenían. Una vez más su piel era arrancada, una vez más sus gritos surcaban el cielo negro y llenaban la foresta de sonidos agónicos que se combinaban con el ululante y tétrico viento; una vez más, la sangre brotaba para teñir el pináculo de rojo, de ese grana insano del color de los trajes y cometas de los niños, el mismo intenso color de la luna llena, que era un ojo de cuervo mirando, esperando.

Y una vez más, él apareció.
El verdugo.

Sus ojos púrpuras fueron lo primero que detectó. Los niños sin rostro chillaron de modo insano, inhumano. Al acto, cortaron la piel de sus antebrazos y la ofrecieron al poderoso y enorme verdugo de aura violeta, quien blandió su espada hacia ellos… y les cortó en dos, en silencioso tajo. Sin darle tiempo, el poderoso demonio se dirigió hacia Ryu, con los ojos ardiendo como brasas, en busca de robarle la vida…

… Y entonces despertó, agitado, tocándose, cerciorándose de que todo hubiese sido un sueño.

Pero no lo era del todo. Sus muñecas sangraban profusamente. Había cortes en su cuerpo. Sí había sido herido.

Se vio en la litera, sangrando. Y Morio estaba afuera de la misma, durmiendo. Fiel cual perro guardián.

Y sintió miedo. ¿Cómo alguien podría protegerlo en el mundo de los sueños?

CAPÍTULO 9

EL CLAN LEÓN.

Durante los días siguientes, Morio apenas y cruzó palabras con los demás. Taciturno y aún herido, su mente reflexionaba en lo visto y vivido en aquel Bosque.

“Ay de ti, león de Ikebaburo...”

¿Tan malo era darle asilo a ese Príncipe? ¿Por qué entonces había una carta dirigida a la esposa del Daimyo? ¿Por qué entonces ahora la culpa de su estadía recaía en sus poderosos hombros? En silencio, recogió flores blancas del camino y las armó en un enorme ramo de precioso acabado, atándolas con la misma expresión reflexiva. Sin dejar de cabalgar, se dirigió hacia la litera donde Ryu viajaba, callado, sin informar a nadie de sus sueños nocturnos ni de las heridas que le provocaban.

— ¡Ryu! ¡Eh, Ryu!

Al ver eso, todos, sin dejar de cabalgar, dirigieron la mirada hacia la litera, expectantes. ¿Acaso Morio iba a darle flores al Príncipe Libélula? ¡Aquello era funesto, descarado! Al asomarse, Ryu se ruborizó como doncella. Era ignorante del mundo, asocial por entero. Y aun así, el lenguaje de una flor era totalmente obvio para quien fuese. Morio entregó las flores al Príncipe.

- Quiero pedirte algo, Ryu. ¿Puedes llevar esto en tu litera? Son para mi madre, pero si las llevo conmigo, se estropearán.

Toda la tropa exhaló aliviada al oír aquello. Pero Ryu sintió de nuevo una saeta en el corazón. No eran para él. Desilusionado, fingió sonreír y accedió, llevando consigo un ramo de blancas flores para la madre del pelirrojo Capitán.

Dos días después, la compañía divisó la roca viva de la montaña León. Por fin asomó a sus ojos la soberbia capital del Clan León: Shishiyama. Un bastión de defensa empotrado en un acantilado tan rojo como la sangre de sus enemigos. A sus pies, los arrozales brotaban como una ola verde en primavera y dorada en otoño. Al sur, un exuberante bosque caducifolio asomaba sus oscuras ramas verdes dirigiéndose hacia el misterio de los clanes Lobo y Halcón.

Los rayos dorados del sol los recibieron, dorados y fríos, con los vientos intensos del otoño. Para los Leones de Hierro aquello fue una bendición. Tantos días nublados les habían hecho temer su olvido. Soberbia, la diosa Amaterasu apuntaba sus destellos cálidos hacia el Palacio Escarlata, dándole el brillo necesario para refulgir como una gota de sangre carmesí en medio de la roca.

Dos portentosos leones de roca custodiaban el enorme portón de la ciudad, que se abrió al sentir cerca a sus belicosos hijos predilectos.

Y un clamor popular recibió al grupo con los brazos abiertos.

“Bienvenidos, héroes de las tierras sombrías.
Bienvenido, ¡oh, héroe de Ikebakuro!”

Un clamor de gente recibió a los jóvenes samuráis, que con sorpresa entraron por su ciudad en calidad de héroes. Al parecer, se había corrido la voz sobre su valeroso combate en las Tierras Sombrías al lado del nuevo Shogun del Imperio, el general Yasakani. Una lluvia de papeles, pétalos y vítores los recibió. Sorprendido por el escándalo, Ryu asomó un poco sus ojos desde la litera para ver una multitud como jamás había visto en la vida. ¡Eran tantos, y se veían tan alegres y llenos de admiración! Hombres, mujeres, niños; pobres, ricos, jovencitas, ancianos… tanta gente vestida de colores cálidos alabando a un solo hombre: Morio. Su hermosa furia roja.

Y al frente de la comitiva, Morio parecía abandonar el comportamiento taciturno y retomaba su actitud egocéntrica, aceptando el amor y vítores de su gente, feliz de sentirse alabado y amado por su pueblo. Todo un joven héroe de leyenda. Todo un poderoso guerrero, una exaltación de la masculinidad hecha persona, Morio saludaba a todos con franca alegría y brusquedad. Era más que obvio que era un ejemplo para la juventud de su belicoso clan. Abrazando las flores, Ryu trató de sentir esa alegría como suya.

Ignoraban que, desde lo alto del palacio, alguien los miraba con profundo desdén, sumido en una sarta de venenosos pensamientos.

“Oh, por todos los dioses, míralo.
Fanfarrón, petulante, vanidoso… bah…
¡UN ESTÚPIDO INFLAMADO, ESO ES LO QUE ES!
Patético. “¡Oh, gran héroe de Ikebakuro, oh, sí, héroe de Ikebakuro!”
Una mierda, tu victoria ésa.
¿Qué trajiste de ella? ¿Un asqueroso oni grotesco que enjaulamos para diversión del clan y que apestó al morir? ¿Eso?
¿Y quién consiguió los fondos para tu ridícula demostración de macho? ¡YO!
¿A quién le importó mi logro? ¡A NADIE!
Y ahora tengo que presentarme ante ti, el Idiota Mayor, y mostrarte mis respetos. ¡No quiero! ¡No tengo por qué! ¡Tú no eres el heredero al trono!
Pero entonces veo las literas…. ¿qué clase de demonios trajiste ahora al clan, primito?
¡Esto tengo que averiguarlo!”

El palacio era enorme. Clavado en la roca, era como un rubí destellando en la roca viva. La larga escalinata de entrada constaba de 60 escalones de piedra caliza, en tanto que el portón de entrada, hecho totalmente de madera laqueada en tonos escarlata, ceñía una cuerda negra a modo de unión entre los puntos cardinales norte y sur. Pequeños leones de oro salvaguardaban los descansos entre cada diez

escalones y en la entrada hecha de oro macizo, un grupo de distinguidas personas esperaba al león, que bajó del caballo con aires de gran señor.

Por fin, la espera terminó. Los Leones de Hierro comparecían ante su señor, el gran león Hirozawa Shido; un hombre de 53 años. Un guerrero nato que había ganado el trono del clan a base de logros en la Guerra al lado de sus hoy generales. Un guerrero casado por contrato con una esposa enviada por el clan Grulla, con quien había engendrado dos hijos. Recio, de poca refinación y mucha belicosidad, el hombre veía en Morio al digno heredero del clan. Un macho predominante que definitivamente seguiría su legado como Jefe Guerrero. A su lado, la casta más importante del clan aguardaba. Los leones se plantaron marcialmente y en un sincronizado saludo, presentaron sus respetos al gran señor de los Leones, quien asintió complacido al ver descender del caballo a su sobrino preferido, quien se presentó.

- ¡SALVE, OH, GRAN SEÑOR SHIDO—SAMA! ¡SALVE, AZOTE DEL FUEGO, Y LÍDER DE NUESTRO CLAN! ¡Hoy vuelven tus hijos más amados, tras larga ausencia, trayendo consigo la victoria para nuestro clan, el haber peleado al lado del Gran Shogun del Imperio y la posibilidad de un nuevo lazo político! ¡Contemplad a un hombre que se creía perdido, señores león! ¡Traigo conmigo al heredero al trono del Clan Libélula, enviado por su padre a la Academia Asahina!

Al oír eso, todos los presentes se quedaron boquiabiertos. Era de todos sabido que Lord Katayama no había tenido hijos. ¿Qué clase de cosa traía Morio consigo? Grande fue la sorpresa de todos al ver a Tanehiro descender de la litera, escoltando consigo a un hombre joven, cubierto por ropajes gruesos y un sombrero que ocultaba su pálido rostro, llevando consigo un enorme ramo de flores blancas.

Poco antes de salir de la litera, Ryu estaba hecho un amasijo de nervios. No sabía qué iba a decir a los Lores León ni cómo iba a presentarse. La presencia de Tanehiro le calmaba un poco. El joven monje le acomodó el sombrero y le ayudó a sostener la vertical.

- Así. Muy bien, Majestad. Recuerde observar hacia arriba, no bajar la mirada y ofrecer flores a la señora Asakura. La reconocerá por su vestimenta. Es la mujer que irá tres personas a la derecha de nuestro señor.
- No sé si pueda reconocerlos. No sé siquiera si pueda ver con todo esto encima. ¿Y si mejor me quedo…?

Muy tarde. Morio ya le había anunciado y tuvo que salir, jalado por Tanehiro.

Lo primero que sintió fue una saeta en los ojos. Era la primera vez que el sol brillaba realmente y su rayo fulminó su mirada, acostumbrada a la eterna oscuridad. El deslumbramiento fue tal que dejó de enfocar. Todo se volvió borroso. Apoyado por Tanehiro, Ryu camino despacio, intentando verse majestuoso, sosteniendo las flores. Una entre sus manos se deslizaba. La tomó, y sin enfocar bien a quién, extendió la mano hacia arriba.

Sólo pudo oír un "ohhh" general al verlo. Morio le presentaba y él, cegado, no veía bien a quién se dirigía. Dirigió su flor hacia lo alto, como le habían indicado.

Ignoraba que, en uno de los balcones, una persona miraba la escena y a ella se dirigió la flor ofrecida.

Maravillada, la doncella se asomó, mirando hacia abajo.

- ¿Quiénes son ellos, Madre Obe?
- Los leones de Hierro. Su líder es el sobrino del daimyo, es el posible heredero de este clan, dado los incidentes sucedidos en días pasados con el Príncipe Senryo.
- El sobrino del daimyo…
- Susurró mirando al joven vestido de gris, cuyo rostro no pudo ver por el sombrero que cubría su mirada. Arrobada, sonrió melancólica mirando hacia abajo a toda la noble comitiva.

  Shido—sama, con esa recia descortesía que le caracterizaba, gruñó escueto antes de palmear el hombro de su mimado sobrino.

- Como siempre, llenas de honor y gloria al clan, hijo mío. Jamás me decepcionas. Acercaos un poco, joven Príncipe Libélula —Dijo, con cierto escepticismo ante el ostentoso grado de Ryu —. Permitidme ver al hijo de Lord Katayama.

Ryu estaba paralizado, sin saber qué hacer. Morio tomó las flores con cortesía y las ofreció a una elegante dama entrada en años.

- Para usted, Madre. Con todo mi amor.
- ¡Morio! Esto… sí que es una sorpresa. No eres precisamente un dechado de afectividad. ¿Qué te movió a este hermoso detalle?
- Inspiración, madre. Piense en ellas como el regalo de un corazón que ama devotamente.

Ahí estaba de nuevo. Ese tono. Ryu sintió directamente la frase hacia

él. Pero Morio no le miró, no delante de tantos distinguidos nobles. Ahora más nervioso, se retiró el sombrero de paja, descubriendo su pálida faz.

Ryu miró por vez primera en años a mucha gente, más de la que podía recordar. Lord Hirozawa era de tez bronceada, con los años encima y las cicatrices de batalla asomando a su vetusto rostro. Su cabello aún era negro y fuerte, coronado por una rala barba. Su estatura era apenas un poco más alta que la suya, pero imperaba respeto y majestad, ataviado en escarlata y con una pelliza de león sobre sus hombros. Realmente era un Líder Guerrero. Tras él, los padres de Morio escoltaban. Maravillado, Ryu vio por vez primera en muchos años a una mujer: Lady Asakura Miho, la madre de su amada Furia Roja. Una mujer espigada, de edad madura y aspecto refinado y enaltecido. Llevaba un alto y hermoso peinado y un kimono de tonos cálidos que la hacían brillar como el sol. Y al lado, el padre. Ryutaro. Un general con el mismo gesto hosco de Morio, pero que estaba harto de la guerra de tanto participar en ella. Ataviado de negro con detalles rojos, hacía un amplio contraste con su dorada esposa y su hijo en color escarlata. El señor León interrumpió la observación de Ryu.

- ¡Katayama—san! ¡Hijo de Katayama Ryunosuke! ¿Por qué no hemos sabido nada de usted en todos estos años?
- El señor de los leones es muy cortés por recibirme en su hogar. Humildemente le ofrezco mi presteza en responder a sus dudas. Fui… enviado a Asahina por mi padre. Él… dijo que ahí encontraría la disciplina que necesito…— Al decir eso, tragó saliva, al recordar el estado moribundo en que estaba cuando recibió esas palabras. Desollado, con la carne ingente y a punto de ser encerrado en aquel mortal ataúd con picos en su interior. Su mirada se tornó opaca al rememorarlo, pero al ver que estaba tardando en responder, intentó reponerse—. Yo… no tengo una buena relación con él. Él piensa que… Oh, lo siento. Quizás estoy diciendo más de lo debido…

Al notar eso, Morio corrió hacia Ryu para apoyarlo.

- Amado señor mío, el Príncipe ha pasado por una serie de dolorosos eventos que no creería si no los hubiera visto con mis propios ojos. Ha sufrido un fuerte trauma. Pero creo que podremos deciros todo con calma.

Shido sonrió al ver al pálido joven.

- Jm. No tiene modales refinados. No es como los Grulla. Tienes lo necesario para vivir entre leones, muchacho. Al menos a mi sobrino le agradas. Me dirás todo en la recepción. Morio, libera ya a tus hombres. Todos ellos se han ganado el descanso y la recompensa. ¡Leones de Hierro! – dijo retomando su papel como

líder, hablando hacia el regimiento, que aguardaba de pie sin pestañear bajo los rayos del sol – . Han peleado como valientes, vuelto a casa victoriosos y librado oscuras batallas contra terribles demonios. Se han ganado todo. ¡TRAEDLES SU DOTACIÓN!

Haciendo un ademán, el austero hombre hizo salir a un regimiento entero de samuráis, que llevaban en sus manos hermosas charolas de laca pulimentada, con una copiosa cantidad *koku* de oro; filigrana, vasijas de cerámica fina, hermosos abanicos de seda, dulces Higashi de la más exquisita manufactura con fragante aroma a flores y edictos de dotación de comida para sus familias. Un pequeño tesoro de amplia valía para cada uno. Sorprendidos, los jovencitos recibieron su espléndido premio, con la suspicaz idea de que tal generosidad de parte del daimyo era por la enorme predilección que profería a su capitán.

- Disfrutad este premio que os hago. Premio a la valentía, al honor, a la lealtad y la paciencia. Bienvenidos a su hogar, leones de Hierro. Id con vuestras familias. Disfrutad del tiempo, la comida y los amigos. Descansad, que lo habéis ganado. Y esta noche, pasad por la Casa de Té del Faisán Dorado. He ordenado que se os reciba como héroes. Todo vuestro consumo correrá por mi cuenta. ¡BIENVENIDOS!
- ¡LARGA VIDA A SHIDO – SAMA, SEÑOR DE LOS LEONES, AZOTE DEL FUEGO! ¡CON HONOR ACEPTAMOS VUESTRA GENEROSIDAD!

Rebosantes de felicidad, los Leones rompieron filas y partieron a sus casas, maravillados con el generoso premio que habían recibido de su señor. Y aunque Hideki dudaba de volver a su casa, la amabilidad de Yutaro le hizo saber que, si necesitaba pasar a una casa, la suya estaba abierta para recibirle.

- Mi señor, sois noble y generoso – Dijo Morio maravillado al ver la espléndida recompensa que cada uno de sus hombres había recibido.
- Nada que no se hayan ganado. Oímos maravillas de ustedes. Su batalla al lado de Yasakani ya es una leyenda. ¡Encendieron las antorchas de las Tierras Sombrías! ¡Justo como tu padre lo hizo hace 25 años!
- ¿Lo supieron? ¿Cómo?
- Ohhh, esa historia debes oírla en la recepción. Hemos preparado un banquete de bienvenida para ti, querido sobrino. ¡Peleaste al lado del Poderoso general Yasakani y trajiste contigo a un Príncipe! ¡Por eso eres mi favorito! Pero vengan, vengan, vamos al banquete. Morio, trae contigo al joven Libélula. ¿Cuál

es vuestro nombre?

- Ryu… Katayama Ryu, señor… —respondió nervioso y dócil, buscando el cobijo del enorme cuerpo de Morio.
- Katayama Ryu. Creo que tenemos mucho que hablar. Pero nada se dialoga con el estómago vacío. Acompáñenme.

Mientras Morio se repartía entre narrar a su tío y a sus padres su fantástica aventura en las Tierras Sombrías, Ryu les seguía, apocado, intimidado por la ominosa decoración del palacio León.
Era un sitio enorme, de techo alto y negro con gruesas columnas de color escarlata que parecían perderse en la negrura de su cielorraso. El oro asomaba modestamente en ciertas partes: estatuas de leones que sostenían una esfera entre sus patas, incrustaciones preciosas en algunas de las columnas, en delicadas filigranas y en las negras farolas de metal que pendían sobre sus cabezas. El piso era de madera roja de *sugi*, de hermoso aroma y fineza extraordinaria. Las paredes de aquel sitio eran delicadas, de papel. El palacio no era una fortaleza como tal: era la joya de la corona de la fortaleza que representaba a toda la ciudad. Ryu estaba maravillado con aquel sitio de estoica elegancia. No era como su palacio. No era un sitio negro y abandonado, padeciendo miseria y humedad. Aquí el sol reinaba y la guerra era el lenguaje. Al pasar por uno de los salones, el brillo del sol pegó en las delicadas paredes de papel, que se encendieron en un tono dorado que incluso asustó al joven, tan acostumbrado a vivir en la negrura. Buscó a su refugio con la mirada. Y lo halló resplandeciendo bajo la luz del sol, rojo como un rubí en medio de una marejada de luz dorada. Morio le tenía idiotizado. ¡Era tan bello!

Si aquello ya era suficiente para asombrarlo, entrar al fastuoso salón del banquete volvió a dejarlo de una pieza.

En su vida había visto algo tan iluminado y bello.

El amplio salón podía albergar sin problema a cerca de 80 personas, pero esta vez, la mesa se disponía para un grupo de a lo sumo 20. Sus paredes de madera policromada tenían espacios donde había hermosas pinturas de guerra, representando a guerreros legendarios del clan, al espíritu tutelar de la familia y, en el techo, escenas de hermosas flamas simulaban un incendio. En la mesa, un banquete exquisito ya comenzaba a servirse por parte de solícitos criados, que caminaban veloces, ataviados de negro. Tal aroma era completamente nuevo para Ryu, que miraba las viandas con total asombro. Tras él, Morio se dispuso, presentándolo.

- Nobles miembros de la Familia León… y anexos, quiero presentaros (excepto a ustedes dos), a una persona que ha vuelto de la muerte y escapado de un infierno para vivir la vida de los justos. El Príncipe Katayama Ryu, heredero al trono del Clan

Líbélula.

Dispuestos en la mesa, aguardaban los miembros más selectos de la familia Shishi – o. Y Ryu tragó saliva al verlos, repasando a cada uno conforme Morio hablaba. Cada uno le miraba con pesadez, escudriñándole a detalle. Y en ese orden fue conociéndoles:

El primero, ostentando el cargo mayor, era el ya conocido Hirozawa Shido, “El León Rampante”. Un hombre de poca paciencia, visión guerrera y profundos prejuicios. Dirigente recio, pero justo, cuyos años de servicio al clan habían traído una próspera guerra.

A su derecha, Asakura Ryutaro se sentaba, esperando. Él era el padre del joven héroe, ex comandante de los Leones de Hierro, quien había ganado su reputación cercenando cabezas en las Tierras Sombrías hacía 25 años al lado de un joven e inexperto Yasakani.

Lady Miho acompañaba a su esposo. Se notaba que era una importante dama de alcurnia, cuyas decisiones políticas le habían ganado el respeto en la manada. Su mirada lo decía todo. Era inteligente, capaz y analítica. Nada parecida a su bruto hijo.

A la izquierda del señor León se hallaba Fujiwara Toyotomi; “El León Caníbal”. Un terrible León de barba rojiza que había ganado fama de carnicero con sus enemigos y de implacable con sus alumnos. Le llamaban así debido al crudo invierno de hacía cinco años, en las Tierras Sombrías, donde se rumoraba que se había alimentado de la carne de sus enemigos agonizantes.

Frente a ellos, en el otro lado de la mesa, un grupo vestido de negro con los rostros cubiertos por máscaras de porcelana miraba en silencio al Príncipe. Eran “El Comité de los Cinco”. El *rojufu.* Un grupo de ancianos venerables que tomaban las decisiones más importantes y ayudaban al daimyo a ser ecuánime. Ellos vigilaban y revisaban que todo en el clan fuese llevado en el clima de mayor orden y corrección.

Yamashita Masami se sentaba a la derecha del Comité. “El León sonriente” era un importante magistrado, político y certero diplomático del clan. El único de la familia que ostentaba una enigmática y amable sonrisa, cuyo motivo nadie conocía.

A la Izquierda del Rojufu, un cetrino y enjuto general tenía la misma mirada pesada de casi todos. Era Iida Genzaburo, “El león de melena rala”. General de las divisiones en las tierras del Norte. Su hijo Ryuji era parte del regimiento de Morio. Y Ryu reconoció el parentesco por la mirada tan penetrante y llena de hostilidad que le dirigía, tan similar a la de su vástago.

Sin embargo, la discordia mayor no venía de él, sino del extremo izquierdo de la mesa, desde donde un par de hermosos y afilados ojos

le miraba con total reticencia. Era Tatsumiya Yagumo, “El León Negro”. Altivo, dominante, un apuesto señor nacido para mandar y ser obedecido. Un joven prodigio de la política, manchado únicamente por su devoción a…

… Hirozawa Senryo, el Heredero al Trono. La oveja negra, el escarnio del Clan. Un sodomita amanerado de disolutas costumbres y desvergüenza sin precedentes. Ebrio, fanfarrón, sexualmente adicto a los jóvenes apuestos. Su único freno era el altivo Tatsumiya, a quien decía amar locamente, lo cual le había valido el odio y desprecio absoluto de su padre.

La opípara comida se sirvió. Los comensales, arengados por su señor, celebraron el regreso a casa de su más grande héroe, quien les llenaba de orgullo. De las manos de Morio emergieron afiladas y gruesas garras que apresaron una pieza de carne frita, una carne roja que Ryu nunca había visto siquiera: puerco, el alimento preferido de ese clan belicoso y predador. Ryu miró la mesa y a todos sus integrantes. Correctos, pulcros y sumamente corteses con él. En verdad se sentía pez fuera del agua. Todo era demasiado luminoso para él: sobre todo, la miradilla del joven de kimono dorado y enorme abanico blanco le tenía incómodo.

- Sorprendente, Capitán –susurró— y… ¿todos poseen esa habilidad tan increíble?
- Y afilados colmillos –terció el padre de Morio—. Cada miembro de la familia los posee.
- Unos más y otros menos –dijo Morio lanzando la indirecta al afeminado joven del abanico, que iba a abrir la boca, pero su acompañante le hizo sutil seña de que no era el momento—. Pero sí, sí… somos leones al fin y al cabo.

Ryu comenzó a recordar los modales que hacía años le enseñara Norima. Eran recuerdos difusos de la etiqueta en la mesa, de cómo usar los palillos, de qué se comía primero y en qué orden. Torpe aún por tantos años, se veía nervioso, vigilado, sobre todo por el par de incómodos jóvenes que le miraban. Tatsumiya no dejaba de escudriñar con soberbia cada movimiento que hacía, mientras Senryo le comía lujuriosamente con los ojos, haciéndole discretas señas obscenas. La comida era un estresante intento de relajación que Ryu sentía como yugo, mientras Morio comía a su lado, sonriéndole de vez en vez. Esos gestos no pasaron desapercibidos para los dos rivales, quienes se morían de ganas de descubrir más sobre el origen de tan cariñoso trato. Al término del delicioso banquete fue que por fin se pudo hablar al respecto. Y el líder tomó la palabra, con voz de trueno:

- Bueno, hijo mío. Antes de exaltar tu fabulosa gesta en las Tierras Sombrías, queremos saber sobre tu extraño

acompañante. ¿Dónde le has conocido?

- En Asahina, mi señor. Decidimos tomar un descanso antes de venir ahí. El Príncipe fue enviado a entrenar ahí por su padre, el señor Katayama, de los Libélula.
- ¿Por qué no nos enteramos? —preguntó el pelirrojo Fujiwara—. ¡Una visita de esa índole debió ser notificada a nuestro señor!
- Fue lo mismo que nos preguntamos, Fujiwara—san. El General Nomura recibió esta caja de parte de los Libélula, que viene sellada y con indicaciones de que solo la señora Shinobu debía abrirla.

Diciendo eso, Morio sacó la tétrica caja con la repugnante efigie que recordaba al ciempiés que había drenado la vida de Ryu por tanto tiempo. La presencia de esa lúgubre caja, así como la mención del nombre de la ex esposa del daimyo causaron un rumor de desagrado entre todos los miembros de la mesa excepto en Senryo, quien abrió sus ojos maquillados al oír mencionar el nombre de su difunta madre.

- ¡Exijo abrir esa caja! ¡Si mi finada madre debía tenerla, yo soy quien debe recibirla y leerla!
- ¿Y quién dijo que tú debías hacer eso, Senryo? —interrumpió su padre.
- Padre, ¡soy el heredero al trono! Lo que venga con firma para ella, ¡seguro debe ser para mí! —respondió mirando con interés al pálido príncipe, aludiendo a que quizás, Ryu era un "regalo" para él.
- ¡Heredarás el trono sobre mi cadáver, literalmente! Morio, ¿qué clase de broma es esta?
- Ninguna, tío. Os juro que aquí mismo lo dice. ¡Está el nombre de la tía Shinobu! ¡Pero dentro sin duda vienen las especificaciones y el motivo del envío de Lord Katayama a nuestras tierras!
- Siendo así no tengo interés en saber nada al respecto. ¡Guardias, quemen esa repugnante caja con todo lo que venga en su interior!

Obedientes, los guardias ataviados de negro y rojo tomaron el objeto y delante de todos, le prendieron fuego en un brasero. Senryo no podía hacer otra cosa más que mirar cómo la caja se consumía en el fuego, y con ella, cualquier noticia o informe sobre la muerte de su amada madre. En silencio y anonadados, todos miraron la ejecución de la orden. Incluso Morio, tan visceral, tuvo que admitir que esa idea no era la más sensata. Ahora nunca sabrían qué decían las cartas ni por qué Ryu había sido enviado a ese sitio. Pero las órdenes del señor eran tajantes y nadie se atrevía a desafiarlas. Senryo terminó por ocultar sus lágrimas de rabia tras el abanico, mientras Tatsumiya intentaba

consolarle por debajo de la mesa, en vano. Ante el pesado e incómodo silencio que se generó, fue el mismo Daimyo quien desvió la conversación hacia otro lado.

- Muy aparte de esto, ya hemos sabido de tu fabulosa batalla en las Tierras Sombrías, hijo. ¡Eres un orgullo para el clan! – al oír eso, Senryo torció la boca francamente fastidiado, cubriéndose con su precioso abanico de seda dorada.
- ¡Fue apabullante, mi señor! ¡Una fabulosa ocasión de conocer, tratar y luchar al lado del General Yasakani! ¡Ese hombre es de hierro puro! Figúrese esto, tío: el general volvió de un exilio de diez años para retomar su sitio en la corte Imperial. ¿Saben lo que se dice? Que esa misma noche ejecutó a varios enemigos de Su Majestad Imperial, el Príncipe Satsume—sama. Y no sólo eso: reclutó a un grupo de personas especiales para su guardia personal. Su estadía en las Tierras Sombrías fue un recordatorio a los demonios de que el general había vuelto. ¡Encendimos las antorchas! El general pidió un hechicero. Y yo tengo al mejor de todos. Por ello, amablemente recomendé a Tanehiro. ¡Y ME HIZO CASO! Tanehiro, que se las sabe de todas—todas, replicó el hechizo "Fuego de Luz" o algo así. Y guiados por el general, los Leones de Hierro abrimos paso a su comitiva para llegar hasta la zona de las antorchas apagadas y con un tiro certero de arco, lanzar el fuego hacia el cielo y encenderlas. ¡Debió verlo, tío! ¡Los demonios explotaron, dejando peste y pus a su alrededor! ¡Fue una batalla que volvería a vivir! ¡SOY TAN FELIZ, ES MI HÉROE!

Mientras hablaba, Senryo desesperaba más y más, sintiendo que la portentosa voz de Morio taladraba sus refinados oídos. Hastiado, hacía chocar sus afiladas uñas pintadas de rojo contra la fina madera de la mesa. Pero no sólo él estaba cansado de oír tal demostración de admiración. Ryu sentía franca rabia y antipatía por ese General. ¿Por qué Morio dedicaba tanto tiempo a hablar de él de modo tan lleno de adoración? ¡Morio era suyo! Y se detuvo al pensar si lo que sentía no eran los llamados "celos".

Una fugaz mirada a Senryo le hizo entender que estaba celoso de la devoción con que Morio hablaba del General. Y al ver al Príncipe hastiado, le dedicó una sonrisa, que fue interceptada por el altivo León Negro, quien notó el flirteo del Libélula y le devolvió a cambio una mirada cargada de displicencia tal, que Ryu se apocó y decidió darse vuelta, enteramente cohibido. Harto de la palabrería de Morio, Yagumo interrumpió con soberbia.

- Sí, sí; todo eso ya nos lo narró. En concreto a MÍ. Como amigo "personal e íntimo" del general Yasakani, debo decir que tuve el honor de recibirlo en mi casa hace unos días y fue un placer disfrutar de su compañía… ¡Oh, pero claro! Tú sólo estabas… ¿dónde? ¿en las filas de atrás?

La interrupción hizo voltear a Morio, lleno de rabia.

- ¡Infundios, Lagartija! ¡Sólo sabes interrumpir de modo maleducado mi relato! ¡Tú no estuviste ahí bajo su mando!
- No. Yo estuve AQUÍ platicando de nuestra amistad. Obviamente no pones atención.
- ¡Repito, mentiras e infundios! Él está en las Tierras Sombrías…
- Hijo, tu primo no miente —terció su padre—. En verdad, el General Yasakani estuvo aquí y pasó algunos días con nosotros, hablando con la familia. Incluso preguntó por ti.
- No con muy buen tono, debo decir. Creo que ni siquiera se acordaba de tu nombre. Sólo preguntó poco, de reojo. Porque, por si no lo sabes, quienes fungieron como sus anfitriones jóvenes dentro del clan fuimos dos: tu amable servidor y TU HERMANA.
- ¡JÓDETE, LAGARTIJA! ¡Ni quién te crea!
- Y por eso es que Yasakani no te recuerda. ¡Eres tan patético! ¡Dioses, hasta das vergüenza!

Aquello fue el acabose.

Morio no era nada diplomático y oír eso fue suficiente para su escasa paciencia. Se arrojó a los golpes contra Tatsumiya. De inmediato, tanto los padres de Morio como el daimyo trataron de poner orden en esa sala, mientras los demás comenzaban a abandonar el recinto. Aquel pleito llevaba años y no era sensato quedarse a intervenir en riñas familiares.

Ryu vio en eso su pie de salida, la oportunidad de zafarse del protocolo. Discretamente, se deslizó fuera del recinto, tratando de recuperar el aire por todo lo vivido. Estaba demasiado nervioso, estresado y celoso. Tenía que poner en orden sus ideas y sentimientos.

Ya más en calma, se dedicó a admirar de nuevo el amplio salón de entrada, lleno de columnas. Algo llamaba su atención poderosamente: los exteriores, desde donde la luz del sol brillaba dorada. Jamás había visto un día soleado. Esta era la primera vez. Se atrevió a desafiar a sus ojos, eternamente sumidos en la negrura, para darles la oportunidad de conocer el sol.

Salió, pues, a los jardines. Todo era nuevo para él. Le sorprendió mirar un hermoso piso de arena y rocas, donde, deliberadamente, se hallaban montículos de poderosas rocas afiladas, simulando islas en el

amplio mar. Rodeándoles, los árboles de tonalidades rojas enmarcaban el mar de arena, creando una barrera entre éste y un cuidado estanque de agua cristalina poco profunda donde nadaban peces del mismo color que tanto predominaba el clan. Fascinado, se asomó como un animalito, palpó las cortezas de los árboles y se descalzó para internar sus pies en el agua fría. El sol asomó de su escondite tras una oportuna nube. Ryu miró hacia arriba, sintiendo de nuevo la herida de la luz en sus ojos, pero se abstuvo de cubrirlos con su mano. Deseaba conocer a la Diosa del Sol y ofrecerle su amistad. Como entendiéndole, el sol asomó de entre las nubes, acariciando con sus rayos la maltratada piel del príncipe. Descansado y relajado, con los pies en el agua, se atrevió a abrir sus ropajes, exhibiendo su magro pecho, donde reposaban las agujas que Morio insertara en él poco antes de llegar a la ciudad. Un fugaz encuentro erótico que había dejado a ambos con ganas de más.

Aquella sensación era tan relajante. Ryu se dejó llevar por el agua, el viento y las caricias del sol, tocando su cuerpo, las agujas le recordaban la sádica fuerza de Morio.

Y una vibrante voz le sacó de sus cavilaciones.

- ¿Y qué clase de ente trajo de sus viajes el famoso “Héroe de Ikebakuro”?

Ahí estaba de nuevo. El Niño Terrible del Clan. El hermoso León Sodomita. Viéndolo bien, era muy apuesto, pero sus ademanes y el tono de voz que usaba resultaban chocantes. Vestía de amarillo y dorado, deslumbrante y fastuoso, con un amplio kimono como de princesa, bordado en escarlata. Llevaba la mitad del torso al descubierto de modo descarado y exhibicionista, dejando caer la manga derecha en su cintura. Una mano enarbolaba un hermoso *tessen* de seda y hierro, mientras la otra afilaba sus rojas garras en la corteza de un árbol. Ryu supo que tenía ante sí a un peligroso oponente. Una belleza extravagante con garras y colmillos, cuyo pesado abanico no era un ornamento… era un arma.

- Noté tu mirada en el banquete… ¿quién eres? ¿Por qué acompañas al idiota de Morio?
- K—Katayama Ryu. Soy el hijo del Daimyo del Clan Libélula… ya me… habían presentado en el banquete…
- ¡Oh, un noble, el hijo de un daimyo! ¡Justo como yo! Eso nos hace colegas, ¿no crees, Ryu—chan?
- ¿Cómo dijo?
- Ryu—chan. ¿Te molesta acaso que te diga así?
- Nadie en la vida me había llamado de ese modo, señor… Yo… soy poco diplomático y no sé mucho de protocolos, pero… ¿esta cercanía es correcta? —preguntó al ver que Senryo se acercaba a

él de modo invasivo y peligroso.

- Vamos, no seas modesto conmigo. Ya te lo dije. Noté tu mirada en el banquete. Seguro podemos hacernos buenos amigos y conocernos mejor de modo íntimo, ¿no crees, Ryu—chan?

Diciendo eso, y sin recato alguno, Senryo comenzó a tocar descaradamente el cuerpo de Ryu, quien estaba hecho una mezcla de duda y miedo al no saber si su poca resistencia podría soportar el toque de Senryo sin acabar accediendo a sus peticiones. Y es que todos los escenarios que imaginaba, terminaban con Senryo muerto o por lo menos lisiado de por vida. Y lo último que quería era un problema en este nuevo clan.

Por su parte, Senryo interpretó el gesto de Ryu como una invitación a seguir. Y con mano veloz, descendió por el magro cuerpo del Libélula, besando el cuello, sus mejillas. Ryu tenía poca resistencia a tales roces. Su cuerpo reaccionaba de inmediato y su mirada se perdió, comenzando a gemir. Mordió su labio para no hacerlo. No debía mostrar disposición ni debilidad. Él pertenecía a Morio. A Senryo le encantó ese gesto del pálido Príncipe y aumentó su intensidad, rozando la piel, abriendo la ropa. Ryu intentó cubrirse. ¡Senryo no debía ver las marcas de su cuerpo! Pero el ladino León ya estaba lamiendo sus pectorales. Y al hacerlo, fue que las vio.

- Vaya, vaya… ¿qué tenemos aquí, Ryu—chan? ¿Algo de placer y dolor? ¿Quién te las puso? ¿Morio? Vamos, dime…

Diciendo eso, comenzó a jalarlas. Al sentir el tirón, Ryu comenzó a perder la cabeza. ¡Era delicioso, era un toque totalmente erótico, sin dolor real! Tan nuevo y distinto a lo vivido. Jadeando, intentó apartar a Senryo para no terminar rompiéndole el cuello. Y fue en eso que la potente voz de Morio interrumpió.

- ¡NO SEAS ANIMAL, SENRYO, QUITA TUS MANOS DEL INVITADO!
- ¡Ajá, el León de Fuego llega por su sumiso! ¡Más respeto para el hijo de tu señor! ¡Sólo me presentaba ante nuestro huésped!
- Y tenías que hacerlo con tu vulgaridad habitual y tu repugnante tendencia… ¿no te avergüenzas de ser lo que eres? ¡Mierda asquerosa!
- ¡Ay, por favor! ¿Y me lo dices tú, cariño? ¿Qué acaso no serás como yo, pero lo ocultas?
- ¡NO, NO LO SOY! ¡Y mejor ve a atender a tu imbécil amante, porque lo dejé como se merece!
- ¡Si tocaste UN SOLO CABELLO de Yagumo, te juro que…!
- No, no le toqué uno, ¡le arranqué varios! ¿Qué piensas hacer? ¡NADA, NO HARÁS NADA PORQUE NO PUEDES AMENAZARME! ¡Hale, lárgate y no te metas con el invitado,

¡Fuera de aquí!

Senryo sintió esas altaneras palabras como una bofetada. Era verdad. Por mucho que lo insultara, no podía hacerle nada. Morio tenía la total preferencia del daimyo y cualquier cosa que hiciera, terminaría en su contra. Impotente y lleno de rabia, se alejó, preocupado por Yagumo al oír que esa bestia lo había lastimado. Una vez a solas, Morio se dirigió a Ryu con poca paciencia.

- ¡En tu maldita vida vuelvas a dejar que ese bastardo te toque, Katayama! ¿Por qué no lo detuviste?
- Capitán… soy un extraño aquí. ¿Qué podía hacer que no fuera mal visto? Mis conocimientos de etiqueta no contemplaban un acoso como ése…

Morio no sabía cómo reaccionar. Estaba molesto, furioso con Senryo. Y no alcanzaba a atinar si era la típica rabia de odio que sentía por él o si el hecho de verlo tocando a Ryu lo había puesto en ese pésimo estado. Silencioso, desvió la mirada hacia el estanque, sin responder a Ryu, que notó sus gestos y los comparó con los suyos mientras Morio hablaba de Yasakani. Y pensó, con cierto grado de esperanza, que tal vez el imbatible capitán había sentido celos. Tratando de averiguarlo, acarició devoto las manos de su amo.

- Me disculpo, capitán. En verdad. A modo de defensa, diré que pude zafarme, pero todos los escenarios a contemplar acababan con él muerto en el piso. O lisiado de por vida.
- ¡Ja! Pues lo hubieras hecho, hombre. Nadie aquí ama a ese disoluto. Mi tío le soporta por ser el heredero al trono, pero nada más. ¿Quién podría querer a un enfermo como ése? Te recomiendo que no lo dejes acercarse a ti. Si te detuviste por educación, él no lo hará. Y será más y más necio cada vez. Volvamos. Mi tío desea hablar contigo.
- Capitán… castígame.

Eso era todo.
Morio necesitaba oír esa súplica por parte de su Príncipe. Ryu acariciaba su mano, sumiso, devoto, suplicando el castigo. Morio miró a sus ojos. Y ambas miradas chocaron sintiendo estragos mutuos. Ya no quedaba duda de nada. Se atraían. Ryu lo había aceptado desde hacía mucho. Pero para Morio era una cuestión de principios, orgullo, estatus y, sobre todo, terror a tocar. Ryu había eliminado todos esos miedos. Le incitaba a tocar, a besar, a rozar las pieles sin temor. Y Morio se había dejado llevar, sintiendo liberación. Las palabras de Senryo le llegaron entonces como una saeta: “¿Acaso no serás como yo, pero lo ocultas?”.

Y lo último que quería era ser como él. Lo odiaba.

Su respuesta a Ryu fue una bofetada de revés que le tumbó al cuidado pasto. Le miró, sintiendo una mezcla de rabia consigo mismo, vergüenza por desquitarse con él y ganas de golpearlo más para saciar ese morbo que sentía. Pero sólo se volteó.

- Considera esto un adelanto. Ya te castigaré como mereces, maldito perro. Voy a denunciar a mi tío lo que hizo su hijo.

Morio se alejó, sintiendo confusión, dudas y, sobre todo, una creciente excitación. Miró hacia atrás. Ryu se había quedado en el jardín, limpiando la herida. Tragó saliva al verlo. Y apretó los puños, preguntándose a sí mismo qué le pasaba. “Estoy tan feliz a su lado. Cuando lo toco, todo el miedo a la oscuridad desaparece y soy libre para sentir. Él me acepta así de bruto como soy… ¿Acaso es que el idiota de Senryo tiene razón?”.

Negándose la respuesta, se dirigió en busca de su familia.

Entre las columnas rojas, Ryu, confundido, excitado y lamiendo la sangre de sus heridas, distinguió una figurilla pequeña, frágil y pesadamente vestida. Más kimono que persona. Y un cabello más largo que ella. Una persona de ojos oscuros y carita de muñeca de porcelana le miraba de lejos. Tratando de parecer amable, Ryu saludó con una cortés reverencia a la joven, que se escondió, profundamente impresionada por la belleza del pálido joven Libélula, quien todavía echó una mirada hacia ella antes de seguir al Capitán Escarlata.

En otro de los salones, una joven de aspecto recio y ceñudo intentaba concentrar sus esfuerzos en una caligrafía que simplemente no quedaba de modo óptimo. La joven era la viva encarnación de Morio si éste fuera mujer. Cuando por fin su cuerpo recibió la concentración necesaria para hacer el trazo, el León Rojo entró como bestia, irrumpiendo en el solemne recinto, vociferando y tratando de sacudirla por los hombros. Para su sorpresa, la fiera joven esquivó sus ataques y comenzó a pelear con él de modo grácil. Mientras luchaban de modo impresionante, discutían.

- ¡DIME QUE TE PREÑÓ!
- Maldita, sea, ¿SIGUES VIVO?
- ¡DIME QUE TE PREÑÓ!
- ¡VETE A LA MIERDA! ¡NO SÉ DE QUÉ HABLAS!
- ¡No te hagas la mustia! ¡Yasakani! ¡Hablo de Yasakani—sama! ¡DIME QUE PREÑÓ!
- ¡Preñar tu culo, imbécil, no soy animal! ¡Y NO! ¡El general Yasakani es todo un caballero, no es un animal idiota como tú!

- ¿NO? ¡Carajo, Asayi, estamos confiando en ti la descendencia del clan y me sales con esto! ¡No me ofrecí yo porque no me puedo embarazar, pero tú que sí puedes TENÍAS el sacrosanto deber de dejarle darte duro contra el muro para hacerte un hijo! O un queso. ¡Lo que saliera mejor!
- ¡Queso tienes atorado en tu jodida entrepierna, animal! ¡Si tanto te gusta el general te hubieras ofrecido tú en las Tierras Sombrías! ¡A mí no me metas en tus fanatismos enfermos! ¡Y ahora lárgate, que tengo cosas que hacer!
- ¿Qué cosas? ¡Esa caligrafía es más fea que el culo de un burro!
- ¡Me inspiré en el tuyo, por eso quedó así de asquerosa! ¡LÁRGATE, HE DICHO! ¡MADRE!
- ¡Ohhhh, carajo! ¡Uno vuelve de las Tierras Sombrías y así lo reciben!
- ¡Huy, perdón, señorito delicado! ¿Por qué volviste? ¡Te hubieras muerto allá, con glorias, y honor, y fuego… ¡y yo hubiera sido muy feliz! ¡la—la—la! ¿Lo ves? ¡FELIZ!
- ¿Pero qué escándalo traen ahora, niños? —dijo Lady Miho, entrando y viendo que sus hijos luchaban como demonios—. Pero por todos los Dioses, ¿Por qué no pueden llevarse como hermanos?
- Pero madre, ¡justo eso hacemos! Indigno sería de mi parte abrazarla y decirle: "¡Oh, Asayi, hermana mía! He vuelto de mi viaje y traje esta hermosa peineta de hueso y oro para ti". —Diciendo esto, lanzó un golpe, sacando de entre sus ropas el precioso y afilado adorno; una preciosa joya que servía como ornamento y arma, mismo que arrojó a su hermana—. ¡No! ¡Tales cosas las hace un Grulla maricón! ¡Yo soy un león y la saludo como amerita!
- ¡Y yo le respondo el saludo como amerita, madre, al estilo León! ¡Mira! —Respondió rápidamente Asayi, tomando la peineta y atacando con ella a su hermano.
- ¡AYY! ¡TE TRAIGO UN REGALO Y ASÍ ME LO AGRADECES!
- ¡Niños, por favor!
- Indigno sería de mi parte actuar como una doncellita grulla y decir: "Gracias, hermano. Te extrañé mucho y me alegra volver a verte". Una pelea es más efectiva y muestra más cariño sincero.
- ¡Simplemente no puedo con ustedes! Morio, ¿dónde está el Príncipe Libélula?
- Ah, pues aquí conmi… Ah, caray, ¡lo traía detrás! ¡Se me perdió! ¡Y si lo agarra Senryo se lo va a coger!
- ¡MORIO, LENGUAJE!
- ¡No hay otro modo de definir la putería de Senryo, mamá!

- ¡MORIO!
- Ahí sí tiene razón, madre. Espera… ¿Trajiste un “Príncipe Libélula”? ¡Cretino! ¡No hay heredero en ese clan!
- Huy, pues cuando lo veas se te va a caer el fundoshi al piso, porque es real y muy tangible. Ven, que te llevo a que lo conozcas…

El intercambio de miradas entre la pequeña doncella y Ryu había sido un choque sustancial. Él le había sonreído. Y ella se había llevado esa sonrisa en su corazón, dulce e ilusionada. Le habían dicho que él era el capitán Asakura de los Leones. ¡Lo imaginaba tan distinto! Ryu, por su parte, ignoraba quién era esa jovencita, pero le había dedicado una mirada como le hubiera gustado recibirla en algún momento de la vida. Sus pensamientos sobre ella se disiparon cuando Morio llegó con una joven muy parecida a él.

- ¡Ah, ahí está! ¡Eh, Ryu! Ven, ¡quiero que conozcas a mi hermana!

Ryu se sorprendió al ver a una réplica de Morio en versión mujer. Asakura Asayi, el prodigio de los felinos. Una joven con todo el potencial bélico y diplomático a quien su padre le prohibió terminantemente ir a la guerra, motivo por el cual ella vivía eternamente resentida, al ver que su hermano menor iba y venía de campañas bélicas mientras ella aprendía política, corte y economía. Asayi y Morio eran mellizos. Dos leones nacidos el mismo día, con minutos de diferencia. Y eso los volvía tan parecidos como distintos. Morio era un animal sediento de sangre y muerte; Asayi era una fiera sagaz y astuta; Morio estaba hecho para el campo de batalla, Asayi para la política. No obstante, Morio siempre pasó sus conocimientos de esgrima a su hermana en secreto, y pese a la reticencia de su padre, le presentó al joven que era su esposo: el atractivo y fiero Ranmaru.

Para Ryu ya era algo que mareaba. Ese día había visto a demasiada gente distinta y no sabía si podría recordar a todos. Una más, era el colmo. Sin embargo, no podía negarse y tuvo que acercarse una vez más a repetir su nombre y el motivo de su estadía en el Clan León. Asayi lo miró fijamente, fascinada con su aspecto y con el modo en que Morio tenía un peculiar lenguaje corporal con él.

Lo cuidaba.

Era inaudito en él, tan egoísta, tan animal. Y, sin embargo, cuidaba del joven Gris, que le recordaba un gatito.

Asayi les mostró partes del Palacio, al par que les hablaba de su experiencia como embajadora del General Yasakani. Ryu no dejaba de

verla. Era tan distinta a todo lo conocido. Era como Morio pero con sensatez. Ella ofreció al Príncipe una habitación en su casa: una hermosa mansión enclavada en la roca saliente, como casi todo en la ciudad. Morio llevaba a su joven protegido directo a su casa, donde se quedaría a pernoctar.

Entretanto, el Comité de los Cinco y los nobles león se habían reunido de nuevo para debatir acerca de la extraña presencia de aquel príncipe de extraños ojos verdes. Había dudas, elucubraciones y teorías locas y conspiratorias. ¿Quién era él? Todo mundo sabía que Katayama no había tenido hijos. ¿Por qué, de la nada, aparecía un supuesto heredero al clan? Algunos sostenían que Ryu era un demonio pálido bajado de la luna; otros, que era un impostor y vividor dispuesto a inventarse un aspecto prodigioso con tal de obtener poder y fortuna. Shido—sama comenzaba a lamentar su arrebato de haber quemado aquella diabólica caja negra. Ahora no se sabía quién era. Y sobre todo, se ignoraba por qué Morio le estaba protegiendo de modo tan obseso.

La única manera de saber la verdad era llamar al joven Libélula a comparecer y que él mismo contara su historia.

Pero ya era tarde y hacerlo sería cansado para los recién llegados. Así que el señor Shido dispuso que mandaría llamar al Príncipe al siguiente día. Esa noche les dejó descansar y celebrar.

CAPÍTULO 10
LOS LEONES DE HIERRO

La Taberna del Faisán Dorado se hallaba a reventar, llena de aquellos belicosos jóvenes que celebraban su regreso con todo pagado por el mismísimo señor Daimyo del Clan. Era una opípara fiesta de alcohol, comida y alegría, llena de sus habituales desmanes.

Como buenos sibaritas, los mocosos bebían y celebraban entre cánticos de ebrios:

"Te duele la cabeza y te encuentras fatal
¡a la resaca se le vence volviendo a empezar!"

Y Morio hizo su entrada triunfal acompañado por el aciago Príncipe.

- ¡YA LLEGÓ SU CAPITÁN, CABRONES! ¡A ver, hagan a un lado sus culos, que vine con compañía! ¡Ay de aquel que diga algo! ¡Ora, pásale, Ryu, siéntate y bébele! ¡Pero bébele bien, no mamadas de noblecito!
- Gracias, Capitán… pero quizás no sea el mejor sitio para mí… esto es muy ruidoso…
- Capi… ¿Y Ranmaru?
- No contamos con él. Le dije que viniera con Asayi, pero dijeron que preferían ir a dar una de esas vueltas de enamorados. ¡Pff! ¡Ñoños!
- Ay, Capitán, no los juzgue, cuando se case, ya verá que hará lo mismo.
- ¡N'OMBRE, YO NO ME CASO NI A PATADAS! ¡CON NADIE! ¡Consagré mi vida a la guerra… y al General Yasakani! Por cierto, ¿Supieron que el bastardete de la Lagartija lo recibió?
- Sí. Y resulta que sí es su amigo íntimo y personal, capi —espetó Ryuji, el hijo del León de Melena Rala.
- ¡NO, NO! ¡NO ME VENGAS CON ESO, RYUJI! —Diciendo eso, Morio tomó un trago de sake y se lo empinó de golpe—. ¡Debe ser mentira!
- No. Es real. Mi padre me lo comentó hoy. Y también me comentó de la paliza que usted le puso esta tarde…
- ¡A FUERZAS! ¡POR ESO SOY EL LEÓN DE FUEGO, SEÑORES! ¡ME RESPETAN A TODOS NIVELES! ¡Esa atizadita fue para que vaya sabiendo quién manda, estúpido lagartijo altanero desviado!
- … Pero sí es amigo íntimo y personal del General. Incluso le regaló una hermosa yukata bordada en oro, regalo del mismísimo hijo del Sol, el Príncipe heredero, Lord Daidoji Izanagi Satsume—sama, gloria y luz del Imperio…

- ¡CHINGÁ, QUE NOOOO! ¡NO LE DIO NADA! ¡Asayi me dijo que … bueno, me dijo…!
- … que le dieron asilo en su casa y que, en efecto, el General tiene en altísima estima a Yagumo – dono…
- ¡Ay, sí, "Yagumo – dono"! ¿De cuándo acá tanto respeto?
- Es el Protocolo, Capi…
- "Proto – culo", dirás. ¡Ese afeminado es una lacra en el clan! ¡Si nada más le veo las intenciones de estar lamiéndole las inexistentes bolas al marica de mi primo, para ver qué puesto alto le dejan! ¡Es un vividor!
- Prefiero no meterme en esos terrenos, Capitán…

Y en verdad, lo mejor era no meterse. Senryo y Yagumo, pese a su denostada y pública relación, tenían en la corte un amplio espectro de miedo y respeto. El Comité de los Cinco no aprobaba en absoluto sus maneras, pero debían admitir que el desempeño político del ambicioso Yagumo era perfecto, limpio, inmaculado. Mientras que Senryo llevaba un historial de finanzas tan exacto, que el clan no poseía una sola deuda, sino que poseía deudores en los clanes Oso y Halcón. Tales hechos molestaban al daimyo, que se sentía atado de manos para simplemente echarlo del clan o deshacerse de él.

Y tal prodigio había sido obra de la paciente labor de enamoramiento, manipulación y seducción de Yagumo, quien se había ganado el corazón del caprichoso Príncipe, a grado de demostrarle sus portentosas habilidades bélicas y contables.

En sus aposentos, Senryo cuidaba de él, pasando trapos con agua y hierbas por el terrible moretón que el bruto león le había dejado.

- Mira nada más cómo te dejó ese animal, ¡es un idiota, lo odio!
- No esperaba menos del "León Imbécil", mi señor. Su único alegato es la violencia. Pero me alegra. Pago el precio por la cara que puso cuando supo que Yasakani es, en verdad, mi amigo "íntimo y personal".
- ¡Jm! ¡Odio que siempre enfatices eso! "¡Mi amigo 'íntimo y personal'!" "¡Mi amigo 'íntimo y personal'!" ¿No te cansas de decirlo?
- No fue fácil ganarse la confianza y cariño de alguien tan reticente, poderoso y antisocial como Kotaro, mi señor. Temo decir que, en efecto, me llena de solaz y regocijo decir que soy de las pocas personas en el Imperio que puede ostentar con presunción y orgullo tal honor.
- Pfff. Tú lo has dicho. Presuntuoso. Quítate la yukata. Debo ver si te hizo daño en el cuerpo.

En ese momento, una sombra discreta hizo su aparición en la habitación. Un fugaz y certero sirviente al entero servicio de Tatsumiya. Miyazaka Kojiro. Un joven mayor a Tatsumiya, de negros cabellos y aspecto fugaz, huidizo. Una sombra discreta con auténtico entrenamiento ninja, que servía a Tatsumiya con devota lealtad, pese a que éste le consideraba un amigo.

- Dime algo bueno…
- Nuestro señor Shido—sama se ha reunido con los nobles ahora mismo, Lord Tatsumiya. Están pensando llamar al joven señor Libélula. El capitán Asakura está con Katayama—dono en la Posada del Faisán Dorado, celebrando su triunfo. Y por lo que he visto, sus hombres no le tienen afecto. Temen que haya entre ellos… algo muy intrínseco, si sabe a qué me refiero.
- ¡Lo sabía, lo sabía! —terció Senryo con los ojos brillando maliciosos—. ¡Sabía que ese príncipe es homosexual y ha seducido al idiota de Morio!
- Deducción demasiado temprana, mi señor. Un juicio falaz basado en la suposición.
- ¡Ninguna suposición! ¡Mi treta hizo efecto! Es simple: Morio se puso celoso y actuó como siempre lo hace, ¡a golpes! ¿qué más hay que decir?
- Aquí hay más de lo que el ojo ve, mi señor Senryo. ¿Qué más oíste, Kojiro?
- Algo de un criminal, señor. Al parecer, alguien atacó al príncipe en la Academia Asahina. El presunto violador está amortajado en los basamentos de palacio.
- Entiendo. Puedes retirarte. Ve a descansar, por favor.

Tal como llegó, Miyazawa se esfumó entre las sombras.

- ¡Quiero saber cómo hace eso! ¿Cómo lo logra?
- Con un extenuante entrenamiento secreto que no revela a nadie y que no tenemos derecho a indagar. Tenemos que averiguar qué clase de persona o criatura es ese príncipe Katayama. Si el daimyo no tuvo hijos, ¿quién es este tipo pálido que lleva su apellido?
- Yo qué sé. Tal vez le dio por adoptar a uno que fuera homosexual o algo así, ¿eso qué importa? Lo relevante es que debemos probar que es amante del imbécil de Morio. Si hacemos eso…
- Todo a su tiempo, mi señor. Primero debo saber por qué de repente aparece un hijo del clan del Norte, que llevaba años aislado de las demás familias. Katayama no mantiene contacto con ninguno de los clanes vecinos. ¿Qué lo movió a exhibir a un supuesto hijo?

- Pues ya ves que hubo una reunión sobre eso justo hoy; pero obviamente, no fuimos invitados. Ya sabes cómo se pone el viejo cuando asisto a sus reuniones de ancianos apolillados, ¡Pfff!
- Tal vez es porque sigue enfadado por lo sucedido durante la visita del General Yasakani…
- ¿Tu "*amigo íntimo y personal*"? ¡Pfff! ¿el mismo que me cruzó la cara de una bofetada por decir lo que pienso?
- ¡No empecemos de nuevo con eso! ¡Os dije que es el shogún del imperio y que no debíais hablarle así!
- ¡Pero él es odioso! ¡Sólo porque me hice buen amigo de su mano derecha!
- ¡Él os llamó "Senryo—chan" delante de su General! ¡No es posible usar esos motes de confianza en tales situaciones!
- ¡YO LE DI PERMISO! ¡Lo que pasa es que "*tu amigo*" estaba celoso porque está enamorado de Kamui—chan y no le gustó que yo me ganara su confianza y otras cosas!
- ¡Finito! ¡No hablaré más del tema! ¡Todo lo resolvéis con ese galimatías de argumento!
- Galimatu… ¡Eso! ¡Ya verás que tengo razón! ¡Mañana iremos a ver a ese tipo en los basamentos!

La Fiesta en el Faisán Dorado seguía. Ryu no estaba acostumbrado a nada de eso. Todo le parecía escandaloso, demasiado lleno de olores, gente y luz. Morio aprovechó que estaba casi todo su regimiento reunido para hablar con ellos, al par que se vaciaba botellas enteras de sake en unos cuantos tragos.

- Cabrones… ya les hablé del Príncipe Katayama. Saluda, Ryu —Morio tomó la frágil mano de Ryu y la movió imitando un saludo—. Eso, muy bien, mueve la manita. Pero tú no conoces a mis poderosos Leones de Hierro. Creo que es el mejor momento para que se conozcan. Sería muy útil, ¿no creen?
- Ehh, bueno…
- Suponemos que sí, Capi…
- ¡Usted siempre sabe, Capitán!
- ¡Hecho, pues! Te diré, Ryu, que como admiro completamente al General Yasakani…
- ¡Eso ya lo sabemos, Cap!
- ¡Hemos llegado a pensar que quiere que le haga un hijo!
- ¡Deja de recordarme mi problema físico, carajo! —Dijo haciendo una falsa voz de drama, arrojando una botella vacía al bromista, que golpeó certera en su cabeza—. ¡No me recuerdes que no puedo! En fin… decía. Como admiro la labor bélica de Yasakani, basé la estructura de mi regimiento en el esquema del

Mon de Guerra Furinkazan, que aprendió del gran estratega Takeda Shingen, y que usó hace años en el Regimiento Grulla, "Las Espadas de Cristal", dividiendo a su grupo en pequeñas unidades expertas en ciertas características. De ese modo, "Los Leones de Hierro" se subdivide a su vez en cuatro pequeñas unidades, compuesta por auténticos expertos en el tema: Fuego, Viento, Bosque y Montaña. Eso nos hace letales: rápidos como el viento, silenciosos como el bosque; rudos y devastadores como el fuego, inamovibles como la Montaña. El Fuego es la avanzada. Te los presentaré primero.

Diciendo eso, señalo a primero al chiquillo de cabellos negros y ojos oscuros cual carbón.

- Este es Matsubara Kurono, a quien ya conociste. Uno de los más jóvenes del regimiento. Tiene 15 años. Es nuestro mejor lancero. —El ceñudo chico sólo asintió. No tenía buena imagen de Ryu—. Kuro es feroz, bélico y con poca paciencia. Pero en el fondo es un rollito de canela abrazable con rabo de calabacito.
- ¡Oiga, Capi! ¡NO SOY NI CALABACITO NI ROLLITO DE CANELA! Huy… rollo de canela… debo pedir una orden… —Diciendo eso, Kurono se levantó para pedir una orden de bollos horneados—.
- Ese fue Kuro. Este de acá —dijo, señalando a un cetrino joven de cabello lacio y rostro de muy sádico aspecto— es Iida Ryuji, hijo del general Genzaburo, a quien conociste en la comida de hoy. Ryuji es un magnífico guerrero con extraordinarias habilidades que ningún samurái posee. Sabe de las artes de la tortura, heredadas por su madre, una guerrera de la legendaria familia de ninjas, los Miyazawa.

Ryuji enarboló una sonrisa bastante ácida y macabra que, lejos de ahuyentar a Ryu, le despertó cierto morbo. Un torturador. Él venía de soportar a Norima. ¿Podría Ryuji igualarse al cruel sadismo del maldito monje? Morio prosiguió.

- El segundo al mando de mi regimiento y parte de la Legión Fuego es mi cuñado Ranmaru, a quien ya conoces, pero que se fue de cita romántica con mi hermana porque "¡Pffft!" Así. Por eso. Porque "asco". Y el cuarto miembro de esa avanzada es este que ves aquí. —Diciendo eso, Morio presentó a un joven de cabello corto y facciones anguladas, nada amigables, ojos cetrinos, cerrados por lo pequeños que eran—. Nakaura Kaname. Él, como un pastor, media los ímpetus de la Línea de Fuego…
- Bah, marica —espetó Ryuji con un escupitajo en el suelo.
- ¡A que no me repites eso en la cara!
- A que acabo de hacerlo, Pu—to.

- Eh, eh, Ryuji, las rencillas para luego, que los estoy presentando. ¡Pon tu mejor cara, carajo! Eso, así te ves un poco mejor. Ahora, ¿en qué estaba? ¡Ah, sí! ¡Kaname! Es el mayor de todos nosotros, tiene casi treinta. Por ello, es algo más maduro y controla perfectamente la línea de avanzada del Fuego, que arrasa con todo.

Kaname no mostró alguna expresión relevante, pero Ryu notó algo en el samurái mayor. Fue un segundo, apenas imperceptible, pero por fugaces instantes, dirigió una mirada de desprecio a Morio. Y ese pequeño y fugaz detalle se quedó muy clavado en su mente. Ryu le debía todo a Morio. Y la sola idea de que alguien fuese agresivo con él le resultaba impensable. Sin decirlo, le tomó como un tácito enemigo. Pero siguió poniendo atención a las palabras de su amado capitán.

- Ahora, hablaremos de la Magnífica e inamovible Montaña. Y es inamovible porque mis 4 defensas son enormes y poderosos. Hélos aquí.

El primero que asomó fue un joven de enorme cuerpo y alta estatura, con manos como mazos, fuertes, nudillos enormes y mirada hosca.

- Este es Kondo Takao. Es el más alto y fuerte de todos nosotros. Es grande, resistente y una buena muralla. No es un oso, pero como león es enorme. Y sin embargo, así como lo ves, es un amante del arte y las cosas bellas.
- Por fin tengo el honor de presentarme, Príncipe Libélula. Es un gusto conocerle.
- El placer es mío – Dijo Ryu educadamente, sorprendido de oír la primera frase amable de parte de esos hoscos barbajanes.
- Y ahora, casi del mismo tamaño, pero con la capacidad de resistencia más grande, está Togawa Yutaro. Ellos dos son la línea de freno, junto con ese animal de allá. Nakajima Tombô, a quien apodamos “panda” por su parecido a un curioso animal del reino Qin. Un esponjoso oso blanco y negro.

Ryu miró hacia un joven barbado, de redonda barriga, barba abundante y entrecana, que comía en silencio, sonriendo de vez en vez. El llamado “Panda” ofreció tallarines.

- ¿Quieren que les diga algo? Esta sopa es deliciosa. Deberían probarla.
- … ah, olvidaba decirte eso: Tombô es un experto en sopas.
- ¿Sopas? ¿Y eso como ayuda en batalla?
- Bueno cuando menos sabe elegir el menú… —Espetó otro joven alto, de ojos pequeños y porte muy pedante, tomando un plato de tallarines para comerlo.
- Él es Kimitoshi Kensuke. Es un prodigio de las artes de defensa. Estudió en Toshimono, la Academia Grulla, donde aprendió

impresionantes estrategias de protección.

- Y conocí al que seguramente es el mejor estratega de la nueva generación grulla.
- Oh sí. Tu obsesión, Ogawa – Morio sonrió molestando al joven, que entrecerró el ya fruncido ceño.
- No es mi "obsesión", capitán. Ogawa Kamui es un gran elemento de quien aprendí mucho de lo que sé. Por cierto, es un placer que por fin nos presenten, Príncipe Katayama.
- Os… agradezco mucho. A todos. Sé que apenas y hemos hablado. Tenía muchas ganas de saber quiénes son y que supieran quién soy. ¿Y los demás, quiénes son?

Un joven de cabello negro muy oscuro y rostro de ojos hermosos se adelantó.

- Nosotros somos la legión Bosque. Somos los espías del Capitán. Los mejores en el rubro. Soy Ishii Kozue.
- Kozue es hijo de mercaderes, así que posee los mejores contactos en los bajos mundos. Además, es muy bueno en infiltración y toca la flauta de modo hermoso —terció Morio—. Su habilidad nos ayuda a tener un sanador natural en caso de que Tanehiro no esté.
- Por cierto, Tanehiro también es de la Legión Bosque, pero él no es de venir a estas celebraciones. Es un monje. Y prefiere la vida de retiro.
- Oh, sí. Pero no es cualquier monje. Ya lo habrá comprobado, Katayama—san —dijo el pequeño Toshiro, un chiquillo que parecía de no más de 12 años. Delgado, con enormes ojos pícaros y la voz aún infantil—. Tanehiro es un portento de la magia. El Capi dice que habla con los animales y que controla la naturaleza.
- Y lo hace, pulga. Lo has visto. Por cierto, Ryu, este chiquillo es Hidenori Toshiro. Un actor, un auténtico espía que puede convencer a quien sea de ser un indefenso nene inocente. Su aspecto le da fabulosa ventaja para infiltrarse y su pequeño tamaño le ayuda a poder meterse en rincones donde los demás no cabemos. Y también toca el Kôdo. Un fantástico músico junto con Kozue. Y, por último, el tercer espía. Kunihiko Ken.

Hasta entonces, Ryu reparó en la presencia de ese muchacho de aspecto anodino y olvidable. El joven sólo asintió amable sin dejar de comer.

- Como verás, Ken es el espía perfecto. Es invisible. Puede camuflarse donde sea y nadie recordará haberlo visto. Habla poco y oye mucho. Por eso es magnífico. Ahora te hablaré de los veloces Viento. Cuatro magníficos arqueros cuyas habilidades no

las tiene ni el clan Halcón. Kenji, da un paso al frente.

Siguiendo la orden de Morio, un precioso joven de delicado aspecto y un rostro sumamente hermoso avanzó. Ryu estaba anonadado. Primero un chiquillo de fogoso e inocente aspecto; luego un torturador magro y cetrino, ahora un maniquí de belleza inenarrable. Aquello era un banquete para deleite del ojo. Pensó si Senryo ya habría reparado en ello.

- Kawai Kenji. Le decimos “Kawaii” por su linda carita de niña.
- Muy gracioso, Capi.
- No soy yo, es la voz popular, Kenji. Como verás, Kenji es una chulada. Las mujeres lo adoran y se pelean por él. No es para menos. Es “bellísimo, como el firmamento con un millón de estrellas”. Pero no te fíes de su aspecto de galán. Kenji posee una puntería y habilidad con el arco como nadie en el clan. Es el “mejor de los mejores”. El más letal, certero y habilidoso en ese arte. Ahora quiero que tus ojos miren para acá. Él es Ozawa Yuuhi.

Un joven robusto, de piel bronceada, cabello muy grueso y negro y ojos oscuros coronados por pobladas pestañas y cejas gruesas, saludó escueto.

- Yuuhi es un buen arquero. Sin embargo, lo que le hace invaluable es su habilidad de plebeyo. Muchos ven para abajo a los de clase baja, pero ser del pueblo hace que Yuuhi sepa cosas que nosotros no. Conoce las hierbas del bosque, sabe cuáles curan y cuáles son mortales. Y sus habilidades como rastreador y montaraz le hacen un magnífico elemento en campo abierto. Muchos samuráis nobles jamás comprenden cómo es que nosotros sobrevivimos en sitios donde ellos caen. Es por él. El siguiente que conocerás es… ¿Dónde carajos está Hideki?
- Volvió a su casa, Capi. Ya sabe cómo es su padre…
- Ah, sí. Don “Maní Caducado”. Bueno, a Hideki ya lo ubicas. Es el chico de los ojos raros que ta—ta—tartamudea mucho. Ese chico es algo más. Es algo bárbaro. Ve cosas que nadie percibe. Ve fantasmas, o algo así. Por eso siempre vive temblando. Es un gran amigo cuando lo conoces. Bueno, entonces sólo falta uno. ¿Dónde está Takase?
- Poniéndole “6” a Kuro —espetó Ryuji, bebiendo un trago de sake, que convidó a Morio, quien tomó la botella para empinarla y beber más de la mitad.
- ¡Ahhhh, tanto tiempo sin una puta buena bebida! ¡TAKASE, CARAJO! ¿DÓNDE ESTÁS?

Kuro asomó la cara, siendo llevado de la alta coleta de su cabello por otro samurái alto y espigado, de facciones alargadas y aspecto muy

serio.

- Ah, ahí estás. Ryu, él es Takase. Cuando tengas dudas sobre organización, finanzas y cómo llevar “los dineros” del regimiento, Takase es la solución. Es una especie de almacenador de estrategias y datos. Por eso, aparte de arquero, es nuestro estratega. Es muy serio, nunca se ríe. Y nunca le pone a nadie una calificación arriba de “6”.
- ¿Seis? ¿Calificación sobre qué?
- Pues… sobre todo. Takase, ¿qué calificas?
- El comportamiento, capitán. La valentía, la capacidad y la responsabilidad. En un mundo exigente, la calidad excelsa escasea. Diez es la calificación perfecta, pero obviamente, nadie salvo nuestro emperador Hoturi—sama, hijo de los dioses, la merece. Por ello, todos los demás deben aspirar a lo sumo, a Nueve. Poniendo un ejemplo, el calabacín jamás pasará de seis. Otra vez estaba tomando más rollos de canela de los debidos.
- ¡Ayyyyy, chismoso! ¡No fue mi culpa! ¡Me los ofrecieron las señoritas de la casa! ¡Dicen que todo está pagado!
- ¿Lo ves? ¡Tienes seis!
- ¡Ponme “Ocho”!
- ¡Que no te pongo nada!
- ¡Ponme “Ocho” o yo te pongo el ojo morado!
- ¡No cedo a amenazas! ¡Y no podrías ponerme el ojo morado! ¡No me alcanzas!
- ¡’Ora si sacaste premio…!

Y sin más, Kurono se arrojó a golpear a Takase. Ryu se hizo para atrás, viendo cómo ambos peleaban; de improvisto, un golpe de Kuro fue directo a Ryuji, quien, al ser agredido, lanzó una jarra de sake que cayó a Kenji, mojando su bella cara; y Kenji, al sentir arruinado su estilo, se arrojó a golpear a Ryuji…

En menos de cinco minutos, la reunión se volvía una batalla campal de la cual ni su capitán se salvaba. Todo se volvió un caos de mamporros, mordidas y vasijas convertidas en armas. Ryu, sentado en un rincón, se quedó viendo esa espontánea y brutal demostración de… ¿amistad? Una chica lo jaló justo a tiempo antes de que un jarrón rompiera su cabeza.

- ¡Cuidado! ¡Esos brutos! ¿Lo han lastimado?

Ryu brincó como atizado por un carbón ante el toque de una persona extraña, casi siseando como un gato.

- ¡Lo siento! Pero, de no haberlo apartado, le hubieran descalabrado.
- Pero, ¿tú sabes qué les pasa? Estábamos bien y de repente…
- Una pelea. Sí, lo sé —dijo la joven con resignación— ese grupo

de brutos siempre es así. Incluso el guapísimo arquero cae en semejantes actividades tan vulgares.

- Y lo peor es cómo queda todo —terció otra de las jóvenes de la casa— hay que hacer una limpieza a fondo después de sus reyertas.
- ¿O sea que ese comportamiento es habitual en ellos?
- ¡Rutinario!
- Oh, sí. Ya los "extrañábamos". Los famosos Leones de Hierro al mando del capitán Asakura.
- Son los niños consentidos del daimyo, ¿no lo sabía?
- Créanme… hasta hace unos meses, no sabía que existía el mundo… —Ryu se llevó las manos a las sienes. Todo aquel día había sido un caudal de información más allá de lo que en su vida había experimentado. No podía con tantos datos, sabores, comida, olores, nombres, sitios y situaciones. Al verlo mal, una de las geishas le escoltó.
- Le llevo a una habitación para que descanse. Por aquí. No se preocupe por el pago. Nuestro señor ha pagado todo.
- No, no… estoy bien. No debo separarme del Capitán…
- ¡Ni se preocupe por él! ¡Seguro va a beber, golpear y coger como animal!
- ¿Cómo dijo?
- Sexo. Asakura es… es…
- Un animal. No sabe de delicadeza. Espero no tocarle yo.
- ¿Ha tenido sexo con alguna de ustedes?
- Sí. Pero es… —el tono de la joven era sombrío. No había repugnancia en su voz, pero sí una mezcla de desagrado y compasión—. Es como una bestia. Repele las caricias, repele los besos. Es como si fuera alguien ajeno… ni siquiera sé cómo describirlo. Es como…
- … ¿Cómo si odiara tocar a los demás?
- Sí. Justamente. Pero usted, ¿de dónde le conoce? —preguntó una de las jóvenes, vestida de kimono amarillo, quien le abrió la puerta de ligero papel de una habitación llena de decorados sutiles y un camastro mullido, como nunca había tenido—.
- Soy un enviado de otro Clan. Me enviaron a entrenar a la Academia Asahina. Y Asakura tomó mi tutela. —Abrevió para no dar detalles escabrosos ni personales. Ambas jóvenes estaban asombradas con su belleza y languidez.
- ¡Ohhhh, debe ser un honor! Yo solía ser amiga de uno de sus hombres, uno que ya no está con ellos. Hayato. Él… solía hablar muy bien de Morio, pero también me contaba que su carácter fue empeorando. De unos años a la fecha se ha hecho más irascible, más agresivo. Nadie sabe qué le pasó, pero se ha vuelto

más y más belicoso, más pendenciero…

Mientras la bella joven de kimono rojo y cabello largo y suelto hablaba, la otra llevaba té al Príncipe, quien lo recibió y bebió de él. Todo concordaba. Morio en verdad había sido afectado por aquella bruja. Y sólo él sabía la verdad. Pero no creyó conveniente que esas desconocidas supieran el motivo de su comportamiento. Era algo que él le había confiado. Pidió estar solo para descansar. Las dos jóvenes asintieron.

- Si necesita algo más, no dude en llamarme. Mi nombre es Asuna, señor…
- R—Ryu… mi nombre es Ryu. Gracias… gracias, Asuna—san.
- Buenas noches, Ryu—san. Descanse.

Ryu miró la acogedora habitación, llena de lucecitas rojas, mariposas de papel y farolillos de fantasía. Jamás había visto nada igual. Se asomó al balcón y desde ahí pudo ver la ciudad en su momento más vibrante. El "Mundo Flotante" estaba en su esplendor nocturno. Asomado, en silencio, sintió la brisa nocturna acariciar su cetrina piel. Todo era más hermoso de lo que Aoi había descrito. Hombres y mujeres paseaban del brazo, corteses, vestidos con hermosas ropas de colores cálidos. Las calles estaban decoradas con farolillos de colores dorados, rojos y anaranjados. Por ellas, los artistas callejeros cantaban, declamaban o hacían regalos. Pregoneros invitaban a acudir a la función de teatro preparada para esa noche. Las alegradoras lucían sus mejores encantos al mejor postor. Olía a comida, a sake, a abundancia y felicidad. Por años, Ryu había soñado qué podría sentirse pasar un día abajo… entre ellos. Y sonrió, mirándolos desde arriba, pensando que ellos jamás sabrían lo enormemente dichosos que eran por vivir una vida tan normal y hermosa. Una vida que él jamás había tenido. ¡Qué no hubiera dado él por tener un día afuera, como una persona normal!

¿Y si bajara a vivirlo?

Morio iba a estar ocupado, peleando y bebiendo…

La calle se veía tan llena de vida, de colores, de artistas callejeros y gente... era tan atrayente, tan tentador…

Detrás suyo oyó la voz de una chica. Pero no era Asuna.

- ¿Deseas bajar y conocer el mundo de los normales? Puedo llevarte a conocerlo…

De inmediato brincó ante la presencia desconocida.

- ¿Quién eres?
- Una anfitriona. Si deseas, puedo ayudarte a bajar y conocer el mundo de allá. Puedo mostrarte sitios que no imaginas, cariño.

Sitios especiales, ocultos, donde ninguno de ellos ha entrado jamás…

El tono, la postura, el cuerpo turgente mostrándose… no, aquello no era normal. Ella en sí no era normal. Por instinto, Ryu tomó una postura defensiva. Sus uñas se afilaron, agudas garras negras, como pintadas con laca. Y sus ojos se tornaron a un chispeante verde innatural que atizó la atención de la desconocida, a cuyo alrededor comenzó a brotar una densa negrura, una oscuridad similar a alas de cuervo, que opacó la luz de los farolillos y lo envolvió con esa opresión tan familiar, tan similar a la vivida en las celdas bajo el yugo de Norima.

- ¡Oh, entonces en verdad eres como te han descrito los rumores del viento! Hay alguien que desea conocerte. Alguien que lleva tiempo esperando por ti, por tu surgimiento. ¿Dónde estabas?
- Encerrado y mutilado, gracias a fanáticos como tú. Dile a quien te envía que se reserve su invitación. No iré a ningún lado si no es al lado del Capitán Asakura.
- ¡Asakura! ¡Ese pendenciero bruto! ¿Crees que él puede protegerte de todo, de lo que mora en las sombras cuando cae la noche? No, Príncipe del Dolor. Alguien quiere verte y me ha mandado a decirte que vendrás a él tarde o temprano. Tu otra mitad está por venir a ti. Lo conoces. Lo has visto en sueños. El demonio de Ojos Púrpura. Si me dejas, puedo llevarte a él, enseñarte a usar tus habilidades…
- ¡NO CEDERÉ NUNCA MÁS! ¡NO ME APARTARÁN DE ASAKURA!

Los ojos de Ryu se encendieron en verde, aterrado por la idea de que esa pesadilla fuera real y alguien más la conociese. Desesperado, atacó al aire. La joven que estaba ahí cayó descuartizada de golpe. Sus extremidades cayeron al piso, dejando un rastro de sangre negra. El torso quedó en medio, con los pechos arrancados, un cuerpo sangrante, torturado. Y la cabeza, pendiendo débilmente del cuello, sonrió macabramente. Desde el negro cielo, un nuevo crimen de cuervos revoloteó, entrando por el balcón para rodear el cuerpo desmembrado de la joven, que se elevó en medio de plumas y graznidos. La cabeza, sonriendo mortecina, advirtió a Ryu:

- El señor de los Cuervos te espera, Príncipe Katayama… es cuestión de tiempo que vengas a él. Dile a tu capitán que Mai Hirose le manda saludos…

Y los cuervos se alejaron, dejándolo de nuevo en medio de impotencia y terror. Ya era suficiente con Norima. ¿Qué clase de demonios le acosaban ahora y por qué? Desolado, Ryu se hizo ovillo en la cama y se resignó a mirar desde su balcón al hermoso Mundo flotante,

lamentando que tal vida jamás fuera para él. Sin embargo, a la postre, el sueño le venció, entre hipos de llanto causado por el miedo y la desesperanza.

“Al amanecer sólo hay que cumplir una ley:
No despertar al prójimo y dejarle roncar bien”.

El frío de la mañana se coló con las primeras luces. Cuando abrió los ojos, se vio en otro sitio. No estaba en la etérea habitación donde lo habían dejado las amables Geishas, sino en una amplia recámara, recostado sobre una cama muy amplia. Y en brazos del cuerpo de su amado Capitán, que le usaba técnicamente de almohada.

No podía deducir qué había pasado exactamente la noche anterior. Pero sin duda, si había podido dormir, fue por él. ¿Qué había pasado? Le había dejado en medio de una pelea de borrachos.

Analizó su rostro. Estaba hinchado y con cortadas por la pelea. En verdad era un pendenciero, como habían dicho aquellas jóvenes.

El recuerdo de esa visitante volvió a su mente. ¿Debía decirle a Morio y preocuparlo o simplemente dejarlo pasar y vivir el momento a su lado?

Verlo así, dormido, casi apacible, le hizo olvidar el nombre de Hirose Mai. Su mente en ese momento sólo ponía atención a las angulosas facciones del férreo joven, a sus labios gruesos y delineados, a su expresión de fiera dormida.

Quería besarlo.
Morio le había dado todo. Lo había hecho libre.
¿Qué pasaría si despertaba?

Olvidando los pensamientos, Ryu se acercó a sus labios. Era la primera vez que sentía tanta paz y deseo. Sabía que se había enamorado y deseaba que Morio lo supiera. Pero ignoraba la reacción del pelirrojo. Bien podría rechazarlo y golpearlo.

O no…

Lo que despertó a Morio fue un roce, un beso en sus labios que le hubiera hecho brincar asqueado, nervioso y en plena crisis; sin embargo, el enorme león se dejó caer, laxo, aún ebrio, aún agotado por los sucesos del día anterior. No se levantó, ni atacó. Simplemente dejó que las cosas pasaran, aún dormido, moviéndose en automático. Acarició el cuerpo ajeno y se sumió de nuevo en un profundo sueño.

Horas más tarde, fue Ryu quien despertó atizado por la luz. Morio ya se había levantado y bañado. Casi desnudo, peinaba su largo cabello. Ryu abrió los ojos y vio la enorme espalda deshecha por arañazos, tal como había narrado en su historia.

- Capitán… buenos días… —Susurró acercándose a él, tocando esa piel encimada por las cicatrices. Morio volteó. Ryu se apocó al sentir la severa mirada del pelirrojo.
- Te había prometido un castigo anoche. Tú te ofreciste. ¿Lo has olvidado?
- No. No, mi señor – Ryu sonrió fascinado, hincándose en la cama enteramente desnudo, ofreciéndose dócil—. Es sólo que anoche…
- Sé lo que pasó anoche.

Bruto, impetuoso y poco refinado, Morio tomó una de las sábanas y con un tanto, la rasgó en tiras. Su madre iba a matarlo cuando se enterara, pero ya daría una explicación a ello. Con agua de una palangana, enredó las tiras, creando flexibles ataduras mojadas, con las que ató torpemente el cuerpo de Ryu. Sí, todo él gritaba "aficionado" como sádico. No había en Morio el cruel y estudioso refinamiento de Norima, que sabía llevar a Ryu a los límites de la agonía y el placer. Las ataduras de Morio eran burdas, mal planeadas. Su mano era tosca. Y al amordazarlo, no tuvo cuidado. Su rodilla en la espalda de Ryu empujó con fuerza, arqueando al Príncipe sin cuidado. El quejido de dolor fue auténtico. Morio le susurró al oído.

- ¿Acaso prefieres las garras de Senryo jugando en tu pecho?

Ryu tuvo que admitir que la idea era deliciosa. Senryo había mostrado portentosa habilidad para excitar con apenas unos roces. Y la ira del León de Fuego, celoso, era ambrosía para su pateado ego. Era la primera vez que sentía ser el objeto de deseo simultáneo de dos personas. Y la idea le hizo sentir una potente erección.

La reacción no pasó inadvertida para Morio. Su cabeza le indicó lo que estaba pasando. Toda su naturaleza debía llevarlo a alejarse de esa situación con asco y repulsión. Sin embargo, no lo hizo. Había en Ryu una especie de aura que le embelesaba, atraía y hacía desobedecer sus impulsos primarios. Ver erecto al príncipe le dejó claro que era masoquista. Y que le gustaba ser sometido por un hombre. Sin embargo, lejos de retroceder, presionó más fuerte con la rodilla en su espalda, jalando la mordaza, haciendo que el Príncipe se arqueara de dolor sin poder gritar libremente. La sensación era liberadora, catártica. Golpearlo era como un desfogue a su rabia. ¡Cómo deseaba hacer sufrir así a Senryo! Con Ryu podía experimentar a golpear, a azotar, a quemar… y él jamás diría que no. Verlo erecto sólo le

acrecentaba el morbo insano. Con las improvisadas cuerdas, lo ató hasta dejarlo inmóvil. Y entonces, llevó su rostro a la palangana donde había mojado las cuerdas.

Y ahí hundió su rostro de golpe.

De pie, pisando su cabeza contra la bandeja, Morio miraba con la boca abierta y la mirada malsanamente dilatada, viendo a Senryo en el cuerpo que se ahogaba. Ryu se sacudía. Tomado por sorpresa, intentó retener aire, pero no le fue posible. Y en breve, se convulsionaba, sintiendo el agua entrando en sus fosas nasales, causándole dolor y desesperación. Atado como estaba, no podía defenderse.

Morio lo sacó del agua.

Todo el piso se salpicó de agua. Ryu aspiró hondamente, pero la mordaza empapada le impedía que su boca obtuviera aire. Su adolorida nariz expulsaba chorros de agua fría. Morio volvió a empujarle, ahogándolo de nuevo, por mera diversión. El pálido joven se desesperaba, sin poder siquiera manotear. Volvió a sentir el frío aire de la mañana. Jalando su cabello, Morio jugó con él como gato con el ratón, sonriendo malsano, imaginando a Senryo en tan desesperada situación.

Y entonces se detuvo.

La mordaz frase de su primo acudió a su mente: “¿acaso no serás como yo, pero lo ocultas?”.

Le había calado demasiado hondo.

Por ello, soltó a Ryu y lo dejó sobre el piso, boqueando y escupiendo agua, entre tosidos.

- Capitán…. Ghhh…
- No quiero que te dejes influenciar por Senryo. No quiero que estés cerca de él. Lo odio. Odio lo que representa, odio su voz, sus maneras, su comportamiento. ¡ODIO QUE EXISTA!

Golpeó el mueble, frustrado y molesto con Senryo y consigo mismo por dejarse manipular por el maquiavélico príncipe de uñas escarlata. Lastimoso, empapado y aún erecto, Ryu fue a él, y como un animalito herido, pasó su rostro por sus piernas, mojándolo. Sus miradas se hallaron. Ryu lucía desvalido, empapado, ruborizado y muy excitado. Morio, frustrado y molesto. Pero al ver los ojos verdosos del príncipe Libélula, su ira se apagó, y pasó sus dedos por esos labios cubiertos por la improvisada mordaza, que retiró.

- Odio a Senryo. Y odiaría que te anexara a su colección de jovencitos. Prométeme que evitarás contacto con él
- Haré… lo posible, Capitán… pero…

- ¿Pero?
- Él es el Príncipe de este clan. Si él manda…
- … Tú no obedeces. Estás a su altura. No puede ordenarte nada. Si acaso, puede sugerirte, pero nada más.

Difícil concepción para un esclavo el pensar que podía mandar. Ido, Ryu recargó su cabeza en las piernas de quien consideraba su amo. Y Morio, ahora sintiendo remordimiento por haberse desquitado de modo tan bajo, acarició su cabello y llevó su mano a esa erección que palpitaba, mojada y fría. Ryu apretó las piernas, ahogando un gemido con una mordida que propinó en el duro muslo de Morio.

Al sentirla, el Capitán sintió una ola de adrenalina en su pecho. Ahora le tocaba recibir un poco de dolor. Los dientes de su compañero eran agudos y afilados, más como los de un felino montés que como los de un Libélula. Ryu hundía sus dientes y pasaba su lengua por la magra piel de Morio. Y éste, ya totalmente quitado de prejuicios y asco, apretaba el miembro rosado del Príncipe, mirando con atención cada reacción del muchacho, que enfebrecía entre lúbricos gemidos, pasando la lengua por la pierna hasta amoratar y adormecer el músculo. La sangre brotó. Y con febril sumisión, Ryu la lamió, limpiando la herida, al par que miraba a su amado con enfermiza devoción, buscando su aprobación y sintiendo a cambio un enorme placer a cargo de la mano que le masturbaba. Oyó jadear a su León. Y su mirada fue hacia la gruesa erección que asomaba por debajo de la escasa ropa. Un miembro enorme, grueso y de gran proporción que Ryu llevaba meses deseando probar.

No iba a perder la oportunidad. Sin darle mucho tiempo, y dejando tras de sí una buena cantidad de profundas mordeduras similares a la primera, llevó su boca a tan anhelado premio. Ese goteante miembro que lucía duro y enorme. Travieso y con las mejillas enrojecidas, lo sacó de debajo de la ropa, sonriendo fascinado al verlo por fin tan cerca. Sus manos lo acariciaron, palparon cada centímetro de la larga erección. Y Morio brincó al sentirlo, sin ponerle freno ni evitarlo. Al contrario, acrecentó sus caricias. El rostro del Príncipe dejó de ser sumiso y lloroso para tomar una expresión de experta lujuria. Fascinado, comenzó a lamer. Despacio, con tiento y gula, saboreando cada parte de esa carne roja y goteante que se ofrecía promisoria. Poco a poco, sus succiones fueron más y más profundas, más intensas. Morio notó que su compañero era bastante diestro en tales menesteres. Sabía muy bien lo que hacía y cómo hacerlo para enloquecerlo de placer. Torpe, manazas, masturbaba ese miembro, jadeando caliente, mirando a todos lados, temeroso de que en cualquier momento alguien entrara por accidente y viera lo que hacían. El morbo era mucho. Ryu había perdido la poca decencia que

poseía y ahora reptaba entre los muslos de su adorado, apretándolos, acariciándolos con un fervor posesivo, insano. Lejos de inhibirse, el León le acomodó para tener a mano su cuerpo. Y sin mucho tiento, comenzó a penetrar su cuerpo con los dedos. Gruesos, secos, tardaban en entrar. Básico, los llevó a su boca para mojarlos en saliva y hacerlos deslizar dentro. Sentir ese punto vulnerado fue una delicia para el lujurioso Libélula, que se arrojó ahora sí a tragar sin vergüenza ese miembro enorme, gimiendo ahogado en cada bocado. Ambos ahogaban los gemidos, tratando de no ser oídos, pero el frenesí era demasiado fuerte. La cadera de Morio embestía esa boca con brutalidad. Y Ryu se dejaba, lo recibía completo, hasta su garganta, sintiendo arcadas, mojándose ahora con saliva y lágrimas. Pero no se detenía, no bastaba para su inagotable lujuria que poco a poco despertaba.

Morio no paraba. Movía su mano, metiéndola y sacándola, sintiendo un frenesí que no podía detener. Algo lo guiaba, lo incitaba a seguir. No podía decir que fuera 100% dueño de sus actos. Pero seguía, con los ojos dilatados e idos, fascinado, embelesado de placer sexual. No sabía si estaba siendo controlado, pero a esas alturas no se detenía a pensar en ello. Ninguno se detuvo hasta no hacer estallar al otro en placer absoluto. Sólo cuando la simiente del León inundó la boca del Libélula y cuando éste manchase las sábanas con la suya, ambos pudieron detenerse, jadeando intensamente. Ryu se trepó al cuerpo de Morio y éste lo abrazó, mordiendo sus hombros con lánguida satisfacción, jadeando cada vez más levemente. Por fin, satisfechos, ambos se calmaron y se levantaron para limpiar, asearse y comenzar el nuevo día.

Aquel día soleado era de descanso para Morio, quien no cesaba de mostrar a Ryu cada detalle de su clan: su habitación; su colección de infinidad de objetos alusivos a su héroe, el General Yasakani; su casa, la calle donde vivía, a sus vecinos, su ciudad. Morio quería mostrarle todo el mundo de golpe al príncipe atormentado, que, con una tímida sonrisa y cubierto por un amplio sombrero, intentaba asimilar cada palabra de su amado capitán.

Sin embargo, el nombre oído la noche anterior lo tenía con dudas. ¿Quién era Mai Hirose? ¿Acaso alguna amante? No quería preguntar al capitán por ella, pero la duda le carcomía. Los Leones no iban a estar disponibles ese día, ni el siguiente. Estaban descansando, recuperando el tiempo con sus familias, amigos y parejas. El único en quien podía apoyarse era el fornido Ranmaru, que tampoco se despegaba de Asayi. Por ende, tuvo que desechar por el momento la idea de indagar sobre la fantasmal aparición de la noche anterior y rogar porque esa noche pudiera dormir adecuadamente. Sin embargo,

mientras ellos descansaban, el intrigante Senryo y su fiel Tatsumiya ya estaban buscando el modo de ponerle de nuevo una nueva trampa a Morio.

La pareja descendió hacia los basamentos de palacio, una nueva serie de calabozos cavados directo en la roca viva de la montaña. Un antiguo sistema de intrincadas grutas artificiales, gélidas y lóbregas, donde Norima había sido vilmente echado como un animal.

Los guardias indicaron al Príncipe Heredero la celda donde el supurante monje permanecía sin comer, tratado como una bestia.

- Dioses, ¡qué horrible sitio! Todo feo, oscuro y frío. Yagumo, ¡es repugnante!
- Es natural. Un calabozo no tiene por característica la holgura ni la comodidad…
- Mira… ahí está…. parece un cadáver, ¿no crees? Vendado, sangrando sin parar. Dioses… Morio sí que pega… mira ese ojo, ¡qué asco, está como reventado, morado, amorfo!

Al oír la cantarina voz, Norima abrió el ojo menos dañado y, con dolor, se dirigió hacia el Niño Mimado.

- Majestad Hirozawa Senryo… ¿cierto?
- ¡Ay, sabe mi nombre! ¿Ves, Yagumo? ¡Este hombre reconoce la realeza cuando la ve!
- Hirozawa Senryo… ¿quién no ha oído hablar del Infante terrible del clan león? El trato que recibís es injusto. A leguas se nota vuestra percha…
- ¡Oye, sí que sabe reconocer lo bueno! ¿Cuál es vuestro nombre, señor mío?
- Norima Ryohei, señor, antiguo médico, mentor y tutor del príncipe Katayama.
- Supimos que fue acusado de violación y tortura al heredero de Katayama, ¿qué podéis decirnos de eso, Norima—dono? —Interrumpió Yagumo con elegante porte.
- Infundios todos, señor mío. Nada más alejado de la verdad. Yo siempre cuidé del príncipe. Su salud nunca ha sido buena: escupe sangre, no come bien, tiene ataques de ansiedad en las noches. Sólo yo le he cuidado con esmero, pero ese malagradecido me ha provocado desde que cumplió 12 años. Se desnuda frente a mí mostrando su cuerpo, se toca, me incita a tener intimidad con él, rompiendo mi sacro juramento de rectitud. Y sólo cuando lograba nublar mi razón, huía de mí con asco. En más de una ocasión le pedí que se detuviera, pero él parecía divertirse en el hecho de provocarme y luego huir, es un maestro de la mentira. Tuve que entender que lo que vive dentro

suyo a veces maneja su cuerpo de manera inconsciente y resulta difícil saber cuándo es él y cuándo no. Le apliqué correctivos disciplinarios para purificarlo. Y sólo entonces volvía en sí, obediente.

Todo cambió esa noche en que Ryu cometió un crimen impensable.
Asesinó al hijo de un noble.
Lo desmembró por entero. Sólo quedó una de sus manitas. El chico tenía 12 años. Al saber eso, Milord Katayama dispuso que se había salido de control y pensó en el Carnicero Nagoya para calmar a la furia que vive en él. Pero cuando lo alcancé en la Academia Asahina, Asakura Morio se había hecho de su custodia. ¡Y el muy cínico se había arrojado a sus brazos como una ramera! Ni siquiera culpo al capitán. Seguramente Ryu le narró algo muy distinto a la verdad, donde él era la víctima. No se fíen. No es lo que parece.

- Pero entonces… ¿lo violaste o no? —preguntó Yagumo con escepticismo.
- Apliqué en él el único modo de control que hay para su enfermedad: la disciplina. Por supuesto, mis métodos pueden parecer brutales si los imaginamos en personas comunes. Pero él no lo es. Créanme. Katayama Ryu no es el joven débil y frágil que parece. ¡Dentro de él habita un ansia de caos y dolor que no debe quedar libre! Ryu quiere como protector a Asakura para despertar su poder demoníaco, lejos de mí y de su padre. Morio sería un excelente guardián: respetado, fuerte, admirado y con poder. Es seguro que él ya sabe del poder de Ryu y debe querer usarlo para su beneficio. Ambos creen estar usándose mutuamente, sin saber la desgracia que está por caer. ¡Tenemos que separarlo de Asakura!
- Hablas de un poder demoníaco —interrumpió Yagumo, sintiendo nervios—. ¿Qué clase de poder? ¿De qué estamos hablando?
- ¡Espera, Yagumo! ¡Hay cosas más importantes que eso! Necesitamos separar a Katayama del imbécil. ¿Pero cómo? Morio es el hijo preferido del clan. Un héroe. Un bravucón incapaz de hacer algo sin usar la fuerza bruta. Un idiota, pero con mucha suerte.
- Kanagawa es la clave, mi señor —dijo Norima, recuperando la guía de la conversación—. El joven sacerdote de magia blanca. Ha puesto en mí un hechizo que me impide la recuperación. Por ello sangro tan profusamente. Pero si él se aleja de mí a una distancia mayor a 4 leguas, su hechizo se debilitará.

- Eso lo veo difícil. Kanagawa y Asakura son muy amigos. El único modo en que él se aleje es que peleen, y eso no se ve con posibilidades de ocurrir.
- No tanto, mi señor. Kanagawa no es tonto —Dijo Tatsumiya, echando su lacio cabello hacia atrás de los hombros—. Él debe saber quién es Ryu. Dudo que esté de acuerdo con que Asakura lo proteja. Y seguramente los Leones de Hierro ya habrán notado algo extraño.
- ¡Ah, pues encárgate de eso! ¡Ve de una vez, anda, anda! ¡Averigua lo que ellos saben y úsalo a nuestro favor!

Yagumo se opuso a dejarlo, pero Lord Senryo fue muy insistente. Al final, el noble tuvo que obedecer la orden de su caprichoso señor, suspirando y esperando que no cometiera un error por no detenerse a pensar y apresurarse a planear su jugada contra Morio. No bien Tatsumiya se había ido, Norima dulcificó su tono de voz y cambió su dolida mirada por una más paternal y comprensiva hacia Senryo.

- Noto pesar en los ojos del León Dorado. ¿Qué sucede, oh, Joya Dorada del clan?
- Ya lo has notado. Morio… siempre me quita todo. Usted puede verlo. La grandeza habita en mí, pero mi padre parece no percatarse. Todo se lo da a él. Lo odio.
- No dude que esta jugada de Morio sea para quedarse con el clan…
- ¡Lo sé, lo sé! ¡Desea quitarme el trono que por derecho es MÍO! ¡Tú puedes ayudarme, Norima! ¡Ayúdame a quitarme a Morio de encima y yo te entrego a tu preciado Ryu para que vuelvas a retenerlo y cumplir tu sagrada labor!
- Eso sería de suma ayuda, mi señor, Hermosa Joya del Clan León. Hagamos algo: que su criado busque el modo de separarlos. Usted venga a verme. Libéreme de esta peste y yo le prometo entregarle el trono que por derecho le corresponde.
- ¡Sí, acepto! ¡Eso es lo que quiero!
- Podemos decir que tenemos un trato, mi señor Hirozawa… ¿Nos ayudamos mutuamente?
- ¡Sí! ¡Tenemos un trato, Norima!

La garra del león y la mortecina mano del sacerdote corrupto se unieron en un pacto nacido del odio, basado en la desconfianza. Ambos pensaban para sus adentros: “pobre idiota, lo utilizaré a mi favor y al final el único que poseerá el poder demoníaco del príncipe SERÉ YO”.

Fue el padre de Morio quien avisó durante la hora de la comida que el señor Shido—sama deseaba convocar a Katayama a una reunión esa

misma noche, justo cuando anunciara la Hora del Perro.

El sol ya se había puesto cuando Ryu compareció ante ellos.

Habían cambiado sus ropajes. Ahora vestía la ropa roja del clan, en un traje ceremonioso, de noble. Era la primera vez que vestía tan fastuosamente. Pero Morio había sido sumamente enfático en vestirlo personalmente. No quería que nadie viera ese cuerpo. Con presteza, antes de vestirle, le había dado nuevas torturas, había vendado sus cicatrices y cubierto cualquier indicio de las marcas demoníacas. Al entrar, lo hizo al lado de Ryu, quien tomó asiento donde le ofrecían. Y ante las preguntas de la corte, decidió narrar la historia, esta vez, a su estilo.

- Señores del clan León, sé que he levantado dudas y revuelos entre ustedes. Mi nombre, como ya se ha dicho, es Katayama Ryu, hijo único —hasta donde sé— del señor Katayama Ryunosuke. El motivo por el que nadie sabía de mi existencia es que mi padre me ha enclaustrado desde que tengo uso de memoria. La razón salta a la vista. Estoy enfermo. Mi piel es blanca, al igual que mi cabello. Esto ha hecho que mi padre considere que estoy maldito. Y para librarse de esa maldición me hizo encerrar en lo alto de nuestro palacio, dejándome solo al cuidado de mi médico personal, Norima Ryohei, quien abusó del poder que se le daba y convirtió mi existencia en un infierno. Puedo mostrarles…

Diciendo eso, abrió su ropaje, mostrando el pecho amoratado y dañado. Morio estaba entre fascinado y asustado al ver que Ryu mostraba las marcas de la tortura, pero se sorprendió al ver cómo hábilmente tomaba ventaja de todo y omitía partes no convenientes y mezclaba verdad con mentira para evitar decir sus habilidades especiales.

- Pueden verlo. Mi cuerpo está lleno de marcas de brutal tortura que Norima ha hecho en mí desde los doce años. Llevaba diez años en un calabozo, convertido en un esclavo de carne. Supongo que saben lo que es eso.
  Fui uno, el suyo.
  Hasta hace menos de tres meses. Mi padre descubrió que Norima había asesinado al hijo de un noble y al ver que ya no era alguien en capacidad de tomar mi tutela, me envió a Asahina con el fin de que ahí fuese entrenado por el General Nagoya. El capitán Asakura fue quien tomó las riendas de mi cuidado. Pero Norima fue a buscarme hasta la Academia, obsesionado conmigo. Es por ello que se encuentra en los basamentos de este palacio.
  ¿La razón? Se propasó conmigo y trató de violarme. Me golpeó

terriblemente al saber que había quedado bajo cuidado del capitán Asakura. Norima es alguien inestable, enfermo, un fanático religioso que cree que soy un demonio al cual intenta exorcizar. El señor Asakura me defendió de este hombre que llevaba años maltratándome. Os agradezco mucho todo. Y me siento en deuda con ustedes. Si de algún modo puedo resarciros, lo haré.

- Entonces, ¿habláis de una enfermedad de la piel?
- Ignoro incluso si mi palidez es natural o inducida, mi señor Hirozawa. Estos son los primeros días en mis 22 años que veo la luz del sol como tal.
- Y entonces… ese tal Norima, ¿está aquí en el Clan león?
- Así es —terció Morio—. Yo mismo le reventé la cara hasta dejarla irreconocible. Majestad, señores del Comité. Yo vi con mis propios ojos el estado en que el Príncipe llegó a Asahina. No miente. Estaba agonizando. Norima le había dejado con un pie en la tumba. Y cuando tuvo oportunidad, reiteró su maltrato. Exijo que Norima sea enviado a Nara, la capital Imperial, para que nuestro amado emperador Daidoji Hoturi—sama le juzgue y ejecute.

Los nobles se miraban entre sí y susurraban mutuamente. Aquello era una oportunidad jugosa. Los Libélula se habían apartado de la vida política de Heian desde hacía exactamente 22 años, la edad del Príncipe. Ahora se sabía por qué. El Clan poseía un valor especial por sus avanzadas máquinas de guerra. Fabulosas obras de ingeniería avanzada que ningún otro clan poseía y que los Oso bien podrían aprovechar en batalla. Si la facción León apoyaba el advenimiento de Ryu como heredero al trono y se hacía un golpe de estado, el Clan podría verse muy beneficiado de ello al presentar el apoyo a los Oso. Y él parecía dispuesto a dar todo de sí para apoyarlos…

- Katayama—dono… suponiendo que el clan León le apoye. ¿Qué daría usted a cambio de nuestra ayuda?
- Incondicional, mi señor. Su clan me ha abierto las puertas y su sobrino ha sido el anfitrión más noble y comprensivo que haya conocido. Si ustedes me apoyan, yo puedo responderles como corresponde.
- ¿Sabe usted de las Máquinas de Guerra de su clan?
- Lamento deciros que no, señores. Como dije, he vivido encerrado toda mi vida. Pero sin duda podemos negociar un acuerdo beneficioso para todo el Imperio.
- Pensaremos bien entonces la oferta, Katayama—dono. Mientras tanto, sea bienvenido como embajador de su clan. Nuestra casa es la suya. Continuaremos mañana con estos acuerdos.
- Antes de cerrar la sesión… —Shido—sama se levantó, haciendo

que todos se mantuvieran en sus asientos — quiero anunciar de una vez que tenemos una ceremonia atrasada desde hace meses que debe llevarse a cabo mañana mismo a la décima hora, durante la Hora de la Serpiente. Por ende, deseo hacer oficial el compromiso de mi sobrino Asakura Morio con la Madre grulla que la casa Imperial nos ha mandado en esta generación: la Princesa Izanagi Akemi. Felicidades, hijo. Te casas mañana.

Aquella noticia fue un devastador balde de agua helada para ambos. Morio, tomado por sorpresa, no podía siquiera responder. ¿Casarse? ¿Con una desconocida? ¡Aquello era como una traición! ¡Él rehuía el matrimonio! Ryu, por su lado, sintió que con eso le arrebataban el naciente amor que sentía por el capitán. Si lo que sentían era real, esto lo enterraba antes de florecer siquiera. Anonadados y tomados por sorpresa, los dos vieron cómo la sala se vaciaba, dejándolos con el mundo vuelto al revés.

Aquella noche Morio ya no tuvo reservas. No bien llegó el momento de dormir, cerró la habitación por entero y ni siquiera se retiró los ropajes. Tomó a Ryu por sorpresa por los hombros y le volteó hacia sus labios, para prensarlo en un doloroso e intenso beso que tomó por sorpresa al joven Libélula, cuyo corazón se aceleró al sentirlo. ¡Entonces era correspondido! Febril, se abrazó de la fuerte espalda del pelirrojo, entregándose entero a él. No se atrevió a hablar. Dejó que los actos sucedieran. Morio estaba furioso, desgastado, sintiéndose traicionado por su tío por tal acto. Y se imaginaba la causa: Senryo. Una vez más, Senryo le metía el pie. Era obvio que la Madre Grulla enviada al clan estaba destinada a ser la esposa del veleidoso Príncipe. Y era indiscutible que, al negarse, tal deber pasaba a Morio. ¡No era justo! Menos ahora que por primera vez hallaba en su vida a la personas más entregada y dedicada a él. Ryu había llegado a su vida como un cadáver viviente para luego meterse con dolor y miedo y finalmente, liberarlo de su carga, escucharlo sin juzgar, entenderlo y dar rienda suelta a sus más oscuras fantasías de dolor. Tomándole de los hombros con fuerza, casi clavando sus garras en los lastimados hombros del pálido Libélula, Morio le espetó seco, directo, sin sutilezas.

- Nadie más puede amarte como yo. ¡Nadie! ¿Lo entiendes? – Al verle de una pieza, anonadado, casi petrificado, Morio le gruñó con agresividad —. ¿LO ENTIENDES?

Y Ryu se deshizo en llanto, arrojándose a sus brazos.

- ¡CAPITÁN! Yo… llevaba tanto tiempo con miedo a su rechazo… ¡le amo desde hace tanto, desde que me alimentó, me salvó de Norima! ¿cómo no amar su bruta franqueza, sus modos

toscos… todo lo que hace por mí? Morio… ya te amaba. Pero temía tanto tu rechazo…

- Si me tienes hechizado ya me vale un ñame. Al maldito Jigoku con eso. Ryu… nadie me ha dado lo que tú…
- ¿Problemas?
- Entrega. Te entregas completo, me das tu vida, me has dado todo lo que eres. Llevo tanto tiempo negándomelo, mentándome en insultos, azotándome… que ya me cansé. Tengo que decirlo o me envenenaré la lengua con mi propio silencio. Y encima, mañana me caso. Pero no es por amor, es por deber. Por ello, lo que me veas decir mañana en la mentada boda será para ti. Y si el marica de Senryo me dice que soy igual que él, ¡que se joda! ¡No soy como él! ¡Yo soy yo y lo que quiero es cosa mía!

Por primera vez, el León abrazó al joven con ternura, profundamente.

- Necesito que sepas que pase lo que pase mañana, lo que sienta hoy por ti no cambiará. Me casarán con una desconocida, pero si a alguien puedo decir que le he abierto mi alma y mi ser es a ti. Ryu… mi amor es una basura. Es bruto, torpe, sin ternura ni detalles… pero, carajo, ¡sabes lo honesto que es! Te protegería del infierno mismo. Te cuidaré de quien sea y sacaré la maldita jeta por ti hoy, mañana y siempre. ¿Lo aceptas con todo y lo inmundo que es?

Los ojos verdosos de Ryu se inundaron en lágrimas y aceptó, apretando el cuerpo fornido del León con desesperación.

- Cómo quisiera escapar ahora mismo… ¡Te amo tanto, capitán Rojo! ¡Acepto todo lo que venga de ti! ¡Dame golpes, dame insultos, dame lo que sea y yo lo aceptaré con devoción porque tú me diste la vida de nuevo!
- Por eso es que me enamoré de ti. No pides nada, pero das todo. Me has curado los nervios, el sueño, el miedo a la noche. Desde que estás en mi vida, puedo dormir, puedo abrazar… Te debo tanto, Ryu… te amo con la fuerza de los mares… hoy no quiero golpearte. Yo… esta noche quiero que sepas que hay alguien que te ama sin remedio y sin ataduras. Y ese soy yo.
- Morio… yo fui tuyo desde el inicio. Decidí seguir tu destino hace tiempo, desde que mi ceguera me impedía verte, desde que agonizaba con ese maldito ciempiés dentro, desde que me salvaste de la ignominia. Quiero seguir tu senda. Y aunque te casen, seré yo quien te ame.

Aquella noche, por vez primera, no hubo dolor en su encuentro. Ryu conoció un toque que no había sentido jamás: el roce burdo y torpe de un joven enamorado. Las rudas manos de Morio intentaban ser tiernas mientras recorría el lastimado cuerpo de Ryu, lamentando haber sido

tan cruel con él. Enternecido, el casi albino guiaba las gruesas manos por su cuerpo, aferrándolas. Morio olvidó sus prejuicios y traumas. Sus labios probaron por fin los de otra persona sin obligación ni dudas. Lo que había rehuido por años, esta vez lo desbordaba con rabia y pasión en la lastimada piel de Ryu, quien se dejó llevar entre las sábanas, gimiendo como nunca, mirando al techo, conociendo por vez primera lo que era sentirse realmente amado. Morio pasaba por alto que el cuerpo del joven no fuese el de una mujer. Ya no le importaba. Sólo sabía que esa era la persona a quien entregaba su corazón y su vida. Y no necesitó propinar golpes. Por primera vez lo que hizo hablar a sus manos fueron intensas caricias devotas que derivaron en un desborde de palabras melosas, abrazados, entre susurros para no hacer ruido. Todo lo que siempre juró no hacer. Tenía que hacer el amor con Ryu. Quizás no habría otra noche como esa.

Entre trémulos besos, decidió internarse en una senda que había detestado gracias a Senryo. Su cuerpo erecto y duro necesitaba tomar el de Ryu. Y éste lo sabía, lo necesitaba y anhelaba. Con los ojos enrojecidos de lágrimas, Ryu llevó al bruto pelirrojo a través de su cuerpo hasta llegar al punto de unión donde no había vuelta atrás. Y sonrió cuando el enorme miembro del León rozó la suave entrada, aferrándose al cuello de Morio.

- ¿Recuerdas lo que te dije hace tiempo, Morio? Norima me deseaba. Y te comenté que mi padre le tenía prohibido amputarme extremidades y penetrar mi cuerpo…
- Recuerdo lo primero, mas no lo segundo…
- Norima nunca pudo hacerme suyo con su cuerpo. Me ha hecho pedazos con mil objetos e instrumentos de tortura, pero él nunca entró en mí. Mucha de su rabia viene de ese hecho, mi Capitán. Estuvo a punto de lograrlo esa noche que tú y Kanagawa lo detuvieron… pero gracias a ambos, a ti, sigue frustrado y sin haberme poseído… lo que trato de decir, Morio… es que serías en realidad el primero en tomarme. Por entero. Y quiero que lo hagas. Por favor… no dudes. Me entrego a ti.
- ¡Carajo, Ryu! ¡Cada vez eres más y más hermoso! ¡Te amo!

Jamás había pronunciado tales palabras para nadie. De sus relaciones anteriores no había salido nada más que recuerdos agridulces e incómodos. Embelesado, confesaba por primera vez un amor devoto y desinteresado. Y olvidando todo pudor, prejuicio y miedo, empujó su cadera contra el cuerpo de Ryu, quien no tuvo el menor problema en recibirle y ser uno con el hombre que amaba.

Y ambos desearon que aquella noche no terminara nunca.

En el Palacio, al mismo tiempo, alguien más gemía agudamente, en

medio de las sábanas. Senryo se dejaba llevar por el vaivén de su manipulador amante, que notaba más ansioso de lo habitual a su difícil protegido.

Y es que Senryo mismo había quedado cautivado por la imagen pálida del Príncipe Libélula y su extraña belleza masoquista.

Mientras Yagumo embestía en él, Senryo imaginaba el mundo de posibilidades que Ryu ofrecía para practicar sórdidos placeres. Su mente divagaba, imaginando al Libélula en un cepo, encadenado, con su erecto sexo estrujado por cadenas, hincado, sometido, a sus pies, suplicando por más tortura.

Lo quería para él. Y ahora que había hablado con Norima, más lo deseaba como un juguete sexual.

Y mientras Tatsumiya desbordaba fuego devoto hacia su señor, éste mordía sus labios imaginando deliciosas torturas eróticas para Ryu. “sí, querido Ryu, siente mi poder; siente mi cuerpo, mi dolor. ¡Yo voy a dominarte mucho mejor que el idiota de Morio! ¡Sé mío, oh, Ryu!”

Y fue ese pensamiento, esa imagen mental, la que hizo a Senryo tener un intenso orgasmo como hacía mucho no tenía.

Arriba, en el cielo, la luna creciente asomaba de nuevo.

CAPÍTULO 11
EL LEÓN Y LA PALOMA

Levantarse fue tremendamente difícil para ambos. Sabían que, a la décima hora, Morio se iba a unir con una mujer a la que no conocía y aquello podría suponer el final de la relación que tenían. En silencio, aún en la cama, Ryu se aferraba a ese cuerpo fuerte. Ninguno dormía, pero fingían hacerlo para no tener que levantarse y asumir la realidad.

Cuando Lady Miho tocó a la puerta, Morio aferró con sus afiladas garras la espalda de Ryu, lastimando su piel. Sabía que era el momento. Y el Príncipe Libélula besó su pecho con tristeza.

- Creo que tendrá que pasar…
- Y no quiero. Ya oigo a mi madre tocar la puerta. ¿Qué hora es?
- Lo ignoro, Mo…
- Morio, que es la octava, ¡tienes que levantarte!
- No quiero, madre. ¡Lo que hicieron fue una jugada muy sucia y lo sabes!
- No es mi decisión lo que pasó y lo sabes. Yo jamás aprobé esto, como jamás me opuse a la boda de Asayi, a diferencia de tu padre. Siempre he querido que ustedes sean felices. Yo no te traicionaría.

Pasaron varios minutos antes de que el corpulento león abriera, medio desnudo, despeinado y sumamente molesto. Había enviado a Ryu al patio personal de su habitación, donde un pequeño estanque de agua termal hacía de baño privado. Éste, despojado de sus ropas, pero muy cohibido, se introducía en el estanque, con el fin de tomar un baño y no intervenir en la discusión que seguramente vendría.

Y en efecto, vino.

- ¡No estás en posición de negarte, Morio! ¡Estamos hablando de una Madre Grulla, enviada por la Casa Imperial!
- ¿Y QUÉ? ¡NO ES MI ESPOSA! ¡Debió ser de Senryo! ¡Yo no tengo la culpa de que el maldito marica no tenga bolas para cumplir su deber!
- ¿QUÉ TE DICHO DEL LENGUAJE?
- ¿QUÉ TE DICHO DE SENRYO?
- Por todos los Dioses… ¡Yo sé lo que sientes! ¡Pero esto no es obra mía ni de tu padre!
- ¡No, no lo sabes, madre! ¡Te casaste con un hombre magnífico que te ama! ¡No te casaron con un gordo culero de malos modales! ¡No puedes imaginar lo que es que te ordenen unir tu vida a alguien que nunca has visto! Por cierto, ¡yo soy el gordo en esta situación! A ver, ¿ya le preguntaron a ella si se quiere

casar?

- ¿QUÉ?
- ¡Eso! ¿Qué tal que ella quiera ser monja o calígrafa y ya la andan casando con un animal como yo?
- Morio, eso que dices es un disparate…
- ¡Ah, pero qué bajeza! ¡Es un disparate pensar que ella quiere algo! Hagamos algo: primero pregúntenle qué opina de mí y si dice que soy un súper galán al que adora, vemos conocernos, ¿ajá?
  Vaya, no dices nada. Eso es porque ella tampoco me conoce. ¡ES RIDÍCULO CASARME!
- Morio, te tengo noticias: así son los matrimonios en la vida. Asayi y yo somos excepciones muy poco regulares a la regla.
- ¿No puedo ser yo la tercera?
- Vístete de inmediato. No diré más.
- No me visto. Tampoco diré más. Le diré a mi tío que siendo así, me dirijo a las Tierras Sombrías de vuelta a apoyar a los Oso.
- ¡No puedes hacerle esto a tus hombres! ¡Acaban de volver!
- Me voy solo entonces. Que me acompañe el príncipe Ryu.

En el estanque, Ryu sólo se hundía en el agua tibia ante la tensa situación que escuchaba en la habitación. Cuando oyó mencionar su nombre, se metió hasta el fondo. No quería ser inmiscuido en ese problema. Peor fue cuando una tercera voz se agregó al pleito. Ahora eran los dos padres ordenando al rebelde barbaján que obedeciera y se casara con esa Madre Grulla.

Aquello era un pleito familiar severo. Morio se negaba a sacar del atolladero a Senryo y casarse con quien debía ser su prometida. Los padres no dejaban de alegar que ese sería un terrible insulto a su Majestad el Emperador de Heian y podría meterlos en severos problemas. Cínico, Morio alegaba que las proezas León en las Tierras Sombrías debían bastar para pasar por alto ese supuesto insulto. Tuvo que llegar Asayi a mediar el pleito.

- Oye, animal, ¿tú admiras al general Yasakani, no es así?
- ¿Eso a qué viene, tarada?
- ¿Lo admiras o no?
- Obvio sí, ¡como si no lo supieras! ¡Mamá, mándala a traer pan o algo, dile que no se meta!
- Yo hablé personalmente con él cuando vino. Te voy a decir algo: él no toma alumnos. Nunca. Bajo ninguna circunstancia.
- ¡GRACIAS POR EL DATO INNECESARIO, ASAYI! ¡Estamos hablando de otra cosa!
- ¡Estamos hablando de lo mismo, imbécil! ¡Pon atención! Yasakani dice y sostiene que no toma ningún tipo de alumno.

Eso, por definición, rompe tus expectativas de ser entrenado por tu ídolo de la infancia. Pero…

- ¡Pero cállate, estamos hablando de la Maldita Madre Grulla!
- ¡Pero si te casas con la Madre Grulla, te vuelves parte de la Familia Imperial, por ende, él tiene la obligación de considerarte como tal y, cuando menos, sopesar la posibilidad de tomarte como alumno o como parte de su regimiento privado! ¡IMBÉCIL, BRUTO!

Tanto los padres como Morio callaron. Su enorme y musculoso hermano se había quedado de una pieza al oír eso. ¡Yasakani era su más grande admiración! Aquella perspectiva le daba algo de aliciente.

- ¿Estás segura de que él me va a entrenar?
- No, pero habría una alta posibilidad de que sucediese. Piénsalo. Sácale provecho a esa situación; porque, de todos modos, nuestro tío ya designó que va a pasar.
- ¡Más te vale que pase lo que dices, Asayi! De lo contrario, ¡juro que te rebanaré las piernas!
- Inténtalo y te dejo sin manos. Ahora, date un baño y luego vienes para que te vistan. Te diré algunos consejos sobre los matrimonios forzados mientras te arreglo para que intentes lucir algo decente. Animal.

Asayi, nada delicada, dio un buen bofetadón a su hermano, que le dejó la mejilla roja, y se alejó. Los padres sonrieron. Si alguien en esa familia podía controlar a la bestia, era ella. Con el rostro ardiendo, Morio volvió a su habitación, excusándose con sus padres por la discusión.

Obviamente, al llegar al estanque, Ryu le esperaba en silencio, sin saber si preguntar algo era correcto. El Libélula tragó saliva al ver a su amada Furia Roja despojarse de lo poco que le cubría, quedando desnudo para él. Internándose en el agua, buscó el cuerpo de su príncipe, para atraerlo a sus brazos y besarle con deseo.

- Oíste todo. Lo siento.
- Oh, Morio… cada que haces eso, olvido cualquier problema...

Ryu, jadeando, susurraba con voz meliflua, erótica, sumamente incitante. Mirándose a los ojos, besándose, ambos se dijeron todo sin palabras. Morio estaba deslumbrado por ese príncipe de piel blanca y Ryu adoraba a Morio de modo cada vez más intenso.

- Oye, saldremos de esta. Pase lo que pase, el Plan de joder a Otei sigue en pie, ¿estamos?
- A ciencia cierta, Morio, te interesa más a ti que a mí eso de vengarte. Sabes que estoy contigo. Pero una venganza ya no me atrae ahora que sé que correspondes a mis sentimientos. ¿Y si

dejamos todo por la paz?

- ¿Y si la puta sigue jodiendo gente en algún otro lado? ¡NO JODAS, RYU! ¡No pienso dejarla andar por ahí arruinando vidas! ¡Y todavía nos falta aplastar a Norima!
- Morio… eso déjalo. Si ya fue encerrado, con no verlo yo estoy bien. Por favor, desiste de esa idea.
- ¡Desisto una mierda, Katayama! ¡Ese hijo de perra te torturó y te violó! ¿Pues qué no sientes la sangre arder en tu cuerpo?
- Yo sólo quiero olvidar. Esto de la venganza no es un buen camino… Morio… van a casarte. Bastante problema es ese… concéntrate en una cosa a la vez…
- ¡Y una mierda con eso, Ryu! ¿Qué carajos te pasa? ¿Acaso vas a romper el acuerdo que tenemos?
- ¡Escúchate! ¡No dejas de hablar de esa venganza! Morio, me has dado los días más hermosos de mi vida. Cumpliste mi sueño de ver el mundo, de conocer gente, de comer como una persona, de ser un humano…. ¡La verdad no quiero renunciar a eso!
- ¡PUES LAS COSAS SON DE UN MODO! ¡NO VOY A DEJAR IMPUNE NI A NORIMA NI A LA PERRA ÉSA! ¡Y MÁS TE VALE QUE ESTÉS CONMIGO!

Furioso, Morio salió del estanque, dirigiéndose a vestirse, dejando a Ryu con un fuerte sentimiento de culpa. Ahora sentía que había arruinado todo con su actitud pusilánime. Abrazado contra sí, Ryu lloró mirando el agua cristalina y su cuerpo blanco. ¿Qué había hecho mal?

Nadie acudió a vestirlo ni atenderlo. Era mejor. No estaba de humor para eso. Se sentía culpable. No hacía ni un día de haberle confesado sus sentimientos y ya habían discutido. Apenas salía, ataviado y peinado, se topó con Tanehiro, que se venía enterando de la boda. Y ver la expresión abatida del Príncipe le confirmó todas las sospechas sobre sus presentimientos al respecto de él.

- Katayama—san… ¿qué pasó?
- Morio. Anoche, después de la reunión con el *Rojufu,* el señor Shido—sama anunció que hoy se casa con una princesa traída del Clan Grulla.
- …Ohhhh… ¡eso debió ser un golpe tremendo para él… y para usted!
- ¿Por qué supone eso? —Dijo poniéndose en modo defensivo.
- Por la cara que trae… ¿pasó algo entre ustedes?
- Está furioso por la noticia. La aceptó porque le dijeron que eso lo acercaría al General Yasakani, pero no lo tomó del todo bien. Y aparte… está necio a creer que yo puedo guiarlo hacia un amigo perdido.

Oír eso cimbró severamente a Tanehiro.

- Ese idiota… ¿qué le dijo sobre ese asunto?
- Me dijo que conocieron a una mujer hace años y que un amigo suyo desapareció después de conocerla. Cree que él puede seguir vivo y que, de algún modo, yo puedo servirle de ayuda para hallarlo…
- ¿Y de dónde sacó semejante idea?

Tanehiro ya se estaba acercando al punto que llevaba meses intentando conectar: Ryu tenía conexión con Otei y Morio la estaba utilizando. Y estaba casi seguro que tenía que ver con espirales y plumas de cuervo. Pero Ryu no iba a confesar ni a mostrar esas terribles cicatrices.

- De mi sanación —hábil, Ryu esquivó toda conexión con las marcas de su cuerpo—. Cree que eso podría interesarle a esa mujer. Pero, siendo sincero… yo ya no quiero vivir dolor. Los días aquí han sido tan bellos… ¡Sólo quiero estar en paz!

El joven hechicero no sabía si esas lágrimas eran genuinas o un magnífico teatro montado por un mentiroso experto. Su noble aura percibía sinceridad en él. Y no era mentira que Norima era un monstruo obsesivo que le había destruido el cuerpo y el alma. Se veía sincero. Y como el Monje de Luz que era, quiso creer en la bondad de los demás. Suspirando, tomó los hombros del Príncipe.

- …Y cuando Morio oyó eso, seguro se puso furioso y le gritó de modo horrible. ¿Me equivoco?
- Ya lo conoce… ¿verdad?
- Desde niños. Siempre ha sido irascible. Y desde hace unos años, es peor.
- Siento que hice algo mal. Pero no quiero volver a saber de Norima. Si vive, si muere… ¡que hagan con él lo que sea, lejos de mí! No quiero venganza, Kanagawa—san. ¡Quiero olvido! Y… no sé si pueda pedirle algo…
- Claro, Katayama—san…
- Si todo llegara a fallar… si Norima volviera o si mi enfermedad agravara… ¿puedo pedirle que me quite la vida? Sin ninguna contemplación. Por favor…

Aquello fue un golpe para el joven Monje. No estaba mintiendo. Tanehiro percibió entonces esa alma pacífica de la que tanto hablaba Morio. Ese muchacho no era como Otei. Con dulzura, Tanehiro abrazó al abatido príncipe, preguntándose si él en su lugar podría tener la entereza de sólo olvidar tanto daño recibido. Ryu se dejó ir en silencio, llorando por el rechazo de Morio. Lo amaba devotamente. Y

oírle gritar había sido doloroso para su alma. El joven monje no pudo percibir en él esa agresividad ni ese halo demoníaco de los meses anteriores. Era como si hubiera desaparecido. Ryu ahora era sólo un muchacho víctima de un terrible maltrato que únicamente rogaba por amor y olvido. No pudo ser severo con él. Lo llevó a los jardines para distraerlo.

- No tardo, Majestad Katayama. Iré por una vasija. Y sobre lo que me ha pedido… le ayudaré mejor a vivir y vencer.

Ryu volvió a quedarse solo en esos jardines, llorando en silencio, mirando su reflejo en el agua, sin saber cómo hacer que Morio volviera a ser dulce con él.

Y entonces volvió a verla.

La misma jovencita pequeña, ataviada en enormes kimonos que antes le había saludado. Para no lucir abatido, limpió sus lágrimas con el dorso de la mano y le volvió a sonreír, encantador y dulce.

Ella le miraba de lejos, tímida y con el corazón henchido de gusto. Con una reverencia, agradeció el dulce gesto del Príncipe y volvió a sus aposentos, feliz y gozosa.

- Madre Obe, ¡madre Obe! Sé que no debía, ¡pero volví a verlo! ¡Es tan gentil!
- ¿A quién volviste a ver?
- ¡Al Capitán Asakura! Senryo me había dicho que era una pesadilla, ¡pero no es así!
- ¿Asakura Morio? ¿El León de Fuego? ¿Estás segura? ¿Dónde lo viste?
- En los jardines. Es él, Madre Obe, y no es el sanguinario león que el grosero misógino de Senryo me advirtió que sería. Me ofreció una flor y me saludó cortés y amable. ¡Ah, estoy tan feliz! ¡Voy a casarme con un joven muy apuesto y gentil! ¡Temía tanto que fuese un gordo viejo o un barbaján aguerrido sin modales como casi todos en este clan! Creo que es hora de vestirme. ¿Me ayudas?

Todo el Clan se preparaba para esa importante Boda. La Casa Asakura estaba llena de criados que iban y venían llevando elementos de fiesta, las calles se veían llenas de curiosos que deseaban ver de lejos la ceremonia, el palacio también rebosaba de gente atareada…

…Y en sus aposentos, Morio estaba furioso, siendo ataviado con un fastuoso kimono escarlata que rivalizaba con las escandalosas vestimentas de Senryo. Cuando Ryu y Tanehiro volvían con una vasija

de porcelana, vieron salir de la habitación a un criado, al cual alcanzó un objeto contundente, golpeando su cabeza. Morio gritaba improperios y obscenidades sobre su traje.

Al asomarse, ambos le vieron. De pie, como un maniquí, inmóvil y furioso, vestido con gala y fastuosidad. Ryu no podía contener las emociones al verlo, pese a la reyerta anterior. Quería decirle lo hermoso y poderoso que se veía. Pero Morio estaba tan de mal humor, que hubiera sido un error mencionar algo al respecto.

Asayi llevó entonces a Tanehiro y Ryu a vestirse apropiadamente para la boda. Seria, adusta y poderosa, jaló a cada uno de una manga.

- Muy bien, parásitos. A mí no me importa que uno sea monje guerrero y el otro, un príncipe. ¡Los dos se van a vestir adecuadamente para la ocasión!
- ¿Ehhhh? ¡Pero Asayi—san! ¡Yo no percibo las banalidades del mundo!
- ¡Y yo apenas y conozco los protocolos de ese mundo que menciona!
- ¡Consideren entonces esto como un contacto con el exterior, que buena falta les hace! ¡YOSHIMI! ¡TRAE LAS VESTIMENTAS!

A órdenes de Asayi, una criaturilla de no más de 14 años, peinada con altas coletas y el cabello negrísimo teñido de rojo en las puntas, hizo su aparición con ropas fastuosas y hermosas.

- ¡A la Orden, Bruja Maligna! ¡Hola, Tane—chan! ¿Ya estás listo para el suplicio de Mo—chan?
- Preciosa Yoshimi… ¿Ya conocías al Príncipe Katayama de los Libélula? Lo trajo tu hermano…
- ¡Ohhhhh, pero qué lindo es! ¡Tan precioso, como si estuviera hecho de la Luna! ¡Un placer conoceros! ¡Soy Asakura Yoshimi, hermana menor del Capitán Mo—chan y de la Bruja Maligna, Asa—chan!
- ¡Deja de decirles “chan” a todos y dales las vestimentas, Yoshimi!
- ¡Ohhh, qué genio tienes, Bruja Maligna! ¡Tane lindo chan, toma! Este sayal es para ti. Y para el Príncipe de Luna, mamá ha dispuesto este traje en plata y verde. ¡Se verá tan lindo! ¿Tienes novia, Príncipe?
- ¡YOSHIMI!
- ¡No puedes evitar que haga el intento!
- ¿O sea que he perdido tu amor, hermosa Yoshimi? —Preguntó Tanehiro, sonriendo con ternura.
- ¡Oh, no, Tane .chan! ¡En todo caso podría tener a uno como

esposo y otro como amante!

- Dudo que cualquiera de nosotros considere ser un plato de segunda mesa. Mejor piénsalo bien y nos dices tu decisión.
- ¡Je, está bien! ¡Decidiré por uno al final del día!

La jovencita guiñó el ojo y fue a sus aposentos, jalada por la adusta Asayi, para ser vestida adecuadamente para la boda.

- Y esa es la Familia Asakura. ¿Qué opina de ellos, Majestad?
- Totalmente distinto a lo que he vivido. Esa niña posee un alma muy pura y diáfana. Se parece a un niño que conocí… dioses, Tanehiro. Juro que me va a costar mucho ir a esa ceremonia… no sé cómo actuar…
- Quédese a mi lado entonces. Yo le iré diciendo cómo comportarse. Vayamos a cambiarnos y ataviarnos, que nos queda una hora para la ceremonia.

Intrincadas escaleras llenas de gente y faroles rojos llevaban hacia el Templo donde se llevaría a cabo la boda. Como Shishiyama estaba anclada a la roca, todas sus calles eran escaleras, rampas, subidas y bajadas. Una nueva cosa que Ryu tuvo que aprender: a vivir en un sitio lleno de escaleras. Del brazo de Tanehiro, recorrió las calles para toparse con los del Regimiento, que habían sido tomados por sorpresa con la noticia y llevaban sus ropas “menos peores” para asistir a la boda. Todos estaban desconcertados. Ryu les narró lo intempestivo de la noticia y cómo los había tomado enteramente desprevenidos.

El grupo llegó al tempo de dorado techo, decorado con banderas blancas, rojas y amarillas y donde el incienso, los crisantemos y las oraciones ya se dejaban oír. Ryu pasó entre ellas sintiendo una extraña incomodidad y cierto enrojecimiento debajo de sus brazaletes de los antebrazos, pegado al brazo de Tanehiro. Una vez más, la gente, el ruido y los aromas saturaron su cuerpo acostumbrado a la negrura, el dolor y la soledad.

Entraron al templo, donde ya se reunían los altos nobles. Presidía un viejo sacerdote en un altar de oro, donde la estatua del enorme León del mismo metal sostenía una esfera en su pata, vigilante, protector del clan. El Gong sonó por primera vez. Los nobles y generales entraron. Reconoció a todos los de la comida: los padres de Morio, Yamashita, el cetrino *Rojufu* y, por supuesto, Lord Senryo, que entró vestido como una diosa, intentando opacar a los novios con su fastuoso traje dorado, hecho de incontables sedas; con un *tessen* negro, de armazón dorado y puntas afiladas, con su presencia rimbombante y al lado, con su fiel y elegante consejero y amante, que dirigió una despectiva mirada tanto al Libélula como al pacífico monje. Tanehiro frunció el ceño, simulando a un adorable conejillo molesto. Senryo,

descarado y con los ojos vibrando al ver al Príncipe Masoquista, fue a plantarse directo a su lado, sonriéndole incitante y obsceno. Ryu se hizo a un lado, disimulando los devaneos de Senryo y buscando con la mirada a Norima. ¿Lo habrían invitado?

Obvio no. Norima seguía preso, golpeado y supurando, acusado de violación.

Morio ya esperaba a la novia en el altar, rascándose el cuello por los bordados en oro de su hermoso traje, y viendo con odio cómo Senryo se plantaba oportunamente al lado de su Ryu. Los minutos de espera eran una tortura para ambos. Morio seguía furioso esperando a la novia y Ryu deseaba despellejar a esa joven que no conocía, pero que ya odiaba gracias a su inoportuna intervención en su relación. Incluso pensaba en el gusto que le daría que la fulana sufriera un accidente muy sangriento que la dejara sin vida.

Y fue cuando el Palanquín llegó.

Una lluvia de pétalos de crisantemo se dejó caer sobre la delicada princesa de preciosa piel y larguísimo cabello que bajaba del Palanquín, soñando con el Día Ideal, el Día para el que nació, del que le habían hablado maravillas. Y que ella anhelaba feliz, segura de que su futuro marido era un joven delicado, de cabellos platinados y ojos verdosos con un alma gentil y noble.

Qué equivocada estaba.

La felicidad con que entró al templo se disipó de golpe al ver a su soñado prometido, ataviado no con el traje ceremonial de boda, sino con un traje para noble verde y plateado; acomodado entre los invitados de honor, con un rostro de sorpresa tan grande como el suyo.

Ryu ya había pensado incluso cómo quebrar su cabeza en un accidente, cuando vio entrar a la chiquilla de Palacio, la niña tímida a la que varias veces ofreció flores. Y ella casi rompió a llorar al ver en el altar al monstruo rojo, malencarado y violento del que tanto le hablara Senryo con cizaña pura. Un animal de malos modos y violencia en la sangre que, al verla, le dirigió la mirada más despectiva y llena de furia de toda su corta vida.

La princesa quería llorar. Morio no disimulaba su molestia; Ryu estaba con la boca abierta, Tanehiro estaba confundido y Senryo no cabía en sí de la malsana diversión que esa boda le estaba dando.

El sacerdote ofició una ceremonia donde no había amor ni elección. Ninguno quería eso. Ambos estaban ahí por simple conveniencia política, pero la corte entera parecía estar de acuerdo, tratando ese hecho como algo normal y común. Casi nadie en Heian se casaba por

amor o deliberación. Las bodas, sobre todo entre altas esferas de poder, solían estar completamente arregladas en pos de uniones fructíferas que amasaran más riqueza o poder para las familias de los contrayentes. Y esta no era la excepción. Cada clan tenía a una joven Grulla, enviada para casarse con el heredero al trono o algún alto noble y dejar en cada clan descendientes de su estirpe. De ese modo, la casa Imperial siempre tenía presencia, familia, espías y poder en cada clan. Cada Madre Grulla era un ancla para evitar sediciones o rebeliones en los clanes.

El sacerdote, en su papel, habló hermosamente sobre el amor de una pareja, narrando pasajes y leyendas sobre cómo los dioses se habían cortejado para dar paso a la humanidad. Los novios no entendían esas palabras; sólo se miraban uno al otro, intentando buscar algo que pudiera unirlos. Y sólo hallaban negatividad en los ojos del contrario.

La mirada de Morio destilaba despotismo y rabia pura.
La de Akemi, desesperanza y melancolía.
Atados por conveniencia a vivir una vida que no querían.

Siguiendo con la ceremonia, el sacerdote ató a la pareja con un lazo blanco, símbolo de una unión fructífera. Ambos cedieron, callados y resignados. Senryo no cabía en sí de gusto, mirando a su odiado primo hundirse en un matrimonio forzado para toda la vida. Y aún faltaba la puntilla: cada uno debía recitar votos matrimoniales al otro.

¿Qué hipocresía podían decirse si ni siquiera sabían sus nombres?

El León Rojo tomó la palabra, con voz fuerte y clara que dejó fría a Akemi:

"Bajo la luna sangrante te busqué y me buscaste.

Me amaste porque hasta este día, todo era oscuridad en tu vida

No sé cómo lidiar con esto. Nunca he amado.
Pero mi corazón puede aprender a hacerlo.
Enséñame tu modo de amar, lo encuentro fascinante.
No me importa quién seas, te amo porque eres tú.
Y destruiré con mi espada a aquel que intente interponerse"

La inusual declaración dejó atónita a la corte. ¿Qué clase de votos matrimoniales eran esos? Shido excusó a su sobrinito, sabiendo lo seco y violento que podía ser. No imaginaba ni por asomo que tales frases viscerales salidas del corazón, no eran para la delicada princesa, sino para el cetrino Príncipe Libélula, que identificó cada palabra con los hechos que los habían rodeado desde que se conocieron. Tanehiro mismo trataba de no sacar la conclusión obvia. Miró hacia Ryu, quien estaba rojo y amoscado, con una mezcla de sentimientos por las palabras de Morio... y por las caricias de Senryo en sus piernas.

Molesto, el monje intercambió sitios con Ryu para evitar que Senryo siguiera fastidiando.

Ahora era el turno de la Princesa, quien recitó unos votos igualmente crípticos:

“Desde niña he soñado con verte, con conocerte.

Y te hallé en un mar de crisantemos blancos bajo la luz de mediodía

Y te creí quizás un enviado del cielo
Si lo eres, caminemos juntos
Y si no, de todos modos mi brazo estará para apoyar al tuyo
sea en las batallas o en lo que necesites
A veces el mundo se forja de las alianzas más extrañas”

Aquello dejó mudos a todos. Ryu sintió doble golpe. Esa arenga también era para él.

El silencio fue roto por Senryo:

- ¡Y he ahí el sublime momento en que el Héroe y la Princesa unen sus almas inmaculadas en un soberbio abrazo de amor primaveral! Simplemente dulce, tierno y conmovedor... ¡Qué lástima que no sea “otra” la “persona desposada”! Pero por favor, no nos dejen en ascuas, ¡son tan románticos! ¿Van a besarse?

Morio, furioso, casi desenfundó la espada ante la bravata, pero su ahora esposa le detuvo. Ambos se miraron, notando que había algo en común:

Ambos detestaban a Senryo. Eso era un buen comienzo.

Sin embargo, tuvieron que darle gusto a la postre. Con arroz y una ceremonia religiosa la boda se concretó. Los novios se abrazaron y ella se refugió en su pecho, llorando.

- No te amo —Dijo Morio en su oído, abrazándola.
- Yo tampoco —respondió ella entre un amargo llanto de desazón.

Un beso amargo cerró el pacto
El León y la Paloma ahora eran marido y mujer.

CAPÍTULO 12

UNA BODA LLENA DE RECELOS

Con flores, música y una ovación general, los novios salieron del templo, fingiendo ser felices con muy malos resultados. Al pueblo poco le importaba. Ellos sólo veían dicha en ambos. Los *biwa* sonaban y los cantantes ya interpretaban odas a la bravura viril de Morio y a la dichosa prosperidad de Akemi, quienes fueron subidos a un palanquín para ser llevados a palacio. Morio se asomó, buscando a su Ryu y a Tanehiro. Los halló saliendo del templo. Tanehiro se enfrentaba verbalmente a Tatsumiya, quien le trataba de modo displicente.

- Oye, tú, Kanagawa... tu salida es por aquella puerta. No porque seas amigo del desposado estás a nuestra altura, ¿eh?
- Lo está —intervino Ryu colocándose entre ambos, levantando el rostro por primera vez en su vida y sacando un valor que desconocía en él—. Kanagawa—san no se separará de mí. Y el señor de este Clan dice que soy un Embajador. Así que le recomiendo menos escándalo y más decoro. Y que frene a su "señor", cuyo comportamiento es deplorable.
- ¡Pero cómo os atrevéis!
- ¡Lo mismo me pregunto! Lord Senryo no dejaba de tocarme en la ceremonia. ¡Un poco de decoro debería tener, creo yo! Vamos, Kanawaga.

Ambos se alejaron, dejando a Yagumo molesto. Senryo, desde una escalinata, miraba a Ryu con deseo, murmurando "ya serás mío, cosita rica". Tanehiro y Ryu bajaban la escalera de piedra con rumbo hacia la calle que los llevaría a palacio, cuando se les pegó el fogoso Calabacín.

- Hey, Tane, ¿van para el palacio?
- Sí. Ven de una vez y nos vamos juntos.
- Hecho. ¿Qué tal la boda, Katayama—san? Rara, ¿no?

Ryu no le respondió por estar viendo hacia Senryo, quien, desde su puesto, no dejaba de hacerle señas obscenas. Y Kuro no tomó para nada a bien que le ignoraran.

- ¡Hey, Katayama, le estoy hablando! ¡Oiga! ¿Ves eso, Tanehiro? ¡Será cabrón, ni caso me hizo!
- Creo que Senryo lo tiene de malas. No dejó de incomodarlo en toda la boda… le llamaré ahora y…
- ¡No, no! No lo hagas. No voy a estarle rogando a ese pedantito mustio. Que se vaya al carajo. ¿Sabes qué? Me voy por mi lado al palacio. ¡Dile que trague ñame! Estúpido bobalicón de mierda…

Kurono se alejó mascullando cantidad de insultos. Y la escena no pasó

inadvertida para el par de víboras, que de inmediato pusieron manos a la obra. Fue Yagumo quien se acercó al inocente calabacito, analizándolo a detalle: modo de caminar, vocabulario, ropa, todo. Kurono gritaba a los cuatro vientos ser un adolescente enojón, remolón, irascible y lleno de pureza. Una candidez muy interesante de corromper.

- Veo que no le agrada el príncipe Katayama, ¿cierto?
- ¿Mmm? ¿Y usted qué desea? —preguntó desconfiado el chiquillo, al ver acercarse al apuesto y pedante noble de larga cabellera.
- Oh, nada en especial. Sólo comparto su opinión de que el príncipe Libélula abusa de su confianza con el capitán Asakura.
- ¿Usted es algo del Capitán?
- Morio es mi primo y me preocupa que el príncipe se aproveche de su posición para ganar adeptos en nuestro Clan.
- ¿Primo suyo? No se le parece en nada... ¿Cuál es su nombre, señor?

Kurono no confiaba fácilmente en desconocidos. Y menos en ése, tan delicado y refinado. Inflando las mejillas, se paró de puntas para analizar mejor el afilado rostro de Tatsumiya, quien sonrió fascinado con las acciones del muchachito. Parecía pedir un beso, de tan mono que lucía.

- Tiene razón. ¡Cuánta descortesía de mi parte! Tatsumiya Yagumo, alto noble del Clan, hijo de Lady Tatsumiya Ruri, consejero personal de su Majestad Lord Senryo—sama, encargado de las finanzas del clan, amigo "*personal e íntimo*" del General Yasakani, y como dije, Morio es mi primo. En segundo grado.
- ¡Cuántos títulos! Yagumo, ¿eh? ¿Y a usted no le agrada el dichoso "príncipe"?
- Tal es el motivo de mi intempestivo avance hacia vos, noble guerrero cuyo nombre desconozco…
- ¿Intempus…qué? ¡Ah, sí, mi nombre! Me llamo Kurono. Matsubara Kurono. ¿Cree que ese Príncipe sea un aprovechado?
- Justamente tengo la divagante hipótesis de que no sea lo que aparenta. Pero sin duda no puedo emitir un juicio basado sólo en una corazonada.
- Habla usted muy raro, oiga. Pero creo que puedo pedirle ayuda. ¿Me deja? En privado.
- Nada me honraría más, amable samurái…

Como una araña tejiendo su trampa para la mosca, Yagumo llevó al cándido joven al palacio, donde ya se oía la fiesta. Pero lejos de llevarlo directo a la celebración, le guió a través de los hermosos

jardines, buscando alguno cerca de sus aposentos. Perverso y hábil, ya maquinaba cómo sacarle información y tomar su pureza ese mismo día. Sonriendo para sus adentros y oculto por un *tessen* decorativo de menor tamaño que el de Senryo, Yagumo llevó a Kurono a un precioso estanque rodeado por blanca piedra caliza, donde hermosos cerezos dormitaban esperando el regreso de la primavera.

- Bueno, creo que este sitio es idóneo para hablar. Estimado Kuro—san, con gusto escucho lo que tenga para decirme.
- Dígame la verdad, Yagumo—san... ¿por qué le preocupa mi capitán Asakura?
- Más que él, me preocupa que ese joven dice ser el hijo de un clan que no tiene descendientes. Algunas facciones nobles León temen que sea incluso un impostor usando el nombre de Katayama.
- Mmm... vaya... mire, la verdad ese tipo no me da buena espina... llámeme paranoico, si desea, pero desde que llegó, el Capi está MUY cambiado
- ¿A qué te refieres exactamente con "cambiado"?
- No sé... no era así... digo, hasta eso no me quejo...ya no se enoja tanto como antes y hasta se ha vuelto más amable, pero...
- ¿…Pero?
- ... No lo sé... siéntese, Yagumo—san... Es decir… no es que haya hecho algo como tal. Pero hay algo en él… pareciera ser que soy el único que nota la nefasta influencia de Takayama... ¡hasta Tanehiro parece alelado con su hechizo!
- ¿Un hechizo, dices? ¿Estás hablando de magia real o figurativa, querido muchacho?
- De magia fugirina… figurita… ¡Eso que dijo! A ver, se lo explico con un "supongando".
- ¿Un qué?
- Un "supongando", cuando supones algo que no ha pasado, pero sí…
- Te refieres a un marco referencial hipotético…
- ¡No, nada que ver con el hipo! ¡Me hace pelotas! O sea… imagínese esto y respóndame sinceramente... suponga que el Príncipe Senryo conoce a un tipo y ese mismo día pide su custodia, al día siguiente lo empieza a entrenar y en apenas dos meses este tipo ya tiene mayor grado que usted y no solo eso: Senryo ya lo llama su hermano... ¿qué pensaría?
- Creo que no tengo que imaginarlo, Kurono—san… —respondió pensando justamente en el ansia sexual que llevaba días carcomiendo a Senryo, misma que coincidía justamente con la llegada del dichoso Príncipe Libélula—. He notado eso desde que Asakura volvió.

- ¡Por todos los dioses, entonces no soy el único! ¡Gracias, señor! ¡El tal Katayama oculta algo y no me gusta! ¡Ayúdeme, por favor! ¿Puede?
- Claro que sí, pero en ese caso, necesitaré entonces que me des detalles sobre lo que sepas y recuerdes sobre Katayama Ryu. Todo. Cómo lo ven los demás, qué dicen en Asahina, qué cambios han ocurrido en Morio…
- ¡Cambios! ¡Oh, sí que puedo decirle de eso! El Capi siempre ha sido muy enojón, siempre grita, siempre de malas. Es un gran hombre, pero hace mucho que no le veía sonreír. Desde que llegó Katayama, sonríe y es menos enojón. Katayama, por su parte, es "raro". Y digo "raro" porque no se despega del Capi para nada… es muy débil, pero para la "enfermedad" que tiene, es demasiado ágil… hace movimientos y maniobras dignas de un malabarista. Y aguanta mucho el dolor. La otra vez le vi quemarse las palmas de las manos con una olla y estar como si nada al día siguiente. Y cuando combatí con él, se puso muy agresivo, como una fiera. ¡Juraría que sus ojos brillaron en un color verde muy raro y que le salieron garras! También está lo de Hideki. Hideki es un amigo. Él puede ver fantasmas y cosas raras, Y desde que llegó Katayama, le duele mucho el corazón. Y sus ojos no dejan de ver a cada rato espectros y cosas horribles. Por eso, muchos tememos que sea un demonio disfrazado de hombre.
- Todo eso es muy interesante y, sobre todo, tremendo. Son pruebas muy fuertes de que lidiamos con fuerzas más allá de nuestra comprensión. Hablaré con nuestro señor Shido – sama al respecto. Por ahora, es mejor que vuelvas a la fiesta. Sin embargo, estaremos en contacto. Si logras averiguar más detalles sobre ese oprobioso Príncipe, con gusto podemos fraguar juntos un plan que nos ayude a desenmascararlo y alejar su nefasta influencia de tu querido Capitán, ¿qué opinas?
- ¡Oh, por los dioses, sí! ¡Domo arigato, Yagumo – san! ¿cómo puedo pagarle su ayuda, milord?
- ¿Pagar? ¡Oh, no, mi apreciado muchacho! No es el móvil pecuniario lo que mueve mi interés, sino el saber que mi primo está libre de extraños y funestos influjos. Vuelve ahora, querido. Si necesitas buscarme, este sitio es un excelente punto de encuentro para ambos. Deja un mensaje en el hueco de este árbol y ten por seguro que yo lo leeré. Nos contactaremos aquí.
- Es usted un gran hombre, Yagumo – san, aunque no entiendo mucho de lo que dice. ¡Gracias de nuevo!

Kurono se alejó, dejando maravillado a Yagumo. En poco tiempo, el ingenuo niño le había dado suficiente material para poner en muy mal

sitio a Morio. Le miró alejarse. Se recriminó un poco el no haber cedido a su impulso de tomar la virginidad del muchacho. Pero Tatsumiya sabía ser paciente. Y sabía que no hay mejor modo de ganarse la confianza de alguien que siendo amable y agradable. Por ello, supo tener paciencia. Ya obtendría sus favores sexuales sin problema alguno.

Kuro corría por los jardines hacia el banquete nupcial, cuando una portentosa voz lo llamó.

- ¡Hey, Calabazo! ¿dónde has estado?
- ¿Ehee? ¡Ta—takao—san! ¿Qué… qué pasa?
- ¿Qué pasa? ¡Llevo una hora buscándote! ¿Pues donde has estado, Matsubara?
- Yo… sólo daba una vuelta por los jardines… no me gustan las celebraciones de la nobleza, y…

En ese momento, una alta figura se divisó entre los jardines. Una figura muy conocida por Takao y los Leones de Hierro mayores. Lascivo, intrigante… el cruel Tatsumiya Yagumo paseaba y su mirada gélida se posó burlona en el gigantesco león. Takao sólo apretó los puños mientras adivinaba con facilidad lo que había ocurrido.

- ¡Ese perro de Tatsumiya! ¿Qué te hizo, Kurono?
- ¿Quién? No sé de qué hablas…
- ¡Del hijo de perra de Tatsumiya! ¿Te molestó, te insinuó algo? ¿Se te acercó siquiera?

Kurono dudó por un instante, Tatsumiya le había parecido una buena persona; pero la mirada de Takao le alertó mucho, así que sólo desvió la mirada hacia el noble, que sonreía maliciosamente hacia donde estaban y frunció el ceño, en plena señal de desprecio, como si nunca hubiese pasado nada.

- ¿Y ése afeminado quién es? ¡En mi vida lo había visto! Pero, ¡vaya carita que se carga!
- Pues “ése afeminado” es primo del Capi… y según sé, es una lacra que gusta de la intriga y el libertinaje, detesta a Morio—san y hará lo que sea por hacerle daño o desprestigiarlo ante el daimyo. Pase lo que pase ¡no te acerques a él ni le digas nada!

La culpa cayó sobre Kurono como un enorme bloque de piedra… ¡había hablado con él y le había dicho cosas que podían ser armas para destituir a su líder! Sin levantar la mirada, Kurono sólo empezó a caminar por el pasillo, diciendo a Takao con voz vacía… “no se preocupe, Kondo—san, ni siquiera había notado su presencia…”.

Para Kondo esta actitud resultó extraña… seguramente, Tatsumiya había molestado a Kurono, pero éste se resistía a hablar para no crear algún problema, así que se prometió buscar después a Yagumo… e

interrogarle personalmente.

Kondo guió a Kurono por el Palacio, evadiendo el banquete nupcial y llevándolo hacia los cuarteles militares. Aquello se ponía feo, seguro le preguntaría qué había pasado, y Kurono jamás mentía… ¿Qué iba a hacer? Su frente sudaba frío y su pulso se aceleraba… se sentía atrapado y no sabía cómo sobrevivir al interrogatorio de Takao. Al entrar, se topó con que todo el regimiento se hallaba reunido, presididos por Tanehiro. Esto le dio algo de tranquilidad, más, al verlo, Tanehiro supo que algo había pasado. Nada se le podía ocultar a ese extraño joven de aura mágica.

- Vaya, vaya, Matsubara, te pierdes una hora y regresas muy cambiado… ya hablaré contigo de ello. Señores, supongo que conocen la razón por la que los he mandado llamar. Una razón de extraños ojos verdes que muchos no toleran…
- ¿Katayama Ryu? –indagó el apuesto Kenji.
- ¡Veo que el clamor es general! Leones de Hierro, en corto tiempo hemos sido testigos del extraño cambio de actitud en nuestro capitán, provocado por la llegada del joven príncipe del clan de la Libélula. Sé que muchos de ustedes no ven con buenos ojos su estadía entre nosotros, así que antes de continuar, quiero que aquellos que piensen que Katayama es peligroso, den un paso al frente.

Durante un largo rato nadie dijo nada ni articuló palabra. Kurono sólo miraba con coraje a sus compañeros. ¡Sabía que, de algún modo, más de uno no confiaba en Ryu! Pero, curiosamente nadie decía nada; así que decidió ser el primero en levantar el clamor; como siempre, con su acostumbrada pasión.

- ¡YO, KANAGAWA—SAN! –dijo dando un decidido paso y levantando su brazo con furia.
- ¡Como siempre, con ímpetu, Matsubara! ¿Alguien más?

Cuatro más de los Leones dieron un paso al frente: Iida Ryuji, Oshimoto Hideki, Ozawa Yuuhi y el siempre feliz Nakajima Tômbo, para sorpresa de todos.

- ¿Y bien? ¿A qué debemos la incomodidad, señores?
- Creo que es obvio, Kanagawa—san… —inquirió Hideki, señalando su corazón.
- Yo ya se los había dicho: me remite a la Secta del Loto. Y a las desapariciones de personas en los pueblos lejanos a la Capital. —Comentó Yuuhi.
- No sólo ahí hubo desapariciones —Interrumpió Kensuke— también en Nara se habla de gente perdida desde hace medio año. Se llevan a niños indigentes, niños que generalmente son invisibles para la gente, por eso no lo notan. La carta de un

amigo me dijo que había un chico que solía limpiar sus calzas cada mañana a cambio de unas monedas. Cuando dejó de verlo por semanas, preguntó a los lugareños. Nadie sabía y a nadie le importaba. Sin embargo, él jura que volvió a verlo tres meses después, pero estaba distinto, mutado. Parecía una especie de ser reptilesco, con lengua bífida y ojos que brillaban en la oscuridad. Lleno de púas en el cuerpo.

- Chido tu cuento de terror —interrumpió Ryuji— pero, ¿eso qué tiene que ver con el marica de Katayama? Por mucho que me reviente la bilis, esas leyendas no se relacionan con él.
- Eso es verdad —terció Tanehiro—. Lamentablemente, lo que dijo tu amigo no pasa de ser una historia sin fundamento, Kensuke. Ryu no es un rumor. Está aquí y es un hecho que no nos agrada.
- Oye, no hables por todos —intervino Takao—. A mí no me desagrada.
- Pues qué pinche traidor nos saliste, Kondo.
- Jódete, Ryuji. No es traición, es sólo que siento que todo es demasiado circunstancial como para culparlo de algo.
- ¡Cabrón…! ¿No estuviste en el Bosque de las Almas Perdidas con nosotros? ¿No viste lo que pasó ahí? ¡Las putas almas se lo estaban llevando!
- Sí, pero no sabemos por qué.
- Y eso es justo lo que debemos averiguar —Tanehiro retomó el mando—. Como equipo, debemos trabajar unidos en buscar información sobre seres similares a Ryu.
- Hideki —Ryuji, escamoteador, jaló el cabello del aludido, señalándolo.
- ¡Oye, no digas eso!
- Pero es verdad. Te pareces a él: cabello canoso, ojos raros, blanco…
- ¿QU—QU…QUÉ MIERDA INSIN—INS—INSINÚAS, RYUJI?
- Aquí no se insinúa nada, ¡Ryuji, por favor, compórtate! —Tanehiro empezaba a perderle la paciencia al belicoso torturador—. Hideki mismo no sabe qué pasa con su habilidad. Aunque no sería descabellado que comenzara a hacerlo. Hideki, ¿tu padre te ha hablado sobre tu madre?
- ¿B—bromeas? ¡A duras penas me dirige la palabra! ¿C—c—cómo puedo hablarle de lo que sea, si nunca me quiere mirar siquiera?
- Llévale una botella de sake y dile que quieres pasar un momento de padre e hijo. Ya cuando lo tengas bien ebrio, sácale la información —repuso Kaname con los brazos cruzados.
- ¡N—no p—p—puedo hacer eso!

- ¡Cuando no hay voluntad, no hay voluntad, Hideki! ¡Mereces que te diga de dónde heredaste esa maldición de ver cosas sobrenaturales!
- ¡DE NUEVO, ORDEN! —Tanehiro comenzaba a entender por qué Morio vociferaba tanto y se daba a entender a golpes. Ese grupo no era nada fácil de controlar—. No es mala idea. Hideki: por tu parte, intenta averiguar de dónde proviene la herencia de tus ojos. Kozue, tu novia trabaja en los altos Archivos de palacio, ¿cierto?
- ¿Midori? Sí. Ayuda a registrar pergaminos y esas cosas.
- Pídele un salvoconducto al área de ciencias ocultas. Dile que es para mí. Entraremos a los Archivos en busca de información sobre gente con ojos de color raro y habilidades portentosas.
- ¿Y si no hallamos nada?
- Kensuke y Panda irán entonces al Templo Kitsu, donde me crié. Seguro mi maestro Tetsuyama—san sabrá algo o nos dirá dónde hallar información. Yo no debo alejarme mucho de la capital, en específico de Norima. El hechizo que le puse posee un rango de acción y se debilita conforme me distancio. Y no pienso vivir cargando con él. Mientras tanto, lo mejor será que mantengamos vigilado a Ryu Katayama. Ahora que Morio está casado, le resultará muy difícil estar pegado a su lado. Y la noticia de la Boda lo tiene bastante desilusionado.
- Entonces también lo notaste, ¿eh, Tanehiro? —preguntó el fornido Ranmaru, comiendo un bollo en hoja de roble que Kurono intentaba quitarle—. Ese modo en que Ryu mira al capi.
- Sería necio no notarlo. Es más que obvio que Ryu lo desea sexualmente. Más que eso. Lo ama.
- ¡A—S—C—O! —Ryuji hizo señas de querer vomitar—. ¡Sabía que era un jodido sodomita degenerado!
- Pero si eso es cierto, la tenemos ganada, ¿no? Si Morio se entera, lo desechará, creyendo que es como Senryo…
- Lo pensé, Panda. Pero no está sucediendo. Morio está atrapado en una especie de control o embrujo por parte de Ryu. No sé qué ha hecho el Libélula, pero Morio no le rehúye el contacto para nada.
- ¿Crees que él… pueda controlar con los ojos? Y—yo puedo… pero casi nunca me sale.
- ¡Lo tiene hipnotizado! ¡A fuerzas! ¡Por eso lo protege tanto! Eh, Hideki, ¿Por qué no intentas hipnotizar al marica y de paso, le ordenas que se largue lejos?
- ¡N—no creo poder!
- No es tan fácil, Ryuji. Se necesita mucha templanza mental y mucho control sobre la materia. Y es claro que Hideki no está en

posición de lograrlo por ahora. Te iría bien ir a Kitsu, Hideki. Aprenderías muchas cosas.

- Entonces, me ofrezco a vigilar a Katayama —dijo Ranmaru acabándose el bollo—. Me tiene cierta confianza y me habla bien. Junto con Asayi, puedo tenerlo varios días y mantenerlo ocupado conociendo la ciudad y las costumbres mientras ustedes averiguan quién es y qué tipo de habilidades posee.
- Agradezco eso, Ranmaru. Kozue, necesitaremos el salvoconducto a los Archivos del Clan.
- Te lo tengo en tres días. Hoy y mañana no se podrá, con eso de la mentada boda.
- Hecho. Hideki, habla con tu padre, ve qué puedes sacarle sobre tu herencia física.
- Trataré, Tane. Pero no garantizo nada.
- Los demás: en medida de lo posible apoyemos a Ranma y tratemos de que no se vea muy obvio que intentamos apartar a Ryu de nuestro Capitán. De todos modos, la boda fue un magnífico obstáculo para alejarlos. Procuren averiguar por qué siempre lleva esos brazaletes de cuero. Creo que algo oculta debajo de ellos y no desea mostrarlo.
- ¿Y crees que Norima diga algo sobre eso?
- No. No a nosotros. Pero si Senryo se entera, no dudará en bajar… ¡Mierda, hay que evitarlo! Takao, procuren vigilar la celda de Norima o convencer a los guardias de que les avisen si alguno de esos dos intenta contactar con el brujo.
- Hecho.
- Bien, siendo así, volvamos a la fiesta y tratemos de aparentar normalidad. Nos reuniremos aquí mismo a esta misma hora en tres días para ver resultados.

Sin la supervisión de Morio, con los leones ocupados en su reunión y Tatsumiya investigando, Ryu no tardó en hallarse de nuevo con el insidioso Senryo yendo camino a la fiesta. De por sí traía decepción por la boda. Ahora, en un pasillo, el caprichoso muchacho le tapaba el camino y eso aumentaba su frustración.

- Te dije que nos hallaríamos de nuevo, Príncipe Libélula. ¿Por qué tanta descortesía hacia mí? El primer día fuiste una delicia cooperativa.
- No soy docto en política, Lord Senryo. Pero sus modales no son los adecuados para halagar a un invitado.
- Porque no me has probado por entero, cosita. Si me lo permites, puedo halagarte y satisfacerte a raudales. Me dejaste muy impresionado en los jardines. Un solo roce mío te hizo ponerte duro. ¿Siempre eres así de fácil?
- Hey, no le conozco. Usted se me acerca, me manosea… ¿y el

fácil soy yo?

- No pusiste resistencia alguna a mis besos ni caricias. ¿Cómo llamas a eso?
- "Desprevenido".
- ¡Vaya que tienes la lengua ágil!
- No sabe cuánto…
- ¿Por qué no lo averiguamos…?

Cansado de los incómodos avances de Senryo, Ryu se dirigió hacia el Príncipe, empujándolo contra la dura pared de piedra sin consideración. Su delicada mano, ahora firme, fue directo a su miembro, que aferró con cierta dureza, pero con un toque fabuloso, que extasió al príncipe sodomita.

- ¡Oh, por los dioses! ¡No sabía que la dulce Libélula fuera una bestia dominante!

Mientras la mirada de Senryo se perdía por el placer, Ryu acarició de modo experto, sedoso y estudiado ese delicado miembro. Sus labios fueron al hombro expuesto del príncipe. Un suave beso se depositó en la blanca piel del León, luego, una lamida, y después, otra más. Senryo saboreaba sus propios labios, extasiado por el magnífico toque de Ryu. Y de repente, una aguda mordida se clavó en su piel.

- ¡Auch! ¡Oye, espera, eso no!

Ryu ignoró las protestas del príncipe León, agudizando el dolor, clavando sus dientes en los músculos del hombro y succionando para crear un moretón dramáticamente visible en su cuerpo. Cuando Senryo comenzó a batallar, le apretó los testículos de modo doloroso. El caprichoso joven intentaba quitárselo, pero el Príncipe mostraba una fuerza totalmente discordante con su aspecto. Sus ojos comenzaron a brillar en verde innatural mientras mordía y acariciaba lastimosamente, a un nivel que llevó a su contrincante a un nivel de malestar tan delicioso como insoportable.

- ¡Basta, te lo ordeno, detente, te digo!

Sonriendo mordaz, el Libélula levantó la mirada y comenzó a lamer sus labios, sin dejar de apretar.

- ¿No era esto lo que querías? ¡Qué decepción! Te doy un consejo, Príncipe León: no comiences algo que no puedas terminar. Yo juego a cosas más serias de las que acostumbras. Donde tú te detienes, yo comienzo. Será mejor que dejes de importunarme. Esto no es ni el comienzo de lo que yo suelo hacer. Para llenarme se necesita mucho más que lo que tú puedas ofrecerme. Yo lo que necesito es un auténtico macho que me soporte la carrera y el nivel de dolor que me gusta. Por ello, mejor desiste de tus intentos de encamarme. Ahora, bonito, sé

buen chico y ve a la fiesta –diciendo eso, se alejó de él, burlón, soltándole—. Y a ver cómo le explicas este recuerdito a la corte y a tu adorado Yagumo. Buen día, Príncipe.

Sin más, Ryu se alejó, dejando al veleidoso y alborotado chico con la palabra en la boca, excitado, adolorido, con un visible morete en el hombro. Lleno de humillación, rabia y deseos de venganza

CAPÍTULO 13:
NO SOMOS TAN DIFERENTES

En el Palacio, la fiesta seguía. Enorme, fastuosa, llena de luces rojas y de bebedores incansables, que cantaban a todo pulmón temas de guerra y odas heroicas. Sin duda, el palacio león no rivalizaba con las hermosas grullas y su corte flotante llena de oro, zafiros y galante frivolidad; pero los leones, en su honesta vida guerrera, hacían celebraciones que comienzan como preciosos banquetes y terminaban en sendas orgías de golpes y sangre. En el centro de la mesa de bodas, Akemi miraba a todos con desilusión. Los hombres eran una burda grosería andante y las mujeres no tenían refinación ni actitudes que ella considerara "femeninas". Todas eran adustas guerreras sin una sola pizca de decencia ni recato como el que acostumbraba. Pocos chismes, mucha violencia. Estaba sola. Y casada con un macho petulante y de pocos modales, atada de por vida a un monstruo musculoso de rojos cabellos y cortesía de animal. No, no era lo que había soñado… y menos ahora, que había conocido a la hermosa libélula de ojos verdes, tímida, suave, triste…

A su lado, el animal de risas vulgares mordía un pedazo de costilla con la delicadeza de una fiera, sin medir sus modales; y cuando el trozo de carne se puso demasiado rebelde, sacó esas garras poderosas que amedrentaron a la princesa. No le hacía caso, no la miraba. Quizás era mejor así, Akemi no deseaba que el momento de cohabitar con él llegara. De improvisto, Morio se levantó sin decir nada, y se alejó del palco principal, pero fuera de ella, nadie lo notó, absortos como estaban en el disfrute de los sentidos. Akemi sólo vio cómo su ahora esposo se dirigió al afeminado príncipe de ojos pintados y lo jaló aparte. Senryo miraba hacia todos lados, buscando ayuda que nunca halló, así que sólo sacó las garras. Aquello no lucía nada bien. Seguro habría un problema.

Morio guio a Senryo por los pasillos hacia una pequeña salita de *Chugo,* donde, una vez fuera de las miradas morbosas de la corte, lo metió a jalones y atrancados golpes.

- ¡MUY BIEN, HIJO DE PERRA! ¡Pensé que ya habíamos quedado en algo! ¡Te dije que NO QUERÍA VOLVER A VERTE CERCA DE MIS HOMBRES! ¿Eres estúpido o necio? ¡Te vi en la ceremonia del templo molestando a Katayama!
- ¡Suéltame! ¡Un dedo que me pongas encima y Yagumo te lo arrancará con rabia!
- ¡Ja! ¡Yagumo! –escupió deleznable—. ¡Esa lagartija puntillosa no tiene el valor de enfrentarme!

- ¡Es en serio, suéltame! ¡Nghhh, me lastimas, no me toques, yo soy fino, no como tú!
- ¡NO! ¡YA TE SOPORTÉ VARIAS DE ÉSTAS! ¡Primero Kenji, luego Hayato y ahora Ryu! ¡Esto se arregla cortándote la hombría que no usas, así al menos podrás gritar con honestidad tu calidad de castrado!

Senryo levantó su abanico, extendiéndolo entre Morio y él. Del bellísimo *tessen* de seda escarlata emergieron punzones metálicos, mientras el lánguido y amanerado heredero del trono león miraba a su primo en medio de ese maquillaje teatral que tanto mentís provocaba entre la corte.

- Te lo advierto, Morio: si me exaspero, morirás, ¿entiendes?
- ¿Crees que tu estúpido abanico puede contra mi espada, maldito afeminado de mierda?
- No tengo miedo de ti ni de tus gritos, Morio. Nos conocemos muy bien, aunque quieras negarlo. Tú y yo tenemos una larga historia, querido…

La mano de Senryo bajó al *obi* del furioso capitán, metiéndose justo en su entrepierna, palpándola, mientras sonreía cínico a su histérico primo quien, al sentir esa piel blanca, perfumada y delicada dio un paso atrás, lanzando un golpe, que el Príncipe esquivó por poco

- ¡NO ME TOQUES, NO ME CONTAMINES DE TU ASQUEROSA TENDENCIA!
- ¡Cariño, pero si somos la misma cosa! O qué, ¿crees que nadie se ha dado cuenta de cómo miras al hermoso hijo de Katayama? ¿Cómo conseguiste un bocadito tan delicioso? Hum, de ser por mí ya le tendría en mi cama sirviendo a mis deseos y cumpliendo mis más abyectos caprichos.

Esta vez Morio no se contuvo y golpeó furiosamente a Senryo, cuyo labio teñido de carmín artificial aumentó su tonalidad granate, mezclada con la sangre. Con mirada retadora, el joven se limpió los labios con el dorso de la mano, para después lamerlos de modo provocador y lascivo.

- ¡Vaya, qué bríos, primo! ¡Admítelo, ese joven te tiene embelesado! ¡Nunca te había visto así de feliz!

Morio se detuvo. Por alguna razón, cuando se trataba de Ryu simplemente no podía negar su sentir. Ese sentimiento por él lo cegaba. Senryo notó como la fiera bajó las garras, mirándolo con ese mismo desprecio, pero al menos ya dispuesto más a hablar y menos a golpear.

- No sabes ni lo que dices. No me tiene embelesado. Es una mera cuestión de honor. Pero tú no tienes pizca de ello, ni honestidad;

así que no me vengas con eso.

- ¡Claro! ¡Es tan honroso casarse con una mujer a la que no se ama y ponerle al amante en la misma casa! ¡Eso sí que es honestidad!
- ¡Me casaron con ella porque tú no tuviste los huevos para desposarla, imbécil! ¡No me vengas con esas sandeces! Para el caso, soy capaz de hacer una especie de relación de tres personas y evitar las idioteces de infidelidades.
- ¡Eso sí me hace reír! ¡Me encanta la manera en que arreglas tu pequeño mundo! Pero, ¿qué te puedo decir? "Es tu vida, estupendo". En todo caso, ¿estás admitiendo entonces que hay algo entre el Libélula y tú?
- ¡OH, CARAJO! ¡QUE NO! ¿Qué mierda te pasa, Senryo? ¡Tú no eras así! Vagamente recuerdo al niñito llorón que iba a jugar conmigo cuando éramos pequeños. Eras otro. Antes de cambiar de "amigos" pensabas y hablabas distinto. Escuchabas a tu corazón. Razonabas con tu propio instinto.
- ¿Razonar? Cariño, ¡eso es lo último que tú haces! No razonas, sólo sigues órdenes. ¡No tienes voz propia! Haces todo lo que se te ordena. ¿Por qué crees que mi padre te adora tanto? ¡No es por tu porte de macho alfa! ¡Es porque haces todo lo que se te dice sin chistar! ¿No me crees? ¡Analízalo! Eres samurái porque mi padre te lo dijo. Fuiste a las Tierras Sombrías porque mi padre dijo que le enorgullecería que fueras. Mataste a ese *oni* asqueroso para quedar bien con él. Y ahora, te casas con esa Madre Grulla porque te dijeron que lo hagas. Si lo analizas bien, quien razona bajo su propio instinto soy yo. Hago lo que quiero y soy libre. Y aunque me odian, no pueden deshacerse de mí. ¿Quién es el libre, Morio?
- Ajá. Y si eres libre, ¿por qué no haces pública tu relación con Yagumo?

Al oír ese nombre, Senryo levantó su yukata para ocultar el moretón que Morio ya había notado, pero que atribuyó al altivo León Negro.

- ¿Y quién dijo que no lo es? ¿Por qué crees que mi padre me odia más que nunca? Tú no estabas aquí cuando lo hice. Mi padre golpeó a Yagumo tan fuerte que casi lo mató. Tuvo que irse exiliado por años al Clan Grulla, porque lo quería muerto. En ese tiempo que estuvo lejos, yo me apliqué para deshacernos de todas las deudas del clan y cimentar el sistema fiscal con el cual nos sustentamos. Eso nos levantó económicamente y por ello pudimos financiar tu famosa batalla de Ikebakuro. Hablas mucho, pero sabes poco, animal. Ellos me odian, pero no me corren porque saben lo imprescindible que soy para el Clan. Mi desempeño contable es prueba de ello.

- Toshio es tu hermano. Pueden darle a él el trono.
- ¡Toshio! ¡Por favor, Morio! ¡Es un niño juguetón que no sabe nada del mundo! Darle a él el Clan es asegurar nuestra ruina económica. ¿Quién va a asesorarlo? ¿Tú? ¿Fujiwara? ¿Iida?
- Yamashita, por ejemplo.
- Yamashita ya está retirado. No aceptará. Yagumo le ha superado con creces. Fue entrenado directamente por él y Lord Hada del clan Grulla al lado de tu amado general Yasakani en el Feudo de Hada, bajo un programa experimental de cooperación entre políticos y guerreros. Si alguien es idóneo para ese puesto es él. Es un prodigio de la política como no imaginas. No hay otro como él. Es inmejorable. Y viene "junto con pegado" conmigo. Te guste o no, el puesto como daimyo es mío y nadie va a quitármelo. Deberías tener algo de miedo por ello.
- Un samurái ya está muerto, así que no temo a nada. Es parte del código del bushido, pero dudo que lo hayas aprendido: *"Un samurái debe tener valor heroico. Es absolutamente arriesgado. Es peligroso. Es vivir la vida de forma plena, completa, maravillosa. El coraje heroico no es ciego. Es inteligente y fuerte. Reemplaza el miedo por el respeto y la precaución".* El samurái nace para morir. La muerte, pues, no es una maldición a evitar, sino el fin natural de toda vida.
- ¡Hombre! siendo así, ¿por qué no te MUERES, pajarito repetidor?
- Moriré cuando sea necesario... en combate, espada en mano y con los cadáveres de mis enemigos alrededor, caídos por mí. Mi amo es tu padre y a él soy leal. Si él me ordena morir aquí mismo, lo haré sin miramientos. Así pues, los que amo no sufren desgracia alguna, pues cumplo mi deber.
- ¿Ves? ¡Obediencia absoluta! Te sigues engañando. Si mueres, no será por cumplir tu deber, sino por tu incapacidad de amar la vida. Y los que amas sufrirán, ya no estarás aquí para defenderlos.
- Me temo que no entiendes. Un samurái está entrenado para servir, para obedecer a su señor... amo la vida que llevo, y por ello soy quien soy, por ello lucho con valentía, nadie sufrirá si tengo una muerte honorable... ¿pues qué clase de pensamiento extraño tienes, que no ubicas una muerte honorable?
- ¡Una muerte honorable sería una muerte inútil! No hay honor alguno en la muerte, primo. Hay más honor en la vida. Pero alguien que ha sido incapaz de decidir por sí mismo lo que la vida representa, es obvio que desee la muerte por encima de todas las cosas. Tal vez algún día te des cuenta.
- Tus razonamientos son extraños, tal vez porque has tenido una

vida regalada y te has dedicado más al hedonismo que a otra cosa. Respeto tu manera de ver la vida, es la primera vez que te oigo hablar cabalmente... tal vez tengas razón, pero yo he sido entrenado de otra manera, con reglas establecidas desde tiempos inmemoriales...

- ¿Y jamás has sentido deseos de cuestionar esas reglas, de cambiar el destino, de ser tu propio dueño?

Morio bajó enteramente los puños al oír eso. Cuestionar las reglas, cambiar el destino… ser su propio dueño. Nunca en la vida le había pasado por la mente la desobediencia… hasta que conoció a Ryu. La presencia del joven Libélula le hacía anhelar ser feliz a su lado, sin protocolos ni reglas. Senryo, al ver que sus palabras mellaban hondo en la psique de su burdo primo, prosiguió.

- ¿Ves? ¡Lo has pensado! Y, aun así, continúas obedeciendo ciegamente los paradigmas que otros te han inculcado. Sin importar cuánto deseas ser libre, sigues haciendo lo que otros te indican por miedo a probar la verdadera libertad: la libertad de sentir, de hablar, de vivir e incluso, de morir. No. No importa cuánto digas que eres feliz, tú sabes que no es cierto, teniendo siempre que esconder y reprimir quién eres, ¿cómo se puede ser feliz así? ¡Es como ser la sombra de uno mismo!
- No, no es miedo, en mi caso hablar y hacer son una cosa. Mi palabra es mi ley y por ella me rijo. Soy libre en el campo de batalla y doy todo lo que soy. Como te dije, mi rebelión es tal, aunque en tópicos distintos. Tú y yo vemos la vida de modo distinto.
- Esta es la diferencia entre ambos. Yo he decidido vivir mi vida al límite, tomando cada gota, con mis reglas, con mis decisiones, con mis consecuencias. Y el día de mañana, cuando muera, al menos no habrá arrepentimientos, porque será mi vida la que rinda cuentas ante los dioses, y nadie podrá arrebatarme eso.
- Un solo hombre no puede contra un ejército, es estúpido aventarse solo y desarmado en contra de una horda furiosa, así pues, ¿por qué pelear una batalla perdida? Mi vida es feliz, y aunque sigo las reglas, hago las mías y así, ambos hacemos lo mismo, aunque tomamos distintos caminos. Yo tampoco tengo miedo, y el día que muera, tampoco tendré arrepentimiento alguno, porque vivo con honor y sin miedo.
- Entonces, no hay más que decir. Respetaré el camino que has elegido, si tú prometes respetar el mío. Y si nos encontramos nuevamente en el reino de la muerte, tal vez yo te dé la razón, tal vez tú me la des a mí, o tal vez ambos estemos equivocados. Pero eso solo se sabrá en su momento.
- Y si es así, ¡qué más da! Habremos vivido como quisimos. Bien

has dicho, no me volveré a meter en tu camino si tú no lo haces. ¿Estamos?

- Estamos.
- Siendo así, deja en paz a Ryu.
- ¿Y por qué habría de hacerlo?
- Por honor. Has estado de acuerdo en no meterte conmigo, así pues, cumple ahora, que es el punto inicial de nuestra discusión. Deja en paz a mis amigos y no volveré a meterme contigo, es más, partamos el mundo en dos: tú en tu mitad y yo en la mía.
- ¡Hombre, tan bien que íbamos! Prometí no meterme contigo, primo. Ryu es materia aparte.
- ¿QUÉ? ¡PERO SI ACABAS DE PROMETER…!
- Ah, ah, ah… tú dijiste "tu camino". Lo que Katayama decida es cosa suya. No te atañe.
- Ni hablar. Su destino está atado al mío, meterse con uno, es meterse con ambos. Lo siento, pero te lo dije y aceptaste.
- Tú eres el que asegura eso, sin embargo, el destino no está escrito, y la fortuna es caprichosa.
- ¿Vuelves con eso? Habíamos pactado civilizadamente, ¿qué pasa contigo?
- ¿Conmigo? ¡Caramba! Yo ya estaba tranquilo y hasta pensé que no eras tan malo, ¡pero tenías que meter a Ryu! Mira, dejémoslo así: tratándose de él, que gane el mejor, ¿qué te parece?
- ¡Pues si no es competencia por un premio! ¡Carajo, Senryo! Siempre has tenido todo cuanto quieres. ¿Por qué diablos te has empeñado en tenerlo? Él ha decidido su camino, ¿por qué insistes en coartar su libertad de elegir y cumplir tu capricho egoísta?
- Tú lo has dicho: Siempre he tenido cuanto he querido, y esta vez lo quiero a él.
- ¡Maldita sea! ¡Pues por una vez no lo tendrás! ¡Él ha decidido quedarse conmigo, métetelo en la cabeza!
- Yo no estoy coartando su libertad de elección. Al contrario, le estoy dando una opción más, ¡tú eres quien le impide ser libre de elegir por tu absurdo pensamiento!
- ¡Diez mil carajos, él ha elegido! Seamos sinceros, tú sólo deseas divertirte con él. Ya tienes tantos tipos y jovencitos como puedes elegir en el reino... este chico posee una enfermedad y juré cuidarlo, déjalo en paz.
- Pero ninguno es como él. – Dijo mordiéndose los labios de sólo recordar la crueldad y lujuria en el toque del Libélula – . Y si crees que su enfermedad es un inconveniente para mí, te equivocas. Al menos yo tengo el poder de conseguir cuanto médico o cura sean necesarios para ayudarle. No eres el único

capaz de cuidarlo.

- Si fuera tan fácil, te juro que te lo dejaría sin dudarlo, pero no es tan simple... su enfermedad solo puede curarse de un modo, y tú no eres capaz de enfrentar lo que está detrás de ella. Y no lo digo como insulto, sino como afirmación. Yo soy un guerrero, tú un noble.
- ¡Entonces déjame ayudarte! ¡Permíteme poner los recursos que sean necesarios para salvarle! No dejes que tu concepto del honor influya en la posibilidad de que tenga una vida normal.
- ¿Te tomo la palabra? Bien, necesito entonces de una orden firmada ya sea por ti o por tu padre en la que me autoricen ir con un grupo de embajadores del clan en misión a Nara cuanto antes, para lanzar la acusación formal por maltrato, violación y esclavitud. También necesito que al tal Norima lo alejes definitivamente de Ryu, ese hombre le daña la salud.
- Lo primero puedes tenerlo. Lo segundo no. Norima es un gran médico, tal vez sea el único capaz de salvarlo.
- ¡No, no... ese tipo lo ha destrozado por años! ¿Por qué crees que lo dejé así? ¿De gratis? No, señor, el tipo lo torturó de modos que no puedes ni imaginar. No me dejaron matarlo por su posición social, pero curiosamente desde que Ryu quedó bajo mi tutela se recuperó y recobró la salud... ¿coincidencia?
- Lo siento primo, pero la versión que conozco es otra. Sin embargo, si tanto te preocupa, lo alejaré de él.
- Gracias. Siendo así, una vez terminada la celebración nupcial, solicitaré el permiso para ir directo a la Corte Imperial. Y partiremos hacia allá.
- Te deseo suerte, primo, y que la fortuna te acompañe.
- Debo decir que hablar contigo me ha cambiado mucho la opinión que sobre ti tenía... no eres el mocoso superfluo que pensé. No apoyo mucho de lo que haces, pero al menos respeto tu valentía de enfrentar a tu padre defendiendo tu relación.

Diciendo eso, Morio sacó de entre sus intrincados ropajes un paño de seda, con el que limpió el hinchado labio de Senryo, quien bajó por fin la guardia ante su primo.

- Gracias, en serio. Yo respeto tu valentía al enfrentarte a la muerte por deseo de alguien más, y no eres tampoco el presumido matón y bravucón que pensé que eras.
- Oye, ¡no me quites el crédito! Pero podríamos hablar con tu padre, decirle que hemos decidido terminar con este eterno pleito. ¿Aun sigues peleado con él?
- Como si no lo hubieras visto en la recepción de bienvenida… Ya sabes, la típica historia de siempre: “no eres el hijo que esperaba, no mereces llevar la sangre de nuestros ancestros, bla,

bla, bla". Dudo que los antepasados hayan sido tan honorables como me aseguran...
de algún lado debí salir yo... tú sabes.

- Sí, tienes razón... hombres que engañan a sus esposas y nadie les dice nada, pero como son "moralmente virtuosos", nadie los toca. ¿Sabes? En cierto modo yo he llevado parte de esa carga. Tu padre siempre me ha puesto como ejemplo para ti y eso es molesto. Tú eres tú y yo soy yo... vidas distintas, personas distintas...
- Cierto. Aunque el hecho de que no se espera nada de mí me da la libertad de hacer lo que desee, aunque sólo sea para llamar la atención.
- Se espera mucho de ti, Senryo... tú heredarás el feudo y el poder. Me lo has dicho. Por eso tu padre te exige tanto, no puede dejar el destino de todo un clan en quien no es capaz de llevarlo.
- De hecho, lo único que se espera de mí es que sea una copia tuya. Ya hablando honestamente, preferiría perder el feudo, pero como dices, es el destino de un clan, ¿quién puede contra ese argumento?
- Pero tú mismo lo has dicho: Toshio es un niño y no hay alguno de nosotros capaz de guiarlo de modo adecuado económicamente…
- Aún es pronto para pensar en eso. A mi padre todavía le quedan bastantes años de vida y ¿quién sabe? Mi hermano es bastante inteligente. Quizás hasta corra con suerte y sea yo quien muera en batalla, y tal vez, sólo tal vez, mi padre me aprecie un poco.
- Dime... ¿y no deseas que te aprecie al menos ahora? Déjame hablar con él, que venga y hablemos ahora mismo de tantos años de comparaciones y segregación hacia ti por tu preferencia
- Oh, no. Eso nunca ocurrirá. Gracias por tu optimismo primo, pero él jamás me aceptará como soy. Estoy cansado de intentarlo...
- Tal vez lo haga si yo le digo algo...
- Puedes tratar, si lo deseas, pero sólo perderás el tiempo, te lo aseguro.
- Hagamos algo, déjame llamarlo...

Por primera vez, Morio vio auténtica tristeza en los ojos de su primo, quien estaba harto de intentar granjearse el amor de su padre, siempre en vano. No sabía si deseaba esperanzarse una vez más en tratar de ganarse algo de aceptación. Estaba cansado. Ya sabía cómo terminaría aquello.

- ¡Anda, hombre! —Dijo Morio, palmeando su espalda—.

¡Recuerda las enseñanzas del código! ¡Yu! *"Álzate sobre las masas de gente que temen actuar. Ocultarse como una tortuga en su caparazón no es vivir."*

- No temo actuar. —Respondió con una risa cansina—. Es sólo que ya actué demasiado... pero así sea, primo, confiaré en ti y si tanto lo deseas, tal vez se cumpla.
- ¡Sea!

Morio salió corriendo en busca de su tío, quien estaba en la ceremonia buscándolo. Minutos después, volvió con él, casi empujándolo. Shido—sama se veía confundido y creyendo que Morio tenía alguna broma para él. Más, al ver a Senryo temblando en la salita de té, cambió su expresión por una molestia total.

- Hijo mío, ¡qué gusto de verte! pero ¿por qué me has sacado de la reunión? ¿Qué es tan importan...? Oh. Senryo…
- Padre... disculpa... es—es que yo...
- ¿QUÉ HACES AQUÍ? ¿OTRA VEZ MOLESTANDO A MORIO? ¿POR QUÉ NO PUEDES SER LA MITAD DE LO QUE ES ÉL?
- Tío... por favor... – Atajó Morio, interponiéndose entre ambos—. Senryo y yo hemos hablado largo rato... permítanos hablar con usted.

Morio se aprestó a servir té a su señor, amable, conciliador. Algo muy raro de ver en él. Senryo temblaba cual hoja al viento. Aceptó el cuenco de té con las manos temblorosas, avergonzado y molesto consigo mismo por permitir que la presencia de su padre le minimizara de ese modo tan abrumador.

- Está bien, Morio, hijo mío, todo sea por ti... ¿qué pasa? ¿Qué te ha dicho ahora este individuo?
- Nada, mi señor. Es sólo que, en este día tan especial, y después de años de rencillas, he hablado con Senryo... y he descubierto que posee un gran heredero, sólo que no le ha permitido madurar a su manera. Senryo es hábil, libre y sin ataduras. Es sangre joven y con ideas nuevas. Quizás si le permitiese hablar…

Al oír aquello, el enorme león abrió los ojos, sorprendido. ¿Morio hablando bien de Senryo? Con un gesto de total e iracunda sorpresa, miró hacia su vapuleado primogénito.

- Únicamente hicimos las paces, Padre —repuso mirando hacia el piso, apretando con fuerza las sedosas fibras de su fabuloso traje.
- ¿Por qué será que no te creo, mocoso? ¡Seguro tienes alguna idea para perjudicar a tu primo, ocultándola de civilidad y educación! Dime la verdad... —Shido acercó su cetrino rostro al

de su hijo, causándole tremenda zozobra—. ¿Qué planeas?

- Padre...y—yo... no planeo nada. Solamente hablamos... él piensa que yo… él… piensa que usted y yo podemos reconciliarnos, Padre —Senryo aspiró profundamente y miró a los ojos a Shido, hablando de nuevo con deseo de ser amado e intentando sonar confiable—. Puedo hacerlo. ¡Puedo ser el siguiente líder del Clan, si usted me da su voto de confianza!
- ¿Y qué confianza puedo depositar en un enclenque homosexual como tú? ¡Tú no sirves en la guerra, no posees virtud! ¡Sólo te la pasas en tus inmundos placeres que ya ni siquiera me importa detener! ¡Toshio será quien gobierne en tu lugar a mi muerte, y con Asakura de testigo, lo pongo como su tutor en caso de mi pronta muerte!
- ¡No, milord! ¡Escúchelo, por favor! —Intervino Morio, desafiando la prohibición de ser tan directo en algo tan familiar —. ¡Usted lo ha juzgado largos años sin oírle! Senryo es un hombre inteligente y muy sagaz. Un político nato. ¿Por qué le rechaza? ¿Por sus preferencias sexuales?
- ¿Preferencias? ¡Morio—kun, qué noble eres! ¡Es un depravado, un perro inmundo que no merece ser llamado mi hijo! ¡Lo tengo porque sé que no es capaz de sobrevivir en el mundo real!
- Señor... por favor... eso no es verdad... mire... yo…
- ¡No interrumpas! ¡escucha bien, Morio—kun! ¡Escucha por qué este remedo de hombre no puede gobernar a mi muerte!

No fue fácil para Senryo aceptar que quien se colocaba a su lado era el barbaján pelirrojo que le había hecho la vida imposible desde que entraron en la adolescencia. Con la cabeza baja, las lágrimas contenidas y los puños cerrados, Senryo volvió a escuchar la misma letanía de desprecio que oía casi a diario por parte de su padre.

- Senryo jamás ha sido un hijo digno de mí... rehusó entrar a la academia de samuráis, alegando que no le interesaba ¿puedes creerlo? ¡Se negó a obedecer a su padre! ¡Tú jamás has hecho eso! Cada maestro con que lo enviaba, se hartaba de él por su apatía y rebeldía... comenzó a faltar, a salir del palacio, a juntarse con delincuentes, a vagar y a pillar gente aprovechándose de su posición...
  ... al cumplir los 14, tú ya estabas entrenando como samurái y él sólo paseaba por palacio. ¿Cuántas veces no te puse como ejemplo de virtud y rectitud ante él? Y éste, en lugar de entender que deseaba un hijo como tú, solo te insultaba y juró odiarte...
- Padre… basta... —susurró el joven con vergüenza.
- ... Después de eso, supe que el maldito frecuentaba las casas de geishas... supuse que se acostaba con muchas de ellas y lo dejé

pasar, porque eso no está mal, pero el verdadero dolor me llegó al saber que se acostaba por dinero... ¡con hombres!

- ¡Basta! —inquirió con la voz un poco más alta.
- Tío, pero ¿se está escuchando?
- ¡No me interrumpas! Y encima de todo, regresó a palacio, sucio y con el honor de la familia manchado, para cometer un crimen imperdonable... hacerse amante de un familiar: Tatsumiya Yagumo, ¡su propio primo! He tratado de hacerle entrar en razón, pero él prefiere seguir con su asquerosa tendencia, ¿tú lo perdonarías, Morio? —sin permitirle responder, volvió a dirigirse a su vástago—. ¡Y no creas que no he notado cómo miras al alumno de Morio, repugnante escarabajo! ¡Deseas al príncipe Katayama!
- ¡¡¡¡BASTAAAAAAAAAAAAA!!!!

Harto, Senryo se levantó con furia, volcando consigo la mesita de té y todo su contenido sobre su padre. Furioso, lloraba, harto de ser siempre deleznado. Ante el arrebato de su hijo, Shido se impuso y golpeó brutalmente su rostro ante los ojos del pelirrojo, quien vio la brutalidad de su tío, golpeando a su hijo de un modo atroz. Estaba por intervenir cuando Senryo interpuso el pesado tessen entre él y su furibundo padre. El Príncipe estaba deshecho, cansado, sangrando y mirando a su padre con un odio feroz y mordaz. Una rabia que sorprendió incluso a Morio.

- ¡Tú no sabes nada! ¿Me oyes? ¡NADA! ¡No sabes nada sobre mí, no sabes nada sobre nadie! ¡Ni siquiera sentiste pena cuando mi madre murió! ¡No eres nadie! ¡¡¡PARA MÍ YA NO ERES NADIE!!!
- ¡Tú debes obedecerme! ¡Y mira cómo te comportas! ¿Lo ves, Morio? ¡Mira a tu "político inteligente"! ¡No soporta la verdad! ¡No eres nada, Senryo! ¡No eres ni serás jamás nada! ¡No eres mi hijo, te desconozco por completo! Lo que es más: ¡largo de mi feudo!

Al oír eso, Morio intentó detenerlos.

- Senryo, tío, por favor... ¡¡no digan cosas que no sienten!!
- ¡Llevo sintiendo esto por muchos años! ¡No quiero volver a saber de este marica asqueroso! ¡No vas a heredar nada, Senryo, estás fuera! ¡Fuera de mi vida, fuera del clan, fuera de la política y del reino! ¡ESTÁS EXILIADO! ¡Tú y ese intrigante de Tatsumiya quedan desterrados de mi clan!
- ¡Tío, no haga eso! ¡Senryo es su mejor economista!
- ¡TONTERÍAS! ¿De qué sirve la economía en un clan donde impera la guerra?
- ¡Sin fondos no hay ejército, eso hasta yo lo sé! ¡Tío, por favor! ¡Está siendo obtuso!

- ¿Obtuso? ¿Tú me dices obtuso, Morio? ¿De qué se trata esto?
- ¡De pura jodida mediación, tío! Carajo, no puedo creer que soy yo quien defiende a Senryo y no su propio padre.
- ¡ESTA BASURA NO ES MI HIJO! Lo desconozco por entero, es un maldito engendro de esa perra grulla de Shinobu. ¡Fuera de mi vida, sodomita asqueroso!
- Nada me hará más feliz, "padre". Me largo con gusto e iré por todo el reino humillándote, haciendo saber a todos quién es el primogénito del clan del León. ¡Ni siquiera muerto te desharás de mí! ¿Entiendes? ¡NI SIQUIERA MUERTO!
- ¡Senryo, por favor! ¡No jodas! ¡Vuelve acá! ¡SENRYO!

Dejando solo a su amado tío, Morio corrió detrás de su primo, que trataba de no tropezar con sus ropas holgadas. Al fin en sus habitaciones, Senryo rompió a llorar, deshecho y desconsolado, recordando de golpe todos los años de rechazo y humillación por parte de su padre, todas las veces que lo tachó de "débil" y "afeminado"; todas las ocasiones en que corrió a refugiarse en el regazo de su madre… y sintiéndose vilmente traicionado por Morio, quien llegó casi al par que él, cabizbajo y apenado.

- Senryo...
- Lárgate.
- Perdóname... no pensé que se pondría así...

Morio rozaba con sus dedos el hombro marcado por la terrible mordida, tratando de acercarse al León herido, cuando Yagumo asomó a la habitación y vio a su detestado enemigo tratando de tocar a su amado, que lucía golpeado, abatido y sangrante. No tuvo que indagar más, de inmediato llevó su mano a la *tsuba* de su espada.

- ¡Senryo—sama! ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo este malnacido?
- Te saliste con la tuya, Morio. Querías oír por ti mismo lo que ya sabías: que el Clan sería tuyo... ¡felicidades, en verdad me engañaste! Ahora lárgate.
- ¡No fue mi intención! ¡En verdad!
- ¡HIJO DE PERRA! ¡VOLVISTE A LASTIMARLO!
- ¡YAGUMO, DETENTE! ¡Guarda la espada!
- Pero, Senryo—sama...

Altivo, hermoso en su dolor, el joven se puso de pie, mirando a Morio. Todo el odio destinado a su padre ahora lo canalizaba directamente hacia su primo, a quien consideraba el maquinador de su caída.

- ¡No me interesan tus excusas! Por un instante, sólo por un maldito instante, me permití confiar en ti, ¡y tú me traicionaste! No querías ayudarme, sólo querías escuchar lo que mi padre tenía que decir sobre mí. ¡Sólo querías regodearte en mi

humillación y sacarme del clan! ¡QUÉ MALDITO IMBÉCIL FUI! Pero, ¿sabes?, en verdad me has sorprendido. Jamás pensé que serías tan hábil como para hacerme creer que podíamos ser amigos. Te lo aplaudo. Fuiste muy buen intrigante. Gracias, primo. Acabo de perderlo todo, gracias a ti... otra vez. Así que déjame en paz. Yagumo, ayúdame. Tenemos que irnos.

- ¡No! ¡Vas a escucharme antes!
- ¡CREO QUE YA HE ESCUCHADO SUFICIENTE DE TI EL DÍA DE HOY! Y si me lo permites, tengo que empacar.
- Senryo, no ha sido esa mi intención. ¡Jamás he sido un cobarde que se esconde, lo sabes! ¡Yo golpeo directo y sin maquinaciones! En verdad… ¡no pensé que esto pasara! Déjame hablar con él... ¡no puede dejarte así!
- Te lo advertí, pero eres como todos, incapaz de escuchar...
- ¡Maldita sea, eres su hijo!
- ¡¡¡YA NO MÁS!!! Tú mismo lo escuchaste. ¡YA NO SOY SU HIJO Y POR MÍ ESTÁ PERFECTO!
- ¡Pues me va a escuchar si desea que cuide a Toshio! ¡No voy a dejar que te abandone así!
- ¡¡No me interesa!! Ya no quiero escucharte, ¿me entiendes? ¡Escucharte fue mi perdición! Ahora, por última vez, déjame solo. Por favor... ya no me lastimes más. Ya no tengo fuerzas para seguir peleando...
- Yagumo, déjanos a solas, por favor
- ¡Claro que no! ¡Lo lastimarás de nuevo! ¡Ya hiciste suficiente! ¡LÁRGATE!

Morio no se resistió a los ataques de Yagumo, quien lo sacó a empujones de la habitación. Mierda, había arruinado todo del peor modo. ¡Por fin había logrado un acercamiento a Senryo y todo se había ido al demonio en cuestión de segundos! Tenía que pensar en algo y rápido, antes de que la situación empeorara. Shido—sama no quería admitirlo, pero Senryo y Yagumo eran necesarios para la prosperidad económica del clan. Perderlos era arriesgarse demasiado. Antes de arruinar más las cosas, pensó en Tanehiro. Su mejor siempre tenía la cabeza fría y sin duda sería más juicioso al momento de pensar una solución. Pasó de largo por la boda, ignorando el festejo y a su esposa, que le vio atravesar el salón sin mirarla siquiera. De ese tamaño era la importancia que le daba a la joven. Halló a Tanehiro bebiendo un poco y hablando con Takao.

- Tanehiro, ven, de inmediato. Tenemos un problema del tamaño del mundo.
- ¿Tenemos? ¿Ahora a quién golpeaste?

Levantándose, Tanehiro fue con su amigo a los jardines, donde Morio,

torpe y atropellando las palabras por los nervios, le explicó lo sucedido con Senryo. Conforme oía, el joven monje de luz llevaba su mano al rostro, en señal de total consternación.

- Pero por todos los Dioses, Morio, ¿qué demonios acabas de hacer?
- ¡Cabrón! ¡No fui yo! ¡Te juro que yo sólo quería que nuestro señor escuchara que su hijo sí posee valores! ¡Pero mi tío se puso imposible! ¡De amable pasó a furioso y se lanzó a atacar a Senryo con un desprecio que hasta a mí me dolió! ¡Lo echó del clan! ¿Lo entiendes? ¡Nos dejó sin contador y sin economista! ¡Tenemos que hacer algo!
- No se me ocurre nada… ¡Mierda, Morio! Y justo en tu boda… lo único que puedo pensar es en el templo Kitsu. Mi maestro Tetsuyama—san puede darles asilo y ocultarlos ahí en lo que nosotros intentamos arreglar el problema. Y hay que ver si nuestro amado señor no nos corre también a nosotros por defenderlo. Ah, carajo…

Senryo no dejaba de llorar. Sin comprender, su amante intentaba consolarlo. Vio la mordida y el golpe y supuso que ambas eran obra de la pelea con Morio.

- Mi amado Senryo, ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo ese bastardo?
- Ese maldito… —comenzó a explicar entre sollozos— peleábamos como siempre. Pero entonces… poco a poco, empezamos a hablar… y a dialogar… todo parecía ir bien. Me dijo que… era valioso. ¡Incluso habíamos decidido hacer las paces! Ja... por un momento pensé que era sincero... bueno, no importa. Mi padre...
- ¿Hiciste las paces con Asakura?
- ¡Eso creí! Ghhh... él… llevó a mi padre… según él para “reconciliarnos”. ¡Y YO CAÍ COMO ESTÚPIDO! ¡QUISE CREERLO UNA ÚLTIMA VEZ, PERO NO FUE ASÍ! Tenemos que irnos, Yagumo. Mi padre me ha echado del reino.
- ¿QUÉ?
- El todopoderoso Daimyo del clan del León ha decidido deshacerse para siempre de su "pequeña vergüenza", y ha nombrado a Morio como el tutor de Toshio... yo ya no puedo, ya no quiero seguir aquí.
- Pero... ¿qué haremos? ¿A dónde iremos?
- ¡No sé, no sé! Solo déjame pensar un momento, ¿sí? Pero todo esto es culpa de Morio… ¡ese infeliz! Finalmente se salió con la suya...
- ¿Lo tenía planeado desde el inicio? ¡Maldito sea! ¡Dame

permiso! ¡Dame la orden y lo mataré!

- ¡No! La muerte no basta para la humillación que ese hijo de perra me ha hecho sufrir. No... debemos pagarle con la misma moneda, e incluso aún más. ¡Quiero que sufra, Yagumo! ¡Quiero verlo retorcerse de dolor e implorar piedad a mis pies!

Yagumo intentaba pensar con velocidad en opciones para sobrevivir mientras lo abrazaba. Una era su querido amigo Yasakani. Tendría que aventarse un largo y tendido regaño por parte del General, que no había quedado nada satisfecho con el veleidoso y grosero comportamiento de Senryo. Veía muy difícil que su amigo aceptara ayudar al Príncipe después del desplante que le había hecho meses atrás. Otra era Yamashita, su maestro. Pedirle ayuda para un exilio en el Clan Grulla. Pero Yamashita tampoco veía con buenos ojos la relación de ambos. En múltiples ocasiones, el León Sonriente había reprendido a Yagumo por su elección. A ojos del político, Senryo era endeble, insoportable y quebradizo. En ambas opciones, la ayuda sería únicamente para él. Pero Senryo quedaría desvalido. Mirándolo entre sus brazos, se dio cuenta de que, en efecto, el mimado joven era incapaz de sobrevivir solo en el mundo exterior. Sí, era un magnífico contador, pero la disciplina no era su fuerte. Sin él como su apoyo, caería estrepitosamente y terminaría en alguna casa de té prostituyéndose para ricachones hedonistas.

Tenía que pensar en una solución y rápido, antes de perder ese clan, cuyo trono ambicionaba por sobre todas las cosas.

- ¡No sé cómo, no sé qué, pero quiero ver hundido a Morio! ¡Quiero que sea él quien pruebe el oprobio y el dolor del destierro!
- El problema, mi señor, es que vuestro comportamiento no ha sido el idóneo. Os lo dije muchas veces: “Disimula, haz como si no pasara nada”.
- ¡YO NO VOY A DISIMULAR! ¡SOY LIBRE Y COMO QUIERO! ¿POR QUÉ AHORA ME ATACAS COMO SI ESTO FUESE MI CULPA?
- ¡Porque, mi señor, nos quedan pocas opciones a dónde ir!
- ¿Cómo que “pocas”? ¿Dónde quedan entonces todos tus contactos y amigos, de los que tanto te jactas? ¡Habla con tu “amigo íntimo y personal”!
- ¡Yasakani no querrá saber de vos, mi señor! ¡No después de cómo le insultasteis! Senryo, Senryo… ¡es algo que te dije muchas veces! ¡Y comenzaré a tutearte en este momento! Por ello es que te he pedido miles de veces que tengas mesura, que te hagas de amigos en lugar de enemigos… mis únicas

esperanzas ahora mismo son Yasakani y mi maestro Yamashita.

- ¡Pues habla con él y que te aconseje cómo vengarnos de Morio!
- ¡Deja de pensar en Morio! Me importa más saber qué haremos. ¡Demonios, Senryo! ¡Estamos tan ahogados que nuestra única salida es que nuestro señor muriera!

Al oír eso, Senryo desbordó en ansias. Sus ojos felinos se dilataron por la malsana excitación de la idea. Abrazado a Yagumo, pensó en que finalmente, su padre había sido el artífice de su desgracia. Conforme ahondaba en sus recuerdos, hallaba en ellos a un padre autoritario, severo, eternamente enojado y frustrado por un matrimonio forzoso, siempre gritándole a su madre: Lady Shinobu. Una Madre Grulla que, al igual que Akemi, había sido enviada con el fin de que su clan tuviera presencia y poder en la familia León. Podía recordarlo. Jamás la había amado, nunca la había comprendido. Siempre le había achacado el enorme amor y sobreprotección que daba a Senryo, siempre había sido displicente con él. Shinobu había volcado todo su amor, preferencia y devoción en el pequeño Senryo, a quien había hecho dependiente, frágil, llorón y caprichoso. Cuando nació Toshio, ocho años atrás, Shinobu había enfermado de gravedad. Y Shido nunca fue para apoyarla o estar ahí, buscando la cura. Recordaba bien cómo su madre languidecía y moría de tristeza día a día. Y recordaba también con sumo rencor que el día en que su corazón dejó de latir, Shido había mandado encerrar a Senryo para que no estuviera en las exequias de su madre. Aislado, Senryo lloró amargamente al no poder despedirse de su madre. Nunca supo el motivo que su padre tuvo para tomar tal decisión.

Mientras Yagumo hablaba y hablaba, Senryo comenzó a maquinar todo. ¡Era claro! ¡Sólo tenía que matar a su maldito padre y el trono sería suyo! Pero no bastaba con eso. ¡Tenía que agregarle el toque final! De algún modo, tenía que inculpar a Morio; que, a ojos del clan, pareciera que el pelirrojo fuese el asesino. Ese era un gran obstáculo. De todos era sabido que Morio amaba devotamente a su tío. ¿Cómo lograrlo…?

- Con un demonio, ¿me estás oyendo, Senryo?
- ¿Eh? Sí, sí… hablarás con tu amiguito “íntimo y personal” para conseguirnos alojo en el Clan Grulla y verás si Lord Tani puede recibirnos…
- Vaya. Sí me pusiste atención. Exacto. Pero no garantizo nada. Y debo dejaros claro que, de ser así, tendréis que disculparos humildemente con el general Yasakani.
- ¿Humildemente? ¡Pero si yo no hice nada!
- ¡No pienso volver a tocar ese tema! ¡Sé lo que pasó y sigo bastante molesto!

- ¡Yagumo!
- ¡No estamos en posición de ponernos altivos! Por favor, Senryo, hazme un favor. Quédate aquí, bebe algo que te calme los nervios, descansa y ve empacando lo que consideres primordial. Yo hablaré con Yamashita—sensei para pedirle consejo y ayuda en este momento aciago. ¿Puedes hacer eso?
- Está bien... confío ciegamente en ti, como siempre, mi señor Yagumo.
- Perfecto. Entonces, por favor. Duerme y aparta de ti malos pensamientos.

CAPÍTULO 14

LA NOCHE MÁS OSCURA

Morio y Tanehiro sabían que no tenían mucho tiempo para actuar. Mientras el hechicero de luz redactaba una misiva para su maestro, el otro buscaba el modo de acercarse a su tío una vez más e intentar hacerle entrar en razón. Maldecía su estupidez al haberse metido en un problema tan arraigado como ese. Sin embargo, no bien volvieron a pasar cerca del festejo. Ryutaro tomó del brazo a su hijo.

- En serio, Morio, intento tener paciencia, pero no puedes seguir desairando a tu esposa. ¡La has dejado ahí botada en la mesa desde que comenzó la fiesta!
- Sí, padre, terrible cosa, pero justo ahora tengo asuntos un pelín más importantes que atender.
- ¿Mas que tu esposa? Por todos los dioses, vuelve a tu lugar en la mesa y celebra con ella como es debido.
- Lo que hubiera sido debido era preguntarme si quería casarme con ella. No la conozco y no me interesa. Dudo además que ella me extrañe. ¡Tengo asuntos MUY IMPORTANTES que atender!
- ¡Nada es más importante que ella ahora mismo!
- ¡Papá, tengo un severo problema en este maldito instante!
- Déjame adivinar: El príncipe Katayama ha hecho algo o tiene

un problema.

- ¡No, ni siquiera tiene que ver con Ryu! Aunque ahora que lo mencionas… no le he visto en todo el día… ¡En serio, padre, esto es MUY serio!
- Si lo es, deja que Asayi se encargue. No te ofendas, no tienes cabeza para asuntos de índole complicada. Vuelve a la mesa, celebra, y que sea ella quien lo resuelva.
- ¡Papá, no, en serio, esto es de vida o muerte!

De nada sirvió que Morio protestara. Ryutaro lo sentó al lado de su esposa. “Donde debía estar”. Akemi se hundió todavía más al verlo protestar. Era claro que no la soportaba. Asayi llegó al rescate. Elegante, pero burda a ojos de la Princesa Grulla, dio un muy zape a su hermano.

- ¡Epa, animal, vista al frente! ¿Y ahora qué te pasa, que estás como bestia enjaulada?
- ¡Mi padre no oye razones! Asayi, necesito tu ayuda. Acabo de cagarla monumentalmente…
- Cosa que no me extraña. ¿Qué le hiciste a Senryo?
- ¿Cómo sabes que fue a Senryo?
- Años de conocerte. Habla ya, tarado.
- Lo peor. Traté de hacer las paces con él y entonces… mi tío lo echó del clan.
- ¿QUE HIZO QUÉ?
- ¡Lo echó, lo mandó al carajo, a la verga, a la chingada! Aghhh… dijo que lo desconocía como hijo y que, si él muere, Toshio heredará el clan y yo la Senescalía.
- Ahora sí te volaste la barda, hermano… —susurró Asayi, boquiabierta—. ¿Cómo lo lograste? Esta es tu victoria definitiva contra Senryo. En serio… ¡lo hiciste! ¿Cómo…?
- Justo cuando no intentaba joderlo.
- ¡De haberlo sabido, hubieras usado esa táctica desde hace años! ¡Todavía tendrías a Hayato en tu regimiento!
- ASAYI, ¡NO ME JODAS, QUE NO ESTOY DE HUMOR! Carajo… intenté hablar con mi tío. Senryo no es tan culero en el fondo…
- Wow. ¿En verdad eres tú?
- ¡SÍ, CARAJO! ¡DEJA DE MAMAR!
- Disculpe, Capitán… pero… ¿oí que intentó apoyar a Senryo —dono?

Quien habló fue Akemi, volteando a verlo con una delicadeza que a Morio le pareció incómoda en lugar de hermosa

- ¿Y a ti qué te importa?
- ¡No seas grosero, animal!

- Entiendo sus pésimos modales. Morio—san. Como su ahora esposa… quizás podría ayudarle. Tal es mi deber.
- Gracias, pero no. No necesito apoyo de Grullas y menos por obligación. Ahórrate tu deber. Y saliva.
- Bueno, pero, ¿qué cualidades viste en la Diva Chillona? –preguntó Asayi, retomando el tema.
- Es una puta divísima confesa. Pero tiene valor para serlo. Y hasta hoy, no había recaído en ese detalle. Sus finanzas tan buenas hacen que lo soporten pese a eso. Hermana, tú eres buena diplomática. Pero admitámoslo… ¿quién de todos los que ves aquí sabe de contaduría como ese cabrón?
- Es cierto. Y Tatsumiya es un prodigio de la política. Si los perdemos, no tendremos economistas.
- Exacto. Marica y todo, pero es necesario. Tenemos que evitar que se deshaga de él. Si Senryo se pasa a algún clan vecino, nos jode económicamente.
- Vaya, ¡hasta que usas esa cabezota!
- Morio—dono, señora Asayi… podría ayudaros. Si me lo permiten, podría interferir a favor de ambos con el daimyo.
- Ay, reinita ingenua. Eres nueva aquí, ¿verdad? Si a mí, que soy su sobrino favorito, no me quiso hacer caso, a ti menos. Por ahora lo único que se nos ocurre es enviar a ese par al templo Kitsu, para que les den asilo, en lo que veo cómo le bajo el coraje a mi tío. Tanehiro ya está trabajando en eso.
- Buena idea. Pero tenemos que evitar que Lord Shido lo haga público. Yo iré a distraerlo con plática y cosas banales. Ya después hablaré con nuestros padres para que nos ayuden. Mientras, tú quédate aquí y hazle al buen esposo. Lady Akemi, con permiso.

Akemi volvió al silencio, maldiciendo internamente al grosero pelirrojo, que intentaba hilar algún plan para convencer al daimyo de su poco reflexiva acción. Al cabo de un rato, Tanehiro fue a buscarlo, diciéndole que tenía lista una misiva, sólo era cuestión de avisar a Senryo que tenía un sitio a donde ir.

Ryu, afecto a la soledad y el distanciamiento, y sabiendo que no era León, decidió no estar cerca de la celebración y ausentarse hacia los jardines, de los que había quedado prendado. Sentado, absorto en la contemplación, vio por vez primera un atardecer cetrino y grisáceo, que halló hermoso, muy apegado a su tristeza debido a todo lo vivido ese molesto día. ¡Qué fácil era quebrar la felicidad! ¡Cuán rápido escapó de sus manos con una sola noticia! Y se sentía mal por partida doble: discutir con ese hombre al que adoraba y por haberle fallado a

la jovencita de palacio, a la delicada Akemi. Lamentaba su situación cuando una hermosa música de flauta llamó su atención.

¡Era tan triste! Melancólica y llena de desamparo. Justo como se sentía él en ese momento. Movido en su ya destrozado corazón, siguió el rastro de la música hasta llegar a un muro que le impedía ver quién la interpretaba. Con su agilidad felina, alcanzó sin problemas la portentosa altura del muro protector y de ahí, brincó a un árbol sin hojas, desde el cual pudo ver al intérprete.

Sentado en una roca, con los pies descalzos y dentro del agua de un hermoso estanque privado, Senryo tocaba la flauta, con sus preciosos ropajes hechos jirones, el maquillaje corrido y una buena cantidad de botellas de *Shochu* vacías, dispersas por el piso; una de ellas, a medio terminar. Su rostro estaba rojo y se tambaleaba. Estaba perdido de ebrio.

Aquella visión era muy distinta del molesto acosador al que había mordido horas atrás. Senryo lucía muy hermoso, tan vulnerable, triste, desvalido. Movido por la música, la compasión y la curiosidad, bajó de un salto del árbol, quedando delante del denostado Príncipe cara a cara. Al verlo, Senryo quedó de una pieza. ¿Cómo había llegado el deseado Libélula ahí? Ebrio e inestable, sonriendo torpe, levantó la jarra y bebió un poco, para limpiarse con el dorso de la mano y dejar que el licor escurriera por su magro cuerpo.

- Je… ¡A fe mía que esta porquería es buena! ¡Ya veo visiones!
- ¿Lord Senryo? ¿Qué le sucedió? Luce devastado.
- ¿Ahora te importo? Esta tarde me trataste como a una vulgar ramera…
- En ese momento se comportó como tal. ¿Pero a qué se debe su estado actual?
- Tshhhh… ¡a que me han “desprincipado”! ¡Tu maldito amante ya logró su cometido y me han echado del reino, cosita! ¡Eso pasa!
- ¿Mi amante?
- Ay, por favor, ¡conmigo no te hagas! ¡Como si no notara que te está cogiendo! No eres el primer juguete del animal de Morio. ¡Pero se cansa rápido de sus “viejas” asquerosas!
- ¿Sus… “viejas”?
- Hai, hai… Kurumi… Mikuru… ¿cómo se llamaba la peloncita esa? ¡Bueh, esa! La botó. Ese idiota tiene carácter de mierda. Y luego estuvo la lancera Kei…. ¡esa chica sí que lo quiso! ¡Morio fue un hijo de puta con ella, la jodió hasta anularla! Y luego la pobrecita… ¡paf! ¡Murió en batalla! ¡Y al pendejo no creas que le importo! Nah, ¡no señor! Se fue a beber con sus amigotes, los Leones ésos de Hierro… y luego Ume, la cetrina vagabunda…

fíjate que esa sí me caía bien porque lo mandaba a cagar huevos. Ella no se dejó mangonear y lo mandó directititito a la mierda, que es donde pertenece ese puto repugnante, maldito traidor, infame, oportunista... ¡MENTIROSO DE ASQUEROSA MIERDA!

Y diciendo eso, se soltó a llorar a mares, deshecho por lo que creía una elaborada traición. Ryu sintió otra saeta en el corazón al oír eso. Relaciones anteriores que habían terminado mal. Bueno, Morio se lo había dicho… la pregunta era si él terminaría siendo el siguiente en esa fatídica lista.

- Senryo—sama…. Permítame ayudarlo… está ebrio.

Diciendo eso, fue a atrapar al borracho en sus manos, ayudándole a llegar a la habitación más cercana. Sus aposentos personales. Ya en cama, Senryo lloraba y canturreaba un tema para su madre.

- Yo no sé si existía el cielo
aquel día en que te perdí
Hoy no sé si la tierra es suelo
o es que yo me muero porque estoy sin ti…

Ryu le limpiaba y arropaba. No sabía por qué lo hacía, Senryo había sido un insidioso con él. Quizás sólo lo hacía porque hubiera deseado que alguien le arropara en aquellos calabozos oscuros y aterradores. Suspirando, le acomodó el cabello.

- Majestad… ¿cómo está eso de que lo "desprinciparon"?
- Madre… madre…
Hoy te quiero cantar…
madre… madre…
Hoy te quiero besar…
Ghhhhh... ¿POR QUÉ ME DEJASTE?

Era claro que Senryo estaba ya ido de ebrio. Con paciencia y un toque suave y cariñoso, besó su frente. Y ese aroma hizo volver un poco al embriagado príncipe.

- ¿Ahhh? ¿Qué… qué pasó?
- Bienvenido al mundo de los vivos. Tocaba hermosamente la flauta, pero lleno de tristeza. ¿Puedo saber a qué se debe?
- Me han echado del clan. Tu maldito amante fingió "hacer las paces conmigo" para llevar ante mí a mi padre y manipularlo para que me echara del clan y lo nombrara sucesor al trono… ¡MALDITO!
- Morio no haría eso —dijo enteramente seguro—. Le conozco desde hace poco. Pero en el tiempo a su lado, puedo asegurarle que no es un hombre de intrigas o traiciones. Es demasiado honorable como para apuñalar por la espalda. Él es de golpear directo y contundente y luego hacerse para atrás para que el

contrincante se levante. Debe haber un error.

- ¡El error fue confiar en él! Tú no eres como él… tú eres un enviado del cielo... mis terribles penas desaparecen ante tu presencia, como la oscuridad de la noche desaparece ante la luz de la luna... ¿qué hubiera sido de mi sin tu misericordia?
- Lord Senryo… usted exagera. No hay necesidad de agradecerme, lo hice de una manera egoísta. Fue su música la que me impresionó, así que no hay necesidad.
- Oh, no… mi querido príncipe... tiene razón… fui un patán con usted… por favor, permítame resarcirme. Si tanto le ha gustado mi música, tocaré para usted en cuanto me reponga... obvio, si logro sobrevivir a mañana
- No diga eso. Conozco a Morio. Puede parecer un ogro, pero en el fondo es una persona maravillosa y dulce. Seguro estará haciendo algo para evitar que su tío lo eche del clan…
- No digas tonterías, hermoso Príncipe. Este fue su plan desde el inicio. Tú en cambio… eres tan gentil y amoroso… ¿cómo es que acabaste como su amante de turno, si odia a los que son como yo?
- No soy su amante de turno… soy su protegido. Quiero pensar que eso me pone en un mejor lugar que esas jovencitas que mencionó.
- Ese imbécil tiene tanta suerte… mira que hallarse a un chico tan precioso como tú… tan grácil, tan pacífico… él no te merece…

Diciendo eso, y sabiendo que quizás era su última noche ahí, Senryo volvió a sus incursiones hacia el cuerpo de Ryu, quien no sabía si detenerle para evitar un problema mayor o darle el beneficio de una despedida.

- Príncipe Libélula, por favor… no me deje solo. Tengo miedo… ¡tengo tanto miedo!
- Lo cuidaré, lo prometo… pero… deje de tocarme de ese modo… ya le he dicho acerca de mis oscuras aficiones…
- Puedo descender a ese infierno por ti, hermoso Ryu… ya lo he hecho antes. ¿Por qué no ahora? Anda, besa mis labios y hazme sentir calor. Esta noche va a ser tan fría…
- No sé negarme. Siempre he sido un esclavo…

Suave, Katayama tomó el delicado rostro de Senryo para besarlo. Sabía a licor y lágrimas. Entre hipos, éste se arrojó a su cuello, devorando por fin ese anhelado juguete que parecía exclusivo y de colección. Cayeron en la cama. Todo Ryu destilaba un aura que cambiaba poco a poco. La gentileza pacífica se trocaba en una experta malicia conforme los besos aumentaban de nivel. Era excesivamente

sensible gracias a Norima. No fue difícil ponerlo erecto y oírle jadear. Él mismo no entendía lo que hacía su cuerpo. No se percataba de ese aroma salino, casi imperceptible, que incitaba al escarceo y el sexo y que afectaba tremendamente al joven príncipe destituido, quien se había desnudado ya para tocarlo e intimar con él. Feroz, excitado, abrió el hermoso traje verde que portaba, deshaciendo el nudo del obi. El heredero Libélula no notó cuando parte de su ropa quedó revuelta entre las sedas del portentoso traje del otro y con ella, el *tantô* que Morio le había dado. Maravillado, Senryo tocaba en la penumbra azulada las cicatrices de Ryu. Casi todas eran de Norima, producto de la terrible saña empleada en sus torturas. Una crueldad que había desafiado su veloz sanación dejándole marcado de por vida.

- Dioses… te han torturado en serio. No sabía que Morio podía ser tan cruel…
- No son del Capitán. Son de Norima. Ahhh... Senryo travieso… ¿tanto me deseas…?

En ese momento, la puerta que daba al palacio se abrió. Morio entró, diciendo que ya tenía un plan para proteger a Senryo y evitar momentáneamente el exilio absoluto… y a cambio halló la escena de ambos a medio vestir, tocándose y en medio de sedas. Todo ese día había sido una colección de golpes morales uno tras otro: la boda, la reticencia de Ryu a seguir en el plan de venganza, la discusión y plática con Senryo, el cisma provocado por la necedad de Lord Shido. Esto era la puntilla, el colmo.

Y su rabia afloró de nuevo, como la erupción de un volcán.

Violento, arrojó a su primo hacia el extremo de la habitación, haciendo que su cabeza azotara contra la esquina de un afilado mueble de roble. La nuca del Príncipe depuesto se sintió ingrávida y tibia, para comenzar a sangrar. Lo dejó ahí. Si vivía o moría ya no le importaba. Ya no iba a ayudarle. Con furia jaló a su amado a otra habitación, donde lo arrojó, furioso, celoso, dolido y sumamente posesivo.

- ¿CUÁL ES EL JODIDO PROBLEMA CONTIGO? ¿TE GUSTA HACERLE DE PUTA?
- Puedo explicar todo, Morio, ¡lo juro!
- ¡COMIENZA ANTES DE QUE TIÑA DE ROJO EL PISO CON TU SANGRE MALDITA!
- ¡Oí la música! ¡No sabía que era Senryo! Me asomé y lo vi ebrio y llorando. Me dijo que por tu culpa lo habían echado del clan. ¿Es eso cierto?
- ¡NO ES MI CULPA! ¡Mi tío es un jodido necio que no entiende razones! ¡Y eso no excusa que acabaras con él en la cama! No te importó lo que te pedí, ¿verdad?

- Por favor… cálmate.
- ¡QUE SE CALME LA MIERDA!

Con furia, Morio se arrojó sobre su amante para azotarlo contra la fuerte duela de roble una y otra vez. Ryu estaba asustado. No del dolor, sino de la posibilidad de perder a Morio.

- ¡No estás oyendo! ¡De nada sirve que te diga que él comenzó! ¡Estás furioso y necio a hallar culpables!
- ¡No me vengas con estupideces, Katayama! Sabías que él buscaba un pretexto para acercarse a ti. ¿POR QUÉ SE LO DISTE?
- ¡Por estúpido! Porque siempre desee que alguien me abrazara así después de cada maldita golpiza, cada que mis heridas supuraban y se agusanaban. ¡Sí, carajo, me dejé llevar! ¡CONDÉNAME POR ESO!
- ¡Pues claro que lo hago, maldito! Ninguna excusa es lo suficientemente buena para lo que hiciste. ¡No soporto verte junto a alguien más! ¡TÚ ME PERTENECES!

"Las ex parejas de Morio: Primero Mikuru. Morio la dejó. Luego Kei, que murió. Y a Morio no le importó. Después estuvo Ume, que lo mandó al demonio… todas terminaron mal con él".

Las palabras de Senryo sabían ser hirientes. Temblando y asustado, Ryu pensó si Morio había sido así de irascible y posesivo con esas chicas. Mikuru había sido abandonada, Kei había muerto, Ume lo había dejado. Y aún bailaba en su mente el nombre de Hirose Mai. Senryo no la había mencionado, pero a esas alturas ya no le extrañaría que fuese una más en la lista nefasta de relaciones rotas del capitán. Herido, y bien influenciado por la inseguridad y la cizaña del Príncipe León, miró dolido al hombre que amaba.

- ¿Quieres decir que eres mi dueño? ¿Que el único con derecho sobre mí eres tú? Pensé que sólo te importaba el asunto ése de tu amigo perdido. ¿No dijiste eso en la mañana?
- ¿Qué? Repite eso…
- ¡T—tú lo dijiste! ¡Estás necio en llevar a cabo esa venganza! ¡Te pedí cesar y me gritaste! ¿Qué quieres que piense? ¡Quieren usarme! ¡Todos quieren esa maldita cosa que vive dentro de mí! ¡Mi padre, Norima, Senryo… incluso tú! Dime la verdad, ¿me amas porque me necesitas o me necesitas porque me amas?
- Hijo de puta, ahora sí que te pasaste…

Con el semblante dolorido, Morio retiró los brazaletes de cuero de los antebrazos, para besar las malditas escarificaciones amoratadas y secas. Con brusco cariño, aferró su mano izquierda con la derecha de

Ryu. Apretó ambas, las acarició mirándolas. Mientras, su mano derecha buscaba su *wakizashi* entre sus ropas con suma discreción. Ryu no entendía qué hacía el agresivo león.

- Morio… Pero, ¿qué haces?
- Oí algo en labios de Yuuhi mientras entrenaba en Asahina. Él dijo que había oído rumores sobre una mentada Secta del Loto o algo así. Dice que los que se unen a ese asunto usan marcas muy similares a las tuyas. Justo como las llevaba consigo la perra maldita que me hizo tanto daño y se robó a mi amigo. Y también le oí decir que esos fanáticos se unen a su asunto disparatado por medio de la sangre.

Sin previo aviso, de golpe y con un impulso visceral, Morio apuñaló de golpe ambas manos, perforándolas de golpe, traspasándolas de lado a lado, rompiendo cartílagos y nervios. El dolor les hizo gritar. Pero el pelirrojo, lejos de separarse, movió su mano aún más, juntándola con la de su amado, mezclando ambas sangres de modo definitivo

- ¡NO LA SEPARES! Yo no sé si eso que dijo es verdad o no. Pero vamos a intentarlo. Y si es verdad, me estoy contaminando con tu sangre de modo voluntario y con total entrega. Ahora tu mal es mío. Correré tu suerte y me corromperé con el poder de las sombras al igual que tú a menos que hagamos algo por salvarnos, porque nada en este puto mundo hay que ame más que a ti, imbécil. ¿YA TE QUEDA CLARO QUE NO TE ESTOY USANDO?

De golpe, Ryu apartó su mano, aterrado, llorando.

- ¿PERO QUÉ ACABAS DE HACER?
- ¡Ya te lo dije! ¡Me convierto en lo que tú porque te amo! Dime ¿aún dudas de mí?
- Oh, Morio… ¿cómo pudiste ser tan idiota?

La tercera voz que se oyó fue la de Tanehiro, quien vio la escena con un dolor infinito. La pareja volteó, sintiendo que el mundo se le volvía a caer. El hechicero blanco se acercó. Y entonces vio por fin las marcas de los antebrazos de Ryu. Todos sus terrores cayeron sobre él como una cascada de agua helada. Otei se lo había advertido: "*Te quitaré todo lo que amas a menos que aceptes mi propuesta"*. Y ahora lo estaba cumpliendo poco a poco. Primero Mikisaburo, y ahora Morio. Furioso, miró a Ryu y sus manos se encendieron en una llama preciosa, dorada, que arrojó hacia el pálido engendro, lastimándolo severamente.

- ¡TÚ! ¡LO SABÍA! ¡Eres un maldito artífice de la miseria! ¡Sabía que no debíamos confiar en ti! ¿Te envió Otei? ¡HABLA, MALDITO DEMONIO BLANCO!

- ¡NO INTERVENGAS, TANEHIRO! ¡ESTO ES ENTRE RYU Y YO!
- Morio… no. Tú no. No me digas que has caído en su hechizo…
- ¡Hechizo mis huevos! ¡Hago esto por decisión propia!
- ¡No lo ves! ¡Esta cosa te está controlando! ¿No ves acaso las espirales en sus brazos?
- Las vi desde que lo conocí. Y me aferro a ellas. ¡Son las mismas, Tanehiro!
- ¡No soy ciego! ¡Claro que son las mismas! ¡Esas malditas runas se llevaron a Mikisaburo y ahora también te están llevando a ti! ¿ACASO NO LO VES?
- ¡Puedo controlarlo! ¡Él nos llevará a Miki, puedo sentirlo! ¡Lo rescataremos, Tane, lo haremos!
- No, Morio… no va a pasar porque donde ellos pisan, la tierra perece. Yuuhi no deja de decirlo. Esas marcas traen muerte y perdición. ¡ESE MALDITO PRÍNCIPE TRAE CAOS Y RUINA! ¡Quizás… quizás por eso Norima lo tenía controlado y sometido a base de dolor! ¡QUIZÁS TENÍA RAZÓN Y NOSOTROS ESTAMOS EQUIVOCADOS!
- ¡NO VUELVAS SIQUIERA A INSINUAR ESO!

El golpe que Morio soltó a su amado amigo fue devastador, contundente. Jamás en la vida había sucedido algo como eso. Morio y Tanehiro habían crecido juntos. Uno como hijo de samuráis y el otro como aprendiz de monje guerrero y hechicero. Uno, pendenciero y remolón y el otro, pacífico y espiritual. Habían tenido peleas, sí. Pero siempre hallaban la conciliación y la paz mediante un equilibrio de negociación que creaba una fuerte base en su amistad.

Hasta ese día.

Tanehiro sintió una dolorosa separación con ese golpe. El golpe que nunca debió llegar.

- Tú viste las espirales… —susurró limpiando la sangre de su rostro hinchado—. Y a pesar de eso, me lo ocultaste. Te lo pregunté muchas veces y siempre dijiste que no había nada debajo de esos brazaletes… me mentiste, Morio. Y no fue una mentira innocua, no hablo de un bocadito que tomaras del templo y que yo te cubriera con Tetsuyama—san. Me ocultaste que este engendro es parte de esa Secta. Esto no puedo perdonártelo.
- Tanehiro—san… no, no culpe a Morio… todo esto es mi culpa. Por favor, caiga sobre mí la responsabilidad de estos sucesos.
- ¡CAE SOBRE TI, KATAYAMA! ¡No creas que te eximo! ¡Tú lo sedujiste con algo… puedo sentirlo! ¡Emanas un aura poderosa, seductora, sexual! ¡Lo has embelesado con tu poder! ¿Crees que no quiero rebanarte la garganta aquí mismo?

- ¡Inténtalo y yo rebano la tuya!
- Ahí está de nuevo el influjo —movió la cabeza, apesadumbrado—. Oh, Morio… si sólo pudiera hacerte abrir los ojos…
- ¡No están cerrados! ¡Puedo ver claramente lo que pasa! ¡Ryu es inocente de todo! ¡Es su padre quien lo dañó así! ¡Es Norima quien lo torturó! ¡Él sólo desea la paz! Y yo… yo amo eso de él. Lo amo, Tanehiro. Ya no puedo negarlo.

El joven monje bajó el rostro, desconsolado, deshecho. Su amigo se estaba convirtiendo en un ente oscuro y no quería impedirlo. Ahora juraba amarlo.

- No quiero seguir escuchando. No eres tú quien habla. Si quieres morir a su lado, puedes hacerlo, pero yo no estaré aquí para evitarlo.
- ¿Qué dices? ¿Te vas?
- ¿Y a qué me quedo? Ya no tengo nada que hacer aquí.
- ¿A dónde vas? ¡No puedes dejarnos! ¿Por qué?
- ¡No puedo creer que me lo preguntes, idiota! ¡Siempre fuiste un grandísimo idiota! Sabía que algún día te perdería, ¡pero no de este modo!
- ¡Pero no me has perdido, aquí sigo!
- ¿Por cuánto tiempo? ¡Esa maldita cosa corrompe la mente y el alma! ¡Te acabas de meter con fuerzas que ni yo entiendo y que no sé cómo detener! ¿Qué puedo hacer ahora que te has vuelto como él? ¡NADA! ¡No puedo quedarme a ver tu destrucción si no deseas mi ayuda!
- ¡Pero Tane… yo no puedo moverme sin ti! ¡Siempre hemos sido hermanos!
- ¡Y LOS HERMANOS NO SE MIENTEN, MORIO! ¡LO QUE HICISTE FUE UNA TRAICIÓN! ¿Cómo puedo creerte ahora lo que me digas, si fuiste capaz de ocultarme al enemigo?

Morio se quedó impávido, callado. Soltó la mano de Ryu, que se sentía culpable de todo lo que pasaba.

- Siempre fuiste mi familia. Estar a tu lado era lo único en la vida para mí. Sabía que tarde o temprano acabarías muerto en batalla o llegaría alguien que separaría nuestros caminos, pero nunca pensé que sería así...
- Tanehiro, yo nunca supe... ¿Por qué carajos nunca me dijiste nada?
- ¿Era necesario? ¿No quedaba claro que por ti hubiera muerto sin dudarlo? Aliarte con las fuerzas que se llevaron a Miki es más de lo que puedo soportar ver en ti. No puedo quedarme viendo tu degradación y que me impidas hacer algo por un hechizo al que llamas “amor”. Por eso debo irme.

- ¡Sin ti las cosas no serán iguales, Tane! ¿Qué harás? ¿A dónde irás?
- Mis asuntos ya no son de tu incumbencia, Morio... que los Dioses te ayuden, pues has condenado tu alma.

Deshecho y con un tremendo dolor en el corazón, Tanehiro se puso de pie y se alejó definitivamente de ambos. Echó una última mirada al que siempre había considerado su único hermano y se dio vuelta, perdiéndose en la naciente negrura de la noche.

Morio intentó ir tras él, desesperado. Pero una ráfaga de dolor se perpetró en su brazo izquierdo, haciéndole caer de rodillas. La corrupción de la sangre había sido aceptada y ahora iba a comenzar. Ryu se sabía culpable. Sentía que sin su presencia eso nunca hubiera pasado. Lo único que pudo hacer fue abrazar el cuerpo de su amado y llorar, atormentado por saber que había separado a dos hermanos.

Y en las sombras, espiando, Tatsumiya vibraba de malsano placer, sonriendo. ¡Lo habían logrado! ¡Tanehiro se había separado de Morio y éste había confesado su amor homosexual! Habilidoso, fraguó un nuevo plan. Ya no era necesario pedir ayuda a Yamashita. Esta declaración del Héroe de Ikebakuro iba a ser un golpe muy fuerte en el corazón del prejuicioso soberano. Ahora le quedaban dos caminos: o aceptaba a Morio como era y con ello a Senryo… o perdía a ambos. Feliz, comenzó a maquinar los detalles de su nuevo plan, sin saber que Senryo ya estaba llevando a cabo sus propias conspiraciones irreflexivas e intempestivas.

CAPÍTULO 15
SANGRE EN EL TRONO LEÓN

Adolorido por el golpe, Senryo se incorporó, sintiendo el mundo zumbando a su alrededor. Sentía tibia la nuca debido a la sangre. Pero en ese momento le importaba más vengarse de Morio que su propia seguridad. Yagumo le había dicho que no se moviera. Y había obedecido, con un resultado fatal. Rebelde y nada sereno, decidió que ése era su momento y no iba a esperar a su altivo consejero. Comenzó a vestirse torpemente, mareado. Entre las sábanas halló el precioso *tantô* que Ryu llevaba consigo. Lo reconoció enseguida. Esa preciosa arma debería ser suya, pero su padre se la había regalado a Morio el

día de su graduación con el mismo fin de siempre: humillarlo y dar preferencia a su primo mayor. Morio, Morio, ¡siempre Morio! ¡Todo él! ¡Todo lo bueno, loable y digno lo ejemplificaba él! Y hoy había jugado de modo maestro. Jamás le creyó capaz de semejante traición. Pero tal hecho agravaba el odio ya albergado desde su adolescencia. Dispuesto a todo, se arregló, tomó la preciada arma y salió de la habitación en busca de Norima.

Ya era de noche. Y la celebración no parecía acabar. En el sitio de honor, Akemi seguía colocada como un adorno discordante. Bonita, delicada y totalmente fuera de su elemento. Asayi, hábil, había logrado organizar un juego de Go entre su furioso tío y su padre, a la par que había tocado el *biwa* para ambos. Tras varias horas, volvió a la fiesta, esperando que Morio volviera pronto con la noticia de haber puesto a buen resguardo a Senryo y Yagumo; pero las horas comenzaron a pasar y el león no regresaba. Era ya casi la última hora antes de la medianoche y no había luces de ninguno. La fiesta iba mermando. El daimyo anunció que se retiraba a dormir. Aquello era raro. Las fiestas del clan León nunca eran tan breves. Parecía que el sueño se les comenzaba a adelantar. Preocupada, Asayi se levantó de su sitio. Los leones seguían bebiendo. Casi todos habían caído ya embrutecidos de alcohol. Sólo los cuatro miembros de la Legión Montaña, Ryuji y Kurono seguían en pie. Y esto porque al último no lo dejaban beber. Asayi preguntó por su hermano o Tanehiro, pero ninguno sabía nada. No los habían visto. Mientras se alejaba en busca de ambos, Yutaro cantaba unas estrofas que sonaban lúgubremente proféticas.

Ryuji y Kuro se unieron para ayudar a lady Asakura a buscar a ambos. Ryuji estaba ebrio, pero no demasiado. Y Kuro estaba enteramente en sus cabales. Cada uno se fue por su lado, en espera de hallarlos.

Tanehiro no pasó por la reunión. No quería avisar a nadie de su decisión. Estaba demasiado lleno de dolor como para detenerse a explicar sus sentimientos. Sin decir nada, fingiendo entera calma, pero en total silencio, se dirigió a los establos del palacio para tomar su montura, a la cual acicaló. Tomó comida para el viaje y con viento fresco casi de medianoche, partió del clan León.

Tal como había dicho Norima, el alejamiento del monje blanco afectó al hechizo de peste, que comenzó a debilitarse. El ojo sano del monje corrupto se abrió sorprendido al sentir que el agonizante dolor comenzaba a mermar y sus heridas comenzaban a dejar de supurar. Sonriendo demente, comenzó a susurrar encantos prohibidos y

oscuros, llamando a entes innombrables y seres de la oscuridad. Mientras su piel se recuperaba, el viento de la cercana medianoche traía consigo aullidos y terribles susurros mortecinos. La luna creciente se ocultó debajo de oscuros nubarrones que encapotaron el cielo con apabullante velocidad. Algo estaba pasando. El aire se había enrarecido.

En la celebración, poco a poco, el sueño empezó a hacer mella en las personas. Akemi se vio en la mesa de honor sola, despierta y sobria. ¡Aquello no era normal! Preocupada, se puso de pie, buscando a su marido.

Yagumo, en los pasillos, comenzó a sentir esa pesadez en el aire. Delante de sus ojos vio cómo el pasillo parecía estrecharse y ensancharse, paredes que parecían líquidas. Se talló los ojos. No había ingerido nada que le limitara los sentidos. De improvisto, claramente pudo sentir a alguien detrás de él. Pero no era una persona. Era una presencia ominosa, agresiva… y nada natural. Sintiendo una penetrante mirada en la nuca, llevó la mano a su espada y caminó viendo hacia el frente, con la sensación de que, si miraba atrás, sería su fin. Pronto, caminar no era suficiente. Yagumo sentía claramente cientos de ojos posados en él. Aterrado, corrió por el pasillo que parecía líquido hasta llegar a la habitación de Senryo, que halló vacía y desordenada por la trifulca. Encendió una luz. Vio la sangre del golpe, las sábanas desordenadas, parte de la ropa de Senryo y la yukata de Ryu tirada en el piso. ¡Maldita sea! ¡Senryo le había desobedecido! Ahora tendría que volver a salir a ese pasillo endemoniado para buscarlo.

Senryo llegó a las celdas. Los guardias también estaban adormilados por la extraña sensación de pesadez en el palacio. El veleidoso Príncipe pasó de largo. No parecía afectado por el hechizo. El oscuro camino parecía guiarlo a pesar de no haber iluminación. Ansioso, con el *tantô* en la mano, y guiado por el dolor y la rabia, avanzó a través de esos mortales susurros que parecían llamarle. La puerta de la celda de Norima estaba cerrada, pero no le costó trabajo abrirla.

Cuando entró, todo era distinto a como lo había dejado. Una leve luz en la celda permitía ver el estremecedor cuadro:
Norima ya no era un amasijo de carne vendado. Ahora esperaba en el fondo de la celda, con los vendajes caídos, cubriéndole el cuerpo de modo que asemejaban carne desollada colgando. Había rejuvenecido. Ya no se veía de cuarenta años. Ahora su apariencia era la de un joven de 27, fuerte y sano de piel grisácea que sonreía de modo demente, demoníaco. Y su ojo sano brillaba como el de un gato, en rojo. Su cabello había crecido demencialmente. La celda entera estaba cubierta

por él y el piso era una alfombra de lacio y negro cabello. Al verle, Norima sonrió aún más.

- ¡Ah, el noble Heredero León! ¡El único ser que se apiadó de mí en los momentos más difíciles! Debo agradecerle. Por lo que siento, Kanagawa ya no está aquí, ¿verdad?
- Seguramente mi señor Tatsumiya ya debe haberse encargado de eso. Entonces era verdad… ¡su hechizo lo mantenía débil!
- Y por lo que veo, usted aún sigue en pie con su plan de venganza hacia Asakura…
- ¡Completamente! pero no una simple y sencilla... Asakura me ha causado un gran dolor, y quiero que lo pague con cada fibra de su ser... ¡Quiero que sufra! ¡Y ya tengo la idea perfecta para ello! ¿Veis esto?

Norima vio la preciosa arma que le había visto portar a su precioso Ryu en la academia.

- Lo veo. Mi rebelde Ryu solía llevarlo en su obi…
- Pertenece a Asakura. Quiero que esta arma mate esta misma noche al daimyo, Lord Shido—sama. ¡Quiero que se culpe al maldito de su muerte!
- Mi señor… si ese es su deseo, puedo hacerlo realidad de un modo que no puede ser más satisfactorio. ¡Puedo hacer que sea el mismo Morio quien lo mate! O algo así…
- ¿Algo así? Explícate, brujo…
- Soy docto en hechizos. Muchos, cosas que nadie, ni mi señor Katayama Ryunosuke sospecha. Puedo, por ejemplo, daros la "Transmutación de Piel", una ilusión que os hará lucir como su odiado primo. De ese modo, portando su arma, usted mismo puede llevar a cabo su venganza ¡y a quien verán todos, incluido su padre, será a Asakura!

Senryo abrió los ojos sorprendido, fascinado. ¡Aquello era ideal, maravilloso, mejor de lo que pensaba!

- ¡Sí, sí! ¡Eso quiero! ¡Dámelo! ¡Dame la piel de Asakura!
- Será un placer, mi señor. Pero a cambio quiero algo. No es mucho lo que pido, es una insignificancia…
- ¡Pide, pide lo que gustes! ¡Te lo daré!
- Quiero a Ryu de vuelta como mi protegido, amante y esclavo.

Eso no agradó nada a Senryo, que también codiciaba la piel cetrina del Príncipe Libélula. Sin embargo, cruzó los dedos mentalmente, pensando para sí que ni loco cumpliría tal promesa.

- ¿Y bien, Majestad?
- Está bien, Norima—San, lo tendrás.
- En ese caso, Altísimo, firme este contrato —con un ademán de

Norima, un pergamino de blanco papel de arroz apareció junto a un afilado punzón de metal negro—. Entenderá que jurar por la sangre es lo más sagrado que existe y no deseo que haya pequeños olvidos en este contrato. Usted tendrá el reino, la gloria y a su odiado primo a sus pies, con su padre muerto... pero no deseo que olvide el trato. Firme, mi Señor, con su sangre.

- ¡Me insultas, Norima—San! ¡Yo jamás sería capaz de olvidar semejante trato!
- ¿Debo creer entonces en su palabra, oh Altisimo?
- Si he dicho que lo cumplo, lo haré. Jamás he faltado a mi palabra, noble Norima—San. Cumpliré mi promesa o perderé la vida.
- Aun así, yo requiero una garantía…
- Si firmo, ¿lo harás?
- Al instante.
- Oh, ¡ya! ¡Al demonio! ¡Tanto por una formalidad!

Diciendo eso, Senryo horadó su pulgar para sacar ligeras gotas de sangre y firmar el pergamino con el símbolo de su apellido.

- Siendo así, creeré en usted, oh Valiente León. Desnúdese.
- ¿Qué?
- Como oyó, Milord, quítese toda la ropa.

Extrañado, y raramente ruborizado, el Príncipe León obedeció al brujo y se despojó de las sedas que cubrían su cuerpo. Al hacerlo, sintió claramente la mirada voraz de Norima sobre él, recorriéndole a detalle con lujuria malsana. Cuidadoso y con un toque incómodo, Norima escudriñó a fondo el magro y cimbreante cuerpo de Senryo por entero hasta quedar satisfecho. Entonces, le pidió ponerse de pie en el centro de la habitación.

Al hacerlo, Norima tomó polvo de la celda, al cual le susurró un encantamiento que le tornó de color. Ahora era de un púrpura sucio. Esparció el polvo alrededor de Senryo en forma de un círculo, rezando el encantamiento en una lengua olvidada de la cual el León no entendía ni una palabra. Al hacerlo, se oyeron horribles lamentos inhumanos provenientes del exterior que hicieron sentir a Senryo que estaba más seguro en esa celda que fuera de ella. Tras varios minutos, el círculo de polvo estaba completo. Norima tomó el afilado punzón y se lo mostró al muchacho.

- Esto dolerá un poco, Milord.

Antes de que el joven pudiera responder, el brujo tomó el brazo y con el punzón, cortó con saña la piel, horadando hasta el músculo. Senryo

lanzó un grito de terrible dolor, tratando de retirar su brazo sin poder hacerlo.

- ¡¡AAARGH!!
- Soporte, mi señor... es por su bien.

Al ver el rictus de dolor, Norima sintió una fuerte excitación sexual. Un hermoso jovencito sufriendo de dolor era uno de sus fetiches más arraigados. Fascinado con los gritos, comenzó a trazar en ese cuerpo formas de espirales similares a las de Ryu. Cada paso con el afilado objeto hería al Príncipe, quien gritaba, deseando que el tormento culminara pronto. Pero Norima sabía alargar la tortura. Una hora entera pasó perforando con medida y estudiada saña el cuerpo de Senryo, que ya casi desfallecía sintiendo fiebre por el modo tan cruel en que su piel era perforada, sangraba y se hinchaba. Sólo el deseo de venganza le hacía permanecer en pie, susurrando delirante el nombre de Yagumo. Al final, Senryo era una pulpa ensangrentada, con los omóplatos, hombros y brazos sangrando, gimiendo de terrible dolor. Norima estaba más que excitado y erecto con semejantes gritos. Pensó que el joven León sería un excelente sumiso para practicar sus torturas. Sin embargo, tenía que concentrarse en el proceso. Ya casi terminaba. Tomó de nuevo polvo del piso al cual tornó de nuevo en tono púrpura… y lo esparció en la carne viva, causándole terrible sufrimiento. Senryo se retorcía de dolor. El polvo calaba con el mismo ardor ingente de sal en una herida abierta, insertándose, metiéndose en la piel como si tuviera vida propia, arraigándose en el músculo. Los gemidos del Príncipe ya eran un desolado llanto de dolor que era música para Norima, quien, para sellar los brutales tatuajes, tomó de nuevo el punzón y lo calentó en el fuego de la pequeña antorcha que iluminaba la celda. Una vez rojo por el calor, lo clavó cruelmente en los tatuajes, una y otra vez, cauterizando las aberturas, sellándolas con el polvo dentro y lamiendo las ampollas de modo lascivo cuando el fuego había pasado por ellas.

- ¡¡¡¡AAAAAAGHHHHHHH!!! ¡NORIMA… BASTAAAA!
- ¡Vamos, resista, Majestad! ¡Resista o no podrá vengarse!
- ¡POR FAVOR, YA NO! ¡YA NO!
- ¡Un poco más… ya casi acabamos!

Senryo cayó de rodillas. Olía a carne quemada. Todo el cuerpo le dolía. Norima miraba tremendamente excitado. El príncipe León jadeaba llorando. Pero por fin el suplicio había terminado. Colocándose de frente a él, el brujo oscuro preguntó.

- ¿Y bien? ¿Cómo se siente… Capitán Asakura?

Al oír eso, Senryo se incorporó de golpe, aun jadeando de dolor.

- ¿Cómo me llamaste?

- Si pudiera verse en un espejo, entendería a qué me refiero…
- ¡Necesito hacerlo! Dime, ¿en verdad luzco como él?
- Mi señor, yo no os miento. Cuando digo que lucís como él es tal y como me refiero. Y puedo mostraros…

Una vez más, el brujo creaba maravillas innombrables que fascinaban a Senryo. De sus ajadas manos brotó luz mortecina de apagados colores que, cual fuegos artificiales, proyectó una elipse delante de ambos, misma que comenzó a tomar forma plateada, como una hoja de metal pulimentado. Un espejo para el caprichoso príncipe que se miró en él, emocionado. En efecto, lucía como el petulante barbaján pelirrojo: alto, musculoso, con facciones cuadradas y ese largo cabello malsanamente rojo, atado en una alta coleta. Senryo sonrió, encantado.

- ¡Es tal como dijiste, Norima! ¡Soy él, luzco como él! ¡Es fantástico! ¡Oh, Ryohei, me has dado el mejor regalo del mundo! Y si todo sale como planeo, y acabo con la vida del maldito viejo en unos momentos, ¡culparé a Morio sin que nadie sospeche de mí! Pero espera… ¡Necesito testigos! ¡Alguien que pueda ver mi obra maestra!
- No se preocupe, Gran León. Ahora mismo, algunas personas deambulan por el palacio, torpes y asustadas. Puedo sentir sus deliciosas esencias: dos de los hombres de Morio y su leal perro consejero han superado el efecto de adormecimiento de las ánimas y caminan buscando; unos a su imbécil capitán y el otro a usted. Con la debida guía los llevaremos a la escena del crimen. Y créanme, no lo reconocerán.
- Ryohei, ¡eres maravilloso! ¡Encima de todo quienes lo verán serán sus mejores amigos! No veo la hora de culminar los hechos. Cuando todo esto termine, te nombraré mi consejero personal.
- Os agradezco, mi señor. Mas no olvide que me ha prometido al Príncipe Ryu de vuelta…
- Es cierto, es cierto… no lo olvido. Y tendrás lo que desees a su debido tiempo. ¡Es momento de levantar el telón! ¡La tragedia más grandiosa de este clan está por comenzar! El Viejo y decadente León está a punto de terminar sus días a manos de quien menos se lo espera. ¡Será una actuación digna de ver!

Norima miró alejarse al ambicioso y cegado Príncipe. Sonreía. Así como iban las cosas, muy pronto el Clan León podría incluso ser suyo.

Morio fue llevado a su habitación por Ryu en total silencio. Estaba devastado. Ahí, el pálido Libélula revisó la profundidad de la herida con suma tristeza. No podía saber si el rumor soltado por Yuuhi era cierto o no. Pero no descartaba su veracidad dado el shock de dolor

que sufría su amado. Por ahora, el fuerte brazo del Capitán lucía normal, aunque algo rígido. Ryu usó su saliva, lamiendo la herida, tratando de frenar la infección de la profunda herida en la palma. No cesaba de pensar lo mismo que Tanehiro: “Oh, Morio… ¿qué tontería has hecho?”.

Una pequeña figurilla se asomó a la habitación. Era Lady Akemi. Al verla, Morio volteó con una mirada hosca y salvaje.

- ¿Qué carajos haces aquí? ¿Los Grulla no te enseñaron a tocar o qué? Tan pinches educados que dicen ser…
- ¡Lo… lo lamento, mi señ... esposo mío! Yo...
- No me digas así. Ni te gusta ni te lo crees. Ahórrate la hipocresía. ¿Qué carajos quieres?
- Se… se ausentó de la reunión. Y al no verlo, vine a buscarlo… ¿está herido?
- ¡No, qué va! ¡Es una terapia de relajamiento alternativo que implica cortadas para cerrar ciclos!
- Morio, basta, por favor. ¡Deja de ser tan cruel con ella!
- Ohhh, perdona. ¿Ahora la defiendes, Ryu? ¿Es eso? ¿Te gusta la grullita culo parado?
- ¡Deja de decirle así, demonios! ¡Ella no tiene la culpa! ¡También la casaron a fuerzas!
- ¡PUES ENTONCES DUERME CON ELLA Y NO ME MOLESTES!

Ryu estaba frustrado y lleno de confusión. De buena gana mandaría a Morio al demonio en ese momento. Pero, por otro lado, se sentía culpable de todo lo ocurrido. En silencio, dejó las curaciones y salió de la habitación con ella, que no rompía a llorar por miedo y dignidad. Sólo hasta estar tras el biombo, del otro lado de la habitación fue que largó en llanto.

- ¡Es un monstruo! ¡Grita horrible! ¡Es burdo, malhablado y me ignora! Ghhhh… ¡No es lo que imaginé!
- Princesa… lamento haber confundido sus expectativas. Yo no soy de este clan. Soy Libélula.
- Ya se nota —dijo desconsolada—. No eres como ellos. Aquí todos son una manada de bestias con garras y dientes que no conocen de refinamientos, educación ni buenos modales.
- Pero sí de lealtad, unión y honor. Agarró a Morio en un pésimo día. Quizás el peor de todos. Él no suele ser así.
- Es horrible… ¡No lo soporto! ¿De dónde salió usted? Tan pacífico, tan amable… tan…
- … extraño. No quiere saberlo, princesa. No soy un lindo principito delicado. Tengo un lado muy oscuro que sólo ese pelirrojo terco de ahí puede sobrellevar. Le recomiendo no adentrarse mucho en esta senda.

- Ahora es mi senda. Por obligación. ¿Olvidas que estoy casada con él…?

En ese momento, Ryu sintió una oleada de oscuras esencias en el aire, rondando fuera de palacio. Instintivo, abrazó a la joven, de modo protector, sintiendo arder las escarificaciones de sus brazos y piernas. Sus ojos se encendieron en ese tono verde tan brillante y demoníaco. Morio abrió la puerta corrediza que los separaba.

- Mira, pongo pausa al pleito porque acabo de sentir algo afue… ¡Oh, carajo! ¡Ahora con ella! ¿Pues qué no te bastó cogerte a Senryo?

La mirada de Ryu al voltear, tan lóbrega e imponente, hizo que el pendenciero León guardara silencio por primera vez.

- ¡CÁLLATE! ¡Los estoy notando! Algo… ¡alguien ha liberado a cuanta alma torturada haya en esta ciudad! Dioses, Morio… ¡DEBE SER NORIMA!
- ¿Norima? ¡No, el cabrón está bajo el hechizo…!
- … de Tanehiro.
- Oh, no… ¡LA PUTA MIERDA QUE PARIÓ A TODOS! ¡TENEMOS QUE PROTEGER A MI TÍO, A LOS NOBLES, MIS HOMBRES, A LA FAMILIA…!
- M—Morio—san… también eso… quería decírselo… abajo… todo parece congelado. Todos han caído dormidos demasiado pronto. Como si algo los hubiera puesto a dormir.
- Odio tu voz, pero ¿QUÉ DICES? ¿Y mis hombres? ¿Mis padres? ¿Mi hermana?
- Dormidos casi todos. Creo que Lady Asayi y dos de sus hombres se levantaron para buscarlo…
- Ya deberían estar aquí. Lo mejor será que salga a buscar. Ryu, cuida de la princesa…

Justo en ese momento, fuera de la habitación, los tres vieron una silueta. No era humana. Se arrastraba impulsada por un par de poderosos y deformes brazos, arrastrando detrás suyo una especie de cepo. Sin piernas, arrastraba la mitad de un cuerpo, del cual podían ver la sombra de la columna chorreando sangre. Ryu reprimió el grito de Akemi tapándole la boca. Incluso el pendenciero Morio se quedó helado. La criatura —o lo que fuese aquel horror— se detuvo justo detrás de la puerta de delicada manufactura. Literalmente los separaba una delgada hoja de madera y papel de roble translúcido. Claramente pudieron verle voltear hacia ellos, ladear su cabeza. Y —maldita sea— los tres juraron que sonreía, divertido por el terror que causaba. Morio se puso enfrente de ambos, sudando, empuñando la katana.

- Pásense a mi aposento… ¡rápido, rápido!

Los dos obedecieron en silencio y aterrados, abrazándose como niños debajo de las cobijas. Ryu ya estaba acostumbrado a esa negrura, a esos alaridos. Todo volvía a ser dolorosamente familiar. Sus ojos brillaban, pero no sabía cómo reaccionar. Afuera, Morio permanecía quieto, con los ojos fijos en la sombra. Ninguno de los dos se movía. La criatura deforme parecía reírse del terror del León. Incluso, en su mente, claramente pudo leer lo que pensaba:
"¡Vamos, atácame! ¿No te atreves a hacerlo? Entonces voy a hacerlo yo…".

Con un grito de furor, Morio abrió la puerta, lanzando un certero golpe de *Chiwari*, hecho para rajar el pecho del oponente. En este caso, la cabeza.

No había nada.

El valiente y boquiflojo León de fuego retrocedió trastabillando, cerrando la puerta y trabándola con cuanto mueble halló a mano. Ryu y Akemi corrieron en su ayuda y atrincheraron la habitación para después, olvidando rencillas y molestias, hacerse uno en la cama y ocultarse debajo de las cobijas, en silencio, temiendo por sus vidas y las de todos los que estaban afuera en ese infierno de negrura.

- Princesa, póngase en medio de ambos. Ryu y yo la protegeremos.
- ¿Morio—san? ¿Está seguro?
- ¿Vio esa cosa? ¡Claro que estoy seguro, mierda! Mire, puedo ser una porquería de persona, pero tratándose de proteger a los demás, soy bueno. Usted no debería estar casada conmigo. Nada bueno le voy a traer y, sí, tiene razón: soy un monstruo malhablado y cerdo. Una noble de alta alcurnia no merece atarse a un barbaján como yo. Hagamos algo: no me llame "esposo". No se sienta obligada a nada conmigo. Siéntase libre de pensar, creer, actuar y moverse a su albedrío. Yo no voy a ser un yugo más en su vida. Mañana hablaré con mi tío para anular este matrimonio. Y si no acepta, que me temo mucho que así será, le prometo no tocarla, ni molestarla, ni tener con usted ningún tipo de "derecho marital". Siéntase libre de enamorarse de quien guste, si gusta. Eso sí, guardando la respectiva discreción. ¿Qué dice?
- Morio—san, eso que dice es un anatema social…
- Pero es sincero. ¿Para qué odiarnos, si podemos hacernos pendejos?
- ¡Morio, lenguaje! ¡Lady Akemi es una dama!
- ¡Ya suenas como mi madre, Ryu! Mire, princesa, se lo digo ahorita porque allá afuera está pasando algo y no estoy seguro

de qué es ni de si saldremos vivos de ello. Pero no es nada bueno. Si vamos a quedarnos aquí los tres, tendremos que ser un frente unido. ¿Sabe pelear?

- Dioses, no…
- Entonces usted va a ir en medio y atrás. Ryu, ponte a mi lado. Vamos a vigilar toda la noche.
- Ya sabes que yo puedo pasar la noche sin dormir.

Akemi notó algo en ese tono de voz. La amistad entre esos dos era profunda, pese al conflicto. Morio asintió, estoico. Y ambos se dedicaron a vigilar. Se sintió como una intrusa en medio de algo más que una amistad. Conforme las horas pasaban, el sueño le hizo mella.

En su propio camino, Kuro notó también el cambio de aires en el clan. Y cómo la temperatura bajaba dramáticamente a su alrededor. Con la mano en su espada, listo para atacar, buscaba a su capitán o a Tanehiro. Deambulaba por el tercer nivel del palacio, cuando le vio.

Parecía un samurái caído. En un rincón. Yacía tumbado, lóbrego, con la cabeza partida enteramente en dos y los sesos esparcidos por todo el piso. ¿Pero qué había pasado ahí? Al acercarse, el muerto le pareció familiar. Ryuji.

- Mierda… ¿es Ryuji?

Un segundo vistazo le hizo ver que no era, pero que mantenía cierto parecido con el torturador de Hierro. El emblema y uniforme que llevaba no le era familiar. Pero pertenecía al Clan León, sin duda. Parecía como una versión antigua. Kuro analizaba todo eso cuando el ente abrió el único ojo que le quedaba y lanzó una risa gutural, sórdida y macabra, salida de ultratumba.

El belicoso calabacito brincó por la sorpresa, pero sin miedo. Desenfundó la espada, deseoso de combatir. El ente se levantó tortuosamente, torpe y lento, sin dejar de reír. A Kuro poco le importaba. Se arrojó hacia él para despedazarlo, cuando ese extraño efecto óptico en las paredes volvió. Se ensanchaban y contraían a un ritmo grotesco. Kuro claramente vio brotar de ellas cientos de ojos. Y del fondo del pasillo, surgió una especie de viscosa nata de materia nauseabunda, de la cual nacían manos humanoides contrahechas. La cosa avanzaba hacia él, veloz, haciendo extraños ruidos de húmedo arrastre. No tardó en tragarse al muerto viviente que amenazaba al mocoso. Kurono no parecía temerle, con un grito de inusual arrojo, se lanzó a atacar con espada en mano.

- ¡SEA PUES! ¡NO TE TENGO MIEDO, MALDITA CRIATURA!

El grito de Matsubara sacudió el tercer nivel del Palacio. Tatsumiya reconoció la voz y supo que el impetuoso chico estaba en peligro

mortal. Un segundo alarido, esta vez de horror, le hizo adivinar que los espectros invocados por Norima lo habían atacado. Desesperado, corrió hacia donde el muchacho peligraba.

Al llegar, halló esa misma esencia gelatinosa y burda tragándose al calabacito. Sin dudar, cortó de tajo la materia. La hoja se deslizó como quien pasa un cuchillo por la mantequilla. Se frenó justo a tiempo, antes de rebanar a Kurono. Sin pensar mucho, tomó el brazo del chiquillo y con fuerza, lo comenzó a jalar, obteniendo resistencia. Algo dentro de esa gelatina también lo estaba jalando. Y comiendo. Desesperado, jaló al muchacho hasta sacarlo de aquella asquerosa placenta. Kurono brotó, jadeando y boqueando, empapado en esa desagradable sustancia.

- ¡Kuro! ¿Puedes hablar? ¿estás bien?
- ¡COF! ¡Tatsumiya… dono! ¡GASP! ¿Qué demonios...?
- ¡Ni yo lo sé! ¡Subamos al siguiente nivel! Nos refugiaremos en mis aposentos…

Levantando en brazos al intempestivo mocoso, Yagumo salió corriendo hacia el siguiente nivel del Palacio, seguido aún por esa masa gelatinosa, herida y deseosa de más carne. Subió la escalera con prisa, para hallar el cuarto nivel del palacio convertido en una zona negra, sin luz alguna. Kuro ya no era tan valiente como hacía unos minutos. Apoyándolo en su hombro, Tatsumiya se adentró en la oscuridad. Ambos oyeron claramente lejanos susurros y cánticos pasando por sus oídos, con tono burlón. Una luz mortecina se encendió al final de un pasillo, titilante, dorada, moribunda. Dudoso de lo que hacía, Yagumo avanzó hacia ella. Era la única luz disponible.

Shido – sama parecía no enterarse de nada. En sus aposentos, dormía como un bendito. Con todos los guardias adormecidos, no hubo quien frenara a Senryo, quien entró sigiloso a la habitación de su padre.

Armado con el *tantô*, se colocó encima de su progenitor, mirando a detalle cada parte del maduro tipo con displicencia y rabia. Lo único que había querido en toda su vida era algo de amor de ese cerdo. Un poco, el que tuviera escondido, el que nadie hubiese querido. Sin embargo, eso jamás pasó. Todo estaba listo. ¡Era tan fácil! Hundir la daga en su pecho, crear una flor carmesí que brotara directo de su corazón…. ¡pero él quería que fuera doloroso! ¡Lord Shido debía ver a su amado sobrino matándolo! Tenía que despertarlo…

- Hey, despierta, maldito viejo…que despiertes, te he dicho!

Las bofetadas de Senryo despertaron al daimyo, quien se halló en medio de una negrura aplastante como nunca en su vida había percibido. Encima suyo, Morio sonreía de un modo malsano, demente, empuñando el arma que recibiera el día de su graduación.

- Buenas noches, “padre mío”.
- ¿Morio? ¿Por qué llevas puesta la hakama del maldito afeminado de Senryo? No… espera… tú no eres mi amado sobrino… ¿quién eres? ¿Qué clase de espíritu maligno osa atacarme?

Diciendo eso, comenzó a forcejear. Pero, para su sorpresa, Senryo sintió en su cuerpo una fuerza física que jamás había poseído. El hechizo de Norima no sólo le había dado la apariencia de Morio. ¡También su fuerza! Fascinado, dominó con facilidad a su padre.

- Soy sólo el espíritu de vuestros pecados, y he venido a obligarel a pagar por ellos
- Así que un espíritu. ¡Entonces sabed que no temo a nada, pues no he hecho sino lo mejor para mi reino!
- Lo mejor, dice… ¡cuánta arrogancia posee, viejo farsante! ¡Ahora conoceréis la magnitud de vuestro error!

Alrededor de Senryo comenzaron a brillar extrañas flamas de color azul. Un danzar de siluetas mortecinas que aterrorizaron al viejo soberano, al par que veía cambiar el rostro de su atacante. Pasaba de Morio a Senryo una y otra vez, confundiéndolo.

- ¿Morio? ¿Senryo? ¿Quién eres, espíritu que tomas los rostros de los seres que más amo?
- ¿Amor?¡ Usted no sabe lo que es el amor! ¡Nunca lo supo! ¿Cómo puede hablar de amor hacia su hijo, cuando lo echó del clan hoy mismo?
- ¡No te permitiré nada, espíritu! ¡No te temo, ni a ti ni a nadie! ¡No usarás los rostros de mis dos queridos hijos para destruirme!
- ¡En eso te equivocas, querido Padre! ¡Tú provocaste esto!

Shido intentó zafarse de la fuerza de su atacante, pero Senryo, sabedor de que podría perder la oportunidad si su padre tomaba la espada, atacó de modo certero, apuñalando de golpe a su padre, atravesando su pecho, lleno de odio. Sólo entonces el daimyo pudo ver claramente quién le asesinaba: su despreciado hijo Senryo.

- ¡Éste es el castigo por despreciarme, por humillarme, por hacer de mi vida un infierno! ¡Mírame, padre, mira el rostro de tu amado Morio enviándote al otro mundo!
- ¿Se—Senryo? Pero… ¡no!

Shido jamás entendió hasta dónde había dañado su desdén a su hijo. Ahora lo comprobaba. Había sembrado una semilla de odio puro que

ahora florecía a través de su pecho, como una flor bermeja hecha de sangre y rabia. Senryo, cegado, en un frenesí, descargaba todo su odio en cada feroz puñalada que robaba vida del viejo soberano del clan. Poco a poco, la fuerza de Hirozawa Shido mermaba. Senryo, con la piel y fuerza de Morio, le apuñalaba brutalmente, cumpliendo sin saberlo la profecía del Bosque de Telarañas: “Un amor no correspondido traerá la ruina al reino”. En el clímax de su asesinato, y ya salpicado por sangre, oyó fuera de la habitación un grito.

- ¡POR TODOS LOS DIOSES, CAPITÁN! ¿QUÉ HA HECHO?

Al voltear, vio en el marco de la puerta abierta a Ryuji, el torturador, quien llevaba buscándolo por más de una hora y ahora veía ese dantesco momento en los aposentos de su señor.

Ryuji fue perfectamente engañado. El aspecto era enteramente el de Morio. Y ante sus ojos, era su capitán quien sonreía malsano mientras apuñalaba a su tío.

Y no lejos de ahí, desde otro ángulo, Yagumo y Kuro miraban la escena. Al ver eso, Kurono negó.

- No… Ese no es el capi. ¡Él jamás haría eso! ¡DEBO DESENMASCARAR AL FARSANTE!

Yagumo intentó detenerlo, pero el escurridizo calabacito se arrojó hacia la habitación. No avanzó ni dos metros antes de ver un nuevo horror:

De las paredes brotaron extraños brazos descarnados que sujetaron a Ryuji por las extremidades, cada uno jalando para su propio lado. Kuro cayó al piso, aterrado ante esa visión demoníaca, viendo cómo esos brazos levantaban a su amigo por los aires y le jalaban con fuerza descomunal, al grado de comenzar a zafar sus miembros. El torturador gritaba de rabia y dolor, viendo cómo el asesinato se consumaba con perfecta saña.

Y Senryo estaba feliz. ¡Ya había testigos del crimen, y ambos eran amigos del bastardo de Morio! Agonizante, Shido—sama miraba hacia su hijo, preguntándose si su disciplina había sido excesiva, creyendo que no había hecho daño y preocupado por lo que pasaría después de esto con su feudo, su legado y su amado sobrino.

- Hijo… per.. perdóname
- Demasiado tarde para eso, anciano… ojalá te pudras en el infierno. Y no temas, cuidaré bien tu reino. —respondió divertido Senryo, con una sonrisa cruel.
- Sen… hijo… por favor…

En efecto, ya era muy tarde. Shido escupió los últimos estertores de sangre. Comenzó a palidecer. Era el fin para él. Sin embargo,

segundos antes de morir, su mirada cambió por una de auténtico terror. Por un brevísimo instante, el daimyo fue capaz de ver el horror que se avecinaba sobre su primogénito. Pero no hubo tiempo de advertirlo. El león Rampante quedó ahí, tirado, muerto. Al mismo tiempo, Ryuji lanzó un terrible alarido por el dolor que los demoníacos brazos salidos de la pared le proporcionaban antes de caer inconsciente. Vio lo que necesitaba ver. Y Kurono, replegado en la oscuridad, fue sustraído de nuevo hacia las sombras por Tatsumiya, en total shock por lo que acababan de presenciar.

Con una veleidosa sonrisa, Senryo miró por última vez el cuerpo de su padre, sin sentir pena o dolor por él. Un gran vacío le invadió al verlo ahí, caído. Nunca comprendió por qué tanto odio hacia él. Ahora ya no había nada, no había odio de su parte, sólo silencio. Y en su mente, alivio. Ya no tendría que oírlo, soportarlo o irse del clan. El plan había funcionado a la perfección. Dos leones de Hierro habían visto a su capitán asesinando al daimyo. Todo caería por su propio peso. Con paso lento y parsimonioso volvió a sus habitaciones. Yagumo no estaba ahí. Y tampoco le vio en la escena del crimen. Ni siquiera se preocupó por ello. Encogiéndose de hombros, se recostó en su revuelta cama, haciendo a un lado los ropajes verdes de Katayama. En cuanto el sueño le venció, el tiempo volvió a correr con normalidad en el Palacio. La pesadilla había terminado.

CAPÍTULO 16

CULPABLE

La mañana siguiente se llenó de gritos de dolor y terror.

Lord Hirozawa Shido había sido asesinado.

Y en el cuerpo del daimyo, estaba incrustada el arma blanca de Asakura Morio.
Senryo despertó, consciente de que comenzaba la representación teatral más fabulosa de su vida. Era momento de fingir.

Y el momento llegó con su amante entrando a la habitación, preocupado y aterrado.

- ¡SENRYO! ¡Despierta, despierta! Ha sucedido algo terrible anoche, ¡despierta, por favor!
- Hnmmm… no quiero levantarme ahora, es muy temprano…
- ¡Por los dioses, despierta! ¡Tu padre está muerto!

Al oír eso, el Príncipe bostezó con pereza y se estiró cual gato mimado.

- Ahem… ya sé… pero gritar no hará que se le quite lo muerto.
- ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¡Te estoy diciendo que…!
- Y ya te oí, Yagumo. No grites. ¿Y qué saben al respecto?
- Fue apuñalado cobardemente, mi señor. Hallamos su cuerpo en su habitación, y a su lado, un *tantô* policromado de hermosa manufactura…
- ¡Ah, mira! Perteneciente a Morio, ¿cierto?
- En efecto… Un momento… ¿cómo es que sabes esos detalles?
- Estuvo genial, ¿no?
- ¿Qué dices?
- Esa puñalada en el corazón fue certera y lo dejó frío.
- ¿Cómo sabes qué…?
- ¡Porque fui yo, Yagumo! ¡Con un poco de ayuda de nuestro

querido amigo Norima del Clan Libélula! ¡Justo como dijiste! ¡Me deshice del problema! ¡Ya no tenemos que huir!

- ¿QUE HICISTE QUÉ?
- Oye, ¡baja la voz! No queremos que se entere todo el clan, ¿o sí?
- Pero ¿cómo hiciste...? ¿POR QUÉ?
- Tuviste razón anoche al decir que el único modo en que saldríamos avantes de este predicamento era que el daimyo muriera. ¡Era eso o estar desterrados hoy!
- ¡ERA UNA MALDITA FRASE HECHA! ¡Ya tenía resuelto eso!
- ¿Y cómo? ¡Nos tenía con un pie fuera! Tenía que callarlo antes de que nos desterrara, dejándonos denostados y boletinados en todos los clanes. Hice lo mejor para ambos. ¡De nada, cariño!
- ¡Morio confesó anoche su amor por Katayama! ¡Pensaba usar eso como arma ante tu padre!
- ¡JA! ¡Te lo dije! Pero, ¿hubiera funcionado? Yagumo, el viejo sería capaz de decir que, tratándose de Morio, la homosexualidad era permisible con tal de tenerme fuera de su vida.
- Olvídalo. Ya no tiene caso pensar siquiera en lo que pudo haber sido al respecto. ¿Pero qué piensas hacer ahora?
- ¿No es obvio? Culpar a Morio y asumir mi sitio. Ésta es una venganza a la altura por lo que nos ha venido haciendo toda la vida. ¡Y encima, nadie sospechará de mí!
- ¿Cómo lograste lucir como él? ¿Qué demonios hiciste?
- Ya te lo dije: un poco de ayuda de nuestro querido amigo Norima Ryohei.
- ¿USASTE MAGIA NEGRA?
- "Apoyo sobrenatural" me gusta más. Vamos, Yumo, esto es sólo un medio para llegar al fin. Piensa ahora en todos los beneficios que nos esperan. Con el viejo hecho mutis, empezará mi función, y como tal, tu sitio está a mi lado. Es lo que siempre hemos dicho, ¿lo olvidas?

Yagumo se quedó callado, analizando la situación tan provechosa en apariencia. El daimyo estaba muerto. Y no había modo de culpar a Senryo. De hecho, Morio estaba ya sentenciado con el arma y el testimonio de sus dos hombres que habían visto todo anoche. En ese sentido, él iba a ser ejecutado sin oportunidad a réplica. Era un hecho que Senryo iba a subir al trono. ¿Quién más? Nadie había oído la tajante orden de destierro más que él y Morio. Y Senryo, a pesar de su excelente habilidad contable, era bastante hedonista e indisciplinado. Obviamente, nadie podía ejecutar mejor el papel de co – regente y consejero que él. Y con ello, se convertiría en el poder detrás del trono. ¡Su más ansiada meta! Pero había una mancha en ese

maravilloso escenario: Norima.

- ¿Y qué haremos con Norima?
- Ha sido de mucha utilidad. Podemos usarlo un tiempo más…
- No, no, no, mi señor. No es prudente. Ese viejo Mahou no es de fiar. Sabe lo sucedido y además, posee conocimientos de magia. Usted lo oyó. Está obsesionado con Katayama. Y yo sí lo creo capaz de haber realizado esas torturas…
- ¡No pienso darle a Katayama! Esa criatura fascinante puede sernos útil
- ¿Útil? ¿Para qué? Su clan está alienado, perdido. Poseen las fabulosas máquinas de guerra y los arrozales del norte, pero, con tanto alienamiento, quizás incluso eso esté en desuso y arruinado.
- ¡No sabes lo que dices! Recuerda que Norima nos dijo que posee una especie de "enfermedad" que nadie puede tratar. ¡Yo quiero saber qué tipo de mal habita en él y tomarlo para nosotros! ¡Estoy seguro que Morio también quiere eso para sí!
- No suena bien, Milord. Lo que debemos hacer es enjuiciar a Morio, ejecutarlo cuanto antes, devolver a ese príncipe al tal Norima y enviarlos de regreso "cortésmente" a su clan, SIN MIRAR ATRÁS. Una vez resuelto eso, retomaremos el clan y podremos gobernarlo como siempre hemos querido. ¿Estamos?
- Estamos. Gran idea.
- Siendo así, quiero que conozca a alguien. Uno de los Leones de Hierro, quien fue testigo de lo sucedido anoche. No demos indicios de nada, nosotros no sabemos NADA.
- Ya, ya, entiendo. No es necesario que seas tan insistente.
- Espero que así sea, mi señor. Matsubara – san... entre por favor.

Senryo vio entrar al muchachito pelinegro que había visto anoche, aterrado, contemplando su crimen. Tuvo que fingir mucho para no reír cínico sabiendo que él era el culpable.

- Mi señor Senryo – sama, soy Matsubara Kurono del regimiento del Capitán Asakura, "Los Leones de Hierro". Y sí. Yo también estuve ahí.
- Un placer, Matsubara – San... es una lástima que nos conozcamos en estas circunstancias. Ahora dime, soldado, ¿qué fue lo que viste?
- Kuro – san... no tengas miedo en decir lo que viste. Su Majestad sólo desea lo mejor para ti y para el regimiento, ¿no es así, Milord?
- Así es, soldado.

A Senryo no le agradó nada el modo cariñoso en que su amado se

dirigía al muchachito de fogoso carácter.

- Mi señor, estoy plenamente seguro de que vi algo que no era… ¡Mi capitán no haría eso! Y aparte… había cosas demoníacas, fantasmales… O sea… ¡Mis ojos vieron a mi capitán! ¡Pero estoy seguro de que no era él!
- Matsubara, quiero que me dejes en claro si a quien viste fue a tu capitán o no.
- B—bueno… se veía como él, pero…
- ¿Sí o no?
- ¡Yo no quiero ponerlo en peligro! ¡Estoy seguro de que no pudo ser él! ¡Amaba a su tío!
- Tanto Matsubara como yo estamos seguros que la causa no es nuestro primo. —terció Tatsumiya.
- Entiendo eso... sin embargo, si fue con el arma que mencionan y tú lo confirmas, no hay más que hacer... El Capitán Asakura es un asesino... pero no puedo creerlo.
- ¡No! ¡Él no es un asesino!
- Es muy probable que la nefasta influencia del Príncipe Katayama haya sido la que provocó este terrible suceso... recordemos que Asakura—san siempre ha sido leal a Nuestro Noble Señor.
- Ah... sí, claro…podría ser. El Príncipe Katayama solo ha traído problemas. ¿Tú qué opinas, Matsubara—San?
- Creo… no... ¡estoy seguro de que es el culpable de todo, señor!
- En tal caso tendremos que analizar eso. Matsubara: declara todo en presencia del Rojufu y la Corte, y te prometo que usaré todo mi poder para salvar a tu Capitán Asakura y castigar a quien resulte culpable.
- Kuro—chan, te prometo que todo volverá a ser como antes

Yagumo depositó una suave caricia en el suave rostro del muchacho y tal roce no pasó nada desapercibido para Senryo, quien sintió agudas punzadas de celos. Furioso, pero moderado, miró a su amante, inquiriéndole con la mirada. Tatsumiya no se amilanó, sosteniéndose, pasó de largo el hecho, como si nada hubiese ocurrido, aunque por dentro temía y esperaba una terrible pelea entre ambos por ese detalle.

- Creo que es momento de que Matsubara se retire. Vamos, Kuro, te llevo a almorzar algo. ¿Desea acompañaros, mi noble señor Senryo?
- Oh, no, gracias. ¡La congoja me tiene sin hambre! Además, debo meditar seriamente sobre este terrible problema. ¡Pero después vemos los “demás asuntos”!

- Usted manda, mi señor Senryo – sama. Ven, Kurono...

Tatsumiya se retiró, llevando consigo al joven testigo y dejando a Senryo con un nuevo berrinche. ¡Aquel era su gran día y Yagumo lo arruinaba haciéndose de un nuevo juguete de paso! Furioso, comenzó a pensar cómo deshacerse de Matsubara una vez que hubiese declarado ante el Rojufu.

La puerta de la habitación de Morio se abrió intempestivamente. Un grito despertó a los tres, que habían sido vencidos finalmente por el sueño. Era Asayi.

- ¡IMBÉCIL! ¡DESPIERTA, ANIMAL! ¡DESPIERTA, QUE TE ESTÁN CULPANDO!

Apenas y salían del amodorramiento cuando la hermana jaló al capitán fuera de la cama.

- ¡LEVÁNTATE ANTES DE QUE VENGAN!
- ¿Qué, qué, qué? ¿Qué carajos dices, Asayi?
- ¡NO SE MUEVA, CAPITÁN ASAKURA! ¡QUEDA BAJO ARRESTO!

Un grupo de soldados de palacio entró al aposento, armados y dispuestos a usar fuerza letal contra el sospechoso.

- ¿Bajo arresto yo? ¿Y por qué carajos?
- ¡Anoche el daimyo fue asesinado y su arma quedó en la escena del crimen! ¡De pie, camine! ¡Usted y sus acompañantes!
- ¿QUÉ? ¿CÓMO QUE ASESINADO? ¡Pero esto es una estupidez! ¡Es obvio que no fui yo y que intentan inculparme! ¿Cómo va a estar muerto mi tío? ¡NO ME JODAN!
- ¡Debe haber una equivocación! – terció la princesa – mi esposo estuvo aquí toda la noche. Nos atrincheramos por lo sucedido… ¿acaso no notaron nada anoche?
- No sabemos de qué habla, Princesa Akemi. Pero lo mejor es que todos se vistan y comparezcan ante Lord Hirozawa.

El tono del soldado fue definitivo. No era una mala broma. Confundido, Morio miró a Asayi, quien le hizo la seña de que, por el momento, siguiera la corriente.

Comparecieron ante el Rojufu, algunos Generales y un selecto grupo de nobles leales a Senryo. En poco tiempo se había formado una sala de juicio. La corte no podía creer tales rumores. ¡Asakura jamás levantaría la mano contra su amado tío! Eso era impensable. Muchos sospechaban más de Senryo y sus fabulosas intrigas. Sin embargo, por órdenes del Príncipe, todo partidario del daimyo o de Morio quedaba

fuera de la sala de Juicio.

Para cuando Morio entró con Ryu y Akemi, Senryo se había acomodado en la silla de su padre sentado de modo impúdico, luciendo un precioso kimono dorado, arreglado nuevamente como una diosa, acompañado por su fiel Tatsumiya. Al sólo verlo, Morio se arrojó a atacarlo delante de todos. Tuvieron que detenerle entre cinco fornidos guerreros. Detrás suyo, Akemi y Ryu entraban, aterrados ante el juicio que esperaba.

- ¡HIJO DE PERRA! ¡TÚ! ¡ERA OBVIO QUE ERAS TÚ! ¡TÚ ME METISTE ESTA TRAMPA! ¿QUÉ SIGNIFICA ESO DE QUE MI TÍO FUE ASESINADO ANOCHE?
- ¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo después de lo que hiciste? ¡Te he traído aquí porque he recibido la noticia de que mi padre fue asesinado anoche mismo y que tú eres el culpable!
- ¡INFUNDIOS DE MIERDA! ¡Todos en el Clan saben cuánto amaba a mi tío! ¿Cómo puede caberte en la cabeza creer semejantes mentiras?
- Asakura, le hemos mandado traer ya que hay varias pruebas y testigos que le acusan de haber asesinado al Gran León, Lord Hirozawa Shido. Semejante crimen no tiene castigo suficiente. ¿Por qué lo hizo?
- ¡No he sido yo, Honorable Rojufu! ¡Por todos los Dioses, pareciera que no me conocen! ¡Por años he demostrado mi lealtad al clan! ¿Cómo pueden dudar de mí, pero creerle a esta comadreja mentirosa?
- ¡Esa no es manera de dirigirte al Gran León, Asakura!
- ¡Oh, por favor! ¡TÚ CÁLLATE, LAGARTIJA! ¡No respondo a los sirvientes rastreros!
- ¿CÓMO TE ATREVES A HABLARME ASÍ, CRIMINAL?
- ¿Criminal? ¡SOY EL MALDITO HÉROE DE IKEBAKURO! ¡Yo no mataría a mi tío, eso es absurdo!
- ¡Esto es un atropello, Milord! —Interrumpió Akemi, desesperada—. ¡Mi esposo sería incapaz de eso! ¿Qué pruebas tienen de ello? ¡Solo infundios!
- ¡SILENCIO, MUJER! ¡NO PERMITIRÉ INSOLENCIAS EN MI PRESENCIA!
- ¡Milord, esto es una injusticia! ¡Mi esposo pasó toda la noche conmigo, puedo jurarlo, y mi palabra es de mucho peso, soy sobrina del Mismísimo Emperador!
- ¡Suficiente! Saquen a esta insolente hembra de aquí. ¡No tolero a una mujer que desconoce su lugar ante el Daimyo!
- ¡Tócala y te rebano el cuello, Senryo! —Morio volvió a sacudirse como un toro, amenazante y con la mirada llena de rabia asesina—. ¡No te atrevas a acercarte a mi esposa o al

príncipe!

- Ah… ¿así que me matarás del mismo modo que hiciste con mi padre? Pensaba darte el beneficio de la duda, pero con esta actitud, es más que obvio que fuiste tu quien cometió ese atroz crimen.
- ¡Mira qué conveniente, "Majestad"! Ayer tuviste problemas con nuestro amado Señor y curiosamente, hoy aparece muerto... ¿no será que hay alguien más que tomó la vida de nuestro Noble Señor y me culpa?
- No cabe duda de que eres un cínico... ¡Soy yo quien más sufre en esta terrible situación! ¡Estoy entre la espada y la pared, temiendo lo peor, sosteniendo en mis manos la balanza de la justicia e ignorando por completo mi propio deseo de venganza!
- ¡Ay, por favor! ¡A ti más que a nadie le convenía la muerte de nuestro Soberano! ¿Por qué no te dejas de teatros y confiesas cuanto pagaste por culparme de esto?
- Ah, Capitán... en cualquier otro caso, nadie más que yo dudaría de tu culpabilidad, sin embargo... hubo testigos de tu horrible crimen, quienes han declarado en tu contra.
- Mira, mira... testigos falsos, ¿eh? Ponlos frente a frente, ¡No tengo miedo! ¡Soy inocente, sólo hay palabras vacías en mi contra!
- Así sea... ¡Traigan a los testigos!

A Morio se le fue la boca al piso al verlos entrar. Aquello era más que inaudito, pues entraron dos de sus más leales hombres: Matsubara Kurono e Iida Ryuji. Confundido, miró hacia ellos, negando. Iida notó la mirada de su Capitán. Se conocían desde hacía años. Al instante supo que aquello era una maldita y elaborada trampa. Negó al verlo. Era claro que ni siquiera sabía del asesinato sino hasta hacía poco. Kuro, por su parte, no dejaba de dirigir su mirada a Katayama, a quien pensaba culpar de todo sin miramientos. Ryu, al ver la situación, comenzó a retroceder. Y ese gesto no pasó desapercibido para la Princesa, que le jaló.

- Katayama…. ¿qué hace?
- Voy a hacer algo muy bajo, princesa. Pero lo que haga, será por ayudar al Capitán. Si no logro decírselo, dígaselo usted…

Con altiva parsimonia y fingiendo equidad, Yagumo acomodó a ambos para declarar. Conveniente, comenzó con Kurono, a quien miró con paternal amor, animándole a declarar, con la promesa de que eso ayudaría a su capitán.

- Matsubara, Iida—san... se les ha llamado aquí porque anoche, ustedes fueron testigos de un terrible crimen. Los nobles y miembros del *rojufu* desean saber lo que vieron. Por favor,

procedan. Matsubara – san, usted primero.

- Anoche algo extraño pasó en nuestro amado palacio, amados nobles... un crimen impronunciable que no tiene perdón, un asesinato propiciado por la nefasta influencia de un demonio que vive entre nosotros, uno cuya sed de venganza ha causado el dolor que ahora nos embarga. Pero, tanto Iida – san como yo creemos que aquí hay más de lo que el ojo ve...
- Matsubara – San – Interrumpió Yagumo con cierta impaciencia al ver que el Calabacito estaba desviándose para no acusar directamente a su capitán – . Por favor, limítese a lo que vio anoche.
- ¡Es que, señor, lo que vi anoche fue algo espantoso, innombrable...! ¡Yo...
- ... opino igual que Matsubara, Tatsumiya – dono – Ryuji intervino, seguro de lo falso de aquel juicio – . Anoche algo demoníaco bajó a nuestro palacio... ese algo fue lo que asesinó a nuestro señor
- Soldados, es necesario que no se dejen llevar por supersticiones o temores infundados. Necesitamos que digan la verdad ¿Vieron o no a quien mató al gran Daimyo?
- Yo vi algo, pero dudo de mis ojos, ¡Oh, Milord!
- Cierto. Usted estaba conmigo, Tatsumiya – san. Tanto usted como yo vimos lo mismo. ¡Vimos la oscuridad, la masa ésa, el muerto viviente! ¿Acaso no lo recuerda?

Oír eso causó una honda impresión en el clan. Hablaban de apariciones sobrenaturales. Akemi asintió, sabiendo lo que habían visto anoche. Morio, Senryo y Ryuji miraron hacia Yagumo. ¿Qué hacía Kurono con esa serpiente venenosa? Kuro, inocente y casi niño, buscó a Yagumo con la mirada, sintiendo que había cometido un error. El impasible noble le devolvió la mirada, otorgándole confianza.

- Matsubara – san. Por favor, con calma relate todo lo que vio, en el orden que pasó y sin omitir detalles.
- Anoche necesitaba hablar con el Capitán Asakura. Su hermana lo buscaba. Faltaba una hora para la medianoche. Me ausenté de la reunión y lo buscaba por las habitaciones de los nobles, cuando se escuchó un aullido terrible y sentí como bajaba una extraña bruma que cubrió al palacio por completo. Todo pareció detenerse entonces... fue como si el tiempo mismo se paralizara. No había nadie, el palacio parecía muerto. Al subir al Tercer Nivel del palacio, hallé el cadáver de un soldado con las piernas mutiladas y la cabeza destrozada de un modo que me estremeció. Me acerqué a tratar de reconocerlo, pero en ese instante, éste se movió, ¡como si estuviera vivo! Y avanzó hacia

mí... una horrible y pestilente bruma viscosa avanzaba hacia mis pies y me lancé a atacar.
No supe más de mí hasta que desperté al lado de Yagumo – san, quien dijo haberme salvado de esa cosa extraña. Volvimos a escuchar otro grito, esta vez, de las habitaciones del daimyo y salimos corriendo a ver qué había pasado.
Cuando llegamos, vimos el cadáver de nuestro Amo inerte y sin vida en el piso con una daga clavada en el pecho, a Iida – san lleno de heridas desmayado y sangrando y una figura alta de largos cabellos alejándose por los corredores. Eso es lo que yo vi, señores de la corte.

Yagumo lucía claramente decepcionado con semejante declaración. Y Senryo lucía molesto. ¡En ningún momento se había culpado a Asakura!

- Entiendo, Matsubara – San. Con eso es suficiente. Ahora, Iida – san, según el testimonio de su compañero, usted estaba herido y sangrando. ¿Cómo fue que terminó así?
- A la misma hora que Lady Asayi nos comentó sobre la ausencia de nuestro Capitán, decidí dejar la fiesta por un momento para ayudar en su búsqueda, Lord Senryo. Y en efecto, vi lo mismo que Matsubara – kun. La neblina y un extraño suceso en las pareces de palacio, que parecían palpitar. Efectivamente, vi la esencia monstruosa que Matsubara menciona... no tiene caso ahondar en los detalles, pero baste decir que los soldados parecían poseídos por un enorme sueño. Todos habían caído dormidos. Cuando, entre la negrura, los vi. Eran guardias león. Pero sus insignias eran viejas, de hace 50 años o más. Estaban muertos. Ninguno tenía aspecto de vivo. Muertos por causas violentas. Varios de ellos me atacaron y tuve que defenderme a la par que huía de la neblina. Mi escape me llevó hasta los aposentos de Nuestro Excelso Amo. Oí ruidos adentro y temí lo peor. Todo estaba oscuro y entre sombras... sólo oía dos voces discutiendo... de repente, una luz se centró sobre ellas y vi al espíritu que asesinó a nuestro señor apuñalándolo con una daga y tomando la forma de...
- ¿Tomando la forma de quien, soldado?
- Mi Capitán, Señor: Asakura Morio. ¡Pero yo sé que no pudo ser él!

Al oír eso, Morio sintió un golpe de presión. Sus piernas flaquearon cuando escuchó que algo había tomado su forma para asesinar al daimyo. No le quedaba duda: Senryo era el culpable. Y Norima tenía que ver en ello. Akemi se aferró a su brazo, defensora. Sin embargo,

Ryu retrocedió dos pasos más. Yagumo mostró el arma a Iida. Al verlo, Katayama recayó en que no lo llevaba desde la noche anterior. Sin duda lo había perdido mientras jugaba a tocarse con Senryo.

- Soldado, ¿reconoce esta daga?
- Sí, señor – Volteó la cabeza, avergonzado de saber el modo en que estaba siendo manipulado—. Es el tesoro más preciado de nuestro Capitán. Obsequiado por Su Padre y Nuestro Finado Señor el día que se recibió como Capitán del 3er regimiento...
- ¡Arma que desde hace tiempo cargaba el Príncipe Katayama, olvidas decir! —interrumpió Kuro con su habitual ímpetu.
- Si esta daga, como bien dicen, fue regalo de nuestro finado señor para el Capitán Asakura, ¿debo suponer por ende que fue el príncipe Katayama quien tomó la forma del Capitán mediante algún tipo de brujería, y asesinó al Daimyo? Es una acusación grave, soldados...
- ¡FALACIAS! ¡KATAYAMA—SAN ESTUVO CONMIGO Y MI ESPOSA ANOCHE! ¡ÉL ES INOCENTE, AL IGUAL QUE YO!
- ¡SILENCIO! Capitán Asakura, ¡nadie más que usted tenía acceso a esta arma! Nadie más pudo haber entrado en las habitaciones de mi padre, abusando de su confianza...
- ¡ACABO DE DECIRTE QUE NO SALÍ DE MI HABITACIÓN ANOCHE!
- ¡Y yo corroboro esa historia! —Gritó Akemi, que fue ignorada por tercera vez por el vanidoso monarca.
- ¡TE ESTÁ HABLANDO MI ESPOSA, CABRÓN! ¡TEN UN POCO DE JODIDA EDUCACIÓN!
- Esta mujer ni siquiera debería estar hablando. No sé quién fue el imbécil que subió a mujeres a la política o la guerra cuando a leguas se nota su falta de capacidad para otra cosa que no sea hacer hijos y dramas…

Al oír eso, Asayi y varias damas de la corte brincaron ofendidas. Ya se imaginaban para dónde iría el nuevo reinado. Morio fue más lejos. Se arrojó como una bestia sobre Senryo, quien se encogió aterrado ante el rugido del pelirrojo. Yagumo y varios guardias partidarios de ambos oportunistas, que desde hacía mucho tenían envidia de Asakura y sus privilegios, detuvieron a la Furia escarlata.

- ¡TE LAVAS LA JODIDA BOCA ANTES DE HABLAR DE ELLA Y DE LAS DAMAS DE LA CORTE, GRANDÍSIMO CASTRADO! ¡ESTA MUJER ES MI ESPOSA Y O LA RESPETAS O TE HAGO RESPETARLA A BASE DE GOLPES!
- ¡AGHHHH! ¿Lo ven? ¿Lo ven, miembros del *Rojufu*? ¡Siempre la violencia! ¡Este tipo desconoce incluso a sus parientes! ¡Por bien de la Princesa debería anular este matrimonio!

- ¿Y casarla con quién, marica? ¿Contigo? ¡Tú la rechazaste!
- ¡Asakura, compórtese! ¡Le recuerdo que usted es el acusado!
- ¡Y le recuerdo que los Leones siempre, SIEMPRE, hemos respetado a nuestras madres y hermanas, Lord Kinnosuke! ¡Les damos el lugar que se ganen con actos! ¿Cómo pueden permitir este atropello? ¿Acaso no ven lo que está pensando? ¡ESTÁ IGNORANDO A UNA MADRE GRULLA!
- Aun así, Asakura —dijo Otoya, uno de los nobles, amante de Senryo—. Se le acusa de un asesinato. No tiene derecho de hablar en este momento. Y creo que Lord Senryo hace bien en anular ese matrimonio.
- ¡Mi matrimonio con Lord Asakura se planeó con tiempo de antelación y no va a anularse ahora por una sucia maniobra política! – Intervino de nuevo Akemi—. Sé bien que, de querer abolir mi matrimonio, se me dará como esposa a Lord Senryo, pero, si mal no recuerdo, Majestad, usted mismo rechazó casarse conmigo...
- Por última vez, mujer, no te he dado permiso de hablar. Tu matrimonio se anulará, y lo que decida el Emperador después será cosa suya.
- ¡¡No necesito su permiso para hablar, Lord Senryo!! ¡Le he dejado hacer su papel, pero no más! ¡Como sobrina del Emperador tengo más casta que usted y no estoy sujeta a su voluntad! Siga con este comportamiento, ¡y yo misma hablaré con el Emperador cara a cara!

La furia asomó al rostro del nuevo monarca. No podía concebir que la princesa le hablara cara a cara y sin miedo. Y más le enojó ver que pese a todo, Morio la defendía como una fiera. Pero Ryu no había dicho nada aún. Muy al contrario, se había replegado prudentemente. Senryo sonrió. Ryu iba a traicionar a Morio. Podía olerlo en sus intenciones.

- Entonces, buena suerte, Princesa, porque ya ha salido el heraldo hacia Nara con las noticias de lo acaecido en este reino...
- ¿Ah, sí? ¡Pues sepa que no me detendrá, Lord Senryo! ¡Ahora mismo enviaré a mi mensajero con la noticia de lo que en verdad está pasando! Por su bien, detenga esto...
- Es obvio que la princesa está afectada por los recientes acontecimientos... ¡Soldados! Escolten a la señora a sus habitaciones, para que descanse y medite sobre su situación...
- ¡A mi esposa nadie la toca! ¡No la sacarás de aquí! Qué, ¿te duele que sea más hábil que tú para la política?
- ¡HE DADO UNA ORDEN, SOLDADOS!
- ¡Huuy! ¡Quiero ver quién se atreve a atacarnos, hatajo de

nobles bien engordados!

Desde su ahora seguro sitio entre la nobleza, Ryu vio por primera vez en una pelea a Morio contra ocho de los soldados allegados a Senryo. Su fama de bruto no era infundada. Aún encadenado, usaba sus fuertes brazos como mazos para derribar a los cebados soldados que poco o nada sabían de la guerra o de carencias. El pelirrojo usaba su enorme cuerpo para proteger a la princesa, que, encogida como pajarito, vio la fuerza y brutalidad del León de Fuego. Desde sus sitios, Ryuji y Kuro sonreían. Incluso a Kurono se le salió un "¡Jódalos, Capi!", que calló casi de inmediato al sentir la severa mirada de Tatsumiya.

Sin problemas, Morio se despachó a los primeros ocho. Furioso y con cierto temor, Senryo envió a otro grupo. La corte estallaba en protestas, discusiones y gritos. En medio del fragor, Morio sintió una fuerte picazón en su mano izquierda. Era como si algo, desde dentro, intentara salir a través de la piel. Y su fuerza se incrementó. Cada golpe era contundente. Senryo comenzó a sentir miedo. Si Morio lo alcanzaba, seguro rebanaría su cabeza. Tatsumiya fue más hábil. Aprovechando la trifulca, atajó a Katayama y le susurró algo. Sólo su grito pudo calmar a la bestia.

- ¡BASTA, MORIO, POR FAVOR! ¿A dónde crees que llegarás con esta imprudencia? ¡Cálmate de una buena vez!
- ¡NADIE VA A ACUSARME DE ALGO QUE NO HICE, RYU! ¿No te das cuenta? ¡Esto fue planeado por ellos desde el inicio y no importa cuántas apelaciones hagamos, tratarán de hundirnos!
- Oh, no, Asakura. Nadie trata de hundir a mi Príncipe. Él está exento de ese asunto.

Al verlo entrar, la corte león se quedó atónita. Ryu sintió que el corazón se le caía de golpe al piso y que el mundo entero daba vueltas a su alrededor. Morio se quedó anonadado, de una pieza. Norima Ryohei caminaba de nuevo, fuerte, gallardo y hermoso, con una cabellera insanamente larga y negra, sin ese peso de la edad. Uno de sus ojos aún lucía rojo, hinchado e inyectado en sangre. El otro permanecía cerrado, amoratado. Cubría su cuerpo con el sayal blanco y negro que siempre portaba para torturar a su amado príncipe. Las manos estaban vendadas aún, teñidas del color marrón de la sangre seca.

Con una solemnidad obscena, Norima se colocó detrás de Senryo, acariciando sus hombros, que llevaba extrañamente cubiertos para evitar mostrar las ampollas de los tatuajes de la noche anterior.

- Nobles León, creo que no me conocen. Me presento humildemente ante todos. Mi nombre es Norima Ryohei, monje

mantis del clan vecino. Soy el médico y tutor oficial de nuestro ilustre invitado, el señor Katayama…

- Norima—san… sabemos quién es. Lord Katayama ya nos habló bastante de usted y tenemos una orden de arresto contra usted por maltrato, esclavitud y violación. —dijo con suma severidad uno de los miembros del rojufu.
- Oh, les aseguro que mi Príncipe dijo verdades muy a su conveniente modo, señor mío. Créame, el joven posee una portentosa habilidad para mentir…
- Y tú para torturar… —dijo Ryu, enfrentándolo por primera vez, delante de todos, temblando de terror.
- ¿Cómo… dijiste?
- D—d… dije… que… tú para torturar… —la respiración de Ryu comenzó a acelerarse al ver la expresión dominante de Norima. Todos notaron que empezó a temblar. Lo tenía tan controlado...
- Ryu—sama. Yo jamás os dañaría. Estos asuntos no son de incumbencia de este excelso clan. Yo estoy aquí, al igual que usted, como un mero embajador. Y para salvaguardar su cuidado.
- N—no… tú... tú tuviste que ver algo en esto… algo hiciste… pero no sé qué… ¡de algún modo tú culpas a Asakura…!
- ¿Yo, mi señor? Yo fui infectado de peste por uno de sus shugenja, Leones: Kanagawa Tanehiro. Un virtuoso joven que creyó en las palabras de Katayama y me castigó por algo que no hice. Esta mañana vino a mí y me retiró el hechizo, ofreciéndome una disculpa por el error y diciendo que debía hacer un viaje al templo Kitsu. Al salir, me informaron que Lord Senryo deseaba conocerme… y aquí estoy.
- ¡NO IRÁN A CREERLE! –exclamó Morio atónito—. ¡NO PUEDE SER QUE LE VAYAN A CREER A ESTE MENTIROSO MÁS QUE A MÍ, QUE HE LUCHADO POR EL CLAN!
- Asakura—san… ¿dónde está Kanagawa—san?

Otro golpe para Morio. ¿Qué iba a decir? La verdad no sería bien vista. Y menos si admitía que amaba al joven de ojos verdes y que ese amor había causado el cisma entre ambos amigos.

- Él… en efecto. Partió al Templo Kitsu desde anoche.
- ¿Anoche? ¿Y cómo es que Norima jura que le vio esta mañana?
- ¡PUES PORQUE MIENTE! En verdad… ¿Tan poco confían en mí, que creen más la palabra de un brujo de otro clan?
- ¡Yo le creo y eso basta! ¡Las pruebas te incriminan, Asakura! ¡La daga estaba ahí y tus hombres vieron a alguien con tu cara! ¡Hayas sido tú o no, te enviaré a los calabozos hasta que averigüemos qué fue lo que sucedió realmente anoche! ¡Se levanta la sesión! ¡Guardias, lleven a esta bestia al calabozo más

pútrido y profundo que tengamos! La princesa Akemi será enviada a sus aposentos privados con rango de arraigo. ¡No saldrá de ahí hasta esclarecer este problema! Lo mismo va para usted y su familia, Lady Asayi —dijo Senryo afilando la mirada hacia la belicosa leona, que trinaba de rabia—. Avise a sus padres, hermana y sirvientes, que quedan bajo arraigo domiciliario en lo que dura la investigación. General Ishima: todos los miembros del regimiento de Asakura deberán comparecer en cuarteles y ser encerrados bajo los mismos cánones. Y sí, eso incluye a nuestros testigos.

- ¡Pero Lord Senryo, prometí protección a Matsubara!
- La cual queda de—ne—ga—da, querido Yagumo. ¡Al encierro con todos! Y en cuanto a usted, Majestad Katayama… queda bajo mi cuidado entero. Yo atenderé lo que necesite del modo en que lo requiera…

Al terminar de hablar, extendió su delicado brazo a Ryu, que dio un paso adelante y aceptó la mano que se le tendía, mirando de soslayo tanto a Norima como a Morio con una mezcla de duda, miedo y padecimiento. Nada podría haber hundido más a Asakura que eso. La expresión de decepción, dolor y rabia que puso fue oro puro para Senryo, quien vio a la bestia bajar las manos, sintiéndose traicionado. Akemi supo que a eso se refería Ryu con “hacer algo muy bajo para ayudar al Capitán”, aunque no le quedaba muy claro si voltear bandera era precisamente un acto de ayuda a Morio.

La brutal orden fue cumplida. En medio de un caos de protestas y gritos, los soldados del Clan separaron a todos, llevando a cada uno a donde Senryo había ordenado. Akemi fue subida sin mayor problema a sus aposentos, donde quedó confinada como prisionera; a Asayi tuvieron que calmarla entre varios soldados, ya que la leona se defendía como fiera y no permitía que nadie la tocara. Tatsumiya se quedó en la sala, anonadado, furioso y sintiéndose definitivamente desplazado mientras Ryuji y Kurono eran arrestados como sospechosos.

Morio estaba furioso, decepcionado y dolido; sin embargo, al oír cómo trataban a su hermana, corrió de nuevo a apoyarla, lanzándose contra los soldados. Norima, saliendo de la sala, fue quien intervino.

- Creo que necesitamos calmar a la bestia, señores…

Diciendo eso, sopló sutilmente un poco de polvo gris sobre el rostro del pelirrojo, quien al instante sintió un terrible dolor paralizante. Su cuerpo se contrajo como si cada músculo se acalambrara. Su grito resonó en el palacio, para luego caer fardo y exangüe, con los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida de odio hacia el maldito monje brujo.

- Listo. Las fauces del león están indefensas. Pueden llevarlo sin problema.

CAPÍTULO 17

ENTRE DOS FUEGOS

El leal capitán fue llevado a los calabozos en calidad de bulto, dejando el enorme salón de columnas rojas lleno de un sentimiento de incertidumbre, rabia e impotencia. Senryo salió, llevando consigo a Ryu, que le seguía cabizbajo, como un perro fiel.

- Es una lástima, Príncipe Katayama, que las cosas hayan derivado en esto...
- Sí… ciertamente lo es… —susurró éste, sintiéndose vil.
- Espero que entiendas que todo esto me causa una gran pena, pero te aseguro que haré lo que esté en mi poder para esclarecer la verdad...
- Sí… confío plenamente en sus capacidades, Lord Senryo…
- Bueno, Príncipe mío... veo que por fin has hallado un sitio al cual pertenecer —intervino Norima—. He hablado con Senryo —san y se ha ofrecido a cuidarte y protegerte de ese vil asesino.

Su voz sonaba educada, calmada, casi parecía ser desinteresada, pero Ryu sabía bien que, por dentro, estaba clamando obsesivamente por poder retenerlo, controlarlo y volver a hacerlo pedazos. El príncipe Libélula sintió una dolorosa rabia ante el tono paternal de su mentor. Ese mismo matiz de voz que usaba en su infancia y que después moduló melifluamente durante las brutales sesiones de tortura.

- En efecto, Norima—san. Y puedo asegurarle que su Príncipe estará en buenas manos. Mis guardias le mostrarán sus nuevos aposentos. Debe descansar y recuperarse del dolor vivido…
- Podría ayudaros con Ryu, Majestad.
- Oh, no, no, no. De él puedo encargarme perfectamente. Esta situación nos ha dejado muy conmocionados y es necesario prepararnos para los funerales de mi padre. Me sentiré sumamente halagado e infinitamente más tranquilo con su compañía.

Norima sintió la saeta de los celos y la rabia nuevamente. Vio cómo su adoración sonreía aliviado detrás de Senryo, cosa que percibió como una burla cínica. Sin embargo, al no estar en su clan ni en su completa capacidad, tuvo que bajar la cabeza y aceptar la situación. Al menos por el momento. Escoltado por guardias, fue llevado a otra área del palacio, dejando a ambos príncipes a solas.

- Finalmente solos, mi querido Ryu… ¡Oh! ¿Podrías consolarme ante este dolor? Anoche todo fue tan repentino…
- Mi señor, sería un placer acompañarle. Pero… ¿puedo pediros algo?
- Lo que desees, príncipe Katayama, siempre y cuando esté dentro de mis posibilidades...
- Lo está, mi señor, quiero que me conceda el honor de hablar con la princesa. De ser posible, quisiera convencerla de anular su matrimonio. ¿Podría el señor de los Leones darme tan noble gracia? —susurró entornando los ojos, sabiendo el efecto que provocaba.
- Oh, Katayama, no puedo negarle nada a esa mirada. Pero ten cuidado... las paredes oyen, y los pisos hablan en este lugar...
- Sin duda alguna, pero sé que la princesa puede confiarme secretos y datos que podría daros sin reserva y yo sabría guardarlos para sus nobles oídos.
- ¿Deseas que te acompañe, mi príncipe? ¿Podrás con las emociones desbordadas de esa insolente mujer? Si lo deseas, puedo darte un guardia personal... mi pobre padre así lo hubiera querido —hipócritamente, bajó la mirada, fingiendo pesar y desconcierto—. No puedo creerlo... me niego a creer que mi propio primo…
- Oh, mi buen señor Senryo… ¡Cómo deseo consolaros! Aseguro poder con esta situación, y cuando termine de hablar con la Princesa, será un placer para mi acompañarlo el tiempo que usted desee. Y terminar ese asunto que quedó pendiente anoche. Es más, como buena fe de mi parte… permítame darle un adelanto de lo que será tenerme como su acompañante. Dígalo. Dé la orden…

El tono de voz de Ryu era tremendamente incitante. Y Senryo llevaba ya un buen rato queriendo reventar dentro del cuerpo del procaz príncipe, quien lucía como una promesa de placer interminable. Mordiéndose los labios, le llevó consigo a través del palacio hasta el cuarto nivel, donde sólo los más altos nobles y la familia real tenían acceso. Impetuoso, buscó alguna habitación cercana a la de Akemi. No dio tiempo de nada. No bien cerró la puerta, se arrojó sobre el Libélula arrancando su ropa, llenando de besos su pecho blanco; frotándose contra él con obscena desesperación. El parricida sentía un insoportable calor y un deseo creciente por tomar el lascivo cuerpo de su acompañante, quien con suma habilidad tocaba y estrujaba el magro cuerpo del león. Su rosada lengua lamía el cuello, bajando, subiendo, besando específicos puntos que hacían que el otro no aguantara ya las ganas de tomarlo. Por fin pudo verlo, entero y a la luz. Delgado, cetrino, con esas marcas y cicatrices en el cuerpo tan llenas de odio. Poco le importaban al futuro *Daimyo*. Recostándolo de lado, levantó su pierna, jadeando, mirando ese cuerpo ahora suculento y erótico. Ni en sueños podría imaginar que hacía menos de medio año, ese jovencito delicioso había sido un cadáver viviente. Al sentir los dedos de Senryo intentando entrar en él, Ryu se opuso, intentando detenerle.

- ¡Ah, no! ¡No, no puedes hacerme esto! ¡No puedes darme entrada y después decirme que no! ¡Quieras o no serás mío, príncipe!
- ¡Espera! ¡Yo no dije que no sería tuyo, sólo te pido que tengas paciencia!
- ¡He tenido demasiada! ¡Necesito consuelo después de perder a mi padre! ¿Acaso me lo negarás?
- Oh, mi dulce Senryo… —ladino, el Libélula se acomodó entre las sábanas, sin quitarse los brazaletes que cubrían las dantescas escarificaciones—. Yo no te niego nada. Simplemente me refiero a que quiero brindarte el mejor placer que hayas experimentado. Lo único que no puedo permitirte… es tomar por completo mi cuerpo virginal.
- ¿Qué? ¿Por qué no? ¿Por qué debería frenarme, si puedo tenerte ahora mismo?
- Porque yo sé que no te arrepentirás de ello. La expectativa, querido, hará que disfrutes más el momento de tenerme. Puedo ser muy, muy complaciente. Puedes consentirme y golpearme. Ser lindo conmigo o un auténtico patán. Y yo siempre estaré caliente y dispuesto…
- Voy a tomarte la maldita palabra y esperaré a cambio de una sola cosa, Katayama…
- Lo que me pida mi nuevo señor. Estoy completamente a su

disposición, y mi único interés es complacerlo…

Senryo estaba que no se aguantaba. Con brusquedad jaló el cabello del Príncipe masoquista hacia su erección ya roja y deseosa, que palpitaba.

- Satisfáceme, bello príncipe, calma este fuego.
- Sí… será como tú me lo pidas, mi delicioso señor Senryo —al instante, Ryu comenzó un intenso juego con su lengua en el glande del príncipe, que ya desvariaba soñando con esa boca.
- ¡Aah...así, muy bien! Oh, Ryu—chan… quién lo diría... ¡Eres un experto! ¿Eso fue lo que Morio te enseño?
- ¿Morio? —preguntó levantando la mirada, deteniendo momentáneamente su labor, presionando son los dedos la base del sexo erecto de Senryo y lamiendo justo en la uretra, haciéndole enloquecer. ¡Oh, no, mi señor! Ha sido mi querido médico personal quien me enseñó diligentemente desde que era un niño… ¿os gusta lo que he aprendido?
- ¡Por los Dioses…! ¿Que si me gusta!? ¡Ahora entiendo por qué te quiere a su lado! ¡Ryu, más rápido, quiero venirme en tu boca!
- Será todo para complacerte…

A pesar de todo lo vivido, Ryu no podía luchar demasiado contra sus incipientes y dominantes deseos sexuales. Senryo le ponía muchas cosas en bandeja de plata. Y él no propinaba dolor. De rodillas, y acariciando las suaves piernas del caprichoso príncipe, llenó su boca de ese precioso miembro alargado y delicado. Nada que ver con el macho feroz que era Morio. Intoxicado por ese sabor dulce, comenzó un intenso vaivén. En el fondo lo disfrutaba. Había una suerte de intoxicante química que le hacía desvariar, al grado de no poder dejar de felarle.

Senryo, por su parte, vio cumplidas sus expectativas muy por encima de lo soñado. La boca de Ryu era el mejor sitio para eyacular. Suave, húmeda, tierna, experta y complaciente. Él no mostraba miedo, ni dudas. No le decía que no a nada. Lo dejaba mandar, erguirse y sentirse importante. Amaba mandar y ser obedecido, pero Yagumo solía ser tan dominante a veces. Poco a poco, empezó a embestir más duro y a jalar con más agresividad el cabello grisáceo del Libélula, que se esforzaba por tragar sin detenerse, empapado de fluido y preso de un furor momentáneo que nublaba su razón. Su cadera iba y venía. Empujaba y salía, mojando su boca. Perdido, Ryu se dejó llevar, cayendo en la cama, tragando sin parar, sin contenerse. En ese momento lo único que existía para él era ese sexo duro. Senryo no iba a aguantar mucho tiempo ese ritmo tan intenso. Cada vez más caliente, aferraba las sábanas, hería con sus afiladas uñas los hombros

blancos del otro. Gemía sonoramente, pidiendo más fuerza e intensidad hasta que, por fin, su cuerpo llegó al límite y soltó todo en esa boca divina, que parecía hecha para alimentarse de semen.

Y a Ryu le fascinaba. Aniñado en algunas cosas, estaba comprendiendo el mundo de modo empírico y salvaje. Descubría lo que podía lograr con un poco de manipulación: tener a un príncipe caprichoso, ganar tiempo y obtener placer, lejos de Norima. Aquel juego le encantaba. Tragó el semen, dejando una pequeña porción en sus labios, que escurrió entre ellos, dándole un aire inocente y virginal que obviamente no poseía. Como un niño travieso, se alejó un poco, sonriendo al maravillado Senryo, para luego, ir a sus labios y darle a probar su propia semilla. Maravillado, el pedante chico lo hizo.

Cayendo de nuevo en la cama, ambos se perdieron en lujuriosos besos llenos de semen y saliva. Ryu gemía. Y Senryo, fascinado con aquel juguete sexual de carne, masturbó al precioso jovencito hasta hacerle tener un orgasmo. Sus gemidos eran una cosa musical, deliciosa. En verdad Norima había hecho una fabulosa labor con el heredero del clan vecino. Con dulzura, Ryu apartó la mano de Senryo de su erección.

- ¡Ahhh! ¡Guarda lo mejor para después, mi señor! Cuando me metas todo, me oirás gemir como una puta sólo para ti. ¿Podrás esperar hasta entonces?
- Oh, dioses, ¡Esperaré ansioso el momento en que seas totalmente mío, Ryu!

Tras vestirse, Senryo salió de ahí fascinado con todo: su victoria, su libertad y ahora, ese precioso juguete que parecía existir para ser usado sexualmente. En la habitación, Ryu se vestía, recuperando el juicio perdido por el placer. Al salir de la habitación, el ambiente se llenó de aroma a incienso funerario. Desde donde estaba, alcanzó a oír decir a algunos soldados que Morio estaba en los calabozos, siendo torturado para que confesara su crimen. Morio. Pensar que su amado pelirrojo sufría justo ahora. Sin embargo, no se arrepentía de nada de lo que había hecho. Y era momento de explicar a Akemi su plan. Entró a la habitación donde la tenían arraigada. Al verlo, la pequeña princesa se arrojó a sus brazos, preocupada. La abrazó, suspirando.

- Finalmente, lo hice…
- ¿Qué hizo, Katayama – san?
- ¿No es obvio? Me entregué a Senryo…
- ¿Qué hizo qué? ¡Pero si él es…!
- Sé lo que es, querida princesa. Desde que llegué me lo hizo saber con sus desmanes y acosos.
- Pero… ¿Por qué lo hizo?
- Te lo advertí en el juicio. Iba a hacer algo muy ruin. Ya lo hice.

Me entregué a él como tanto deseaba. Tengo que ganar tiempo y prestigio para poder sacar a Morio. De nada nos hubiera servido quedar encerrados los dos.

- Pero entregarse a Senryo… ¡a ese degenerado! ¿Acaso no le dio asco? Es decir… ¿qué pensaría su prometida después de esto? ¡Senryo es hombre!
- No tengo prometida. No la hay y no la habrá, princesa. ¡Ahhh, creo que tengo que ponerla en contexto de tantas cosas! Pero para ello, necesito comenzar desde donde se debe: ¿Usted desea salvar la vida de Morio—san o no?
- Sí. Debo admitir que tenía una idea errada de él. Tiene un carácter horrible y un vocabulario espantoso… pero el modo en que me defendió durante el juicio, cómo me protegió anoche en su habitación… lo que dijo sobre las mujeres de su clan… jamás en la corte Grulla noble o samurái alguno diría palabras tan llenas de aliento para una mujer. ¡Sí, deseo salvarlo y estoy segura de que fue Senryo quien montó este teatro para inculparlo! Pero ¿cómo podemos ayudarlo? ¡Me tiene encerrada y a usted va a tenerlo… como a su…!
- Dígalo sin problemas. Su puta. Lo sé. Y pienso serlo del modo más convincente hasta ganarme su confianza. Pero esto va a lastimar a Morio… y mucho. Necesito que sepa de algún modo que todo lo que haga es fingido, que no es verdad, que jamás lo traicionaría. Akemi—san… mientras yo distraigo a Senryo voy a abriros esta puerta para que usted, que es quien menos espera, le aseste el golpe. Ya lo vio en el juicio. La ve para abajo, la cree torpe e inútil. ¡Usemos esa arrogancia a nuestro favor!
- Pero te olvidas de Tatsumiya. Ese perro no se traga cualquier hueso y no será fácil manipularlo…
- Estoy consciente. Pero noté algo. Matsubara —Ryu se levantó el cabello, imitando el peinado del calabacito—. Ese chico se ha apegado mucho a Tatsumiya. Él puede mantenerlo bien distraído y fungir como punto de división entre ambos. Eso haría que yo pueda meterme más en la cama de Senryo hasta ganármelo por completo.
- Ryu—san… ¿no le da asco? ¿Tocar a alguien de su mismo sexo? ¿Besarlo?

El príncipe sonrió amargamente.

- Norima me curtió muy bien desde pequeño, querida. Nunca he tocado a una mujer. Y a estas alturas, lo mejor es que no lo haga nunca. Por bien de todos.
- ¿Por qué dice eso? No entiendo qué de malo habría en ello…

- Estás metida en esto… creo que debes saberlo si vas a quedarte entre nosotros…por favor, pase lo que pase, guarda el secreto de lo que verás. Te lo ruego. Si más gente lo sabe, más peligro corremos. Senryo no sabe nada sobre mi verdadera condición y no debe saberlo.

Diciendo eso, Ryu se retiró los brazaletes de cuero, mostrando las escarificaciones tan perturbadoras, lo único que arruinaba su angelical belleza. Akemi se cubrió el rostro, aterrorizada. El cetrino príncipe narró de nuevo su historia con Norima y su maldición, poniéndola al día. Al término, ella estaba horrorizada.

- Nunca imaginé tanta crueldad en este mundo… tanto dolor… pero, ¿por qué?
- Poder, supongo. Mi padre nunca me lo dijo y dudo que lo haga. Pero él y Norima han dicho que, si procreo, mi poder pasaría a mi descendencia y eso les aletargaría la oportunidad de tomarlo. Por ello me crio de este modo, enteramente homosexual. Nunca había visto mujeres hasta que llegué a este clan.
- Espere un momento… entonces… Morio…
- … él me protege como a nadie. Me salvó del infierno. Le debo todo. Por ello finjo traicionarlo. Si para salvarlo debo hacerme la perra de Senryo, lo hago con gusto. Pero necesito su ayuda entonces. No soy yo quien podrá liberarlo de la prisión, sino usted.
- Me siento tan boba tras oír esto. ¡Con razón Morio me ve con tanta displicencia!
- No diga eso. Si la defendió fue porque vio algo en usted. Debo retirarme. Dejaré esta puerta abierta. Busque a Lady Asayi o a los padres de Morio, explíqueles lo que vimos anoche. Vamos a esclarecer esta injusticia y a exhibir al verdadero culpable.
- Aún tengo tantas dudas…
- Por el momento, lo mejor será que mantengamos algunas. Dicen que Morio está abajo, torturado en los calabozos. Buscaré el modo de bajar. Hasta luego, Princesa.

Akemi se quedó mirando al hermoso joven, sintiéndose tonta. Se había dejado deslumbrar por la cortesía de un joven al que no le interesaría ni ahora ni nunca. Era más que claro que amaba a Morio y que ella era realmente una intrusa en una relación donde no debió estar.

Al bajar, Ryu se halló con toda una trifulca. Amontonados y exigiendo entrar, los Leones de Hierro gritaban y demandaban justicia para su

capitán, impedidos por los Guardias de Palacio, que les contenían. Uno de ellos vio a Ryu y le señaló.

- ¡KATAYAMA! ¿QUÉ HA PASADO? ¿Cómo es que inculpan a nuestro Capitán de asesinar al daimyo?
- No tengo nada que hablar con ustedes. Lo siento…
- Katayama, ¡no seas hijo de puta! ¡Cuando menos dinos si el capitán está bien!
- ¿Dónde está Tanehiro? ¿Se ha enterado de esto?
- ¡ATRÁS! – gritó uno de los soldados, repeliéndolos. Un regimiento rodeó al grupo—. Leones de Hierro, por orden de Lord Hirozawa Senryo, quedáis todos arrestados por complicidad en el asesinato de nuestro señor, Lord Shido—sama. ¡No os resistáis!
- ¡PERO ESTO ES UN ATROPELLO!
- Un momento, soldados —quien interrumpió fue el altivo Tatsumiya, seguido por Iida y Kuro, que traían auténtica expresión de impotencia y rabia—. Por favor, permítanme hablar con este regimiento. Hasegawa, le ruego que ordene bajar las armas. Podemos dialogar.
- ¿Con usted, Lord Tatsumiya? ¡Antes le vendería mi alma a los demonios del Jigoku!
- Entiendo vuestra reticencia a la perfección, sin embargo, los hechos me conminan a actuar a favor de la equidad y la justicia. Si bajan las armas y me acompañan, podré explicaros la situación. Soldados, abran el Salón de Injurias…

Los soldados obedecieron al arrogante noble, llevando al grupo a un pequeño salón de diálogo cuyos escuetos decorados le hacían perfecto para tratar asuntos cruciales, dado que no poseía elementos que incitaran a la distracción.

- Leones, tengo terribles noticias que ya saben: se acusa a vuestro Capitán de regicidio en primer grado. Desgraciadamente, los aquí presentes, Iida y Matsubara fueron testigos de lo sucedido justo anoche, cuando ocurrieron los hechos.
- Hey, hey, no. Que vimos a alguien con su aspecto. ¡No quiere decir que fuese él!
- Cierto. ¡Se lo dije, Tatsumiya—dono! ¡Yo creo que es culpa de Katayama! ¡Esto es magia negra!

Al oír eso, el regimiento apoyó por entero al calabacito.

- Tiene sentido, Tasumiya—san. ¡Morio jamás actuaría así!
- Nuestro Capitán amaba a su tío. ¿Qué lógica hay en esta

acusación?

- ¿Quiere que le diga algo? Aquí hay una sucia y oscura trampa.
- Caballeros, por favor, estoy más que consciente del enorme amor que vuestro capitán —primo mío—, profesaba a nuestro querido y finado señor. Sin embargo, el dolor que Lord Senryo sufre ahora mismo le está haciendo actuar de modo visceral, por decirlo de modo elegante. Me ha encargado daros este edicto. Ignoro el contenido de dicho texto, sin embargo, creo que se trata de un acto de buena fe cuya única finalidad es generar la concordia y evitar cualquier tipo de roce o falso mentís. Por favor, Hasegawa, tómelo. Léanlo, analícenlo, discútanlo y lleguen a una conclusión. Volveré en media hora para saber vuestra resolución. Leones de Hierro, con su permiso. Matsubara, ¿me puedes acompañar, por favor?
- Ah… eh… ih… yo… s—sí, Tatsumiya—dono…

El regimiento entero vio cómo el cínico noble les quitaba de modo por demás impune a su tierno calabacito. Todos miraron con entera rabia cómo lo llevaba consigo. Más de uno temía que, en efecto, Yagumo se hiciese de un nuevo, joven y muy inocente amante. Takao apretó sus dientes. El maldito bastardo había manipulado a Kurono.

Fuera, Tatsumiya llevó al joven de negros cabellos a otra sala igualmente discreta.

- Estamos en un terrible predicamento, Kurono. Ignoro qué diga el edicto que Lord Senryo me ha entregado, pero, si he de sincerarme contigo, dudo que posea noticias favorables para tus compañeros de armas.
- ¡Realmente no entiendo mucho de lo que dice! ¿Me lo traduce a lenguaje común?
- Digo, querido muchacho, que no creo que Senryo quiera perdonar a tus compañeros. Lo has oído en la sala. Incluso a ti y a Iida quiere tomarlos como parte de la traición a la Casa León.
- ¡Pero yo no he traicionado a nadie! —Kuro se levantó, impetuoso, enardecido. Yagumo volvió a sentarlo.
- Sé perfectamente que no lo hiciste. Por ello quiero pedirte que te mantengas a mi lado. Senryo puede ser el sucesor al trono, pero sigue dependiendo de mi agudeza y consejos. Te explico: no sabemos si el Capitán pueda salir de esta... si queremos salvarlo, tendremos que tener ojos en palacio, y ninguno de los demás Leones de Hierro querrá serlo. Ni confío en ellos ni ellos en mí. Te propongo esto: quédate conmigo, vuélvete mi alumno. Eso ayudará a desaparecer las sospechas de Senryo.
- ¿Sospechas sobre qué?
- ¿No lo notaste? Senryo piensa que tú y yo tenemos algo.

- ¿Algo? ¿Algo como qué? —Kuro realmente no captaba ese tipo de matices. Era demasiado inocente. Yagumo se sintió perverso e incapaz de explicarle.
- Que… que estamos aliados en su contra.
- ¡Pero eso no es verdad!
- ¡Ya lo sé! Y Justamente queremos demostrar lo equivocado que está. Además, anoche dijiste que estabas en deuda conmigo y que tenías que pagarla, ¿no?
- Bueno, sí… usted me salvó de esa cosa fantasmal. ¿Pero eso cómo ayudará al Capi?
- Uno de su regimiento cerca de la nobleza puede ayudar a convencer a Lord Senryo de que no hay traición…
- ¿Eso no sería como traicionar al Capitán?
- ¿Por qué habría de serlo? Kurono, anoche sentí un terrible miedo cuando te vi tragado por esa cosa… ¡realmente temí tanto perderte!

El modo en que Yagumo abrazó a Kurono fue sorpresivo y totalmente nuevo para el chico, quien siempre había sido desapegado de las cuestiones sentimentales. Sentir al refinado y elegante noble protegiéndole, le hizo bajar la guardia, dejarse cuidar. Ser pequeño de nuevo. Finalmente, aceptó, sintiendo calidez en ese abrazo que él consideraba conmovedor, sin darse cuenta de la maliciosa sonrisa depredadora que el noble esbozaba mientras le estrechaba en brazos.

- Acepto, Tatsumiya—dono. Espero con esto ayudar… no sé de qué modo. Pero haré lo que sea porque mi Capi no sea ejecutado.

El apuesto manipulador entrelazó sus largos y finos dedos con los del muchachito, quien se dejó convencer y llevar por la astucia del mayor, accediendo sin saber hasta dónde lo iba a llevar esa crucial decisión.

En el Salón de Injurias, Ranmaru había terminado de leer el edicto. Y estaba furioso, al igual que sus compañeros. Senryo, de modo totalmente impositivo, culpaba a Morio del asesinato de su padre y ofrecía al Regimiento amnistía y perdón total si le juraban lealtad y apoyaban su ascenso como daimyo. Era de esperarse que el grupo, fiel a su gran amigo, estuviera ofendido y enteramente opuesto a aceptar tal infamia. Sin embargo, uno de ellos, Kaname, no dejaba de leer el edicto una y otra vez.

- Señores… esto es una oportunidad. Si no aceptamos la rendición y nos ponemos a sus órdenes, seremos considerados traidores junto con el Capitán. ¿Qué hacemos?
- ¿Qué más? ¿No es obvio? Ser considerados traidores.

- Kenji—san, ¡eso es una locura! Hemos defendido el clan desde siempre... ¡No podemos perder todo por esto!
- ¡Y justo porque hemos defendido al clan desde siempre es que no podemos darle la espalda al capitán!
- ¿Pero te estás escuchando acaso? ¡Asakura fue hallado culpable de la muerte de nuestro señor! ¡Kurono y Ryuji lo vieron! ¿No es así, Ryuji?
- ¡No, yo no dije eso! ¡Dije que vi a alguien con la forma del capi, no que fuera él!
- ¡Como sea! ¡El asunto es que Lord Senryo—sama ahora es nuestro amo! ¡Piensen! Ha sido muy clemente con nosotros al darnos a elegir. ¡Cualquier otro en su lugar sólo nos tomaría como sus sirvientes sin preguntar! ¿O ustedes que opinan?
- ¡Huy, pues qué "generoso"! —espetó el pequeño Toshiro—. ¡Será tu amo, porque mío no lo es! Mi señor fue asesinado y alguien intenta ensuciar el honor de mi capitán.
- La única manera de ayudarle es servir a Senryo—sama. Él prometió ayudarnos a reducir la condena de Morio.
- Kaname, reducir su condena sería aceptar que hizo algo, y no es así. Y nada nos garantiza que no cambie de opinión. No cuentes conmigo.
- Ni conmigo.
- Ni conmigo. Antes *seppuku* que aceptar una culpabilidad inexistente.
- Miren... la situación es delicada... Puede que, en efecto, sea inocente, pero si hasta Kurono declaró en su contra, es por algo, ¿no?
- ¡Claro que no! El mismo Kuro lo dijo: muy seguramente ese demonio Katayama hizo algo para inculpar al Capi.
- ¿Quieren que les diga algo? Yo apoyo al niño cara bonita. Katayama se me hace sospechoso —repuso Panda con semblante sombrío.
- ¡Pues yo no lo creo! —dijo Takao, levantándose de súbito—. Ryu—san siempre ayudó al capi y hasta lo volvió más amable con nosotros. ¿Olvidan eso?
- Puede que lo haya hecho, sin embargo, no justifica su comportamiento de hace un momento. ¡Técnicamente nos desconoció!
- Eso es verdad. Oportunista y embaucador…
- ¡Señores, calma! —intervino Ranmaru, tomando el sitio de líder —. Yo estuve cerca de Ryu—san y no, nunca hizo nada malo, ésas son sólo sospechas infundadas. Creo, más bien, que trata de ayudar al capi tratando de inspirar confianza en Senryo—sama.
- ¡Y de qué modo, Ranma! ¡Pegándose a él como una vulgar

ramera! ¡Justo como hizo con Morio en su momento! Ustedes no lo vieron en el juicio. Yo sí. Tan pronto se declaró culpable al Capi, el marica asqueroso corrió hacia Senryo con los brazos abiertos. No, amigos. Al puto ése no le importa mucho el capitán, yo más bien creo que ahora intenta ganarse la confianza de Senryo para escalar socialmente.

- Yo no creo eso... —susurró el anodino Ken—. Ranmaru tiene razón...
- ¡Bueno, bueno! ¡Basta de hablar de Katayama! ¿Qué haremos? ¿Firmaremos el documento o no?
- No, no firmaremos nada. No nos aliaremos con alguien que a todas luces es traidor y desleal. Esta es nuestra decisión y nada de lo que digas la cambiará —Ranmaru se sentó y cruzó los brazos, impávido e inamovible.
- ¿Y los demás?
- ¡QUE NO! —Gritaron todos a coro, ya fastidiados.
- ¡Por los dioses! ¡Piensen! Yo sé que lo que dicen es verdad, pero, ¿en qué otro lugar nos darían el puesto de samuráis de alcurnia? En ningún lado empezaremos de cero y la verdad "vale más malo por conocido"...
- ¿Eso es lo que temes? ¿Perder tu puesto de alcurnia? ¿En serio estás diciendo esto?
- Kaname, esto no es cuestión de poder, sino de dignidad. ¿Se nos considera traidores? ¡Que se nos considere! ¿Que no obtendremos puestos en otros clanes? ¡Pues empezaremos de cero! ¿Que seremos ronin? ¡Sí, muy probablemente, pero juntos, como equipo! Si aceptamos los términos de Senryo, estaremos aceptando que Morio es culpable. Y entonces sí seríamos traidores.
- Por otro lado, quedarnos y aceptar es bajar la cabeza, es retener el puesto a costa de la dignidad. Terminaríamos lamiendo sus pies para no caer de su gracia. Somos más que eso.
- Pues yo les digo algo: sé que tienen razón, pero cuando me llamen a declarar, yo apoyaré a nuestro nuevo amo. ¡Y si alguno de ustedes tiene algo de cerebro, estará conmigo!
- Entonces no lo tenemos, porque no aceptaremos el yugo de Senryo.
- ¡Pero qué idiotas son! ¡Asakura es sólo un pedante noble que poseía el favor del daimyo! ¡Yo soy mayor, yo debería ser el líder del regimiento! ¿Es que nunca han pensado eso acaso?
- ¡Ah, era eso! ¡Tú quieres ser el líder del regimiento! ¿Crees tener lo que se necesita para liderarnos, Nakaura?
- ¡Soy el más indicado para hacerlo, ninguno de ustedes tiene lo que se necesita!

- ¡Pues qué poco y qué mal nos conoces! ¡Sin dudarlo, si Morio falta, es Tanehiro quien lleva las riendas! Y si Tanehiro tampoco está, Ranmaru es el más adecuado para llevar al regimiento. ¡Ni siquiera sabes nuestras habilidades como las conoce Morio!
- ¡Imbéciles! ¡Todos son unos im—bé—ci—les! ¡Veré que los cuelguen o los decapiten a todos por necios junto con ese idiota de Asakura! ¡Recen por sus vidas, que sus días están contados! ¡Yo soy leal ahora a Lord Senryo—sama, el nuevo Gran León del Clan!
- ¡Qué rápido volteaste la bandera, Kaname! ¡Qué vergüenza!
- ¿Gran León? ¡Suenas tan servil y cobarde! ¡Vete a lamerle los huevos, no te detendremos!
- De todos modos, ya te darás cuenta de que Senryo no se caracteriza por su lealtad… —sonrió Ryuji de modo cínico y torcido.
- ¡Todo lo que digan está siendo recopilado y ahora mismo ustedes han firmado su sentencia de muerte ¡GUARDIAS! ¡ENCIÉRRENLOS EN EL CALABOZO!

Al oír el grito de Kaname, los guardias de Palacio entraron para detener a los ahora rebeldes, hallando a un grupo de mocosos dispuestos a matar o morir con tal de no ceder ante chantajes. Los ardientes Fuego, apostados en la delantera, recibieron a los lanceros, desarmándolos y empujándolos hacia la pared, donde los corpulentos “Montaña” esperaban, dispuestos a machacar huesos. Los “Viento”, reducidos en espacio, se fueron hacia el piso, golpeando rodillas y pies de aquellos que entraban, haciéndoles caer, y creando con ello una barricada de soldados caídos que se apilaban. Los “Bosque” treparon por esa montaña de cuerpos, golpeando y noqueando. La maniobra de todos era un auténtico *Dantai*, un coordinado movimiento ensayado y perfeccionado con la práctica. Kaname aprovechó la trifulca para escapar discretamente y salir corriendo a avisar a Lord Senryo, quien no tardó en bajar acompañado de Ryu, para hallarse con el pequeño salón convertido en un verdadero berenjenal: soldados por aquí y por allá se apilaban inconscientes, mientras el pendenciero grupo de Morio se resistía a ser aprehendido. Tatsumiya, al lado de Kurono, también llegaron al sitio, para ver el auténtico desastre que era.

- Mi señor Senryo, ¿qué pasa?
- ¿No es obvio? ¡DETÉNLOS!
- ¿Yo solo?
- ¿Qué, acaso no puedes?
- ¿Contra esos locos?
- Yo puedo intentar hablar con ellos, Tatsumiya—dono… —dijo Kuro, asomándose—. Hey, muchachos, ¡haya paz! ¡Ya llegó Lord Senryo!

- ¡Kurono! ¿Qué pasó? ¿Estás bien, cachorro?
- Enteramente. Sí que lograron atraer la atención de Senryo −sama, porque está aquí afuera, y no creo que quiera entrar.

Y era cierto. Previsor y con cierto tinte de cobardía, Senryo había enviado a Ryu al salón. Los leones vieron entrar a quien consideraban el artífice de sus desgracias y problemas. Y al instante, todos cerraron filas, en postura de guardia, con Ranmaru al frente. Ryu trató de hacer gala de lo que alcanzaba a recordar de etiqueta y diplomacia.

- Leones de Hierro, por favor, no es momento para actuar con violencia. Lo más importante ahora es demostrar la inocencia del Capitán. Por favor, bajen sus espadas y no peleen más.
- ¿Y qué, nos entregamos? −espetó Ryuji, mirándole con auténtico odio−. Eso te gustaría, ¿verdad? – amenazante, blandió el arma hacia el Libélula.
- No, no me gustaría. Necesitamos buscar una OPORTUNIDAD para poder esclarecer este problema −al decir eso, Ryu dirigió la mirada hacia Ranmaru con suma discreción, mandando un mensaje claro “Estoy contigo. Necesito tiempo”.
- Ohhh, una oportunidad. Ryu−san… están acusándonos de algo que claramente no hicimos. Esto es una trampa a las claras. Entregarnos sería dejarle el control a esa rata.
- ¡Cierto! −espetó el pequeño Toshiro desde atrás−. ¿Cómo podríamos obtener una “oportunidad” de hablar?
- Por favor… sé que es mucho pedirles… pero confíen en mí. Yo no los traicionaría.

Ryu bajó la voz demasiado; tanto, que sólo Ranmaru pudo oír esa petición. Los demás se mantenían reticentes y en guardia. Al instante, Senryo entró, empujando guardias y blandiendo el *tessen* de seda dorada. Los leones cerraron sus filas, en guardia, amenazando con atacar, dejando a Ranmaru al frente, quien lucía imbatible.

- ¿Pero qué demonios les pasa? ¿Acaso esto significa que rechazan mi benevolente oferta? ¿Sí saben que, de quererlo, hoy mueren todos?
- Estamos más que conscientes, Lord Senryo. Sin embargo, no pensamos ceder ante la coerción. Entregaremos nuestras armas…

Al oír eso, los Leones miraron hacia Ranmaru con incredulidad y reticencia a dejar las armas.

- … siempre y cuando se demuestre la inocencia de nuestro Capitán y se le exonere de ese cargo. Somos leales a la justicia y la verdad, y esta acusación es mentira e injusticia. ¡No podemos desobedecer el código del bushido! ¡Así que seremos sus más

leales hombres en cuanto lo liberen!

Ryu, sibilante y murmurando, dijo algo al oído de Senryo, quien asintió ladino, mirando a la compañía de samuráis que seguían en total postura de reticencia. Todos los leones levantaron las armas, pero Ranmaru notó algo en la mirada que le dirigía Ryu. Un mensaje oculto que llevaba rato tratando de expresar. Ryu no era traidor. O al menos, eso parecía comunicar. Fue una decisión muy dura para el joven. Sabía que confiar en el cetrino Libélula podría ser su perdición. Sin embargo… Morio confiaba en él. Miró a Takao. Éste también había comprendido. El grandulón fue quien susurró a la compañía.

- Vamos a entregarnos
- ¿Qué? ¿Estás loco, Kondo? —susurró Ryuji, incrédulo y furioso.
- Algo trama Katayama. Y creo saber qué es.
- ¡Sí! ¡Jodernos!
- No. Hay algo más…
- Ranmaru… ¿vamos a hacerlo?
- Voy a jugármela. Si es lo que pienso, valdrá la pena. Esperemos la resolución de Senryo…
- ¿Sabes qué? ¡Tienes razón, precioso Ryu! —Exclamó el pedante leoncillo dorado—. No me sirven los traidores a mi lado. La culpabilidad de Morio está más que demostrada, así que, si son tan leales a él, ¡que lo acompañen en su castigo!

Ranmaru medio esbozó una sonrisa. Así que ése era su plan. Encerrar a todos en la misma zona y luego organizar un escape. Erguido, gallardo, el altivo león bajó las manos.

- Sea entonces, Oh Señor. Con esto sólo demuestra que la verdad y la justicia ha abandonado este reino. ¡Leones de Hierro, depongan las armas!

Nada convencidos, los demás bajaron la guardia y se entregaron, mirando con suma desconfianza al Libélula, que se colocaba estratégicamente al lado de Senryo, mimándolo, susurrándole cosas obscenas y besando su tersa piel. A una orden de Hirozawa, los guardias entraron y arrestaron a los leones, llevándolos uno a uno a las celdas. Más, al llegar a Kurono, la espada de Tatsumiya se interpuso con elegante movimiento entre el soldado y el joven lancero.

- Matsubara se queda conmigo. Prosiga con el resto.

Senryo volteó hacia su amante con una mirada asesina. Yagumo, impasible, protegió al pelinegro. Tal era su modo de reclamar por los excesivos cariños que le prodigaba el Libélula teniéndole delante.

- Yagumo, ¿qué piensas que haces?
- Tomar a Matsubara como mi alumno. ¿Me es permitido, mi

señor?

Por un instante, Senryo sintió las piernas temblarle de pura rabia. Todo su cuerpo estaba tenso, lleno de adrenalina. ¡Qué ganas de destripar al mocoso ése! Sin embargo, notó las miradas de preocupación de los demás Leones, que conocían la fama de su amante y sabían que Yagumo no tardaría en viciar al lancerito con sus pasiones carnales. Sólo por ese detalle, se encogió de hombros, como si no le importara, aunque por dentro estallara en rabia.

- Bah, haz lo que quieras. ¡Pero tú respondes por sus actos!
- Tal es su deseo, mi señor… todo sea por el bien del Clan. Soldado, proceda…

Kenji y Takao vieron con suma preocupación cómo les era arrebatado su calabacito, quedando en manos de un libertino de afamada talla como era Tatsumiya. Kurono, inmóvil, los vio irse, ser llevados a las celdas. Los soldados despejaron el Salón de Injurias mientras Senryo volvía a sus aposentos, seguido por Ryu y su consejero, quien le susurraba viperino.

- Mi señor, vienen tres días de duelo más el funeral. Os recomiendo que, tan pronto pase ese periodo, ejecute a los disidentes y a Morio.
- Eso ya lo sé —respondió con total displicencia el amanerado joven, haciendo una mueca de desagrado—. En tres días morirán todos.
- Cuatro, mi señor. No olvide el funeral —Tatsumiya sonrió, haciéndole ver lo necesario que era.
- Tres, cuatro, ¿qué más da? Un día no hace la diferencia de nada.
- Mi señor, si desea gobernar, debe entender que a veces un día es la diferencia entre la vida y la muerte. Recuerde la diferencia entre ayer y hoy…
- Pretenciosas palabras las tuyas, Yagumo... no lo he olvidado. Y si nos permites, debemos retirarnos. Espero que tu nuevo alumno sea digno, de lo contrario, no me gustaría estar en tu lugar.

CAPÍTULO 18

EL NACIMIENTO DE UN TIRANO

La casa Asakura, por su lado, se había convertido en una prisión. Vigilada por guardias y cercada, había contenido a la familia dentro, sin permitirle salir. Asayi estaba furiosa. Yoshimi, más reflexiva, miraba por la ventana.

- ¡Ese maldito de Senryo! ¡Acusó a mi hermano y preparó una perfecta trampa para dejarlo como culpable ante sus allegados y el *Rojufu*! Padre, ¿qué hacemos?
- Tenemos que enterar a Nara de esto para que la casa Imperial ponga orden. Yasakani Kotaro debe enterarse de esto.
- Pero ¿cómo? —terció la madre—. Nos tienen aquí encerrados, considerados traidores y parias. Ryutaro… deberíamos intentar hablar con nuestro sobrino. Después de todo, seguimos siendo familia.
- ¡Bien le dije a Morio que parara con ese maldito odio entre ambos! ¡Pero la culpa también la tuvo Shido, al acrecentar el problema y darle alas a mi hijo! Estoy casi seguro que fue Senryo… ¡pero no sé cómo logró inculparlo!
- Dudo que Senryo—chan haya sido, padre —dijo Yoshimi, dejando el alféizar para mirar a su familia—. Asa—chan dice que el brujo Libélula irrumpió en el juicio.
- ¡Ese maldito de Norima! ¡Estoy seguro que él y Katayama son los culpables!
- Kawaii—chan no haría eso, oneesan…
- ¡No le llames así! ¡Ese maldito príncipe sólo usaba a mi hermano para llegar al trono Libélula!

- Pero, ¿con qué fin?
- ¿No es obvio? ¡Abrirle la puerta a su padre! ¡Quizás maten a Senryo y usurpen el trono! ¡Pero a fe mía que no lo permitiré!
- Asayi, hija, no seas tan impetuosa. Suenas igual que tu hermano.
- ¿Y qué hacemos, padre? ¿Nos quedamos aquí, esperando a que ejecuten a mi hermano? ¡Es un imbécil, pero es inocente! ¡Y eso lo sabemos todos!
- Creo que sé lo que debemos hacer… —dijo Asakura Miho—. ¿Qué sucedió con Lady Akemi?
- También fue encerrada bajo arraigo. En los pisos superiores de Palacio.

Miho miró a su esposo, quien asintió. Ryutaro se acercó a ambas mientras la madre tomaba un *biwa* y comenzaba a cantar un lamento por Shido—sama. Un canto fúnebre que se oía afuera de la casa, donde los guardias de Senryo hacían valla.

- Escuchen bien, niñas. Mientras su madre distrae a los guardias, les diré lo que haremos: hay una salida subterránea en los basamentos de la casa, donde tenemos los costales de arroz. Hay una puerta falsa que sólo se abre con una clave que les daré. En el tercer costal de la derecha hay armas. Tomen las que sean necesarias. El pasadizo las llevará a distintos puntos. Es una salida de escape para emergencias o ataques que puede llevarlas al palacio.

Diciendo eso, comenzó a trazar un mapa de la zona subterránea. Marcó en él varios puntos, indicando con distintos colores hacia dónde llevaba cada camino, sus salidas y posibles escapes.

- Asayi, Yoshimi: Este mapa indica los posibles caminos de escape desde palacio hasta la casa y hacia los bosques del sur. Es muy importante que lo lleven con ustedes. Deberán infiltrarse en palacio y sacar de ahí a Lady Akemi
- ¿Y a Mo—chan?
- Dudo que puedan sacar a tu hermano. Seguramente estará en los basamentos.
- Pero sí a los Leones. Si logramos liberarlos, ¡podremos escapar!
- Pero… ¿por qué no vas tú, otosan?
- Los guardias de Senryo esperan que tu madre o yo hagamos algo sospechoso, pero no recelarían de nuestras hijas; en especial de ti, Yoshimi. Eres pequeña y ágil. Ellos ven eso como una desventaja. Úsalo a tu favor.
- Padre, iré con Yoshimi.
- Tú debes preparar el camino de escape para los Leones y Lady

Akemi, Asayi. Senryo no va a ceder. Está demasiado envenenado. Debes guiar a los Leones a Nara, junto con Lady Akemi. Váyanse de aquí y expongan lo sucedido ante el Emperador. Tu madre y yo haremos de tapadera y diremos que los acontecimientos las han enfermado.

- ¡Yo me quedo a ayudarte, papito!
- Pero primero, ayuda a tu hermana. Mientras ella abastece de armas y comida los túneles, tú escabúllete en Palacio e intenta liberar a los prisioneros.
- ¡Hai! ¡Lo haré, papá! ¡Cuenta con ello!
- ¿Das por perdido a Morio, padre?
- ¡Qué va! Tu hermano es demasiado terco. Lo conozco. Sé que se las arreglará para salir.
- Siendo así, partimos.
- Te queremos, papaíto.

Siguiendo las indicaciones de Lord Asakura, las hermanas hallaron todo lo que les había dicho: la comida, las armas, lámparas, mantas, todo para un posible escape en caso de invasión. Era claro que Lord Ryutaro no dejaba de ser un soldado precavido, pese a los años de vida holgada. Dieron con la puerta falsa y la clave. Tras abrirla, un túnel oscuro tallado en roca viva se abrió ante ellas. Usando los materiales de la bodega, hicieron teas y comenzaron la labor. Mientras Asayi hacía reconocimiento de la zona y comenzaba a preparar viandas, armas y suministros, la sagaz Yoshimi se internó hacia lo oscuro, siguiendo la senda marcada en el mapa con color azul, que llevaba a palacio. Fiel a la ruta, halló que, en efecto, ésta llevaba a la zona de cocinas y calderas de palacio. Hizo cálculos mentales. Iba a ser necesario un buen tramo para bajar hasta ese punto con la modosa Lady Akemi y al regimiento de Morio. Escabulléndose, comenzó a trazar un plan mientras buscaba subir al cuarto nivel de Palacio sin ser detectada.

Mientras tanto, sin que nadie lo supiera, la Princesa prisionera llamaba con encanto a las aves del cielo: sus preciosas palomas entrenadas, que llevaba criando desde su llegada al clan león sin que alguno de ellos diera importancia a un hecho tan banal. Presta, ató mensajes de ayuda a las patitas de las aves y las soltó, dando una orden específica: ir a Nara. Nadie notó a esas aves volar hacia el amplio cielo. De haberlo sabido Senryo, las hubiera derribado.

Senryo no tardó en encerrarse con Ryu para acariciarlo, tocarlo y pasar la tarde entera intentando convencer al Libélula de por fin intimar hasta el final. Pero el ladino joven sabía mantenerlo a la expectativa sin jamás darle lo que tanto anhelaba. Con suma

habilidad, Katayama dio a Senryo una tarde de juegos eróticos, *sake*, caricias y placeres carnales que levantaban su libido, sin dejarle llegar al sexo definitivo. Senryo rebosaba de gusto, de placer. El joven Libélula sabía tocarle, sabía moverse para complacerlo. Toda la tarde fue un festín de roces con ambos retozando en el lecho, hasta que el sol se ocultó. Ryu dormitaba en el lecho y Senryo bebía satisfecho cuando Tatsumiya entró sin miramientos.

- Buenas noches, mi señor…
- ¿Y a ti quién te dio permiso de entrar con tales confianzas?
- ¿QUÉ? ¡Pero si he entrado a tus habitaciones de este modo desde siempre, por años!
- Bueno, las cosas han cambiado, *por si no lo habías notado.*
- ¡Claro que han cambiado! —murmuró molesto al ver al Libélula dormido en el lecho de su amante—. ¡Qué pronto cambias de lealtades, Senryo! ¡Aún no asumes el trono y ya sientes que eres amo de todos!
- Lo soy. Soy el nuevo Daimyo. Todos deberán adorarme y postrarse ante mí como hacían ante el maldito viejo.
- Te recuerdo que aún no lo eres, lo serás después de la ceremonia de duelo y de los funerales. Aún falta que te cases con Izanagi Akemi para consolidar tu poderío, así que no cantes victoria, Senryo—san, que muchas cosas pueden pasar.
- ¿Me estás amenazando, Yagumo?
- ¡Claro que no, mi amor! ¡Tú eres el que está insoportable! ¡Has hecho a un lado a los consejeros de tu padre Y NO PUEDES IGNORARLOS! Gánatelos o ellos te depondrán y enviarán a tu hermano menor al trono.
- ¡Yo no necesito ganar nada! ¡Soy el heredero al trono y esos tipos no van a tocarme!
- ¡Pero tampoco puedes permitir un descuido de ese tamaño! Si dejas que ellos se unan en tu contra, todo por lo que has trabajado se perderá, y tú no quieres eso, ¿cierto?
- Bah, ¿y me lo dices tú, que me traicionas de modo tan vil?
- ¿Te traiciono?
- ¡NO FINJAS CONMIGO! ¿Qué estupidez es esa de tomar "como alumno" al mocoso ese?
- ¡Ninguna estupidez! ¡Sé perfectamente lo que hago y por qué lo hago! ¡Es una maniobra táctica!
- ¡Complacer a tu entrepierna no es precisamente una "maniobra táctica"!
- Oh, ¿piensas que es eso? ¡No soy tú, Senryo, que claramente me has hecho a un lado para encamarte con ese Libélula!
- ¡Katayama es aparte! ¡No te metas con él!
- ¡Pues Kurono también lo es, y nada tiene que ver aquí!

- ¡Oh, claro que tiene que ver! —Senryo bajó la voz lo suficiente para que sólo Yagumo lo oyera—. Katayama es el pase inmediato para quedarnos con el clan de la Libélula. Kurono ¿qué?
- Es un elemento de transición entre nosotros y los Leones. Fue gracias a su testimonio que estás aquí.
- Entonces deséchalo...
- No lo haré. No hasta que Katayama deje de ser tan "cercano" a ti.
- Entonces, no te sorprenda si un día de estos simplemente tu poder desaparece…
- Si tú haces eso yo hablaré y diré todo. No te conviene ponerme como tu enemigo, querido mío. Me debes muchas cosas y tengo contactos que pueden hundirte…
- ¿Otra vez con tu "amigo íntimo y personal"?
- Y no sólo con él. Te estoy cubriendo demasiado las espaldas, Senryo. Estamos metidos en esta mierda juntos. Y más vale que acabemos con ella lo antes posible para regir y olvidarnos de este trago amargo.
- Así que por el momento ambos nos tenemos sujetados de donde más nos duele, amado mío... pero no te confíes demasiado, tal vez se descubra que pronto TÚ fuiste el asesino.
- No tuve nada qué ver en eso. Más te vale no intentar ponerte en mi contra. Senryo, no me conoces como enemigo. Hasta ahora, he sido tu fiel seguidor contra la opinión de gente sensata y sabia que me ha advertido sobre tu soberbia y ambición desmedida. Y los he desoído no por cándido, sino por amor. Vuélvete mi enemigo y no me detendré hasta hacer de tu vida la más total de las miserias. El destierro que viviste ayer será el mejor de tus días comparado con el nivel de desdicha al que te puedo llevar. No me traiciones o diré a mi amado amigo Yasakani que tenía razón y que el señor de los Leones no es más que una puta barata que se vendió a la oscuridad por venganza.
- ¡Abre la boca y despídete de tu lengua, víbora! —furioso, abofeteó a su amante, quien sólo sonrió, limpiándose la sangre con sorna.
- Con lengua o sin ella hablaré, "amor mío". Y si lo deseas, de una vez puedo ir a buscar a mi amigo íntimo y personal y hablarle un poco de tu alianza con ese maldito brujo *maho*… ¡Tú dime, Senryo!

Por instantes se miraron mutuamente, furiosos, tomados mutuamente del punto débil. Senryo temblaba de celos de coraje y Yagumo de indignación y miedo ante el encubrimiento de un crimen. Ninguno decía nada, sabiendo que lo próximo podría ser el cisma entre ambos.

Para su salvación, llegó un soldado informando que Morio había sido doblegado tras la tortura y que el Príncipe estaba en posibilidad de verlo.

Malsanamente feliz por la noticia y la interrupción, Senryo despertó a Ryu para dirigirse hacia los calabozos del palacio, donde Morio yacía en una de las celdas más abandonadas y deplorables.

Encadenado al piso y golpeado hasta la deformidad, el Héroe de Ikebakuro estaba postrado en una humillante postura cara al piso, deshecho, depuesto de su rango, sin su espada ni armadura, arrebatadas de modo alevoso por los partidarios de su primo, que aprovecharon el hechizo de inmovilidad invocado por Norima para tomar sus objetos personales. Despojado de sus investiduras y con el cabello revuelto, el enorme león respiraba dificultosamente. Su espalda había vuelto a quedar roja por la tortura. Su rostro, antes varonil y hermoso, lucía reventado por las golpizas que cada uno de esos cobardes se habían turnado para darle entre risas y burlas por horas, uno tras otro. El efecto del polvo maldito comenzaba a desaparecer, pero ellos habían aprovechado todo el tiempo posible para cortarle, golpearle, abrirle la piel y sangrarle para dejarlo débil. Todo él era una mancha roja como su cabellera, que había dejado el polvoso piso de la celda igualmente encharcado en sangre. Debilitado, Morio vio entrar dos siluetas. Y reconoció a ambas: su odiado primo y aquel al que había cometido el error de confesarle amor y confianza. Tal dardo de dolor rebasaba incluso el físico. Se maldecía por haber confiado, por abrirse a este traidor que entraba detrás de Senryo, abrazándole ladino, murmurándole venenosos consejos. Fue Senryo quien rompió el hielo, hablando ladina y burlonamente.

- ¿Pero qué pasa, primo? ¿Acaso no piensas saludar al futuro amo de estas tierras y a su hermoso consorte? Porque, por si no lo sabías, Norima mismo me ha otorgado ya la custodia del Príncipe Katayama. Ahora él es mío y no sólo eso, ¡me adora! ¿No te parece una excelente noticia?

Ignorando la chillona voz de su primo, el Capitán levantó la mirada hacia el joven que tanto adoraba, quien tenía que soportar el terrible impulso de hincarse, decirle que lo amaba y curar esas heridas tan impactantes. Pero, tal como Norima había dicho, el chico era un perfecto mentiroso, y sabía comportarse de modo altamente convincente para sostener una mentira sin mayores problemas. Lascivo, se pegó al cuerpo de Senryo y con devoción lujuriosa, besó sus mejillas. Aquello no era sino otra saeta para Morio, que se sacudió

levemente, débil por las golpizas, el efecto de la droga que persistía en su cuerpo y el dolor de sentirse traicionado.

- Ryu… no puedo creer lo que hiciste. Te saqué del infierno… te protegí de Norima, ¡te conté todo sobre mí, te confié lo que a nadie en la vida…!
- Lo cual sólo demuestra, capitán, que tenía razón. Lo mejor es nunca confiar en los demás y no bajar la guardia. Y le pediría que no me hable por mi nombre. No somos iguales. Menos ahora que está usted acusado de asesinato.
- ¡PERO SABES QUE NO FUI YO! ¿POR QUÉ NO DICES ESO?
- Porque lo es. Usted lo sabe, Capitán. Y su crimen sólo opaca la felicidad de mi nuevo señor Senryo—sama. Lo mejor es que acepte su culpabilidad y se entregue a la justicia.
- ¿CÓMO PUEDES DECIR ESO? ¡HIJO DE PUTA! ¡ME HAS USADO!

Ryu no quiso decir más. Era demasiado bajo seguir echando sal a la herida. Pero para Senryo era el momento de gloria, su venganza consumada, la superioridad por encima de su odiado primo. Con una sonrisa enorme, rebosante de malsana alegría, se acercó a la gruesa reja que lo separaba del león caído, para regodearse con su sufrimiento.

- ¿Qué pasa primo? ¿No más gritos, no más peleas? ¡Parece que te hubieran arrancado el corazón! Yo, por mi parte, debo agradecerte. Gracias a ti y a tu imprudencia, pronto seré el nuevo Daimyo, el Emperador me dará a tu esposa, y el príncipe estará por siempre a mi lado...

Acercándose más y apartando a Ryu de sí, Senryo escupió su veneno sobre su odiado primo, sintiendo una malsana excitación.

- ¿Qué se siente, Morio? ¿Qué se siente que te despojen de todo lo que amas, de todo lo que conoces? ¿Cómo se siente cuando la tierra desaparece bajo tus pies?
- Ya tienes todo... lárgate, maldito asesino —susurró Morio entre dientes sin ánimo, sin coraje, con total derrota—. Mátame y acaba con esto. Yo nunca te hice algo así.
- Oh, no, no te será tan fácil... la muerte es demasiado buena para ti. Vivirás, primo, vivirás para ver el mundo que tu soberbia ha ayudado a crear. Vivirás para ver el mundo en el que yo gobernaré y tú no tendrás sitio.

La mirada de Morio volvió al príncipe Libélula. Podía entender a Senryo, a Yagumo, pero ¿Ryu? ¿Por qué de la nada le traicionaba y se pegaba a su enemigo? Su concepto del honor le impedía visualizar una traición después de todo lo vivido. ¡Ryu le había confesado su amor!

¿Por qué ahora simplemente parecía olvidarlo? Senryo, cruel, sabía lo que pensaba su primo, tan básico y visceral. Divertido, aferró bruscamente por la cintura a Ryu y le besó sin cuidado, con cierto desprecio. El Libélula se dejó, tratando de ya no hablar. No quería seguir lastimando al hombre que amaba.

- ¡Oh, pobre, pobre Morio! ¿En verdad creíste que alguien como él podría amar a alguien como tú? ¡Qué patético!
- Ryu, no puedo creerlo. Me resisto a creer que me hayas abandonado. ¡Sabes lo que hice por ti, sabes que iré al infierno por ti! ¡Carajo, te lo dije, te dije lo que siento!
- Espera…. ¿estás admitiendo que entonces amas al Príncipe? —aquello era el éxtasis para Senryo— ¡DILO, MORIO, DIME QUE ERES IGUAL QUE YO! ¡DIME QUE TODO ESTE ODIO HACIA MÍ ERA PORQUE EN EL FONDO ERES COMO YO!
- Jódete. Jódete siempre. Mis palabras son para Ryu. Dímelo cara a cara, Katayama. Dime que en verdad siempre me usaste.

Lánguido, tembloroso, Ryu ejecutó su papel. Hincándose ante Morio y asegurándose de darle bien la espalda a Senryo para que no lo viera, le dirigió una dolorosa mirada de amor y arrepentimiento, al par que sus palabras eran afiladas, crueles e hirientes.

- ¡Pobre criatura, me das tanta pena! Creer que yo, el Príncipe del Clan Libélula, pueda ser capaz de amar a alguien tan poco importante como tú. ¡No me haga reír, capitán! Sería la última persona de la que me enamoraría, tan burdo, idiota. Un animal sin clase ni refinamiento. Usted ni siquiera está a mi altura. Lamento decirle que mis necesidades son otras y que el joven Príncipe Senryo las atenderá, por lo tanto, ya no lo necesito.

Un largo silencio reinó. Morio estaba confundido. Por un lado, esa mirada parecía pedirle perdón por cada insulto, por otro, las palabras lo destrozaban más que los golpes de la tortura. Sin emitir sonido, Ryu habló moviendo sólo los labios. “No olvides lo que siento por ti. Te amo” y se levantó para ir a los brazos de Senryo, fingiendo desagrado.

- Mi Príncipe, ¡sácame de aquí! ¡No soporto la presencia de ese animal!
- Así que eso es todo —Dijo Morio sin levantar la cabeza—. Ganaste y te quedas con todo. Pues te repito de nuevo: yo no maté a tu padre. Haz lo que quieras. Sólo tengo tres cosas que decirte antes que me dejes pudrirme aquí…
- Adelante, habla lo que quieras mientras aún puedes...
- Uno: Lo difícil es hacerlo la primera vez.
  Dos: El que traiciona una vez, lo hará dos veces y cada vez con más facilidad que la anterior.
  Y tres: Ahora ambos vivirán con el hecho de que así de fácil

como fue traicionarme, lo será hacerlo entre ustedes. Vivan felices con eso. Que en ese aspecto yo nunca fallé.

Al oír eso, Senryo apretó los puños, furioso. Pero no iba a caer en provocaciones, sujetando a Ryu como a un trofeo, espetó burlón antes de irse:

- Sí, claro... mira quien habla de traición, el hombre que abusó de mi confianza para lograr sacarme del camino. Pues velo sabiendo, "Gran León de Ikebakuro": sólo estás pagando por tus pecados. Puedes fingir que no los cometiste, que eres puro, pero te equivocas... tus pecados y tus traiciones te han alcanzado, y te han puesto en tu justo lugar. Fallaste, León. Vive con eso.
- Y tú vive mientras puedas, porque quién sabe quién de ustedes será el próximo en amanecer asesinado. A ver a quién culpan ahora, ya que yo estaré aquí. ¡Suerte con eso!

Furioso, Senryo tomó uno de los tizones encendidos que sus hombres habían dejado y con él, presionó con rabia la zona del omóplato izquierdo de su primo, quien soportó la terrible quemadura con resignación más que con rebeldía. Al ver que no gritaba, tomó al Libélula como a un guiñapo y salió de ahí, airado, ciego de rabia. Una vez de vuelta en el Salón Principal, ordenó a sus pajes que subieran a Ryu a sus habitaciones y lo vistieran como a una concubina. El ojiverde quiso protestar, pero fue llevado hacia arriba. Tratando de fingir compostura, el heredero al trono se dirigió primero a su habitación, de donde tomó una botella de sake especial, que envolvió en un paño de seda dorada. Al salir, pidió una escolta y se dirigió a la casa Asakura, donde tanto padres como sirvientes permanecían en arraigo y congoja. Antes de entrar, el Príncipe susurró a Kaname:

- Permanece cerca de la puerta.

Ryutaro y Miho se sorprendieron al ver entrar a su sobrino acompañado de un grupo de guardias, vestido con la misma fastuosidad de siempre, sin un ápice de luto, y con los ojos ennegrecidos por el maquillaje corrido debido a las lágrimas de rabia.

- Tío, tía, ¡lo siento tanto! ¡No tuve otra opción más que detenerlo! Por favor, no tomen personal esta afrenta, ¡pero incluso dos de sus hombres testificaron en su contra!
- Senryo… No me cabe en la cabeza todo lo que dicen de mi hijo —dijo Miho ofreciéndole un asiento preferencial al caprichoso príncipe, quien se sentó, sacando la botella y colocándola sobre la mesa—. Dinos la verdad… ¿Morio será procesado? ¿Realmente crees que tu primo haya sido capaz? ¡Tú sabes que no es así!
- Oh, Tía Miho… —dijo enjugando la lágrima—. ¡Qué más deseo

que esto sea mentira! ¡Yagumo está justamente investigando lo que pudo haber sucedido!

- Mi hija sostiene que ese brujo Libélula le tenía ojeriza por la golpiza que le puso. ¿Has pensado que tal vez él tenga algo que ver con todo este turbio asunto?
- No hay ningún vínculo que lo pruebe, Tío Ryutaro —diciendo eso, tomó vasijas para sake, en las cuales vertió el licor de arroz para ofrecer un trago a sus tíos—. Por favor, os ofrezco sake. Un brindis por nosotros. Por cierto… ¿Y Asayi? ¿Y Yoshimi?
- Duermen ya. Asayi está deshecha y Yoshimi… incluso temo que enferme de tristeza por esto.
- Es toda una pena… pero lamento decir que no hay modo de probar que Norima haya sido. Sin embargo, estamos investigando eso. Por favor, os pido paciencia. Averiguaremos la verdad. Yo mismo pediré que se busque incansablemente al culpable.

Senryo se sirvió sake.

- Por la verdad.
- Por la verdad.

Repitieron sus tíos, bebiendo del delicioso y suave licor de sabor chispeante.

- Y mi hijo, ¿está bien?
- Sí. Está en una celda. Ha sido encerrado sin sufrir daño alguno.

Mintió, llevando el *sake* a sus labios con una pausada elegancia. Ambos tíos bebieron un poco más. No pasó mucho antes de hacer efecto. Un poco más de charla y ambos comenzaron a sentir sueño. En breve, ambos cayeron inconscientes. Sólo entonces, el felón escupió el poco licor que había ingerido y guardado hábilmente bajo su lengua sin tragar. Miró la botella. Sabía que algún día ese regalo de Yagumo —un sake con somnífero—, le sería de utilidad. Haciendo una caravana, salió sin siquiera despedirse, sonriendo cruel. No bien salió, susurró a Kaname.

- Quema la casa ahora que todos duermen. Hazlo parecer un accidente. No tardes. El efecto no es eterno.

El traidor se inclinó ante su nuevo señor.

- Será como ordene, Majestad Senryo.

No bien el Príncipe se alejó con su comitiva, Kaname mandó a los soldados a las zonas más flamables de la mansión, las cuales empaparon en aceite, para después, incendiarlas con antorchas. Paulatinamente, el fuego comenzó a hacer su trabajo, expandiéndose primero desde los pajares y la bodega, para ascender a las salas

principales, los salones de estar, la cocina, la primera planta. En breve, la casa Asakura ardía en fuego.

Oculta en los túneles, Asayi seguía preparando todo para el escape, mientras Yoshimi seguía en el palacio. Debido a eso, ninguna se dio cuenta de que su casa se incendiaba hasta que Asayi volvió a la puerta secreta en busca de las últimas raciones. La puerta se sentía caliente. Al tocarla, su mano se quemó de inmediato. La joven León tuvo el terrible presentimiento de lo que estaba sucediendo: habían incendiado su hogar. Pero abrir la puerta sólo haría que la marea de fuego entrara al túnel propagando más el incendio y con toda seguridad, llevándosela consigo. Desesperada e incierta, cayó de rodillas, llorando y suponiendo lo peor, asumiendo que sus padres seguramente ya estaban muertos. ¿Cómo iba a decírselo a Yoshimi? Y sobre todo… ¿acaso había sido Senryo quien dio tan brutal orden?

Desde sus casas y aposentos, los nobles y altos militares del clan vieron encenderse el cielo nocturno en rojo. La ciudad misma notó cómo la mansión Asakura se convertía en una tea ardiente, una antorcha escarlata que podía verse desde la lejanía. Vecinos y aldeanos intentaron apagarla, hallando las lanzas de los soldados leales a Senryo; entre ellas, la del traidor Kaname, que con ahínco aprobó la diseminación de la plebe a base de violencia. Los soldados, prepotentes, herían a los ciudadanos que intentaban ayudar. La zona se volvió un espacio de sangrienta lucha en la cual la gente salía herida. El barbado general Fujiwara llegó a la escena, gritando improperios.

- ¡A UN LADO, MALDITOS COBARDES! ¿Cómo se atreven a lastimar a la gente que sólo intenta ayudar?
- ¡No intervenga, General Fujiwara! ¡Estamos tratando de contener el incendio!
- ¡Qué tratando de contener el incendio ni qué mierda! ¡TRAIGAN AGUA PARA APAGARLA, RÁPIDO!
- ¡No se meta, Fujiwara! ¡Si interviene, será considerado un traidor! ¡Déjenos el trabajo!
- ¿Ah, sí? Pues mírame…

Y sin previo aviso, el fornido general le rompió la cara al cobarde Nakaura, provocando con ello un zafarrancho. Soldados contra ciudadanos guiados por el general. La trifulca era un auténtico desastre, pero funcionaba como barricada para impedir que la ayuda llegara a la casa incendiada.

Ryu, saliendo de bañarse, vio ese reflejo rojo por el balcón. Al asomarse, vio el fuego propagarse, la casa de Morio ardía. Todo su

cuerpo se tambaleó al oír los gritos de la trifulca. Con el alma en un hilo y la adrenalina a tope, entró de nuevo a la habitación y, trastabillante, buscó a Senryo, quien se bañaba en pétalos de cerezo, con agua tibia, como toda una diva, totalmente indolente a lo que había hecho, sabiendo que con eso volvería a golpear a su odiado primo. Ver entrar a Ryu le excitó aún más. El Libélula lucía pálido, jadeando, tremendamente alterado.

- Mi señor Senryo… ¿qué sucedió allá afuera? ¡Algo se está quemando!
- Nada, nada, mi amor. Ven, tantos problemas me han corrompido y estoy purificando mi cuerpo. Entra, el agua está tibia y deliciosa. Un baño de pétalos de cerezo es lo mejor para relajarse después de un día de tantas emociones. ¿No crees, Ryu −chan?
- Pero… ¿qué es lo que se quema?
- No sé de qué me hablas, ¡nada se quema! Luego veremos eso. Ahora ven, que esta tarde me dejaste con ganas de más de ti.

Cansado de excusas, se inclinó hacia adelante para besar esas blancas piernas. Su hábil mano halló la entrepierna del joven, acariciándola mientras éste negaba. ¡No estaba para esas cosas! Pero Senryo, que ya se había percatado de su debilidad, lo jaló hacia sí, usando la lengua en las zonas más sensibles de su entrepierna, logrando una erección. Ryu intentaba sujetarse de las columnas, pensando aún en esa casa, en Morio, en la enorme posibilidad de que su familia estuviera muriendo quemada en ese preciso instante, cosa que al otro no le importaba. Tomó el miembro casi duro del Libélula y, usando las doradas agujas con que adornaba su cabello, le pinchó en el glande. El terrible dolor detonó en el Príncipe, quien volteó hacia abajo.

- Hazme caso, Katayama. Eres mío, no de él.

Ryu, como muñeca de porcelana, ladeó el rostro, intentando no caer, no ceder. Debía ser fuerte. Senryo lo lamía, intentaba jalarlo hacia sí, pero no hallaba respuesta. Sólo hallaba tensión y preocupación. Al ver esa resistencia, se puso de pie y lo abofeteó.

- ¡Eres un mentiroso! ¿Aún lo amas, verdad?
- No sé de lo que habla…
- ¡VETE DE AQUÍ DE INMEDIATO! Agh…. ¡Largo! ¡Ya te tomaré cuando termine de bañarme!

A empujones, lo echó para quedarse en el agua, furioso, frustrado, bañándose. ¡Todos lo traicionaban! Primero Yagumo, ahora Katayama. Se hundió en el agua tibia, pensando que sólo tenía que preparar un funeral y en cuatro días él sería el siguiente daimyo. Tenía que pensar bien en sus siguientes maniobras para heredar sin tener que

comparecer ante nadie. Primero que nada, nombraría a Norima su *maho* personal; en segundo, ya con Ryohei como consejero, entre los dos someterían al Libélula a sus deseos. Y en tercera, Yagumo. No sabía qué hacer con él. Lo tenía harto. Todo el tiempo lo reprendía, le decía que hacía mal las cosas, le corregía. Estaba harto de vivir siendo reprendido por ese catrín perfeccionista que ahora amenazaba con ir a contar todo a su maldito amigo "íntimo y personal". Yasakani. Ese amargado de gesto cetrino. Le desagradó desde el primer instante. No hacía mucho que habían recibido su visita, junto con la de su comitiva, los llamados "Cinco Imbatibles": un enorme oso de talla gigantesca, una estúpida grulla de comportamiento grosero, una lancera odiosa que le había parecido peligrosamente familiar, un altanero shugenja de la orden Fénix y una cosita deliciosa con aspecto tierno y aniñado que le había fascinado. Y justo por aquel chico adorable de nombre Ogawa Kamui fue que todo el problema había sucedido.

Senryo salió de sus cavilaciones al ver entrar a Yagumo exaltado y muy molesto.

- Por todos los dioses, Senryo, ¿EN QUÉ ESTÁS PENSANDO?
- ¡Ash, yaaaaaa! ¿Ahora de qué me acusas, carajo?
- ¿YA VISTE LO QUE SE ESTÁ INCENDIANDO?
- ¡No, Yagumo! ¡No sé qué se está incendiando! ¡Estoy tomando un maldito baño porque estoy cansado y dolido por todo este horrible día!
- ¡Asómate y míralo!

Hecho un mar de berrinche, Senryo se cubrió con sedas y se asomó al balcón.

- Oh, por los dioses… ¿Y ahora qué?
- ¡Es la casa de los Asakura! ¿Qué crees que está pasando? ¡SE INCENDIA!
- Pero… ¡yo no sé de eso! Espera… ¿CREES QUE YO FUI? ¿EN SERIO?
- ¡No sé quién fue o qué pasó, pero deberíamos hacer algo! ¡Manda a un grupo a apagar el incendio! ¡Tus tíos y primas están ahí!
- Pero… pero… ¡oh, dioses, están ahí! ¡Ya… Yagumo! ¡Manda a un grupo a apagar eso! ¡Rápido!

Su capacidad de fingir era algo que lo enorgullecía enormemente. Yagumo salió en busca de un grupo de apoyo para apagar el incendio. Pronto, se había enviado ayuda, pero era demasiado tarde. La casa había ardido con extrema rapidez. Y al estar sedados, los padres de Morio había fallecido sofocados y quemados. Desde su balcón, Senryo reía maravillado. ¡Había logrado engañar a todos con ese acto y con

esto, Morio ya no tenía familia!

Ignoraba que la hermana menor ya estaba en el palacio. Y en las habitaciones de Lady Akemi. Pequeña y escurridiza como un *tanuki*, era capaz de colarse sin ser vista. Yoshimi ya la había puesto al día sobre el plan de escape de Lord Ryutaro y la Princesa había avisado a la niña sobre sus palomas enviadas a la Capital.

- Pronto, el señor Hoturi—sama, Gloria y Luz del Imperio, se habrá enterado de esta afrenta. Yoshimi, ¿seguro que podremos salir de aquí?
- Hermanita, me ofendes, ¡Claro que podremos! Asa—chan ya está preparando el camino para los Leones de Hierro mientras yo reúno a… ¿qué pasa, *oneesan*?

Akemi se asomó a su balcón al ver el destello escarlata que iluminaba el cielo negro. Yoshimi corrió a acompañarla, dándose cuenta de lo que pasaba.

- ¡Esa… esa es mi casa! ¡Oh, demonios! ¡Mis padres!
- ¿Están tus padres dentro?
- ¡Por supuesto! ¡Asayi y yo salimos por un pasadizo secreto! Oh, dioses, dioses… ¡DEBO IR A ELLOS…!

La delicada princesa detuvo a la pequeña, que intentaba zafarse con la desesperación de una pequeña fierecilla.

- ¡SUÉLTAME, MIS PADRES!
- ¡Querida, no podemos hacer nada! Si llegas ahí, ¿qué podrías hacer? Los soldados de Senryo se darían cuenta de que estás viva. Podrían sospechar y se arruinaría el plan de tu padre.
- ¡Pero… le dije que volvería! ¡Papá! ¿NO ENTIENDES? ¡MIS PAPÁS ESTÁN SIENDO QUEMADOS VIVOS! ¡VAN A MORIR!

Finalmente, al ver que no podía hacer nada, se arrojó en la cama de la princesa, llorando desconsolada y llena de impotencia. ¿Qué podría hacer ahora? ¿Ya lo sabría Asayi? Akemi decidió ocultar a la niña en su habitación.

- Yoshimi… cuando los soldados revisen la casa, buscarán los cuerpos. No sé qué pasará cuando no hallen el tuyo.
- Ya qué. Ya qué me importa lo que sea… nos han declarado traidores al clan y nos han quemado hasta las cenizas. Dudaba de Senryo, pero esto me deja muy claro hasta dónde está contaminado. Es un maldito bastardo, como dijo Mo—chan…
- Querida, no podemos caernos ahora. Si en verdad esto fue obra de Senryo, ahora más que nunca debemos hacer sonar la voz de tus padres desde la tumba. ¡Tenemos que irnos de aquí y denunciar este regicidio en Nara!
- ¿Y para qué? ¡Mo—chan está preso, los Leones también!

- Ryu—dono, de los Libélula, nos apoya, pequeña. Él vino a mí, me lo dijo. Está fingiendo alianza con Senryo para poder moverse…

Justo en ese momento, el príncipe tocó a la puerta.

- Lady Akemi… ¡abra por favor!

En cuanto le abrieron, el joven blanco se arrojó a los brazos de la pequeña doncella, deshecho.

- ¡La casa… la casa de Mo…! ¡La han..!
- Lo he visto —repuso ella, también deshecha—. La quemaron. Y no sabemos quién haya sido.
- ¡Su familia estaba ahí! ¡Senryo los mandó a arraigo!
- No todos… —se oyó la vocecita de la niña.
- ¡YOSHIMI! Por los dioses, ¡estás viva!
- Pero no sé si Asayi lo esté… es un hecho que nuestros padres ya no. Mi padre había planeado un escape y nos mandó a mi hermana y a mí a organizarlo, para no despertar sospechas —apenas alcanzando a terminar la oración, la chiquilla echó a llorar.
- Yoshimi… daré con el culpable. Te lo prometo.
- ¡Estoy casi segura que fue Senryo! ¿Quién más daría la orden?
- Cuando le pregunté, respondió ambiguo, pero me echó de su lado. Aproveché entonces para venir a veros, Princesa.
- Es terrible… ¿ha visto a Morio? ¿Sabe dónde está?
- Lo he visto. —diciendo eso, bajó la cabeza avergonzado—. Actué terrible ante él. Como una puta, como un interesado. Dios, ¡lo lastimé en serio!
- ¿Por qué hiciste eso, Kawaii—chan?
- Tuve que hacerlo, pequeña. Tengo que convencer a Senryo de que estoy con él. Y para ello, debo ser vil y rastrero. No quiero que me vean actuando a su lado.
- Pero, ¿podemos ver a Morio?
- Justo deseo hacer eso, pero no sé cómo esté la vigilancia en la zona…
- ¡Quiero ir contigo, Kawaii—chan!
- ¡Yoshimi, no! ¡Es muy peligroso para una señorita! —dijo Akemi, soltando sus prejuicios de educación.
- Tal vez para una señorita grulla, *oneesan*; pero las leonas sabemos pelear y yo sé hacerme invisible ante la gente. ¡Por favor, Kawaii! ¡Llévame!

Ryu no quería, pues deseaba disculparse a solas ante Morio, pero la insistencia de la niña era demasiada. Y pensó que quizás si ella le acompañaba y ratificaba sus palabras, él podría perdonarle su acción y volver a confiar en él.

- Está bien. Pero tendrás que ser sigilosa y veloz. ¿Entendido?
- ¡Soy sigilosa y veloz! ¡Confía en mí!

Norima había tomado una decisión. Los aposentos donde había sido designado no eran nada de su agrado. Con demasiada luz, comodidad y lujo para él. No había espacio para trabajar como estaba acostumbrado. Por ende, decidió abandonarlos. Y dado que tenía carta libre para moverse en Palacio, decidió bajar hacia las celdas, las cuales halló mucho más adecuadas.

Cavadas en la roca, creadas con el sistema de una mina, las prisiones de palacio eran una serie de túneles con pocos respiraderos, que bajaban a través de la montaña en niveles. Uno debajo del otro. Conforme descendía, el aire se hacía más denso y difícil de respirar; la oscuridad fue haciendo mella en el brujo, que miraba fascinado a través de ella. Claramente podía ver en las rocas los rostros perdidos de cientos de almas que habían perecido ahí con el devenir del tiempo. Eran fugaces rostros lastimeros, abandonados, almas penando, a quienes Norima acarició con sus gélidas manos. Dejando tras de sí un rastro de cabello negrísimo, el hechicero impío descendió a la oscuridad, jalando con esa cabellera a cada una de esas almas, adhiriéndolas a la misma.

Conforme avanzaba, podía sentir en su cuerpo el intenso poder de cada alma llamándole, susurrándole secretos del clan, hablando con palabras muertas y dándole nuevas habilidades, poderes y fuerza sobrenatural. Esas esencias le hablaron del mejor sitio para torturas en el clan: la Gran Fosa Séptica, un agujero en el fondo de aquellos túneles olvidados donde todos los cuerpos de los desechados caían. El brujo acariciaba el aire, sonriente. Aquel era el sitio perfecto.

Una empalizada de estacas afiladas le dio la bienvenida a un foso profundo, inconmensurable, una depresión rocosa cuyo fondo ya no se alcanzaba a ver. Sin dudarlo, Norima se arrojó hacia él, hallando en su caída que miles de manos muertas brotaban de la roca para ayudarle a descender con gentileza. Cuando por fin tocó fondo, halló el lugar perfecto para él. La sima era un caldo de cuerpos momificados, secos y algunos aún en carne muerta. Cadáveres en descomposición agusanados, olvidados. El hedor era insoportable. Los cráneos se apilaban por todo el orbe. Y a su alrededor podía oír los lamentos de los caídos. Con una amplia sonrisa, comenzó a acondicionar el sitio para ser su nuevo sitio de operaciones.

En la celda, dos de los fieles amantes ocasionales de Senryo se daban

vuelo divirtiéndose con Asakura. Otoya, un jovencillo cínico y sádico con pocas agallas, se daba vuelo. Lo había recostado en un banco horizontal, donde el león había sido atado. El mocosillo, de unos 22 años, se divertía colocando en las fosas nasales del pelirrojo las tripas de un cerdo, las cuales introducía en él lo más profundo posible, con el fin de que éstas sirvieran como una especie de tubo canalizador en el cual vertía agua hirviendo, misma que iba directo a los canales nasales sin filtro alguno. Las quemaduras eran brutales y Morio no podía ni respirar. Ayudado por su hermano, Otoya reía divertido.

- ¡Mira cómo se retuerce, *onii—chan*! ¡Es como un gatote domado!
- ¿Cuándo me dejarás meterle algo? ¡Ya lo tuviste mucho! —protestó el otro con el tono de un niño mimado que desea jugar con un lindo juguete.
- ¡Ahorita, ahorita! ¡Tráeme el vinagre!

El hermano, refunfuñando, obedeció, dirigiéndose hacia donde habían dejado todos los instrumentos para torturar al capitán. Perdido en su diversión, Otoya no notó que su hermano no volvía. Morio no podía ni gritar. Al ver que su compañero no volvía, el mocoso se asomó fuera de la celda.

- Toono… ¿dónde demonios estás? ¡Ya te dije que…!

No terminó la frase. Un par de ojos verdes, demoníacos lo sorprendieron. De las sombras brotaron las garras pálidas del engendro, que rebanaron su cuello, tirándolo después al lado de su hermano. Yoshimi, desde un rincón, observó cómo Ryu hacía una carnicería con ambos hermanos, dejándolos moribundos.

- Kawaii—chan…
- No iba a dejarlos seguir. ¡Deberían haber sufrido más! Pero no tenemos tiempo. ¡Morio!

Corriendo, Ryu entró a la celda, hallando a su capitán reducido a casi nada, tratando de respirar por la boca con debilidad. Ryu lo desató para luego abrazarlo.

- Mi señor, mi vida entera, ¡mi Capitán! ¡Oh, Morio! ¡Perdóname por actuar como lo hice! ¡Perdóname por haber sido tan cruel contigo! ¡Si sólo supieras cómo me odio por haberte hablado así!
- Ryu… —musitó apenas consciente.
- ¡Aquí estoy! ¡Lo siento tanto, mi señor! Te amo… te amo tanto, Morio… no creas nada de lo que dije… ¡tuve que hacer esto para sacarnos de aquí!

La mirada de Asakura era mortecina, débil. No iba a durar mucho. Ryu, con dulzura, besó sus labios, succionando el aire de ellos. Yoshimi vio claramente cómo “algo” brotaba de la boca de su

hermano y pasaba a la de Ryu, quien sintió náuseas inmediatas y corrió a vomitar a un rincón. Quizás Akemi tenía razón y ese sitio era demasiado para ella. Lo que estaba viendo era más de lo que sus ojos podían soportar. Por ello, decidió permanecer en las sombras. Los ojos de Ryu brillaban en ese color verde enfermizo y antinatural. La niña tuvo miedo. ¿Qué clase de cosa era ese príncipe Libélula?

Cuando volvió, ya había regurgitado un par de kilos de materia oscura, hedionda, de color carmesí. Morio se sentía mejor. Sus ojos se pudieron abrir. Podía respirar trabajosamente. Y distinguió a su preciado príncipe, a quien le sonrió con languidez agónica.

- Mi Ryu… sabía que no me traicionarías…
- No podría, aunque quisiera. Fingí estar de su lado para poder ir y venir por el palacio a mi antojo y poder planear un escape. Mira, traigo a alguien que quiere verte…

De las sombras brotó su hermanita menor, asustada y dolida de ver cómo lo habían dejado.

- ¡Mo—chan!
- Yoshimi…

Trató de acariciar su cabecita, pero estaba demasiado débil.

- ¡Mo—chan! ¡Asa—chan y yo estamos planeando el escape de Palacio! ¡Papá nos dijo cómo! ¡Había una habitación abajo, llena de…!
- Armas y comida… sí. Papá siempre temió una invasión o un ataque… ghhh... joder, me duele todo…
- ¡Sí, eso! Pero… Mo…

La niña miró a Ryu. ¿Era prudente decirle que la mansión se había incendiado?

- Ha pasado algo afuera, ¿verdad? —musitó—. Puedo… ghh… puedo sentir algo… no sé qué. Algo sucede…
- Comienzas a tener episodios de empatía espiritual, Mo —le susurró amoroso, besando su cabello, sin importarle que la chiquilla lo viera—. Es el inicio de la comunión con la sangre. No debiste hacerlo, tonto…
- Al carajo… lo volvería a hacer por ti, Katayama. ¿Qué ha sucedido? Siento dolor, oigo gritos desordenados, siento como si algo, desde abajo, quisiera brotar. Como un volcán… como lava ebulliendo… amenazando con brotar…
- No lo sé, Morio… pero también puedo sentirlo. Y temo que sea Norima…
- Mo—chan, ¡debemos escapar! ¡Asa está preparando todo para poder hacerlo! ¡Tenemos que hallar a los Leones de Hierro y ayudarlos a salir!

- ¿Los apresaron?
- Sí. Yo le dije a Ranmaru que los ayudaría a salir. Pero Senryo no me ha dicho dónde están.
- Ni te lo dirá. Senryo no es idiota. Te desea, pero no confía del todo en ti. No dudaría que haya mandado a alguien a seguirte. Yo que tú, vigilaría.
- ¡Yo puedo verificar eso! —dijo la niña, internándose en la sombra y subiendo, para verificar que nadie los siguiera. Tan pronto como se sintieron a solas, ambos se besaron con desesperación.
- Te amo, Katayama…
- Te amo, león. Perdóname… no puedo verte a los ojos después de cómo actué…
- Norima tiene razón: eres un magnífico mentiroso. Me dolió mucho. Me deshizo verte a su lado.
- El único modo en que puedo demostrar mi lealtad es ayudándote a salir y quedándome para calmar a Senryo.
- ¡No pienso dejarte con él! ¡Ni loco!
- No hay de otra. Si huyo contigo, los males nos perseguirán. Akemi tiene razón: debes ir a Nara, a denunciar esto ante el Emperador y pedir que envíen ayuda. Por favor, Morio. No quiero que volvamos a pelear. Me dolió tanto que me gritaras…
- Soy un idiota… mi necedad y celos nos trajeron a esto…
- No. No fuiste tú quien causó esto. Es Norima. Puedo sentirlo. Sus hechizos causaron la muerte del daimyo, de la cual te culpan. Tengo que quedarme aquí o Norima destrozará a Senryo como lo hizo conmigo.
- Pero… si me voy…
- Si te vas me volveré a enterrar en vida y no saldré. Pero te esperaré. Te amo tanto, León…
- Y yo a ti… mi Príncipe maldito… ¿por qué ya no me duele?
- La corrupción de la sangre también puede ayudar, si el portador lo desea. He absorbido parte de tu daño y lo he expulsado en forma de esa bilis tóxica. Sin duda, también podrás hacerlo en algún momento…

Cuando Yoshimi volvió, tras cerciorarse de que nadie les había seguido, se quedó muda al ver al príncipe besando dulcemente los labios de su hermano y a éste acariciándolo con una dulzura extraña y jamás vista en él. Y se quedó muda, al lado de los cadáveres de los nobles que hacía un momento torturaban a Morio. Jamás hubiera imaginado que su hermano mayor pudiera amar a alguien. Ryu se separó de él, acariciando su cabello.

- No sé si pueda volver, mi amado capitán. Pero desde afuera, ayudaré a tu esposa, amigos y hermanas a salir de aquí y luego

volveré para ayudarte a ti también. No merezco que me perdones y aun así lo haces. Te amo, Furia Roja.

- Saldremos de ésta, mi amado. Te lo prometo. Pero justo por eso es necesario que Norima muera. ¿Ahora entiendes por qué hay ciertas personas que no merecen el perdón?
- Tienes razón y lo entiendo. No volveré a flaquear. Acabaremos con él. Debo irme. Y de paso, deshacerme de los cuerpos de los que te torturaban…
- ¡Jooder! ¿Mataste a Otoya y Toono? ¡Te amo!
- Te estaban lastimando…
- ¡Acabas de deshacerte de dos lacritas odiosas del clan! ¡Díselo al rojufu y te los ganarás!
- No bromees con eso.
- No, ¡te lo juro! Dile eso al señor Yoshikawa y verás que te ganas su favor. Ese par le hizo mucho daño a su hija y nunca los castigaron. Tú haz lo que te digo y verás. Y si deseas deshacerte de esos dos, hay una zona de desechos. La llaman La Gran Fosa. Ahí se tiran los cuerpos de los rechazados, los muertos de modo indigno. Pregúntale a Yoshimi, ella te puede indicar dónde es. Esa niña es muy lista. Cuídala, por favor.
- Creo que ella podría cuidarme a mí. Volveré, mi león de Fuego. Lo prometo. Una vez más, te pido perdón.
- Y una vez más te entiendo y perdono. Te amo, Katayama Ryu. *Abayo*.

Haciendo lo que Morio indicó, Ryu tomó los cuerpos de ambos adolescentes y los cargó consigo. Yoshimi, que, en efecto, conocía el camino, guio a Ryu a través de las mismas zonas que Norima transitara no hacía mucho. Los ojos de Ryu brillaban insanamente verdes en la negrura. La niña iba pegada a él, hasta que, llegado un punto, Ryu la detuvo.

- Hasta aquí, mi pequeña. Yo me haré cargo de aquí en adelante.

Sintiendo esencias oscuras, Ryu avanzó. Las voces volvieron a atormentarlo. Como en el Bosque de las Almas perdidas. Lo llamaban. Manos gélidas lo intentaban tocar. Oía lamentos repetidos, ecos de dolor de eras pasadas. Lamentos de dolor de los torturados, los impíos y olvidados. Aterrado, pero firme, arrastró los cuerpos hacia el pasillo. No llegó a la fosa. Los gritos y súplicas hacia él eran demasiado aterradores y repetitivos. Jadeando con la cabeza martillando de dolor, se detuvo.

- Tomen esto…. ¡les dejo compañía! ¡Nuevos amigos para ustedes! ¡Dejen de llamarme!

Diciendo eso, arrojó a Otoya y Toono aún agonizantes a la negrura,

para después salir corriendo, trastabillando, aterrado. Por un instante claramente pudo ver a la chica de la casa de Té. Hirose Mai. Amputada, le sonreía, flotando. Ryu pasó a correr en cuatro patas, como un gato salvaje, perseguido por todas esas almas, que intentaban jalarle a la oscuridad. Pudo ver cómo de las paredes y piso brotaban sus brazos descarnados, dispuestos a jalarlo consigo al dolor eterno. En un par de ocasiones lo atraparon y sujetaron como una marabunta de hormigas, jalando su ropa y carne, llevándose pedazos de ambas. Con fuerza descomunal se los quitaba, dejando rastros de sangre. Uno de los brazos atravesó su tobillo. Yoshimi oyó el grito proveniente de la negrura. Sin dudarlo, tomó una de las antorchas y corrió hacia Ryu. El fuego de su tea apareció como una divina luz ante las esencias, que huyeron al sentir el aura noble de la niña y la luz que la protegía. La chiquilla halló a Ryu rasgado, con el tobillo atravesado y deshecho, sangrando y con la ropa rota. Las almas se habían ido.

- Kawaii—chan… ¿qué pasó?
- N—no deseas saberlo… ayúdame. Salgamos de aquí cuanto antes. Debo volver a las habitaciones antes de que Senryo note mi ausencia…

CAPÍTULO 19

"ÉL NO DEBE REINAR"

Ataviado con sedas doradas, Senryo miraba feliz cómo la casa por fin se consumía y reducía a cenizas. Esperaba a Ryu. Sabía que el delicioso chico iba a venir. En lugar de eso, quien entró fue Yagumo.

- Ya envié a un grupo de gente a apagar el fuego. No queda nada que rescatar; tus tíos y primas murieron. ¿Estás seguro de que no sabías nada del incendio de la Casa Asakura?
- Ash… tú otra vez.
- Una y otra vez, mi señor. Hasta que la muerte nos separe. Os guste o no.
- Eso se puede arreglar, querido Yagumo…
- No me des ideas, Senryo. Te juro que no quiero seguir con este pleito. Hemos ido muy lejos. Espero, por bien de todos, que este incendio haya sido por causa de alguien más.
- ¿Qué más da? ¿Quién podría oponerse a mi autoridad?
- El Rojufu. Mañana hay una antelación a la junta de transición de Poder. Y deberemos estar ahí puntuales a la octava hora. Ellos van a preguntar por esto. Y yo voy a sostener que nada sabemos al respecto. Senryo, te pido del modo más encarecido: DIME LA VERDAD. ¿Tuviste algo que ver en eso o no?
- ¡QUE NO, YAGUMO! ¡QUE NO FUI YO! ¡Toda la vida es lo mismo! ¡Pasa algo malo, culpan a Senryo! ¿Por qué siempre tengo que ser yo el chivo expiatorio?
- Quizás se deba a que, justamente, siempre que se puede, cometéis acciones notoriamente reprobables.
- Limpié la contabilidad del clan…
- ¡Con mi ayuda y a fuerzas! ¡Carajo, me vas a causar un derrame biliar!
- ¡PUES NO FUI YO, DEMONIOS! Yagumo, en serio, si sólo vienes a decirme que soy un fracaso, vete. Estoy cansado de eso, de tus regaños, de que todo sea mi culpa, ¡de todo!
- ¡Y yo de tus berrinches y que me hagas a un lado por esa puta Libélula! Por cierto, ¡qué extraño es no verlo aquí, chupando vuestros pies!
- ¿Celoso de que ya es otro mi perro?
- ¡OH, VETE AL DEMONIO, SENRYO! —Yagumo ya no soportó más. Abofeteó tremendamente al Príncipe y salió de ahí, furioso,

cansado. El jovencito arrojó todo a su alrededor, en una rabieta monumental, para luego caer en el futón deshecho en llanto.

La puerta de la habitación de Tatsumiya se abrió. Kuro, que dormitaba en el futón, el vio entrar furioso y harto.

- ¡Maldito Senryo, es tan necio! ¡Agh, esto no puede estar pasando! ¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer que voy a hacer? ¡Voy a matar a alguien, eso haré! ¡Esto no se va a quedar así, definitivamente no!
- ¿Milord? ¿Qué pasó, logró algo con Lord Senryo?
- ¿Lograr? ¡No! ¡Ese hombre no escucha a nadie, no escucha nada! ¡Está tonto, loco, totalmente fuera de sí!
- Cálmese, *sensei*... yo sé que usted es muy capaz, pero el dolor debe estar enloqueciendo a Nuestro nuevo Amo. ¿Ya comió algo?
- No... ni siquiera tengo apetito.
- Debe comer algo, Milord. Yo tampoco he comido nada por la tensión, así que ya pedí algo de cenar; pero como no conozco mucho sus gustos, pedí lo mismo para los dos... ¿le digo un secreto? —Kuro se acercó a Yagumo, en tono muy confidencial.
- Dime...
- Cuando me siento tenso o antes de dormir, pido unos panes de arroz con canela que tienen forma de espiral... yo los llamo "roles" y no me duermo hasta que no como seis de ellos con un gran tazón de leche... pedí dos raciones: una para usted y una para mí.

Aquel gesto fue un bálsamo para el estresado noble, quien decidió que no era necesario matar a nadie. Al menos, no en ese momento. Se abrazó del calabacito, intentando despejar su mente y no seguir cediendo a la ira.

- Gracias, Kuro—chan…
- No lo agradezca. Soy yo quien debe hacerlo. Me salvó de los calabozos y me permite ayudar a mi capitán desde aquí. Le debo mucho, Milord... le debo la vida. Venga, *sensei*, venga y coma algo. La lechita es buena para estos corajes.

Esta vez, Tatsumiya se dejó llevar. Kuro sirvió los cuencos de leche tibia y sus amados panecillos de canela. Yagumo tomó uno mascándolo con cansancio y sin hambre. Su mente volvía una y otra vez al temor de ser descubiertos, a la casa ardiendo en fuego, a Katayama separándolo de su amado, a Norima y su sombría presencia.

- Sigue pensando en Senryo—sama, sensei... cuénteme, ¿qué está pasando? Yo no sé siquiera cómo moverme.

- Nada... nada, pequeño conejo. Todo estará bien, no te preocupes. Oye, oye, ¿qué modo de comer es ese, como ratón de campo? No debes llenar tu boca de esa forma, no es correcto... debes dar bocados pequeños, y dar 30 mordidas antes de pasarlo.
- Mbocados pfequeñof.... eftá bien, Sfensfei... ¡Ñom! ¿Pero 30 mordidas? ¡Me sentiré como vaca!

Verlo así, tan amable y puro, hizo desistir al libertino de su idea primaria de tomar su inocencia. Menos ahora, que Kurono se ofrecía amable y solícito a calmar su miedo y tensión. Merendaron en pausas, tratando de mantener la calma. Yagumo sabía que era un periodo corto de relajación, pues el *rojufu* lo esperaría al día siguiente para una entrevista previa a la definitiva de evaluación al heredero al trono. Y temía por Senryo y sus brutales ambiciones.

- Kuro—chan... mañana tengo una reunión sumamente importante con los consejeros de nuestro difunto amo Lord Shido—sama. Posiblemente se tocarán temas sensibles respecto al manejo de la política ahora que Lord Senryo asumirá el poder. Deseo que me acompañes como oyente. Es importante que escuches y pongas mucha atención, pues son asuntos que competen al estado. No se hablará de batallas ni de peleas cuerpo a cuerpo. Esto será total y absolutamente burocrático. Pero, tampoco te sorprendas si ves que alguno de ellos pierde la cabeza. Los políticos son gente ambiciosa y corrupta, y más de uno estallará en furia o hará gala de pésimos modales. Tú debes mantenerte ecuánime, flemático y estoico, ¿entendiste?
- ¡Sí, Milord, como usted ordene! ¡Le demostraré que soy digno de ser su alumno, el aprendiz de un hombre tan admirable como usted!
- Oh, Kuro… no. Yo no soy nadie que merezca admiración —diciendo eso, bajó la mirada, sintiéndose sucio—. He hecho cosas terribles de las que no me siento orgulloso, y que, si tú supieras, llegarías a odiarme.
- Yo no soy nadie para juzgarlo, maestro. Venga, duerma, que mañana nos espera una dolorosa jornada, pero como dice nuestro Capi: "Cuanto más oscuro está, es porque ya va a amanecer".
- Tienes un noble juicio, Matsubara—kun. Realmente eres alguien con una nobleza excepcional. Seré curioso, Kurono, ¿qué haces?
- Poniéndome una sabanita por acá. ¡Ni modo que duerma con usted! ¡No sería propio!
- Oh, no digas sandeces, muchacho. Si te quedas ahí, puedes resfriarte. Anda, que hay sitio para hasta cinco personas aquí. Sé

lo que te digo.

- Sí, señor.

El chico se despojó de la ropa y se cambió para dormir. No le era familiar dormir de modo tan holgado. Casi siempre dormía vestido, debido a la vida de soldado. Pero trató de hacer a un lado esa desconfianza y se recostó al lado del refinado joven, que sólo se abrazó de él, tratando de no quebrarse y llorar ahí mismo. Kuro sintió la desesperación del noble, al que le habían pintado como un auténtico villano ladino y en quien descubría a un noble de muchas ambiciones, pero también muchos sentimientos. Tratando de ser conciliador, el pelinegro se volteó para acariciarle sin más deseo que la buena fe de hacerle sentir mejor.

- Kuro—chan... me siento mal. Me siento terriblemente mal...
- Tranquilízate, Yagumo—san... ¿puedo llamarte de modo tan familiar al menos antes de dormir? Sé que es la traición lo que te duele... ser traicionado por un amigo, por quien confiabas...
- No... no es sólo eso. Por primera vez en muchos años, he vuelto a sentir miedo. Lo estoy perdiendo. ¡Todo lo que yo amaba está desapareciendo ante mis propios ojos, se escurre entre mis dedos como arena! Quiero creer que en el fondo sigue ahí… su bondad, su pureza, su nobleza... pero todo se está consumiendo en un terrible mar de odio y avaricia...
- Pero… él te quiere, ¿no?
- Sí... estoy seguro que muy en el fondo aún recuerda cuánto nos queremos. Pero tengo miedo de que para cuando lo recuerde sea demasiado tarde...
- Duerma mejor, Milord. Mañana nos espera otro día muy sombrío, pero yo estoy con usted.
- Querido Kuro—chan, gracias por la buena fe…

La mañana se tiñó de gris. La ciudad estaba confundida y sin noticias. El día anterior había sido tremendamente infeliz. Primero se había notificado del deceso del líder del clan, luego, de la presunta culpabilidad del Héroe de Ikebakuro. Y esa noche, la casa del Capitán había sido reducida a cenizas. Tanto en las altas como en las bajas esferas se hablaba con miedo y superstición de vientos aciagos dirigiéndose al clan. Adivinas, monjes y seres espirituales vaticinaban negros augurios para los días venideros.

En tal clima de inestabilidad e incertidumbre, los nobles del clan se habían reunido a la octava hora en la Sala Principal de Juntas. Tatsumiya debía estar ahí, puntual, sin embargo, cuando abrió los

ojos, se dio cuenta de que faltaban cinco minutos para la hora. No había sido fácil dormir al lado del calabacito, que toda la noche se había movido como poseso. En ese momento, parecía un guiñapo desparramado a lo largo de la cama, con la cabeza en los pies de la cama y los pies en la cabecera, perdido como un bendito. Apresurado y con la tensión volviendo, el remilgoso noble se aseó, peinó y vistió, para luego levantar a su holgazán alumno y arreglarlo para la reunión, a la cual llegaron con prisa… dos minutos tarde. Y varios de los lores miraron ese retardo con muchísimo desprecio.

- Dos minutos tarde, Tatsumiya. Una falta imperdonable para tan excelso y pulcro noble.
- Lamento la demora, Lord Yoshikawa—san, oh, señor de amplia sabiduría y consejero de nuestro finado señor.
- ¿Y ese que te acompaña? ¿Un nuevo juguete?
- Un aprendiz, querrá decir, señor. Matsubara Kurono es un excelente lancero que comienza a tomar clases conmigo sobre política y artes nobles.
- Vaya, al menos sabes mantener el decoro y la discreción —el noble miró con cierta displicencia al calabacito, quien se levantó enardecido para reclamar, pero se detuvo ante un educado ademán de Tatsumiya—. Espero que el muchacho sepa estar "a la altura del puesto".
- Le aseguro, Yoshikawa—san, que lo estará. Más pronto de lo que imagina —inquirió con afilado tono, defendiendo al muchacho, quien se replegó a la retaguardia, haciendo lo que Yagumo le había indicado: ser ciego, sordo y mudo en esa reunión.

Su nuevo maestro tenía razón: los políticos eran aburridos, pesados y burocráticos. Tras un largo y tedioso pase de lista, se comenzó a indagar sobre el motivo principal de la junta: el asesinato del daimyo y la acusación hacia el héroe más querido del clan. Fue justamente Yoshikawa quien hizo hincapié en tal tema.

- Leales familias del Clan del León: Akodo, Matsu, Kitsu... estamos aquí reunidos ante la terrible noticia de que, el día de ayer, nuestro noble señor Hirozawa Shido—sama, "El León Rampante", fue victimado del modo más cobarde posible y se ha inculpado a uno de nuestros más grandes y jóvenes héroes militares: el Capitán Asakura Morio, a quien ayer se privó de su libertad sin un juicio establecido. Tatsumiya—san, ¿por qué no se nos notificó de este acto?
- El acto requería de toda premura ante la posibilidad de que Asakura escapara, ya que las pruebas de su culpabilidad eran irrefutables, Yoshikawa—dono.

- ¡Infundios! —terció uno de los holgados nobles—. ¡Nadie nos avisó de este atropello y queremos saber la verdad! ¿Dónde está Morio?

Aquello hizo subir las voces. En breve, los políticos ya habían formado dos marcados bandos: los que defendían a Morio y los que no. Kurono apretaba los puños al verlos discutir de modo baladí, reiterando una y otra vez situaciones obvias o ya expuestas.

- ¡SILENCIO, SEÑORES! ¡Analizaremos la culpabilidad de Asakura posteriormente! El punto es que nuestro clan ha quedado sin amo, y es necesario que el heredero suba al trono...
- ¿Pero qué heredero, Yoshikawa—san? ¡Toshio es apenas un niño!
- Cierto, y necesitamos un militar de mano de hierro, siempre hemos sido una nación bélica al servicio del Emperador.
- Pero, por otro lado, ¿quién más está como aspirante al trono que sea digno de llevarnos?
- Por ley, tal derecho corresponde al hijo mayor de Su Majestad, el príncipe Senryo…
- ¡Habrase visto! ¡Cómo se nota tu juventud, Tatsumiya! Senryo—san, a pesar de su edad y posición social, NO está apto para llevar las riendas de una nación guerrera como la nuestra.
- Se equivoca. El príncipe ha sido entrenado y educado en la historia bélica y estrategias de nuestro ejército. Conoce cada detalle sobre la política del estado, y está más que capacitado para continuar con la gran tradición de la dinastía de los Leones.
- ¡Senryo—san es un joven hedonista que poco o nada sabe de la guerra en el Imperio! Así como es, intentará convertir este lugar en un palacio de placeres sodomitas como él mismo. ¡No, no es apto!
- Sin importar su opinión personal sobre el príncipe Senryo, debemos considerar el hecho de que no existe otro candidato —espetó Tatsumiya apretando los puños—. El príncipe Toshio es demasiado joven, y el siguiente candidato fue el asesino de nuestro señor. Cualquier otra opción es arriesgada. Por otro lado, destituir al heredero legal podría causar más desestabilidad en nuestras relaciones con los reinos vecinos. Podrían pensar que nos encontramos vulnerables, sin guía.
- Eso me recuerda… —dijo un tercero—. Sería necesario volver a estrechar lazos con el clan Halcón. Debemos recordar que el Shogun del Imperio, el Gran General Yasakani, vino a visitarnos hace poco y debemos mostrar respeto a su clan…
- … en cuyo caso, yo propondría que una avanzada de nuestros leones hiciera una comitiva de protocolo.
- Podríamos pensar una comisión para pensar qué tipo de regalos

llevar…

Yoshikawa salió un momento del salón y al hacerlo, sin más, la reunión comenzó a divergir y cambiar. A hablar de temas ajenos, a pensar en soluciones torpes a problemas inexistentes y a debatir entre la creación de comisiones para analizar comisiones. Yagumo lucía claramente decepcionado, y Kurono, hincado, comenzaba a dormitar por el aburrimiento, cuando Lord Yoshikawa entró de nuevo al salón.

- ¿Y bien? ¿Ya se decidió quien será el nuevo daimyo del clan?
- Me temo que no, Yoshikawa San... parece que otros asuntos de estado han ocupado un lugar más relevante en nuestra agenda. —dijo Yagumo, bostezando cínicamente.
- Tatsumiya, acompáñame, por favor. El Comité de los Cinco Leones desea hablar contigo en privado.
- Será un honor, Yoshikawa—San.

Tatsumiya no sabía bajar la cabeza. A pesar del miedo y nerviosismo que entró en él al escuchar la noticia, no se amilanó y con elegancia, se dirigió a la puerta del salón del Rojufu, donde los Cinco Leones esperaban en las sombras, sentados en *seizâ* e iluminados por leves tonos rojizos y anaranjados. La sala era oscura, como un escenario de teatro *Nôh*. Tatsumiya entró y con suma humildad se hincó en la misma postura, bajando la mirada en reverente *dogeza,* como correspondía a tal situación. Kurono tuvo que esperar afuera. Los nobles le habían prohibido la entrada.

Cinco siluetas lo esperaban, inmóviles, cual armaduras samurái. Sus voces, viejas y cascadas, parecían ecos salidos de otras eras.

- Ah, Tatsumiya—kun... el joven cachorro de colmillos afilados. Has crecido mucho —dijo una voz cascada, añeja, con el peso de muchos años encima. Tatsumiya ni siquiera se movió, sólo respondió sin levantar la mirada.
- Agradezco infinitamente el honor de estar ante vuestra presencia, mis señores.
- ¡Silencio! Sabemos lo que ha pasado en este lugar. La casa de los belicosos leones se ha teñido de sangre y felonía. Nuestro señor ha muerto por un traidor y necesitamos un nuevo guía. Dinos, Tatsumiya... ¿qué debería hacer el Clan?
- Mi señor... debemos decidir lo mejor para el reino...
- ¿Y qué es lo mejor para el reino, cachorro? —espetó otra voz, añeja y sibilante—. Senryo—san es el heredero directo, pero es un joven libertino y degenerado que desconoce la autoridad de los políticos y de Los Cinco Leones. ¡No nos notificó del juicio de ayer y eso nos tiene MUY molestos!
- Entiendo vuestro enojo, mi señor. Sin embargo, el Príncipe

actuó de la forma que consideró más prudente, en vista de la terrible situación. Tomó esa decisión para evitar que el traidor escapara y el crimen quedara sin castigo. Os ruego disculpen su imprudencia, sin embargo, os aseguro que fue la justicia quien guio a su corazón.

- Senryo siempre ha odiado a Asakura, quien es el segundo aspirante a ser *daimyo* de este clan, joven cachorro... un privilegio al que, por tu ascendencia indirecta, a pesar de ser heroica, no puedes acceder. Sin embargo, esto nos tiene consternados. El hijo de Lord Hirozawa siempre ha demostrado una enorme apatía por la guerra y un constante y directo odio hacia sus políticos y consejeros. ¡No podemos confiar en él!
- Sin embargo —terció otro—, sabemos que tú eres su consejero y guardián... tú eres juicioso, joven cachorro. Dile que, o nos da el lugar que merecemos como sus albaceas y consejeros, o simplemente lo desconoceremos como heredero al trono.
- Así se hará. ¡Oh, sabios Leones!, el príncipe Senryo será instruido y vuestro consejo presidirá sus acciones.
- Sin embargo, y de no ser así, Senryo será echado del clan y borrado de la historia del mismo... pero perderte a ti sería una lástima, Tatsumiya... entrenado por Yamashita, compañero de estudios y amigo del Shogun Yasakani—sama, has corregido lo posible al Príncipe, por lo que, si él se niega a reconocernos como sus superiores, Toshio—kun será quien ocupe el trono y tú, por supuesto, serás su consejero. ¿Está claro?
- Así se hará, mis señores. Por mi honor os juro que el príncipe actuará con juicio y respeto a la larga tradición de nuestro clan.
- Retírate entonces, cachorro.

No hubo más palabras. Las cinco siluetas quedaron inmóviles y las teatrales luces rojas se apagaron, dejando en silencio y oscuridad al ambicioso noble, quien salió de esa sala con la piel pálida, disimulando el miedo y buscando a Kurono para irse de ahí. Era momento de pensar en los funerales de Lord Shido y los nobles ya estaban planeando todo. Antes de irse, Yoshikawa espetó.

- ¿Qué sabemos del incendio de anoche en la casa Asakura?
- Estuve ahí, Lord Yoshikawa. Seguimos sin explicarnos las causas.
- Yo tengo mis propias ideas al respecto… —dijo el suspicaz noble, con la idea casi certera de que el siniestro había sido obra de ambos intrigantes—. Más vale que lo sepamos pronto. De preferencia, antes de la toma de protesta del nuevo Daimyo.
- Tengo presente eso, señor. Lo averiguaré…

Al salir, Yagumo se preguntaba sinceramente si en verdad debía ir a

avisarle a Senryo de esta reunión a la cual él también debió asistir. ¿En verdad quería asistir otra vez al odioso espectáculo de su amado teniendo sexo con el cínico traidorcillo de los Libélula? ¿Realmente deseaba ser partícipe de otro cansino e innecesario regaño al cual Senryo haría caso omiso? ¿Era necesario? Pensándolo sabiamente, quedar como consejero oficial de Toshio no era mala idea. Era un niño inocente, sería fácil de manipular y él se convertiría en el verdadero poder del Clan León. Era perfecto.

Pero, maldito era su corazón, lo amaba. Y no podía soportar la idea de verlo reducido a la miseria. Así que, con todo y lo que detestaba la idea de lo que estaba por suceder, se dirigió de nuevo a su habitación.

En la cama, siendo la onceava hora, y con toda la habitación envuelta en sombras, Senryo despertó entre sedas, botellas de sake y lágrimas secas, sintiendo una boca enfundando su miembro con devota gula. Torpe, adormilado, bajó la mirada, para toparse con la boca del Príncipe Libélula adorándole, chupando con suma suavidad. Él sabía cómo tratar sus penas de princesa. Deseaba y anhelaba ser el centro de atención del mundo. Al sentir esa boca, con un lujurioso jadeo, levantó la pierna para acariciar con ella la espalda de Ryu, cubierta a propósito. Enigmático, siempre con actitud de esclavo sexual, con esas correas de cuero estrujando su cuerpo con dolorosa saña, con esos brazaletes que jamás se quitaba. ¿Qué ocultaba ese cuerpo delicioso?

Y Ryu, dejando salir su instinto, trataba de no pensar en la más que obvia comparación entre este jovencito frágil y suave y el animal viril que era su perverso Capitán. Lo extrañaba, lo necesitaba. Morio le llenaba de todo, de adrenalina, de poder, de éxtasis al solo roce. Senryo era dulce, erótico, pero no tenía ese toque brutal, no propinaba dolor. Y ya estaba muy maleado para el sexo normal. Por ello, chupaba con desesperación, tratando de hallar en él al otro, tratando de prender el fuego sádico que sólo el pelirrojo encendía con él a base de un trato rudo. Senryo, fascinado, despertaba gradualmente, embistiendo su boca, gimiendo fascinado. El Libélula, ajeno y entregado al mismo tiempo, clavaba sus negras uñas en su cadera, pensando en la de Morio. Chupaba para no hablar y no decir su nombre, para no gemir pidiendo la ruda tortura de los dientes y las caricias brutas de Morio. Y para no dejar a Senryo razonar, introdujo en él sus dedos. El príncipe León lanzó un gemido de puro placer, tomado por sorpresa.

- ¡Oh, Ryu! ¡Mi Ryu! ¡Oh, sí! ¡Te perdono el incidente de anoche!

El aludido no respondía, sólo succionaba y usaba sus dedos con la habilidad aprendida de Norima. Sonriendo, bajó a través de esa erección hacia los testículos, para meterlos en su boca y mantenerlos

ahí, usando la lengua al par que sus dedos seguían la deliciosa tortura de entrar y salir usando la saliva y los fluidos como lubricante. Senryo gritó desesperado, impresionado, sintiendo el cuerpo en un paroxismo de placer. Y al Príncipe no le bastó. Con gula, pensando en ese león de melena roja y perverso carácter le abrió ambas piernas para hundir en él su lengua. El Príncipe gritaba sin control, sin vergüenza. Con la mano jalaba a Ryu y le obligaba a ahogarse con su cuerpo, mientras que éste, disoluto y fascinado, metía en él su lengua, sintiendo su rostro empaparse y su respiración perderse. Bramando adicto, el ojiverde llevó la yema de su dedo al glande brillante de su compañero, que casi lloraba de placer, retorciéndose. Al verlo lloriquear así, metió los 4 dedos en Senryo, levantándose, tomando el control como pocas veces lo hacía, gimiendo también.

- Oh, ¡te gusta, te gusta! ¡Sucio, delicioso, intrigante y maldito caprichoso! ¡Ahhhh, adoro oírte gritar, Senryo! ¡Pero no me has dicho qué pasó anoche!
- ¡AHHHH, YO… AHHHHH…! ¡La… casa… de Morio… Ahhhhh! ¡Sí, ardió hasta caer! ¡Ahhhhhh! ¡Pero ya le dije a Yagumo que no sé nada de eso!

Oír eso y ver la malsana sonrisa de Senryo detuvo a Ryu en seco.

- Senryo—sama… ¿qué acaba de decirme?
- — ¡NO PARES, NO PARES, SIGUE, RYU! ¡Dioses, te amo…te… Ahhhh! ¡Eres el mejor amante que he tenido!

Consternado, furioso, Ryu metió el puño entero en el príncipe sodomita.

- ¿ESTÁN MUERTOS? ¿Los señores Asakura murieron?
- ¡QUÉ IMPORTA! ¡Uaaaaahhh! Jódeme, Ryu, ¡dame más duro! ¡Ohhh, me metes casi el puño!

La respuesta de Ryu fue seca, severa. Sin embargo, Senryo no se percató de ello. Se corrió a chorros al sentir la última embestida de la mano del Libélula, que estaba devastado. Entonces, era un hecho que los padres de Morio habían muerto. Y había sido Senryo. Podía haber mentido verbalmente, pero las reacciones de su cuerpo lo habían delatado. Jadeando cansado, miró al delicado León sonreír extasiado.

- Terminaré con Yagumo… ahhhh… ya no lo necesito para nada ahora que te tengo a ti.
- Vivo para servirte, Lord Senryo… —respondió apagado, en total shock, sintiendo en el fondo la culpa de toda esa situación.

Ante sus ojos, el joven había enloquecido de deseo por él. Morio no iba a perdonar tal crimen. Cuando Tatsumiya tocó la puerta, Ryu estaba en la cama, sentado sin moverse. Fue Senryo, satisfecho y cínico, quien abrió.

- Oh, no. ¡Yo ya era feliz!
- Todos lo éramos hasta que llegó ese intruso, mi señor. Yo tampoco quería venir, pero, en efecto, debo hablar con vos. Sí, es necesario. No, no es pregunta, no está sujeto a negociaciones y no acepto un "no" por respuesta. Vístete, saca al intruso y siéntate porque esto es serio. Y no, no me interesan tus dolores de niño rico. Kuro, querido, hazme un favor: llévate a este infame entrometido a otra habitación y retenlo ahí.

El modo tan tajante en que entró hizo que los tres se quedaran impactados. Senryo, con los ojos bien abiertos, apenas y balbuceó con el orgasmo aún a flor de piel; Kurono no pudo negarse y tomó a Ryu de la mano para llevárselo de ahí. Este último, con la noticia que acababa de recibir, se dejó llevar, dócil e impresionado.

Una vez a solas, Yagumo volvió al ataque.

- Escúchame bien porque sólo lo diré una vez: hoy fui llamado a una importante reunión ante los grandes políticos de la Nación León... están MUY enojados por lo que hiciste ayer con Asakura.
- ¡Huy, los grandes políticos... tiemblo de miedo! ¿Les dijiste que era para que ese traidor no se nos escapara?
- ¡Claro que sí, pero ni yo me tragué ese cuento! Senryo, si deseas en verdad acceder al trono del Clan, TIENES que darles su lugar, consultarlos y, literalmente, hacerles la corte para que obtengas su favor.
- ¡Yo no tengo por qué andar mendigando su favor, Yagumo!¡Soy el heredero al trono y pronto seré el gran Daimyo, les guste o no!
- ¡No es tan fácil! ¡El Comité de los Cinco está más que enfadado contigo! ¡Si ellos lo deciden, te borrarán del mapa, nunca habrás existido! ¡Y la verdad, no hemos llegado hasta aquí para perderlo todo por soberbia estúpida!
- ¡Ay, por los dioses! ¡No le temo a esos viejos secos del *Rojufu*! Si lo que quieren es que les haga la barba, lo haré, no me importa en lo mínimo lo que opinen o dejen de opinar. Sólo son un hato de ancianos decrépitos. Les daré por su lado y asunto arreglado. ¿Eso era todo?
- ¡No, no es todo, Senryo! ¡Déjate de estupideces! ¡El Comité no es un "hatajo de ancianos"! ¡Son los Grandes Héroes León, los que nos han salvado de las guerras! ¡No se trata de "hacerles la barba", sino de tomarlos en cuenta realmente!
- Escúchame bien, Tatsumiya: no los necesito. Ni a ellos, NI A TI.

Con total displicencia, le dio la espalda a Yagumo. Aquello detonó de nuevo la furia del león, que lo jaló violentamente hacia sí,

abofeteándolo nuevamente, esta vez, para dejarle la mejilla hinchada y la nariz sangrando.

- ¡Ven acá, mocoso mimado! ¡YA ME HARTÉ DE TU SOBERBIA Y DE QUE ME HAGAS COMO TU TRAPO! ¡Vas a sentarte y a oírme! He hablado MUY bien de ti ante la Corte, pero lo cierto es que con tu actitud no me ayudas NADA. ¡Desde que viste a ese estúpido de Katayama perdiste el control y actúas del modo más indolente que jamás te he visto! ¡Estoy harto de que me humilles y me trates como a tu esclavo! ¿LO OYES? ¡HARTO!
- ¿Tú estás harto? ¿TÚ ESTÁS HARTO? ¿Y YO QUÉ? ¿Crees que no me he cansado de tu actitud de celos ridículos, de tus estúpidos reclamos, de que no dejes de repetirme lo mal que estoy? Estás actuando exactamente igual a mi padre, y francamente no tengo por qué aguantarte más. ¡Ahí está tu lancero! ¡Ve, revuélcate con él, a mí no me importa un comino lo que hagas! ¡Resultaste igual que todos! ¡ERES IGUAL A TODOS!

  Las lágrimas asomaron a los ojos de Senryo, quien cayó en el piso, sentado, llorando.

- ¿Igual a todos? ¿YO? ¡Si fuera como todos no estaría aquí contigo, advirtiéndote! Si fuera la rata que dices que soy, ahora mismo estarías fuera del clan... ¿y sabes por qué?

  El más joven no respondió, sólo miró hacia otro lado.

- El Comité de los Cinco NO te quiere como daimyo de estas tierras, no te respeta. Y me han dado el ultimátum: si tu no reaccionas convenientemente, simplemente te borrarán de la Historia del Clan, jamás habrás existido. Pero yo seré el mecenas y protector de Toshio, a quien pondrán en tu lugar y a mí como su consejero. Dime, de ser lo que dices, ¿te estaría diciendo esto?

  Nuevamente, Senryo se hundió en silencio y furia, como un niño regañado.

- No es mi cabeza la que pende de un hilo, sino la tuya. Y aun así, a pesar que me has ignorado, humillado y sobajado, vengo a ti y trato de ayudarte nuevamente. Pero mi paciencia tiene un límite, y estoy llegando a él. Te amo, Senryo, y siempre ha sido toda mi vida el verte feliz... he renunciado a mi mundo, a mis amigos, a mis sueños para que sean NUESTROS sueños. Sin embargo, tú solo te has dedicado a dejarte amar, sin pensar en lo

que yo deseo... ¿crees que no me hubiera gustado ser un héroe de guerra como Morio?

Más silencio. Senryo ya miraba hacia la nada, pensando "¡Que se calle!".

- No me importó dejar ese sueño por ti, por verte instalado como la Luz del Clan, como el Gran Daimyo que llevará a este sitio de guerra a una era de paz y verdad. ¡Pero, carajo, no me ayudas! ¡NO PUEDO CARGARTE! Estamos juntos en esto, ¡no te cuelgues de mí!

Y Senryo, mudo, simplemente se hundió más en sí mismo, sintiendo que todo el placer de hacía un rato había resultado en vano.

- Entonces, ¿me escucharás, mi amor?

Dulcificando su tono, el ambicioso noble levantó la barbilla del Príncipe, que no dejaba de llorar.

- Yo... yo... lo haré... con una condición...
- ¡No estás en posición de pedir condiciones! ¡Es TU bien, no el mío! Si no te gusta, adelante. Dímelo y en este instante informaré al Comité que no deseas ser daimyo y que te envíen a algún lugar tranquilo donde vivas en paz sin volver a saber del clan. Yo me encargare de Toshio y de llevar este sitio.

Oír eso fue una punzada para Senryo, quien levantó la mirada imaginando el resultado: Yagumo, como consejero, manipularía a su antojo al niño, siendo él quien gobernara el clan. Así que ese era su plan. No, no se la iba a dejar así de fácil. Lánguido, se levantó y acomodándose las sábanas a modo de ropaje, bajó la mirada, fingiendo humildad.

- Está bien... tú ganas... haré lo que me pides. –"Por ahora", pensó para sus adentros.
- ¡Eso es, mi vida! Perdón por pegarte, soy un maldito, pero es que cuando te pones así, hay que gritarte para que te tranquilices...
- Lo sé... no te preocupes...
- Han sido días difíciles para todos. Pero estamos por terminar con esto. Hay que eliminar a Asakura y sus hombres de modo definitivo para que no quede ningún opositor a tu gobierno.
- Está bien. Lo haré desaparecer y con ello, nadie se interpondrá en nuestro camino

- Estoy pensando que un gesto que te volvería misericordioso ante los ojos del populacho y los cortesanos, será que, en lugar de vengarte, seas benévolo con Asakura y tanto a él como a sus hombres les ofrezcas hacerse el *seppukku*.
- ¿Qué? Pero ellos no van a aceptar.
- Ellos ya eligieron morir, y créeme, preferirán el suicidio de honor y caer como guerreros a hacerlo como viles traidores ahorcados. Devolverles el honor hará que los Cinco te den su visto bueno.
- Tienes razón. Lo haremos así.
- Pero, ¡por favor! ¡No vayas a provocar a Morio a los calabozos! ¡Ya está derrotado moralmente y si lo sigues molestando, lo harás perder los estribos! Aprovecha que está destrozado.
- Muy bien, como digas…

En otra habitación, Kurono resguardaba al Libélula que, enredado en sábanas, trataba de evitar la insidiosa mirada del lancero, que le taladraba con ella. Nadie decía nada. El ambiente era tenso, pesado. Ryu sentía claramente el desprecio en la mirada del calabacito, que le culpaba de todo lo acontecido. Tras largo rato, fue Kuro quien rompió el silencio.

- Y bien… ¿feliz?
- ¿Feliz por qué? —inquirió huidizo, encogiéndose en sí mismo.
- Logró lo que quería, ¿no? Colarse en el poder León y abrirse paso. Usó al capitán para meterse y ahora ya se metió en las sábanas de Lord Senryo… literalmente.

Ryu no respondió. Sólo se encogió en sí mismo, rumiando para sí cosas ininteligibles. Se sentía como una bestia acorralada. Fuera de Morio, nadie le parecía 100% confiable y Senryo era un refugio temporal donde no había necesidad de hablar mientras el sexo predominara.

- ¿Es que no vas a responderme, perro Libélula?

Ryu negó, mirándole muy fijo, con expresión ausente. Volvió a hacerse ovillo con las sábanas, en espera de que Senryo le llamara de nuevo para ser la puta complaciente que sabía ser con él. Kurono se desesperaba. Poniéndose de pie, intentó jalar su cabello. Ryu reaccionó de inmediato, siseando y dando un manotazo que no tenía nada de empírico ni bestial. Era toda una buena maniobra de defensa en combate.

- ¡Culo! ¿Sabes combatir?
- Sé hacer muchas cosas que no debería. No me mires, no me

hables. Y si puedes, aléjate de mí.

- Debiste decirle eso a mi Capitán en su momento. ¿Por qué no lo hiciste?
- No lo entenderías…
- Ponme a prueba…

Al ver que las cosas no iban por buen camino, Ryu se incorporó un poco. En el centro había un poco de té. Tomó la jarra y con una elegancia que ni él recordaba poder tener, vertió dos tazas, una para Kurono y una para él.

- No sabes lo que soy, Matsubara. Lo que llevo dentro.
- No, pero lo imagino. Sé la historia. El Capi nos la dijo: "Llegó en la última noche del verano. Caía una tormenta como hacía mucho no se veía en Asahina". Llegaste muriendo, desnutrido, torturado, descarnado, ciego y con quemaduras. Y dice que te recuperaste con suma rapidez. He oído cosas, Katayama. Hablan mucho sobre ti y tus habilidades portentosas. ¿Qué eres? ¿Qué llevas dentro?
- Ni yo lo sé con exactitud —dijo sincero, soltando un suspiro—. Ni Norima ni mi padre me han dicho qué clase de criatura soy. Pero veo que traigo la ruina a quien se me acerca. Temo ser yo el artífice de toda esta desgracia…
- ¿A quién más culparemos? ¿A ellos?

Ryu bajó la cabeza. Las hirientes palabras de Norima volvieron a su mente: "No eres para ese mundo. Tu deformidad, tu espantosa maldición, son ruina, peste y dolor. Aquí estás a salvo. Aquí no lastimarás al mundo ni el mundo a ti. Yo te cuido del mal. Yo te protejo del mal". Todo era cierto. Su presencia en ese clan estaba empañando su prosperidad. No llevaba ni una semana ahí y el daimyo ya había muerto mientras que Senryo ya estaba enloqueciendo.

- No… no. Es… es lógico que sea mi culpa —dijo mirando sus manos—. Yo soy el que lleva la ruina dondequiera que vaya. Siempre me lo han dicho. Arruino todo, destrozo vidas, tuerzo destinos. No sé qué soy… pero soy funesto. Sin embargo, no quiero alejarme de Morio. Sé que es egoísta… ¡pero ha sido tan bueno conmigo! Él me ha tratado bien, me ha curado y cuidado. Me ha dado la oportunidad de vivir y, quizás, desquitarme de lo que me han hecho… pero no quiero que sea a este precio. No a costa de su hogar… ¿qué debería hacer, Matsubara? ¿Alguna vez has querido a alguien tanto que, si te separaras de esa persona, morirías en vida?
- No… quizás los leones, pero… no creo…
- No entenderías entonces mi devoción por él. Lo necesito a toda costa y a todo costo a mi lado…

- ¿Y entonces por qué lo traicionaste y te le resbalaste al amaneradito de Senryo? ¡Lo que dices no tiene ninguna lógica! ¡Si yo quiero a alguien, mi lealtad está con esa persona tope lo que tope y si morimos, morimos todos! Bueno, eso hacemos en los Leones de Hierro…
- Me muevo a mi manera para salvarlo. Quizás no la entiendas, pero este es el mejor modo para mí de poder sacarlo de prisión. Y a tus amigos.
- ¿Dándole duro al "eso me gusta y eso me das" con Lord Berrinches?
- Ganándome su confianza para poder moverme a través del Palacio sin límites y con salvoconductos ilimitados. Si él cree en mí, podré acceder a donde los demás no.
- Me queda clara tu putería. Pero no creo que al Capi le agrade.

Ryu frunció el ceño al oír cómo se refería Kurono hacia él. Pero no protestó. Le habían dicho cosas peores. Y ahora, su único objetivo era sacar a Morio antes de que lo ejecutaran. Porque era seguro que Senryo y Yagumo no iban a dejarlo vivo para una rebelión. En ese momento, la puertecilla se abrió. Una joven de peinado alto y kimono verde entró.

- ¿Matsubara—kun? ¿Estás aquí?
- Yo mero. ¿Para qué soy bueno, Milady?
- ¿No me reconoces? Soy Matsu Midori, de la familia de los leones del sur.
- No, pos no topo. Pero mucho gusto, señora.
- Ejem… uno de tus amigos es mi novio… ¿no? ¿nada?
- No, pos no, señora, pero es un gusto…

En ese momento, la chica miró hacia Ryu y cortó su palabrería.

- ¿Este es el señor Libélula que traicionó al capitán Asakura?
- Jm… no creo que deba explicar eso a una simple cortesana…
- ¡Cuide su lenguaje! ¡Soy hija de nobles de este clan! Matsubara, ¿Podemos hablar?
- Sí, claro, dígame.
- Me… me refiero a si podemos hablar en privado —la joven miró hacia Ryu, quien no le inspiraba nada de confianza.
- ¡Ahhhhh, en privado! Sí…

Y el calabacito se quedó ahí, sentado. Ryu movió la cabeza.

- Ehem… Kuro—kun… creo que se refiere a que yo sobro aquí. Pero no puedo salir. Es tu pie para que ambos pasen a otra habitación y hablen donde yo no pueda oírlos.
- ¡No, hombre! ¡Si me paso a otra habitación, capaz que te vas y me encargaron vigilarte!

- Ay, en verdad eres una calabaza… Lady Midori, puede hablar con confianza. Soy leal al capitán Asakura.

La joven lo miró con exceso de desconfianza y luego al calabacito.

- ¿Es eso cierto?
- Pues eso está diciendo. ¡Aunque no me fío del todo!
- ¡No tengo mucho tiempo, Matsubara—kun! ¡Necesito saber qué pasó con los Leones de Hierro, en especial con Ishii Kozue!
- ¡Ahhhh, ya sé quién eres! ¡Eres la novia de Kozue! Espera… un momento… ¡Y también eres la encargada de archivos de la Biblioteca del Clan! ¿verdad?
- Vaya, por fin me reconocéis. En efecto, soy ella. ¿Qué sabéis de Kozue? ¿Está bien? ¿Será castigado?
- No lo sabemos aún, Milady. Lord Tatsumiya y yo estamos intentando que los insulten…
- Querrás decir "indulten".
- Eso mero. Pero seguimos sin saber cuál será la decisión y veredicto de Lord Senryo. Hoy acompañé a Tatsumiya—sensei a una reunión aburridísima con los nobles del Clan. Están muy enojados por lo que hizo, eso de enjuiciarlo y encerrarlo sin pruebas ni consultas. Entonces se teme que no lo dejen subir al trono… Quizás no lo dejen ascender…
- Esas son excelentes noticias. Aun así, ¡necesito saber que Kozue está bien!
- Ahora que lo recuerdo… Tanehiro dijo algo sobre usted, pero… luego se lo digo. Por el momento, sería bueno saber dónde tienen a los Leones para saber que están bien.
- ¿Tú podrías averiguarlo?
- A ver si puedo. Lord Tatsumiya es algo demandante, luego quiere que esté pegado a él todo el tiempo, como goma.
- Yo puedo averiguarlo —dijo Ryu, consternado—. Senryo se ha abierto mucho a mí.
- Sí. De piernas.
- Di lo que gustes. Ha funcionado, Calabaza. Y va a funcionar más cuando ponga en acción las técnicas que conozco. Yo también deseo saber dónde los tiene. Y les diré más: Lady Akemi y yo estamos planeando un modo de ayudarles a escapar. Con ayuda de la hermana menor del Capitán, Yoshimi.
- ¿Yoshimi está viva?
- ¡Ajá! ¿Acaso te importa, Calabaza?
- ¡Ah! ¿Eh? Ihhhhh…. Ohhhh…. Uuuu… bueno… ¡no tanto, no tanto! S—sólo que dicen que pasó algo ayer en casa del capi…
- Sí. La quemaron —respondió con gesto sombrío—. Y estoy casi seguro de que fue Senryo…
- ¿Lord Senryo mandó quemar la casa de Asakura? ¡Su familia

estaba dentro!

- No lo ha confesado, pero sus gestos, Lady Midori… sus gestos me dijeron mucho…
- ¡Eso es horrible! ¡Tenemos que denunciarlo!
- No tenemos pruebas de nada. Un presentimiento mío no es garantía de nada. Y aún temo que mi maldito médico personal haga algo antes de los funerales de Lord Shido…
- Los funerales comenzarán a prepararse mañana en la mañana. Lo he oído. Piensan llamar al señor Tetsuyama, del templo Kitsu, para que purifique el cuerpo y evite que el *Kegare* se expanda por el palacio.
- *Kegare*… sé lo que es eso… —susurró Ryu—. Cuando un cuerpo muere sin haber sido purificado, su esencia corrompe el sitio donde falleció. Y se extiende como una nata negra que corroe y contamina su alrededor… Vengo de un sitio lleno de esa maldita inmundicia. No quiero que este clan acabe como el mío. Tenemos que evitarlo. Y el mejor modo de hacerlo es liberar a Morio y los Leones, antes de que Norima haga algo. Por cierto, hace tiempo que no lo veo…
- ¿Quién es Norima? ¿El brujo Libélula?
- Así es. Ese maldito me hizo lo que soy. Y ahora que lo pienso… no es mi culpa lo que pasa. ¡Es suya! ¡Él comenzó todo esto! Tenemos que detenerlo antes de que…
- ¡RYU! ¡KATAYAMA RYU! ¿Dónde estás?

La voz de Senryo se oyó. Midori decidió salir de ahí para evitar que sospecharan de ellos como conspiradores. Pero se llevó consigo las palabras de ambos. Ya después hablaría con Kurono sobre aquello que Tanehiro requería.

CAPÍTULO 20

EL REY HA MUERTO…

El duelo había comenzado. El palacio y la ciudad se vistieron con banderines y papeles votivos blancos. La gente quemaba incienso al par que rezaba por la gloria de su finado señor. El ambiente de incertidumbre se había apoderado de toda la capital León. Nadie podía creer lo que se decía. Asakura era un héroe del clan, un muchacho amado y admirado. Muchos de los ciudadanos rumoraban sobre intrigas y trampas puestas al joven. Varios de los jóvenes de la ciudad incluso pensaban hacer una protesta y presentarse en palacio para abogar por su vida.

Y en medio de ese caos de rumores e incertidumbre, una mujer con el rostro cubierto pasaba por las calles. Lady Asayi. Sobreviviente del incendio, ocultaba su identidad para evitar ser descubierta, al tiempo que contactaba con familiares y amigos para pedir monturas que pudieran ser usadas por los hombres de su hermano. En el Palacio, Yoshimi se escabullía como ratón en la cocina y las armerías para hacerse de equipo, a la par que Ryu mantenía a Senryo en su cama, drogándolo con sus impías caricias, distrayéndole de todo.

Aprovechando el clima de indecisión y dolor, y que Tatsumiya estaba junto con los nobles preparando los funerales, Kurono se coló en la gran Biblioteca del Palacio, donde solicitó a Midori los documentos que días atrás mencionara Tanehiro: pergaminos y escritos que hablaran sobre personas con ojos de extraño color y habilidades sobrehumanas. Midori llevó al muchacho a una de las zonas de la enorme Biblioteca, donde se habían almacenado rollos de considerable antigüedad. Al calabacito no le entraba la lectura ni la investigación, pero en esos momentos no había tiempo para actuar de modo remilgoso; por ello, comenzó a buscar y a buscar en ellos, pasando horas investigando hasta hallar un pergamino con un sello dorado. Un escrito de hacía no muchas décadas, que leía claramente en su sello "*Escrito sobre los portadores de la Rabia de Izanami. Copia del original de*

Yamabushi, escrito en la Primera Era". Curioso, comenzó su lectura, hallando por fin los datos que tanto buscaban.

Todo parecía concordar. En cada era de Heian parecía haber dos superdotados dispersos en el Imperio. Dos personas que cargaban una maldición, misma que conllevaba a una vida miserable y desdichada. Un poder inconmensurable que llevaba la ruina doquiera que iban, pero que, al mismo tiempo, se convertía en una inagotable fuente de armas para las guerras más sangrientas, las epidemias más mortales o las masacres más innombrables. Llamaban "Giri" a la portadora de la primera era. Una muchacha que había desafiado el yugo social impuesto a las mujeres y se había atrevido a llevar las investiduras de samurai. Giri, la mariposa roja, la primera *bushi—onna* de la historia del imperio. Kuro conocía esa historia casi mítica narrada a las jóvenes que deseaban incursionar en el camino de la guerra. Pero ignoraba hasta ese momento que Giri había sido la primera portadora de la maldición. Una mujer perseguida por su daimyo, el arrogante señor de Yamabushi. Un tirano de rabia innatural cuya fuerza y habilidad para crear incendios había casi arrasado los primeros clanes del Imperio, hacía 1200 años. Ninguno había tenido un final feliz. Yamabushi había perecido asesinado por Giri y ésta, al terminar su misión, se había quitado la vida para impedir la propagación de su mal y saldar su propia deuda con su gente. El hijo del tirano había recopilado esta historia y la había escrito para conocimiento y advertencia a las generaciones futuras.

Para cuando Kuro había terminado de leer este primer relato, ya era casi de noche. Supuso que Yagumo le buscaría irremediablemente, por ello, decidió interrumpir su lectura. Pidió a Midori el pergamino en préstamo y ella le extendió el mismo, como ameritaba el reglamento de la Biblioteca. Cuidadoso, Kurono guardó el rollo en su regazo, pensando dónde ocultarlo de la aguda mirada de su nuevo maestro.

Abajo, en las celdas, los leones desesperaban y languidecían, sin comida, sin luz y sin noticias de lo que sucedía en el Palacio. Ryuji en especial maldecía la decisión de Ranmaru de hacerle caso al maldito Príncipe Libélula.

- ¡A puta fe mía que cometiste un error, Hasegawa! ¿En qué momento creíste que ese pendejo iba a sernos leal?
- ¡No lo sé! ¡Morio siempre confió en él! Estoy seguro que algo lo retiene arriba.
- Sí. La verga del marica de Senryo.
- Ryuji tiene razón —dijo Toshiro, sentado en un rincón—. Mucho me temo que aquí acabaremos todos, amigos. Senryo va a dejarnos pudrir aquí hasta el final.
- Es eso o querrá ejecutarnos —Susurró Kenji, hecho bola,

recargado en la enorme pierna de Takao, quien intentaba hallar raíces en la pared para ver si servían de alimento—. En cuyo caso, estamos jodidos. Muero de hambre.

- Y esta agua puerca que nos dejaron ya casi se acaba —suspiró Kozue, desesperanzado—. Amigos, tenemos que enfrentarlo. Es el fin del camino.
- ¡No si yo puedo evitarlo!

Todos voltearon al oír la vocecita vibrante de la niña, que se asomó, llevando consigo una enorme bolsa llena de *mochi* de arroz frío. De inmediato la reconocieron.

- ¡Yoshimi! ¡Asakura Yoshimi!
- ¡Estás viva! ¡Gracias a los dioses!
- ¿Quieren que les diga algo? Jamás pongo en duda la terquedad de los Asakura.
- Je, ¡Y haces bien, pandita! ¡Por fin los hallé! No fue fácil. Estas celdas son un laberinto muy peligroso. ¡Y con la cantidad de soldados rondando, menos! Pero no se preocupen. No hay soldados cerca ni lejos. Todos están en los preparativos de los funerales de nuestro señor Shido. Tomen. ¡Deben tener mucha hambre!

Diciendo esto, comenzó a repartir la comida entre los hambrientos soldados, que devoraron los panecillos horneados.

- Perdonen por no poder traer más. No me da la fuerza.
- Ghnm…. ¡Pequeña, con esto nos salvas!
- ¡Sí! ¡Ya hasta estábamos pensando comernos al panda! Es el que tiene más carnita —repuso Toshi, comiendo feliz.
- ¿Quieres que te diga algo? No sabría bien. Tengo grasa.
- Ya entrados en hambre, ¿quién se fija en los valores nutricionales?
- Oye, Yoshi—chan, ¿qué nuevas hay de allá arriba?
- Huy, Onii Ranma—chan, ¡tantas cosas! Están preparando los funerales de nuestro señor. Habrá tres días de duelo. Hoy es el segundo. Al cuarto, se hará la cremación del cuerpo. Pero el *Rojufu* no aprueba a Senryo—chan. Ya le dieron el ultimátum: o los obedece o lo desconocerán y subirán a Toshi—chan supervisado por Yumo—chan.
- Oye, oye, me pierdo con tantos "chan" en los nombres. ¿Podrías simplemente decirlos sin el sufijo?
- "Chanear" es un arte, *onii*. Me temo que no cualquiera puede.
- Oh, por favor…
- Toma en cuenta que estamos en estado de emergencia. Y necesitamos ahorrar tiempo.

- … y no confundirnos con los nombres…
- ¡Ohhh, pues, amargados! Si Senryo no se comporta adecuadamente, Toshio será el daimyo, aconsejado y guiado por Yagumo. Y todos sabemos lo que significa eso…
- … Yagumo se convertiría en el poder real en el clan…
- … y ese tipo sí nos eliminaría sin pensarlo…
- … y de paso, al Capi…
- … y al maldito Katayama.
- ¡Oye, Katayama no es un maldito! ¡Sólo aparenta traición para poder moverse a través del palacio, Ryuji—chan!
- ¡Yo no vi eso, Lucecita! ¡Ese marica afeminado se le metió entre las piernas al otro amanerado de mierda para subir al poder!
- ¡No, no! Ryuji, esa es una magnífica pantalla que Ryu—chan está llevando a cabo. Pero me consta que está distrayendo a Senryo. De no ser por eso, yo no estaría aquí.
- ¿Y del capitán qué sabes?
- Está muy mal, Onii Ranma. Lo han estado torturando sin parar, día y noche. Los bastardos se toman turnos para hacerle todo el daño posible. ¡Pero Ryu se echó a Otoya y Toono!
- ¿También se los cogió?
- ¡No, *baka*! ¡Me refiero a que los mató!
- ¿Katayama mató a los dos lamebotas más odiosos de Senryo? ¡Fantástico! ¿lo ven? ¡Les dije que no era malo!
- Patrañas, Takao. Lo hizo por alguna otra razón.
- Les digo lo que vi. Ryu le tiene una devoción tremenda a mi hermano. No sé qué hizo, pero incluso lo sanó. Es algo… como magia. ¿Ryu es shugenja?
- No… Ryu no es shugenja. Es más bien una especie de demonio.
- Pero preferible tener a ese demonio de nuestro lado —dijo Yutaro, terminando de comer—. Y entonces, Yoshimi, ¿qué será de nosotros?
- Eso vine a avisarles. ¡Escaparemos!
- ¿Hablas en serio? ¿Cómo? ¿Tienes algún plan?
- Yo no, pero Asayi y la Princesa Akemi sí que lo tienen. Y ya comenzaron. Asayi está en la ciudad, consiguiendo monturas, armas y todo para que huyamos. El plan que dejó mi padre es salir de aquí con la princesa, llevarla a Nara para ponerla a salvo y pedir ayuda al gran Emperador para que la Compañía Alba de los Grulla nos apoye. Estoy aprovechando estos días para localizarlos y ponerlos en aviso. Terminando con ustedes, voy a buscar a Mo—chan.
- ¿Sigue vivo?
- ¡Como si no lo conocieras! ¡Es terco y no va a dejarle la victoria a Senryo! Estaremos viniendo a traerles comida, bebida y

noticias. Ya sea yo, Ryu o Kurono. Él también está bien. Está cumpliendo un encargo de Tanehiro en la Biblioteca. Dice que debemos conseguir datos sobre qué tipo de criatura es Ryu.

- Entonces ¡hay esperanza! ¡Podemos salir! Y por fin quizás sepamos qué clase de demonio es ese príncipe malévolo.
- Y lo haremos, Kozue. Saldremos todos y recuperaremos el clan. Echaremos a Senryo.
- Y a Norima —dijo Hideki, brotando de la oscuridad—. Más que a Senryo o incluso a Ryu, teman a Norima. Yoshimi, ten cuidado. Estos días he sentido algo que viene desde debajo de los cimientos de las celdas. Es algo como cuando una olla empieza a ebullir tapada y nadie la destapa. No he visto fantasmas, pero sé que hay algo abajo… y tenemos que salir antes de que nos alcance.
- No digas, Hideki, que eso me pone la carne de gallina…
- Lo estoy sintiendo en la piel.
- Entonces apresuraremos todo. Hablaré de eso con Ryu. Quizás él entienda mejor esto y nos ayude a acelerar el escape. Les dejo más comida, muchachos. Ésta me la llevo para mi hermano.
- Nosotros comenzaremos a buscar el modo de salir por nuestra cuenta entonces, pequeña. Estaremos en contacto.
- ¡Sí! ¡Volveré por ustedes o enviaré a Kuro y Ryu! ¡*Abayo*!

En la celda de Asakura, el piso era tan rojo como el cabello del prisionero. Encadenado, el enorme cuerpo del capitán había sido colocado contra la reja de su celda, con sus brazos abiertos de modo tal que su espalda quedaba recargada contra los fríos barrotes. Con malsana alegría, los ayudantes de Senryo habían colgado áspera cuerda gruesa en su cuello, a la cual habían atado bloques de piedra rectangulares. Dos bloques de 2 kilos cada uno hacían que el pelirrojo tuviera el cuello viendo hacia abajo, abatido y cansado. Al inicio el peso parecía poca cosa para su corpulencia; pero el desgaste, el hambre, las golpizas y la privación, aunadas a la larga exposición, habían terminado por llagar la piel de su cuello, dejándola en carne viva.

Aprovechando la postura, los torturadores se daban vuelo haciendo marcas a su gusto y antojo en la espalda del Héroe de Ikabekuro. Ya fuera con fuego, cortes o azotes, habían vuelto a abrir la espalda hasta dejarla nuevamente roja y abierta.

- Capitán Asakura Morio. El favorito del finado *Daimyo*. ¿Sabes lo pedante y molesto que resultabas para muchos? ¿No? Es obvio

que lo sabías, egoísta, inmaduro. Tenías hartos a muchos con tu actitud de macho prepotente.

- ¿Dónde quedó tu arrogancia ahora, Hijito de Papi?

Al decir eso, el resentido soldado volvió a clavar entre las costillas un agudo punzón, pasando el costado derecho de lado a lado.

- Oye, ¡no vayas a matarlo! ¡Aún podemos sacarle bastante jugo a este bastardo!
- ¡No se muere! ¿No ves que él es EL macho por excelencia? ¿No es así, Capitán?

Morio no respondió. La voz no le salía, cansado como estaba por el yugo. Y con la mente concentrada en otro escenario, trataba de escapar de esa agonía. Ya comprendía un poco cómo había sido la vida de Ryu. Un infierno de encierro y privaciones. ¿Cómo no se había vuelto loco? Sin embargo, pensar en él le ayudaba a disociar el dolor. Y sus pensamientos fueron hacia él. "¿Qué estarás haciendo ahora, mi vida?", pensó dolorosamente.

Y he aquí que, quizás por la locura, quizás por el dolor, oyó su voz en su cabeza.

- "Morio"…

Los torturadores le vieron erguirse lastimosamente. Se sorprendieron de oírle decir un nombre.

- Ryu…
- ¡Ryu, dice! ¡Éste ya se volvió loco!
- Creo que tendremos que dejarlo reponerse, Tadashi, o no llegará a mañana. Ya estás delirando, animal. Por hoy te dejaremos. Pero no creas que te dejamos sin castigo.

Diciendo eso, retiraron los bloques, pero no las ataduras. Morio quedó de pie, respirando agitado, agotado y al borde de un colapso, hablando con el aire.

- Todo me duele demasiado. Ahora entiendo un poco tu padecer durante tantos años… ¿cómo no enloqueciste?
- ¿A quién le habla?
- A la nada. Está desvariando. Mejor es dejarlo ahí. Apaga las luces y que las sombras se lo traguen. Vámonos.

Los dos soldados, con cierto temor, se alejaron de la celda, dejando a Morio delirando con visiones fantasmales que no tenían nada de imaginarias.

En efecto, en la cama de Senryo, Ryu usaba en el caprichoso príncipe un rosario de esferas de madera, que introducía una a una vía anal, provocando al muchacho intensos espasmos de placer. Jadeaba suave cada vez que una esfera entraba en aquel estrecho y jugoso orificio,

nalgueando travieso al príncipe, que gritaba feliz de gusto. Sin embargo, la mirada del Libélula estaba ausente, ida, extraviada en algún punto de la habitación. Hablaba con Morio a través de sus pensamientos. En ellos nadie podía hurgar. La corrupción de la sangre de Morio había creado un lazo entre ambos. Ahora podían oírse a distancia. Mientras le ponía al tanto de lo sucedido en esos días, lamía devoto y sumiso al príncipe, que no dejaba de gritar, excitado, aferrando las sábanas. Senryo viraba boca arriba, abriendo las piernas, rodeándolo con ellas, atrayéndolo hacia sí. La última bola de castigo entró en el goloso cuerpo del hermoso disoluto. Y Ryu, con esas piernas rodeándole el cuello, tomó las caderas del heredero León para engullir nuevamente ese miembro suave que ya conocía tan bien. Embotado, excitado y oyendo la cansada voz de su amado, se entregó a un doble placer. La voz de su capitán resonando en su psique aunada a los gemidos de Senryo creaban para él un escenario de lujuria compartida. Y en la celda, Morio le oyó cambiar el tono de voz, de dulce a excitado. Débil, cansado, adolorido y celoso, el león sintió una nueva ola de fuego recorriendo su lastimado cuerpo. ¡Ya había sido mucho tiempo de permitir al imbécil de su primo disfrutar de lo que le pertenecía!

- “Lo voy a matar… por tocarte. Lo sabes, ¿verdad?”.
- “E—él no me toca… ¡ahh! Yo… lo toco a él. Lo tengo dominado con unas esferas que quiero que pruebes en mí. Un rosario de anchas cuentas… que llenan y dilatan la cavidad hasta el límite. Y que al sacarse provocan un masaje en las entrañas que enloquece. Capitán mío, mi señor… ¡os extraño! ¡Necesito que me castigue! Nada en este mundo se compara a tu dura mano… por favor…”.
- “¿Cómo logras removerme todo dolor con sólo unas palabras? ¿Cómo haces que mi cuerpo arda en fuego y desee volver a tocar el tuyo? ¿Cómo puedo frenar esto que quema mi pecho por dentro y lo hace arder hasta casi estallar? Te lo he dicho ya y lo vuelvo a decir. Te amo. Y nada, ni siquiera ese idiota con el que intentas jugar, podrá hacer que te separes de mí…”.
- “Y no lo hace” —pensó hundiendo su boca en aquella erección húmeda, a la par que Senryo se deshacía en gritos—. “Cada cosa que hago, la realizo pensando en vos, mi señor, mi vida entera. Tres días más habrá silencio en este clan. Y al cuarto, el cuerpo del señor de estas tierras será purificado. Los nobles están haciendo los preparativos. Vuestras hermanas están reuniendo armas y víveres para un escape. Vuestros leones están presos aún, pero cuidados por Yoshimi. Y Kurono… Kurono no confía en mí. Pero ha dado un paso al intentar creer en lo que hago… y ahora, el Príncipe está por colapsar. Puedo oíros, mi señor. Y

puedo garantizar que sólo tengo devoción por vos… por ti, por mi León de Fuego… ¡Oh, Morio!”.

El capitán no oyó más la voz de su amado. En ese momento, la eyaculación de Senryo en la boca de Ryu cortó sus pensamientos y le hizo perder el control y tragar más duro. El Príncipe se retorcía, vaciándose de nuevo en la boca del insaciable Libélula que, sin detenerse, sacó ese miembro de su boca para gemir con los pensamientos idos, el cuerpo excitado y el semen escurriendo por su boca. Con la cabeza un tanto perdida, bajó su boca, aún empapada de fluidos y jaló el hilo que unía las bolas anales, sacándolas de golpe. Senryo desfallecía de placer, gritaba sonoro, impúdico, deshecho en una mezcla de llanto y excitación. Conforme cada bola salía, gritaba más y más. Ryu jalaba, intentando tragar cada bola con aquella garganta perfectamente entrenada para ahogarse. Como si fueran huevos de tortuga, las llevó a su interior, devorándolas de un modo innatural. Asombrado, Senryo vio el espectáculo, mezcla de belleza y sordidez. Era algo que rayaba en lo grotesco. Se ahogaba conscientemente, con la mirada ida. Fascinado, al ver que había devorado todas las bolas, Senryo lo puso boca arriba para ver esa garganta hinchada, sofocada, innaturalmente abierta y ahogada por esos objetos duros que no hacía mucho, llenaban su cuerpo. A pesar del orgasmo, las feromonas que exudaba el Príncipe maldito lo mantenían en un estado alterado. Trémulo, alcanzó otro de los juguetes de su ajuar. Un largo miembro viril tallado en madera, que insertó en Ryu sin cuidado alguno. Con la boca llena y las bolas asomando, éste ahogó un grito, a la par que engullía el objeto. Senryo, poco consciente, metía el objeto sin detenerse, a un ritmo frenético. Se acercó a besar esos labios, a lamer esas bolas, a disfrutar de modo impío del experto heredero Libélula, que dejaba salir su frustración y miedo de ese modo. Frenético, Ryu quería más, pedía más. Pero ese extra sólo podía dárselo una persona. Su amado Capitán Rojo.

CAPÍTULO 21

EL SÉPTIMO TRUENO DE IZANAMI

Al tercer día de duelo, funestos nubarrones anunciaron malos presagios y una nueva llegada. Shishiyama abrió sus puertas al ver en su entrada un palanquín negro, de hierro laqueado, con figuras de dragones, cubierto de raídas sedas grises con decoraciones de Libélulas. La calle principal recibió por sus empedrados adoquines la funesta visita llegada del Norte. Yoshikawa y Yagumo fueron quienes

avistaron al recién llegado, ya que Senryo no salía de su habitación, embebido como estaba por las dosis de sexo que le daba Ryu. Por toda la ciudad ondeaban las banderas blancas de duelo. Y la gente rezaba, cantaba y se encerraba en sus hogares para purificar el *kegare* y evitar caer bajo la maldición de los muertos, que parecía llegar con esa funesta camilla.

En el patio principal del Palacio, la breve y silenciosa comitiva por fin hizo alto. Del palanquín salió un hombre viejo. Era pálido, ajado, con tintes amarillentos y verdosos salpicando en ciertas zonas de su arrugada faz. Los ojos, huidizos y torvos, lucían ambarinos, inyectados en sangre, con pronunciadas ojeras hundidas y oscuras. Calvo, con el poco cabello ralo, amarillento y enmarañado, el anciano despedía un aire de repulsión y aparente falta de higiene disfrazada con potentes perfumes de aceite. Su vestuario era el propio de los Libélula: como buena gente de la estepa del norte, se cubría con pieles de animales, sedas toscas y ribetes en oro viejo. Su calzado, hecho a partir de cuero de cabra y diseñado para la cacería, recordaba más a un montaraz errante que a un *Daimyo*. Yagumo trató de disimular el desagrado causado por aquella mala impresión; que empeoró cuando el recién llegado extendió su nudosa mano, coronada por manchas hepáticas. Su piel era fría y sus uñas cuadradas, encarnadas y amarillentas. A esas alturas, lo único que le faltaba a ese cadáver viviente era tener mal aliento.

Y lo tenía. Con cascada, profunda y grave voz, el tipo se irguió ante Yagumo, denotando una potente majestad discordante con su repulsivo aspecto.

- Leones Señores de la Estepa Roja, mi nombre es Katayama Ryunosuke, líder y daimyo del Clan Libélula. He venido aquí por dos personas que ustedes acogieron en vuestro clan. Mi médico de la corte y consejero. Y… —tragó saliva antes de enunciar— mi… heredero… e hijo.

Entonces era cierto. Ryu Katayama no mentía. Tatsumiya se adelantó, desconfiado, hermoso y diplomático.

- Sabemos quién es su hijo, Lord Katayama. Y no tenemos ya una buena impresión de él.
- Su hijo se ha metido de modo impropio y desenfrenado en la política de este clan. Y en este momento, estamos de duelo. Nuestro señor ha sido asesinado hace pocos días. Entenderá que no tenemos espacio ni momentos de solaz para una cálida bienvenida.
- Me toma por sorpresa este acontecimiento, señores. Y en

verdad… lamento la pérdida de esta tierra. Entonces, ¿dónde está la esposa del señor, la madre Grulla del Clan?

- Llega aún más tarde, Lord Katayama. Lady Shinobu falleció hace casi 10 años,
- ¿QUÉ?
- ¿No lo sabía? Víctima de una enfermedad.
- Pero… entonces… ¿y mi hijo?

Al oír la mención ambos nobles fruncieron el ceño.

- Ni siquiera es algo propio de mencionar en este recinto.
- Pero si pudiera llevárselo, junto con ese medicucho, Norima, nos haría muy felices.
- Y no lo apresaríamos, acusado de perturbar el clan.
- ¡Pero eso sería ridículo! ¡Acabo de llegar! No he hecho nada y además soy un *Daimyo*, ¡ustedes no pueden ponerme una mano encima! ¿Quién manda en este clan ahora?
- Como le hemos dicho, estamos en un periodo de duelo y reubicación. Nuestro siguiente gobernante ascenderá en unos días.
- Y… ¿puedo quedarme en los funerales para presentar mis respetos?

Tatsumiya y Yoshikawa se miraron. Ese sucio líder no lucía fiable ni de sana compañía. Y dado que culpaban a Ryu de las desgracias, era de pensarse que la idea de aceptar ahora al padre del que ese impío hijo había huido no se antojara viable ni aceptable para ese dolido clan.

- Puede. Pero le pedimos que no intervenga en el funeral ni haga ningún tipo de acto de presencia en nuestras ceremonias. Estará aquí solo este día, como huésped con restricciones. Solicitamos que mañana a primera hora tome a su hijo y a su brujo Y SE VAYA DE NUESTRAS TIERRAS.
- No queremos comenzar hostilidades con vuestro clan. Esperamos que entienda…
- Vaya. Lo entiendo, señores León. No interferiré en absoluto en su gobierno ni sus decisiones. Me abstendré de hacer cualquier cosa en absoluto. ¿Hay alguna habitación para mí?

Con desagrado, ambos nobles indicaron a la servidumbre que llevaran al repulsivo gobernante a alguna habitación donde pudieran tenerle vigilado.

La noticia de la llegada de Katayama no cayó bien en el palacio. Los nobles hicieron una nueva junta para deliberar sobre su funesta presencia. Y en sus habitaciones, Ryu, que no había soltado a Senryo

en días y noches enteros, sintió una punzada de miedo y mal presentimiento. El Príncipe, al sentir detenerse a su amante de la prodigiosa faena que realizaba en su cuerpo, protestó, jalando su cabello.

- ¡Oye! ¡No te dije que te detuvieras! ¡Sigue!
- Mi señor… perdone, pero… siento una nefasta presencia en este clan. ¡Por favor, mi señor, no permita que él vuelva a llevarme consigo!
- ¿Él? ¿Él quién? ¿De qué hablas?
- Mi padre, mi señor, ¡puedo sentir su negra aura! ¡Ha llegado! ¡Vino desde el Clan Libélula para reclamarme de nuevo! ¡Por favor, señor, no permita que me devuelva a la negrura, al dolor, con Norima!
- Nada tienes qué temer, pequeño. Yo te protejo de cualquier peligro. Ahora me perteneces. Y me encargaré de hacérselo saber a todos. Tu padre incluido.

Con displicencia, Senryo se puso de pie e hizo que Ryu le lavara, vistiera y arreglara. El Libélula era un criado, una puta, una cortesana reducida a un hermoso objeto para uso y capricho del heredero León. Como si fuese un sirviente, Ryu dejó hermoso al Príncipe. Al término, se hincó ante él, ofreciéndole la correa de cuero para atar su cuello a ella.

- Mi señor Senryo, puede llevarme ante mi padre como su perra. Estoy seguro que eso le hará entender mi decisión y sabrá que tengo un nuevo dueño; el dueño que él quiso.

Fascinado y con el ego en los cielos, Senryo, por pura diversión, pateó el rostro de Ryu, quien cayó en el piso con la boca sangrando, sin quejarse, acostumbrado a ser usado como un bulto.

- ¡Es fascinante! ¡Quiero ponerte la correa! ¡Apretarla para que te falte el aire! ¿De quién eres, perro Libélula?
- Pertenezco al amo Lord Senryo. Soy vuestro, mi señor.
- ¡Justo así es como te quiero! ¡Hincado, a mis pies, devoto de mí! ¡Ser tu luz, tu razón de vida y tu muerte!

Cuando Katayama vio aparecer al joven heredero al clan León, lo hizo con la desagradable sorpresa de que ya llevaba consigo a su hijo como a un perro: a cuatro patas, desnudo, atado con una correa al cuello y con una mordaza que le exhibía de modo impúdico. Los nobles, al ver eso, protestaron escandalizados. A Katayama no le cayó nada en gracia esa situación, y menos aún ver a su odiado vástago con un aspecto recuperado, lozano y hermoso, actuando dócil y sumiso para esa reina de fastuoso color dorado que con una mano lo arrastraba a

su antojo y con la otra sujetaba el pesado y peligroso *tessen* de acero y seda.

- ¡Así que vos sois el padre de esta delicia masoquista! ¡Me agrada y regocija mucho el regalo que el clan del norte ha enviado a nuestra nación guerrera! Usted es Katayama Ryunosuke, ¿cierto?
- Tal es mi nombre, Lord Hirozawa. Me sorprende y entristece la noticia del reciente fallecimiento de vuestro padre…
- ¡Ah, gracias! Pero las condolencias no reviven muertos, Katayama—san. Y mi padre ya está lo que le sigue de frío. Y bien, ¿puede decirme el motivo de su no solicitada visita?
- Mi hijo, señor, fue enviado aquí por orden mía para ser entrenado por una persona en específico. El señor Nagoya, de la Horda Carmesí.
- Conozco la historia. Quien parece no conocerla es usted, Lord Katayama. Nagoya está muerto desde hace meses. Sígame. Este no es un sitio digno para hablar. Hay oídos y malas compañías. Os llevaré a la hermosa Sala de Juegos del Príncipe Senryo. ¡Mamá me regaló ese lugar cuando era un niño y lo he reacondicionado!
- Mi señor, sólo deseo…
- … y yo sólo deseo explicaros un par de cosas. Por favor, sígame.

Deshaciéndose de todos a su alrededor, Senryo llevó a Lord Katayama a un precioso, pequeño y muy apartado salón privado. Una espaciosa, tibia y lujosa sala de juegos donde el mimado muchacho tenía correas, juguetes, objetos exóticos y todo un ajuar de artilugios para el placer erótico. Emocionado, el Príncipe sonreía, caprichoso.

- ¿Os gusta? La remodelé hace poco.
- Lord Senryo, me temo que no comprendo el motivo de...
- Y yo me temo que su presencia no es adecuada en este clan, señor Ryunosuke —dijo, apuntando las afiladas púas del *tessen* hacia la rala barba del anciano—. ¿Qué quiere de este clan? Ya nos dio suficiente. Gracias.
- ¡Ese bastardo es mi hijo! ¡Si tal es el caso, debería quitárselo!
- Oh, ¡Pues me encanta la idea de su regalo! ¡Lo acepto! Es hermoso, ¡y muy obediente!

Diciendo eso, jaló la correa de cuero, con lo cual Ryu, acondicionado a obedecer, se dirigió a gatas hacia los pies de Senryo, donde se restregó cual gato.

- Sé lo que es. Y sé lo que he creado, Lord Senryo. La misión de Nagoya era entrenarlo. ¡Envié una carta dirigida a una persona, Lady Shinobu! ¡Pero me dicen que está muerta! ¿Quién recibió entonces mi mensaje?
- Usted…. ¡Oh, usted envió la caja con figura de ciempiés! ¿Conocía a mi difunta madre? ¿Qué decía esa carta? ¡Necesito saber!
- Así que vos sois el hijo de Shinobu… ¡Por supuesto! —dijo, mirándole de pies a cabeza—. ¿Cómo no me di cuenta? ¡Si sois todo lo que ella prometió! ¡Sois perfecto!
- Lo sé. Me lo dicen muy a menudo.
- Pero entonces… ¿No habéis leído la carta?
- ¡No! ¡Mi padre quemó la caja y su contenido en cuanto la recibió! ¡Nadie supo qué decía vuestro mensaje al respecto!

Notando que las cosas se ponían a su favor, Ryunosuke pasó sus largos y fríos dedos por una larga y aguda aguja de metal que yacía delicadamente colocada en la habitación. La tomó, jugaba con ella, con ese delgado acero refinado que terminaba en una aguda punta.

- Puedo deciros entonces cuál era mi mensaje, Lord Hirozawa. Usted, como hijo de Shinobu, y ante la ausencia de vuestro padre, sois el indicado para recibirlo directo de mí y sin intermediarios.
- Por supuesto. Podéis decirme entonces de qué trata todo este misterio al respecto de esa caja incinerada. ¿Qué es? ¿Qué secreto guardaba?
- Antes de eso… me gustaría pediros algo. Algo pequeño, sencillo.
- ¡Dígame! Oh, soy impaciente.
- Recueste al engendro en ese camastro para asueto erótico. Quiero mostrarle algo.

Senryo jaló la correa de Ryu con la amable displicencia del amo que ordena a la mascota. Éste se negó. No quería caer en las redes de su maldito padre.

- Anda, anda, sé un buen gatito y haz lo que te ordeno, precioso. Obedece y sube.
- Amo Senryo… por favor, no…
- Nunca me has dicho que no a nada. Obedece, Ryu.
- Usted no sabe…

Antes de que dijera algo, el anciano tomó una mordaza hecha de cuero con un objeto fálico cosido hacia dentro. La insertó en la boca de Ryu y con ella, calló sus protestas.

- Mi hijo es una criatura voluble, Lord Hirozawa. Hay que

someterlo a base de altas dosis de dolor sexual. Es su droga, su debilidad.

Violentamente, jaló al muchacho hacia la cama, donde lo recostó. Con ayuda de Senryo, que estaba divertidísimo, ataron el cuerpo del chico a las correas de cada extremo del camastro, dejándolo bien sujeto, abierto y dispuesto a cualquier tipo de tortura.

- Quiero que observe muy bien, Lord Hirozawa. Lo que va a ver es una verdadera proeza de la naturaleza de lo impío. Espero que le complazca.

Tomando la larga aguja y sabiendo que Ryu estaba perfectamente encadenado, con mano firme, dura y cruel, llevó el objeto punzante al oído de Ryu, internándolo en él.

- Lord Katayama, ¿qué piensa hacer con eso? ¡DIOSES, NO! ¡DETÉNGASE, LO VA A DEJAR SORDO!

Muy tarde llegó la advertencia. Con una saña especial, plagada de gusto, Ryunosuke traspasó de golpe el oído derecho de su hijo, rompiéndole el tímpano. Ryu se retorció, gritando brutalmente de dolor, acallado por la mordaza. Senryo estaba histérico, tratando de detenerlo.

- ¿PERO QUÉ DEMONIOS LE PASA? ¿ESTÁ LOCO ACASO? ¡DETÉNGASE AHORA! ¡NO!

Ignorándolo del todo, el daimyo perforó el otro oído. Un agudo sonido traspasó como púa la cabeza de Ryu. El dolor era insoportable. Estaba mareado, ido, con el cerebro a punto de estallar por el terrible dolor de haber sido ensordecido. Sus oídos sangraban.

- ¿ESTÁ LOCO? ¿QUÉ… ¿QUÉ MIERDA LE PASA? ¿POR QUÉ HA HECHO ESO, MALDITO ANCIANO?
- Vaya, veo que no lo sabe aún. No pasa nada. El maldito engendro se recuperará.
- ¿QUÉ DICE? ¡NADIE SE RECUPERA DE ALGO COMO ESO! ¡LE HA DEJADO SORDO!
- Momentáneamente. Necesito que no escuche nada para que yo pueda decirle el mensaje que envié a vuestra finada madre.
- ¿Momentáneamente? ¿Qué quiere decir?
- Quiero decir que usted, lord Senryo, tiene en sus manos la misión más pura, grande y poderosa de este Imperio. Lo que ve ahí yaciendo, al que llamo “hijo” es una criatura excepcional y fabulosa. Un enviado del infierno y el caos. ¿Ha oído hablar de la Leyenda de los amantes Izanagi e Izanami?
- ¡Sí, joder! ¡Un par de incestuosos primigenios que procrearon miles de diositos nacidos de todos lados y no sé qué más! ¿ESO QUÉ TIENE QUE VER CON ENSORDECERLO?

- Tiene que ver, Lord Senryo. Pues tales deidades no eran humanas como nosotros. La leyenda ha romantizado una historia que ha pasado por generaciones. Ambas deidades son algo distinto a lo que pensamos. No son humanos, ni demonios, ni animales. Son, son algo que ni siquiera alcanzamos a comprender. E Izanami es el caos puro, la perfecta tormenta, la devastación hecha energía. Y cada 200 años, fragmentos de esa energía encarnan en dos personas especiales, quienes llevan consigo parte de ese caos maldito que lucha por emerger desde su encierro en las profundidades del infierno del *Jigoku*. Los han llamado "Truenos", haciendo alusión a que del cuerpo de la Diosa nacieron ocho dioses del trueno, pero no son tales. Son humanos que llevan en su sangre parte de esa fuerza devastadora, antigua y maligna. Eso que ve en el camastro es uno de esos seres. El séptimo, en concreto. El portador de la maldición de la sangre. Un ser terriblemente destructivo que puede emerger en cualquier momento si no se posee el cuidado debido. Norima y yo lo hemos controlado por años, por medio del dolor, de la tortura.
- Entonces… ¡Entonces lo que dijo Morio era verdad! ¡Ustedes le torturaban día a día y le dejaron en ese estado lamentable en que lo encontró en Asahina! ¡No es una enfermedad, es una maldición!
- Y de no ser por nosotros, esa energía estaría libre y fluyendo, destruyendo todo a su paso. Lord Senryo, antes de decirme cualquier otra cosa, observe.

Tomando un látigo especial para tortura, el anciano azotó el vientre de su hijo con una fuerza y habilidad incongruentes con su enfermizo aspecto. El golpe chasqueó, abriendo la carne del adolorido príncipe, que no se recuperaba del ensordecimiento cuando el golpe abrió su carne, exponiendo el músculo. Senryo se cubrió el rostro, impactado.

- ¡Basta! ¡Déjelo!
- ¡Es lo que quiero mostrarle! ¡No pasa nada! ¡Observe!

Poco a poco, vio cómo la herida de látigo comenzaba a cerrarse. La carne se acomodaba, la herida se borraba y el cuerpo de Ryu volvía a la normalidad. Éste lo miraba lastimero, suplicando que hiciera algo. Esa mirada desvalida, el cuerpo desnudo, el enorme poder que ofrecía… todo era tan tentador.

- ¡Por Benten! ¡Ha sanado! ¡Casi de inmediato!
- En efecto. El engendro posee una habilidad de curación impresionante. Casi cualquier daño es sufragable y recuperable. Si le dejé sordo es porque, por curioso que le parezca… —diciendo eso, miró a su hijo con sorna— Ryu no sabe lo que

es. No conoce su condición. ¡Cree que es una enfermedad! Y obviamente, no quiero que lo sepa.

- Qué hijo de puta es usted… ¡Es que en serio hay que ser un bastardo! ¿Acaso no le importa? ¡Es su hijo!
- Bah. No me consta que lo sea. De todos modos, para mañana sus oídos estarán bien. Podría reventarlos de nuevo. ¿No le gustó su grito de agonía?
- Y yo pensaba que mi padre era un bastardo. Usted lo supera.
- ¡Oh, vamos! ¡No iremos a ponernos moralinos ahora! Lord Senryo, envié a este engendro a Nagoya con el fin de que terminara de hundirlo y quebrarlo. Norima estaba fallando mucho en ello. Usted sabe, le ha tomado un malsano interés a la criatura y eso puede ser perjudicial. Dice amarlo. Debido a eso, un nuevo amo era necesario. Y Nagoya estaba enterado de ello; no había mejor amo que él para controlarlo.
- Amo, dice…
- Es un esclavo. Un perfecto y sumiso esclavo de carne que ama ser usado. No tengo que convencerlo de ello, usted ya lo probó.
- Enteramente. ¿Y qué tenía que ver mi madre en esto?
- Envié mi aviso de que Nagoya iba a encargarse de él para prepararlo. Un protocolo de aviso que desgraciadamente nunca llegó. Pero Lord Senryo, ahora que sabe lo que esta criatura es y puede ofrecerle, quiero preguntarle: ¿no desearía ser usted quien posea todo ese poder para usarlo en pro del poder de su clan?
- ¿Yo? ¿El amo del Séptimo Trueno de Izanami?

Asombrado y fascinado, miró a Ryu, que no sabía de qué habían hablado, pero sí notaba el cambio de actitud en Senryo, de defenderlo a mirarlo justo como Norima lo hacía: con morboso deseo sádico.

- Me… ¡me encantaría! Pero… usted dijo que hay dos por generación. ¿Quién es el otro?
- Lo ignoramos. El poder se manifiesta en cada persona de modo diferente. Cada Trueno ha despertado y desarrollado sus habilidades de modo distinto. Pero sin duda se hallarán en su momento. Los Truenos se contraponen entre sí. Uno complementa al otro. Sus actitudes poseen vicios deleznables que se vuelven un malsano yin—yang. El primero de los truenos era una soberbia doncella, y su contraparte fue un hombre rabioso que la destruyó. El segundo y tercero fueron laxos, vacíos, entregados a placeres mundanos como comer y dormir; el cuarto y quinto Truenos fueron hermanas, cegadas por el odio, la codicia y la mutua envidia. Este bastardo ama el sexo y es un perro sumiso. Por ende, suponemos que su contraparte será alguien que intente dominarlo. Un amo para controlarlo. Fuerte, agresivo, violento.

Mientras oía, Senryo no podía evitar pensar en su primo y en el impresionante cambio físico que había tenido desde hacía unos años. Todos habían notado cómo, de un día para otro, había pasado de ser un muchacho atlético promedio a una masa de músculos impresionante, hermosa y erótica, con ese cabello escarlata que parecía una antorcha. ¿Acaso Morio sería el otro Trueno? No dijo nada a Katayama, pero sintió que era necesario acaparar el dominio sobre Ryu cuanto antes.

- ¡No podemos permitir entonces que su contraparte se manifieste! Katayama—san, ¡acepto su propuesta! ¡Quiero ser yo quien controle al Séptimo Hijo de Izanami!
- Una magnífica elección, noble señor Hirozawa. Pero no es una tarea fácil. El engendro es muy engañoso y mentiroso. Sabe manipular a la gente y hacer que cumplan su voluntad. Por ello, Norima le mantenía sedado a través de la tortura. Ya vio que puede sanar. Piense en él como un precioso esclavo de carne al que puede escaldar, sodomizar, quemar, desollar, pinchar, cortar, cegar… ¡lo que guste! Las opciones son a su gusto y sólo tengo un límite: no amputarle nada. No sabemos si volverá a crecer lo que le cortemos.
- ¿Nunca lo han intentado?
- Norima ha dejado el miembro casi amputado, pero sostenido por el hueso. Prefiero no intentarlo. Como recipiente del Séptimo Trueno, lo mejor es que esté lo más entero posible.
- ¿Y la lengua?
- Sí. Esa sí puede cortarla a pedazos. No de tajo, pero sí puede quitarle, por ejemplo, un trozo. O, por ejemplo, trozos de piel. Nos consta que vuelven a salir. Observe.

Como si fuese una lección de anatomía, el anciano tomó un afilado cuchillo para hundirlo en el brazo de su hijo y, como si fuese un experto peletero, comenzar a filetear el músculo. El chico gritaba ahogado por la mordaza, que rozaba su garganta, aturdido por el pitido en los oídos, deshecho por haber sido ensordecido, mirando a Senryo pidiendo ayuda; pero el príncipe estaba en un shock de información y morbo. La mirada de súplica que le lanzaba sólo era un aliciente que parecía pedir más. Fascinado, acarició ese precioso rostro lleno de lágrimas y habló, pero Ryu no podía oírlo.

- Oh, hermoso… no te preocupes. No es nada malo. Sólo es una terapia.
  Katayama—san, basta. Me ha quedado claro su punto.
- ¿No desea ver más de cómo lo desuello vivo para usted?
- No. Mire esta carita… ¿cómo puede ser tan malo con él? Déjemelo. Yo cuidaré de él ahora.

- Pero, Lord Senryo…
- ¿Ya le dieron una habitación? ¿No? Venga. Le pediré una.
- ¡Lord Senryo… aún no acabo…!
- Ya lo hizo. Ya dejó claro su punto. Por favor, retírese.

Casi a empujones, Senryo lo sacó de ahí, ordenando a sus soldados que le dieran una habitación. Katayama tuvo que seguir las indicaciones, mascullando molesto por la rebeldía del heredero León, que en cuanto se quedó a solas con Ryu, le desató y abrazó, para dedicarse a cuidarlo. Toda esa información sobre quién era Ryu le tenía en zozobra, duda y con un creciente morbo malsano por usar ese cuerpo para experimentar perversiones.

Los temores de Hideki no estaban errados. Odiaba verlos. Siempre aparecían a pedazos, enteros, del techo, entre las rendijas. Los malditos fantasmas.

Y en esa zona había muchos. Y comenzaban a pulular.

Decapitados, deformes criaturas pálidas sin boca, entes de dientes afilados con ojos por doquier, pies pegados a cabezas, manos deformes y tullidas… los fantasmas tenían formas grotescas y comenzaban a deambular fuera de la celda. Mirándolos fijamente, sintió el corazón brincarle, con miedo. Yutaro se dio cuenta y fue a él para abrazarlo.

- Otra vez ellos, ¿verdad?
- P—p—peor que nunca. Están aquí… del otro lado de la reja… me m—miran. Me extienden los brazos…

Aferrándose al corpulento Yutaro, Hideki temblaba, frío, aterrado. En cuanto oyó eso, Toshiro se apartó de la reja, mirando hacia donde Hideki veía, con los ojos brillando en color dorado.

- ¡Ay, joder! ¿Son muchos, Hideki?
- Vienen… d—de abajo. S—sí. Muchos. Yuta—kun, no me sueltes, ¡por favor!

El corpulento león sujetó a su compañero, que temblaba desesperado, frío. Se puso de pie y encaró hacia la reja, gritando con furia.

- ¿Pero qué mierda quieren? ¡Hale ya! ¡Largo de aquí, criaturas patéticas! ¡Este joven no puede ayudarles! ¡FUERA, HE DICHO!

Algo tenía Yutaro, que los entes se apartaban de su presencia. Hideki, abrazado a él, vio cómo los entes, taciturnos y monótonos, se iban de la celda, deambulando de nuevo en busca de algo, no sabían qué. Muchos se volvían de nuevo hacia abajo, hacia la zona inferior, como una horda amontonada, atascaban el camino que llevaba hacia la Gran Fosa, donde Norima ascendía, usando a todos esos entes como escalones. Miles de cuerpos unidos creaban formas para permitirle el

ascenso hacia el mundo. El *maho* estaba furioso, celoso. Había sentido la llegada de su temido amo y sus intenciones de entregarle al hermoso Ryu a ese mocoso mimado de Hirozawa. No podía permitir que se lo volvieran a quitar. Su larga cabellera se extendía a través de la fosa, hacia abajo, hacia los lados, acariciando y mimando lascivamente a las deformes almas que conformaban la Fosa. Llegando a la cima, dos cuerpos languidecían, aferrándose a lo poco que les quedaba de vida. Otoya y Toono. Los recientemente masacrados a mano del Príncipe. Norima, al verlos, notó la ejecución precisa realizada por su alumno y usando los cuerpos circundantes, les levantó, dándoles un nuevo hálito de vida, ahora corrupta

- Ustedes… lo han visto. Lo probaron. Sus divinas manos tocaron sus cuellos. ¿verdad?
- Mi…cuello… —repuso Otoya con voz espectral, tocándose, notando la herida de la que brotaba sangre. Miró hacia su hermano, que se levantaba, asombrado de verse en pie de nuevo —. Too…no.
- Sí, lo han visto y probado. Han sentido su toque divino y preciso. ¡Son benditos, honorables! ¡Casi mueren bajo la mano del más sublime y portentoso ser que esta era haya visto! Pero deben estar inconformes. ¡Hasta hace poco vivían felices! ¿Qué les hizo caer bajo la sagrada mano de mi hermoso niño? Oh… vaya…
  Así que ustedes torturaban al maldito ladrón que me lo robó. ¿Cuáles son sus nombres?
- Otoya…
- Toono…
- Toono y Otoya. ¿Desean un poco de venganza? Puedo ayudarlos a subir a palacio. Traigan ante mí al que los dejó en ese estado. Tráiganme al Príncipe de los ojos verdes.
- R—Ryu…
- Ryu…
- ¡Eso es! ¡Ryu! ¡Katayama Ryu! ¡Mi hermosa criatura del dolor y la depravación! ¡Traigan a mi hijo ante mí y los recompensaré! Háganlo sufrir. Usen su cuerpo intangible para atormentarlo. Tráiganlo a la Fosa… que caiga en ella. Que se vuelva mío.
- Ryu…
- Traer a Ryu…

Como autómatas, imbéciles, pero determinados, los ahora espectros del palacio avanzaron hacia arriba, impulsados por el deseo de vengarse de quien los había ingresado a las puertas de la muerte.

CAPÍTULO 22

"…VIVA EL REY"

Los funerales por fin comenzaron esa noche. Rezos por doquier. Los inciensos intentaban llamar a los fantasmas, invitándolos a seguir sus aromas. En el templo, los sacerdotes rezaban y los tambores funerarios sonaban, sus retumbares en la lejanía. Luces, faroles y linternas se elevaban hacia la negrura del cielo. La gente se reunía para despedir a su amado líder. Un daimyo justo, aguerrido, muy duro en sus leyes, pero que amaba a su pueblo, a su familia, a su clan. A todos, excepto a su primogénito y a su esposa. Todos levantaban sus oraciones hacia él. Miraban a los cielos, hablaban a las ausentes fortunas de los bosques, a las deidades, a toda criatura celestial que pudiese ayudarles a llevar a su señor al camino celestial, pero que no respondían, pues hacía siglos que se habían desvanecido de la vista de los mortales.

Ignoraban que el perpetrador del crimen se hallaba en sus habitaciones, listo para salir, brillar y fingir dolor. Ataviado por Ryu, Senryo ahora se erguía con un kimono blanco y dorado, bordado rica y finamente en hilos de oro, con su cabello corto peinado hacia atrás, haciéndole parecer un hermoso faisán. Ryu le adornaba con zarcillos, peinetas y adornos de oro puro, al par que colocaba uñas postizas afiladas. Garras de oro que le hacían lucir gloriosamente devastador. El príncipe Libélula ya no llevaba el ropaje verde y plata que le hubiera obsequiado la señora Asakura. Ahora iba desnudo, con dolorosas ataduras hechas por Senryo que estrujaban y amorataban la carne. Cubierto únicamente con eso y los brazaletes de cuero que celosamente había colocado Morio para ocultar sus escarificaciones. Había dejado de ser un príncipe. Su padre lo había vendido vilmente al heredero Libélula. Lastimero, callado, intentaba llamar

mentalmente a Morio, pero el dolor en sus oídos, que iban sanando, le impedía concentrarse. Por lo mismo, en su celda, el capitán pelirrojo bramaba como una fiera, desesperado de no poder oír la voz de su amado. Por fin, Ryu terminaba con el atuendo de Senryo, hincándose ante él, como un siervo ante su amo.

- Ryu, ¿sabes lo que es el dolor, verdad?
- Lo vio ayer, mi señor —dijo en voz muy alta, debido al dolor en sus oídos.
- No me refiero al dolor físico, me refiero a tener en el alma tanto dolor que se vuelve insoportable... tanta rabia contenida... tanto sufrimiento y tantos deseos de que otros sientan lo que tú...
- ¿Y no lo vio acaso, mi señor? —Ryu levantó la mirada, ofendido—. Mi padre me detesta, me humilla. ¡Ayer me perforó los oídos! ¿Y usted cree que ha sufrido?

Esa respuesta del Libélula encendió su rabia. Con los ojos brillando en chispas doradas, se arrojó sobre el depuesto príncipe, para ahorcarlo. Sus dedos, coronados por las garras doradas, presionaron sobre su cuello, traspasando la carne. Ryu cayó debajo de él, jadeando, intentando respirar sin éxito. Su preciosa boca se abrió, turgente, mostrando sus dientes afilados. Senryo estaba furioso. Yagumo no lo había ido a buscar. Lo imaginaba revolcándose con el mocosito lancero. Y saber que la corte no lo favorecía le hacía sentir despreciado, humillado. No iba a contener su rabia. Ahora que había visto lo que podía hacer Ryu, podía darse libre vuelo martirizando a su antojo al hijo del daimyo Libélula; al fin que se curaría después de ser dañado. Ryu intentaba respirar, pero Senryo presionaba mordaz y cruelmente sobre su cuello. La carne se había abierto y ahora sangraba. El joven se hinchaba. Sentía cómo su cabeza se hinchaba, la presión subía y hacía mella en sus lastimados oídos, que volvieron a reventar. El terrible sonido agudo volvió, lacerándole. Senryo sonrió morboso al ver sangrar al Libélula.

- ¡Debo lastimar, Ryu! ¡Debo lastimar como me han lastimado! ¡Pagar dolor con dolor, traición con traición, sangre con sangre!
- Y después… de eso… ¿qué, mi señor? —susurro Ryu cada vez con menos aire.
- El poder. El poder que merezco está cerca ¡y nadie me quitará de mi Real Sitio!

Irguiéndose dominante y orgulloso, Senryo soltó a Ryu para después golpearlo brutalmente usando la garra dorada, arrojándolo lejos de sí. Como un guiñapo, Ryu rodó por el piso, quedando en las sombras sin ropa, intentando recuperar el aire y con los oídos sangrando nuevamente.

- Si… eso es lo que quiere… está bien… mi señor…

Un poco de conciencia volvió a Senryo al verlo así, tan deshecho y maltratado. Más, al acercarse de nuevo a él, todo el odio por Morio volvía, al pensar que Ryu no dejaba de pensar en el fornido pelirrojo. Furioso una vez más, lo levantó de nuevo para, usando las garras, abrir su pecho. Estaba débil. Sus oídos estaban dañados y eso le hacía perder el equilibrio. En una enajenación total, el Libélula se fugó mentalmente. No podía comunicarse con Asakura, pero podía pensar en él. El recuerdo de sus cuidados, el té verde con miel, las rudas manos tratando de restablecerlo… todo eso se acumulaba en la mente del esclavo, intentando aferrarse, creer en él. Senryo vio una hermosa sonrisa, ausente, ida. Ryu le miraba a los ojos. Sus manos blancas aferraban las de él, las acariciaban con devoción. Poco a poco, las lágrimas brotaron de los ojos verdes del maldito, quien sólo podía pensar en la escasa y breve felicidad conocida al lado de ese bravucón. Mientras Senryo le dañaba con vileza, Ryu pensaba en el nombre del ser amado, repitiéndolo mentalmente una y otra vez conforme el dolor aumentaba y la inconsciencia llegaba. Faltaba poco para colapsar…

- ¿Majestad? La ceremonia empezará en 10 minutos...

La ensoñación del momento se rompió por completo.

Y sólo entonces pudo ver que, de no ser por eso, hubiera matado al Príncipe Libélula.

Furioso, Senryo se levantó, arrojándolo al piso de modo intempestivo, pateándolo por la rabia de haber sido interrumpido. El ahora esclavo comenzó a toser al sentir el aire volver con fuerza a sus pulmones. Tomando un fuete, Senryo se arrojó sobre el infortunado sirviente que había osado interrumpir, para golpearlo sin piedad alguna.

- ¿QUIÉN TE DIO PERMISO DE ENTRAR? ¡TORPE, INSENSATO! ¡LÁRGATE! ¡LÁRGUENSE TODOS, NO DESEO NADA! ¡QUIERO ESTAR SOLO! ¡FUERA!

Furioso, cerró la puerta, volviendo la mirada al pálido joven, que se recuperaba del daño, mirándole tranquilo, con toda la conciencia perdida en algún punto invisible y lejano; viendo hacia él, pero no mirándole en específico. Senryo sentía una vez más la derrota, la humillación a distancia por parte de su odiado primo.

- ¡Maldito Morio, entiendo por qué te adora de ese modo! ¡Te odio! ¡Te odio porque en el fondo sé que tú lo amas también y no a mí! ¡Nadie me ha amado nunca! ¡Levántate, Ryu! La ceremonia es en 10 minutos. A mi regreso seguiremos con lo que estábamos.

Haciendo a un lado a los pajes, sirvientes y escolta, Senryo salió de sus habitaciones con paso altivo y firme, la mirada alta y vistiendo de blanco con aire divino, llevando tras de sí, a rastras y con una correa al cuello al hijo de los Libélula. Un acto que por sí solo era humillante para el clan vecino y que podía tomarse como un acto de soberbia. Pero al veleidoso León no le importaban los rumores, ni el funeral. Sólo quería salir a escena y lucir hermoso para que su gente notara su honda pena.

Ryu era arrastrado, llevado al ritmo del nuevo amo. Su piel desnuda rozaba la madera pulimentada del piso. El problema fue al llegar a los patiecitos, donde los guijarros blancos, meticulosamente acomodados, se clavaron en sus rodillas y manos. Ryu estaba acostumbrado a los malos tratos, por ello, no dijo nada ni hizo señas de dolor. Senryo lo jaloneaba y arrastraba con fuerza con la malsana crueldad de un niño caprichoso maltratando a una mascota, esperando verle quejarse de dolor, reaccionar, hacer algo.

Pero no había nada.

Estaba ajeno, aún en esa fuga mental para no pensar y no ceder. Los oídos aún palpitaban tremendamente. Le costaba trabajo pensar, oír y mantenerse en pie. En cierto modo, ir a gatas y guiado era un buen modo de hacerlo avanzar. Torpe, se dejó usar por Senryo, hasta llegar al palco principal, donde los nobles y Yagumo esperaban.

Los nobles murmuraron entre sí, escandalizados por la nada decorosa escena. Tatsumiya fue quien tuvo el valor de enfrentarlo, mirándole directo a los ojos.

- No es una acción elegante ni juiciosa la vuestra, mi señor. Debéis entender que los menesteres íntimos pertenecen a la alcoba, que este es un momento de duelo y despedida y que a quien arrastra no es un esclavo, sino el hijo del daimyo del clan vecino.
- No vine por monsergas, Tatsumiya. Tu lugar está ahí, en la tercera fila debajo de mí. ¡No os he autorizado a hablarme de modo tan confiado! Además, su padre ya me lo regaló.
- ¡Mi señor! Como vuestro consejero…
- Ahórrate eso. Buscaré otro. Obedece y comencemos con… lo que sea que vayamos a hacer.

Yagumo, lleno de furia ante la indolencia y desprecio de su señor, se volteó y se dirigió a donde se le había indicado, moviendo la cabeza. No era sabio desafiar a ese mocoso en ese momento. Lord Yoshikawa se apostó a su lado.

- Creo que con eso queda claro quién debe subir al trono, Tatsumiya. Nombraremos como nuestro siguiente líder a Toshio

y a vos como su tutor. Ese fue el primer atisbo de despotismo. Si lo dejamos subir, empeorará.

- Ya no puedo objetar, Yoshikawa – san. A estas alturas, ya ni siquiera deseo hacerlo.

Mientras hablaban, el sacerdote mayor esparcía flores al viento. Los llantos y el fuego hacían un clima de hondo pesar. Al viento se iba el humo del fuego funerario. Y cuando el cuerpo salió, ungido, envuelto y listo para ser quemado, los ayes y el llanto plagaron el palacio y la ciudad. Los nobles del clan lloraban en estoico silencio la muerte de su amo. Los altos generales vigilaban celosamente a Ryunosuke, a quien tenían en un palco especial, donde su acción era limitada y se mantenía lejos de su hijo.

En medio del duelo, nadie reparaba en la olvidada mascota sexual de Senryo que, hecho ovillo en el piso, ignoraba los funerales, sintiendo estallar su cerebro. Los oídos estaban sanando de nuevo y la regeneración dolía mucho. Tapándose los oídos, intentaba volver a concentrarse en Morio, en los recuerdos, pero no podía, algo lo impedía.

Fue cuando los vio.

Dos torpes figuras, andando tambaleantes, vestidos con ropas de nobles. No fue difícil reconocerlos. No estaban vivos ni muertos. Uno, con el cuello partido en dos, sangrante; el otro, con la cabeza vuelta al revés, deambulando torpemente. Otoya y Toono. Los dos noblecitos déspotas a quienes había creído asesinar al hallarlos torturando a su amado pelirrojo.

El problema era que los oídos lo estaban matando y en ese estado no iba a poder con ellos.

Trabajoso, y aprovechando que Senryo lloraba falsamente mientras declamaba un poema al amor paternal, Ryu se puso de pie. Nadie parecía notarlo. Cuando pudo erguirse y sujetarse de las paredes, las dos almas miraron hacia él. Otoya, más joven y de estatura más corta, dirigió su mirada muerta hacia el debilitado Príncipe. Tenía órdenes expresas: “Trae al Hijo del Dolor. Tráeme a mi hermoso Ryu”. Tambaleante, lento, y con el pálido semblante desencajado y surcado por cientos de líneas de color negro, avanzó hacia él. Hubiera sido fácil deshacerse de ellos, de haber estado entero. Pero en ese momento y sin modo de defenderse, era presa fácil. Las dos almas lo atraparon con facilidad. Un frío letal traspasó la piel desnuda de Ryu cuando las manos muertas lo sujetaron. A través de los cuencos negros de la mirada de Otoya, pudo ver claramente los malditos ojos de Norima. Todo su escape mental colapsó en ese momento. El obsesivo odio – amor del brujo volvía a él en forma de esos dos sirvientes sin

voluntad que le sujetaron y arrastraron consigo a la oscuridad que se formaba detrás de los nobles sin que éstos se percataran.

Las sombras eran una especie de reino nuevo, donde Norima tenía potestad absoluta sobre los espíritus errantes de todos los oprobiosos muertos del Clan León. Ahí, Otoya y Toono tomaban más conciencia, dejaban de ser cuerpos muertos andantes para retomar su cruel esencia.
De ambos cuerpos brotaron navajas; afiladas hojas de acero de acabado ruinoso y olvidado. Toono, el mayor, lucía hojas de acero brotando de sus ojos cortados. Con saña, y una voz mortecina y burlona, acercó su rostro al de Ryu.

- Sé que me recuerdas, gatito blanco. No tenía el gusto de conocerte. Apenas y te vi. Fuiste veloz, letal y certero. ¿Por qué nos trajiste al frío de la muerte? Mi dulce hermano y yo sólo jugábamos. ¡No es ningún delito jugar con un muerto!
- Morio… no es un muerto…
- ¡Oh, claro que lo es! —terció Otoya, llegando por detrás de Ryu, lamiendo su cuello—. Es un juguete, ¡y nos pertenece!
- Y el amo Norima nos ha dicho que nos lo dará si te llevamos ante él, gatito malo. Así que ven. Abajo hay muchas cosas que te gustarán.
- Una fosa oscura, llena de amor, de gracia y redención. Norima nos ha convertido en inmortales. ¡Pero todo te lo debemos a ti! ¡Tú nos pasaste del reino de los viles mortales al oscuro y hermoso reino de la muerte!
- Deberíamos venerarte, Príncipe del Dolor… ¿es cierto que eres poderoso? ¿Qué soportas todas las torturas con alegría y pides más?
- N—no…. No puedo ahora…
- ¡Oh, yo creo que sí! ¡Otoya, vamos a jugar con él!

Diciendo eso, las dos almas, aprovechando las navajas que brotaban desde dentro de su cuerpo, se frotaron contra Ryu. Toono por delante, Otoya por detrás. Traspasaron el cuerpo, abrieron la carne. Ambos reían malsanos mientras el Príncipe, débil y torturado, gritaba.

Fueron esos gritos los que sacaron de balance a los nobles cercanos, que voltearon alarmados al oír tales alaridos.

De la oscuridad vieron brotar el cuerpo de Katayama, con la mano extendida, desnudo, gritando lastimero, pidiendo ayuda, tambaleándose y enteramente bañado en sangre con la piel rebanada, la carne colgando en jirones.

- ¡OH, POR BENTEN! ¿PERO QUÉ LE HA PASADO…?

Quien subió de inmediato al oír el tumulto fue Yagumo, intentando contener la histeria para no interrumpir el funeral. Más, al llegar y ver el grotesco espectáculo, su reacción fue de terror puro.

- ¡POR TODOS LOS DIOSES! ¿QUIÉN LE HA HECHO ESTO?

Y Ryu, en el piso, gritaba pidiendo ayuda, siendo rebanado por navajas invisibles. Uno de los nobles intentó salir huyendo, pero Tatsumiya, con temple de acero, lo detuvo.

- Cierren esta área. ¡Nadie entra, nadie sale!
- Pero, Lord Tatsumiya… ¡Esa cosa… mírelo!
- ¡LO ESTOY VIENDO, CARAJO! Y no sé ni qué hacer… ¡van a matarlo! Lo único que se me ocurre es… Asakura. ¡No se muevan de aquí! ¡No lo saquen, no dejen que…siga cortándose… o lo que sea que le pase!
- ¡LUCES! ¡AAAAGHHHHH! ¡ENCIENDAN…LUCES! ¡POR PIEDAD!

Era Ryu quien había gritado, señalando hacia las lámparas de aceite. Sabía que al disminuir la oscuridad Otoya y Toono no tendrían reino en el cual torturarle. Temblorosos, los nobles obedecieron. Al lanzar luz sobre él, la negrura, como si fuese un ente vivo, retrocedió en círculo, retraída, como animal de presa repelido por el fuego.

- Esto no va a durar mucho y Kanagawa no está aquí. Y tampoco voy a interrumpir los funerales de mi tío. Ustedes, ¡retengan esa luz! ¡Iré por la única persona que podría detener esta locura! Los dioses me amparen por la idiotez que estoy por cometer…

Diciendo eso, se apartó del funeral, dirigiéndose hacia las celdas, en busca de Morio.

Conforme descendía, el palacio mismo cambiaba ante sus ojos. Dejaba de ser el hermoso y austero bastión escarlata que siempre había sido para ceder a un oscuro y malsano *kegare* que parecía brotar desde abajo. Desde las celdas.

Sí, donde Morio estaba.

Dada la ausencia de Norima, Yagumo sólo podía imaginar que el causante de esa negrura era Morio. No había guardias. Todos estaban en el funeral. Bajó, armado con fuego y su espada. Más, al llegar justo a la zona cercana a la celda de Asakura, halló el pasillo peligrosamente cambiado.

Por todas las paredes del mismo, cientos de brazos de color escarlata parecían brotar de la roca. Sus nudosas garras torcidas parecían ramas secas. Estaban quietos, silentes, pero en la peligrosa espera de que alguien pasara por ahí. Juicioso, Tatsumiya arrojó un guijarro antes de pasar.

Al sentir la vibración de la piedra, los brazos reaccionaron, manoteando, buscando algo a lo que aferrarse. Al no hallar nada, volvieron a su grotesco estado de mutis. No iba a ser fácil pasar por ahí.

- ¡ASAKURA! -gritó al negro ambiente, esperando una respuesta. ¡ASAKURA! Maldito seas, ¿sigues vivo?

En la oscuridad, respondieron suspiros idos y mortecinos. Fastidiado, y sabiendo que el tiempo corría, decidió pasar corriendo a través del pasillo, cercenando brazos con impresionante velocidad aprendida del General Yasakani.

Yagumo era ahora un bólido que no se detuvo ante nada y que pasó blandiendo la espada con exactitud, esperando y rogando porque ninguno de esos espectrales brazos le atrapase y llevase consigo. Conforme corría, podía oír con mayor claridad los dolorosos gemidos de las almas, sus lamentos, esas voces que parecían brotar desde el piso de roca. Poco a poco, de las paredes, el techo e incluso el piso, brotaban los brazos, sujetándolo. No tardó en ser aferrado por el primero, que jaló su *hakama* para hacerlo caer. De inmediato, como marabunta, los demás comenzaron a jalarlo. Manos heladas, rojas, bañadas en sangre.

- ¡ASAKURA, SI EN ALGO VALORAS LA VIDA DE KATAYAMA, DETÉN ESTE HECHIZO!

De la celda de Morio brotó un ruido. Un golpe que embestía la reja, como si un animal salvaje se estrellara contra su prisión. Yagumo supo que era Morio. Usando su larga espada, cortaba los brazos, manchándose de una sangre escarlata que se convertía en polvo conforme los brazos se deshacían al ser cercenados.

- ¡MORIO!
- ¡ACÁ ESTOY, CARAJO!

Oírle fue un aliciente. Significaba que estaba vivo y consciente. Trabajoso, se levantó hasta por fin poder alcanzar la reja. Una mano enorme, gruesa y nudosa lo aferró con fuerza. Era Morio, que estaba convertido en una piltrafa. Despeinado, ojeroso, débil, pálido y con visibles marcas de tortura e indicios de encierro y locura. En cuanto Morio tomó su mano, las manos se retrayeron, quedando quietas una

vez más.

- ¿Qué…? ¿QUÉ CARAJOS FUE ESO?
- Los he oído desde hace tiempo. Les oí venir, anidar… son muchos, Yagumo. No sé cuántos… —al decir eso su sonrisa se torció, demente—. ¿Qué pasó? ¿Ya le estalló el petardo en la cara a Senryo y no sabe controlar a Ryu?
- Idiota, ¡maldito idiota! No es momento de burlas. ¡Katayama Ryunosuke ha venido al clan y ha desatado algo en él con su llegada!
- Ohhhh… el bastardo padre de Ryu… eso explicaría por qué ya no lo oigo…oye, por cierto, si traes llave, yo que tú pasaría a la celda…
- Te noto muy tranquilo, ¿qué truco es éste?
- Sólo sé que te quedan cinco.
- ¿Cinco qué?
- Cinco, cuatro, tres, dos…

Conforme Morio contaba, el pasillo, ahora limpio, comenzó a gotear e inundarse con negra agua fría, cenagosa, proveniente de las profundidades del subsuelo. Nacida de la nada, llegada de ningún lugar, el agua comenzó a ascender.

- ¡Esto debe ser un truco!
- Si no entras, te ahogarás. Sé lo que te digo…
- ¡CARAJO, DETENLO!
- ¡No soy yo! ¡Comenzó hace poco! ¡Entra o el agua será el menor de tus problemas!

Y Morio no exageraba. El agua no venía sola. En ella, flotando, aparecían rostros pálidos. Gente ahogada que gritaba y, como una ola, se lanzaba sobre Tatsumiya. Con desesperación y miedo, el ambicioso noble giró la gruesa llave de la cerradura y abrió la puerta justo a tiempo para entrar y dejar que, tras de sí, el agua siguiera su curso, sin meterse ni colarse por la reja, pese a que había espacio de sobra para ello.

- ¡Esto es una locura! ¿Por qué el agua no entra?
- Me lo pregunté en su momento.
- Te veo muy entero… ¡deberías estar deshecho!
- Gracias, Lagartija. Tus amiguitos hicieron lo posible… pero he estado aprendiendo algunos trucos nuevos en este encierro. Y he oído cosas… muchas, muchas cosas…

Diciendo eso, se sentó en la celda, cuyo piso ya lucía café debido a la sangre seca. Olía horrible. El sitio era deleznable.

- ¿Qué demonios sucede en este sitio? Asakura, vine porque ese Príncipe debe irse de aquí. ¡Algo ha brotado de las sombras para

deshacerle la piel! ¡Tienes que venir!

Oír eso lo hizo levantarse de golpe.

- ¿QUÉ LE HICIERON? ¿QUÉ MIERDA LE HIZO SENRYO, MALDITA LAGARTIJA?
- ¡NO FUE SENRYO! ¡Debió ser su padre! Pero si no vamos ahora mismo, ¡cuando lleguemos las sombras lo habrán desollado vivo!

No hubo necesidad de más palabras. Olvidando el agotamiento, el hambre y las privaciones, Morio se dispuso a seguir a su odiado primo una vez que la marejada de agua pasara y el pasillo volviera a quedar limpio. Una vez fuera, todo parecía normal.

- Corre. No te fíes de nada. Pronto vendrán las langostas…
- ¿Langostas?
- ¡Eso dije! ¡Corre, no son insectos normales! ¡Corre antes de que el enjambre venga!

Justo terminando de decir esa frase, un zumbido proveniente de todas partes se hizo presente. Morio tomó a Tatsumiya de la mano y le hizo huir de lo que venía: un furioso enjambre de insectos del tamaño de la palma de una mano, con patas llenas de púas afiladas y rostros contrahechos, difusamente humanoides. Del piso brotaban bichos que intentaban subir por las piernas de ambos. Morio no veía atrás. Sólo subía. Katayama había dañado a su Ryu y si no llegaba a tiempo, éste moriría. Alrededor de ambos, las sombras se cerraban. Morio, obsesionado, corría hacia arriba, buscando la salida. Yagumo, detrás, intentaba seguirle el paso.

Cuando llegaron por fin a los salones del palacio, Morio notó el cambio. Todo olía distinto. No era sólo el incienso del funeral. Había algo más. Su brazo contaminado daba comezón. Un grito le hizo ir como un sabueso hacia él.

Cuando entró a la sala donde Ryu intentaba zafarse de las cuchillas de los espectros, los nobles se hicieron a un lado. Morio se arrojó sobre el príncipe, protegiéndolo. Ryu sólo pudo caer en sus brazos, colapsando ante tanto dolor.

- ¡RYU! ¿PERO QUÉ PASÓ AQUÍ? ¡HABLEN!
- ¡No… no lo sabemos! Estábamos en el funeral cuando lo oímos gritar…
- El funeral… es hoy…

Levantando en brazos al príncipe descarnado y lastimado, Morio se asomó para ver la pira funeraria, que ardía. Su presencia separó a los espectros de Ryu. Las antorchas encendidas por los nobles los habían retraído. Tatsumiya fue hacia su primo, que miraba el funeral con

expresión ida e impotente.

- Oh, tío… Si sólo hubieras sido menos necio…

Con Ryu en brazos, el Capitán pelirrojo bajó el rostro, llorando en tan solemne silencio, que hizo dudar a quienes lo vieron sobre la acusación de asesinato. Yagumo temía por ello. Sabía quién había sido el asesino. Podía verlo en el balcón de honor, despidiendo a su padre, fingiendo con total impunidad un dolor que no sentía. Y sabía que hablar también lo comprometía. Por ello, tenía que mantener la charada de acusar a Morio en lo que hallaban un mejor chivo expiatorio.

El funeral no se había interrumpido, pese al incidente. Morio se hincó en el piso para revisar a su príncipe, entre silenciosas lágrimas. Ryu estaba devastado una vez más. La piel había sido cortada, sangraba de muchas partes. Pero se aferraba a él, cansado, con poca conciencia. Sin palabras, trató de abrazarle, de comunicarle su calor y su presencia. Y quedó aferrado a él por largo tiempo, en silencio, despidiendo a su tío al menos de lejos. Muchos nobles, al ver ese gesto, supieron que Senryo había mentido una vez más. No, Morio no era el asesino. E iban a exponer eso en el próximo juicio.

Una mano se posó en el hombro de Asakura. Era Tatsumiya, acompañado por dos guardias.

- Se acabó. Es hora de que vuelvas a la celda.
- Has de ser hijo de puta… ¿no ves acaso lo que ha pasado aquí?
- Eso no te exime de nada. Sigues siendo un prisionero acusado de asesinato. De pie, dije.
- Me necesitaste más de lo que yo a ti, puta Lagartija. ¿Quieres devolverme a la celda? Ven e inténtalo.
- Guardias… llévenselo.
- ¡NI PUTAS MADRES, NO IRÉ A NINGÚN LADO!
- ¡No te resistas a la autoridad o tendré que…!
- Tatsumiya—dono… antes de devolverlo a la celda, permítame exponer un par de puntos sobre el capitán Asakura.
- Nada hay que exponer. ¡Es un bruto, es un asesino!
- Temo que, en efecto, ha sido inculpado de modo injusto.
- ¡ESO ES LO QUE LLEVO DICIENDO DESDE QUE SE ME CULPÓ! –terció Morio.
- Hay testigos y pruebas suficientes de que fue él, Lord Tachibana. ¿Por qué dudar de ello?
- Justo porque acabo de ver cosas inauditas en este momento. Ese tipo sangrando de la nada me deja en duda de si acaso no estaremos siendo manipulados por estos Libélula. Guardias, lleven al capitán Asakura a una celda de cortesía. Capitán,

entenderá que aún no puedo afirmar su inocencia, pero alegaré por ella.

- Lord Tachibana, ¡gracias! Puedo demostrar que no fui yo.
- Tan pronto pase el periodo de duelo expondremos lo visto en esta ocasión. Habemos muchos testigos de lo sucedido, ¿cierto, señores?
- ¡Por completo! —terciaron los demás.

Yagumo estaba nervioso ante eso. Si se sabía que él había encubierto a Senryo perdería todo. Pero no dio muestras de nerviosismo ni zozobra. Tenía que mantenerse incólume ante la tormenta y pensar de modo frío. Si Senryo no entendía, tendría que dejarlo atrás, por mucho que lo amara.

- ¿Y qué haremos con el Príncipe Libélula, Lord Tachibana? Ha visto lo que arrastra consigo. Una especie de maldición. Yo opino —dijo Tatsumiya sujetando a Ryu del collar—, que debemos encerrarlo en la torre,
- ¡Y TE HABÍAS TARDADO, MALDITA LAGARTIJA! ¡NO LO TOCARÁS!
- Asakura, ¡por los dioses, compórtate!
- ¡NADIE SE LLEVARÁ A RYU! ¡NO LO APARTARÁN DE MI LADO!
- ¿Ven a qué me refiero, nobles Lores? ¡Asakura no está en sus cabales!
- ¡Lo vemos perfectamente! Capitán, por su seguridad, la de Lord Senryo, la de todos en palacio, y en aras de defender su inocencia, apruebo que se encierre a este hombre en la torre. Proceda, Tatsumiya—san.
- Guardias, sujétenlo. Yo mismo lo llevaré a la Torre.
- ¡NO TE LO PERMITIRÉ, LAGARTIJ…! ¡SUÉLTENME, CABRONES! ¡SUÉLTENME O LOS MATARÉ!

Aprovechando que entre 4 contenían al debilitado capitán, Yagumo tomó la correa de Ryu y se dirigió hacia la torre, arrastrándolo igual a como hacía Senryo antes del funeral. Tener la correa, llevarlo a su ritmo, mandar, hacerlo obedecer, eran cosas que fascinaban a Tatsumiya. Con mano dura y cierta displicencia, jaló la cuerda, indolente ante la sangre que iba dejando.

- Creo que puedo entender el motivo por el que los fascinas, príncipe masoquista. Realmente haces sentir poderoso a aquel que te tiene bajo su mando. Dime, ¿así sedujiste a Asakura?
- Ghhh… usted… qué sabe de amar. Sólo ama el poder.
- No tienes idea de lo que dices. Amar es darte cuenta de que esa persona lo es todo. Usted sólo ve una cara de la moneda.

- Lo… lo mismo digo…

Ryu frenó, jadeando adolorido. La carne colgaba a pedazos y sangraba profusamente. Tatsumiya volteó. Tras él, dos guardias iban, vigilando. Haciendo un mohín de desagrado, Yagumo levantó en brazos a la criatura, cuya sangre empapó por entero sus blancos ropajes de luto.

- Dejaré en claro que esto no me agrada más que a usted. Lo hago para acelerar el proceso.
- Bájeme entonces…
- Ni hablar. Quiero acabar con esto cuanto antes. Alégrese. Serán sólo tres días lejos de Norima. Únicamente recibirá mi visita.
- Qué gran consuelo… —susurró adolorido.
- Si no es para consolarlo. Si gusta, ni yo lo veré. Por mí, encantado. Yo no soy Morio para consecuentarle todo.
- Para mí sería un placer no verlo…
- Bien, en ese caso quedará confinado en aislamiento, sin comida ni agua…

Aislado.

La palabra lo aterraba.

Sabía lo que era esa desquiciante soledad en medio de las sombras. Norima también lo había hecho experimentar el doloroso abrazo del aislamiento y la soledad eterna. Esa tortura de perder la noción del tiempo; de no saber cuándo es cada hora, ni de saber si hay día o noche. Y, sobre todo, el miedo a quedarse con las sombras, sus engendros y esa cosa que vivía dentro suyo. Quiso suplicar, pero no iba a hacerlo. Yagumo no iba a tener piedad de él aun si rogaba. Aterrado, llevó sus manos a su dañado pecho.

- ¿Qué pasa, Katayama? ¿Temes a la oscuridad o a que Morio no estará contigo para pelear por ti? —preguntó burlón.
- A ninguna. Creo que más bien os da mucha envidia que Morio y yo lleguemos tan lejos y que confiemos tan ciegamente el uno en el otro, mientras que Senryo y vos ni siquiera pueden confiar entre sí —respondió desafiante, pese al dolor sufrido.
- Hablas como si tu opinión fuera de alguna importancia para mí... y como si tuviera que decirte lo que hay realmente entre Senryo y yo. Solo necesitaba tu confesión de que estás con el traidor. Bien, hemos llegado. Entra.
- Traidor… bah. No importa cómo le llames, lo único que le incomoda es que al final necesitan del poder que hay en mí. Sabes que eso me mantendrá con vida.
- Así es... no nos interesa nada mas de ti. Adiós, príncipe Katayama. No albergues ninguna esperanza de volver a saber de Morio. Él ya está muerto y tu alma no descansará nunca, pues

está maldita. Pobre de ti.

Con una cínica sonrisa, vengándose de todo el coraje vivido los últimos días, Tatsumiya cerró la puerta, dejando al detestado príncipe Libélula tras ella, en la grotesca oscuridad, donde seguramente Otoya y Toono irían a visitarle, ataviados con navajas brotando de su cuerpo, listos para cercenar su carne hasta el paroxismo. No había a donde ir. La habitación de la torre era pequeña, llena de cosas antiguas, empolvadas, olvidadas. No tenía una sola ventana. No había modo de saber si era día o noche. Abrazado a sí mismo, aún débil, con la carne cortada y los oídos recuperándose, Ryu sintió de nuevo el terror de la oscuridad. Ese miedo a quedarse solo consigo mismo y los aullidos de los caídos en la oscuridad.

En efecto, no tardaron en llegar.

Atraídos por su aura, cientos de manos frías y azulosas conformaban una sola entidad que avanzaba con dedos sin uñas, descarnados, manos muertas que buscaban tocar su carne tibia y rosada. Para ellos, Ryu era como una luz, como el faro que guía a los navegantes. Al hallar su cuerpo, cada mano intentó tomar un pedazo de su cuerpo. Lo jalaban, rasgaban e intentaban llevar consigo. Con los ojos brillando en ese tono verde innatural, Ryu gritaba y pateaba. Pero de poco le servía ante la multitud que se cernía sobre él. Sus oídos, con media audición, captaron susurros, voces. Forcejeando, peleaba, intentando zafarse.

- ¡BASTA! ¡NO ME TOQUEN! ¡LÁRGUENSE DE AQUÍ! ¡DÉJENME! ¡MORIO!
- ¡Ryu! ¡Mi amor!
- ¡Ryu!
- ¡Ven a mí, Ryu!

Como un coro, todas las voces imitaban frases de malsano amor hacia el príncipe, que desvariaba, lastimado, sangrando. Entre la cacofonía, alcanzó a distinguir una canción. Una voz fuerte, que conocía a la perfección. No cabía duda. Era él.

- … y a pesar de todo, ¡qué difícil es que no me duela estar sin ti...!

Al oírla, Ryu bajó los brazos y sólo concentró sus pensamientos en ella, repitiendo las frases, siguiendo el poema.

- … yo seré tu aire, tú serás la piel que cubra mi soledad.
- ¡Quiero estar junto a ti!

Sonriendo, Ryu se hizo ovillo, llamándole.

- ¡Puedes oírme! ¡Puedes oírme, mi Capitán!

Buscando entre las sombras, Ryu extendió los brazos a la nada. Y en el

nuevo confinamiento, Morio sintió un par de manos suaves tocando sus hombros. Con fuerza, aferró esas manos invisibles, acariciándolas con burda mano, aún débil.

- ¡Y puedo sentirte!
- Capitán… ellos quieren llevarme. Son tantos, son oscuros… no sé qué son, pero son horribles, parecen espectros que desean…
- No pienses en ellos. No pienses en nada. Ignora todo a tu alrededor y sólo concéntrate en mi voz. Nada más hay en este sitio que tú y yo.

Ryu abrazó un arcón, sintiendo el cuerpo de su amado capitán. Pudo sentir claramente sus manos acariciando su cabello. Y eso calmó su respiración. Todo era más claro ahora. La oscuridad ya no le era tan amenazadora. No estaba solo. Y si no estaba solo, ellos no podrían dañarlo.

Las ánimas retrocedieron paulatinamente. Sus voces dejaron de oírse. Ryu rompió en llanto, humillado, deshecho de nuevo. Las manos rudas de su capitán le consolaban. Su voz le daba alivio, mucho alivio. El verde de sus ojos desapareció. Volvió a ser el muchacho pacífico que Morio había descubierto.

- No te quiebres, no pienses en nada, Ryu. No oigas nada más que mi voz y dime… ¿cuál es tu comida favorita?
- ¿Mi… comida favorita?
- Sí. Nunca me lo has dicho.
- Las… galletas de arroz y castañas. Un *wagashi* que se comía mucho en mi clan…
- Recuérdame atascarte de ellas cuando salgamos de aquí. ¿Y de beber?
- Qué pregunta… el té verde con miel. Fue… fue el bálsamo que me diste la primera vez que me diste algo de beber. Y no olvido su sabor dulce tratando de amortiguar la amargura en mi boca… No puedo olvidar su sabor. Has sido tan amable conmigo…
- Sin llorar, hombre. Lo haría mil veces más. Lo que fuera por ti. No sabía que te gustaran las cosas dulces.
- Tú prefieres los sabores salados, ¿verdad?
- ¿Se me nota mucho?
- Comes carne como endemoniado. ¿Sabes que puede hacerte mal en exceso?
- Lo dudo.
- No lo dudes… ahhh… mi cabeza pesa menos ahora, Morio. Siento mucho alivio. Los oídos están sanando…
- ¿Qué te hicieron en ellos? ¿Fue el maldito hijo de puta de Senryo?
- No, no… fue mi padre, Mo. Vino desde la Tierra Libélula. Pensé

que sería por Norima y por mí, pero a él le importa un bledo. Y a mí me entregó a Senryo como una concubina.

- ¡CARAJO! ¿Y qué hizo Senryo?
- Lo dejó pasar. No sólo eso. Algo le dijo, pero no sé qué. Por eso me perforó los oídos. No quería que oyera algo que dijo a tu primo. Pero lo que haya sido, ha hecho que Senryo me mire de un modo muy distinto. Más obsesivo. Desde que habló con mi padre dejó de tratarme como a un colega y comenzó a ponerme en el papel de mascota sexual. Me pateó, me puso correa al cuello y me despojó de mis ropas.
- ¡VOY A MATARLO!
- No grites… —Ryu abrazó ese cuerpo imaginario, descansando en ese amplio pecho que parecía estar ahí con él—. Cuando lo haces, las ánimas parecen volver.
- ¿Qué fue lo que sucedió? Tatsumiya bajó hasta la celda para sacarme. ¿Quién te hizo ese daño? ¿Fue Norima?
- Parece que el maldito ya se hizo de lacayos. ¿Recuerdas lo que te dije de esos dos que te torturaban y que mandé al otro mundo? Volvieron. En forma de espectros. Y estoy seguro que fue Norima. Pero no los veo ni oigo ya. Tu voz me ayuda, Capitán. Tú evitas que ellos vengan por mí. Déjame abrazarte… y contarte más. Te pondré al corriente de todo mientras has estado encerrado…

Las sombras ya no estaban. Se habían diluido. Ryu hablaba en la oscuridad con la nada, poniéndole al tanto de los hechos, mientras que, en su encierro, Morio abrazaba una cobija, oyendo a la perfección cada palabra del Libélula, sintiéndose a su lado. Ambos unidos en un abrazo a distancia, creado por la energía de la sangre de Ryu.

La ceremonia funeraria todavía demoró más. Al término, el cuerpo había sido cremado, purificado y sus cenizas guardadas en una urna de oro con piedras preciosas rojas. Para Senryo, eso terminaba con una era de humillaciones y falta de amor. Por fin había terminado con la era de tirana cerrazón de su padre y nada podía impedir su rampante ascenso al trono. O eso creía él.

Al volver al sitio donde había dejado a su mascota, se enteró por boca de los nobles sobre el incidente y de cómo Yagumo, deliberadamente, había liberado a Asakura. Al término del relato, Senryo estaba furioso con su amante, que lucía impávido y convencido de no permitirle subir al poder.

- ¿PERO CUÁL ES TU PROBLEMA, TATSUMIYA? ¿EN QUÉ MOMENTO DI YO LA ORDEN DE LIBERAR AL ASESINO DE MI PADRE?
- Usted no estuvo cuando sucedió. Ignoramos qué haya sido lo que dañó así a Katayama, pero fue asqueroso e infernal. Lord Senryo, la oscuridad LE ESTABA DESGARRANDO LA CARNE. ¡Pudo haber muerto! ¡Asakura fue el único que pudo controlar eso!
- Ay, por los dioses, ¡claro que no! ¡Se recuperará!
- ¿Ese es el amor que le profesa a su mascota?
- ¡Bah, es desechable! ¡Ya me dijeron que puede curarse!
- ¿Quién le dijo eso? —Yagumo levantó la ceja, suspicaz.
- Gh… ¡No te importa! ¡Lo que importa es que TÚ COMETISTE UN ERROR! ¿Dónde está mi perro?
- No pienso entregarlo. Lo siento, señor. Pero le he hecho encerrar en la Torre.
- ¿Y TÚ CON QUÉ AUTORIDAD?
- Fue decisión unánime, mi señor —Intervino Tachibana—. Lo que vimos no fue algo natural. Era de naturaleza demoníaca. Esos Libélula no son de fiar, Lord Senryo. Lo mejor es que los echemos cuanto antes.
- ¡USTEDES NO SON NADIE PARA DECIRME QUÉ HACER! ¡YO SOY EL *DAIMYO*!
- Vuestro padre habría desaprobado tal actitud, mi señor. Compórtese.
- ¡MI PADRE YA NO ESTÁ AQUÍ!
- Sin embargo, él poseía un juicio propio. No se dejaba llevar fácilmente por la rabia.
- ¡CON MI PADRE ERA UNA COSA! ¡CONMIGO ES OTRA! ¡Y NO QUIERO QUE VUELVAN A MENCIONAR A MI PADRE NI EN CONVERSACIÓN!
- Puedo ver eso claramente, mi señor Senryo. Sin embargo, falta la resolución del *Rojufu* y los altos nobles con respecto a vuestro nombramiento. Ya había hablado con voz sobre eso. ¿Lo recuerda?
- ¡Oh, lo tengo muy presente, Yagumo! ¡Mañana a primera hora quiero hablar con todos sobre este asunto! ¡Y QUIERO DE VUELTA A MI RYU!
- Lo veremos mañana, mi señor. En este momento, lo mejor es dejarlo donde está. Y que usted descanse.

Senryo miró a su amante con auténtica rabia. Yagumo le miraba hacia abajo, profundamente dolido y decepcionado. Los ojos ambarinos del heredero león chispeaban destellos de furia, haciendo parecer ópalos; los de Tatsumiya, fríos y rasgados, denotaban una clara y dolorosa

decepción. Tras largos segundos de ese duelo de miradas, Yagumo le hizo una seña.

- Vaya a dormir, mi señor. Mañana se convocará a los nobles del clan para que ahora usted exponga sus motivos para gobernar este clan.
- ¿No estarás ahí?
- Ha dejado claro que no me quiere en esa reunión. Lo siento, pero en ese caso, me espera alguien más. Buenas noches.

"Alguien más". ¡Alguien más! De seguro hablaba del lancero estúpido de los Leones de Hierro… ¡ese mocoso idiota que ni siquiera sabía hablar bien! ¡Quería matarlo! ¡Deliberadamente, el adolescente ése le había robado al amor de su vida con todo cinismo! Haciendo alarde de un dramatismo teatral, Senryo volvió a sus habitaciones a llorar desconsoladamente, ahora en completa soledad.

Esta vez, Senryo estuvo puntual a la octava hora, listo para enfrentar a los nobles del clan, que ya le esperaban, bastante decepcionados y listos para negarle el paso al poder. Su fastuosa entrada ya era típica. Lo que sorprendió a los nobles, fue verlo entrar no del brazo de Tatsumiya, sino con Katayama al lado. El maldito anciano de aspecto repulsivo le acompañaba, cetrino, serio y silencioso. Yoshikawa fue el primero en protestar.

- Lord Senryo, esta es una reunión a puerta cerrada entre miembros del clan León. ¡Un miembro de otro clan no tiene cabida en este sitio y momento!
- Ah, ¡buenos días, Lord Yoshikawa! Adivine qué: no me importa. El señor Ryunosuke ha tenido la amabilidad de acompañarme y ofrecerse para darme asesoría en este momento ante este grupo de nobles bien cebaditos que me quiere fuera del trono.
- ¡No permitimos su acceso! ¡Salga, Katayama-dono!
- ¡Katayama no se mueve! ¡Quiero saber qué son esas intrigas en mi contra, en las cuales dicen que no me quieren como su amo y señor! ¡Díganlo ahora!
- El *Rojufu* le espera, Lord Senryo. No están nada contentos con su desempeño y actitud.
- … y en efecto —terció Tachibana—, no aprueban su ascenso al trono.
- ¡PERO SOY EL HEREDERO, EL PRIMOGÉNITO! ¡ESTE TRONO ES MÍO POR DERECHO!
- Mas no por acción. No es con nosotros con quien debe hablarlo, Lord Senryo. Convenza al *Rojufu* de sus capacidades. El único que no ha dejado de apoyar su ascenso ha sido Lord Tatsumiya. Y usted le ha prohibido el acceso.

- Es irónico que se deshaga de la única persona en este clan capaz de poner las manos en el fuego por usted.
- ¿Qué saben ustedes de Yagumo? ¡NADA! ¡No lo conocen! ¡Es… es un aprovechado, un mentiroso, un traidor…!
- Sólo sabemos lo que vemos. Y vemos que él, por sobre todas las cosas, cree en usted.
- Quizás es su único defecto. Depositó su confianza en alguien que no le corresponde.
- Ni la merece.
- ¡A CALLAR, SAPOS VIEJOS! Así que desean que hable con esas momias secas del *Rojufu*, ¿eh? Pues véanlo…

Orgulloso y blandiendo los *tessen* con cinismo, Senryo se abrió paso a través de la sala, pisando a los nobles y tirando sus cuencos y tazas de té. Oía a su paso los reclamos e insultos de los nobles. Y sonreía seguro de sí mismo. Katayama, sabio y añejo, le había dado una fabulosa idea para callar a esos murmuradores y someterlos por fin a sus pies para por fin alcanzar el trono León. Entró a la sala del *Rojufu*, a la cual Tatsumiya entrara días antes con premura y miedo. Senryo no temía. Entró con desparpajo y cinismo, sonriendo. Las luces teatrales de la sala se encendieron detrás de los ancianos que parecían estar siempre hincados ahí.

- Lindo, muy lindo. Gran demostración de teatro Nôh, ancianos. ¿Vamos a darnos la cara o qué?
- Tus acciones son deleznables a ojos del Clan, Akodo Hirozawa Senryo. No estás siendo el heredero que se espera.
- Yo no soy mi padre. Se lo dije anoche a Yagumo. Con mi padre era una cosa, conmigo es otra. Y no pienso seguir su senda guerrera ni sus prejuicios de macho. Señores, soy la opción que se debe tomar para reinar a la muerte de mi amado padre y aunque les desagrade, lo saben. Tengo excelentes ideas para comenzar…
- ¿Qué clase de ideas puede tener usted, Lord Senryo?
- Por principio de cuentas, estrechar lazos con el Clan Libélula. Su líder ha venido directamente a nosotros y ha ofrecido a su hijo como embajador.
- ¡QUERRÁ DECIR COMO UN DENIGRANTE ESCLAVO SEXUAL!
- No he dicho tal cosa, señores. Pero si tal es la molestia, podemos hacer una alianza matrimonial entre Katayama Ryu y la dama Matsu Midori. Es… prima mía en segundo grado, algo así.
- ¿Una alianza matrimonial? ¡Estrechar lazos con el clan Libélula es peligroso!
- Has visto lo que sucedió desde la llegada de esos hechiceros negros, cachorro. Abrirles la puerta, es abrir las puertas del

infierno.

- Pero también saben que poseen las poderosas Máquinas de Guerra. Piensen en ello, señores. Una alianza matrimonial con ellos nos haría fuertes y nos daría potestad sobre sus máquinas y arrozales.
- Podría haber sido una buena estrategia antes de darnos cuenta de los oscuros lazos del señor Katayama con la magia negra. Denegado.
- Denegado.
- Denegado.
- ¡USTEDES NO TIENEN DERECHO A DECIDIR QUIÉN GOBIERNA EN ESTE CLAN! ¡YO SOY HIROZAWA SENRYO, HIJO DEL LEÓN RAMPANTE Y HEREDERO AL TRONO!

Al estallar en rabieta, algo sucedió con Senryo. Los tatuajes que días antes había hecho Norima comenzaron a inflamarse y arder… a brillar de extraño modo, con un color rojo brillante, que asemejaba a la lava volcánica. Furioso, el príncipe sintió una terrible energía reptando por su cuerpo, nacida desde el pecho, que fluía como un caudal de fuego, queriendo brotar a través de sus manos. Impulsado por el instinto y la rabia por ser rechazado, dirigió sus manos hacia una de las sombras que aguardaban desde prudente distancia.

Un rayo rojo, cual fuego, fue lanzado desde la mano del príncipe hacia la silueta, que cayó farda, haciendo un sonido metálico. Todo quedó entonces en silencio. Atizando su abanico, Senryo se acercó para darse cuenta que los miembros del Rojufu no estaban ahí. Nunca habían estado. Sus voces se colaban desde ingeniosos huecos en las paredes, capaces de llevar el sonido.
Lo que había ahí eran sólo armaduras huecas, colocadas de modo estratégico.

- Ay, por favor, ¿en serio? ¡Ya sé quiénes son, viejos decrépitos! ¡Sé que están ahí, pese a que siempre ocultan sus rostros con máscaras! ¡Este truquito no es sino una pantalla para bobos! ¡Esto sólo me refrenda el miedo que tienen al cambio, a la nueva era! ¿Saben qué? Tomaré el mando, con y pese a ustedes. Y no me importan sus allegados ni los nobles. ¡Yo soy el heredero! ¿Lo oyen? ¡EL CLAN ES MÍO!

Nadie respondió. Tal parecía que el *Rojufu* había visto la demostración de poder naciente en él. Fascinado, miró sus manos, que picaban y destellaban en leve color rojo.

- Espero que hayan visto esto, ancianos. Y se den cuenta de lo que soy capaz de hacer. Más les vale que estén de mi lado cuando se haga el nombramiento de sucesión. Por ahora… creo que tengo que estudiar mejor esta fabulosa habilidad. ¡*Abayo*!

Pateando el casco de la armadura derribada, Senryo salió hacia donde los nobles esperaban, asustados al oír el estruendo. Fascinado, sonriendo hecho una mezcla de vanidad y crueldad, apuntó hacia Yoshikawa.

- He descubierto que ahí dentro no hay nada, Yoshikawa-san. Si el *Rojufu* no posee la valentía para encararme, no tengo por qué congraciarme con ellos ni con ustedes. Ahora, les guste o no, subiré al trono que merezco. Y quien se oponga a ello…

Fascinado, Senryo apuntó hacia una de las paredes, lanzando otro de esos destellos de fuego rojo, brillante. El grito de todos fue de miedo puro al ver el rayo impactando contra la pared, quemándola. Esa energía era capaz de calcinar a alguien en segundos. Parte de esa descarga salpicó a varios de ellos, causándoles quemaduras severas. De inmediato los guardias corrieron a intentar apagar el fuego, para evitar su expansión. Senryo sonreía.

- Así. Más les vale ser obedientes con su nuevo amo, señores. Si no queremos una tragedia lo mejor será llevarnos bien y aceptarnos mutuamente. ¿Aceptan mi propuesta de casar a Katayama con Matsu?

Todos asintieron, asustados, sin decir una sola palabra contra él.

- ¡Bien! Entonces, nos veremos el día de la ceremonia. Mientras tanto, comenzaré a trazar mi plan de Gobierno. Hasta entonces, “nobles señores”. El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

Y salió, dejando a todos con miedo, confusión y la necesidad de trazar un plan inmediato para liberar a Asakura y detener a Senryo antes de que ese loco gobernara sobre ellos.

CAPÍTULO 23
LA OSCURIDAD DESPIERTA.

Los días dejaron de ser grises. Ahora eran negros. Las mañanas encapotadas no permitían la entrada del sol. Y durante el día no se veía rastro de él. Las noches comenzaron a ser más largas y al caer la oscuridad, ésta comenzaba a tomar toda la ciudad, que ahora vivía en zozobra. Después del funeral de su señor, el Palacio parecía un ente déspota, silencioso. No se había dado comunicado alguno sobre quién heredaría el feudo. Y eso era porque los nobles permanecían en reuniones secretas, temerosos del despliegue de poder que habían visto en Senryo. Asakura había quedado fuera de toda sospecha. Era claro que el caos y la oscuridad no provenían de él. Había sido engañado por los Libélula, que ahora se habían metido directo al alma de Senryo, vendiéndole cuentos de poder y magia negra. Y éste los había comprado enteros, aceptándolos como verdad absoluta.

Ahora, su futuro daimyo se había encerrado con Katayama desde hacía dos días y no salía de sus habitaciones. Había dejado enteramente fuera a Yagumo. De ese modo, el palacio no tenía por qué sufrir su prepotencia. Y en ese clima de premura fue que nobles, generales y militares se reunieron para hacer algo antes de que esa oscuridad se siguiera expandiendo. Iida y Fujiwara proponían un toque de queda general para la ciudad; Yoshikawa insistía en mandar traer al maestro Tetsuyama del Templo Kitsu para hacerle frente a Norima; Tachibana sugería liberar a Asakura y su esposa para que tomaran decisión en las reuniones; pero Yagumo se oponía, bajo el pretexto del desequilibrio mental de Morio cada vez que se tocaba el tema del príncipe Libélula. Varios estuvieron de acuerdo en eso. Morio no estaba muy en sus cabales. Pero Lady Akemi sí. Y el matrimonio con Asakura era algo que no se había consumado.

- Por ende, Lord Tatsumiya –indicó Yoshikawa–, creemos que lo mejor es que usted la despose, para evitar el insulto a la casa Imperial y que ella pueda liberarse de ese yugo sin tener que caer en el matrimonio forzado con Lord Senryo.
- Ustedes saben que haré lo necesario porque este clan se mantenga en pie, señores. Le debo esto al General Yasakani.
- Hay que retirarla del arresto. Si esta junta considera mayoritariamente que Lady Akemi es ajena a este problema, lo mejor es traerla y escuchar su juiciosa opinión. Tatsumiya, por favor, encárguese de eso.
- S-sí, Yoshikawa-dono. Y con respecto al hijo de Katayama, ¿lo dejamos encerrado ahí?
- Por el momento ha sido lo mejor. No se han reportado

incidentes de ningún tipo.

- Entonces –dijo Tachibana, levantando la voz–, tenemos cuatro labores primarias: la primera es enviar a un mensajero al templo Kitsu explicando la situación y pidiendo la presencia inmediata del sumo hechicero Tetsuyama y su alumno Kanagawa. La segunda es mantener encerrado al hijo de Katayama y liberar a Asakura de la prisión.
- No es viable eso, señor Tachibana.
- Lo que es viable es estar de acuerdo, señor Tatsumiya. No deja de anteponer su antipatía personal a los hechos.
- ¡No es eso! ¡Asakura no está en sus cabales! ¡Ha… hablemos de Lady Akemi! ¿Le retiraremos el confinamiento?
- En efecto. Es lo que se ha dispuesto.
- Y lo mejor es adelantar cuanto antes la sucesión del trono. Tatsumiya, vaya por Lady Akemi. La necesitaremos ahora mismo.

En las habitaciones de Akemi, ésta había tenido severos problemas para siquiera salir de ahí. Yoshimi era quien iba, venía, se ocultaba y se movía por el palacio como un ratón sigiloso y discreto. La magnífica espía había oído sobre los funerales, la llegada de Katayama, los desplantes de Senryo y la incipiente locura que los Libélula estaban sembrando en su vanidoso primo. Estaba enterada de los eventos y había notificado a su hermana mayor. La Grulla, limitada, envidiaba la audacia de la niña, que no temía brincar, salir por ventanas, colarse entre rendijas o ensuciarse. Era algo que ella, criada como una esposa, no podía hacer. Y en el fondo deseaba ser un poco como la leoncilla. Tener su audacia, descaro, desparpajo y habilidades.

La chiquilla cosía una manta hecha con varias sábanas, para envolver con ella las armas conseguidas, cuando alguien llamó a la puerta de la Princesa. Al abrir, la delicada jovencita se halló con la alta y elegante efigie del ambicioso Yagumo.

- Lord Tatsumiya. –dijo en voz alta para que Yoshimi la oyera– ¿A qué debo el honor de su visita?
- Veo que el encierro no ha marchitado su infinita belleza, Milady. ¿Me permite pasar?

Sin que ella pudiera decir algo, el hermoso noble entró. Al hacerlo, tomó asiento. Akemi estaba aterrada. Si él descubría a Yoshimi en esa habitación el plan podría arruinarse.

Para su sorpresa, la chiquilla había guardado todo y se había ocultado perfectamente, sin dejar rastro de su presencia. ¿Cómo lo había logrado? Aún sorprendida, pero guardando recato, ofreció asiento a Tatsumiya, que comenzó su alegato.

- Tengo noticias para vos, Lady Akemi. Tras los sucesos dentro del funeral, los altos nobles y generales del clan han determinado su total inocencia en estos acontecimientos y han determinado que puede salir del confinamiento tan injusto al que ha sido sometida.
- Vaya. Debo agradecer que por fin me han tomado en cuenta –dijo con cierto nivel de mordacidad–. Pero, ¿qué sucedió durante los funerales?
- El Príncipe Katayama fue atacado por fuerzas oscuras, que atribuimos a ese asqueroso *maho*, Norima Ryohei. Algo le desgarró la piel y casi lo mata, dejándolo en terrible estado. Decidí que su esposo sería de utilidad en tal menester, y lo saqué del encierro. Por ese hecho, varios lores determinaron que es altamente posible que sea inocente del cargo que se le imputa.
- ¡Eso es lo que venimos peleando desde que nos acusaron!
- Lo sé. Sin embargo, su estado mental no es el mejor, debo decir. Morio-san cumplió su deber como un valiente. Salvó al príncipe Katayama, sigo sin saber cómo. Pero después de eso, enloqueció. Ya no es el brioso guerrero que solía ser... su mirada esta ida y solo dice incoherencias. En cuanto a Katayama, fue encerrado en la torre por órdenes de todos los nobles, ya que lo consideraron peligroso. Creemos, Milady, que no es prudente para usted seguir atada en matrimonio a un potencial demente. Es por eso que decidimos que lo mejor es anular ese contrato y darla como esposa a alguien más. Sin embargo, sabemos que Lord Senryo no se muestra precisamente encantado con la idea de dar un heredero al clan.
- Ni yo de dárselo. Entonces, ¿qué se ha dispuesto sobre mí? –preguntó molesta por ser considerada como un valor de cambio y no como una persona.
- Mi trato, Lady Izanagi es: cásese conmigo, déjeme tomarla como esposa para mantener intacto su honor y el de ambas familias. No la tocaré si no lo desea y la trataré con el respeto que se merece.
- Es muy amable mi señor, he de pedirle me deje meditarlo un poco.
- Piénselo, Milady... le aseguro que no es mi interés aprovecharme de usted, sólo deseo que nuestro honor se mantenga y sigamos manteniendo una óptima relación política... y sé bien que usted es una mujer muy inteligente. Usted y yo

podemos hacer muchas cosas juntos, si sabe a qué me refiero.
- Agradezco su interés, pero por favor, déjeme pensarlo, y meditarlo unas cuantas horas.
- Como ordene mi hermosa dama.

Tatsumiya salió. Yoshimi brotó de su escondite, asomándose como *tanuki* tras robar fruta.

- ¡Oie! ¡Sí que no pierde tiempo! ¡Lo que tiene de guapo lo tiene de manipulador!
- Y no lo hace, es cuestión de inteligencia y astucia. Con una mano tomará al reino y con la otra a Senryo.
- ¡Tatsu-chan es muy listo!
- Sí, es un joven muy apuesto y con una elegancia como pocas veces he visto, su mayor defecto es su devoción por Senryo.
- Ya sé. Pero sabe manejarlo.
- Me gustaría saber qué tanto tiene de cierto lo que dijo.
- No le creas más de la mitad. Ese hombre es una serpiente. Sin embargo, él no sabe que somos más listas que él. Para cuando quiera hacer su maniobra, nosotras estaremos fuera de este sitio y con mi hermano libre. Asayi ya tiene las provisiones y las armas para el escape. Y yo ya tengo toooodo listo: las llaves de las celdas, los salvoconductos firmados por lord Senryo –falsos, pero bien hechos–, y, sobre todo, un populacho bien enojado en la ciudad para cuando Senri-chan se quiera coronar, ¡esto va a estar bien bueno!
- Bien. Ahora sólo debemos informar a los Leones de Hierro, a Morio y al príncipe.
- Los chicos ya están avisados, sólo falta enterar a Mo-chan y a Ryu-chan, pero ahí sí no tengo acceso... y dado que dicen que ahora mi hermanito ha enloquecido, ¿cómo le hacemos?
- Matsubara. Katayama me dijo que ese lancero estaba muy pegado a Yagumo, pero de nuestro lado. Quizás él pueda ayudarnos y buscar a Morio y Ryu.
- Ohhhhh, ¡Kuro-chan! Claro que lo ubico, es una lindura. Si gustas, *oneesan*, puedo buscarlo y pedirle que haga ese trabajo.
- ¿No es demasiado arriesgado?
- *Oneesan*, ¡he pasado por el palacio con pericia y no me han notado! Deja esto en mis manos. Me encargaré bien. Confía en mí.

La chiquilla salió, dejando preocupada a la princesa. Iría en busca de Kurono, que había ocultado muy bien los rollos obtenidos en la biblioteca, esperando que Tatsumiya no los hallara en algún momento.

Todo mejoraba en el cuerpo de Ryu. Su impresionante sanación había

cerrado por fin las heridas hechas por Otoya y Toono. Abrazado a una vieja manta, hablaba infinitamente con Morio, sintiendo calma. Ese lazo mental había creado un ambiente suave, cálido, en el cual las motas de polvo asemejaban pétalos de cerezo en flor, cayendo suavemente, cual copos. En ese ambiente de soledad, Ryu se aferraba a la voz de su capitán para no perder la razón. Morio trataba de no dormir, de no caer. Hablar con Ryu era una larga y placentera disertación que le embebía en una especie de trance en la cual el hambre se olvidaba, pero no el sueño. Tras largas horas en vigilia velando por Ryu, el cuerpo flaqueaba debido a las privaciones y las torturas.

- No sé cuánto tiempo llevo sin comer, Ryu. ¿Has comido algo?
- No recuerdo, capitán. Un esclavo como yo debería aguantar sin comer. Mi único deber es complacer…
- Para con eso, torpe. Sabes que para mí no lo eres.
- Siempre viendo en mí tantas virtudes, capitán. Por eso es que le amo devota y ciegamente. Por eso le entregué la correa de mi cuello. Para que usted tuviera potestad sobre mí.
- ¿Otra vez hablándome de "usted"? Pensé que lo habíamos superado.
- Pasa que vuelvo a pensar en lo que soy, para lo que fui criado. Y siento que no merezco que alguien como tú me ame.
- Nunca quise a nadie de este modo, Ryu. Te fuiste metiendo en mi corazón de a poco, sin que lo notara. Ni a Kei la quise así.
- Kei… –Senryo había mencionado ese nombre en alguna ocasión. Ryu volvió a sentir duda sobre el fantasma de Hirose Mai– ¿quién es?
- Era. Una amante que tuve. Era tres años mayor que yo. Explosiva, muy fogosa, ardiente. Comenzó a acosarme poco después de que mi cabello se tornó rojo. No me dejaba en paz. Siempre me buscaba, me hablaba, quería algo conmigo. Acepté hacerlo porque me tenía harto con su obsesión por mí, pero a ciencia cierta, nunca la quise en realidad. Practicó conmigo muchas cosas que luego te enseñaré, cuando salgamos. Mis amigos dicen que fui un patán con ella, pero nunca sentí algo en específico por ella.

"Luego estuvo Ume, la cetrina vagabunda", había dicho Senryo. ¿Debería Ryu preguntar por ella? No. Había un nombre más importante que atizaba su corazón con incertidumbre.

- Morio… ¿Quién era Hirose Mai?
- ¿Hirose? La alumna de Nagoya. ¿Recuerdas que te conté que el monstruo ése había torturado y asesinado a su alumna, motivo por el cual lo mandaron a las Jaulas, donde murió?

- S-sí. Lo recuerdo. Cuando le preguntaron sus motivos, él habló de una práctica para “su más grande misión”.
- Bueno, era ella. Pero yo nunca te dije su nombre. ¿Dónde lo oíste?
- ¿Fue algo tuyo?
- Nunca tuve con ella más trato que el de compañeros de academia. ¿Por qué preguntas eso?
- La… la he visto. Su fantasma. O algo así. Dijo esperarme en las sombras… y tengo miedo de eso. Norima seguramente debe haberla apresado, como a Otoya y Toono.
- ¿Qué está haciendo exactamente Norima?
- Lo ignoro. Pero no debe ser nada bueno. Sólo sé que está despertando a poderosas energías que dormían en un limbo de negrura.
- ¡Deben ser las de la Gran Fosa! Si Norima las despierta…
- … Senryo no podrá detenerlo, Morio. Ni él ni nadie.
- Salvo tú y yo.

Al oír eso, Ryu entró en repentino pánico. Las oleadas de oscuridad se agitaron a su alrededor.

- ¡No podría! ¡No puedo levantarme contra él! ¡Él… él controla todo, sabe lo que pienso, lo que digo, lo que hago…! ¡No puedo ir en su contra! Él sabe todo, ve todo. Seguramente, ya sabe que estoy aquí y vendrá por mí…
- Hey, Hey… ¡Ryu, mi voz! ¡Escucha mi voz y no pienses en otra cosa! Si necesitas hablar de Norima, dime todo, todo lo que desees. Pero no dejes de hablarme o esas ánimas volverán por ti.
- Norima… es todo, Morio. Me ha controlado desde siempre. Si tú tuviste a esa amante, Kei, Norima fue lo propio para mí. Lo conozco desde que tengo memoria. Es mi primer recuerdo y mi última pesadilla. Es un padre, un hermano, un confidente y un verdugo… Norima me hace, me deshace, le pertenezco y a la vez no. Llego con él hasta el fin y vuelvo a empezar. Te he contado mi historia… ¿te conté las primeras veces?
- De modo escueto. No te cortes en hablar, mientras sea a mí. Oye mi voz y sólo habla, háblame.
- Cuando volvió de Nara estaba distinto. Una noche le oí hablar con alguien en sus habitaciones, contiguas a las mías. Me asomé. Le vi hablando con alguien. Una mujer. Recuerdo la silueta y la voz. Llevaba un kimono ceremonial. Descubrió sus hombros frente a él y dijo que lo hacía muy feliz. Me emocionó mucho oírle decir eso. Me quedé mirando cómo, entre sombras, ella se subía en su cuerpo y comenzaba a gemir. Hasta ese momento, mi único deseo era hacer feliz a Ryohei, a quien amaba como a un todo. Mientras miraba, oí en mi mente mi propia voz

hablándome. Ya la había oído antes. Norima me decía que no había nada qué temer, que era “mi guardián”. Rara vez había llegado a oírlo tan claramente. Esa noche me hizo una pregunta certera: “¿Quieres hacer feliz a Norima-sensei?” Le respondí que sí, que haría lo que fuera por verlo alegre como en ese momento. “Bien, pequeño, esto es lo que harás”, respondió. Y comencé a seguir sus indicaciones.

No fue difícil. Mientras me bañaba con él, le pedía que se metiera conmigo. Siguiendo sus instrucciones, me sentaba en su regazo. Besaba sus labios, me tocaba y lo tocaba.

- ¿Nunca te pareció “extraño” hacer eso?
- Llámame idiota si lo deseas, pero no. En ese momento sólo me importaba verlo feliz.
- Pero él debió reaccionar de algún modo. ¿Qué hizo?
- Nada. Sonreía. Me respondía a las caricias. Era como si ya lo esperara.
- ¿Y acaso tu padre no dijo nada?
- El maldito anciano… claro que lo supo. Durante la primera noche de acondicionamiento yo dormía, Morio. Estaba en mi cama cuando oí un suave arrullo al oído y al instante, una mano posesiva se cerró en mi nariz y boca. Aspiré un fuerte olor a hierbas y todo a mi alrededor se distorsionó.

Me habían drogado lo suficiente como para dejar de moverme. Aprovechando eso, Norima soltó mi cuerpo laxo y me dejó tumbado, mientras retiraba sus ropas. No podía cerrar los ojos. Y entonces tuve miedo. Su mirada ya no era la de siempre. Acercándose a mí, comenzó a desnudarme y besarme con morboso cuidado. Yo no quería eso. Intenté protestar, en vano. Y entonces lo oí. Mi supuesto guardián, mi propia voz, se burlaba de mí, diciendo que su trabajo había terminado. A partir de ese momento, Norima se encargaría de alimentarlo y darle lo que necesitaba. Había sido engañado y ahora Norima me masturbaba, fascinado, embelesado. "Eres mío", me susurró, "Yo soy lo único que tienes y es por eso que me complacerás".

Me amarro hasta sangrar mis muñecas. Estaba aterrado. No podía dejar de llorar. Para callarme, me hizo tragar su miembro. Era la primera vez que probaba algo así. Y era grande y doloroso. Lo internó tan fuerte que me hizo sangrar la garganta. Dolía, Morio. Dolía en físico y dolía porque él era mi todo y ahora me lastimaba. Estaba excitado e imparable. Comenzó a prepararme para desgarrarme analmente. Metió sus dedos en mí. ¿Qué podía hacer, sino llorar? Sin embargo, cuando quiso entrar en mí, algo lo repelió. Creo que fue la misma esencia que vive en mí, pues me dijo “No debe entrar en ti. No él. No aún”. Norima

lo notó y obedeció, pero pronto halló la manera de desquitarse. Enloquecido, jaló a la habitación a un pobre paje del palacio.

- ¿Y qué pasó?
- Una pesadilla. Norima lo tomó delante de mí, gritando mi nombre. Al terminar, dirigió mis torpes manos hacia el cuello del infeliz. Intenté soltarme, pero él me sujetaba con rabia y fuerza. Las presionó sobre ese cuello, ahorcándolo con mis manos. Lo mató, Morio. No sabía quién era. Nunca lo supe. Oyéndome llorar, el maldito susurró a mi oído: "Bien, mi querido Ryu, ahora eres un asesino y me perteneces. No habrás de ser de nadie más". Después de eso, me azotó hasta casi matarme, dejándome inconsciente.
- ¡Maldito bastardo! ¿Ves por qué pienso matarlo lentamente?
- No sé cuánto tardé en recuperarme de esa noche. Pero cuando al fin lo hice, busqué a mi padre, pidiendo su favor. Corrí con él y supliqué, narrándole todo lo sucedido. El muy bastardo me miró con total frialdad. No le importaba en absoluto. Para él, yo no era nada. Norima salió de la habitación contigua y me hizo frente. Grité, intenté defenderme. Y mi padre no hizo nada. Norima sonreía cruel. *"¿Acaso no lo notas, Ryu?"*, dijo mordaz. Fue cuando lo comprendí. ¡Claro que lo sabía! ¡Mi padre sabía todo y no hizo nada por impedirlo! *"Por fin lo entiendes"*, agregó Norima, riendo al ver que todo se me desmoronaba. ¿A dónde iba a ir, si ellos me tenían preso en ese palacio? Supliqué que me mataran, que acabaran con eso. Obviamente al maldito de Ryunosuke no le importó. Me dijo: *"Norima seguirá siendo tu tutor, hará lo que crea conveniente y si desea azotarte, mutilarte o tomarte como un amante, no me importa, tú debes cumplir sus órdenes"*.

  Acto seguido, se dirigió a Norima y le dejó las indicaciones que ya te había mencionado: *"El engendro es tuyo. Haz de él lo que quieras, pero no le amputes nada, no le mates ni le tomes. Conoces las reglas"*. Después de eso, se largó de ahí. Ni siquiera me miró al pasar. Estaba solo, en manos de un loco obseso que, acariciándome, me dijo que cuidaría de mí, que se metería en mi alma hasta que no hubiera nada más en mi mente que él. Lo siguiente que hizo, fue encerrarme en ese cuarto repleto de arañas, ciempiés y bichos venenosos. El resto ya lo conoces, querido mío. No sé qué más podría decirte…
- Muero de sueño…
- Morio… ¿Morio? ¿Puedes oírme?

El terror se apoderó de Ryu al sentir que el lazo mental con Asakura se desvanecía. Si lo perdía, las sombras, Otoya y Toono volverían. El

miedo se apoderó de él. Norima iría por él en cuanto notara que estaba solo.

Y en efecto. Al poco tiempo de quedar a solas, el breve espacio seguro que había construido se desvaneció, dejando paso a la terrible oscuridad, que llegó de nuevo en oleadas similares a las que rondaban la celda de Morio. Aterrado, el Príncipe buscaba un sitio al cual huir, un lugar donde esconderse. Pero, ¿dónde hacerlo, si la oscuridad lo rodeaba? Su grito se oyó más allá de su encierro, más allá del pasillo alto, hasta la escalera del nivel inferior, donde el impetuoso Kurono subía.

No hubo necesidad de pensar en cómo hallarlo. El grito fue su guía. Al oír el alarido de terror, subió por la breve escalera, armado con su lanza, dispuesto a encarar de nuevo entes de pesadilla y de eras pasadas.

Lo que halló fue justo eso. Un estrecho pasillo cuyo piso parecía hecho enteramente de cadáveres mutilados. Cabezas cercenadas, grotescas risas, manos desangradas que se agitaban al paso del adolescente. Kuro estaba lleno de miedo, pero al igual que Morio, respondía a tales terrores con agresividad entrando en un estado de rabia aterrada que servía para avanzar y no colapsar. Corriendo, siguió el sonido de los gritos de Ryu, atravesando con su lanza a cuanto ente intentaba acercarse a él, hasta llegar a la puerta atrancada y cerrada con llave.

Dentro, Ryu yacía aterrado, hecho ovillo en un rincón, intentando alejar a esa marejada de manos muertas y de voces que le llamaban. No se dio cuenta que, entre los objetos abandonados en esa torre, algo brilló mortecinamente al oír sus gritos. Un objeto cubierto por una manta de seda vieja empolvada. Afuera, un grito hizo que Ryu corriera hacia la enorme puerta atrancada y cerrada con exageración.

- ¡KATAYAMA! ¡KATAYAMA! ¡SOY KURONO! ¿ME OYE?
- ¡MATSUBARA! ¡OH, TE OIGO TE OIGO! ¡DIME QUE ERES TÚ EN VERDAD!
- ¡PUES YO CREO QUE SÍ, PORQUE NO CREO ESTAR EN NINGÚN OTRO LADO! ¡ABRA!
- ¡No puedo! ¡Tu maestro me encerró aquí! ¡No veo cerrojo ni nada por el estilo!

Kuro levantó la mirada, revisó la pesada puerta. Había un candado enorme y grueso.

- ¡Aquí hay un candado! ¡Pero no sé si pueda romperlo con mi lanza! ¡Y aquí afuera hay muertos!
- ¡Aquí dentro es peor! Pero… pero si me hablas… ¡puedo concentrarme y hacer que se vayan!
- ¡Pos trabájele, que son muchos y están bien feos!

- ¡Dime algo, cosas, lo que sea! ¡O cuéntame algo!
- ¡Waaaah! ¡Cuando… cuando era chiquito le pregunté a mi mamá que de dónde había venido y ella me respondió *“De mi pancita, hijo”*! Yo casi lloraba. *“¿Por qué me comiste, mamá?”*, le pregunté. A mí no me dio risa, pero mis padres sí se rieron. ¡Cosas así siempre me pasan!

Al oír eso, todo se detuvo. Ryu se echó a reír nerviosamente. Y esa risa calmó su miedo. Al hacerlo, las sombras se replegaron. Ambos notaron cómo, tanto dentro como fuera, los entes se habían detenido.

- ¡De su pancita! ¡Jajajaja, esa fue buena!
- ¡Oiga! ¡No le conté intimidades para que se ría de ellas!
- No, no… no es la intimidad es que… ¡qué tierno!
- ¡YO NO SOY TIERNO, SOY UN PODEROSO TRIGUE!
- Querrás decir “tigre”. ¡Jajaja!
- Ora, ¡pos eso dije! “¡Trigue!”. Oiga, ¡déjeme pasar!
- No puedo, está cerrado desde dentro. Pero tu presencia ha ahuyentado a la oscuridad. Tu anécdota me ha hecho olvidar el miedo, y parece que, si no tengo miedo, ellos se alejan.

Diciendo eso, Ryu avanzó entre la oscuridad, notando que ahora podía ver perfectamente en ella, como un gato. Deformes, acechantes, las esencias esperaban por él. Con curiosidad, acercó su mano a ellas. Al sentirlo cerca, retrocedieron.

- ¿Sigues ahí, Kuro? He descubierto algo.
- Sigo aquí. Y yo también descubrí algo. Ya no hay nada en el piso. Los cadáveres que lo rodeaban se fueron por entero.
- Exacto. También aquí dentro se han replegado. Aunque no se han ido. Puedo verlos. Y si me acerco a ellos, me rehúyen.
- ¿Pos no que se lo querían llevar?
- Eso pensé. Pero parece que los atraigo cuando siento miedo.

Con malsana curiosidad, y haciendo a un lado la repulsión, Ryu jaló una mano que asomaba en las sombras. Kurono escuchó un chillido agudo, un grito fantasmal que se perdía vagamente. Ryu tomó esa mano, arrancándola de su refugio en las sombras, para palparla. Se sentía tangible. Curioso, la mordió. Los chillidos en la negrura se intensificaron. Al ver eso, con cierta saña, comenzó a comerse esa mano cadavérica, con los ojos brillando en verde, amenazador. Kuro sólo oía el ruido de mascado y los alaridos de las almas.

- Katayama, ¿está bien?
- ¡Aaaanmhhh! ¡Perfecto, Kuro-chan! ¡Sabía horrible, pero me ha llenado!
- ¿De qué estamos hablando?
- Comida nueva, Kuro. Cuando todo me falle, estas porquerías

errantes pueden comerse.

- ¡AAASCO! *¡Ittadakimasu!* ¡Ahí se las come usted, porque yo, ni loco!
- ¡Jajaja! Eres una adorable bolita de rabia, ¿lo sabías?
- ¡Bolita su abuela! Yo vine a avisarle unas cosas por parte de la princesa Akemi.
- Soy todo oídos, Kuro-chan –dijo curioseando en ese vasto desván lleno de cosas perdidas y olvidadas.
- Pues ya dijeron los nobles que le van a levantar el arresto a Lady Akemi y la van a llevar de nuevo a la mesa de nobles. Y mi maestro Tatsumiya fue a avisarle que la van a "descasar" de con el Capi…
- "Divorciar".
- También eso.
- ¿Y ahora a quién se la van a dar? Hasta donde recuerdo, Senryo hizo un berrinche para no casarse con ella.
- MI maestro Tatsumiya ya fue a pedir su mano para "Guardiaguajara" "guara-guara"… "guardasalvarle" el honor.
- "Salvaguardarle".
- También eso.
- Ese catrín no pierde el tiempo. Quiere el gobierno a como dé lugar. ¿Tú confías en él?
- Ha sido una buena persona conmigo. Y creo que la gente ve sólo la parte de arriba de él. Ya cuando lo conoce uno, es muy noble y entregado. Nomás que se pone una máscara ambiciosa para no mostrar debilidad.
- Vaya, ¿quién diría que tiene sentimientos?
- Los tiene. Por Lord Senryo.
- Agh… Lord Senryo. Me pregunto si se habrá percatado de mi ausencia…
- ¡Lo hizo! ¡Y se aventó un berrinche monumental! Pero luego, su padre –el de usted, no el Senryo-sama–, se encerró con él… y no han salido de su habitación.
- Eso no augura nada bueno, Kuro. Nada. Si yo fuera tú, le diría a tu maestro que entre a esa habitación y lo saque cuanto antes. Senryo es altamente influenciable, y si mi padre se le mete en la cabeza, no quiero pensar en la clase de tirano sádico que hará de él. ¡Avísale y dile de mi parte a ese cabrón que "de nada"!
- ¡Oh, pues! Está bien. Pero aún tengo que avisarle al capi.
- De eso puedo encargarme yo, querido. No te preocupes. Tengo mis métodos.
- Pero, ¿y el escape?
- ¿Sigue en pie?
- Sí. Planean hacerlo mañana.

- Entonces haz esto: advierte a Tatsumiya que separe a Senryo de mi padre y de Norima, luego, busca la llave que me encierra. Sácame de aquí. Yo haré el resto para sacar a Morio. ¿Estamos?
- Hecho, pero, si lo dejo solo, ¿los muertos volverán?
- Creo que ya no, Kuro. Me has ayudado muchísimo el día de hoy. He aprendido algo muy valioso. Puedo controlarlos si estoy en calma.
- ¿Ya puedo irme entonces?
- Que los dioses te acompañen. Y gracias.

Kuro bajó corriendo en busca de su maestro, mientras Ryu sopesaba a las almas, para aprender de ellas, ahora con el pensamiento de total control. No sintió ese extraño vientecillo que brotaba de aquel objeto arrumbado en esa torre. Un antiguo espejo cubierto por mantas, olvidado en el pasar de los años.

CAPÍTULO 24

EL PROMETIDO DEL TRUENO DE LA LUJURIA

Lo primero que había hecho Katayama al encerrarse con Senryo había sido llenar su habitación con curiosas y extrañas hierbas y flores. Hermosas y deformes creaciones botánicas que el príncipe jamás había visto.

- ¿Qué son estas flores, Ryunosuke-san?
- Ingeniosas y diabólicas plantas fabulosas como nunca ha visto en su vida, joven Lord Senryo. Son… un "obsequio" de cierta persona que me dejó eso como "instrumento de control" para el engendro –dijo con un intenso rencor en la voz.
- Parecen peonias. Y a la vez no. Su color es tan intenso. Tan vivo. Pero aparte, es como si tuvieran rasgos humanoides, como si sus pétalos fuesen labios.
- En cierto modo lo son. Y esos labios siempre buscan un beso de amor. Sus besos inducen al sueño, a la visión de cosas magníficas, os pueden llevar a la tierra fantástica donde los *kami* viven aún y deambulan entre los humanos, como solía ser hace siglos.
- ¿Es eso cierto? Oh, hermosa florecilla de diabólico color… ¿puedes mostrarme a las siete Fortunas desaparecidas? ¿A Benten? ¿A Kiku Jidou?

Diciendo eso, introdujo sus dedos entre los pétalos de la flor con la lujuria de quien desvirga a una jovencita con los dedos. Para su sorpresa, como si fuese una vagina, la flor se empapó en savia de dulce aroma, dejando sus dedos impregnados de ese viscoso líquido.

- Interesante Lord Ryunosuke, esto es como una vagina. Lo cual me da cierto grado de asco, ¿sabe? Las mujeres no me interesan ni por error.
- Puedo ver eso, mi señor. Quizás esa peonia escarlata no sea para usted. Pero, si desea algo más a su gusto, tengo unas flores especiales para vos.
- Peonias… eso me recuerda a Yagumo. Quizás debería ir a verlo… hablar con él de…
- No pierda el tiempo en nimiedades, Lord Senryo. Mire esto. La llamamos "*Kyodaina*", por su tamaño.

Diciendo eso, extrajo de su bolsa de viaje una pequeña macetilla en la cual sólo había tierra de color rojo. El anciano tomó la mano de Senryo y le hizo un corte. De la tierra comenzó a brotar una planta. Su crecimiento era impresionantemente veloz para ser un vegetal común. Sinuosa, roja, la planta crecía, brotaba estirándose lánguida y lujuriosa. Sus bulbos rojizos se inflaban conforme recibían la sangre. Y

conforme crecían, su aspecto era más el de un miembro masculino de innatural y grotesco tamaño. Senryo estaba fascinado.

- ¡Es maravilloso, Katayama! ¿Cómo logra esto?
- Como le dije, el mérito no es mío. Sino de otra persona cuyo nombre no pienso nombrar nunca más. Y que no importa, para el caso. A usted le interesa el resultado. ¿no es así?
- Oh, por entero. Es maravillosa… ¿puedo tocarla?

La pregunta era retórica, pues el jovencito ya estaba acariciando esos bulbos de carnoso y suculento aspecto, con tonalidades rojizas, que asemejaban perfectamente a la carne. Pero no parecían miembros humanos, sino animales.

- Mmm… sus formas me remiten a otro tipo de criaturas… como el de un perro.

Sacando la lengua, Senryo comenzó a meterse en la boca la extraña planta, hallándola de sabor dulce y lechoso. Fascinado, comenzó a succionarla sin temor ni precaución alguna. Ryunosuke estaba fascinado con la procacidad inconsciente del muchacho, que parecía querer beberse de golpe todos los placeres carnales del Imperio. Al sentir el estímulo, la creciente flor comenzó a erguirse y crecer. Pronto, la pequeña macetita parecía poco para ella. De su tallo, cada vez más grueso, brotaban ramificaciones y lianas que enredaban al lujurioso príncipe, incitándolo a seguir. Haciendo a un lado su ropa, Senryo comenzó a felar el cada vez más grueso bulbo de la planta, que parecía querer explotar en su cara. Ryunosuke, maravillado, vio los tatuajes del Príncipe y reconoció en ellos la mano torturadora de su *maho*.

- Así que Norima ya ha comenzado a trabajar en vos, ¿eh? Eso hará más fácil mi labor… siga disfrutando príncipe. Puedo hacer más de éstas para vos…
- ¡Hmmmm! ¡Ahhhhh! ¡Hágalas! ¡Quiero un ejército de estas para mí! ¿Puedo penetrarme con ellas?
- ¡Me encanta su disposición, Majestad! Por favor siga disfrutando de la que posee. Le aseguro que cuando termine con ella, su mente volará más allá de las ataduras de su cuerpo…

Senryo se fundió en un grotesco trabajo de lamer aquel hinchado bulbo lechoso, que comenzaba a expulsar en su boca su simiente blanca y de dulce sabor adictivo. Tan buen sabor tenía, que el Príncipe se abandonó al placer de mamar de ella sin importarle que el padre de Ryu sacaba ya polvos rojos agujas y extraños líquidos para inyectar en su cuerpo. Y se dejó llevar por el placer de ver que un nuevo bulbo nacía del primero, bifurcándolo. Ahora tenía dos miembros que chupar, los cuales explotaban en baños de líquido lechoso en su boca cada determinado tiempo. Era como recibir un perenne *bukkake*. La

sensación en su cuerpo comenzó a volverse ingrávida, leve. Parecía adormecido. La planta lo drogaba con cada eyaculación de dulce líquido. Y él, fascinado, ignoraba el mundo a su alrededor. Ryunosuke aprovechó el momento para untar un ardiente polvillo rojinegro en los tatuajes que Norima había realizado. Senryo brincó un poco, sintiendo una leve picazón que, de haber estado en sus cinco sentidos, le hubiera hecho retorcerse de dolor y ardor. El veneno entró en su carne mientras chupaba a turnos esos miembros, intentando meterse los dos al mismo tiempo a la boca.

- Hey, pequeño goloso… no me estás oyendo, ¿verdad? ¿Te diste cuenta de lo que puedes hacer con tus manos?
- ¡Mmmmmm! ¡Sí…! ¡Ahhhh…! ¡Mírame! –dijo, mostrando sus habilidades para masturbar a las deformes plantas que expulsaban leche en su rostro.
- No me refiero a eso, niño. Hablo de tu poder. El poder que te ha dado la marca del maldito engendro. ¿Ya te uniste a él?
- ¡Ahhhh! ¡Es un calientacamas, papi! ¡Me hace muchas cosas, pero no me deja tomar su cuerpo! ¡Dice que "llegado el momento" me lo permitirá!
- Entonces, ¿cómo obtuviste estas cicatrices pequeño rebelde?
- ¡Mmmmm! ¡Me las dio Norima para deshacerme de mi maldito padre y culpar a Morio! ¿No es genial?

La risilla cínica fascinó al viejo Libélula. Senryo ya estaba bien drogado y acababa de confesar su crimen a un extraño.

- Entonces… ¿habéis sido vos?
- ¿Quién más tendría el valor para deshacerse de ese maldito viejo ruinoso y vil? ¡Fui YO, papi! ¡Y lo hice en venganza por sus tratos y por cómo dejó morir a mi madre!
- Oh, vuestra madre, la impetuosa y oportunista lady Shinobu. Claro que sé de ella. Yo mismo le envié esa carta donde le explicaba lo que ya te había dicho, hijo mío. El gran poder del Trueno Cortante de la Lujuria y los grandes beneficios de controlarlo. Ella me prometió el consorte adecuado para el maldito vástago…
- ¿El consorte? ¡Ahhhh! –Senryo ya se metía analmente el bulbo vegetal más grueso, mientras disfrutaba oralmente del primero, totalmente empapado de sus fluidos dulces y adictivos–. ¿Acaso hablaba de mí?
- ¡Sin duda alguna, Príncipe! Por eso, quiero ofreceros algo: dentro de dos noches vendrá una Luna Llena Roja. Es el momento en que el Señor de los Cuervos querrá tomar el poder del engendro para usarlo. Pero yo no comulgo ni con su secta ni sus allegados. Yo quiero usar al Maldito ente para mis propios

fines. Si en dos días usted se une en impío matrimonio con él, su poder pasará a vos y a mí, creando seres poderosos. Usted ya vio lo que puede hacer. ¿cierto?

- ¡Oh, sí! ¡Ahhhhh! ¡LO VI! ¡LO SENTÍ! Pude haber matado a esos nobles imbéciles, pero fui benévolo y sólo les dejé una muestra de mi poder. ¡Con eso ya no se opondrán a mí!
- ¡Piénselo! ¡Eso es sólo un fragmento de lo que ese engendro puede atraer y repartir!
- ¡Pues claro que quiero! ¡Ahhhhh, qué rico es este ser, uahhhhh, me gusta… se mete en mí! ¿Qué debo hacer?
- Sólo dejarse en mis manos. Esto es un preparativo para vuestra noche de bodas con él. Cuando se unan, su poder será inconmensurable.
- ¡AH, SÍ, SÍ! ¡AHHHHH! ¡MÁS DURO! ¿Y Norima? ¿Qué obtendrá de esto?
- Norima es un sirviente loco. No me sirve en su condición de obseso. Pero tienes razón. No es prudente dejarlo fuera. Lo necesito alineado a mí. ¿Dónde crees que pueda estar ese brujo loco?
- La…. ¡Uahhh! ¡La Gran Fosa! Hmmmm… Baja a los calabozos, papi, desciende siguiendo la oscuridad hasta que se vuelva imposible ver. Tú sabes de magia…. ¡ohhhh! ¡En la Gran Fosa no hay sino oscuridad y muerte!
- ¿Viven debajo de una fosa con miles de muertos?
- ¡Como si los Libélula no tuviesen catacumbas! ¡Ahhhh! Baja, papi, seguro ahí hallarás a Norima…. ¡Pero antes de irte, dame más de estas!

Katayama activó tres bulbos más antes de dejar a Senryo en medio de una orgía de insanos placeres para bajar a través del palacio, siguiendo las erráticas indicaciones del príncipe. No le fue difícil hallar la Gran Fosa. El poder oscuro que brotaba de esa negrura era impresionante. Las celdas dieron paso a túneles excavados en roca; los túneles a estrechos recovecos cada vez menos elaborados y más rudimentarios. Y los recovecos, a estrechas venas rocosas cavadas casi por bestias. Katayama se arrastraba, sintiendo que había tomado un camino erróneo. De repente, el piso se terminó bajo sus pies y el anciano sintió la caída libre hacia un fondo negro en el cual no podía ver nada. Sus ennegrecidas uñas lograron aferrar la saliente rocosa para quedar suspendido en la nada. No podía ver ni oír. Estaba rodeado de una absoluta y completa negrura que le envolvía por entero.

Muy por debajo de él sintió la familiar presencia de Norima,

conjurando. Era él. No quedaba duda. Su voz sonaba lejana, llamando a la diosa del sol.

- Oh, Amaterasu, diosa del sol, señora del día. Sabes que soy noble, que soy tu siervo más allegado y fiel, que sirvo orgulloso y lucho contra el mal….

El anciano comenzó a dejarse caer a través de la roca, poco a poco, a tientas, a ciegas, mientras la voz de Norima se oía más cercana conforme descendía trabajosamente.

- Oh, Amaterasu, sabes que soy virtuoso, que no cedo a las tentaciones, que mi único deber contigo es esparcir tu luz, tu bondad…

Conforme bajaba, leves luces espectrales iluminaban de modo mortecina el foso. Una caída mortal de cientos de metros. Poco a poco el viejo se iba dejando caer, trabajosamente, viendo aparecer a su alrededor formas fantasmales reptando, ululando, acompañando el cántico ritual del brujo.

- Entonces, señora mía, dime, ¿por qué no puedo apartar de mí el fulgor verde de sus ojos? ¿Por qué su cuerpo delicado me incita a caer en el pecado, en la tentación de hacerlo mío? ¡DIME, SEÑORA MÍA!

“Es un hecho, está loco”, pensó Katayama hallando por fin un piso sólido, la primitiva empalizada que daba paso al descenso impresionante a la Sima de los Muertos, que se arremolinaban alrededor del monje, fundiéndose con ellos conforme cantaba. Al comenzar su descenso, ígneas flamas de espectral color verde ascendieron como la lava de un volcán con velocidad, quemando todo a su paso, mientras Norima, en trance, cantaba frustrado sobre su enfermizo deseo por Ryu, rodeado y abrazado de impío modo por las almas errantes de ese sitio.

- ¡Dime! ¿Acaso he hecho algo mal? ¡Tú sabes que no! ¡Sabes que hago lo correcto al darle al engendro el dolor que merece! ¡Yo no lastimo a Ryu! ¡Es a él, es a su demonio a quien castigo y a quien pienso dominar! ¡Oh, señora de la luz! ¡Ayúdame a limpiarlo de ese mal, a traer de vuelta a mi amado niño! ¡OH, AMATERASU, ESCUCHA MI RUEGO!

Esta vez, las flamas encendieron en tonos verdosos, amarillos y azules, propagándose del fondo a la cima del tétrico lugar, pasando peligrosamente al lado del anciano, que descendía hacia su sirviente.

Los fervorosos rezos de Norima fueron callados por la llegada de su amo, quien le tomó del cuello, interrumpiendo su mantra.

- ¡Es patético oírte llorar así llamando a dioses que no piensan

escucharte, Norima! ¡Tú no sirves a la luz!

- ¡Ghhh! ¿AMO KATAYAMA? Pero… ¿qué hace aquí?
- Vine a poner orden a tus estupideces. Por lo visto no puedes controlar al maldito engendro. No, no me digas nada, ya me he hecho cargo de eso –dijo levantando la mano para evitar oír los pretextos de Ryohei–. Sabes que en dos noches es la segunda Luna Roja y debemos aprovechar para obtener su poder. Por ello, se lo he prometido al futuro Daimyo de este clan.

Al oír eso, el rostro de Norima se desencajó, lleno de rabia, celos e impotencia.

- Pero… ¡NO PUEDE HACER ESO! ¡RYU ES MÍO! ¡Es mi hijo, mi vida entera! ¡Le he criado, cuidado y acondicionado! ¡Yo fui quien le entrenó como sumiso! ¡Sólo yo puedo controlar la bestia que vive dentro de él!
- No lo has hecho adecuadamente y lo sabes. Permitiste muchas cosas que no debieron suceder. Las órdenes eran simples: quiébralo, anula su voluntad. Haz de él un esclavo de carne para que no se rebele como su contraparte. Y no pudiste hacerlo ¿Dónde está el Engendro ahora, lo sabes?
- ¡Puedo explicarlo!
- ¡Explica cómo es que el maldito engendro es el juguete sexual de un mocoso mimado que asesinó a su padre por un berrinche y ahora lo ha encerrado en la Torre!
- ¿Cómo?
- ¿Ves a qué me refiero? ¡No sabes nada! ¡Está encerrado en la torre! ¡HAS ESTADO AQUÍ PERDIENDO EL TIEMPO CON MUERTOS EN LUGAR DE CUMPLIR TU DEBER!
- Mi señor, ¡no entiende! ¡Estos entes son nuestro poder para atraer al hermoso Ryu hacia mí!
- El deber del maldito engendro es obedecer a su padre, es decir, A MÍ. Y el tuyo era quebrarlo y destruirlo. Profanar su cuerpo y destrozar su mente. En lugar de eso, Senryo lo tomó como su puta mientras encerraba a un tal Asakura. No eres apto para tomarlo. Lo uniré a Senryo en la ceremonia de la segunda Luna Roja. Y tú harás el ritual.
- ¡NO PUEDE HACERME ESO! ¡RYU ES MÍO, MI PROTEGIDO! –sus ojos brillaron en tonos ambarinos–. ¡Sólo yo puedo cuidar su enfermedad! ¡No se exponga a lo que no puede controlar! –al decir eso, su mano fulguraba en mortecino color verdoso, amenazante.
- ¿Intentas amenazarme, Norima-san?
- ¡Usted no comprende su belleza, no entiende lo maravilloso que es! ¡Sólo le importa usarlo y desecharlo! ¡Oh, si viera su expresión de muerte cada vez que juego con él! ¡Oh, Ryu,

hermoso y mancillado Ryu...!

- Tu obsesión por él nubla tu juicio. Yo no tengo ese problema. Usaré al maldito como consorte del Principito León. Y cuando se haya consumado la unión y obtengamos el poder de Ryu, nos desharemos de Senryo y yo tomaré ambos clanes. Entonces te dejaré al engendro. Será todo tuyo.
- Oh, mi señor ¿Habla usted en serio? ¿Mi amado volverá a ser MÍO? –al oír eso, los ojos de Norima brillaron de modo insano, y reptó hacia su amo, frotándose como una serpiente en su enjuto cuerpo.
- Lo que gustes. El maldito, sin su poder, no me interesa en lo mínimo. Lo detesto, lo odio.
- Nunca he comprendido por qué. Es dulce, noble, amoroso. Sólo buscaba su amor…
- Es una aberración –susurró acariciando descuidadamente la cabellera de Norima, quien se pegó a su regazo como una mascota-. Es degenerado y pervertido, lo odio. Lo aborrezco porque me recuerda al único ser a quien alguna vez amé y me traicionó. Ese ser es producto de un error, lo odio porque me recuerda tanto a su madre. ¡Maldito sea él y maldita sea ella! ¡Espero y ambos sufran las agonías más grandes! ¡Que el bastardo lamente cada día de su miserable vida!
- ¡Démelo entonces, mi señor! ¡Démelo una vez que tome su poder y yo volveré a hacer de su vida esa sinfonía de dolor y lamentos que pude crear! Está adiestrado. Puede huir un poco, pero sólo alarga su cadena. Yo tengo el otro extremo. Lo hice dependiente y miedoso. ¿Puede imaginarse sus terrores ahora que está separado de Asakura y encerrado en la Torre?
- No me basta. El maldito está intentando ser feliz. ¡NO DEBE SERLO! Norima, volveré a confiarte esa tarea. Quiero que vuelva a ser el muñeco sin voluntad que era en Palacio. Debe entender que todo en esta vida le será negado y no tiene derecho a pedirlo. ¿Entendido?
- Ahhhh, amo… cumpliré. Cumpliré todos sus deseos. Ryu volverá a ser mi esclavo y le negaré todo momento de felicidad o libertad. Haré que olvide a ese pelirrojo, que su mundo vuelva a ser sólo yo… ¡lo hundiré en la senda del dolor y la degradación!
- Termina entonces de conjurar a estas patéticas almas. La oscuridad ya está cerniéndose sobre esta ciudad. Tenemos que dejar el panorama listo para dentro de dos noches. No lo olvides, Norima. Prepara la Unión Impía, prepara el hechizo para drenar el poder de Ryu y el método para asesinar a ese mocoso Senryo. En dos noches. No lo olvides.

En el palacio, Tatsumiya ya había sido advertido por Kurono del peligro que corría su señor y se preparaba para ir a su rescate junto con su fiel sirviente.

- No he podido acceder a la habitación de Lord Senryo, mi señor. Está sellada. Y el sello es mágico.

Dijo Miyazawa, hincado frente a Yagumo, que preparaba su espada para colocarla en su *obi*, listo para pelear.

- Entonces iré yo mismo por él. Ese bastardo de Katayama no me quitará a la persona que más amo en el mundo.
- Pero *sensei*, si su puerta está cerrada con candados mágicos, ¿cómo piensa abrirla?
- ¡Del modo que sea necesario! Un momento… dices que el príncipe Ryu te dijo que su padre estaba hechizando a mi señor, ¿cierto?
- *"Chi cheñol"*.
- Habla correctamente. ¡Entonces él debe saber cómo romper esos sellos! Kuro, vuelve con Katayama y pregúntale cómo romper esas barreras mágicas.
- ¿Y si no sabe?
- Se lo sacaré a la fuerza. Kojiro, acompáñame. Intentaremos entrar de nuevo a las habitaciones de mi señor para sacarlo de ahí.

Los tres salieron de la habitación, armados y en total pose de batalla. Kurono al frente, armado con la lanza, mirando ceñudo y desafiante a los pasillos que volvían a lucir amenazadores; Tatsumiya en medio, blandiendo la larga espada *Tachi* ceremonial de su familia y Miyazawa detrás, armado con peligrosos *sais,* protegiendo a su señor. Como si los esperaran, las oleadas de negrura se cernieron sobre los tres, llevando consigo a esas almas errantes conjuradas por Norima. Kurono se arrojó a ellas sin miedo.

- ¡CÓRTENLAS! ¡PUEDEN SANGRAR Y DESAPARECER CON EL TOQUE DEL ACERO!
- Usted avance, Milord. Yo cuidaré su espalda.
- ¡Gracias, Kojiro, pero prefiero salir juntos de esto! ¡ADELANTE!

El trío se lanzó en avanzada hacia las habitaciones de Senryo, que estaban enteramente selladas y custodiadas por esos guardias fantasmales similares a los que Kuro y Ryuji había visto en la primera noche de oscuridad. El lancero se arrojó como bala de cañón hacia esos guardias espectrales, que, al verlo, atacaron para ser atravesados por la poderosa arma del mocoso, que demostró por qué era parte del grupo de locos de Morio. Estaba tan demente como él. Con la

velocidad de un carromato de batalla, el crío empalaba cadáveres vueltos a la vida. Detrás suyo, el misterioso criado de Tatsumiya peleaba de modo fugaz y sutil, fundiéndose entre las sombras, degollando a los enemigos. A punto de llegar a la puerta, Yagumo se topó con el daimyo Libélula.

- ¿Qué tenemos aquí? ¿Así que el noble caballero viene a defender a su princesa?
- ¡Abra esa puerta, maldito brujo!
- Lord Senryo no quiere verte, precioso catrín. ¡Ahora me pertenece!

Furioso y sin dar tiempo a más, Tatsumiya atacó al anciano, hallándose que, para su edad, el maldito viejo era muy ágil y poderoso. El taimado *daimyo* bloqueó los mortales ataques del joven, riendo burlón.

- Es imposible, ¿cómo es que este viejo decrépito puede ver mis ataques?
- Eres joven y tierno, mocoso. ¡De nada te sirve haber entrenado con los mejores maestros Grulla cuando enfrentas a alguien que ha vivido dos vidas seguidas!

Sin dejar de reír, Katayama atacó a Yagumo con una pericia que dejó casi indefenso al orgulloso Lord. Un *shuriken* desvió el golpe del Libélula, dejando a Tatsumiya a milímetros de la afilada hoja.

- ¡No se atreva a atacar a mi amo, maldito anciano!
- Oh, ¡un Miyazawa! ¡Un “sangre pura”! ¡Sí que sabes conseguir lo mejor, joven Tatsumiya!

La lanza de Kurono brotó del estómago del anciano por detrás de éste, atravesándolo.

- ¡A FUERZAS! ¡MILORD TATSUMIYA SÓLO SE JUNTA CON LOS MEJORES!
- ¡KURO!

El chiquillo remató el golpe, perforando el costado del viejo, que cayó en el piso entre estertores. Yagumo corrió a él, besando sus mejillas.

- ¡Kuro, me has salvado!
- Es lo que usted haría por mí, *sensei*. ¡Vamos, tenemos que liberar a Su Majestad!

No bien se acercaban a la puerta, una segunda oleada de negrura se abalanzó hacia ellos, esta vez, más grande y terrible que las anteriores. Un *tsunami* de carne muerta que lucía imparable y devorador. Kojiro apenas alcanzó a jalar a ambos dentro de una recámara, donde un par de aterrados nobles se ocultaban. Los alaridos de esa nata de muerte pasaron de largo, ululando de modo tétrico y terrible al grado de

volverse insoportables. Yagumo abrazó al calabacito, cubriendo sus oídos. Miyazawa se colocó en la puerta, tratando de evitar la entrada de esa negrura. Por largo rato el ruido hizo mella en los oídos de los presentes, taladrándoles hasta el paroxismo. Por fin, después de largos minutos agónicos, el silencio se hizo presente.

Más, al intentar abrir la puerta, hallaron que estaba atascada. Estaban atrapados en esa habitación.

Los intentos por abrir la puerta fueron en vano. Algo la había atascado. Ni la lanza ni la habilidad de Kojiro podían abrir aquella puerta. Los dos tipos atrapados con ellos comenzaron a quejarse de la falta de luz y de privacidad. Pero Yagumo temía al pasar del tiempo y a la falta de alimento. Sabía que Kurono y Kojiro eran capaces de soportar, pero los otros dos, par de nobles mimados, no tardarían en convertirse en un verdadero lastre para todos. Tenían que salir de ese encierro a como diera lugar.

Y afuera las cosas no eran distintas. Una vez más el palacio se había detenido. Los pasillos habían sido cubiertos por una nueva negrura palpable, casi sólida. Norima había hecho un magnífico trabajo al condensar las esencias de las almas muertas, convirtiéndolas en una especie de bloque semi sólido, gelatinoso, que estorbaba e impedía que las personas salieran de sus habitaciones. De ese modo, todos habían quedado atrapados en sus respectivos aposentos, mientras que muchos de los guardias habían acabado asfixiados por esa grotesca negrura.

Todo era silencio absoluto.

Y afuera, en las calles, la población también se encerraba en sus casas, aterrada y con incertidumbre al no saber qué pasaba en el Palacio Real.

Las horas pasaron, la noche llegó, con lejanos alaridos, con una oscuridad aterradora. Encerrados, sin comida, bebida ni aseos, los habitantes del Palacio de Shishiyama enfrentaron el miedo del encierro, la soledad, la desesperanza y la incertidumbre. ¿Volvería a brillar el sol? ¿Se abrirían las puertas de sus encierros? ¿Cuándo? Muchos no tenían comida en esas habitaciones. Familias enteras estaban encerradas, sin saber qué pasaba. El pequeño olvidado, el Príncipe Toshio, preguntaba a su nana qué sucedía afuera. El niño ignoraba todo lo sucedido las últimas semanas. Sólo sabía que había monstruos afuera. La vieja nana racionaba sus alimentos, sin saber si aquel encierro tendría fin.

Senryo no se había percatado de nada, en el estado de intoxicación y furor sexual en que se hallaba, tomado por esos grotescos bulbos

vegetales que le hicieron reventar una y otra vez hasta caer dormido, sonriendo idiotizado, sabiendo que, al despertar, volverían a empezar. No extrañaba a nada ni a nadie en ese estado.

Yagumo contaba los minutos con los dedos, tratando de no caer en la desesperanza. Hacía rato ya que, en un intento por buscar una salida, Kurono se había colado en los conductos de ventilación. Tatsumiya se desesperaba en silencio, torturado por la incertidumbre de la situación de su amado Príncipe y del pequeño Kuro, mientras que, detrás suyo, uno de los nobles lanzaba exagerados alaridos de hambre y desesperación.

En su celda, Akemi paseaba lánguida, en silencio, mientras Yoshimi cosía y almacenaba. Ellas eran de las más afortunadas. Tenían implementos para sobrevivir el encierro y un balcón desde donde podían ver el silencioso panorama de la ciudad, que parecía detenida en el tiempo. Cielo negro, de eterna noche, cubría el clan. Era quizás la vigésima tercera hora y no había modo de saberlo con certeza.

En su encierro, Morio había retomado el lazo mental con Ryu. Ninguno de los dos sabía lo que pasaba afuera, aunque el segundo sentía que fuera de su celda las cosas habían cambiado, sin saber bien en qué sentido. Hablaban de todo, de nada, de lo posible y lo imposible; de cómo deshacerse de Norima, de la libertad, incluso de la promesa de mostrarle a Ryu el mar. Ilusionado, el príncipe torturado imaginaba las aguas salinas eternas que Morio le describía parcialmente.

La única que podía moverse era Lady Asayi. En los túneles creados para el escape, intentaba buscar alguno que no estuviera bloqueado por esa nata negra de viscoso aspecto, en vano. Desesperada y desolada, volvió al único refugio que le quedaba: su casa reducida a escombros, olvidada por todos después del incendio. Ahí, entre fantasmas y cenizas, intentó probar bocado antes de dormir, sin dejar de pensar en sus padres, ahora muertos; en sus hermanos, presos en el palacio; y en su esposo, encerrado en lo profundo de las celdas contaminadas. Terminó quedándose dormida, llorando, abrazada a su propia cobija y a un inconcluso *mochi* de arroz.

Y muy abajo, en las profundidades de la Sima de los Muertos, Norima curaba con devoción obligada a su amo. La herida de Matsubara había sido profunda y mortal. Pero la magia negra, los cuerpos hundidos y la sangre del *maho* hicieron que el maldito anciano pudiera recuperarse del golpe que, en otras circunstancias, le hubiera llevado a la tumba. Ryunosuke Katayama languideció por dos días y dos noches. El tiempo justo de espera antes de la prometida noche de Luna Roja, en que harían la ceremonia para robar el poder a Ryu y la vida de Senryo. Al cabo de 48 horas, Norima terminaba su obra: había curado a su amo.

Haciendo una profunda reverencia casi obligada, el brujo levantó la mirada hacia el anciano que, semidesnudo en una plataforma hecha de huesos y cuerpos, abría los ojos, recuperado de la herida.

- He terminado, mi señor. Su cuerpo ha vuelto a ser sano y libre. ¡Por fin, esta noche, realizaremos la ceremonia de expulsión del Séptimo Trueno de Izanami y obtendremos lo que más anhelamos! ¡Usted el poder de mi amado y yo, su cuerpo delicioso! ¡Levantaos, mi amo! ¡El Destino nos espera!

CAPÍTULO 25

LA SEGUNDA NOCHE DE LUNA LLENA

Tal como se había predicho, la siguiente luna llena llegó a Heian. Y al igual que un mes antes, se había tornado roja. Un ojo de cuervo en el cielo que miraba con escrutinio voraz hacia el mundo mortal. Negras y amenazantes, las nubes le hacían ronda, haciendo parecer que el cielo fuera la cabeza de una diabólica ave rapaz mirando todo con poderío.

Había llegado el momento de unirlos.

Senryo estaba la mar de drogado, intoxicado de veneno vegetal, desnudo escupiendo esa savia lechosa que desbordaba por su cuerpo en cascadas casi vomitivas. Empapado, yacía en su habitación, a la cual accedieron Norima y Katayama, oscuros, cómplices y aviesos.

- Ahí lo tienes, Norima. Está perfectamente sedado. Listo para ser tomado por el engendro.
- Sigo creyendo que es indigno, mi señor. ¡Mírelo! ¡Endeble y traidor!
- Recuerda que sólo lo queremos por tiempo limitado. Si se resiste a la dosis, dale una más.

Senryo balbuceaba, ido, torpe, buscando a Yagumo con la torpe mirada.

- Aghhhh… ¿Yumo…?
- Inyéctale una dosis de sangre del engendro. Eso lo pondrá más “a tono” con lo que va a pasar.
- Ghhhh… ¿quién?
- ¡Hazlo, Norima idiota!
- ¡No la tengo, señor! ¡Tendría que ir por él! ¡Traerlo de vuelta!
- Eso es lo que anhelas, ¿eh, viejo asqueroso? Me encargaré de este imbécil. El engendro está en la torre, encerrado. Tráelo a mí, prepáralo para el momento.

Norima arrojó a Senryo en brazos de su amo, emocionado en demasía por el hecho de volver a tener a su amado esclavo en sus brazos. Su Ryu.

- ¡MI RYU! ¡OH, POR FIN! ¡Lo traeré, sí! ¿Cuándo estará listo el ritual?

A un gesto del oscuro daimyo, uno de esos extraños portales negros se abrió, para sorpresa de Norima, que ignoraba tan honda sapiencia de

su amo en temas de magia oscura. Del portal brotaron terribles sombras. Ocho monjes caídos, de nudosas y descarnadas manos, ataviados con ropas de color crudo, con las cabezas cubiertas por cestos de paja embadurnada con una especie de negra y pegajosa brea de asqueroso aroma, rezando impíos mantras. Norima los reconoció. Era la comitiva que había llevado a Ryu a Asahina meses atrás. Solemnes, se formaron en semicírculo alrededor de su señor, hincándose ante él, ofreciéndole sus respetos.

- Es ya la vigésima primera hora, Norima. Trae al engendro. Cuando el primer rayo de la medianoche ilumine, haremos el ritual.
- ¿Dónde lo realizaremos, Lord Katayama? –preguntó uno de los monjes.
- Iremos al salón Principal, donde podremos recibir a la luna. Traigan mi armada negra con ayuda de los portales para que impidan el paso de estos malditos leones. Norima, ¿qué haces aún aquí? ¡Ve por el maldito engendro!

Fascinado, y por vez primera riendo como un demente, Norima se deslizó hacia la oscuridad, fundiéndose en ella, en busca de su adorado Ryu, quien había retomado el control de las sombras de aquella habitación, al par que hablaba de nuevo con su amado Capitán, narrándole su recién descubierta habilidad. Las almas atrapadas con él se mantenían retraídas alrededor del Príncipe maldito que, hincado, jadeaba, tocando su cuerpo, recordando cada momento vivido con su amante. A su alrededor, el polvo de la habitación volvía a formar pétalos de cerezo que caían pausados, como en primavera, creando un muro. El engendro se había hecho de un espacio breve y seguro, donde acariciaba el aire y profesaba dementes palabras de amor al pelirrojo, quien hacía lo mismo en su encierro, ignorante de las sombras condensadas por todo el palacio. Sonriente, Ryu abría sus piernas y jadeaba dulce, endulzando la mente del pelirrojo con nuevas ideas sadomasoquistas para ejecutar cuando se volvieran a ver… cuando algo irrumpió.

La puerta se abría por fin.

Ryu se detuvo abruptamente, mirando hacia la puerta, que no parecía abrirse por acción natural.

- “Mo… algo pasa. La puerta se abrió. Pero no creo que sea tu primo…”
- “¿Qué ves? ¿Algo fuera de lo común?”
- “Carajo, ¡no, no, no, no! ¡ES ÉL, MORIO, ES NORIMA! ¡VOLVIÓ POR MÍ!”

- “¡RYU! ¡RESISTE! ¡VOY POR TI!”

Morio no oyó más la voz de Ryu. Un potente y terrible grito invadió su mente, taladrándole el cráneo y el cerebro. El pelirrojo cayó de bruces, sintiendo su cabeza partirse en dos al escuchar ese potente alarido, que más parecía un chirriar eterno y disonante gritando de modo perenne en sus pensamientos.

En la negrura, las sombras condensadas tomaron la demente forma de Norima, quien se arrojó sobre Ryu, obsesionado, celoso, posesivo y sádico. Las garras del brujo se abalanzaron sobre el cuerpo del aterrado príncipe, quien no podía controlar el miedo que sentía por su mentor. Las sombras que el príncipe había conseguido domesticar saltaron al sentir el disturbio de energía y se arrojaron sobre él, haciéndole crujir, reventar de terror, gritos y dolor. Una vez más, su cuerpo iba a ser desgarrado hasta la demencia. Cada alma jalaba y mordía para su propio lado. Y a su vez, Norima lo atraía hacia sí, repitiendo sus melosas y posesivas frases: *“Hermoso mío. Mi príncipe, pequeño, adorado Ryu”*. Y él, privado de su lazo mental y de su única ancla a la cordura, gritó de nuevo, siendo reventado nuevamente. La piel se abrió, la carne fue mordida y horadada. Sangraba profusamente. Estaba aterrado.

Algo se quebró en su psique. Y la salida de la luna hizo que el ente tomara posesión del cuerpo del muchacho como nunca antes en sus 22 años de vida. Norima retrocedió al ver el cambio en el cuerpo de su amado sumiso.

Garras, cabello y dientes brotaron demencialmente. Crecieron con exponencial peligro, haciendo que las manos de Ryu se deformaran. Los ojos, brillando en verde, habían perdido las pupilas y la orientación. Norima retrocedió entre fascinado y aterrado al ver esa nueva metamorfosis de su adorado, quien se separó del doloroso abrazo y, sangrante e ingente, tomó a las dantescas almas que le rondaban, jalándolas hacia sí para devorarlas. Con la boca hinchada y empapada en negrura, Ryu miró hacia Norima. Un ademán le arrojó fuera de la celda, creando un agujero en la puerta. Libre por fin, brotó hacia los pasillos, lanzando un terrible alarido que se oyó por todo el palacio León.

Al oírlo, todos se aterraron. Algo espantoso estaba pasando. Yagumo supo que debían salir de ahí a como diera lugar, sin importar lo que hubiera fuera. A pesar de la debilidad por no comer y poco dormir, el noble se puso en pie.

- Kurono, Kojiro. No sé qué haya sido eso, pero no podemos permitir que esos demonios nos sigan aterrando. ¿Vienen

conmigo?

- ¡Por supuesto, *sensei*!
- ¡Siempre a su lado, mi señor!
- ¿Estás loco, Tatsumiya? –interrumpió uno de los quejosos–. ¡No pienso permitir que abras la puerta y dejes entrar a esas pesadillas!
- Nadie te pide que vengas, gallina. Puedes quedarte agazapado. Yo iré por el señor Senryo. ¡Vamos!
- ¡A la orden!

Al descorrer la puerta, notaron que ya no había ninguna nata impidiendo el paso, pero las paredes lucían viejas, descoloridas. La negrura seguía ahí. Los tres abandonaron la habitación, arriesgándose hacia lo desconocido.

Ryu avanzó buscando a Norima, quien le veía entre arrobado y aterrado. Las marcas de tortura habían cambiado. De sus ahora ennegrecidas manos brotaban venas de intenso color negro, que recorrían el delgado cuerpo del muchacho, convirtiéndose en desordenados kanjis que, por un fugaz segundo, ordenaron una palabra, para luego disolverse. Norima supo que su amado no estaba ahí. Trémulo, aterrado y admirado, preguntó.

- ¡Tú no eres mi Ryu! ¿Quién diablos eres?
- He tenido muchos nombres a lo largo de la historia, mortal imbécil. Uno de ellos es… Kinjô.

Kinjô.

Norima conocía bien ese nombre.

El señor de los Cuervos.

El gurú y guía de la famosa Secta del Loto, de la cual su amo Ryunosuke rehuía deliberadamente.

Ahora estaba ahí, dispuesto a robarse el cuerpo y esencia de Ryu.

La sola idea le llenó de terror.

Con una malsana sonrisa, el llamado “Trueno Cortante de la Lujuria” atacó a su odiado tutor, traspasando su pecho. "Ryu" alcanzó las entrañas de su amado padre adoptivo, impregnándose de ellas, llevándolas a su boca para probar esa sangre coagulada y contaminada.

- Tu sabor es picante, *maho* estúpido. ¡Creo que devorarte será un placer!

Un golpe de energía poderoso contuvo al naciente engendro. Norima cayó fardo al piso, traspasado, vivo aún, sonriendo demente y

fascinado hacia quienes arribaban en su ayuda.

- ¡Es… perfecto! ¡Deberían verlo! ¡Es…!

Los ocho monjes llegaron al sitio y avanzaron conjurando hacia el joven, que gritaba, poseso, cual bestia, intentando zafarse de esa poderosa burbuja de contención que no iba a resistir mucho tiempo. Los monjes no eran lo suficientemente poderosos para contener la rabia y poder del Séptimo Trueno, que brotaba como un animal deseoso de caos y dolor. Norima miraba fascinado, idiotizado.

- Es tal como hace diez años… ¡es como su contraparte! ¡El mismo fascinante dolor!

Con trabajo y concentración, los ocho intentaban someter al demonio y llevarlo hacia el salón de rezos principales del Palacio, donde Katayama ya había programado la ceremonia, acompañado por sus huestes negras. Un nutrido grupo de soldados similares a sombras, que le seguían y se apoderaban de la seguridad del palacio.

Como un grupo de domadores, los monjes llevaron a Ryu hasta el amplio salón donde ya se había dispuesto un platón de oro, similar a un loto, donde Senryo esperaba, drogado, desnudo y encadenado. Tres de los monjes no pudieron avanzar más. El engendro, despierto y en un estado de rabia, los decapitó con un ademán. Norima sonreía fascinado, siguiéndoles trabajosamente, perforado, arrastrándose como gusano.

Altivo, Ryunosuke no se amilanó ante nada. Avanzó hacia su odiado bastardo, a quien halló mutado, transformado. Al verlo, Ryu quiso arrojarse hacia él, pero Katayama, previsor, le mostró a Senryo hincado en el platón de sacrificios

- Por años fuiste preparado con un motivo. Tenías que ser un esclavo. Un pedazo de carne usado como objeto. Sin derecho a pensar o sentir. No temo a lo que eres ahora. Te entrego este ser. Tómalo como consorte, destrózalo. Es tuyo. ¡Señores Mantis! ¡A mi orden!

Tras él, siguiendo a su daimyo, más monjes corruptos entraron, reverberando rezos que taladraron la ya dañada psique de Ryu, causándole una vez más ese terrible estado de alteración. Rodeándolo, colocaron a ambos en una grotesca alegoría de la creación del mundo, con Senryo totalmente atontado y sin voluntad, reducido a un despojo de carne, caliente, babeante. El círculo de monjes se cerró, aunque faltaban tres de ellos que yacían decapitados. Katayama mismo decidió tomar el sitio de uno. Jalando a Norima, lo levantó para tomar el sitio de otro de ellos.

- ¡De pie inútil! ¡Vamos a terminar con esto hoy mismo!

- Pero… mi señor… ¿no lo entiende? –Norima sonreía idiotizado–. ¡Kinjô, señor de los cuervos, ha despertado y lo quiere!
- ¡Entonces se lo negaremos! ¡DE PIE, DIJE! ¡Conjura conmigo antes de que en verdad nos lo arrebate!

Yoshimi despertó en medio de la nueva negrura, sintiendo una corazonada, algo que la impulsaba a ir de inmediato en busca de su hermano,

- ¡*Oneesan*! ¡Despierta! ¡Es momento!
- Hmmm… ¿momento de qué?
- ¡Morio me llama! ¡Es momento de irnos! Vístete y prepárate. ¡Iré por Asayi para liberar a mi hermano y los leones!
- ¿Pero de qué hablas? Nadie nos ha dado la indicación…
- La indicación es esta: HORA DE IRNOS.

Sin explicar más, la chiquilla se armó con *sais* y tomó los costales de cosas, para llevarlos arrastrando trabajosamente hacia la ventana.

- ¿Pero qué piensas hacer?
- Escapar, tal como habíamos planeado.

La niña ató los costales a una polea que había elaborado en esas tardes en que Akemi moría de tedio. La princesa miró asombrada la labor de la chiquilla, a quien definitivamente envidiaba. Con la misma bravura loca de su hermano, se subió al costal y dejó que el peso hiciera lo propio.

- ¡No tardes, *oneesan*! ¡Te veré acá abajo!
- ¡YOSHIMI! ¡NO! ¡Es peligroso…!
- ¡WIIIIIIIIIIIIIIIIIII!

Cuando Akemi se asomó, la niña ya estaba abajo. Había caído en el punto calculado para evitar daños. Estaba sorprendida. Los tres hermanos Asakura eran algo que ella jamás podría ser. Tenían unas agallas bravas.

Y no era para menos. Asayi también había sentido ese pálpito y ahora iba al encuentro de su hermana menor. Sin muchas ceremonias, se abrazaron y ocultaron los costales para después ir por su hermano y los leones. Ya conocían el camino. Habían tenido días para ensayar, calcular tiempos y rutas más directas. Fueron al punto. Bajaron aprovechando que la negrura estaba detenida y no parecía haber nadie en palacio.

Cansados, hambrientos y muy dañados, los leones oyeron los menudos pasos de las chicas llegar a la celda. Al verlas, corrieron a ellas, felices.

Ranmaru apretó las manos de su esposa, quien le abrazó y besó mientras Yoshimi abría las celdas.

- ¡ASAYI! ¡Vinieron, por fin vinieron!
- No iba a dejarte, grandote. Lo prometimos.
- ¿Ya es el momento?
- ¡Es ahora o nunca, Ranma-chan! ¡Saldremos de aquí! ¡Asa-chan tiene comida para que se nutran antes de irnos!
- Pero… ¿y el capitán?
- Voy a necesitar de ti para ir por él, Hideki.
- ¡Kuro-chan dijo que Ryu-chan se encargará de sacarlo! ¡Ya habló con él! ¡Dijo que ellos nos buscarían!
- ¿Estás segura, Yoshimi?
- ¡Se los juro! ¡Hale, hale! ¡Vámonos!

A orden de la chiquilla, los leones emprendieron la huida a través de los oscuros túneles. La oscuridad no cesaba. Ni arriba ni abajo. El regimiento fue llevado por Asayi hacia los túneles de escape, donde ya estaban listas las armas. Yoshimi llevó a la legión Montaña a donde habían ocultado los sacos con armas, materiales y enseres. Lo que la niña no podía cargar, los fortachones lo levantaron sin problema. Abajo, Asayi indicó a su esposo:

- Falta Lady Akemi. Necesitamos ir por ella.
- Yo me encargo, hermosa. Hideki, Ryuji, vengan conmigo. Vamos por la Princesa. Ustedes sigan el plan y salgan del palacio.
- Entendido. Te amo.
- Y yo a ti.

Los tres partieron en busca de la Princesa, que, vestida con pantalones, miraba aterrada la altura desde la que Yoshimi se había arrojado con miedo alguno. No. Definitivamente ella no era un león y no iba a serlo nunca. ¡Aquello era sumamente difícil y peligroso! Temblando, vio desde arriba a los cuatro grandulones cargando sacos y a la niña guiándolos. ¡Iban a irse sin ella! Pero su pudor le impedía gritar. Temblando, se quedó parada en el alféizar del balcón, sintiendo una ráfaga de viento gélido mientras, en el cielo, la luna crecía, tomando dimensiones más y más tétricas.

Perder el contacto con Ryu había enloquecido a Morio. Y ahora que ya

no estaba en una celda, salir del encierro era pan comido. Furioso, enloquecido, el capitán se puso de pie y con inusual fuerza comenzó a luchar por romper las cadenas que lo sujetaban. Su brazo izquierdo hizo la señal. Una poderosa picazón brotaba de la palma. Una comezón intrigante que le quitaba concentración. Trabado de rabia, abrió su mano, para ver cómo se tornaba negra y se hinchaba… se hinchaba… hasta hacer que el metal del grillete comenzara a botarse por la presión. Era como si su brazo se volviera de metal o roca. Desesperado, azotó el grillete contra la superficie más dura que halló hasta que por fin cedió. Por fin estaba libre. E iba a ir por su amado.

El círculo había sido casi completado. Los monjes, Katayama y Norima rezaban guturalmente. Sus lúgubres cánticos atraían a la luna roja, que ya casi se posaba sobre el cenit de la medianoche. Encadenado al plato, en un estado febril, El Trueno Cortante se bebía a lamidas el cuerpo lánguido y drogado de Senryo, que despertaba de su estado de vegetal. Pálido, empapado en fluidos y sudor y con la mirada en blanco, convulsionándose, dirigió la mirada al engendro, con un hambre malsana. La frágil mente de Ryu intentaba tomar control del cuerpo, en vano. Incluso llamar a Morio era un esfuerzo imposible en ese momento. Los cánticos reverberaban en su cabeza, impidiéndole volver en sí. Senryo acarició el pecho del engendro, pasando por él sus uñas, que abrieron la piel sin problema, mientras Norima avanzaba, fascinado, mirando por fin a su amado en todo su esplendor. Alrededor del plato, una luz roja brotó cuando el primer rayo de luna entró por la habitación, guiada a través de espejos sostenidos por las tropas de Katayama, que apoyaban el cántico. Mientras Ryu intentaba resistirse, Norima se acercó por fin a él y abrió sus brazos con un corte vertical hecho para desangrar. La negra sangre cayó sobre Senryo, bañándolo, haciendo que se lanzara a beberla, en un frenesí insano. Katayama levantó la voz, haciéndola resonar en medio de ese incómodo canto, al par que el plato entero se iluminaba en rojo, tanto por la luna como por la energía que brotaba del plato de sacrificios.

- ¡Toma este cuerpo, poderoso señor del Caos! ¡Toma de él la vitalidad y la fuerza y llénate de nuevos bríos! ¡Dale vida a tu nuevo ser!

De la negrura exterior, una especie de látigo negro hecho de fibrosa carne gris decapitó a uno de los monjes. Luego, a otro. Al sentir la inestabilidad del cántico, ambos hombres voltearon hacia la entrada, donde una masa de músculos de cabello rojo gritaba.

- ¡CREÍ HABERTE DICHO QUE TE ALEJARAS DE ÉL, MALDITA

RATA!

Katayama volteó atónito. No conocía a la Fiera Roja, que entró sin miramientos, asesinando monjes y guardias, avanzando hacia el plato de sacrificios, donde su hijo intentaba retomar el control sobre su cuerpo y donde Senryo despertaba del sopor de la droga, hallándose desnudo, sangrando y con Ryu encima, convertido en una especie de bestia rabiosa.

- ¿Ryu? ¿Qué está pasando?
- ¡Un pinche rito, imbécil! –respondió Morio, interponiéndose entre los sacrificios y los hechiceros–. ¡Paren esto o mato a ambos y a ver qué carajos conjuran!
- ¡No te atreverías, barbaján! ¿Quién demonios crees que eres?
- ¡Capitán Asakura Morio del tercer Regimiento de Avanzada del Clan León, aunque te cueste trabajo recordarlo, anciano decrépito! ¿Algún jodido problema?
- ¡No te atreverías a matarlos! ¡Vamos, te invito a que lo intentes!
- ¿No me crees, viejo asqueroso? ¡Tal vez deba matarte primero por lo que le has hecho a MI Ryu!
- Oh, no… otro más que se obsesiona con el engendro. ¡Esa cosa no es una persona! ¡Te ha envenenado la mente! Baja esa espada y dámelo para que yo pueda liberarte de la demencia que te está causando…

Katayama extendió el brazo hacia Morio, intentando ser conciliador. La respuesta de la bestia fue inmediata y tajante.

Un corte de la *katana* cercenó la mano del *daimyo* Libélula.

Su grito sacudió el salón, causando asombro y revuelo entre guardias y monjes, que intentaron arrojarse hacia el pelirrojo, quien amenazó a Ryu.

- ¡Un paso más y le rebano la garganta!

Furioso, el *maho* se irguió, haciendo brotar fuegos fatuos de sus manos, envolviendo a los tres en una nueva negrura donde sólo parecían flotar ellos. Norima aprovechó para atacar con esas luces de muerte a Morio, quien más se aferró a su amado.

- ¿TU RYU? ¡MALDITO LADRÓN, NO ME QUITARÁS LO QUE ME PERTENECE!
- ¡YA NO! ¡Ahora es mío! ¡No des un paso más o le rebano el cuello!
- ¡Oh, no! ¡No te atreverías, animal! ¡No puedes matarlo! ¡Lo amas casi tanto como yo! ¡Sabes que quitarle la vida es perderlo para siempre!
- Prefiero matarlo aquí mismo a que vuelva a sufrir contigo…

- ¡Nooo, no, no! ¡No me arrebatarás la muerte de Ryu, león! –Norima reía burlón, ladeando la cabeza, avanzando a pasos lentos y pausados–. No puedes quitarme eso porque todo él me pertenece, incluso su deceso. ¡Si alguien ha de privarlo de la vida SERÉ YO!

Sin dudarlo, Morio aprovechó ese momento de locura de Norima para atravesarle el ojo izquierdo, que ya tenía reventado por la golpiza y la peste. El globo ocular salió botado de la cuenca. El brujo lanzó un grito desgarrador, al par que se rompía su hechizo de oscuridad y ambos volvían a verse en el salón, donde Senryo se había recuperado. Usando una manta, sentado en el plato, veía el panorama, temblando. Sólo atinó a gritar.

- ¡GUARDIAS! ¡GUARDIAS! ¡EL ASESINO DE MI PADRE ESCAPA! ¡QUISO MATARME! ¡GUARDIAS!

El grito de Senryo fue un detonante que hizo despertar al palacio. Los soldados león salieron de sus cuarteles y encierros rumbo al Gran salón de ceremonias, que hallaron convertido en un dantesco espectáculo de rituales malignos, monjes decapitados, sangre y Morio en medio, sujetando a Ryu, intentando abrirse paso entre los enemigos. Sobre todo de Norima, que se arrojaba hacia ellos, obsesionado, totalmente demente. Con el globo ocular sangrando.

- ¡NO ME LO QUITARÁS! ¡ES MÍO! ¡RYU ES MÍO, SÓLO MÍ…!

Con fuerza nacida de la rabia, el León de Fuego tomó a Ryu en brazos y decidió salir huyendo cuanto antes de ese sitio, dejando a los dos Libélula desangrándose y gritando. Norima no sabía qué atender primero: su ojo o a ese ladrón. Katayama, ya sin mano, veía alejarse a su futuro, su venganza y su poder. Desesperado, intentó levantarse, gritando.

- ¡ATRÁPENLOS! ¡NO DEJEN QUE HUYAN! ¡NORIMA! ¡HAZ ALGO, MALDITO BRUJO! ¡SE ESTÁ LLEVANDO A NUESTRO ENGENDRO!

Tras ambos, Norima y los oscuros soldados de Katayama emprendieron la carrera para atraparlos. Morio corrió hacia arriba, buscando algún modo de evadirlos, pero topó con los de su propio clan, llamados por Senryo. En medio de ambos frentes, el desesperado capitán intentó subir a los niveles posteriores, con rumbo a la torre donde Ryu había estado preso. Alejado del ritual, el ojiverde recuperaba poco a poco la conciencia, sintiendo que su pecho hervía, con ese ente dentro. Temblando y jadeando, fue llevado por su pelirrojo a una habitación segura donde halló ropa y armas para ambos.

- Toma. Ponte esto rápido. Y más vale que uses un arma esta vez.

- Sabes que no la necesito. Ya me viste… –respondió jadeando.
- ¿Te sientes bien?
- No –respondió trenzándose el cabello, que con la transformación había crecido hasta la cintura –. Estoy torpe y mareado. Y esa cosa aún quiere brotar de mi cuerpo…

Sin dudarlo, Morio se hizo un corte en la mano contaminada y se la ofreció. La mano grisácea sangrando atrajo la atención del Príncipe de modo malsano.

- ¿Esto podría ayudarte a aguantar?

Ryu asintió con los ojos brillando en verde. Malicioso, voraz, se arrojó a esa mano para hundir la lengua en esa herida; probar la carne, lamerla y mirar hacia su amado con devoción, casi gimiendo de placer.

- No tenemos tiempo para eso. ¡Debemos salir de aquí! ¡Mis hermanas ya deben haber liberado a los Leones de Hierro! Toma un arma y espero que sepas usarla, porque vamos a volar cabezas. Procura que sean preferentemente las de los hombres de tu padre.

Sin más preámbulo, los dos salieron hacia los pasillos de palacio, donde hallaron que por un lado Norima, usando a las dantescas almas de la Gran Fosa, repelía y atacaba a los soldados León mientras que, por el otro, los hombres de Brea de Katayama se dirigían hacia ellos. Ninguno dudó. Morio, bruto y agresivo, atacó a matar, rebanando cuerpos de tajo; carne que al caer al piso parecía burbujear asquerosamente, soltando una peste nauseabunda y dejando una especie de mucus negro. Ryu era más creativo y veloz. Sin armas, usando sus garras ennegrecidas, reía delicado y burlón mientras se adelantaba a los ataques enemigos. El fulgor de una espada destelló por encima de su cabeza. Con agilidad suprema, la esquivó, tomó la hoja, la arrebató a su dueño y, apropiándose de la espada de brea, la giró ágilmente con sus manos, con una habilidad sorprendente, asesinando a todos con suma facilidad. Morio tuvo miedo al ver eso. Ese no era su Ryu, que tanto despreciaba la violencia y el uso de las armas. Ese debía ser el demonio, el llamado “Trueno de Izanami”. Tenía que traer de vuelta al Príncipe antes de que el demonio cambiara de opinión y lo asesinara.

CAPÍTULO 26
EL ESCAPE

Yagumo, Kurono y Kojiro ya habían oído y notado la trifulca en palacio. Todo el ruido de batalla provenía del Gran Salón de Ceremonias, a donde se dirigió. Un grupo de soldados negros salió al paso del trío. Aquellos no eran hombres de su clan. Lo que era más, ni siquiera parecían hombres como tal. Tenían forma humana pero sus extrañas armaduras parecían hechas de brea caliente. Los soldados de Katayama les cerraron el paso. Una nueva batalla comenzó. Y en el fragor de ésta, Kurono fue jalado por dos de esas sombras a un pasillo aparte, donde terminó por atravesarlos con su lanza, que quedó impregnada de brea. Ese breve distanciamiento hizo pensar a Kuro que seguramente sus amigos ya estarían escapando y que él debía hacer lo mismo.

- Lo siento, Yagumo-sensei, pero mi regimiento me necesita. Y a esta información.

Metiéndose bien entre las ropas los rollos de Yamabushi, el lancero se separó de la pareja, dirigiéndose hacia los patios, donde los leones ya se habían alimentado, reunido y armado, listos para la partida.

- ¿Estamos todos listos?
- Falta el grupo que fue por la Princesa Akemi, Lady Asayi.
- Nos alcanzarán. Yoshimi, ¿ya hemos dispuesto las puertas?
- Todo listo. Y la multitud que arengaste ya debe estar fuera de palacio.
- ¡Pero qué tenemos aquí! ¿Nadie les dijo que las mujeres no son para la guerra, sino para el hogar?

Acompañado de un nutrido grupo de soldados, el traidor Kaname salía al patio, armado y amenazante.

- ¿Nakaura? ¿Qué demonios haces? ¡Tú eres de los hombres de mi hermano!
- Era, Milady –repuso Kenji, apuntando su arco–. Resultó ser un vil traidor y lamebotas de Senryo.
- Hijo de puta… ¿cómo pudiste?
- Todos tenemos un precio, Milady.
- ¡Y el tuyo fue muy bajo, perra barata!

Dijo Toshiro, atacando al felón con presteza. El ataque del chiquillo fue el detonante para que los acompañantes de Kaname se lanzaran a atacar a los Leones de Hierro, impidiéndoles la salida.

Cuando Kurono llegó, la trifulca ya era campal y feroz. El lancero no entendía lo que pasaba, pero no necesitaba mucha explicación. Feroz

y arrojado, sacó su poderosa lanza, gritando como poseso. Al verlo, Kaname lo señaló.

- ¡AHÍ ESTÁ OTRO DE LOS TRAIDORES! ¡MATAD A MATSUBARA!

Al ver a los soldados y a Kaname yendo hacia él, el tigrecillo vio su oportunidad en las lámparas que colgaban sobre ellos. Pensando como lo haría Tatsumiya, lanzó su *tantô* hacia ellas haciendo que cayeran directamente sobre sus atacantes. Al contacto con los cuerpos, el aceite y el fuego hicieron lo suyo. Y Kaname ardió en llamas creando una barrera ígnea entre ambos. Ahora los patios se incendiaban.

En un alféizar de menor distancia la Princesa estaba paralizada, sintiéndose torpe y abandonada. En dirección hacia sus aposentos el grupo de tres iba, cauteloso de no ser vistos

El primer obstáculo vino cuando el grito de Senryo alertó al palacio y todos salieron de sus habitaciones hacia el salón principal. Dos guardias aprestaban sus armas cuando Hideki brotó de la oscuridad, levantando la mano y con los ojos brillando en un extraño color dorado.

- Necesitan ir al Salón Principal. Los necesitan allá. Nosotros no tenemos importancia. No estamos aquí. No nos han visto.

Ninguno de los soldados puso resistencia. Tomaron sus armas y salieron corriendo sin ver atrás hacia donde Hideki había ordenado. Tras él Ranmaru salió.

- ¡Sabía que podrías hacerlo algún día!
- ¡Y-ya era hora de que un día me saliera! ¡V-vamos! ¡Tenemos una princesa que rescatar!

Arriba, Akemi miraba hacia abajo, cada vez más desesperada y aterrada. Con cada segundo el vértigo aumentaba, pero sabía que los leones no iban a esperarla. Esos malditos pendencieros. No tenían modales. Y el único con educación en ese clan era un ambicioso noble que a todas luces planeaba usarla. No. No iba a quedarse. Temerosa, comenzó a descender, resbalando en varias ocasiones, sintiendo que caía en vilo. Sus delicados brazos, hechos para labores cortesanas, no estaban dando el ancho de los requerimientos de sostener su propio cuerpo. Frustrada, la princesa quedó atrapada entre dos pisos. Tuvo que volver a meterse a una habitación antes de caer y matarse.

Al entrar, halló a la vieja nana y al pequeño Toshio, abrazados, aterrados.

- ¡Princesa Akemi!
- ¡Madre Obe! ¿Qué está pasando ahí afuera?

- Todo el palacio ha enloquecido. Esos Libélula a los que Senryo dejó entrar han causado algo terrible. Niña mía, ¿qué haces vestida de modo tan indecoroso?
- Oh… yo… –de repente se sintió como una egoísta. Iba a irse y dejarlos. Pero llevarlos consigo iba a ser difícil. Una era vieja y el otro muy pequeño.
- ¿Ibas a escapar?
- ¡No, no! Yo…
- Mala mentirosa. Llévate a Toshio contigo. Por favor. Si piensas huir e ir a Nara a buscar ayuda, llévalo contigo. Toshio es el único descendiente de Lord Shido. Si se queda aquí, Senryo lo matará para evitar compartir el poder.
- Pero, ¿y tú?
- Yo ya soy vieja. Sólo retrasaría el camino. Además, no le importo a Senryo como para que mi vida valga algo. Llévate al niño contigo.
- ¡No, no, *obachan*! ¡No quiero dejarte! ¡No quiero irme con esta señora! –lloriqueó Toshio, abrazándose a la anciana.
- No llores. Un príncipe valiente no llora. Ve con la Princesa. Ella te pondrá a salvo.
- ¡Pero no quiero dejarte con los monstruos! ¡Te harán daño!
- Te prometo que nadie me dañará. Anda, vete.

Un drama de largos minutos retrasaba a la princesa. El niño simplemente no quería irse y a ella se le acababa el tiempo. Preocupada, terminó abrazando a la abuela y tomando al niño del brazo, jalándole a la fuerza.

El llanto de Toshio llamó la atención. De las paredes, criaturas de brazos negros pegajosos brotaron, buscando atraparlo para callarlo. Akemi no sabía pelear. Lo único que pudo hacer fue proteger al niño, abrazándolo. Y gritar.

Una cadena larga de metal brotó de la negrura. Una cadena que poseía en la punta una afilada *kama* metálica. Una hoz similar a la que solían usar campesinos y ninja, que partió a las criaturas en dos. La princesa y el niño vieron caer los trozos de carne putrefacta, que se deshacían al tocar el piso, burbujeando como agua en ebullición,

Tras la cadena, ambos vieron brotar una figura masculina, fiera, de expresión sádica. Era Iida Ryuji, que detuvo su ataque al ver a ambos, indefensos.

- ¡Princesa Akemi! ¡Por fin la hallamos! ¡Temíamos que Senryo la hubiera apresado! ¡Eh, Ranma, aquí está la esposa del capitán!

Tras él, Hideki y Ranmaru llegaron. La princesa reconoció al esposo de Asayi.

- Tú… eres el esposo de Asakura Asayi, ¿cierto?
- En efecto. Ella ya está abajo. Vámonos cuanto antes. Deme al Príncipe Toshio. Yo me lo llevo. Fue un magnífico plan incluirlo. De lo contrario, Senryo se deshará de él fácilmente. Majestad, por favor…
- ¡Yo no quiero irme! ¡*Obachan* está ahí dentro! ¡No me iré sin ella!
- Se refiere a la nana, Hasegawa-san. Madre Obe, la anciana aya…
- ¡Está bien, está bien, traedla entonces! ¡Pero vámonos!
- Ella no quiere venir. No quiere ser una carga.
- ¿Podemos hablar esto AFUERA? ¡Si nos atrapan, todo habrá valido ñame! –terció Ryuji, exasperado.
- ¡ES QUE NO QUIERO IR! ¡*OBACHAAAAN*!
- ¡Hey! –interrumpió Hideki tomando el rostro del pequeño príncipe, fijando sus ojos en él, que al instante brillaron en dorado–. Duerme. Tienes mucho sueño. Demasiado. No despertarás hasta que hayamos salido a salvo del clan. Duerme ahora.

Con eso, el escandaloso niño terminó por caer dormido al instante. Hideki suspiró.

- ¡Dos veces en un día! ¡Soy una cosa bárbara!
- Oye, cosa bárbara, lo festejamos luego, ¿no? ¡TENEMOS QUE IRNOS!
- Pero entonces, Madre Obe…
- La señora sabe su papel, princesa. Es mejor que se quede o tendremos problemas para llevarlas.
- ¡Son tan insensibles a veces!
- Leones –Ryuji mostró las garras–. Hacemos lo práctico para la supervivencia de la manada. ¿YA NOS PINCHES VAMOS?
- Tienes razón, Ryuji. ¡Vámonos de aquí! ¿Sabes qué? –Ranmaru entregó el niño a Ryuji y levantó a la princesa como si fuera un costal de papas–. Mejor así. Disculpe, princesa, pero no queremos que nos retrase.
- ¿Cómo te atreves…?
- Hideki, vas al frente. Si algo sale, ¡usa tus ojos!
- ¡Hai!
- ¿Me estás oyendo, Hasegawa?

Sin hacer caso de las protestas de la menuda Grulla, Ranmaru emprendió la carrera hacia los patios en busca de sus amigos.

Sin los enemigos acechando, sólo quedaba Ryu, avanzando cadencioso hacia Morio, sonriendo de manera tétrica y mordaz. Era claro que no era él.

- Ryu… querido mío… soy yo… ¿no me reconoces?
- ¿Qué pasa, Capitán? Parece que quien no me reconoce eres tú.
- Mi Ryu no es un asesino despiadado. ¡Tú eres lo que mora dentro de él!
- O, tal vez, yo soy el verdadero y lo que tú conoces no es sino una fachada. ¿Lo has pensado?

El engendro rodeó el cuello de Morio con ambos brazos, riendo, mostrando dientes cortantes y las pupilas dilatadas. Las garras afiladas hicieron un corte en el grueso cuello del pelirrojo. Al brotar la sangre, el ente se bifurcó en dos personalidades: el demonio sediento de esa sangre fresca y roja y el joven Príncipe Libélula, que no deseaba más violencia. Ante la convulsión, Morio lo atrapó en brazos y lo llevó a rastras a través del último piso de la torre, en busca de algún modo de escape, aunque el Capitán bien sabía que no había nada más arriba. Era el último punto. El terreno se les había acabado.

En Ryu se libraba una batalla interna. El ente intentaba tomar el control, pero el humano se abrazaba a sí mismo, azotándose contra el piso una y otra vez, abriéndose la frente, golpeando brutalmente su cabeza. Morio sólo podía ver cómo su amado se retorcía como un epiléptico, dañándose severamente en cada golpe

- ¡Ryu, por favor, reacciona! ¡Tenemos que escapar o Norima te atrapará de nuevo!

Tras él, se oyó una voz. Eran los guardias de Senryo, que los habían acorralado.

- ¡Capitán Asakura Morio! ¡Ríndase! ¡Por órdenes de Lord Hirozawa Senryo vuelve a quedar bajo arresto por conspiración e intento de asesinato!
- ¿QUÉ? ¡Ese cabrón se metió solo en ese lodazal! ¡No pienso quedarme a soportarlo una vez más!
- ¡No me obligue a usar la fuerza!
- No, ¡no me obligues tú a hacer algo que no quiero! ¡Apártense o…!
- ¡AHÍ ESTÁS! ¡NO TE IRÁS DE MI LADO! ¡ME PERTENECES, RYU! ¡ERES MÍO!

Norima era ahora una masa negra que avanzaba veloz y obsesionada hacia la pareja. No había camino. Lo único que les quedaba era una ventana, que daba al vacío.

En un acto de desesperación, Morio tomó al Príncipe, que seguía convulsionando, y lo jaló consigo hacia el último ventanal del pasillo, quedando en un estrecho alféizar donde el viento soplaba helado y mortal y desde donde la caída era abismal. La distancia entera del acantilado y la ciudad se abrían ante sus pies hacia un abismo que culminaba en negrura. La oscura espesura del bosque, cuyas copas más altas estaban a casi 200 metros de sus pies. No iban a salir vivos de esa. Pero del otro lado estaban Senryo y Norima. Era todo o nada.

El golpe de aire ayudó a Ryu a recuperarse un poco y tomar conciencia de nuevo. Con el rostro bañado en sangre y la cabeza descalabrada, el Príncipe tomó la mano de su protector, del hombre que hacía lo que fuera con tal de ayudarlo.

- No hay otro camino. Nos quedamos sin opciones, Ryu. O nos entregamos o saltamos.
- ¡NO TE IRÁS! ¡NO HAY CAMINO PARA TI, RYU! ¡ME PERTENECES!
- Tengo quince minutos… sólo quince…
- ¿De qué hablas?
- Confía en mí y ven conmigo. ¡Aún en el valle de la Muerte estaré a tu lado, capitán!
- ¡RYU!

Norima estaba demasiado cerca. Los guardias León, intimidados por aquel terrible brujo, se hicieron a un lado, dejándolo pasar. Intempestivo, Ryu se abrazó de Morio, sujetándolo fuertemente, pegando las caderas de ambos. Norima supo lo que el maldito planeaba hacer. Su negra y espesa cabellera se extendió hacia él como si fueran lianas. Arrojándose para detenerlo, el brujo extendió el brazo para detener a su amado. Al hacerlo, Morio actuó por instinto, rebanando el brazo del monje corrupto, que cayó fardo al vacío, junto con la pareja, que se arrojó sin dudarlo. Las lanzas de los soldados surgieron apenas segundos después del desplome. Al asomarse, los guardias león sólo pudieron ver ambas siluetas perderse en el oscuro abismo y oír el grito del pelirrojo perderse conforme caía. Norima estaba furioso.

- ¡NO, NO, NOOOO! ¡RYUUU, MI RYU!

El grito fue tan aterrador que los guardias decidieron huir de ahí.

- ¡Larguémonos! ¡Este brujo está loco!
- ¿Y qué le diremos a Lord Senryo?
- ¿Qué más? ¡Esos dos se arrojaron al vacío! ¡No van a sobrevivir a una caída de 200 metros!
- Volvamos. Mañana quizás nos manden a recoger los pedazos de lo que quedó.

Los guardias volvieron al Salón Principal dejando a Norima bramando lleno de rabia y frustración por su pérdida.

Tatsumiya se había deshecho de los oponentes y ahora corría hacia el Salón Principal, desesperado. Su amado Príncipe corría peligro y él debía salvarlo. Sin embargo, el aroma a quemado llegó a su fino olfato. Siguiendo el rastro, llegó a los patios, donde Nakaura ya se había achicharrado y Kurono estaba por irse. Desde la zona alta de uno de los pasillos, oculto tras una pesada campana de bronce bruñido sujeta por una pesada cuerda, el altivo noble vio cómo Kenji, el apuesto arquero, llamaba a Kuro para irse con ellos. El calabacito dudaba. No quería dejar solo a su maestro. ¡Había sido tan bueno con él! Pero tenía un deber y había que cumplirlo. Al ver que Kuro se iba con sus compañeros, los celos hicieron mella en el León Negro y, sin dudarlo, cortó la cuerda que sujetaba la campana con su espada.

La pesada campana se desplomó contra el piso. Y al estar en terreno inclinado, rodó a toda velocidad directo hacia donde estaba Matsubara. Al verlo, Kenji corrió a intentar ayudarlo, pero sólo logró arrojarlo a la orilla del camino.

- ¡KURONO, CUIDADO!

Muy tarde. El pesado artefacto había hecho estrépito y se había incrustado en el camino, dejando a Kuro con la pierna derecha atrapada por el pesado metal.

- ¡CALABAZO! ¿Estás bien?
- Ghhhh… ¡sí! ¡Pero esta cosa me presiona la pierna! ¡Si me muevo, me la pulverizo!
- ¿Te duele?
- ¡Es la presión de la roca contra mi pata! ¡Ah, carajo! ¡Ahora sólo los estoy retrasando! ¿Sabes qué? Vete, Kenji. No me esperes.
- ¡No digas estupideces! ¡No voy a dejarte a merced de ese degenerado libertino de Tatsumiya!
- ¡No te preocupes! ¡Es muy bueno conmigo! ¡Es mejor que te vayas! Pero antes, toma esto.

Sacando de su regazo los rollos y el arma de Morio, Kurono suspiró.

- Quería darle esto al Capi, pero no voy a poder. Kenji, entrega esto al Capitán. Dile que recuperé su daga familiar y que en estos pergaminos están los datos que necesita saber para conocer

sobre la maldición de Katayama-san. ¡Ahora vete, que ya vienen los soldados!

No era mentira. Las flechas comenzaron a silbar en el aire, rozando a ambos, estrellándose contra las paredes de roca. Kenji no quería dejar a su amigo, al más inocente de ellos. Pero vio brotar de los patios a un nutrido grupo de guardias que le aventajaban. Ni con su excelente puntería iba a darse tiempo de acabar con todos y sacar a Kuro del aprisionamiento de su pierna. Frustrado, terminó aceptando.

- Vale. ¡Pero no te rezagues mucho! ¡Queremos volver a verte!
- No te preocupes. Los alcanzaré. Te lo prometo.
- Más te vale. O te perseguiré hasta cansarme.

Entornando los enormes ojos negros como carbón, Kuro sonrió levemente.

- Te quiero mucho, Kenji-senpai.

El arquero se quedó atónito, abrazando el *tantô* y los rollos, sintiendo que esa despedida era definitiva. Tratando de no mostrarse sentimental, echó a correr, escapando de los guardias.

- ¡NOS VOLVEREMOS A VER, MALDITO CALABAZO!
- ¡Lo prometo! ¡Vete y lava nuestro honor!

Tragándose las lágrimas, Kenji se perdió en las sombras perseguido por una lluvia de flechas.

En la espesura del negro bosque, Ryu abrió los ojos, verdes como faroles, chispeantes en la negrura. Estaba destrozado una vez más. La caída había sido brutal y podría haberlos matado, pero, sabedor del demonio que moraba dentro suyo, tan pronto como las copas de los árboles habían aparecido, el Príncipe había extendido sus garras para frenar lo más posible la caída. Al final, a pocos metros del piso se había girado para quedar contra el piso, dejando a Morio sobre él, absorbiendo todo el daño del golpe.

Nuevamente había quedado deshecho. Costillas y huesos rotos. La caja torácica reventada, los pulmones colapsados. Respiraba con dificultad sintiendo su interior hecho un amasijo de carne. Tendido en el piso, sentía brotar la sangre por su boca. Pero el ente se había calmado. El tremendo golpe lo había enviado a dormir una vez más.

Con sumo trabajo, buscaba a su salvador, su razón de vivir. Lo halló cerca suyo. Vivo. Mucho menos dañado que él. Sonrió al verlo. Todo había valido la pena por salvarlo. Lastimoso y destrozado, se arrastró

como un muerto viviente hacia él, dejando su cabeza descansar en su fuerte pecho, suspirando con cansancio. ¿Irían a morir ahí o alguien los hallaría?

No. No podían permitir ser atrapados. Tendrían que ponerse de pie cuanto antes. Pero el dolor era demasiado. Tendría que esperar a recuperarse.

No iba a tener tiempo para eso.

En su interior, volvió a sentir la maldita cosa despertando, queriendo erguirse una vez más. El dolor se volvió nuevamente insoportable. Era como si sus órganos internos desearan salir a la superficie rasgando la piel. Sus gritos eran desgarradores, pero en aquel paraje desolado, nadie los oía.

La piel comenzó a rasgarse dantescamente. Y de su lastimado pecho brotaban bubones. Extraños tumores que parecían hervir bajo la carne. De nada servían sus gritos de auténtico dolor. Estaba solo y sin ayuda.

Fue cuando oyó en su cabeza su propia voz una vez más.

"Puedo verte".

Deshecho, levantó la mirada hacia el cielo, quejándose lastimero.

En lo alto, la luna roja lo miraba. O eso parecía. Alguien lo miraba. ¿Pero quién?

Fue cuando su pecho se rompió de nuevo.

De la carne brotó un pedazo de sí, una especie de negra brea que se separó del cuerpo con lujo de saña y dolor, rasgando la piel haciéndole sangrar, destrozando sus brazos, haciéndole caer en shock, inconsciente.

Por ello, ya no vio cuando un ave negra, nacida de su cuerpo, volaba hacia la luna roja, dejando esa voz flotando en el aire.

"Puedo verte. Pronto, muy pronto serás libre".

Katayama estaba furioso. ¡Lo habían tenido tan cerca y todo se había arruinado! Habían perdido al engendro. En el plato de sacrificios, Senryo aún languidecía por la resaca de la droga, cuando oyó a Ryunosuke maldiciendo furioso y vio a Norima entrar de vuelta al salón, bramando de rabia y frustración. Al oírlo, Senryo perdió el poco control que tenía.

- ¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO? ¿POR QUÉ DESPERTE

AQUÍ, ASÍ?

- ¿QUÉ PASA? –volteó Norima con el ojo reventado y chorreando sangre del miembro amputado, gritando furioso en dirección a su amo– ¡PASA QUE “ALGUIEN” NO ENTENDIÓ QUE NO ERA EL MOMENTO Y HA ARRUINADO TODO! ¡AHORA ESE CRIMINAL ASAKURA SE HA LLEVADO A MI NIÑO!
- ¡Cuida tus malditas palabras, rata! ¡Recuerda que tú y ese engendro me lo deben todo a MÍ!
- Esperen… ¿Morio se volvió a llevar a MI Ryu? ¿Cómo fue…?
- ¡SE LO HA LLEVADO, ROBADO! ¡SE ARROJARON DESDE LA TORRE MÁS ALTA HACIA EL BOSQUE!
- ¿Qué hicieron qué? ¡Entonces se han matado!
- ¡Qué van a matarse! ¡El maldito engendro se regenera, ya se lo hemos dicho! ¡MIRE!

A empujones, Norima llevó al torpe Príncipe hacia el balcón del salón, desde donde se podía ver el incendio en los patios, la turba en la ciudad y la luna escarlata brillante en el cielo. La alarma sonó entonces, anunciando que los Leones de Hierro habían escapado. Aquello devolvió a Senryo el coraje.

- ¡Esos malditos…! ¿Cómo escaparon? ¡DE PRISA, MI ROPA! ¡ALGUIEN QUE ATIENDA A KATAYAMA!

Al ver que nadie se movía, Senryo se puso algo encima y comenzó a intentar poner orden.

- Norima, atiende a tu amo. ¡No me importa el estado en que estés! ¡Es tu deber! ¡Y ustedes! ¡Vayan en este instante en busca de los malditos leones de Hierro! ¡AHORA!

Tatsumiya llegó justo en ese momento, hallando a su príncipe tratando de evitar un caos mayor en el Salón Principal. Aquello era un festín de sangre y cuerpos mutilados. Norima intentaba cauterizar la mano perdida de su amo con fuegos infernales, pese al dolor que le causaba haber perdido el brazo y tener el ojo reventado. A Yagumo no le importaba eso. Lo único de su interés era su señor Senryo, a quien corrió a auxiliar.

- ¡Mi señor Senryo! ¿Pero qué ha pasado aquí?
- ¡NO TENGO UNA MALDITA IDEA! –respondió furioso, resoplando–. ¡Cuando desperté, estaba en ese maldito plato, servido como alimento! ¡Y lo único que me han dicho es que el maldito bastardo de Morio se ha llevado a Ryu!
- ¿ESCAPÓ? ¿Pero cómo? ¿Y por qué ninguno de los soldados ha ido en su búsqueda? ¡A ver! ¡Ustedes dos! ¿Por qué no se ha enviado un grupo de búsqueda por Asakura?
- Milord Tatsumiya, ¡No podemos! ¡Los bosques han cambiado!

¡Miren! ¡Asómese y véalo!

Intrigados, ambos se asomaron por el enorme balcón para ver el negro panorama. En efecto, una especie de brea negra parecía cubrir el bosque, sellándolo. Senryo sintió arder su cuerpo. Los tatuajes que había hecho Norima comenzaban a causar ardor y escozor

- Los registros dicen que los leones de Hierro se dirigieron hacia el Bosque, que se cerró como una nata negra. Imposible pasar.
- ¡Imposible un carajo! ¡Maldita sea! ¿Sabes qué? Al demonio. Iremos tú y yo, Yagumo. Alista unos caballos y…
- No se apresure a hacer una tontería, Milord –interrumpió Katayama, siendo curado a regañadientes por el destrozado Norima–. Lo que dice su soldado es cierto. Kinjô, señor de los cuervos, se ha revelado y desea hallar al engendro.
- Kinjô… ¡Tú me hablaste de él! ¡Dijiste que era una especie de espíritu que lidera una secta!
- La secta del Loto, mi señor. Sí… le hablé de él. ¿En qué momento se manifestó?
- ¡Yo os lo dije, Milord! ¡Os dije que debía ser mío! Ahora, si escapó con ese imbécil pelirrojo, debe estar en manos de Kinjô. Y si es así, ¡podríamos perderlo! ¡NO PUEDO PERDERLO, ÉL ES MÍO! ¡MÍO Y DE NADIE MÁS! ¡AGHHH!

La pérdida de sangre y del brazo hizo flaquear al brujo, que, con desesperación, clavó las garras de su brazo sano en el de su amo, lastimándolo; mientras del ojo brotaba pus verdoso mezclada con ennegrecida sangre contaminada. Katayama gritó, tratando de apartar a Norima, pero éste estaba furioso y débil, desesperado por hallar a su amado. Tatsumiya vio la oportunidad de contenerlo.

- No te has desangrado, Norima. Vivirás. Mi señor, creo que lo mejor es que encierre a este loco…
- ¡NO ME TOMES POR UN CONJURADOR BARATO, TATSUMIYA! ¡NO ME ENCERRARÁS!

Diciendo eso, su mano libre se zafó del brazo de Katayama, expulsando de su raído sayal el mismo polvo con que había contenido a Morio durante el juicio. El picante mineral cayó directo en los ojos de Yagumo, causando ardor y un indecible dolor que hizo caer de rodillas al soberbio León Negro.

- ¡AGHH! ¡Maldito brujo! ¿QUÉ ME HICISTE? ¡NO PUEDO VER NADA!
- ¡BASTA, NORIMA, NO LE HAGAS DAÑO! –Gritó Senryo, interponiéndose. Despertar de la droga, lejos de Ryu, parecía haberle hecho entrar en razón–. ¡Haré lo que pidas, pero déjalo!

¿Qué necesitas?

- Deme a cuatro de los monjes que visten los sayales de los Mantis, mi señor. Permítame… permítame volver a mis aposentos… reposar. Oh, mire qué desastre ha hecho Asakura…

Al decir eso, miraron el montón de cadáveres dispersos por toda la sala. Mutilados, decapitados, partidos en dos. Había sido una locura. Morio en verdad no medía su nivel de rabia y agresividad.

- No se preocupe por los muertos, mi señor. Yo me haré cargo de ellos. En la Gran Fosa. Los enterraré yo mismo…
- ¡Milord! ¡No le permita seguir actuando! ¡Es una trampa!
- ¡SILENCIO, TATSUMIYA! ¡Calla o haré que tu ceguera se vuelva definitiva! Has quedado ciego temporalmente. Pero la próxima vez que sople en ti el Polvo de los Muertos, ¡quedarás así para siempre! ¿Me permitirá entonces descansar, Oh, gran Señor León?
- No por mucho, Norima. ¡Deshazte de esos cuerpos y después, váyanse de mi clan!
- ¡Pero… señor!
- ¡LARGO DE MI VISTA, HE DICHO! No quiero que estén aquí para mañana…

Katayama supo que podían perder mucho. Por ello, jaló a Norima consigo, obedeciendo a Senryo. Ambos Libélula salieron del sitio, seguidos por sus sirvientes, en dirección a la zona abisal del Palacio, arrastrándose como gusanos. Al quedar a solas, Senryo corrió a auxiliar a Yagumo.

- Por todos los dioses, ¿qué nos hicieron, Yagumo? ¿Qué clase de hechizo hicieron sobre nosotros, que permitió este desastre? Levántate, mi señor. ¿estás bien?
- Milord Senryo… por fin puedo oír vuestra verdadera voz. Volvéis a ser vos. No puedo ver nada. Y mis ojos arden.
- No hables. Apóyate en mí. Iremos a tu habitación y revisaré tus ojos.
- Ten… ten cuidado Senryo… ese par de víboras… desean verte destruido…
- No los dejaré. ¡Guardias! Vigilen el portal de entrada a la Gran Fosa. No dejen que ninguno de esos dos salga de ahí. A partir de mañana taparemos esa esclusa. Los emparedaremos.
- Sí, Lord Senryo. Como ordene.
- Mañana limpiaremos este horrible desastre. Por ahora intenten descansar. Ha sido una noche terrible. Manden a los más descansados a vigilar. Y tú, ven, mi querido León Negro. Cuidaré de tus ojos.
- Mi señor… Matsubara… sufrió un accidente en los patios. Su

pie ha quedado prensado… necesita ayuda…

Al oír ese nombre el rostro de Senryo ensombreció, molesto.

- ¿Hablas en serio?
- Mi señor, lo siento… ese muchacho es mi responsabilidad.
- Sí, como digas. Que vayan por él.
- Gracias, mi señor.

Tatsumiya intentó acercarse a Senryo, pero el León Dorado lo repelió, celoso de escuchar la preocupación de su amado por aquel chiquillo estúpido.

- Mi Príncipe…
- Mira, si te preocupa la integridad del mocoso, lo ayudaremos, ¿ya?
- Senryo… ¿Piensas que te estoy dejando por él?
- Estás delirando, Yagumo. En este momento sólo me importa tu salud y tranquilidad. Y si la única forma de que estés tranquilo es trayéndote a ese mocoso, lo haremos, ¿está bien?
- Sí, mi señor... pero quiero dejar clara una sola cosa: pase lo que pase tú eres el ser que más amo en este mundo... y no importa lo que pase, siempre voy a protegerte. Aunque no me veas, yo siempre te cuidaré y amaré, ¿estamos?
- Como digas. Ahora te dejaré en la habitación e iré por el chico.
- Gracias, mi señor.

Los guardias avisaron que, en efecto, habían hallado al joven lancero de cabello negro en uno de los patios, con el pie atrapado entre el piso y una campana de hierro puro. Senryo fue llevado a donde el muchacho, frustrado y preocupado, esperaba con la pierna entablillada, en una habitación solitaria, silenciosa. Kuro vio brotar de entre las sombras la cadenciosa figura del rebelde príncipe a quien teóricamente debía su lealtad, pero en realidad le tenía un gran resentimiento.

Ambos se miraron mutuamente, con molestia, desprecio y desconfianza. Kuro no dejaba de pensar en Senryo como una mala caricatura de una mujer chismosa y el Príncipe veía con desprecio al mocoso, pensando que su amante empezaba a desarrollar tendencias pederastas.

- Yagumo está preguntando por ti –dijo con estoicismo y tono mordaz.
- Dígale que estoy bien, ¡oh, Senryo-sama! –respondió Kuro con indiferencia, mirando hacia la nada.
- No. Se lo tendrás que decir tú. Por ahora, él está herido.
- ¿HERIDO? –al oír eso, el chico se intentó erguir, lastimándose la pierna–. ¡Auch! ¿Qué le pasó, quién le hizo algo a mi *sensei*?

- Sus ojos están cegados, pero es temporal. Si quieres verlo, está en su habitación. Tendrás que ir.

Sonriendo burlón, Senryo salió de ahí, lleno de celos y pensando si debía comenzar a tapiar la entrada a la Gran Fosa para evitar que ese par de ladinos escapara. Pero era ya muy noche. Y necesitaba descansar, pensar. Se había dejado seducir por la oscuridad con suma facilidad y no estaba cien por ciento consciente de la cantidad de atrocidades que había cometido en los últimos días.

CAPÍTULO 27
LA BESTIA ESTÁ LIBRE

El Bosque se había convertido en una especie de negra fortaleza, en la cual nada parecía moverse. No se oían animales nocturnos ni ningún tipo de ruidos de maleza. Era como estar detenidos en una pintura de tinta negra.

Reunidos en un claro, los Leones de Hierro hacían recuento de personas y daños. Ranmaru revisaba armas, viandas, enseres y caballos, cuando Yuuhi detectó algo.

- ¡Ranmaru! ¡Veo dos siluetas acercarse!

Todos aprestaron armas, dejando atrás a Akemi con el niño dormido.

- ¡Bajen armas, creo que es el capitán! ¡SÍ! ¡ES EL CAPI!

Todos bajaron armas. Ranmaru y Takao corrieron a auxiliarlos. Morio estaba herido, agotado, golpeado y con las contusiones de la caída. Pero Ryu estaba medio muerto, con los órganos internos reventados por la caída. Morio le llevaba trabajosamente en brazos.

- ¡Por todos los dioses, capi! ¿Y ahora qué pasó?
- Ryu… me salvó. Nos arrojamos desde la torre alta del palacio…
- ¿QUÉ?
- ¡Pero esa caída es mortal! ¿Cómo sobrevivieron?

Por toda respuesta, Morio recostó en la hierba al Príncipe, que estaba deshecho, sangrando. Akemi se cubrió los ojos, horrorizada. Asayi corrió de inmediato a revisarlo.

- Por las fortunas, hermano… ¿Cómo es que sigue vivo? ¡Esa caída debió matar a ambos!
- No lo habíamos hablado, *oneesan*. Pero es inútil seguir queriendo ocultar lo que salta a la vista. Ryu está maldito. No sé qué clase de condenación lleva consigo, pero tiene que ver con la bruja que se llevó a Miki hace cinco años.

Al oír aquello, todos murmuraron entre sí, con el miedo a flor de piel.

- En todo este tiempo lo he cuidado, estudiado, tratado de comprender. Pero escapa a mi mente lo que pueda tener. Ignoro si es un demonio, una fuerza negativa o una doble personalidad lo que vive dentro suyo. Pero hay algo. Y ese algo que tiene dentro lo hace sanar con la velocidad de un ser sobrenatural. No se mató porque la cosa que vive dentro suyo no se lo permite. Ahora mismo está sanando. Lo sé porque lo he visto reponerse de heridas mortales con suma facilidad –diciendo eso, acarició

su rostro con amor–. Pero no teman. No es un demonio. Este joven ha sufrido lo indecible y sólo desea una vida en paz. No es a él a quien debemos temer, sino a los que buscan hacerse de su poder: su padre, Norima… esos cuervos que sobrevuelan encima de nosotros…

Todos levantaron la vista. En el cielo negro, las criaturas sobrevolaban a prudente distancia.

- No nos atacan –susurró Kensuke.
- Quizás no quieren –complementó Toshiro–. Tal vez esos cuervos son parte de él, intentando liberarse de ese brujo loco…
- … o quizás nos guían a un nuevo mundo de horrores –terció Ryuji, desconfiado–. Yo no me trago ese cuento del huérfano desvalido, Capitán. A mi opinión, este demonio intenta llevarnos a la ruina. ¡Deberíamos matarlo ahora que duerme!
- ¡NO!

Morio se levantó de inmediato, interponiéndose con esa obsesiva dependencia que rayaba en locura por el Príncipe.

- ¡No te le acerques, Ryuji! ¡Sea lo que sea, Ryu es el único eslabón que tenemos para recuperar a Mikisaburo!
- ¡Es un demonio, Capitán! ¡El mejor modo de deshacernos de él es matarlo aquí y ahora! ¡Norima no lo tendrá si le quitamos la vida!
- No sabemos si matarlo funcione, Ryuji…

Kenji intervino, sacando de su regazo los pergaminos y el arma de Morio, que entregó a su Capitán.

- Capitán Asakura… tome. Kurono me entregó esto. Él no pudo seguirnos. Sufrió un accidente en palacio.
- ¿Se quedó? ¡Tenemos que rescatarlo! ¡Yagumo puede dañarlo!
- Espera, animal –intervino Asayi–. Primero lo primero. ¿Qué es eso, Kawai?
- Kuro me dijo que lo halló en la Biblioteca. Dice que poseen información sobre la maldición de Katayama. Y también recuperó esto.
- ¡Mi *tantô*! ¡Carajo! ¡Maldito calabacito, debemos rescatarlo! Pero mi hermana tiene razón. Primero organicémonos. Asa-*oneesan*, ayúdame revisando las heridas de Katayama. Ponlo en un sitio donde pueda descansar. Voy a revisar esos pergaminos.
- ¿No sería mejor que los revisara Tanehiro, Capi?
- Por cierto, ¿Por qué no está aquí? –preguntó Takase, levantando la ceja.
- Tanehiro. Tanehiro y yo… peleamos –dijo Morio con pesar, extendiendo los pergaminos–. Dudo que vaya a volver.

- ¿QUÉ? ¿CÓMO QUE PELEARON?
- Capitán, ¿qué pasó? ¿Por qué pelearon Kanagawa y usted?
- Por qué va a ser… –escupió Ryuji con desprecio–. Por culpa del maldito marica Libélula. ¿No es así, Capitán?
- ¡NO-ES-UN-MALDITO-MARICA, RYUJI! ¡NO HABLES DE LO QUE NO CONOCES!
- Ryuji, para con eso –Intervino Takao, levantando en vilo con solemne calma al pendenciero torturador–. Te lo he dicho muchas veces: ese joven no tiene la culpa de lo que carga.
- ¿CÓMO PUEDEN SER TAN CIEGOS?
- Por sus acciones. Míralo. ¿Sería tan leal un demonio? Está casi muerto por salvar al Capitán…
- Tch. Porque le conviene.
- ¿Qué dicen los escritos, Capitán?
- Hablan de la Leyenda de Izanami, la Diosa madre de los Horrores del Inframundo. Asa, despierta a Ryu. Tiene que oír esto…
- *Oniichan*, mientras tanto, sería bueno que comieras algo…
- Es cierto, Lucecita. Dame. ¡Ahhh!

Morio sentó a Yoshimi en sus piernas y comió el panecillo que ésta le ofrecía. Los demás también comieron, preocupados y asustados por aquella negrura que parecía encerrarlos en un capelo protector. Cada parte comenzó a narrar su respectivo camino para poner al día a los demás sobre todo lo que había sucedido en esos aciagos días.

- Bien, ahora que ya estamos todos al tanto y esperamos a que Ryu despierte, evaluemos el problema.

Diciendo eso, comenzó a trazar un diagrama de guerra mientras comía bocado.

- Ésta es Shishiyama. Nosotros estamos en el Bosque del área sur, que lleva al clan Halcón. No nos movemos porque estamos rodeados por esos ramajes que parecen cadáveres…
- No parecen, Capi. SON CADÁVERES –dijo Kozue–. Ya me he acercado a verificar. Es como una valla de ellos, rodeándonos.
- Pero no se mueven… y me permitieron entrar.
- ¡Debe ser la magia de ese maldito de Norima! –repuso Toshiro.
- ¿Quieres que te diga algo? Yo no lo creo –repuso el panda con su extraña e imperturbable sonrisa– miren los cuervos… miren los cadáveres. Los primeros repelen a los segundos. Un poder mayor que el de Norima está aquí. Un poder más avieso y oscuro. Las Alas del Cuervo nos protegen.
- El famoso Kinjô, ¿eh? En ese caso, aprovecharemos esa ventaja que nos dan esos cuervos para rescatar al calabacito.
- ¿No estarás pensando en volver tú solo a ese palacio, verdad,

animal?

- ¡Oh, vamos, Asayi! ¿Qué harías tú en mi sitio, sino lo mismo?
- ¡Puede enviarme a mí! –dijo Toshiro, sirviéndose otro bollo–. Para eso tiene a su legión Bosque.
- Kozue, Ken y tú. No es mala idea, Pulga. Pero es muy peligroso. Senryo debe estar furioso por haberle quitado a Ryu. Igual Norima.
- Nadie sospecha jamás de nosotros, Capitán. Mi rostro es totalmente olvidable. Me ofrezco a ir en busca del Calabacito.
- Eres valiente, Ken. Entonces está decidido. Ustedes volverán al palacio para traer de vuelta a Kurono. Por otro lado, en efecto, tuve una pelea con Tanehiro. Y sí, Ryuji tiene razón. Fue debido a lo que habita en Ryu. Se lo oculté deliberadamente, pues sabía que, de enterarse, habría problemas… aunque finalmente no pude esconder por mucho tiempo la condición de Ryu.
- Entonces debe estar muy molesto, *Aniki* –dijo Ranmaru abrazando a su esposa–. No creo que siquiera quiera verte.
- Pero lo necesitamos. Tendré que disculparme con él y pedirle que vuelva. Lo lastimé mucho. No sé si me perdone, pero precisamos de su magia para continuar en este viaje.

En ese momento, Ryu abrió los ojos. Y Morio corrió a su lado para acariciar su mano y su cabello, para visible molestia de Ryuji.

- Capitán…
- Mi querido Ryu. Estás vivo. Todo debe dolerte. No debiste arrojarte así. No te muevas, te llevaré conmigo. ¿Puedes comer?
- No lo sé. Verlo vivo es suficiente para estar bien.
- Ven. Necesitamos mostrarte algo antes de continuar.

Con mucho cuidado, Morio acercó a Ryu a la fogata, donde los demás comían. Su llegada fue vista con recelo ahora que sabían que en verdad estaba maldito. Yoshimi le ofreció un mochi de arroz. Recargado en las piernas de Morio, el príncipe lo comió con cuidado. Asayi extendió ante su hermano el pergamino tomado por Kurono.

- Kurono consiguió este texto de nuestra Biblioteca. Es un rollo escrito por alguien llamado “Yamabushi”, en la primera era de Heian. Habla de personas similares a ti. Quizás aquí esté la respuesta a la interrogante de qué es el demonio que llevas dentro. Hermano, retoma la lectura.
- “Izanami no es una diosa humanizada y hermosa con forma de mujer, como la leyenda nos ha narrado. Se trata de un poder nacido desde antes de la Primera Era. Esta esencia no tiene forma, ni aspecto físico. Es una masa de destrucción sin control alguno que debe permanecer sellada, para el equilibrio del bien y el mal sobre la tierra. Pero en los albores de la Primera Era, un

monje llamado Kinjô descubrió su poder y quiso tomarlo para sí. Su alianza con este ser, antiguo y maligno, creó una terrible devastación sobre el mundo de los humanos. Para detenerlo, los mejores conjuradores de su era castigaron su osadía y le arrancaron el maxilar, sellándolo en una tumba que fue arrojada a lo profundo de las hondonadas de *Yomotsuki*, más allá de las murallas del Imperio, en la tierra de los demonios.

Kinjô pudo separar su esencia del cuerpo mortal. Y superó la barrera de la muerte y la vida, convirtiéndose en un ente imperecedero y maligno, que ambiciona desde entonces desatar el poder de Izanami sobre la tierra para controlarlo a su voluntad.

Con el devenir de los siglos, sus enseñanzas han pasado a través de los humanos más viles y crueles que da esta raza, mismos que han intentado despertar a la madre de los Horrores y devolver su forma a Kinjô, Señor de los Cuervos. Para ello, han logrado filtrar el poder de este ser en personas que son elegidas cada 200 años. Estos elegidos nacen en pares. Y su vida está marcada por el dolor y la desolación. Este escrito habla de los dos primeros. Una mujer llamada Giri, la primera mujer samurái; y su contraparte, Lord Yamabushi, el señor de la Rabia. Dos poderosos y terribles entes a quienes los Sectarios de Kinjô han llamado 'Los Ocho Truenos de Izanami'.
“Giri enfrentó a Yamabushi en una batalla que arrasó con el Señor de la Rabia, pero también acabó con su vida. Con el pasar de los siglos, dos Truenos han nacido cada 200 años. Y cuando lo hacen, los seguidores de Kinjô intentan tomar su poder para usarlo en las más abyectas y podridas acciones que dañen a la integridad humana y al Imperio. Algunas han sido tomadas y convertidas en seres terribles y poderosos cuya maldad casi ha acabado con la vida en el Imperio, pero otros se han resistido a tan vil destino. Uno de ellos incluso… ¡logró liberarse de la maldición!”

Al oír eso, el corazón de Ryu dio un vuelco. ¿Acaso era posible liberarse, deshacerse de aquel maldito ente por el cual había sido torturado tanto tiempo? Olvidando sus dolores, el príncipe tomó el rollo de la segunda Era para ser él quien leyera el texto donde se representaba a un hombre de extraordinarias dimensiones, con un vientre duro y prominente, y a una mujer obesa, de aspecto repulsivo, con largos y pringosos cabellos y una deforme boca babeante.

- “Hokuto Soshi Mori, 'el aldeano cabeza de Buey', fue un sencillo labriego que nació con la maldición del Trueno Rugiente del Hambre, un demonio cuya malsana gula le hacía vivir como un *Gaki*, en eterno apetito, sin jamás poder saciarse. Su viaje lo llevó por una senda de infinito tormento, condenado a una avidez por cosas cada vez más insanas. Pero la visita al Oráculo de Yama no Futaro le dio la clave para redimirse… y encontrar la paz. Hokuto logró vencer a la obesa Portadora del Trueno Durmiente, Jiraiya, y a Ikyu, el demonio de las espinas, con la ayuda de un monje de luz… y un *yôkai*. Un kitsune, cuyo hechizo ayudó al Trueno Rugiente a hallar la redención”.
  Un kitsune… –repitió Ryu fascinado tratando de hallar sentido en ese texto.
- El Oráculo de Yama no Futaro… –susurró su amante, mirando el texto.
- Pero, Capitán, esas son leyendas. Nadie ha visto un *yôkai* en siglos. ¡Mucho menos un kitsune! –interrumpió Kensuke.
- Es cierto, hermano –terció Asayi–. Los *kami* y *yôkai* son seres que han pasado a la modalidad de leyenda. Nadie ha visto uno solo en siglos. Quizás todo esto es una alegoría…
- No, no. No puede serlo. Si Ryu existe, significa que el texto es verdad.
- Pero el texto habla de cuatro Truenos…
- El tercer rollo quizás nos explique si hubo más…

“En la tercera Era, los Truenos fueron dos hermanas. Sou y Seiji. El ‘Trueno Negro de la Codicia’ y el ‘El Joven Trueno de la Envidia’. Gemelas, hermosas y ambiciosas. Una, codiciosa por naturaleza, lograba hechizar a los hombres con sus artes y belleza y consiguió el poder más alto en la corte Grulla, desde donde manipulaba al príncipe heredero para lograr sus propios fines. Su hermana, celosa, se alió con los Sectarios de Kinjo para procurarle el mayor tormento y dolor. Se mataron entre sí”.

Ryu soltó el tercer rollo y comprendió por fin qué significaba el “7” tatuado en su nuca. Entonces él era el Séptimo. Siete poderosos demonios: Un daimyo cegado por la rabia, una guerrera que lo venció con coraje, un aldeano que logró la redención y acabó con una mujer de insanos apetitos, dos hermanas que se habían matado entre sí… y ahora, él.

El panorama no era muy alentador para el séptimo de aquella lista.

- ¿Los rollos no dicen nada de cómo nacen estos seres, Mo-chan?
- No. Ni de si son elegidos al azar o por alguna característica. No mencionan tampoco si nacen con el demonio o si éste les es inducido a alguna edad.

- Ryu-san… ¿cuál es su recuerdo más antiguo?
- Norima. Siempre Norima. Lo más viejo que recuerdo es la torre, las paredes grises de mi encierro, y a él hablándome, diciéndome cosas lindas… palabras de aliento sobre mi futuro.
- ¿Desde siempre ha tenido ese demonio?
- No lo sé. Pero es seguro que despertó cuando cumplí doce años… la primera vez que lo recuerdo fue hablando en mi cabeza con mi propia voz…
- Yo tengo una duda –dijo Hideki–. La leyenda habla de Ocho Truenos, los rollos dicen que "nacen a pares". Significa que en esta Cuarta Era tendría que haber una contraparte, ¿no es así?
- Eso es una magnífica pregunta, Hideki. ¿Sabes algo de esto, Ryu?
- No. Pero es seguro que mi padre ya le dijo algo a Senryo sobre esto. Para evitar que lo supiera, me perforó los oídos con un punzón de metal y me dejó sordo por varios días. Quizás Senryo ya sepa sobre una contraparte… aunque… sí debe haberla. Desde que tengo memoria, sueño con un templo en un bosque iluminado bajo la luna roja, como esta que vemos. En él, unos niños me encadenan a un altar diciéndome que "mi otra mitad" me espera. Un demonio como yo que vendrá en lo profundo de la noche y me robará lo que tanto anhelan todos. Nunca he visto a ese demonio. Sólo he visto su silueta. Un guerrero poderoso, cruel y terrible con ojos fulgurantes en color violáceo, armado con una terrible espada. No sé su nombre, ni cómo es. Pero sé que, cuando lo conozca, intentará robar mi poder para sí.
- ¿Y tu muerte no es una opción? Digo, los demás Truenos murieron… –dijo Kenji–. Eso comenzó todo este debate.
- Según Norima y mi padre, no. Si engendro un hijo, temen que la maldición pase a él; si muero, temen que la maldición busque un nuevo portador o se vaya con mi contraparte. No puedo garantizar que mi muerte acabe con él.
- Pero los Rollos hablan de Hokuto. Si él pudo deshacerse de la Maldición a través del Oráculo de Yama no Futaro, ¡tú también puedes!
- En todo caso, lo que deberíamos hacer, más que matarlo, sería buscar purificarlo como lo hizo Hokuto…
- ¿Y de dónde chingados vamos a sacar un kitsune, Hideki?
- El Oráculo debe saberlo –interrumpió Morio–. Señores, entonces ya tengo pensado lo que haremos. Nos dividiremos en cuatro grupos. Legión Bosque: ustedes se quedarán aquí para intentar rescatar a Kurono y, si se puede, detener la alianza de Senryo con ese par de dementes Libélula. Takase, Panda, Kensuke: necesito que ustedes vayan al templo Kitsu en busca de

Tanehiro y su maestro, el señor Tetsuyama. Redactaré una carta de disculpa pidiendo perdón por mi necedad y estupidez. Necesitamos que vuelvan y nos ayuden a controlar al maldito Norima. Ranmaru, Asayi: la misión de ir a Nara sigue en pie. Escoltarán a la Princesa Akemi y al Príncipe Toshio junto con todos los demás hasta la Capital Imperial, donde pediremos ayuda y avisaremos lo que está pasando aquí. Yo iré hacia el Oeste con Katayama. Iremos a buscar al Oráculo de Yama no Futaro.

- Pido acompañarlos, Capitán.

Kenji se puso de pie, interrumpiendo las fantasías de Ryu, que, por breves instantes, se imaginó al lado de Morio practicando insanos placeres durante el viaje. No pudo disimular su expresión de celosa molestia al ver al apuesto arquero mirándole fijamente, con desafío. No confiaba en el Libélula y lo mejor era mantenerlo vigilado para evitar que corrompiera a Morio.

- Tu arco será más valorado escoltando a mi esposa, Kenji.
- Ellos ya llevan a Hideki y su fabuloso poder. Me ofrezco como voluntario para acompañarlos. Puedo ser útil si el demonio de Katayama aparece…
- Eso es cierto. Bien. Puedes acompañarnos.

Ryu no pudo disimular su celosa molestia. Se apartó del grupo, volviendo a recostarse, estrellando los dientes entre sí por la rabia y la idea de que el hermoso arquero quería quitarle a “su amo”. Sus ojos brillaban verdes, mirándole con disgusto. Pero debían descansar. Partirían al amanecer… si es que había uno.

Antes de dormir, Morio los reunió a todos.

- Leones de Hierro, hemos salido triunfantes y escapado de una muerte injusta y deshonrosa, aunque hemos perdido mucho en el camino. Nos han traicionado y manchado nuestro nombre. Mis padres han sido asesinados. Y Senryo no va a detenerse hasta acabar con nosotros. Se ha hecho de terribles aliados. Pero nosotros tenemos una ventaja.

Tomando a Ryu con una mano, lo abrazó.

- Ahora sabemos lo que es Katayama Ryu. Y sabemos por estos rollos que hay esperanza. Podemos liberarlo de la maldición que pesa sobre sus hombros. Y cuando lo hagamos, podremos volver para recuperar nuestro hogar y nuestro honor. Princesa Akemi, te ofrezco una disculpa. Te he juzgado mal y tratado de un modo que no mereces. Ahora eres parte de nosotros. Bienvenida.

Diciendo eso, tomó su mano con burda galantería, para besarla. Ella se ruborizó.

- No me debes nada, Capitán. Cumplo con mi deber.
- No. Aquí no hay deberes. Hay lealtad. Sé que vienes de un clan muy peligroso, donde nadie puede confiar en nadie. Pero con nosotros las cosas no son así. Somos una familia. Y comemos, festejamos, peleamos y morimos juntos. ¿No es así, cabrones?
- ¡POR SUPUESTO, CAPITÁN!

Akemi y Ryu miraron a esa compañía de fieros leones, que posaban orgullosos, indomables. Lo habían perdido todo y aun así se unían para aferrarse a la victoria.

- Hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Nos aferramos a la vida y estamos aquí para recuperarnos y volver a atacar. Tenemos que lamer nuestras heridas, recuperarnos y pelear una vez más. Mi padre solía decirme: “No temas a la oscuridad, que cuando más oscuro está es porque el sol está por salir”. He usado esa frase muchas veces durante mi vida. Hoy, más que nunca, creo que debemos aplicarla. Yo no creo en la esperanza, amigos. Lo saben. No espero que algo o alguien venga a salvarme. Yo peleo por lo que quiero. Y ustedes también. Los he elegido por eso. Son fuertes, capaces e independientes. No hay que tener esperanza. ¡Hay que luchar por el sueño! Ryu, cuando te conocí eras un cadáver apenas vivo, quebrado, deshecho. Dime, ¿has cambiado de entonces a hoy?
- Sí, capitán. Usted… ¡me trajo a la vida, me dio salud, felicidad, poder! ¡Ahora sé lo que soy y que existe la posibilidad de acabar con esta maldición!
- Entonces no dudes. Si pudiste crecer, puedes liberarte. Te liberaremos, pediremos refuerzos y volveremos en un futuro para recuperar nuestro clan. ¡Yo, Asakura Morio, “El león de Fuego”, Capitán del Tercer Regimiento de Avanzada del Clan León, os lo prometo!
- ¡Y NOSOTROS ESTAMOS CONTIGO!
- ¡Por la Justicia!

Todos al unísono, cansados y deshechos, pero emocionados y unidos, repitieron el juramento.

- ¡POR LA JUSTICIA!

El grito de los Leones se perdió en la espesura del negro Bosque, cuya oscuridad parecía un cuervo anidando.

EPÍLOGO

Era ya de madrugada en el Clan León. Y el silencio reinaba en todo el orbe. La población dormía tras noches de eternos terrores. Senryo se abrazaba de Tatsumiya murmurando entre pesadillas sobre el miedo que sentía. Kuro y Kojiro dormían en otra habitación. La población entera estaba en un largo mutismo.

Pero abajo, muy abajo del palacio, en la Gran Fosa, Norima no dormía. Conjuraba entre dientes. Su amo yacía en un capullo de negrura, dormitando con los ojos abiertos, las pupilas dilatadas. Y el brujo había acrecentado aún más la longitud de su cabello que ahora parecía una masa negra viviente. Con su sangre, pintaba en los cadáveres las señales del cuervo. Las almas languidecían, ululaban a su alrededor mientras su brazo amputado comenzaba a mutar.

Asquerosos bubones hinchados aparecieron en su carne, reventando lenta y dolorosamente, como tumores. La pus que emanaba era como savia para las almas, que, al acercarse a lamerla, quedaban adheridos a ella, como moscas en una telaraña. Sonriendo con paciencia, Norima unía pedazos de almas a su brazo, que crecía… crecía y cambiaba, como todo su cuerpo.

- No. Mi amado Ryu no está muerto. Puedo sentirlo. Esa caída no lo ha matado. Esto no es una derrota para mí. Sólo estoy extendiendo el largo de su cadena. Pero él sabe quién es su amo. Y volverá. ¡Claro que volverá! Y no regresará a ti, amo Katayama. Ni a Senryo. Vendrá conmigo, como una novia, para que yo pueda purificarlo. Puedo oír tu patética risa, León rojo. Pero pronto, tu supuesto triunfo se convertirá en gritos de desesperación y dolor. ... ¡y entonces, mi pequeño retornará a mí! ¡Lo veré llegar en pedazos cortados, muerto, pero dispuesto a que yo los una! ¡Pronto, pequeño Ryu, pronto volverás a ser mío!

La apagada risa de Norima se oyó como un grotesco eco que resonaba por la Gran Fosa. Un eco que reverberó en las celdas, los patios, el palacio, la ciudad entera…

Para cuando el sol debería despuntar, al alba, nada ocurrió. La densa

negrura seguía ahí, como una eterna noche. La Gran Oscuridad había llegado al Clan León con la intención de quedarse.

KIZUATO

FIN DEL PRIMER LIBRO.